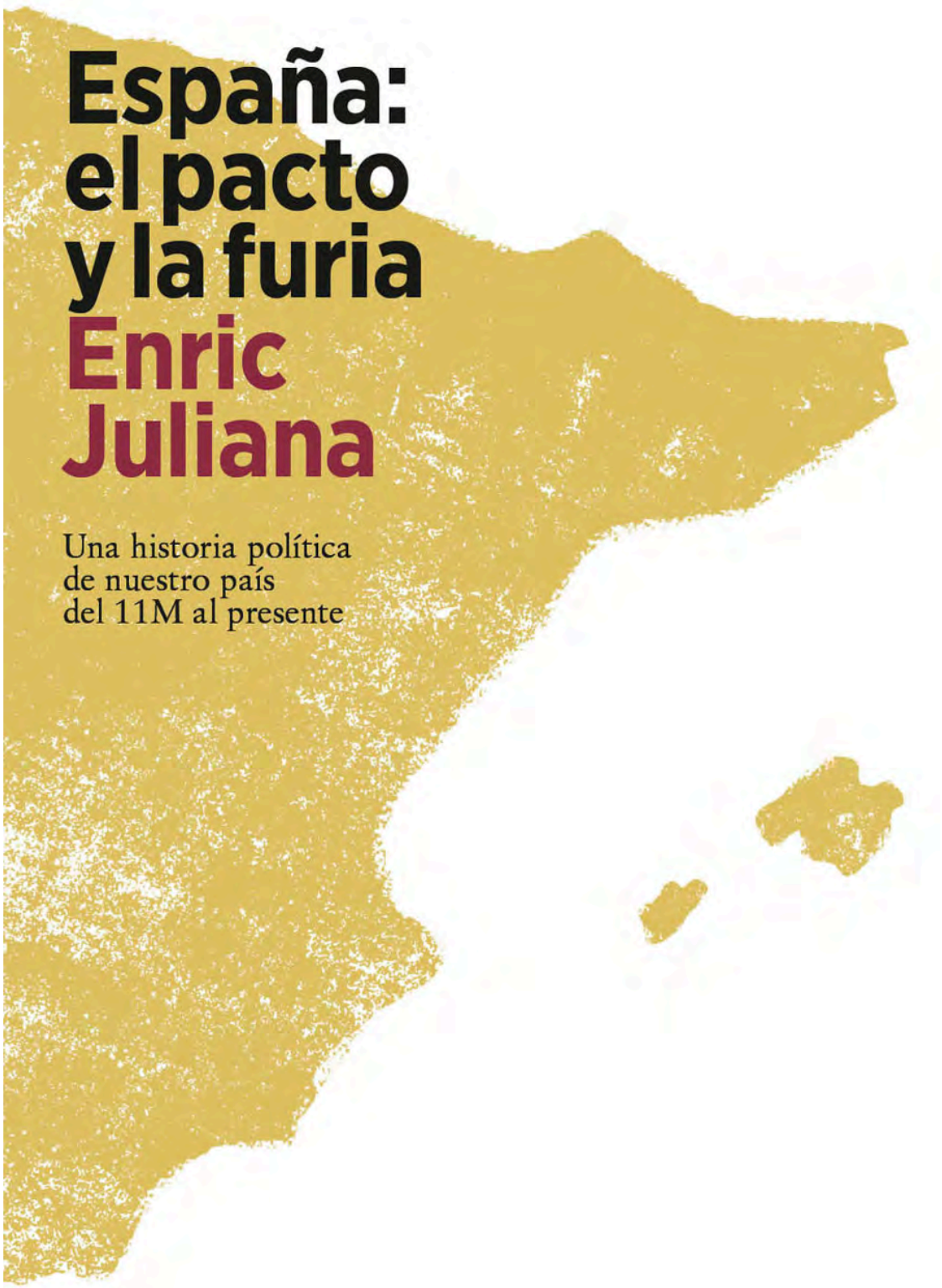
España: el pacto y la furia

Enric Juliana

Una historia política
de nuestro país
del 11M al presente



arpa

© del texto: Enric Juliana, 2024

© de esta edición: Arpa & Alfil Editores, S. L.

Primera edición: marzo de 2024

ISBN: 978-84-19558-73-2

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Anna Juvé

Maquetación: Àngel Daniel

Producción del ePub: booqlab

Arpa

Manila, 65

08034 Barcelona

arpaeditores.com

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

Enric Juliana

ESPAÑA: EL PACTO Y LA FURIA

arpa

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. 2004 VIVE EN 2024

2004

El trauma

2005

El matrimonio gay y el nuevo Estatut

2006

La fronda contra el nuevo Estatut. Cae Pasqual Maragall

2007

La negociación para el final de ETA

2008

José Luis Rodríguez Zapatero vuelve a ganar las elecciones

2009

Empieza una grave crisis económica

2010

Zapatero se rinde a la exigencia alemana de austeridad, el TC recorta el Estatut y provoca una herida en Catalunya

2011

Surge el 15-M, se disuelve ETA y el PP gana las elecciones por mayoría absoluta

2012

Los socialistas conservan Andalucía, el PP comprueba la profundidad de la crisis y el nacionalismo catalán entra en modo «procés»

2013

Los casos de corrupción horadan la confianza de la sociedad en las instituciones. Crecen el desapego y el malestar

2014

Podemos irrumpe en las elecciones europeas, el rey Juan Carlos abdica y Catalunya celebra una consulta, medio tolerada. Pedro Sánchez, nuevo secretario general del PSOE

2015

La ola Podemos provoca un tsunami en las elecciones municipales, Rajoy pierde la mayoría absoluta a finales de año y se abre un panorama muy incierto

2016

Pedro Sánchez se niega a facilitar la investidura de Rajoy, se repiten las elecciones, el PP mejora posiciones, Unidas Podemos no logra superar al PSOE, Sánchez es defenestrado

2017

Sánchez gana las primarias y vuelve a ser el líder del PSOE. Estalla definitivamente la crisis en Catalunya. Referéndum, proclamación de independencia, artículo 155 y elecciones que vuelven a ganar los independentistas

2018

Moción de censura contra Mariano Rajoy. Pedro Sánchez, nuevo presidente del Gobierno

2019

Elecciones generales, autonómicas y europeas. Gana el PSOE, pero Sánchez no quiere pactar con Podemos. Se repiten las elecciones y Sánchez debe pactar con Podemos. Irrumpe Vox con fuerza

2020

El primer gobierno de coalición (PSOE-UP) desde los tiempos de la Segunda República se estrena con una pandemia que obliga a paralizar el país

2021

Sigue la pandemia y empieza a pasar factura. Díaz Ayuso se entroniza en Madrid apelando a la libertad de salir de cañas. Se pactan los fondos europeos de recuperación. ERC accede a la presidencia de la Generalitat de Catalunya

2022

Crisis en el Partido Popular. Pablo Casado se ve obligado a presentar la dimisión tras un fuerte enfrentamiento con Isabel Díaz Ayuso. Alberto Núñez Feijóo, nuevo presidente del partido conservador

2023

Elecciones municipales y autonómicas, voto de castigo a la izquierda, que pierde seis autonomías. Cisma entre Podemos y Sumar. Sánchez reacciona con un adelanto electoral y logra formar gobierno con el apoyo de los independentistas. Promete la amnistía

EPÍLOGO. VEINTE AÑOS Y UN DÍA

AGRADECIMIENTOS

INTRODUCCIÓN

2004 VIVE EN 2024

Llegué a Madrid el 14 de abril de 2004, un mes después de la gran tragedia. Recuerdo bien la fecha y las primeras impresiones. Se cumplían treinta días de las elecciones generales de marzo y la ciudad todavía se hallaba muy conmocionada por los atentados. La herida estaba horrorosamente abierta. Me incorporaba a la redacción de La Vanguardia en Madrid con diez años de experiencia en la información local de Barcelona, antes y después de los Juegos Olímpicos, cuatro años como corresponsal en Roma, tiempo que añoro y que fue para mí una verdadera ampliación de estudios, y otros cuatro años como subdirector en Barcelona, en labores de coordinación. La información política siempre me había interesado, pero aquella misma noche comprendí que Madrid iba a ser una asignatura difícil.

Pasé medio año en un hotel de la calle Núñez de Balboa antes de instalarme de manera definitiva en la capital de España. Encendía la radio a primera hora de la mañana para aclimatarme y pronto descubrí las emociones fuertes a la hora del desayuno. La ciudad estaba muy acelerada. En 2004 la telefonía móvil todavía se hallaba en una primera fase de expansión, pero vertebró un decisivo movimiento de protesta durante los idus de marzo. «Pásalo», decían los escuetos mensajes de los Nokia y los Motorola entre el 11 y el 14 de aquel mes trágico. Aún no se había puesto en circulación el concepto fake news, pero las trolas sobre los atentados del 11-M estaban cada día en las ondas. Las redes sociales todavía no habían organizado el mundo en tribus, pero ya habían surgido los peones negros, el primer movimiento trumpista antes de Donald Trump.

Aquello no fue una broma. La esposa del policía que estaba al frente de la comisaría de Puente de Vallecas se suicidó como consecuencia de la demencial campaña de acoso que sufrió su marido después de haber

descubierto que una de las mochilas recogidas en la estación de El Pozo contenía una bomba que no había estallado. Una bomba fabricada con un explosivo (Goma Dos-Eco) que ETA no utilizaba. Los propagandistas de la teoría conspirativa sostenían que esa mochila había sido depositada por una mano oscura en la comisaría de Vallecas para desviar el curso de las investigaciones. Una acusación tremenda, repetida una y otra vez en los medios del circuito conservador. Magdalena no pudo más y se quitó la vida. El drama familiar del policía Rodolfo Ruiz ilustra la tremenda dureza de aquellos momentos. Unos meses después de los atentados de marzo, desde la emisora del episcopado aún se seguía defendiendo que ETA había colocado las bombas en los trenes. A medida que esa hipótesis se convirtió en algo totalmente insostenible, pasaron a otras teorías conspirativas. España es el único país del mundo salvajemente golpeado por el terrorismo yihadista en el que se ha puesto en marcha una campaña empeñada en negar obstinadamente la autoría del atentado. El núcleo rector de esa campaña, propagada por la cadena Cope y el diario El Mundo, se hallaba en el gobierno de la Comunidad de Madrid y contaba con la decisiva colaboración del cardenal Antonio María Rouco Varela, arzobispo de Madrid y presidente de la Conferencia Episcopal Española. Se intentó impugnar la instrucción judicial, lanzando una campaña de desprestigio contra el juez Juan del Olmo, que después se prolongó contra el juez Javier Gómez Bermúdez, encargado de presidir el tribunal que juzgó el caso entre febrero y mayo de 2007. Si el juicio colapsaba, se venía abajo la legitimidad de la nueva situación política. Esa era la clave: la legitimidad del Gobierno. Veinte años después, esa sigue siendo la batalla. 2004 vive en 2024.

España, entre el pacto y la furia. Así han pasado veinte años, con más furia que pacto. La capacidad de llegar a grandes acuerdos parece haberse venido abajo ante el empuje de la furia, activada y multiplicada por los nuevos dispositivos de comunicación e interrelación social: las redes sociales y unos medios de comunicación entregados al gatillo fácil por la desintegración de las audiencias estables de antaño y la fragmentación del mercado publicitario. Más furia que pacto, es verdad, pero citaría unos cuantos acuerdos importantes de estas dos últimas décadas. Vamos a verlos.

En primer lugar, la reforma del artículo 135 de la Constitución, con un nuevo redactado que da prioridad al pago de la deuda. Es la ofrenda que

José Luis Rodríguez Zapatero efectuó ante el altar de la austeridad alemana en septiembre de 2011 para no concluir su mandato con una reforma laboral que habría destrozado electoralmente al PSOE. El Partido Popular suscribió inmediatamente esa reforma. No podía negarse.

Otro acuerdo de calado fue el pacto implícito entre los dos grandes partidos en la aprobación de la ley orgánica de abdicación del rey Juan Carlos I, en junio de 2014, que facilitó un delicado paso que no se hallaba convenientemente reglamentado. No era un mero trámite y los nervios estaban a flor de piel. El malestar ya era muy visible en la sociedad española. La crisis había golpeado duramente a mucha gente y los casos de corrupción se amontonaban. En las elecciones europeas de mayo de aquel año, PP y PSOE no superaron juntos el 50% de los votos. Por primera vez desde la restauración de la democracia, los dos partidos principales no sumaban una aplastante mayoría. Un joven partido de la impugnación llamado Podemos, prácticamente desconocido hasta la campaña de mayo, había obtenido un resultado sorprendente en aquellas elecciones. El PSOE se podía haber puesto de perfil ante la crisis monárquica, pero no lo hizo. Alfredo Pérez Rubalcaba trabajó a fondo para asegurar el pilar socialista en el puente entre Juan Carlos I y Felipe VI. Con un discurso magistral en el Congreso, Pérez Rubalcaba fue el Lord Protector de la abdicación.

Tercer acuerdo importante: el apoyo socialista a la aplicación del artículo 155 de la Constitución en Cataluña después de los hechos de octubre de 2017, que culminaron con una supuesta proclamación de independencia que nadie intentó aplicar en las horas siguientes. Los populares disponían de mayoría absoluta en el Senado, pero el apoyo del PSOE era imprescindible para que la intervención de la autonomía catalana, medida inédita, no fuese leída como una reacción exclusiva de la derecha española ante la crisis institucional suscitada desde Barcelona. Los socialistas apoyaron la aplicación del 155 en Cataluña y su principal condición fue que no se interviniesen los medios de comunicación públicos de la Generalitat. Esa prudencia fue aceptada por el Partido Popular a cambio de tener al PSOE a su lado en aquel crítico momento. Se destituyó al Consell Executiu de la Generalitat y el presidente del Gobierno español, en virtud de los poderes que le confería el artículo 155, convocó elecciones al Parlament de Catalunya. 27 de octubre de 2017.

Esa contención fue desbaratada semanas después por la furia que había penetrado en los aparatos del Estado ante el «desafío» catalán. Los principales dirigentes del independentismo fueron acusados de haber cometido un delito de rebelión, lo cual permitió encarcelarlos de manera preventiva durante un largo periodo de tiempo. La acusación de rebelión decayó durante el juicio ante el temor de la alta magistratura española a no pasar el examen de Estrasburgo (Tribunal Europeo de Derechos Humanos). Las elecciones catalanas convocadas por Mariano Rajoy se llevaron a cabo con políticos catalanes en prisión y con el presidente destituido, Carles Puigdemont, reclamando la legitimidad desde Bruselas. No era el escenario imaginado desde el Ejecutivo. Habían pulsado el botón del 155 de común acuerdo con el PSOE, pero no pudieron controlar todas sus consecuencias. Determinados sectores del aparato del Estado decidieron acentuar su «autonomía» después de escuchar el discurso del Rey el 3 de octubre de 2017. Autonomía de los aparatos del Estado ante una grave crisis orgánica. Este es un hecho del que conviene tomar nota para interpretar correctamente lo que pueda ocurrir en España en los próximos años.

Cuarto pacto. La aprobación de la nueva legislación laboral en febrero de 2022, con el decisivo apoyo de la gran patronal española. La nueva reforma laboral corregía el marco de precariedad impuesto durante la crisis económica. Lo corregía, no lo eliminaba. Los sectores más pragmáticos del PP, encabezados por la exministra de Trabajo, Fátima Báñez, apoyaban la reforma. El Partido Popular, entonces dirigido por Pablo Casado, no la votaría, porque intuía la posibilidad de derrotar al Gobierno a la vista de las disensiones en la mayoría parlamentaria. Por distintas razones, EH Bildu y Esquerra Republicana disentían de la propuesta del Ministerio de Trabajo. El PNV no podía dejar sola a Bildu en la defensa de un marco diferenciado de relaciones laborales en Euskadi. Disconforme con la táctica seguida por el Ministerio de Trabajo, Podemos votaría a favor, con frialdad en el gesto, mientras su grupo dirigente hablaba diariamente con ERC, según reconocería más tarde el diputado Gabriel Rufián. La derrota de aquella ley habría supuesto la dimisión de la vicepresidenta Yolanda Díaz, que a su vez se estaba «autonomizando» de Podemos. Los negociadores socialistas calcularon mal los apoyos y en aquella emboscada podía haber muerto el propio Sánchez. El voto despistado del diputado popular Alberto Casero salvó al Gobierno y puso al PP en ridículo. El pacto triangular con los

sindicatos y la CEOE se mantuvo en pie. Al cabo de un mes, caía Pablo Casado, vituperado en la calle Génova por las furiosas bases de la derecha madrileña.

Pacto y furia. El banco de la furia tiene muchos cuentacorrentistas en este país y es del todo evidente que el tono de la bronca ha subido hasta límites difícilmente tolerables. Posiblemente el oído del ciudadano medio se ha ido acostumbrando a ese ruido. Pero también se pacta en España. El pacto es hoy norma en España, puesto que todas las expresiones políticas del país, todas, se hallan presentes en el Parlamento. Todos dentro. Se pacta entre afines y no tan afines. La permanencia o no de Junts per Catalunya y el Partido Nacionalista Vasco en el bloque que actualmente apoya al PSOE será clave en los próximos años, si el binomio PP-Vox no logra alcanzar la mayoría absoluta en futuras elecciones generales. «Algunos estamos saltando las murallas para mirar al otro lado», me decía un destacado dirigente del Partido Popular el 24 de agosto de 2023, mientras Alberto Núñez Feijóo aún soñaba con una improbable investidura. Después vino José María Aznar y mandó parar. Saltar la muralla o embestirla, esta es la cuestión. Furia o pacto.

Pacto y furia aparecen en el título de este libro como síntesis, como desequilibrada síntesis, de lo que ha sido el largo y convulso periodo que va desde los atentados del 11-M a la ley de amnistía. Después de dos décadas de intenso trabajo en la capital de España, ofrezco al lector mi visión de lo que han sido estos veinte años, en los que hemos sufrido una grave crisis económica, hemos sido recluidos en casa por una epidemia, hemos escuchado de cerca nuevos tambores de guerra y nos hemos aproximado al umbral de vertiginosos cambios tecnológicos mientras las cerezas maduran en enero.

Madrid, 29 de enero de 2024

2004

En el principio fue la mentira.

A primeros de marzo de 2004, España se vio sacudida por uno de los más salvajes atentados contra la población civil cometidos en Europa después de la Segunda Guerra Mundial. 11 de marzo. Recuerdo el sobresalto que tuve en casa, en Barcelona, al oír la noticia por la radio. Era terrible lo que había sucedido, desconcertante. Mi hija mayor, Marta, se hallaba aquellos días de viaje de final de curso en Madrid. Fueron momentos que no olvidaremos nunca. Consternación, angustia y sentimientos de culpa: también un silente sentimiento de culpabilidad entre quienes en Catalunya, y en otras partes de España, apoyaban el diálogo con ETA para acabar definitivamente con el terrorismo.

Unos meses antes, a principios de enero de 2004, el recién estrenado conseller en cap de la Generalitat de Catalunya, Josep-Lluis Carod Rovira, líder de Esquerra Republicana, se había reunido en Perpiñán con dos dirigentes de ETA (Mikel Antza y Josu Ternera) para hablar del futuro. La celebración de esa reunión fue conocida por el servicio de inteligencia español, siendo filtrada al diario ABC pocas semanas antes del inicio de la campaña de las elecciones generales. Un aliado del Partido Socialista se había reunido con ETA. José Luis Rodríguez Zapatero vio peligrar su carrera política y el gobierno tripartito de Pasqual Maragall en Catalunya estuvo a punto de naufragar. Carod dimitió y Esquerra quedó tocada.

Hay que tener en cuenta ese acontecimiento para entender mejor la reacción del Gobierno Aznar ante los atentados de Atocha. Si ETA había puesto las bombas en los trenes, la izquierda española estaba hundida. Se trabajó desde el primer minuto para afianzar la autoría de ETA ante la opinión pública. El Gobierno quiso que la manifestación de repudio en Madrid —dos millones de personas, una de las mayores concentraciones humanas que se recuerdan en la capital de España— estuviese encabezada por una pancarta que exigía lealtad a la Constitución. «Con las víctimas, con la

Constitución, contra el terrorismo». Ese lema dibujaba sutilmente un dedo acusador contra quienes proponían la reforma del marco constitucional.

Fueron días terribles. El lenguaje divisivo del ministro del Interior, Ángel Acebes, cada vez que comparecía ante los medios. Un relato oficialista muy abrupto, sin mirada compasiva, poco profesional. Las primeras dudas sobre la autoría del atentado. El progresivo desmoronamiento de la versión oficial a medida que la investigación apuntaba a la pista yihadista. El «pásalo» de los teléfonos móviles y las protestas ante las sedes del Partido Popular durante la jornada de reflexión. Finalmente, el vuelco electoral, en buena medida propiciado por la alta participación en Catalunya. Cuatro días que conmocionaron España y que aceleraron el irremediable carácter fratricida de su política para los siguientes veinte años. Porque en el principio fue la mentira.

Al cabo de un mes me hallaba en Madrid con el encargo de sumergirme en la crónica política de un país consternado. La Vanguardia, entonces dirigida por el periodista José Antich, fue el único gran diario de difusión general que no adjudicó el atentado a ETA en su portada. Fuimos prudentes. «Al Qaeda se atribuye el atentado e Interior sigue señalando a ETA», decía uno de los subtítulos de la primera página del día 12 de marzo. «Las pruebas apuntan a Al Qaeda, pero el Gobierno insiste en ETA», se podía leer en el faldón de portada del día siguiente, sábado 13. La portada del domingo certificaba la dura realidad: «Al Qaeda confirma la autoría del 11-M en víspera electoral». Fuimos prudentes y los seiscientos sesenta kilómetros de distancia entre Barcelona y Madrid nos ayudaron a serlo.

En el principio fue la mentira. Los vencedores de las elecciones consideraban que su victoria era fruto del justo castigo de la sociedad española a un Gobierno que había mentido a conciencia en la más extrema de las circunstancias, primero, para intentar obtener un aplastante rédito electoral, y después, a medida que la versión oficial se desmoronaba, para evitar la derrota. Los perdedores, humillados y desconcertados, también se creían víctimas del engaño: la oposición habría conspirado con sectores de la policía para transmitir a la sociedad que el Gobierno, desbordado por los acontecimientos, les estaba engañando deliberadamente en aquellas horas trágicas.

En el principio fue la mentira. Llegué a Madrid el día 13 de abril, víspera de la investidura de Rodríguez Zapatero. Durante mis primeros tiempos en la ciudad, pernocté en un hotel. Fueron seis meses de desayunos solitarios con la prensa desparramada sobre la mesa y la radio encendida en el baño. No salía de mi asombro al comprobar como algunos destacados medios de comunicación seguían insistiendo en la autoría de ETA, moviendo astutamente el relato hacia una zona gris en la que todo eran suposiciones. Una «mano negra» habría movido los hilos del atentado, para cambiar el rumbo político de España. Lo cual venía a significar que el nuevo Gobierno no era «legítimo». Ese era el eje narrativo. Veinte años después ese sigue siendo el guion principal.

En el principio fue la mentira. Nos estaban ocultando la verdad, sostenían los defensores de la teoría de la conspiración, e incluso surgió un movimiento organizado alrededor de esa paranoia: los denominados peones negros. Las dinámicas de manipulación social que hemos visto eclosionar de manera salvaje en Estados Unidos, Brasil y otros países estos últimos años, se experimentaron en España cuando aún no existían las redes sociales y el modelo más avanzado de teléfono móvil era el Motorola RAZR V3, en aluminio anodizado y con dos cuerpos en forma de concha. El sistema Android aún no había llegado. El principal vehículo conductor de las fake news a la española eran las arengas radiofónicas. La emisora propiedad de la Conferencia Episcopal, entonces presidida por el cardenal Antonio María Rouco Varela, arzobispo de Madrid, destacaba en esa labor. En el principio fue la mentira.

Y en el principio de mis crónicas madrileñas estuvo Atocha. El altar de Atocha. Me impresionó mucho cómo el Estado no sabía muy bien qué hacer con las muestras de condolencia que centenares de personas habían depositado en el vestíbulo de la estación de cercanías. Flores, mensajes escritos en un pedazo de papel, fotografías, osos de peluche, bufandas… Sacudido por el atentado, quebrado moralmente por la lucha partidista, desorientado por el súbito cambio de Gobierno, el aparato del Estado no había sido capaz de dar una rápida respuesta simbólica a la tragedia, no había conseguido canalizar el dolor de los familiares de las víctimas hacia el interior de un templo institucional. El altar de Atocha expresaba la

profundidad de la crisis política en España, una crisis que aún no se ha cerrado veinte años después, porque en el principio fue la mentira.

EL ALTAR DE ATOCHA, LA ÉPOCA QUE CAMBIA

2 de mayo, 2004

Hay como una aparente contradicción en los primerísimos días de José Luis Rodríguez Zapatero como nuevo presidente del Gobierno. Una curiosa mezcla de veteranía y bisoñez. El PSOE ha vuelto al puente de mando como el que regresa a casa después de unas vacaciones: sabe dónde están los interruptores y qué función tiene cada palanca de ese lugar que los italianos llaman la «stanza dei bottoni», la habitación de los botones. Aplomo en el cuarto de máquinas, pero titubeo en la escalerilla del avión oficial. El nuevo jefe del Ejecutivo exhibe, sin tensión aparente, la inexperiencia gestual del novato. Incluso parece que disfruta con ello.

Así como los hombres de baja estatura tienden al envaramiento cuando el poder les excita la adrenalina, los altos parecen tener una dificultad inicial con el garbo, como si no supieran muy bien qué hacer con brazos y piernas en sus primeros momentos de solemnidad. En Casablanca, Zapatero bajó del avión presidencial más atento a la pisada que al refinado boato que los visires de Mohamed VI habían dispuesto con arábiga sagacidad. En Alemania pasó revista —recibir honores militares en Berlín es un plato bastante fuerte— como flotando en un sueño. Y en París no dejó de sonreír mientras Jacques Chirac lo envolvía en una nube de halagos y perfumes. Ahí estuvo bien cuando, amablemente, agradeció los esfuerzos de Francia contra ETA, faceta que «monsieur le president» se había olvidado de mencionar.

O sea, que el nuevo PSOE parece maduro y verde a la vez. Los primeros renglones de su agenda están escritos con bastante claridad. No ha tardado ni un minuto en tomar la iniciativa, proponiendo a la sociedad española un curso acelerado de «desaznarización». La propia inexperiencia gestual de

Zapatero, lejos de la gravedad del primer Felipe González, parece formar parte del programa: todo es como nuevo. Rotas las primeras líneas de defensa y un tanto desorientada su artillería «mediática», la exhibición de malhumor por parte del Partido Popular no hace sino incrementar la sensación fuerte de cambio de época. Oír en Madrid las proclamas radiofónicas de Federico Jiménez Losantos es estos días un placer casi sofisticado: una manera ardiente de comenzar el día; la emisora de los obispos es como un enjuague con Licor del Polo.

Todo ocurre tan deprisa... La política y la información trenzadas se han convertido en una colosal fábrica de expectativas. Cada día se vive en el Madrid político y periodístico un combate intenso y rugiente, donde los movimientos de fondo se confunden con el forcejeo doméstico y la pequeña maniobra. Es un ruido constante que tapona otras percepciones de la ciudad. Del Madrid real —¿qué es hoy la «realidad» en una ciudad planetaria?— que se levanta a las seis de la mañana para coger el metro o el tren de cercanías, con el miedo en el cuerpo, mirando de reojo las mochilas que entran y salen.

Y ya que todo principio tiene un comienzo, no conviene olvidar esos trenes desventrados, porque en sus hierros está impreso el minuto cero de muchas de las cosas que van a suceder. Siendo así, siendo la política una maquinación extraordinaria de fantasías, ideas e intereses, es conmovedor el contraste entre las consecuencias estructurales de la tragedia y lo más visible de su rastro físico. Atocha. El altar de Atocha. Un rincón del vestíbulo de la estación de cercanías convertido en homenaje popular, donde todavía no ha intervenido el Estado, quizá porque unos se iban y los otros apenas estaban llegando.

Decenas de velas rojas y un calor pálido para quien se acerca. Flores, imágenes de la Virgen, muñecos de peluche con fotos de las víctimas, recortes de sus biografías en los diarios, una estampita de san Josemaría Escrivá de Balaguer, una inscripción anarquista en un rincón, poemas («el mundo ha cambiado tanto / desde aquella acción / nadie entiende nada / desde la explosión»), imprecaciones, sarcasmo («Alicia no está en el país de las maravillas»), amargura («una vez tuve una vida, no era fácil, pero era mía»), interrogación socrática («si tenemos que morir, ¿por qué nos

matamos?»), miedo al vacío («no se acaba lo que se muere, sino lo que se olvida»). Y casi ninguna bandera española. Acaso un retal pegado a una valla. La enseña más visible es la catalana, sobresaliente en las ofrendas florales del Orfeó Català y la Orquestra Nacional de Catalunya. La organicidad catalana, densa, melosa, equidistante, formalmente constante, «ben posada», aquí en este rincón de Atocha, en extraño diálogo con la radical individualidad del Madrid de los de abajo. Con su soledad y desamparo. Con su extrema invocación de piedad.

VISIONES DESDE EL DESIERTO DE PITIS

13 de junio, 2004

Bajas en Pitis y te encuentras en medio del campo. En muy pocas ciudades del mundo el metro debe haber llegado antes que las casas y las calles, tal como ocurre en Arroyo del Fresno, solar inmenso en el extremo norte de Madrid. Donde el mapa pone Pitis hubo un poblado de chabolas y hoy es un lugar tranquilo, lento, de una nitidez objetiva, como los diálogos trenzados por Rafael Sánchez Ferlosio en El Jarama; un páramo donde solo las tercas chicharras son testigos de cargo de que la carestía de la vivienda va por libre.

Desde esta estación perdida en el campo se ve como Madrid avanza, imparable, como una unidad de destino en lo inmobiliario. Arroyo del Fresno es el más retrasado de los seis nuevos barrios de inminente construcción (Sanchinarro, Monte Carmelo, Las Tablas, más los ensanches de Vallecas y Carabanchel), que aportarán a la capital de España otros 225.000 habitantes, cifra más que equivalente a toda la provincia de Segovia.

Es un buen lugar Pitis para comprender el significado exacto, preciso, por decirlo con un adjetivo que se ha puesto ahora un poco de moda, imitando a Josep Pla, del arco histórico que comienza con el pacto del Majestic y acaba con los idus de marzo. Primero, la entente con Convergència, la broma del

catalán en la intimidad, e inmediatamente después la aceleración de Madrid en busca de la megalópolis, de la ciudad planetaria cabeza de puente con Latinoamérica. Con una fuerza centrípeta más que suficiente para reabsorber energías que la regionalización y el ingreso en Europa han propiciado en la periferia rural revalorizada, esto es, Castilla y León, La Rioja, Castilla-La Mancha, Extremadura...

Desde este ángulo, la retórica igualitaria de José Bono y Juan Carlos Rodríguez Ibarra se descodifica mejor. Ahí va un dato, uno solo. Albacete (152.000 habitantes), índice de vejez: 13,5%; plazas de residencia por mil habitantes: 54,9. Santa Coloma de Gramenet (115.000 habitantes), índice de vejez: 14,8%; plazas por mil habitantes: 33,2. Ninguna otra gran ciudad catalana está mejor dotada que Albacete, Ciudad Real, Cuenca, Guadalajara y Toledo (Anuario social de España, 2004).

Roto el crecimiento cero de Madrid, que defendía el PSOE de Leguina y Barranco con una ingenuidad que hoy parece casi angelical; consolidado el glacis del Centro y amortizado el suave frufrú del Majestic, el siguiente paso fue la búsqueda del mar vía Valencia, la campaña levantina con el agua del Ebro como nuevo Jordán. Ya decía Ortega en su España invertebrada que la mente castellana es la mejor dotada para articular «la España integral»... con ríos de cemento y el ceño fruncido..., «¡electricidad y sóviets!», que gritaba Lenin en las estepas de Rusia.

Visiones desde el desierto de Pitis, mientras el sol comienza a caer a plomo en un Madrid jovial y sin primavera. Es fascinante vagar por su periferia con ojos de novato: un metro que no se acaba nunca, con estaciones bautizadas así en lo patriótico (Guzmán el Bueno, Antonio Machado, avenida de la Ilustración...), como en lo civil (Valdezarza, Peñagrande, Lacoma...); el tren hasta el Pozo del Tío Raimundo, con un nudo en la garganta, y de nuevo Atocha, donde, a petición de los empleados de Renfe, han retirado el altar del 11-M: las velas, los poemas, las imágenes de la Virgen, una sentimentalidad a flor de piel que se les hacía insoportable. La cera cuando arde, quema.

En su lugar han instalado un confesionario electrónico que digitaliza las emociones y los recuerdos. Sobrio y elegante, pone a prueba la capacidad del plasma, esa materia tan de nuestro tiempo, como vehículo del alma. Sin

la solemnidad y la forzada hipérbole de las lápidas de Estado, la de Atocha es una comunicación blanca con el infinito.

Es la funcionalidad que impregna el fenomenal tránsito en el que estamos, de las masas a los individuos. Del que Madrid es un espejo cóncavo, y también esa Catalunya sumergida en el populismo dulzón de la samba, la moralina y las proclamas del morro fort, que aplaude en secreto al Estado cuando este zanja la ocupación de la catedral (el mismo aplauso discreto de 1937, cuando los guardias de asalto, desbordada la Generalitat, desalojaron la Telefónica). Una Catalunya en la que los moderados de verdad son los sindicalistas de Seat. Hombres lúcidos pero invisibles en una atmósfera excitada por la risita de Pitarra. Visiones desde Pitis, donde uno cree oír a Pier Paolo Pasolini, que murió en un descampado... los últimos versos de Il canto popolare: «a la luz de un tiempo que comienza / la luz de ser aquello que aún no se sabe».

UN RAYO SOLITARIO EN LA SIERRA DE GUADARRAMA

11 de julio, 2004

Madrid es este verano un rompeolas. Contradiciendo la leyenda del dolce far niente que dicen que se apodera de la ciudad cuando el calor seco y terráqueo se desparrama por sus calles, este año parece que nadie tiene prisa por irse de vacaciones. El Gobierno sigue desembalando cajas en los ministerios, el Parlamento está contento de haberse conocido sin mayoría absoluta, la comisión del 11-M se confirma como una trampa quizá mortal para el exministro del Interior Ángel Acebes, y después de las elecciones europeas, la oposición comienza a comprobar que no hay derrota que sea dulce. En Madrid no se habla de otra cosa que de política. Hay agenda.

Todo iba más o menos según lo previsto, hasta la reaparición jupiterina de José María Aznar en Navacerrada. Ocurrió el lunes, que era un día transparente en la sierra de Guadarrama, de una luz diáfana capaz de herir con crueldad. Había demasiada claridad para un hombre que se siente

víctima de una oscura confabulación del cosmos. Quizá por ello, pasó lo que pasó. Lo que podía haber sido un desencuentro pactado con la moderación de Mariano Rajoy, un ver qué pasa si tú giras hacia el centro y yo aprieto por la derecha, ha acabado pareciendo un fogonazo descontrolado, un rayo solitario e iracundo.

Aznar ha dividido a la opinión conservadora de Madrid, que es mucha, persistente, leída, culta en numerosas ocasiones, y de vocación imperativa, cuando no ruidosa. Como antaño lo fue Radio Sevilla, la médula de este cuerpo sociológico es la emisora de los obispos, desde cuyos micrófonos unos gritan que ya era hora y otros, los menos, censuran que se haya beneficiado el discurso angelical de Zapatero. Es la vieja desavenencia entre la derecha esencial y la que va a lo práctico.

Mientras, la izquierda, demasiado adicta al tópico, le ha tomado gusto a la caricatura aznariana, el hombre que un día fue idolatrado como la gran solución comienza a ser considerado por algunos de los suyos como el gran problema. Es verdad que con su lenguaje áspero y sin concesiones es capaz de galvanizar a los cinco millones de electores que conforman el núcleo duro e inamovible de la España eterna, pero con ellos solos no se vence... (Y sin ellos tampoco se va muy lejos). La escisión no figura en el orden del día del congreso de otoño del Partido Popular, pero pueden producirse fuertes turbulencias según cuál sea en noviembre el resultado de las elecciones presidenciales en Estados Unidos.

Aznar dispone de su propia división acorazada, que es la Fundación de Análisis Económicos y Sociales (FAES), uno de los laboratorios de ideas más potentes y mejor financiados del centroderecha europeo. Quizá sea pura casualidad, pero sus siglas también podrían ser acrónimo de FAlange ESpañola, grupo que, como se sabe, nació con una fuerte impronta intelectual (Ramiro Ledesma Ramos, Rafael Sánchez Mazas, Ernesto Giménez Caballero, Dionisio Ridruejo, Pedro Laín Entralgo...), creyendo en la superioridad de unas ideas y de unas actitudes vitales, esencialmente castellanas, en bastantes aspectos muy distantes de la comedia que acabó siendo el fascismo italiano.

Era el miedo a la pérdida de España. El temor del pastor castellano a la disgregación de su ancho mundo y de sus rebaños: la matriz de lo español

como imperativo, según idea atribuida a Pedro Arriola, uno de los más combativos asesores de Aznar.

Es, también, el miedo de esos académicos que escriben alarmados en ABC contra todo: contra el hispanismo mórbido de las tres culturas toledanas (una azucarada concordia de cristianos, judíos y musulmanes), contra el gabacho traidor... y contra el reconocimiento del catalán en la Unión Europea, que ven como un riesgo para la lengua castellana... ¡hablada por casi quinientos millones de personas en todo el mundo!

Es un sentimiento de inseguridad altivo. Un insatisfecho deseo de dominio aristocrático, quizás eco de la vieja hidalguía, que, a través de la FAES, ha conectado de forma extraordinaria con el pensamiento neoconservador norteamericano, que también apela al lenguaje duro y a la fortificación de las élites ante un mundo en teórica fase de disgregación. Aun siendo antipática en Catalunya, es una voluntad de poder a la que gentes del nacionalismo catalán rinden adoración nocturna —les pone, como dicen en Madrid—, por aquello de que los extremos siempre se atraen. Es una idea en blanco y negro que se ha estrellado contra la realidad y sus matices, pero que seguramente tendrá larga y tortuosa vida al estar poseída por un fuerte nervio interior. Suyo es el sufrimiento de Aznar.

EL SOL DE LOS LUNES AMANECE EN SEPTIEMBRE

19 de septiembre, 2004

La política es relato. Y Madrid dispone para ello de un lenguaje propio. El suyo es un catálogo de referencias clásicas y castizas —el órdago, apuesta al todo o nada del juego del mus, los lances de la tauromaquia...— que se funde con el habla y la estética, estilo almacenes Ikea, de las vespertinas series de televisión, extraordinariamente populares y muy resistentes a la presión de los anglicismos. Así, la última palabra de moda en Madrid es fenomenal. Llamas a alguien, quedas para comer y, en lugar de responderte que de acuerdo, se despide con un «fenomenal» que te deja con una

sensación como de burbujeante optimismo, de voluntarismo incluso, que, la verdad, te pone; te deja bien.

También se dice estos días que al sonriente Zapatero le han soltado el primer morlaco. La casi inevitable quiebra de los astilleros públicos es el primer conflicto social agudo al que se enfrenta el nuevo Gobierno. Las imágenes de esta semana en Sestao, Cádiz y Sevilla invitan a establecer un link, una conexión neuronal con la película Los lunes al sol, que marcó un hito en la España reciente y malhumorada. Interpretada por Javier Bardem y Luis Tosar, la historia de un grupo de obreros de la industria naval en crisis tuvo gran éxito en la medida que amplificó un latido profundo, un fuerte deseo de realidad, en el momento más álgido de la propaganda oficialista del «España va bien».

Es una de las grandezas del arte, esa capacidad invencible de replantear la tensión entre el hombre y el mundo cuando esta, por las razones que sea, se achata o se adormece. Estrenada a finales de septiembre de 2002, la película de Fernando León de Aranoa llegó a las pantallas a los pocos días de la sonada boda de la hija de José María Aznar en el monasterio de El Escorial, acontecimiento quizá clave para entender la tremenda crisis de confianza que, apenas dos meses después, le estalló al gobierno del PP a raíz de la catástrofe ecológica del petrolero Prestige. En un mundo hipercomunicado y sometido a múltiples estímulos simultáneos, los humores sociales se han convertido en algo impredecible. Es la modernidad líquida de la que habla el sociólogo polaco Zigmund Bauman; a veces mansa y aparentemente sumisa, a veces torrencial...

Pero las protestas de estos días posiblemente transmitan otros mensajes. La realidad llama a las puertas de la Moncloa para advertir a José Luis Rodríguez Zapatero que el buen talante, administrado en exceso y a todas horas, podría acabar convirtiéndose en regimentalismo dulzón y en estímulo de nuevos deseos de realidad. Gobernar es ir montado en un potro salvaje. El príncipe moderno debe sufrir para convencer. Aunque Zapatero parte con una ventaja: la tremenda furia de sus adversarios; sueñan tanto con un imposible K.O. en el segundo asalto, que la crítica desaforada y faltona le ayudará a resistir las primeras tormentas. Lo que no mata, engorda.

Sobre el futuro de Izar quizá sí se esté improvisando menos de lo que parece. Se estaría fraguando un plan con la complicidad de las cajas de ahorros vascas y, por consiguiente, del PNV, con un posible correlato en Andalucía. En Sestao, la crisis afecta de lleno a la base social del Partido Socialista de Euskadi y deviene un dato importante de la política vasca, en fase preelectoral y con la posibilidad de novísimas alianzas en el horizonte. Y ahí reside uno de los mayores riesgos: que la solución en el norte sea mejor que en el sur.

Otro riesgo es el creciente divorcio entre UGT y CC.OO. Los primeros se sienten políticamente ganadores, después de ser acosados por Aznar. La relación del líder ugetista Cándido Méndez con Zapatero es excelente; como jamás la tuvieron Felipe González y Nicolás Redondo. Por el contrario, la actual dirección de Comisiones, que apostó por una entente más o menos cordial con el PP, se siente de algún modo perdedora y cuestionada por los sectores críticos a la gestión de José María Fidalgo.

Los problemas no acaban aquí. Un hipotético plan de reconversión con el apoyo de las cajas de ahorros debería ser remitido con prontitud a Bruselas para aprovechar la relativa flexibilidad del comisario europeo de la Competencia, el italiano Mario Monti, a punto de ser relevado. Y ante las expectativas creadas estos días, los trabajadores de las empresas auxiliares son los que con mayor virulencia se han manifestado, desbordando y pillando desprevenidos a los sindicatos. Es una historia dura, áspera y ejemplar, que actualiza la sensación de fragilidad que la economía global está inyectando en la Europa del bienestar. Con las nuevas tecnologías la vida puede ser fenomenal, pero el surco es duro.

Al otro lado están los tristes lunes al sol.

CERCA DEL SENADO SE SIRVEN FILETES DE TIBURÓN

31 de octubre, 2004

Cerca de la sede del Senado, que esta semana ha sido actualidad, hay sitios interesantes para ir a comer. Está Casa Jacinto, por ejemplo, en la calle del Reloj, un rincón discreto del Madrid de los Austrias donde se puede pedir rabo de toro entre fotos de Manolete y la cabeza de un Miura en la pared. Es uno de esos restaurantes clásicos en los que cuando uno toma asiento hay algo en el ambiente que casi te invita a exclamar: «Como decía Camba...».

El escritor gallego Julio Camba dejó dichas muchas cosas finas e irónicas que, al igual que las de Josep Pla en Catalunya, son citadas con profusión. Es un bálsamo de Pontevedra que atenúa la agresividad del periodismo madrileño, muy dado a atacar de frente, a veces sin casco, a veces sin contemplaciones, cosa que asusta e incluso escandaliza al periodismo barcelonés, más proclive al punyalet, la amonestación patriótica y el arsénico en el café.

Está también El Senador, que como su nombre indica es un restaurante frecuentado por sus señorías. Así como los diputados del Congreso casi siempre tienen prisa y parecen el conejo del cuento de Alicia cruzando nerviosos la calle Zorrilla, los senadores disponen de tiempo para largas y humeantes sobremesas. Son la retaguardia inteligente del Parlamento. Para ver mejor el bosque de la legislatura hay que comer, al menos una vez al mes, con un senador. Y la semana que hoy se cierra ha sido especialmente suculenta: solemnes fotos de grupo en Madrid, Roma y Barcelona. El jaque de La Caixa en Repsol... Nuevas perspectivas: no todo es folclore en Catalunya.

Cerca de la plaza de la Marina Española también hay algún restaurante moderno, aunque en Madrid los locales diseñados no son tan abundantes y obligatorios como en la Barcelona culturalmente contemporánea. Un restaurante moderno cerca del Senado es Polenta, que no deja de ser un nombre raro, austrohúngaro, para la capital de España. En Polenta sirven filetes de tiburón. Los encargados del local dicen estar hartos de la sosez de los pescados de piscifactoría, de manera que compran carne de escualo australiano en busca de sabores más recios. Lo cual nos permite cerrar este apunte gastronómico con una pizca de demagogia; de sal, queremos decir: mientras Catalunya deconstruye y almuerza espumas de Ferran Adrià en el

Empordà, Madrid evoluciona del rabo de toro al lomo de tiburón. Bonita imagen, sí señor.

Quien parece comer ligero es el presidente del Gobierno, al que, en plena apoteosis metrosexual, le están cambiando poco a poco el peinado, fuera la raya y el flequillo, redondeado. Seis meses después del debate de investidura, este periodista volvería a tomar prestada la observación que Andrei Gromiko, eterno ministro soviético de Exteriores, hizo a propósito de Mijail Gorbachov: «Detrás de esa sonrisa, hay una mandíbula de acero».

Obviamente, en Madrid hay gente preparándose a fondo para rompérsela algún día. Pero, a veces, los golpes más peligrosos son los que te propinan en casa, «sin querer».

La petición de indulto para Rafael Vera, firmada el martes por Felipe González y arropada de inmediato por Alfonso Guerra, acaso sea el episodio más incómodo que ha tenido que afrontar el actual Gobierno en su primer semestre. No es la primera vez que González pide el indulto para el hombre que en la práctica dirigió el Ministerio del Interior en los tiempos más duros de ETA. Que vuelva a hacerlo ahora no es novedoso, pero sí muy relevante, toda vez que Vera podría estar dispuesto a iniciar una huelga de hambre para convertir su caso en una situación límite. El exsecretario de Estado ha comenzado a explicar ahora lo que no dijo o no pudo decir en su defensa cuando fue juzgado: que algunos jueces y fiscales también cobraron de los fondos reservados para pagarse una protección privada en los años de plomo.

Es evidente que González trabaja y trabajará para obtener la plena rehabilitación de su largo mandato, pero como buen meridional posee un instinto arábigo de la revancha que sabe jugar con el tiempo. Hoy por hoy, el problema para Zapatero no son tanto las prisas que pueda aparentar González, como la reacción de los jueces que algún día soñaron con enviar a la cárcel al locuaz expresidente. Algunas togas pueden acabar siendo el más peligroso adversario de un Gobierno de tintes laicistas, al que la emisora episcopal ya acusa de masónico. Por ahí sopla la galerna, que gritaba el capitán Ahab obsesionado con clavarle el arpón a Moby Dick, la ballena blanca.

Como podría haber dicho Camba: «Joven, que sea doble la ración de carne de tiburón».

EL CAPITÁN AHAB HA SIDO VISTO EN LA CASTELLANA

7 de noviembre, 2004

«Pueden ustedes llamarme Ismael. Hace algunos años, con poco o ningún dinero en mi billetera y nada de particular que me interesara en tierra, pensé en darme al mar y ver la parte líquida del mundo». Así empieza uno de los mejores relatos de la literatura norteamericana, el libro más sublime que se ha escrito en Estados Unidos, según Harold Bloom, el gran patriarca de la crítica. Así comienza Moby Dick, la historia del capitán Ahab y su obsesivo deseo de castigar y anular el Mal, encarnado en la ballena blanca.

Como el otoño está siendo lluvioso en Madrid y muchas de sus tardes invitan al recogimiento, quizá sea un buen momento para releer la novela de Herman Melville, muy repleta de claves de esa América bíblica que acaba de imponer su voluntad en las urnas con una contundencia imposible de relativizar.

En Moby Dick se superponen el libro de Job (el inocente que supera las más terribles pruebas que Dios le envía) y el libro de Jonás (el profeta que se niega a serlo, devuelto a su destino por un pez monstruoso), a la severa y fascinante personalidad de Ahab, el hombre que transforma el deber en obsesión, en idea fija; un Quijote adusto y nada lúdico.

Forcemos un poco la metáfora: la ballena blanca es el terrorismo islámico, esa nueva manifestación del Mal que ataca cuando menos se le espera y se esconde en «la parte líquida del mundo», que ya no es solo el mar, sino la tierra transformada en red de redes. Ahab es el grupo dirigente que acaba de ganar las elecciones en Estados Unidos, enarbolando una idea magnética, un sentimiento telúrico: la persecución del hado maligno hasta el último de

los confines del planeta. Y el Pequod es el barco ballenero en el que, desde el miércoles, todos estamos definitivamente enrolados.

Llueve en Madrid y la Castellana parece la ancha avenida de una ciudad americana encapotada. Tiene algo de Caracas con toques modernos de Nueva York. Porque Madrid también es una ciudad americana. En los años sesenta, capitales venidos de la otra orilla del Atlántico invirtieron en el despegue desarrollista del franquismo. Millones de dólares expatriados de Cuba por Fulgencio Batista, de Venezuela por el dictador Marcos Pérez, de Argentina por el general Perón y de Santo Domingo por el clan de los Trujillo anidaron en los edificios altos del eje de la Castellana y en los selectos chalets de la suave colina del Viso, entre los barrios de Salamanca y Chamartín.

Ninguna otra capital europea, ni siquiera Londres, mucho más anclada en el Atlántico, tiene hoy la capacidad de Madrid para oscilar entre Europa y América. Y aunque la mentalidad castellana siempre ha sido muy alérgica a la ambigüedad, la de Madrid ha acabado siendo una ambivalencia muy rentable. Rica.

Es por ello que el impacto de las elecciones en Estados Unidos ha sido esta semana muy fuerte en la capital de España. Muy perceptible en una longitud de onda que va más allá de lo estrictamente ideológico y de lo mucho que significa para el entrechocar de las ideas la indiscutible victoria del paradigma neoconservador. Ante el contundente triunfo de Bush, el instinto de supervivencia de los intereses será siempre superior a la sincera melancolía de la amplia mayoría sociológica que en España y en casi toda Europa deseaba el triunfo de Kerry.

De esta encrucijada de ideas y cuentas de resultados surge el plus de dificultad que pesará sobre las espaldas del Gobierno Zapatero, abocado al blindaje con París y Berlín y con riesgo de un menor margen de maniobra. En tiempos de Kissinger, más de un sudor frío recorrería las estancias de la Moncloa. Alguna estampa chilena ya ha sido rememorada estos días en las ondas.

Pero los tiempos han cambiado y se han licuado. Los remolinos son ahora más imprevisibles. Y ahí, de nuevo en la borrasca de las Azores, reaparece

el otro capitán Ahab de esta historia: José María Aznar, rescatado de un ostracismo que podía haber sido irreversible. La victoria de Bush le consolida como el gran poder fáctico de la derecha española. Nada podrá hacer el PP sin él y sin sus contactos en Washington. ¿Cómo será el contrataque de Aznar? ¿Impaciente como el visionario capitán ballenero o con la tranquila y fría perseverancia de un Antonio Maura, que logró volver al poder después de ser arrollado por liberales, socialistas y republicanos?

En la novela de Melville, Ahab, cegado por la pasión, es arrastrado por la ballena blanca. Y el Pequod se hunde con él. Solo se salva Ismael, en un bellísimo final: «Después, todo se desplomó y el gran sudario del mar volvió a extenderse como desde hacía cinco mil años».

CADA DÍA ENTRA EN LAS CORTES UNA MOCIÓN CATALANISTA

14 de noviembre, 2004

La polarización política es tan extrema en Madrid que hasta las películas se convierten, con el consentimiento o no de sus directores, en banderas de partido. En la cartelera de estos días, el filme marca PSOE es Mar adentro, y el del Partido Popular, Tiovivo c. 1950. Alejandro Amenábar versus José Luis Garci.

Mar adentro es un poético y muy eficaz alegato en favor de la libertad individual. El ansia de poder decidir sobre lo más esencial de uno mismo en un tiempo en el que el vuelo de una mariposa en Hong Kong te puede dejar, online, sin trabajo en el Baix Llobregat. Por eso gusta a los jóvenes y por eso conecta de alguna manera con las teorías republicanistas sobre la primacía de la democracia que el nuevo PSOE dice querer encarnar.

Tiovivo c. 1950 es un entrañable carrusel costumbrista del Madrid de la posguerra. Una mirada atrás sin ira, que viene a decir que fue España entera la que perdió la Guerra Civil. Una tesis que enerva a algunas gentes de la izquierda, pero que conecta con la mayoría sociológica encandilada

por la serie televisiva Cuéntame cómo pasó... La película de Garci gusta a los mayores y abona las tesis constitucionalistas del PP a favor de perpetuar los eclécticos pactos de la Transición, no vaya a ser que...

Ambas películas, sin embargo, tienen una cosa en común. Una rara coincidencia. Ambas incluyen algunos diálogos en lengua catalana. En la película de Amenábar llevan subtítulos y en la de Garci se sirven a granel. Nada, nada, calderilla, un poco de peixet para quedar bien, nos dirá el profesional del pesimismo catalán, cada vez más inquieto, no vaya a ser que algunas cosas cambien y se quede sin argumentos. La España plural ya llega a las pantallas, señal de que vamos muy bien, exclamará el federalista voluntarioso, aun a riesgo de idealizar el guiño lingüístico de los cineastas. Pero quizá otro punto de vista sea posible: el punto de vista del mercado.

Por iniciativa propia o asesorados por sus productores, puede que Garci y Amenábar hayan buscado un plus de simpatía en las pantallas de Barcelona, conscientes de que el sentimiento catalanista ha alcanzado tal amplitud que comienza a ser comercialmente aconsejable. De ser así, estaríamos ante un interesante suceso mercantil, que siempre ha sido el mejor patriotismo. Puede ser una interpretación aventurada, pero no majareta.

Así como la anterior legislatura fue, en clave tensa y dramática, la de los vascos, esta será la de los catalanes, en clave aún por determinar. De momento, en solo seis meses se han presentado en las Cortes españolas más de cien iniciativas parlamentarias en defensa de la lengua y de la identidad de Catalunya. Si descontamos el periodo de vacaciones, los fines de semana, las fiestas nacionales y las de guardar, sale a una iniciativa al día. Desde que Lluís Companys, nacido en la Terra Ferma, asumió el Ministerio de Marina no se veía nada igual.

Tanto ardor, sin embargo, está creando un clima de saturación en Madrid que las ágiles destilerías del PP, todavía en plena inercia aznariana, convierten en el vigoroso licor Unidad Nacional, con la esperanza de poder derrotar al PSOE aun obteniendo un mal resultado electoral en Catalunya. Recuperar el poder desbordando a los catalanes. El punto clave de esta estrategia será Andalucía, donde no tardaremos en ver grandes maniobras. Pero no todos los dirigentes del centroderecha están convencidos de que el anticatalanismo visceral sea la fórmula magistral que el PP necesita.

Aunque el Gobierno de Zapatero comienza a tener muchos frentes abiertos (las malas relaciones con Estados Unidos; las tensiones en el poder judicial; el conflicto latente con la irritada Iglesia católica; la comisión del 11-M; el incierto final de ETA; el presupuesto de 2005, ahora en el desfiladero del Senado; el asunto Rafael Vera...), la cuestión catalana, excitada por la agonística pugna entre CiU y ERC, puede provocar el peor de los hartazgos. O no: como los medicamentos homeopáticos, por simulación de una grave enfermedad, quizá logre modificar el cuadro psicológico surgido de la Transición.

La actual dialéctica no catalanizará España. Aburrirá e irritará. Pero, paradójicamente, podría fomentar un nuevo deseo de conllevancia: la entente que ideó José Ortega y Gasset tras llegar, a pesar suyo, a la conclusión de que Catalunya no podía ser diluida por Castilla. Hoy hay gresca e incluso chirinola, pero algo nos dice que no tardaremos en percibir aires de moderación. La cuestión es quién afloja primero. Quién se cansa antes. Quién lee mejor las encuestas y la nueva fase que se abre en Estados Unidos, que será el gran acento de la época.

UNA ESPUMA ÁCIDA SE ADUEÑA DE LA SITUACIÓN

28 de noviembre, 2004

La legislatura comienza a estar en su punto, agitada por rachas de viento fuerza ocho en la escala de Beaufort. Aires de tormenta y oleaje arbolado. Siamo in alto mare, dicen en Italia cuando el jaleo político se complica un poco más de lo habitual, lejos de la tragedia, pero sin perspectiva de que amaine. El italiano es un idioma grácil —gracioso, para el oído castellano —, flexible y favorecedor de mentalidades ingeniosas, puesto que ayuda a comprender la realidad como un cuadro en movimiento. Stefano Folli, actual director del Corriere della Sera, escribió durante años una célebre columna diaria que desmenuzaba la coyuntura política como si se tratase de una reseña de ajedrez. Y Gianni Riotta, exdirector adjunto de La Stampa, es autor de una novela (El príncipe de las nubes), cuyo protagonista, el coronel

Carlo Terzo, muestra cómo los meandros de la vida se ajustan a las tácticas de las grandes batallas de la historia.

Esta última ya es una imagen más del gusto de Madrid. Se dice estos días, para explicar los primeros tropiezos serios del Gobierno Zapatero, que el PSOE tiene demasiados frentes abiertos: la declarada animadversión de la Administración Bush, acaso medio suavizada por el Rey; José María Aznar convertido en poder fáctico por Washington; la comisión insepulta del 11-M; el choque frontal con el sector conservador del poder judicial; las tiranteces con la Iglesia católica, algo amainadas, pero no resueltas; la cuadratura de los presupuestos de 2005 (atención a las emboscadas que se preparan en el Senado); el debate territorial que no cesa: la difícil geometría del tripartito, las acrobacias de Pasqual Maragall y las huidas hacia delante de Cárod Róvira, como acentúan en la emisora de los obispos; el conflicto de Izar (atención a la Naval de Sestao, atención a las elecciones en el País Vasco en primavera); el caso Vera y su eco dramático; la ministra Trujillo que no despega (el abaratamiento de la vivienda, arriesgado compromiso electoral); una cierta sombra de duda sobre la eficacia ministerial de la paridad femenina...

Una pausa para respirar y la cartografía se cierra con el ministro Moratinos, que resbaló el lunes ante el micrófono retráctil de 59 segundos, el nuevo programa estrella de la política televisada, acusando a Aznar de connivencia con el fallido golpe de Estado en Venezuela en 2002. No iba muy desencaminado, pero olvidó añadir que influyentes personalidades del PSOE también apostaban por la caída del coronel Hugo Chávez.

Canta el coro: «¡Moratinos, Desatinos!». Clama Federico: «¡Moratin, afrancesado!». El nuevo Godoy. Afrancesado, caraqueño, castrista vergonzante, progre trasnochado, tercermundista, amigo del moro de la morería, iluso..., de todo menos bonito le ha dicho esta semana el liberalismo que los tiene bien puestos. Porque hoy en España, en Madrid especialmente, hay gente que practica el liberalismo como si fuese un arte marcial. El karate de unas élites ofendidas por el buenismo ambiental, por ese populismo democrático que despertó con la guerra de Iraq. La premisa fundamental de Hobbes —«el hombre es un lobo para el hombre»— está dejando de ser la secreta convicción de los estoicos, la poética de quien

sabe —pero no exhibe— que todo puede acabar mal, para convertirse en dogma y proclama. El culto al pesimismo. La adoración morbosa de lo trágico.

O sea que leña a Moratin, mientras las empresas españolas, Repsol al frente, se posicionan, como se dice ahora, en la Venezuela chavista. Digamos que el mundo es complejo y difícil de explicar en cincuenta y nueve segundos. Y Moratinos pertenece a la generación de las ideas fumadas en pipa durante las largas sesiones de La clave. Gente de pugilato clásico, poco acostumbrada a la agresividad de una televisión que vende ideas formato Ikea: cómodas, estéticas y fáciles de montar.

El programa 59 segundos ilustra bastante bien la textura del nuevo PSOE. Una presentadora joven y vivaz, un leve, muy leve barniz de cultura política y ritmo, mucho ritmo. Es la onda que rompe con la seriedad gótica del aznarismo. Aquella voluntad de poder minuciosamente articulada por su inteligente jefe de gabinete, Carlos Aragonés, un vallisoletano diríase que salido de un cuadro del Greco.

El PP sacralizó su paso por el poder erradicando el debate político de la televisión. Y el PSOE, bajo guion de Miguel Barroso, atípico secretario de Estado de Comunicación, antiguo ejecutivo de la cadena Fnac, está intentando todo lo contrario: debates a chorro para desdramatizar el combate y alejarse de la vieja horma española del caudillismo. Dosis de barullo y jaleo que ensalzan el papel amable y mediador de Zapatero. Pero aún no lleva 59 semanas en el poder y ya la espuma ácida de las dos Españas amenaza con helarle la programación.

2005

En un principio fue la mentira y después vinieron las medias verdades. El día 13 de noviembre de 2003, en el mitin final del PSC en la campaña de las elecciones catalanas que iban a suponer el relevo de Jordi Pujol en la presidencia de la Generalitat, José Luis Rodríguez Zapatero había prometido «apoyar el Estatut que apruebe el Parlament de Cataluña». Un año después, tras los trágicos acontecimientos de marzo de 2004, se veía en la obligación de cumplir con la palabra dada. El inesperado cambio de ciclo colocaba al PSOE ante una situación verdaderamente incómoda. Convergència i Unió, apartada del poder después de aquellas elecciones de 2003 y todavía fuertemente hegemónica entre las clases medias de habla catalana, se frotaba las manos.

Conviene reconstruir bien la secuencia. La decisión de apoyar un segundo estatuto de Catalunya fue discutida en la ejecutiva del PSOE antes de las citadas elecciones catalanas de 2003, antes que Zapatero, aconsejado por uno de sus asesores principales, dijese que respetaría la propuesta del Parlament, dando por supuesto de que esta se adaptaría a la Constitución. Renovar a fondo la autonomía de Catalunya significaba acercarse a Esquerra Republicana, el partido independentista que había sido el primero en proponer la redacción de un nuevo Estatut. Y la ejecutiva socialista dijo: adelante. Una tarde me lo confesó Alfredo Pérez Rubalcaba en la oficina del grupo parlamentario socialista ubicada en la Carrera de San Jerónimo, frente al Congreso, cuando en el PSOE empezaba a cundir el pánico por el desgaste que podía comportar la aventura catalana. Muchos apuntaban a Pasqual Maragall, al extravagante Maragall, nunca asimilado por el PSOE, pero Rubalcaba tuvo la honradez de reconocer que la línea de fondo había sido acordada antes de que Maragall accediera a la presidencia de la Generalitat.

Cuando el secretario general socialista efectuó esa promesa en Barcelona, el aparato de su partido no creía demasiado en la posibilidad de ganar las elecciones generales de 2004, pese al desgaste que la guerra de Iraq estaba

infligiendo al hombre de las Azores y a su partido. José Luis Rodríguez Zapatero, elegido secretario general del PSOE en 2000, necesitaba más rodaje. Los guiñoles de Canal + aún le apodaban «Sosoman». «Bambi», escribía Raúl del Pozo, el más leído de los cronistas parlamentarios. La previsión era que el Partido Popular, con Mariano Rajoy al frente, perdiese la mayoría absoluta. Ese PP minoritario difícilmente iba a apoyar la reforma del Estatut que promocionaban los socialistas catalanes y ERC, con lo cual el jaque a CiU era perfecto: expulsada de la Generalitat por la alianza tripartita de la izquierda catalana, desalojada de tres de las cuatro diputaciones provinciales catalanas y fuera del gobierno de las principales ciudades, con la única excepción de Sant Cugat del Vallès, a la imbatible CiU de los años ochenta y noventa, magmática como la Democracia Cristiana italiana, rocosa como el Kuomitang chino, no le quedaba otra opción que alejarse de la derecha española. El plan era prácticamente perfecto…, pero las elecciones generales de marzo de 2004 las ganó, de manera inopinada, el Partido Socialista.

CiU se frotaba ahora las manos y pronto lo hizo saber. Durante los primeros tres meses de la legislatura, Convergència y ERC llegaron a presentar más de cien mociones en el Congreso en defensa de la lengua catalana, de las infraestructuras catalanas, de las finanzas catalanas, de los símbolos catalanes… Las dos ramas del nacionalismo se disputaban la primacía con ardor. ERC tenía prisa por desbancar a CiU a todos los efectos, pero los convergentes aún disponían de una fuerte base social pese a haber perdido casi todas las posiciones de gobierno. Veinte años después esa competición aún no ha concluido y es la clave principal para interpretar la dinámica iniciada en 2012 con el nombre de «procés».

La pugnacidad interna define Catalunya. Podríamos remontarnos a la guerra civil catalana del siglo XV, a la rivalidad entre la Biga y la Busca, el partido nobiliario y el partido menestral, pero basta con recordar las tensiones de los años treinta del siglo pasado. Pugnacidad, esa es la palabra. En aquel momento, ERC parecía haber ganado la extenuante partida, pero nunca hay que dar por muerta a la mutable Convergència. Dos fracciones de las clases medias catalanas disputándose el poder. La primera, acostumbrada a mandar. La segunda, temerosa de no saber mandar. Veinte años después, esa lucha sigue abierta.

En un principio fue la mentira —las mentiras del 11-M— y después vinieron las medias verdades. El 30 de septiembre de 2005, el Parlament de Catalunya aprobó un nuevo Estatut, y Rodríguez Zapatero supo que se le venía encima un serio problema. «Lo que vamos a enviar a Madrid, provocará ruido y tensión», me confesó unas semanas antes Ernest Maragall, durante una visita que efectué con mi amigo Antoni Puigverd a Pasqual Maragall en su casa veraniega de Rupià, en el Empordà. Me lo dijo en catalán: «provocarà rebombori». Fue la última conversación larga que mantuve con el entonces presidente de la Generalitat, al que había tratado durante su largo periodo en la alcaldía de Barcelona. Al atardecer llegó su hermano Ernest con un portátil, lo abrió y dejó caer ese comentario: «Provocarà rebombori».

Se reinterpretaba el estado de las autonomías. Se reinterpretaba la Constitución sin romper con la Constitución. El PSC no activó la palanca de freno en el último minuto. José Montilla, entonces primer secretario de los socialistas catalanes, no quiso dar ese paso. La ola era demasiado alta. Tampoco quiso activar el freno Josep Antoni Duran Lleida, jefe de filas de Unió, la agrupación más moderada del nacionalismo catalán, que actuaba de portavoz parlamentario en Madrid y sabía cuál iba a ser la reacción del Estado profundo y de sus guardianes. El patriarca Jordi Pujol tampoco lo veía claro. Intuía que la reacción de la derecha española iba a ser durísima, pero felicitó a Pasqual Maragall y Artur Mas por haber pactado. Pujol sabía que aquel tren iba a arrollar a Pasqual Maragall. A Felipe González, el futuro de Maragall le traía sin cuidado, pero veía venir un serio problema de Estado. Estaba furioso y pronto lo hizo saber.

Recuerdo el impacto que el nuevo Estatut causó en Madrid. En la capital de España siempre hay ruido político, y con el paso de los siglos el oído de los madrileños se ha acostumbrado a diferenciar los ruidos importantes de los ruidos secundarios. El Estatut entró en los bares: «los catalanes quieren cambiar las reglas». Recuerdo la excitación de Miguel Ángel Rodríguez, antiguo portavoz de José María Aznar, en una tertulia matinal. Rodríguez es un guerrero castellano, un guerrero impetuoso, lenguaraz e inteligente, muy inteligente, que desprecia la sutileza. Gritaba, gesticulaba, sabía que el PSOE acababa de sufrir un bajón de cinco puntos en los sondeos. Catalunya

había dado la victoria a Zapatero en marzo de 2004. Catalunya podía ser el trampolín para la revancha. MAR estaba exultante: «¡Al ataque!».

Empezaba una extenuante batalla en la que pronto abundarían los golpes bajos. En un supermercado del barrio de Salamanca, próximo a la redacción de La Vanguardia en Madrid, un día apareció la siguiente pintada en la acera: «No entrar, son catalanes». Se empezaban a cruzar líneas que aún no han sido reparadas. En el principio fue la mentira y después vinieron los boicots.

En el principio fue el Estatut y después vino la opa de Gas Natural a Endesa, el proyecto de crear un fuerte polo energético español con sede en Barcelona. La respuesta fue furibunda. «Los catalanes no pueden tener la llave de la energía en España», gritaban en las emisoras de radio. «Cambiar el Estatut y controlar Endesa, me parece que las dos cosas a la vez no va a poder ser», me comentó Carlos Aragonés, exjefe de gabinete de José María Aznar, diputado del Partido Popular, hombre inteligente, con el que he trabado amistad. Las conversaciones con Aragonés son siempre muy interesantes. «Los burgueses de Barcelona ahora se van a dar cuenta que ya no basta con tener el apoyo del Gobierno para una operación como esta, los ejes de poder han cambiado en este país, con el Gobierno ya no basta», me comentó un directivo de la entonces boyante Caja Madrid. «¡Yo nunca me convertiré en un empleado de La Caixa!», gritó Manuel Pizarro, presidente de Endesa. «Antes alemana, que catalana», remachó Esperanza Aguirre. Endesa es hoy propiedad de la empresa pública italiana de electricidad Enel. Sus decisiones estratégicas se deciden en Roma, bajo la supervisión del Gobierno italiano.

2005. Aquel año conocí a Segador y decidí escribir un libro, mi primer libro.

MÁS SORPRESA QUE CHISTES POR EL SOCAVÓN CATALÁN

13 de febrero, 2005

«Hay que saber cuándo un gato en las escaleras de cualquier palacio municipal es más importante que una crisis en los Balcanes», aconsejaba Joseph Pulitzer a los periodistas, exagerando seguramente su fe en el caudal narrativo de la vida local. Visto desde Madrid, ciudad muy horadada y endeudada por la expansión del metro, donde los días suelen ser eléctricos, en el sentido de que las cosas suceden rápidas, empujándose las unas a las otras, parece que en Barcelona hasta los gatos empiezan a brincar ante el suceso del barrio del Carmel.

Catalunya está desconcertando. Tranquilícense los victimistas. No hay risitas de burla en exceso, del tipo ya te lo decía yo, estos polacos, tan listos, no saben ni construir un túnel. Pero la benevolencia tampoco es extrema. Algún que otro uppercut, seco como un trago de ginebra, te deja casi sin respuesta leyendo la prensa o contrastando pareceres. «Antes de cambiar España hay que saber gestionar lo propio. A ver si Maragall y el tripartito bajan de las nubes», te dicen con un rencor ligero pero afilado; que no busca la humillación, pero sí ajustar cuentas con ese complejo de superioridad que suele atribuirse a tantos catalanes manifiestamente atónitos y displicentes ante el fenómeno Madrit; como si fuese Barbaria.

Ha irritado sobremanera el delirante propósito de los servicios de prensa de la Generalitat de acotar el trabajo de los medios de comunicación en el Carmel. Luego matizado, luego vuelto a matizar y finalmente concretado en un protocolo extraño que no hace sino transmitir sensación de miedo, de pánico incluso, ante el Carmel televisado; narración lacrimógena, superficial si se quiere, pero verídica. Y amparada por las libertades. Aunque la torpeza de Palau quizá tenga más causas: algo empezó a estropearse en Catalunya, hace ya años, cuando la política y el periodismo dejaron de tratarse de usted, para entregarse a la tramposa melaza del tú. Hoy, hablas de usted a algún político de la actual Generalitat y te miran como si fueses un marciano.

Visto desde Madrid, parece como si el catalanismo de izquierdas se estuviese transformando en una categoría entre teologal y atribulada. Una encarnación de la necesidad histórica, obsesionada por el ajedrez nervioso de una legislatura trepidante y muy conspirativa. Tanto maquiavelismo, ora de Reus, ora de Rupià, ora de la calle Ciutat, ora de Vilassar de Mar, ora de

Vilanova i la Geltrú, crea un cuadro muy goloso para los diarios, pero socialmente inerte. Y la alcaldía de Barcelona, antaño hábil, se percibe muy asustada por el abrupto despertar del paciente anestesiado.

Quizá tengan razón los neoconservadores cuando proponen leer el actual desbarajuste del mundo bajo la óptica de la Antigüedad. La globalización es una tremenda licuadora que ofrece nuevas oportunidades a los hombres, pero también les hace sentir mucho más frágiles. Que se hunda tu casa siempre ha sido terrible, pero hoy lo es más que hace quince años, cuando en el barrio del Turó de la Peira se destapó la plaga de la aluminosis, asunto mucho más grave que el del Carmel. Hubo muertes, más de trece mil viviendas afectadas en toda Catalunya, mucha psicosis, ataques a la política —una manifestación llegó a congregarse ante el domicilio de Jordi Pujol— y un chivo expiatorio rápidamente señalado: la herencia del desarrollismo. Franco, en definitiva. Desde que Edipo marchó de Tebas para librarla del desastre, toda tragedia necesita una víctima, real o ritual, justa o injusta, que absorba la culpa. Y cuando la sospecha apunta a la autoridad, esta debe arrojar, como mínimo, mucha ceniza sobre su cabeza, además de reparar los daños. Es antigua ley de vida.

La pérdida de esmalte de la autoridad, la disolución de la auctoritas, puede llegar a ser el punto crítico de la actual Catalunya, más república pequeño burguesa que nunca. Mientras los patricios redactan futuros y epigramas, en los barrios las muchachas cantan Antes muerta que sencilla (una tonadilla vitalista que le hubiese gustado a Pasolini: ...después de tanto y tanto trabajar / a veces las mujeres necesitan / Una poquita, una poquita, una poquita, una poquita libertad). Es esta nueva generación la que más está protestando en el Carmel y en su indignación se intuye rechazo del paternalismo —«no queremos votos, queremos información»— y cansancio del contrato catalán, hoy socialdemócrata, ayer personalista pujoliano. En su orgullo ofendido laten el resentimiento y un deseo de más ciudadanía. Tras días de zozobra y vacilación, el viernes fue el presidente del Gobierno español quien encarnó la autoridad en Barcelona. Se presenta interesante el Estatut.

CUANDO LA CALLE YA NO ES SOLO DE LA IZQUIERDA

5 de junio, 2005

En la plaza Mayor de Madrid los inmigrantes juegan al fútbol sobre un rectángulo de césped artificial y bajo un sol de justicia. La imagen, captada ayer por la mañana, tiene la vivacidad de los contrastes urbanos, un poco de tensión entre quietud y movimiento y un algo de felicidad. Al fondo, la sobria arquitectura austriacista, las dos torres puntiagudas de la Casa de la Panadería, desde cuyos balcones los Habsburgo, prognatos (la mandíbula saliente) y vestidos de negro, contemplaban corridas de toros y ajusticiamientos, y en primer plano, el campo de fútbol portátil en el que dos combinados de trabajadores latinoamericanos, africanos y magrebíes, todos mezclados, sudan la camiseta. Las camisetas de Australia e Israel, porque el mundo todavía puede ser una fantasía.

En Madrid las cosas ocurren y nada más. El Ayuntamiento ha organizado el mundialito de fútbol entre inmigrantes en nombre de la convivencia y para relajar el ambiente después de los sucesos de Villaverde. En este distrito del sudeste se produjo hace un mes un inquietante conato de choque racial al morir un muchacho español apuñalado por un joven dominicano. La sensatez de la generación que en los años sesenta luchó por la dignidad del barrio, una potente fibra cívica que pervive en todas las grandes ciudades españolas, evitó que el calentón de los más jóvenes acabara convirtiéndose en un progromo.

Las televisiones dieron relieve al suceso de Villaverde, pero lo destacaron menos que el apuñalamiento de Berga, lo cual habla por sí solo. Hace años, antes de que el lenguaje político fuese colonizado por palabras de plástico como posicionamiento, implementación, agenda, calendario, Miravet 2..., era frecuente una expresión que hoy explicaría bastante bien el distinto significado otorgado por las redacciones centrales a ambas noticias —Villaverde, un mero suceso local de Madrid; Berga, presunto síntoma de la quiebra social de Catalunya—; esa expresión era correlación de fuerzas. En España, no está de más recordarlo, las correlaciones de fuerzas siempre han sido una cosa muy seria. Los vascos, que son los españoles más auténticos, tienen un juego ancestral que simboliza muy bien esa eterna dinámica del tira y afloja. Le llaman soka-tira.

Pero en Madrid, decíamos, las cosas ocurren y nada más. Los inmigrantes juegan a fútbol en la plaza Mayor, pero sin un exceso de moralina en el ambiente; sin ese exhibicionismo de los buenos sentimientos al que Barcelona, en ocasiones, es tan proclive, como si la bondad fuese un distintivo social.

Y en Madrid, además, siempre suelen ocurrir varias cosas importantes al mismo tiempo. Ayer por la mañana, por ejemplo, mientras las selecciones de Australia e Israel se afanaban por marcarle un gol a la estatua ecuestre de Felipe III, regalo de Cosme de Médicis al homenajeado, médicos, enfermeras y vecinos de Leganés se manifestaban en solidaridad con el jefe de urgencias del hospital Severo Ochoa, relevado de su puesto y expedientado por la Consejería de Sanidad de la Comunidad de Madrid por un supuesto abuso en la sedación de enfermos terminales. Es un conflicto áspero que refleja cómo las batallas ideológicas también se están infiltrando en los hospitales. Las correlaciones de fuerzas siempre han sido una cosa muy seria en España.

Y el calor ha llegado como un general africanista. También las corrientes de aire tienen su relación de fuerzas. Cuando el viento fresco del Guadarrama cede, una aspiración tórrida sube por La Mancha y apaga los colores de la ciudad con un barniz mate. Es un sofoco como de Mauritania que invita a buscar refugio. En La Torre del Oro, por ejemplo, pequeño bar andaluz de cerámicas limpias, cercano a la calle Mayor, donde sirven un gazpacho contundente y estructural que refresca las meninges. Con solo dos sorbos ya entiendes a Ortega y Gasset. Ese gazpacho contiene una idea de España.

Una manera de entender España es la que se manifestó ayer por la tarde a lo largo de la calle Príncipe de Vergara, con amplitud y civismo indiscutibles. Era la España nacional y alguna cosa más. Una gran congregación de las clases medias madrileñas que desayunan cada mañana con Federico y alguna cosa más. La primera gran demostración de fuerza del Partido Popular en la calle y también alguna cosa más. No solo la contraimagen de las masivas protestas por la guerra de Iraq. Ese algo más es un estado de ánimo. Es la prevención mental ante un final fácil de ETA. Es un mensaje fuerte al Gobierno. Ochocientos muertos por el terrorismo nunca serán en España un dato estadístico.

«¡Zapatero, dimisión!» fue el grito fácil de la tarde, coreado con fruición y un punto de rabia. Miles de banderas españolas, poquísimos símbolos de la extrema derecha y algunos carteles referidos a la inefable corona de espinas, «No a las payasadas periféricas» —¡ay, la correlación de fuerzas! —. Madrid no fue ayer de los fachas. La derecha demostró que puede echarse a la calle en paz y en pie de igualdad moral con la izquierda. Y que también posee una memoria. José Luis Ruiz Casado y Francisco Cano Consuegra, concejales del PP asesinados por ETA en Sant Adrià de Besòs y Viladecavalls, cuyo rastro se ha evaporado en la Catalunya del diálogo, por ejemplo.

MEDITACIÓN ANTE UN TORO EMBALSAMADO

26 de junio, 2005

Viajar por España es muy instructivo, sobre todo en estos tiempos posiblemente más nerviosos que agitados. Pero el regreso a Madrid siempre trastoca las perspectivas adquiridas. Hay un momento de tensión e incluso de desconcierto al ser recibido de nuevo por la vorágine de una ciudad que cree que ella es España. Madrid posee un yo compulsivo, absorbente y mandón que la descentralización, paradójicamente, ha alimentado con nutrientes de primera calidad.

Gracias al Estado de las Autonomías, Madrid se ha quitado muchísimos problemas de encima y ha ganado tiempo y energías para sí misma. Si un hospital atraviesa dificultades en Oviedo, ya no hay nadie en los Nuevos Ministerios que deba ocuparse de ello, bien sea para arreglarlo o para acabarlo de estropear; si en Catalunya comienza a ser imperiosa la construcción de nuevas cárceles, ningún subsecretario de Estado deberá romperse la cabeza para hallar los terrenos y las complicidades sociales adecuadas. No es que Madrid siga siendo centralista, es que la descentralización le ha regalado una nueva y fantástica centralidad.

Viajar por España permite constatar cómo cada autonomía se ha transformado en una esfera reluciente, pletórica, en algún caso, pero muy poco comunicada con las demás, pese a que los españoles tienen parientes por todas partes. La incomunicación afecta a las ideas y los proyectos. La impermeabilidad no es una característica exclusiva de la Catalunya actual, aunque es innegable que el desapego catalán respecto a una cierta idea global de España ha crecido en los últimos años. Pero en Andalucía también van muy a lo suyo. En Sevilla, confirman fuentes bien informadas, no se detectan grandes pasiones por conocer lo que ocurre en Galicia o en Asturias, más allá de las cuatro ideas tópicas sobre la bruma y la sidra. Y viceversa.

El usufructo de los cuantiosos fondos europeos, un clima sostenido de bonanza económica, el auge del turismo y de la sociedad de servicios, el afianzamiento de las burocracias regionales, la descentralización universitaria, la aparición de nuevas televisiones autonómicas y la constante emisión de mensajes publicitarios de autoestima y apego sentimental al territorio han propiciado más de dos décadas de espléndido autismo, solo roto por acontecimientos extremos.

Este cuadro ha tenido dos grandes validos velazqueños. Felipe González, que fue el gran conseguidor de habanos y grandes magnetismos verbales; hablar fluido, astucia agraria e imaginación caraqueña. Y José María Aznar, pragmático y pactista de entrada; frío como un balcón de Carabaña en invierno y, de salida, meditabundo y ceñudo en El Escorial dándole vueltas a una idea puntiaguda de la Nación. En este cuadro, Madrid ha reinado a sus anchas, sin que nadie le disputase o le discutiese las grandes bazas que, en bandeja, le iba ofreciendo la globalización económica y el nexo con Latinoamérica. Barcelona podía haberlo intentado, pero no lo hizo. Hace unos años —ahora ya no y en el futuro todavía menos— mencionar la palabra bicapitalidad era en Catalunya un acto de herejía. En aquel tiempo, como recordará el lector, la patria apuntaba a Lituania.

Pero el alegre ventenio de las autonomías está llegando a su fin. Aparentemente, la más abrupta novedad sería el puñetazo que Catalunya amaga con dar sobre la mesa, pero todo el mundo sabe que el catalanismo pactará. El catalanismo jamás ha sido una máquina de generar odio,

contrariamente a lo que han escrito los autores de Il Manifesto, oliéndose seguramente el éxito que hoy en día tiene la desfiguración del adversario: el que exagera y pone cara de estar cabreado —¡estoy indignado! exclaman en Madrid— puntúa. El catalanismo es un simpósium permanente. Esa puede que sea su debilidad, pero también el secreto de su permanencia. Que será larga.

El feliz ventenio será corregido por la crisis europea, la gran noticia de estos días. La Noticia. Todo deberá ser revisado en un plazo quizá no superior a dos años, acaso con un manual de Anthony Gidenns, del traidor Gidenns, en la mano. Y será complicado e incluso doloroso. Quizás entonces, paradójicamente, vuelva una cierta idea de España. Ay, lo que hemos dicho. Será el calor mauritano. Será la mirada fija de ese toro embalsamado detrás de la barra de La Torre del Oro, espléndido bar de Madrid en el que sirven un gazpacho que sabe a poción mágica. Da visiones. La Torre del Oro es un templo mitraico. La cabeza de toro habla y lo dice todo: «Mira que te embisto, mira que te arrollo; mira que no puedo».

REVELACIÓN EN EL TEMPLO DE DEBOD, QUE NASSER REGALÓ

3 de julio, 2005

Madrid no es una ciudad fácil de explicar cuando la mirada comienza a acostumbrarse a su fragor y los tópicos se atenúan. El primer mes lo que más llama la atención es la agresividad ambiental. Una persistente atmósfera eléctrica. Madrid es una ciudad en la que se lucha a todas horas y ello exige un estado de ánimo vivaz y muy dispuesto a ir al grano; para entendernos, es como si cada mañana la gente se tomara una copa de coñac Veterano antes de salir de casa. Esa fue la primera impresión.

El segundo mes, ya con la directa puesta, se descubre que la sangre no siempre llega al río; que ese ambiente agresivo y en ocasiones bronco no es inhumano al ser compensado por una cordialidad de fondo que se teje a

diario en bares y restaurantes. En Madrid se conspira comiendo, es cierto, pero desayunos, almuerzos y cenas también sirven para pisar algodón.

El tercer mes se produce un descubrimiento que nos atreveríamos a calificar de trascendental: cuando se levantan por la mañana, los madrileños ponen la radio, escuchan a Iñaki, a Federico o a Herrera en la onda, se afeitan, preparan el café y besan a los niños, pero al mirarse en el espejo su primer pensamiento no es para Catalunya: «¿Qué putada les haremos hoy a los catalanes?». Esa no es su obsesión. Juzgamos esta conclusión verdaderamente importante. No invalida ninguno de los objetivos perennes del catalanismo, pero su conocimiento y divulgación podría ayudar a robustecer la necesaria línea roja entre política y paranoia, quizá demasiado pisoteada últimamente en Catalunya. Quizá demasiado.

Durante el cuarto, quinto y sexto mes se va entrando en harina y se descubre que la reiterada agresividad ambiental responde no tanto a una cuestión de carácter como al hecho de que en la capital de España se inician cada día unas cien conspiraciones de todo tipo, de las cuales solo llegarán a puerto una o dos, y vete a saber en qué estado. Hay un afán conspirador, sí señor.

El séptimo mes sirve para releer a Ramón María del Valle-Inclán. Siempre hay que volver a Valle si se quiere escribir medianamente bien y saber de qué alma venimos. «Zaguán en el Ministerio de la Gobernación. Estantería con legajos. Bancos al filo de la pared. Mesa con carpetas de badana mugrienta. Aire de cueva y olor frío de tabaco rancio. Guardias somnolientos. Hay un viejo chabacano —bisoñé y manguitos de percalina — que escribe, y un pollo chulapón de peinado reluciente, con brisas de perfumería, que se pasea y dicta humeando un veguero. Don Serafín, le dicen sus obligados, y la voz de la calle, Serafín el Bonito» (Luces de Bohemia, escena quinta). Fue así. Ahora ya no, pero algo queda.

Releído Valle se descubre en el octavo mes lo que ya se intuía al principio; que debajo de la fenomenal costra oficial hay otro mundo que es el pueblo de Madrid. A diferencia de Barcelona, horizontal y mesocrática y medio republicana y muy dada al marasmo, incluso al óxido, cuando no está muy claro quién manda, como ocurre ahora, Madrid es una ciudad en vertical, con un corte muy nítido entre arriba y abajo. Y los de abajo, gente

entrañable, van a lo suyo, trabajan como el que más y acostumbran obedecer el dictado de los despachos, excepto una o dos veces cada veinte años, cuando estalla un motín o un 13 de marzo.

Vistas ya todas las salas del Museo del Prado, entre el mes noveno y el duodécimo se descubren rincones. La ermita de San Antonio de la Florida, por ejemplo, a los pies del Manzanares y decorada por Goya. Fenomenal, como dicen las chicas del barrio de Salamanca. O el templo egipcio de Debod, ubicado en el lugar donde estuvo el cuartel de la Montaña, epicentro del 18 de julio madrileño («En lo alto de la escalinata, entre una aglomeración de militares con los brazos en alto, un oficial repetía frenético desesperados vivas a España, y otro, guerrera abierta, camisa roja de sangre, nos gritaba sin dejar de disparar: "¡Hijos de puta! ¡Hijos de puta!". Solo calló cuando le abatieron de un tiro o de veinte, no sé». Relato del periodista Jesús Izcaray, 1937).

El templo de Debod fue un regalo de Nasser al general Franco, en el año 1968, por la colaboración de arqueólogos españoles en la salvación de los monumentos afectados por la gran presa de Asuán. Hay que ir al atardecer, cuando el sol se va por la generosa Casa de Campo. Es un lugar bello, silencioso y raro. Politeísta. Un lugar propicio para la revelación: transcurrido un año, de Madrid, como de cualquier otro lugar del mundo, se sabe más bien poco.

UNA SOGA CUELGA DEL ESTATUT, ¿QUIÉN SERÁ EL AHORCADO?

27 de noviembre, 2005

El frío ha llegado a Madrid y con él unas mañanas espléndidas. El cielo debe ser lo único diáfano que hay estos días en la capital de España. Todo se mueve frenéticamente y sin perspectivas ciertas: los dos grandes partidos temen en su fuero interno haberse metido en un callejón sin salida —¿cuál de los dos se estrellará contra el muro?— y Convergència levanta cabeza.

Después de dos años de abstinencia, CiU vuelve a estar en casi todas las salsas: negociando la ley de Educación en línea directa con la nunciatura del Vaticano; intermediando a favor de CC.OO. para que el Gobierno no favorezca más de la cuenta a UGT; despachando enmiendas de un presupuesto que seguramente no vetará en el Senado; trabajándose un papel privilegiado en la negociación del Estatut. Ofertando, en definitiva, el margen de maniobra que Esquerra Republicana e Izquierda Unida difícilmente pueden dar a un Rodríguez Zapatero en alta mar y achicando agua en los cinco frentes de infarto: la oleada anticatalanista, ETA, Estados Unidos (y Venezuela), la educación y la Iglesia, y la reconfiguración del poder económico. ¡Glups!

El teorema del momento es el siguiente: cuanto más aprieta el PP, cuanto más mariposea Bono —don Serafín el Bonito, que hubiese escrito Valle-Inclán— y flojean otras figuras del banco azul del Congreso, más margen para CiU y en menor medida para el PNV, muy centrado en su tablero.

Una soga cuelga del Estatut de Catalunya sin que todavía se sepa quién será el ahorcado en un país poco acostumbrado a las incertidumbres. De haber triunfado la revolución liberal, la sociedad española seguramente dispondría hoy de un sustrato democrático más sólido, más apto para absorber las tensiones.

Pero cuidado con el historicismo. El profesor Josep Maria Fradera, experto en el siglo XIX y autor de un trabajo capital sobre la figura de Balmes (Jaume Balmes, els fonaments racionals d'una política catòlica), puntualiza que sí hubo revolución liberal en España. Culminada en 1845 con la Constitución de Narváez, introdujo cambios legislativos profundos, pero sin un aliento político y cultural perdurable. Ello ayuda a explicar por qué España es hoy un país con frenos, pero sin airbag.

No existe una civilidad democrática con el grosor suficiente para evitar extremos grotescos como la campaña de boicot a los productos catalanes, alentada sin tapujos desde medios que se proclaman ¡liberales! Por Madrid circula la anécdota del viajante de una empresa alimentaria que en Murcia no tuvo ni tiempo de abrir la cartera para mostrar el catálogo. No es una situación banal, aunque seguramente tenga razón Jordi Pujol cuando llama a no arrugarse. A lo hecho, pecho. Otra cosa son los profesorinos que con el

sueldo garantizado por el Estado ridiculizan los temblores de piernas de los que de verdad arriesgan. Catalunya es un país de valientes con plaza de funcionario.

Cuando ya no existan ni izquierdas ni derechas, cosa que ocurrirá algún día, quizá se haga realidad la alianza que propugna el filósofo alemán Peter Sloterdijk entre quienes están comprometidos en la producción de bienes concretos —sean empresarios o trabajadores— frente a los especuladores. Los que se la juegan en el mercado frente a los que viven del cuento o del engaño.

Pero volvamos al profesor Fradera, intelectual serio y productor de un bien concreto: una semblanza de Balmes que debería figurar en el equipaje de los cuarenta parlamentarios que viajarán a Madrid para negociar el Estatut.

Momificado por el franquismo, Balmes fue un héroe balzaquiano. Intentó construir puentes entre el carlismo y el liberalismo; se esforzó por comprender la relación entre escenario político y cambio social, sin perder nunca de vista a Europa; esbozó un catolicismo políticamente autónomo que aún hoy no se ha realizado en España y se interrogó sobre los límites morales de la nueva civilización industrial («No creo en una economía que hace pobres y mata de hambre»). Enseñó matemáticas y teología, filosofó sobre el sentido común, fundó un diario en Madrid (El Pensamiento de la Nación), escribió poemas, viajó y conoció a Chateaubriand. Murió demasiado pronto, a los treinta y ocho años, después de haber imaginado una política católica, burguesa y moderna. Fue un gran intelectual que en Italia habría entusiasmado a Antonio Gramsci y que en Francia sería objeto de discusión infinita. ¿Para cuándo una gran retrospectiva de Balmes en Barcelona? Era un hombre de orden, cierto. Pero, ¿acaso no es la férrea gestión de la policía el único punto fuerte del Govern catalanista i d'esquerres?

UNA TARDE CON SEGADOR VIENDO BAJAR EL PÉNDULO

18 de diciembre, 2005

—No más teorías, por favor. Que si otra España es posible, que si una Catalunya cordial y fraterna. Música celestial. Mire, le voy a contar una anécdota que le dará una idea bastante cabal de cómo está el patio en Catalunya. Entra la consellera de Cultura, Caterina Mieras, en una licorería de Barcelona (creo que antes de viajar a Alejandría al frente de una faraónica delegación de la Generalitat) y el propietario, un sincero catalanista, mirando de reojo las existencias de cava, exclama: «¡Caterina, no se os ocurrirá traer los papeles de Salamanca antes de Navidad!».

—El laborioso pueblo catalán, siempre dispuesto al aterrizaje cuando van mal dadas.

—No se lo decía para que se cachondease. Quería explicarle que la rauxa se está agotando. Ya sabe, el seny y la rauxa, la cordura y el arrebato; el yin y el yang de los catalanes. La eterna dualidad de su identidad nacional. He dicho identidad nacional, amigo toro.

—Ya le he entendido. Quiere decir que el péndulo comienza a estar de regreso. Pero no lo aproveche para hacerse ahora el patriota, que le tengo calado: se mueve usted como una anguila. Siempre buscando el contrapunto. Se nota que ha pasado por Italia. El reino de la paradoja. ¡El gran Montanelli! ¿Sabe usted por qué son tan sinuosos los italianos? Porque no tienen una vieja tradición nacional-estatal. Por eso han desarrollado tanto la astucia.

—Como los catalanes.

—Sí, pero la astucia catalana es más terráquea; tiene menos vuelo, menos ansia de belleza. Ya sabe lo que dijo Dante de ustedes: «L'avara povertà di Catalogna».

—Divina Comedia, verso 77 del canto VIII del Paraíso. Según Josep Maria de Sagarra, Dante se refería a la Sicilia dominada por los catalanes. La avaricia fue una de las obsesiones de Dante. También acusaba a los florentinos, a los boloñeses, al Papa, a los genoveses, a los de Pisa...

(Quizás el lector recuerda el escenario. Estamos en el bar La Torre del Oro, en pleno centro de Madrid, templo mitraico donde ya no sirven gazpacho, puesto que ha llegado el invierno, pero sí un sabroso caldo regado con manzanilla que huele a hueso de jamón ibérico sobre lecho de flores. El caldo, ambarino, también tiene propiedades mágicas, aunque el trance resulta menos orteguiano, menos vertebrado. Un vapor historicista e italianizante se apodera de la imaginación. Y habla Zaratustra: la voz del toro reverbera. Detrás de la barra, los camareros, vestidos de Papá Noel, saludan a la clientela con carracas y panderetas. Ya nos vamos conociendo. Uno de ellos, amable y bien informado, se suma al rito persa: «Esos políticos la van a liar, nos quieren enfrentar a los unos con los otros»).

—Ahí va otra pequeña historia. El otro día conocí en Madrid al alcalde de Peñaranda de Bracamonte, pueblo de 6.500 habitantes de la provincia de Salamanca, asolada toda ella por el vendaval anticatalanista. ¿Saben qué me dijo? «Vamos a resistir toda esa demagogia que se ha puesto en marcha. Hay días en que algunos catalanes no nos lo ponen fácil, pero le aseguro que vamos a resistir».

—Cuénteselo a los de Esquerra.

—Están enfadados conmigo porque escribí que ERC tiene algunos rasgos de la Liga Norte italiana. Creen que les llamé fascistas y no es verdad. En sus inicios, la Liga fue el síntoma de un malestar real. ERC también ha sido un partido síntoma. Denunciar malestares es relativamente fácil, pero administrar su evolución ya no lo es tanto, sobre todo cuando el péndulo se mueve.

—El otro día propusieron en el Congreso la abolición de los títulos nobiliarios.

—Sí, el Mag Maginet contra la nobleza española, él solo, con dos...

—¿El «mag» qué?

—Me refería al diputado Tardà. Fue animador cultural en Cornellà, donde celebran la Navidad con el Mag Maginet, nuncio de los Reyes Magos. Es un buen hombre, Tardà, pero también un auténtico regalo para el tridente.

—¿Qué tridente?

—Federico, el periodista Ramírez y Aznar. La voz, la pluma y la espada de la derecha. El verdadero núcleo duro de la oposición. Contra él cree luchar el catalanismo de dibujos animados: el Mag Maginet contra el Poder Oscuro.

—El péndulo que se mueve.

—El péndulo que se mueve y que a más de uno se va a llevar por delante, amigo toro.

—Segador, para servirle.

—¿Segador?

—Ese fue mi nombre, antes de caer en la plaza de Las Ventas la tarde del 9 de junio de 1994. Sonaron los clarines.

—¿Sufrió?

—El Fundi fue certero, pero sí, dolió.

2006

En un principio fue la mentira y después volvieron las manifestaciones. La ciudad de Madrid empezó a llenarse de protestas contra las medidas que iba adoptando el nuevo Gobierno. La primera de ellas, gigantesca, desbordó el paseo de la Castellana con gentes venidas de toda España para expresar su rechazo a la legalización del matrimonio gay. El Parlamento había dado un paso imposible de imaginar durante el aznarato. Quedaba legalizada la unión civil de parejas de un mismo sexo con el rango jurídico de matrimonio, libro de familia y posibilidad legal de adoptar hijos. España se convertía en un país del mar del Norte. Solo los Países Bajos, Bélgica y Canadá habían legislado de una manera tan clara, otorgando el título de matrimonio a las parejas de un mismo sexo. España era el primer país del sur de Europa, de rotunda tradición católica, que adoptaba esa decisión. En el Vaticano sonaron todas las alarmas.

Quedaba clara cuál era la línea del nuevo Gobierno: mantener el crecimiento económico —circunstancia que no estaba totalmente en sus manos, como se vería unos años más tarde—, obtener la rendición definitiva de ETA mediante una negociación que evitase coletazos finales, intentar pactar un nuevo estatuto de autonomía catalán sin hacer añicos la base electoral del PSOE en el resto de España, y ampliar los derechos sociales, siguiendo la teoría republicanista del filósofo político irlandés Philip Pettit, al que Rodríguez Zapatero citaba a menudo, entre bromas y chanzas de la prensa conservadora.

La Iglesia católica se sintió ofendida y amenazada. Estamos hablando de la jerarquía católica de la primera década de este siglo, moldeada por el largo pontificado de Juan Pablo II y encabezada en aquellos momentos por Benedicto XVI, el teólogo bávaro que imaginaba el catolicismo del siglo XXI como una «minoría creativa» capaz de confrontarse con la imparable secularización de Europa.

El discurso de Ratzinger sobre las minorías creativas entusiasmaba a los amigos del neoconservadurismo norteamericano, que trabajaban con materiales teóricos análogos: élites ilustradas capaces de trabajar duro en política, dispuestos a mentir si fuese necesario, como ocurrió con la invasión de Iraq, como ocurrió con el 11-M español, para salvar causas mayores, como la teórica expansión de la democracia en Oriente Medio o el sistema de poder forjado en España después de la privatización de casi todas las grandes empresas públicas. Élites bien orientadas frente a pueblos confusos. Una década después, los pueblos confusos tomarían la revancha. A fecha de hoy, la palabra populismo es la más empleada en la discusión política.

La manifestación contra el matrimonio gay, alimentada por la vasta red parroquial de la Iglesia española, fue la primera de las grandes concentraciones organizadas en Madrid en la nueva fase política. Después vinieron otras muchas más, mientras proseguía la campaña de boicot a los productos catalanes por el nuevo Estatut. En 2006 se aceleraron los motores. Aquello ya era un no parar. Cadena de manifestaciones contra las negociaciones para acelerar el final de ETA, convocadas por la Asociación de Víctimas del Terrorismo. Manifestaciones duras en las que sobresalía una palabra: ¡traición! «Ahora la izquierda sabrá que la calle no es suya», declaraba Ana Botella, esposa de José María Aznar y futura alcaldesa de Madrid. El país estaba relativamente tranquilo por abajo y era azuzado desde arriba. Esa era la idea que quise desarrollar en el libro La España de los pingüinos. La extrañeza del hombre de la calle ante tanta agitación en las alturas.

Un hombre destacaba en aquellos momentos en la capital de España: el cardenal Antonio María Rouco Varela, consejero de Benedicto XVI, arzobispo de Madrid y presidente de la Conferencia Episcopal Española. Un hombre poderoso. Podía llenar las calles de la capital y podía repartir estopa a través de la potente cadena radiofónica del episcopado. Podía forzar el despido del director del diario ABC, José Antonio Zarzalejos, que se resistió a sumarse a la tenaz campaña de bulos y especulaciones sobre la autoría de los atentados del 11 de marzo de 2004. Desde la cadena Cope se hizo campaña para que los suscriptores del centenario ABC se dieran de baja.

En un principio fue la mentira y el cardenal Rouco Varela emergía como el Richelieu español. Contaba con un buen puñado de mosqueteros en los medios de comunicación y su infantería eran los kikos, los seguidores del Camino Neocatecumenal, movimiento eclesial fundado en los años sesenta por los laicos Kilo Argüello y Carmen Hernández en la periferia de Madrid, católicos abnegados que cada final de año abarrotaban la misa al aire libre que el arzobispo celebraba en la Castellana. Los demás obispos le temían. Mariano Rajoy le temía. Los dos eran gallegos, de distinta estirpe. Rouco Varela, nacido en 1936 en Villalba, provincia de Lugo, el pueblo en el que también nació Manuel Fraga Iribarne, consideraba que el sucesor de José María Aznar era un flojo. El radiofonista Federico Jiménez Losantos, figura estelar de la Cope, había hallado una manera ingeniosa de expresarlo: maricomplejines. La escisión de Vox empezó a labrarse muchos años antes de que naciese Vox.

Creo poder afirmar que en aquel tiempo posterior a la tragedia de Atocha, aquel tiempo de furias anticatalanistas, de ofensivas clericales y gritos de traición, el cardenal Antonio María Rouco fue el verdadero jefe de la oposición en España. Aznar, caballero doliente en un cuadro de El Greco, fulminaba con la mirada. Rouco articulaba fuerzas, llenaba calles y tenía una radio.

Aquel año, Pasqual Maragall fue apuñalado.

EN EL PANTEÓN A LAS SIETE DE LA MAÑANA

12 de marzo, 2006

Una mujer de negro frente a la máquina de los espíritus. Nadie más. Dos años después de la matanza de Madrid, en la hora exacta, las 7.39 de la mañana, solo esa mujer, el bolso de frente, el rostro desolado, rendía homenaje en el vestíbulo de la estación de Atocha. Nadie más.

El día había amanecido claro, sin alcanzar el grado diez en la escala de los cielos diáfanos de Castilla. Un viento ambiguo, frío pero atemperado por un leve soplo de primavera, anunciaba que pronto algo va a cambiar e impedía imaginar una mañana más rotunda. Porque los sábados suelen ser perezosos y el sol escoge cada día una claridad distinta. Y el templete se exhibía. Borrados los rastros más evidentes del dolor, el edificio de acceso a la estación de cercanías, un templete circular de reminiscencias romanas, parecía querer posar para un catálogo de arquitectura, un monográfico sobre Rafael Moneo. El sábado era perezoso y el trasero de un autobús municipal aportaba una nota publicitaria y de actualidad: Barcelona, mapa de sombras, la última producción del Centro Dramático Nacional en el recién estrenado teatro Valle-Inclán. Está escrita por Lluïsa Cunillé y habla de una casa del Eixample donde «las almas son bajas y pequeñas como gateras».

La mujer de negro lloraba sola ante la máquina de las palabras, a una distancia prudente, como si entre los poderes de la electrónica también figurase la generación de zonas de respeto, como los sagrarios de las iglesias, como el vacío abstracto de las mezquitas. La electrónica es la nueva Ley.

La máquina de las palabras es un artilugio que se inventó Renfe, por encargo del Gobierno, para poder retirar el altar popular que manos anónimas levantaron en el vestíbulo de Atocha inmediatamente después de los atentados. Es un memorial de línea blanca que permite grabar la huella de la mano y almacenar un mensaje de solidaridad con quienes fueron enviados brutalmente al más allá. Una gran pantalla de plasma repite sin descanso unas imágenes entre dramáticas y amables del dolor de aquellos días, imágenes de Informe semanal aptas para todos los públicos. Línea blanca. Visto desde fuera de la zona de respeto, lo que más destaca es la C de Cercanías, el logotipo blanco sobre fondo rojo del servicio metropolitano de Renfe. Como si el homenaje a los muertos, más que un deber del Estado, fuese un servicio público.

La máquina de las palabras nos habla de la actual preeminencia en España de una socialdemocracia estilo Ikea, pese a las furias de la derecha y las tormentas que José María Aznar imagina con la generosa ayuda de sus amigos del vínculo transatlántico. Bautizada Espacio de las palabras, la

máquina exhibe también un rótulo con una dirección de internet (www.mascercanos.com) que constituye un auténtico pecado de idolatría: ¡en Atocha la electrónica se rinde culto a sí misma! El gran Harold Bloom, que acaba de publicar un libro apasionante sobre la religión como relato literario (Jesús y Yahvé, los nombres divinos), debiera venir a Madrid para contemplar con sus propios ojos como Baal se ha reencarnado en los laberintos de la fibra óptica y en los plasmas sin fin. El nuevo sagrario. La nueva Ley.

Y el profesor José Álvarez Junco quizá pudiera comprobar en el vestíbulo de Atocha cuán cierta es la dificultad española para los monumentos, para los bronces y los mármoles capaces de hermanar más que de imponer; dificultad que explica muy bien en Mater Dolorosa, ensayo sobre la construcción, la defectuosa construcción, de la identidad española a lo largo del siglo XIX.

Cuando el Estado colocaba una lápida protegía y hablaba desde arriba. Y muchas veces hablaba mal. Cuando instala un electrodoméstico de línea blanca intenta caer simpático, porque quizá sea esa la última función que la historia ha asignado al Estado nacional, vivo y muerto a la vez. Lo cual no quiere decir que ayer fuese el día del olvido en Madrid. Un día escandaloso. Todos los homenajes previstos se llevaron a cabo dignamente: en el Bosque del recuerdo del parque del Retiro, con una innecesaria escena de tensión política; en la Puerta del Sol; en las estaciones de El Pozo y Santa Eugenia...

Pero a las siete y media de la mañana, solo una mujer de negro lloraba en el vestíbulo de Atocha, un día claro y arquitectónico en el que, borradas las huellas más evidentes del dolor, la estación mostraba su segundo misterio: la semejanza que Moneo, sin saber lo que un día iba a ocurrir, quiso darle con el Panteón de Roma. Casi intacto en la leve ladera de Montecitorio, el Panteón es la gran morada de los dioses que construyó el emperador Adriano. Una nítida geometría. Una cúpula sobre un tambor cilíndrico, coronada por un círculo solar, el oculus, por el que los dioses respiran e iluminan. En Roma, cuando llueve, un ligero gotear salpica las misas en latín. En Madrid, un cristal lo cubre y la luz matiza.

ROMANOS TODOS Y, ALGUNOS, HIJOS DE CARTAGO

2 de abril, 2006

«Entrevisté una vez a Pasqual Maragall en Barcelona y me dijo que España la forman tres naciones seguras y una probable. No tuve dificultades para deducir que las tres seguras son Catalunya, el País Vasco y Galicia, e intuí que la probable es Andalucía. O sea que, ya lo ven, somos una probabilidad». Quien así se expresa, con la sorna desarmante que solo saben manejar los andaluces, es Ignacio Camacho López de Sagredo, nítido articulista del diario ABC, liberal preocupado por la anorexia del Estado y natural de Marchena, que fue fundada por los romanos. Estamos en el venerable Ateneo de Sevilla para discutir sobre la idea de España.

Ante un público veterano y senequista, flanquean a los dos oradores —el de Marchena y el de Badalona, también fundada por los romanos—, don José Rodríguez de la Borbolla, expresidente de la Junta de Andalucía, y don Enrique Barrero, presidente de la entidad que en sus salones vio fraguar a la generación poética del 27. Fuera, en la calle Orfila, Sevilla atardece, la gente pasea en mangas de camisa y en algunas tiendas venden túnicas y capirotes.

El interviniente de Badalona, que ya empieza a tener alguna experiencia en estas lides, evita el estoque fino de Camacho, sonríe para sus adentros con el criptograma maragalliano (tres naciones seguras y una probable…, fot-li!) y se dispone al contrataque por el flanco emocional, que en España siempre es peligroso.

«Seguramente desde Catalunya hay cosas que no se han hecho bien, pero hay un dato sobre el que quisiera llamarles la atención. ETA ha matado a 851 personas y en la política vasca han pasado bastantes cosas desagradables, pero jamás nadie ha intentado presionar a los políticos y empresarios vascos con un boicot comercial. El catalanismo no ha matado a nadie y, en cambio, se le ha querido combatir con esa arma. La política siempre acaba pactando, el periodismo se olvida pronto de las batallas que apenas ayer le parecían tremebundas, pero los daños morales quedan. Hay

abolladuras de estos últimos seis meses que tardarán tiempo en poder ser reparadas», expone el de Badalona, convencido, porque lleva días dándole vueltas a los óxidos del Estatut.

La avería es seria. Quedará un poso amargo cuando, una vez celebrado el referéndum, Catalunya cristalice objetivamente como la región europea con mayor perfil político; más que Escocia y Gales; más que Baviera; más que todas las regiones francesas e italianas juntas; más que el País Vasco, también, porque los vasquistas nunca dispondrán de igual cuota de poder en el Congreso y el Senado. Cuando en junio sean derrotados en las urnas los embaucadores que ahora convocan al lloriqueo —¡«A llorar a los rincones!», decía Balmes a los ploramiques del siglo XIX—, la carrocería emocional seguirá abollada. Y si dentro de unos años la economía española se estropea, sabremos exactamente qué tipo de semilla se ha sembrado durante el semestre ominoso que ahora concluye. Sabremos lo que vale un peine.

Pero estamos en Sevilla. El acto ha concluido, las preguntas han sido incisivas y los aplausos corteses. No hay que lamentar heridos. De manera que el de Marchena y el de Badalona, que van siendo amigos, salen juntos intercambiando perplejidades y arqueologías romanas. Procónsul de la Bética, el señor Rodríguez de la Borbolla, antiguo estudiante de Derecho en Bari, ameniza el paseo con su teoría de la hermandad itálica: «Antes que otra cosa, somos romanos. ¡Romanos todos!». Y otro acompañante, hispalense y bien informado, que te lo digo yo, aporta una nota de actualidad sobre el ínterin socialista: «Felipe está que echa las muelas del cabreo que lleva». Hay unas risas. Y huele a flor de azahar.

Calle Álvarez Quintero abajo, el de Marchena y el de Badalona recuerdan el día en que la idea de España también les convocó en Cartagena y el ambiente podía cortarse con la espada corta de Aníbal Barca. Hubo allí, en el casino de la vieja burguesía minera, tres sulfuros: la españolidad propiamente dicha, el recelo de los murcianos ante la queja y el jeroglífico catalán («¿acaso nosotros no tenemos derecho a prosperar?») y el lamento irredento de los cantonalistas, que no quieren depender de Murcia, ciudad fundada por el moro Abderramán. Romanos todos y, algunos, hijos de Cartago.

LA PARÁBOLA DEL GATO EN CASA DEL TORO

23 de abril, 2006

Volver a Madrid siempre resulta difícil, áspero incluso, cuando se regresa de Italia, bella y fantasiosa y últimamente delirante. Te vas con el Gobierno medio hundido, que te lo digo yo, que estos tíos no levantan cabeza desde lo del Estatut, y vuelves con Rodríguez Zapatero, socialista, traidor y apátrida, medio rozando la mayoría absoluta, que también te lo digo yo, que el PP no sabe cómo oponerse al alto el fuego de ETA y al nuevo Estatuto de Andalucía.

De manera que ayer era un buen día para platicar con Segador bajo el verde neón de La Torre del Oro, bar ya conocido por el lector, donde dan de beber caldo andaluz, gazpacho (en verano) y perspectiva histórica. Granizaba en la plaza Mayor. Y así hablaba Zaratustra:

—Zapatero ha dado muestras de autoridad.

—¿Un simple reajuste del Gobierno puede invertir el clima político? Solo ha cambiado a tres ministros. Madrid, siempre exagerada.

—No se equivoque, amigo catalán. Este es un país en el que gana quien sabe resistir y mandar. Sobre todo, mandar. Los españoles han venido a este mundo a ser mandados.

—A Aznar le encantaba mandar y acabó perdiendo.

—Porque se le fue la olla. Se dice así, ¿verdad? Aznar podía haber gobernado mucho tiempo, desde la sombra incluso, si no hubiese puesto los pies sobre la mesa. El español acepta el mando y a la vez desconfía de él. Es la historia, amigo mío. Desde hace más de quinientos años el poder está perfectamente codificado en España. Aznar jamás debió haber pisado El

Escorial, que además de ser un lugar reservado a los reyes es tierra encantada.

—¿Cómo?

—El Escorial se llama así por las escorias de unas antiguas herrerías. Donde hay vetas de hierro hay fuerza telúrica. ¿Porqué cree que Felipe II ordenó construir allí su monasterio panteón? Muy cerca está el monte Abantos, el más alto de la sierra de Guadarrama. Abantos significa buitre, animal sagrado de las antiguas tribus celtíberas.

—¿Usted también, amigo toro?, ¿usted también ha sucumbido a la ola de esoterismo que nos invade?

—¿Y usted me lo pregunta? Usted, que viene a pedir consejo a un toro parlante.

—Más que consejo, orientación.

—Para misterio, el de Catalunya. Se están superando ustedes.

—Bueno, los catalanes siempre hemos tenido una visión distinta del mando. En Catalunya las relaciones de poder siempre han sido más horizontales.

—Si usted lo dice. Yo creo que los catalanes también tienen un grandísimo apego al mando, en tanto que garantía de un orden siempre idealizado. Todas sus grandes figuras políticas han sido patriarcales: Prat de la Riba; Macià, que era teniente coronel del ejército español; Tarradellas, y Pujol. Companys no lo fue y hoy aparecería como una figura menor y discutida de no haber sido detenido por los nazis y fusilado por Franco. Y Maragall...

—Maragall es un gato.

—Le veo benevolente.

—Maragall, ahora con el apoyo del PSC, está intentando zafarse del pacto PSOE-CiU, esbozado, pero todavía no sellado. Más que mandar, Maragall intenta evitar que su tradición política, quizá no tanto las siglas de su partido, sea de nuevo sacrificada en el sacro altar de la gobernabilidad.

—Pero Esquerra es un estropicio que no cesa. ¿No se dan cuenta de que se están cargando el mito de la Catalunya eficiente y elegante? ¿No ven que este mito era una fuente de poder para Catalunya? ¿No han oído hablar nunca del poder blando? ¿Dónde está la izquierda que se proclamaba noucentista ante Jordi Pujol?

—Esquerra transporta el mismo germen que la Liga Norte italiana. A ellos les molesta que se diga así, quizá porque no conocen el origen de la Lega Nord. ERC es el partido del català emprenyat, asustado por el curso del mundo y rebotado contra los que mandan, porque deseando ocupar su puesto, sabe que no tiene fuerzas suficientes para ello. De ahí, la idealización de una Catalunya independiente. Esquerra suscita apoyos porque molesta a los de arriba, sin que importen mucho la elegancia, las formas o los modales. Fíjese en ese hombre, Vendrell, recién nombrado conseller. Viene a decir: «No os caigo simpático, ¿verdad? Pues me vais a tener que aguantar». Esquerra es antinoucentista. Y su caligrafía comienza a ser común en Europa. Quizá menos en España, porque los dos grandes partidos aún son capaces de sintetizar diversos humores sociales.

—¿Caligrafía llama usted al deseo de mandar? No se haga el italiano sutil. Desprográmese o lo lamentará, que aquí se habla claro.

TRAS EL SEMESTRE COLÉRICO, ¡GIGANTES Y CABEZUDOS!

14 de mayo, 2006

Tarde de gigantes y cabezudos en Madrid. Por Arenal baja el pasacalles con aires de Tierno Galván, el alcalde que reinventó el populismo madrileño mientras el Estado se hallaba en obras. Fue un casticismo más bien alegre que no tuvo tiempo de partir en busca de sustratos esenciales, porque los chicos de la comparsa pronto encontraron trabajo en garitos financieros y agencias inmobiliarias. Dando tumbos por Arenal abren el cortejo Manolita Malasaña, el rey moro y Carlos III, que durante su reinado prohibió que gigantes, gigantillos y tarascas animasen las procesiones «por mor de la

decencia». Es San Isidro y antes de comprar entrada para Las Ventas, quizá no esté de más evacuar consultas con el toro, el toro parlante, dadas las catalanas circunstancias. En La Torre del Oro vuelven a dar gazpacho. ¡Qué primavera!

—De nuevo por aquí. No es bueno abusar de la videncia.

—¡Qué manera de hacer el ridículo, Dios mío! Nunca más a los catalanes nos van a tomar en serio. Es el final de una época.

—No exagere. Desde mi humilde punto de vista, senequista, como usted sabe, y forzosamente estático, el catalanismo ha ganado la batalla política y ha perdido, sin excusas ni paliativos, la batalla de la opinión. Ahí ha mordido el polvo.

—La batalla política aún no está ganada. El referéndum del Estatut puede fracasar.

—No fracasará.

—El señor Xavier Bru de Sala, artista de la predicción, dice que los noes alcanzarán el cuarenta por ciento.

—Que Dios le conserve la vista.

—Puede que el temor a acabar haciendo el más absoluto de los ridículos movilice finalmente al sí. Pero los partidos ya solo piensan en las elecciones.

—Eso no es forzosamente malo.

—Catalunya es presa del mal francés.

—No exagere. El mal francés tiene dos causas: el canibalismo del estamento político y la angustia social. Catalunya seguramente padece lo primero, pero a la sociedad no la veo tan mal.

—No me negará que muchos catalanes tienen ganas de darle una patada en el trasero a la política.

—¡Tienen ustedes un concepto tan alto de sí mismos! ¿Dónde está escrito que los catalanes tengan que ser más virtuosos que los demás? Vivimos tiempos revueltos. Fíjese en cómo está Europa.

—Una época ha concluido. El sentimiento de superioridad moral del catalanismo y de la izquierda está hechos trizas. Y Maragall actúa como si no se hubiese enterado. Es increíble.

—Maragall es un gato; lo ha escrito usted.

—Maragall puede acabar convertido en novela de Eduardo Mendoza, aun habiendo sido el alcalde de los Juegos Olímpicos y el presidente del tercer Estatut. Insisto, una época ha concluido. Toda pérdida de prestigio conlleva una pérdida de poder. Prestigio es poder.

—¡Por fin! Después de vivir fascinados por el choque frontal con lo que ustedes llaman España, ahora se dan cuenta de que el prestigio de Catalunya es tanto o más importante.

—Eso solo lo pensamos algunos. Pero no todo es culpa del catalanismo y de la izquierda. Hay quien ha querido montar un gran incendio político a costa de Catalunya. Tengo noticia de que en algunos círculos de Madrid comienzan a lamentarse las secuelas del semestre colérico. Ha habido mucha desfachatez. ¿Nadie piensa hacer autocrítica?

—Algún día hablaremos de la desfachatez, genuino producto de la adaptación del catolicismo español al capitalismo protestante.

—Que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha.

—Por ahí va la cosa. Pero, créame, el catalanismo ha ganado la batalla política. El Estatut modifica el marco político español, sin marcha atrás posible. La gente más inteligente del centroderecha lo sabe. Por eso pronto va a ver usted cómo vuelven los arrumacos a Catalunya. CiU recibirá muchos ramos de flores. También los habrá para el PNV, pero eso será un poco más tarde. El péndulo, amigo mío. Siempre el péndulo.

—Algo se mueve. No es poco ver al diario ABC topando con Aznar.

—No es poco.

—CiU va al alza, sin duda. Pero me pregunto si puede ganar las elecciones con un mensaje de restauración. Restauración o corrección. Ese puede ser el dilema de otoño.

—Aún queda mucho para las elecciones. ¿Se ha fijado en que los líderes de CiU aparecen fotografiados bajando escaleras en los momentos decisivos? Bajaron solemnes escaleras el día que Pasqual Maragall fue elegido presidente y ahora, tras la ruptura del tripartito. Parece que trabajen para una película de Eisenstein.

—Amigo toro, no abuse del gazpacho. Unos bajan escaleras y otros salen por la ventana.

SE HA OÍDO UN CRUJIDO, UN CRUJIDO SECO

4 de junio, 2006

Es perfectamente comprensible que la política de estos días comience a irritar a mucha gente. La política politizada lleva meses agotando la capacidad de seducción. Pero en momentos así, en momentos de transición hacia nadie sabe exactamente dónde, toda abjuración o apostasía resultaría obscena. Demasiado fácil. ¿Qué sería del periodismo sin la política? Un periodista muy desengañado de la política es un ser demasiado evidente; un balón desinflado o un Georges Duroy, el reportero cínico de Bel Ami, esa novela de Guy de Maupassant tan buena y tan dolorosamente verdadera.

En Madrid, Duroy escribiría ahora epístolas dominicales al Gobierno, cartas de ajuste con el poder. Pero hay semanas en que la política politizada agota. Es como subirse a un tren subterráneo sin apeaderos ni estaciones: luz eléctrica y túnel; ora ladrillo, ora cemento; ora Rajoy, ora Zapatero; toma y daca. En días así, lo mejor es salir de casa y darse de bruces con la primavera, fresca y suave. Encomendada a Goya y a san Isidro Labrador.

«Qué cielos más bonitos tiene Madrid», le oyes decir a Jordi Barbeta bajando por la calle del Prado en dirección al Congreso y te sorprendes, no de Barbeta, catalanista vivaz, sino de las energías que consume el laberinto político. Madrid estruja las meninges. ¡Qué cielos más bonitos! Y entonces una luz se enciende y te advierte del riesgo de una percepción excesivamente fría y mental de las cosas. ¡Cuidado con los cuadros sinópticos! El peligro de verlo todo como una estructura móvil y pautada, con sus contradicciones principales y secundarias; con sus bloques dominantes y subordinados; como un campo de batalla rectangular; como una lucha entre gélidas inteligencias: aquí el general Sun Tzu, allá Maquiavelo. Como una geometría.

O sea, que hay que prestar más atención al barullo, a la incertidumbre y a eso que Graham Greene, novelista católico y de espías, llamaba el factor humano, evocación que en los años setenta alcanzó cierto prestigio entre la juventud. También entonces se intuían grandes cambios. El factor humano, cálido como un whisky irlandés, evitaba la depresión en un mundo partido en dos y sin ordenadores portátiles.

Se ha oído un crujido, decíamos. El debate del estado de la nación ha sido algo más que una derrota táctica de Mariano Rajoy, tantas veces alabado por su brillantez oratoria. Rajoy, autor cada tres meses del «mejor discurso de la democracia», según Paco Umbral, siempre atento al obsequio, tuvo el martes una mala tarde con consecuencias.

El debate ha puesto de relieve que al Partido Popular se le está acabando la gasolina para la legislatura corta y accidentada que había imaginado. El PP cuenta con el apoyo de un bloque social más compacto y enérgico que la mayoría filiforme que se adhiere al centroizquierda, pero hoy carece de perspectivas de victoria. Lo cual es peligroso para su estabilidad interna, pese a la gran maquinaria unificada por Aznar. El PP está menos preparado para la incertidumbre que el PSOE, centenario, sindicado y siempre sumando periferias.

¿Qué ha pasado estos días en Madrid? Pues que se ha oído un crujido. Un crujido seco, como de vigas a punto de romperse. La política española, no lo olvidemos, es una dialéctica entre dos fuerzas principales, a su vez ayudadas o entorpecidas por unos regimientos territoriales, preferentemente

catalanes y vascos; gallegos y canarios en mucha menor medida, y andaluces en importancia creciente. La actual línea política del PSOE no se entiende, por ejemplo, sin tener en cuenta los intereses de la nomenclatura socialdemócrata andaluza. No Felipe González, que está que echa las muelas porque Zapatero no le consulta, ni Alfonso Guerra, que ya va por el segundo tomo de sus memorias, sino los consejeros y directores generales que cada mañana circulan por los pasillos del antiguo seminario de San Telmo, orgullosa sede central de la Junta de Andalucía en Sevilla.

«Rajoy tiene compañeros de los tiempos de la academia general de Aznar, pero no tiene ni generales ni estado mayor», avisa por SMS un buen conocedor del paño. Los SMS suplen a los recados de antaño, cuando las maniobras se encargaban con tres meses de adelanto y todo era más reflexionado. Vienen semanas eléctricas. ¿Más? Sí, más cargadas. Cerrado el Estatut con un apoyo suficiente (puede incluso que espléndido), la cuestión vasca lo va a decidir todo. He ahí España convertida, definitivamente, en una gran partida de mus. Y en esa partida puede pasar de todo, incluido el regreso al crimen del sector de ETA que no quiere bajar del monte. Incluido, también, el milagro pacificador.

LA MOTA NEGRA

12 de junio, 2006

Hay cuatro fotografías que en los años venideros ilustrarán la legislatura catalana que ahora se acaba. La legislatura del cambio. La del nuevo Estatut. La primera, indiscutiblemente, es la foto del balcón: Pasqual Maragall, recién elegido presidente de la Generalitat, levanta el brazo de José Luis Rodríguez Zapatero en el balcón principal del Palau de la Generalitat, en compañía de Josep Lluís Carod-Rovira, que, risueño y a la vez taciturno, parece estar rumiando algo sobre los caminos que llevan a Perpiñán. Un triángulo de sonrisas y astucias. La tríada rompe un precinto: por primera vez en la historia, un presidente del Gobierno español se sube a

la peana del catalanismo. Manuel Azaña no se asoma a ese balcón ni encañonado por el general Batet.

La segunda foto, también de la corona de espinas: aquella tarde aciaga en Jerusalén en la que Maragall y su corte coronan a Carod con el souvenir del escarnio; tarde pitarresca y progre en la que media Catalunya —la que va a misa y, más o menos, cree en el más allá— se queda de una pieza ante el nuevo formato de los viajes de Estado. Tarde israelita en la que una parte, solo una parte, de la otra Catalunya, la que no va a misa ni cree en el más allá, comienza a sospechar que algo no cuadra: que no se puede cambiar España y a la vez parodiar a los Monty Python.

La tercera foto nos muestra a las autoridades catalanas en la tribuna del Congreso de los Diputados el día de la aceptación a trámite de la reforma estatutaria. Hay un poco de todo: gravedad ante la contundencia del ball de bastons; versos, inevitables, de Martí i Pol; ramitas de romero y ecos colomenses de Radio Miramar, la vieja emisora de Andalucía en Catalunya. Jordi Pujol preside el Alto Consejo Jedi y calcula derivadas a mayor velocidad que el Maestro Yoda. Maragall, melancólico, observa a Artur Mas en la tribuna de oradores. Y rumia. Rumia sobre un artículo que ha leído en julio en un diario de Barcelona que no es La Vanguardia. Decía el periódico: «Pasqual Maragall debe empezar a sospechar que, como piensan, pero aún no dicen bastantes personas, quizá podrá acabar de sacar adelante este necesario Estatut, pero al precio de un desgaste institucional desmesurado. Y tiene que pagarlo». Rumia Maragall y quizá recuerda alguna lectura infantil. La isla del tesoro, de Robert Louis Stevenson, quizá. La historia del niño Jim Hawkins y el bucanero John Silver el Largo, que tanto gustaba a Borges. La historia de la Mota Negra, que tanto temían aquellos viejos lobos de mar. La black spot. Una mancha de tinta negra en un papel arrugado: «Ve preparándote».

—«¿Qué es la Mota Negra, capitán?, pregunta el niño Jim una noche en la estacada.

—«Es un aviso, compañero», responde el pata de palo.

La cuarta foto fue tomada ayer a mediodía en el Palau de la Generalitat. Maragall con ese traje oscuro que le sienta tan bien. Ese traje de notario de

la Garrotxa, o, mejor dicho, de Figueres, que está más cerca del mito federal. Maragall borda las solemnidades. Jordi Pujol era, y sigue siendo, de una gravedad continua e insomne. De una gravedad con los ojos cerrados. Maragall es hombre de fechas señaladas: el discurso de toma de posesión; el día que pillaron a Carod en la muga y parecía que España se venía abajo; la primera alocución televisada —lo veo y no me lo creo, dijeron algunos —; la primera Diada en la explanada de la Ciutadella —lo veían y tampoco se lo creían—; el discurso en Guadalajara (México) sobre la lengua catalana; el 30 de septiembre en el Parlament recién aprobado el Estatut confederal; el mediodía, reciente, en que el tripartito salió volando por el balcón del Palau con la Mota Negra pegada en la frente. El domingo pasado, con el sí rotundo pero marinado de abstención. Y ayer.

Sobre Maragall se seguirán escribiendo muchas cosas. Y a medida que pase el tiempo, esas cosas cada vez serán mejores. ¡Pobre Maragall!, decían el domingo unas ancianas en Girona, poco antes de depositar el voto. Tenia raó en Maragall!, se escribirá antes de que el gallo federal cante tres veces y acabe en la cazuela. Se escribirá eso, pero también alguien deberá estudiar qué pasaba en el ínterin, entre discurso y discurso. Entre fecha señalada y foto de guardar. Hay una topografía pendiente sobre las ensenadas maragallianas, sus profundos valles, sus oscuros vados: el 3% de quita y pon, el chapapote en el Carmel, la Generalitat, la mujer maltratada, el escarnio de Jerusalén, la fallida crisis de gobierno en noviembre de 2005, ese alucinante juego de palabras en un Avui reciente: «Para ser presidente de la Generalitat es importante dónde has nacido». Ese nerviosismo de la estirpe herida.

El president se va, pero, hombre afortunado, ganará en octubre, pase lo que pase. Si José Montilla sale victorioso, de Maragall será, para la historia, el mérito del ensamblaje. Y para ser presidente de la Generalitat ya no será importante el lugar donde has nacido. Si Montilla pierde o empata a la baja, él ya lo habrá avisado: «El único que nunca ha perdido (en votos) ante los candidatos de Convergència soy yo». Maragall, repitámoslo en esta orla, siempre ha sido un hombre afortunado. Aun con la Mota Negra.

En la novela de Stevenson el primero en recibir el aviso es el viejo capitán Flint, el único que sabe dónde está el tesoro de la isla perdida. Se la entrega

un pirata ciego en la posada del Almirante Benbow, una noche de tormenta y de tumulto. Y Flint enloquece. ¿Quién tintó de negro el aviso a Maragall? ¿Fue en septiembre de 2005, la primera vez que Artur Mas acudió a la Moncloa y le pidieron que tomase asiento? ¿Fue en enero de este año, cuando a Mas le sirvieron pastas antes de negociar las gananciales? ¿O fue antes de que CiU viese libre la brecha; antes, en la capitanía de la calle Nicaragua? Algún día alguien lo acabará de contar; mientras tanto, esa leyenda planeará sobre el camino difícil y acaso vertiginoso de Montilla, el hombre que puede ser presidente de la Generalitat sin que importe el lugar donde ha nacido. Ese hombre que habla poco. Maragall, ciertamente, es un tipo afortunado. Se va sin haber perdido, se va con los Juegos Olímpicos, con el Estatut semifederal a cuestas, con Catalunya saciada de victimismo por unos cuantos años, y con leyenda. Con la mejor de las rondallas: un día le dieron la Mota Negra. ¡Pobre Maragall!

En la Moncloa dicen que ellos no han sido. Pero la canción triste del president alimenta la leyenda metrosexual de Zapatero: qué tío, cómo se los va cargando. Bono fuera del Gobierno; Rodríguez Ibarra, al que el gato se le ha comido la lengua; Felipe González, que está que echa las muelas; Carod, en el sótano de Can Pitarra esquivando congresos extraordinarios; Rajoy, que ya comienza a parecer el capitán Flint una noche de rayos y truenos...

En la Moncloa dicen que ellos no han sido. Que el desencuentro comenzó poco a poco: el día de Perpiñán, el día de Jerusalén, el día que el catalán —dijo Maragall— debía ingresar en la francofonía, el día del 3%, el día que la prensa de Madrid comenzó a ponerse las botas, el día que el periodista Ramírez y el radiofonista Losantos trazaron las abcisas y las ordenadas: «¡A por él, oé, oé, oé,...». El día que él —Maragall, el afortunado— se sobrevaloró, como manda su linaje, y creyó que España se cambia con solo pensarlo. Con solo quererlo. Entre todos la dibujaron y ella sola se tintó: la Mota Negra.

HABRÁ MÁS PUÑALADAS; HABRÁ MUCHAS MÁS

5 de noviembre, 2006

Llueve en Madrid y la tarde casi invita a la melancolía; nada, una gota de agua deslizándose por la ventana, un breve pálpito, puesto que Madrid no es un lugar apto para la ensoñación o para la tristeza endulzada con sacarina. En Madrid las cosas no se sueñan, las cosas ocurren. Madrid es una ciudad de acción, de manera que hay estos días una tremenda excitación en los despachos de arriba por el resultado de las elecciones en Catalunya.

Capuletos y Montescos han comprendido al instante que la cadena de apuñalamientos que puso en marcha la reforma del Estatut no solo no ha finalizado, sino que va en camino de convertirse en el gran acontecimiento nacional. Leonardo Sciascia ya no está entre los vivos para narrarlo, pero la intriga catalana, convertida en un factor irreversible y estructural del cuadro español, supera holgadamente a la más espesa y literaria de las conjuras sicilianas. Merece, por tanto, un cuaderno con cierto detalle:

—Ciutadans, el partido lima para derrotar al PSOE. Se dice que en España se lucha a garrotazos, como en el cuadro de Goya, y que en Catalunya se estila más el florete o el punyalet. Eso dice el tópico, pero pronto deberemos hablar de la lima como arma de la posmodernidad hispánica. El 3% de Ciutadans ha reactivado en cuestión de horas la vieja hipótesis del partido bisagra: la tercera vía tantas veces soñada en Madrid para reducir la capacidad de contratación de los nacionalistas, especialmente los catalanes, en el Congreso. Superada con éxito la primera prueba, el Partido de la Ciudadanía podría desembarcar en el resto de España. Objetivo prioritario: atraer a los electores de izquierdas molestos y disconformes con el PSOE por su excesiva vecindad con los nacionalistas (especialmente los catalanes). Puesto que la ley D'Hondt no está para bromas, bastaría con que la lima redujese el voto socialista en un dos por ciento para que un puñado de escaños cayese en el cesto del PP. Certera puñalada..., si el cálculo no yerra.

—¡Audiencia!, sobre todo Audiencia. Eduardo Zaplana, el periodista Ramírez y el radiofonista Losantos creen que el cálculo no yerra. El viejo dogma dice que es imposible implantar un nuevo partido político sin tener detrás un banco, un diario y un canal de televisión. Es verdad que internet está rebajando de manera importante los costes de intermediación, pero el

despliegue del Partido de la Ciudadanía en España solo es posible con el apoyo estratégico de un poder fuerte. La FAES es uno de ellos y ha amenazado con querellarse contra quien diga que suya es la mano que mece la cuna. Quizá sea cierto que Aznar, de momento, solo es una esfinge expectante. Los grandes entusiasmos provienen, por ahora, de otros locutorios. Ciutadans ha demostrado ser un buen experimento mediático en un momento agonístico para los medios de comunicación. Público, audiencia y electorado son tres conceptos que se hallan en fase de fusión. Y no hay fusión sin puñaladas.

—Andalucía, piedra de toque. El apoyo del PP al nuevo estatuto de Andalucía, decidido antes de las elecciones catalanas, dificulta, sin embargo, la operación Ciudadanos. Ello explica las acusaciones de entreguismo contra el moderado Javier Arenas, apoyado finalmente por Mariano Rajoy. El centro derecha de madera oscura y habano después de la comida desconfía de las estratagemas posmodernas: «¿Y si nos pillamos los dedos?». «¿Y si los votos nos los roban a nosotros?». Pero la cuestión de fondo sigue siendo otra: ¿quién lleva realmente el puñal del PP hasta las elecciones de 2008?

—El drama de Montilla. Radiante hace solo unas semanas, el PSOE se adentra en la tormenta. Se mire como se mire, la derrota del PSC también es la derrota de José Luis Rodríguez Zapatero. El proceso de rendición de ETA está obturado y crece el riesgo de futuras campañas electorales con atentados. La denuncia de la corrupción urbanística se está demostrando un arma de doble filo: apunta seriamente a la derecha, pero salpica a los socialistas. Un fantasma recorre de nuevo España: «¡Todos están pringados!». De manera que la masiva abstención catalana puede que solo haya sido un gran aperitivo.

Es bajo estas coordenadas que José Montilla debe decidir si embarca al humillado PSC en una nueva aventura tripartita. El momento es radicalmente dramático para los socialistas catalanes. Rescataron al PSOE de las cenizas y pueden volver a hundirle. El PSOE y ellos: una historia que se acaba. ¡Ay, las puñaladas!

NUEVAS FORMAS DE VIDA EN LA CALLE DEL CRISTO

19 de noviembre, 2006

Bajando por la calle del Cristo el Ayuntamiento de Seseña no tiene pérdida. Ahí está la casa municipal, feúcha, subalterna e impregnada de esa leve tristeza que caracteriza el radio sur de Madrid. Una lápida de la primera transición recuerda, sin distinción de bandos, a todos los vecinos muertos en la Guerra Civil, que fue cruenta e innovadora en este rincón del páramo. En octubre de 1936, los republicanos improvisaron en Seseña una nueva táctica con los tanques recién llegados de la Unión Soviética: ataque en punta de lanza con la infantería detrás de los carros. Cuenta el historiador Anthony Beevor que el ensayo falló porque las tropas de Líster, mal orientadas, se retrasaron. Los moros de Franco recibieron lo suyo, pero también innovaron al descubrir que los forros de goma de los T-26 podían incendiarse con las botellas de gasolina ideadas en Finlandia con el nombre de Molotov. La batalla fue rusa.

Por la calle del Cristo bajó el lunes pasado la manifestación de los Mil. Albañiles, peones y oficinistas de Paco el Pocero se concentraron ante el Ayuntamiento para exigir al alcalde que suelte las licencias y deje de tocar las narices al más galdosiano de los nuevos ricos españoles. Manuel Fuentes Revuelta, el alcalde, miró a la turba y dejó caer una sentencia neorrealista, dura como los correajes de Enrique Líster: «Hoy es un día negro para el movimiento obrero». El señor Fuentes Revuelta, cuarenta y ocho años, vecino de Seseña de toda la vida, trabaja de metalúrgico en Getafe y pertenece a Izquierda Unida. Elegante, pulcro como los obreros de antes, comparece ante la prensa con chaqueta, camisa blanca y corbata. Ajeno a la estética barcelonesa del Capità Enciam, seguramente no se siente culpable de las penurias de los osos polares en la Antártida recalentada, pero ha llegado a la conclusión de que el crecimiento de su pueblo debe tener un límite.

A Francisco Hernando Contreras, cincuenta y siete años, le llaman el Pocero porque uno de sus primeros negocios consistió en sacar la tierra sobrante de la construcción de alcantarillas. Antes de eso, lo pasó mal. Muy

mal. Se crio en las viviendas pobres del barrio madrileño de Tetuán, no fue a la escuela, supo lo que es el hambre, vendió trapos por las calles de Vallecas, deambuló por los mercadillos y puso pie en la próspera industria del ladrillo al ser contratado para llenar cántaros de agua en unas obras de Moratalaz. De tanto ir con el cántaro a la fuente, Paco ideó el negocio de las alcantarillas. Le fue bien. Empujó, forcejeó y comenzó a hacerse rico. Hizo amigos, por tanto. Aunque sus conexiones con el poder municipal nunca han sido plácidas —hace quince años fue multado por advertir al alcalde de Boadilla del Monte de que su crisma corría peligro si le paralizaba una planta hormigonera— en marzo de 2004 Eduardo Zaplana, ministro en funciones, le entregaba la Medalla al Mérito en el Trabajo en su modalidad de plata. Por aquel entonces, alcanzada la edad madura, ya se había lanzado a la construcción de una ciudad residencial para cincuenta mil personas en los páramos de Seseña, con el sonriente apoyo de la Junta de Castilla-La Mancha, a la sazón presidida por José Bono, socialista a fuer que inquebrantable español.

Paco el Pocero comienza a ser una leyenda de la España zapaterista y metrosexual. Un torrezno en la mermelada. Aunque en Madrid nunca han llamado charnego a nadie, en los rellanos del barrio de Salamanca y en los salones del Círculo de Bellas Artes siempre ha habido cachondeo con las boinas de Paco Martínez Soria. Que si come caviar iraní con pan de molde. Que si su señora madre, doña Filomena Contreras, se pasea en bata guateada por el yate familiar en Palma de Mallorca. Que si ha encargado un barco que dejará pequeño al Fortuna de la familia real. Que si sale a cubierta y llama a los suyos al grito de «¡A jalar!».

El emergente Hernando Contreras tiene estos días dos quebraderos de cabeza: la Fiscalía Anticorrupción, espoleada por la proximidad de unas elecciones municipales que bajan turbias, y el alcalde rojo de Seseña. Paco el Pocero y el metalúrgico Fuentes simbolizan la severa contradicción de la turbo-España que, según últimos informes de la Moncloa, tiene fuelle para pasar de cuarenta y cuatro a sesenta y seis millones de habitantes y convertirse en una Alemania del sur, potente, soleada, inmobiliaria y sostenida por los inmigrantes. Mucha es la verdad que baja por la calle del Cristo: capitales fulgurantes y tremendas luchas de poder, ora sofisticadas, ora garbanceras; enormes putiferios y viejas resistencias. La irrupción de

nuevas formas de vida que convocan con urgencia al neorrealismo. Historias del pisito en el sur del Gran Madrid, allá donde los tanques del Quinto Regimiento.

2007

Habían transcurrido ya tres años de mi llegada a Madrid y me atreví a presentar el toro Segador a algunos conocidos. El toro parlante. La mayor extravagancia que he cometido desde que empecé a trabajar como redactor en prácticas en el vespertino Tele/ eXprés en verano de 1977, a las órdenes de Josep Maria Huertas Claveria, la primera persona que me ayudó a tenerme en pie en la pista de hielo del periodismo.

El toro parlante. Todo empezó con una broma conmigo mismo. Dos años antes, un día muy caluroso entré en una angosta cafetería de la plaza Mayor de Madrid. Las paredes del local estaban forradas con fotos taurinas y una de ellas me llamó mucho la atención. Casi al lado de un retrato del general Franco sentado junto a «El Cordobés», otra imagen en blanco y negro mostraba a Ernesto Che Guevara en un tendido de la plaza de Las Ventas. Vaya contraste.

Había leído en más de una ocasión que Franco nunca quiso romper con los revolucionarios cubanos, pese al bloqueo ordenado por Estados Unidos. Nunca se cerró el enlace aéreo de Iberia entre Madrid y La Habana. Nunca se rompieron relaciones diplomáticas, pese a un incidente inicial entre Fidel Castro y el embajador español Juan Pablo de Lojendio. El dictador profesaba una secreta admiración por los barbudos que habían abofeteado al ambicioso imperio que despojó a España de sus últimas colonias. Después de la revolución, Cuba volvía a ser orgullosamente hispánica. Comunista e hispánica. Había más motivos. Franco también quería evitar que Cuba se convirtiese en otro activo punto de apoyo de los últimos vestigios del Gobierno de la República en el exilio, en México. La residencia de la República en el exilio, encarnada en 1959 por Diego Martínez Barrio, era un candil a punto de apagarse. Franco no quería que Cuba, ahora foco de atención de todo el mundo, lo reavivara. Lo cierto es que el comandante Guevara, siempre vestido con el uniforme verde olivo, fue autorizado a visitar España después de una larga gira internacional por los países «no alineados». Le pusieron dos condiciones: no efectuar declaraciones políticas

y abstenerse de cualquier tipo de reunión o encuentro con personas de la oposición clandestina.

Mientras contemplaba aquella fotografía, un camarero me sirvió una pequeña taza de gazpacho, a modo de tapa, esa generosa costumbre que sigue cultivándose en Madrid. Probé el gazpacho y me pareció maravilloso. Sabía a comino, una especia que me gusta mucho. No sé si animado por los siete minerales que contiene el comino (cobre, calcio, hierro, potasio, fósforo, manganeso y zinc), empecé a imaginar que la cabeza de toro que tenía enfrente me hablaba. Un toro negro como el carbón, elegante, de mirada profunda, armado con unos cuernos poderosos y aerodinámicos. Segador era su nombre, según consta en una pequeña placa dorada atornillada en el plafón. De ahí salió un primer artículo sobre el toro parlante.

Al cabo de unos días me llamó un viejo amigo de Barcelona, el dibujante Joan Guillén, creador de magníficas escenografías teatrales. Estaba entusiasmado con Segador, puesto que estaba dándole vueltas a un espectáculo que recrease la cabeza parlante que aparece en la segunda parte de El Quijote, cuando el ingenioso hidalgo visita Barcelona y su anfitrión, don Antonio Moreno, le toma el pelo con una cabeza de aires romanos secretamente conectada a otra estancia de la casa por un tubo de hojalata.

Segador tuvo éxito y le cogí un poco de miedo al invento. Temía perder el control del personaje, en la frontera entre lo irónico y lo grotesco. Segador se había convertido en un médium y un día decidí presentarle a alguien para dialogar los tres. La primera persona en prestarse al juego fue el sociólogo Fernando Vallespín, en aquel momento presidente del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS). Me interesaron sus respuestas. Sobre todo una: «La paradoja española es la siguiente: la gente cree mucho en la democracia y a la vez tiende a un cierto apoliticismo. La política ya no enmarca nuestras vidas como antes. La política es una dimensión de la realidad a la que a veces prestamos mucha atención, y otras veces no». La España de los pingüinos.

Estamos en 2007. La tensión por arriba ya se ha cobrado una primera víctima excelente. Pasqual Maragall ha sido atropellado por el tranvía de la abstención en el referéndum del Estatut y su partido no le ha propuesto

repetir como candidato a la presidencia de la Generalitat en las elecciones celebradas a finales de 2006. Tiene sesenta y seis años, ha roto anímicamente con el PSC y se considera maltratado por Zapatero. Pocos meses después de dejar el cargo, confiesa que padece la enfermedad de Alzheimer en una fase inicial. José Montilla, el hombre que de verdad controla el aparato socialista en Catalunya, es el nuevo presidente de la Generalitat, manteniendo en pie la fórmula tripartita. Nadie sabe cómo concluirá la deliberación del Tribunal Constitucional sobre el nuevo Estatut, aprobado en referéndum sin suficiente pasión popular.

Zapatero puede concentrarse ahora en la negociación final con ETA. El cardenal Rouco Varela sigue siendo el jefe de la oposición. En Estados Unidos se está formando una oscura tormenta y nadie se da cuenta de ello.

LA BUFANDA DE GUEVARA, EL PORTE DE BERMÚDEZ

28 de enero, 2007

Madrid a las siete y media de la mañana es un cuadro de Antonio López. Un paseo matinal por las calles de Chamartín puede ser un placer, siempre que uno disponga de esa mínima disciplina que exige todo hábito higienista. Para los que hemos nacido bajo el signo de Acuario con auténtica vocación volátil, es decir, muy dados a la divagación, calarse cada mañana un gorro y un pasamontañas en busca de los gélidos matices de la calle Potosí constituye un gran desafío espiritual. La familia, la medicina preventiva y cuantos amigos se están sumando al apostolado del cambio climático — ¡con qué pasión!, ¡con qué fruición defienden e imaginan el fin del mundo! — nunca apreciarán ese beau geste: es Gary Cooper, solo ante sí mismo, quien sale a estirar las piernas.

Madrid es a esas horas un cuadro meticuloso e infinito de Antonio López; cada día igual, cada día distinto. Madrid tiene unos amaneceres sórdidos y brumosos, estilo Budapest año 1956, que se alternan, sin previo aviso, con unas mañanas azules, diáfanas y velazqueñas, que invitan a una visión

optimista y pastoril del lío español. Son días en los que uno piensa que no hay para tanto y que bajo el fragor insensato de la política discurre un océano de gente normal, muy a su bola y bastante ajena al sermoneo. Luego están los amaneceres grises y lúcidos, sin viento ni proclama, que infunden al paseante una tranquilidad budista. Esos días hay que salir de casa con una libreta muy atenta, porque los detalles de Antonio López toman la palabra cuando menos lo esperas. De repente, un letrero luminoso te desea suerte en la calle Príncipe de Vergara. Unos minutos después, frente al mercado de Potosí —el mejor pescado de Madrid—, descubres una inclinación azteca en un complejo de viviendas, caes en la cuenta de que casi todas las calles del barrio tienen nombre latinoamericano —Costa Rica, Colombia, Veracruz, Cochabamba, Víctor Andrés Belaúnde, Valparaíso...— y recuerdas que Jaime Arias, sabio y prudente, ya te lo advirtió: «Ten en cuenta que Madrid es también una capital americana; no sabes cuántas maletas repletas de dólares llegaron a Madrid desde el otro lado del Atlántico con los grandes exilios de los años cincuenta y sesenta».

Siempre hay un detalle de Potosí y alrededores que levanta el dedo: ahí tienes, por ejemplo, el bar Bariloche junto al Negresco: la Patagonia y Niza, mancomunadas por el chocolate con churros.

Son mañanas de valeriana en las que algunas imágenes del día anterior también piden la venia, para decirte algo, para señalarte algo en lo que no habías caído, atribulado por los códigos de la política convencional. La bufanda y el abrigo del juez Guevara, por ejemplo. El sombrero del juez Bermúdez. El porte ese de Garzón, cada vez más estilizado. ¡Diantre! ¡El dandismo se ha apoderado de la Audiencia Nacional! Si el lector tiene paciencia, repase las fotos de la semana en las páginas de información política. Observe con atención la elegancia de los magistrados; el giro grácil de las bufandas, la suave verticalidad de los abrigos.

Ese porte romano ante el drama en acecho. Esa mirada patricia del que se apresta a confiscar el timón de la nave. La mirada del poderoso. Ningún ministro viste con tanta elegancia; pobrecillos, con sus carteras y sus agobios. Ni siquiera Zapatero y Rajoy, a los que, por ser altos, los trajes les suelen caer bien. El presidente del Gobierno, cuando van mal dadas, esto es, casi siempre, camina dando unos saltitos nerviosos que le acortan los

pantalones. Y el jefe de la oposición se abre y se cierra la chaqueta constantemente como si fuese presa de una incomodidad profunda. Rajoy es un hombre de trato verdaderamente afable que, en la corta distancia, repite un mantra cauteloso y significativo: «Yo soy una persona normal». «Yo soy una persona normal».

El salto de mata de la política y el porte nunca se han llevado muy bien. A Zapatero, el instinto —a estas alturas quedan muy pocas dudas de que el presidente es un vicioso de la táctica— le hace brincar. (Que nadie se engañe, aunque nervioso, no es un tipo con rasgos depresivos). Y Rajoy podría decirse que se halla en lucha constante con una meiga que amenaza con embrujar su tranquilidad. El líder del PP no es un hombre neurótico, lo cual podría ser un gran mensaje electoral, si no fuese que España, desde los tiempos de Felipe II, siempre ha sido gobernada por hombres poseídos por alguna obsesión. ¿Se puede mandar en España sin neurosis?

Bueno, los jueces de la Audiencia Nacional lo hacen —mandar en España — con aires de dandi. Una casta elegante, con sus bufandas, sus abrigos y su jurisdicción. Suya es la suerte.

EL HOMBRE QUE GOBERNÓ JAUJA SE CONFIESA

11 de febrero, 2007

—¡Un ministro en la caverna de Zaratustra! ¡Qué sorpresa! Tome, tome un poco más de caldillo. ¿Qué tal por Jauja?

—¿Jauja? ¿Qué Jauja?

— Qué Jauja va a ser. ¡Barcelona! No se haga el longuis, acaso no conoce esas declaraciones tan jugosas de su Hereu: «Conmigo, Barcelona ya no es Jauja».

—Ja, ja, algo he leído de eso. ¿Jauja? Qué va. El reino de la comodidad, quizá sí. Barcelona vive demasiado preocupada por conservar intacto su alto nivel de calidad de vida.

—Su comodidad mental, querrá decir.

—Hace tiempo que he llegado a la conclusión de que Barcelona no participa como debiera de las incomodidades del siglo XXI. Y ello acabará perjudicándola. Lo que la burguesía y la menestralía supieron hacer en el tránsito del siglo XIX al XX —arriesgar, jugársela, verse las caras con una realidad social difícil e incluso violenta, construir nuevas dimensiones...— me temo que no se está haciendo en el tránsito del siglo XX al XXI. No existe la misma ambición. Me sabe mal decirlo, pero esta es mi conclusión: tras haber conquistado una gran calidad de vida, Barcelona vive atenazada. Tiene miedo al riesgo y a la intemperie.

—Realmente, Madrid hace milagros. Le veo a usted poseído por una distancia brechtiana. ¡Qué bien disimulan ustedes los catalanes! ¡Qué bien disimulan la castaña que se acaban de pegar con la opa de Gas Natural a Endesa! Tengo para mí que esa derrota va a tener mucha importancia.

—No se lo niego.

—Fueron ustedes quienes se cargaron a Aznar. Fueron las clases medias catalanas y no el PSOE, debilitado en Madrid y cada vez más costumbrista en Andalucía, quienes tumbaron la hegemonía del aznarato. Sin las grandes manifestaciones de Barcelona, el PP aún estaría en la Moncloa. Y luego pusieron sobre la mesa dos ambiciones tremendas y contradictorias: querían ser menos España con el nuevo Estatut y mandar más en España controlando la llave del gas y el interruptor de la electricidad...

—Si me permiten...

—Adelante el del cuaderno.

—En fases de gran excitación, la sociedad catalana suele calibrar mal las relaciones de fuerza. El más sabio en este campo siempre ha sido Jordi Pujol, aunque con un fallo: no vio —o no le interesó ver— el alcance de

Aznar. El catalán tiende a una visión mistificada del poder estatal, porque siempre lo ha tenido lejos. Ocurrió en los años treinta y se ha repetido ahora. El Govern Maragall —¡qué tropa!— acabó actuando como la Brigada Pomorska a finales de 1939: la caballería polaca contra los carros de combate. Voluntarismo, lirismo y empacho de retórica frente a estrategias de hierro.

—Juliana, no abuse de las metáforas. Han pedido la opa y van camino de perder el Estatut. Brigada Pomorska, dice... ¡las Termópilas! ¿Acaso no se dan cuenta? Les han dejado llegar hasta el centro del valle y ahora les van a cortar la retirada. ¿Qué harán cuando les mutilen un Estatut que solo fue apoyado por el 35,7% del censo? ¿Convocarán la huelga general?, ¿proclamarán el Estat català desde un balcón?, ¿se constituirán en el Montenegro occidental? ¿Qué harán, doctor Clos?

—No creo que debamos dar el Estatut por perdido. En absoluto. En cuanto a la opa, mejor no mezclar las cosas.

—*¿Acaso no ha sido una derrota?*

—La primera oferta para comprar Endesa ha perdido, de eso no hay duda. Pero las grandes empresas catalanas tendrán nuevas oportunidades y deberán aprender de los errores, que los ha habido. Lo importante ahora es que Catalunya no se encierre sobre sí misma.

—Desde este mi templo, veo una Barcelona progre-pija, con muchas gafas de colorines. Mucho estilo y mucha desorientación.

—Lo que yo veo es un toro a un tópico pegado. Barcelona ha innovado mucho. Innovó con los Juegos Olímpicos, innovó con el Fòrum, innovó con el distrito tecnológico 22@ y acaba de innovar con la ordenanza sobre el civismo. Con todos sus defectos, Barcelona siempre va un paso por delante. España siempre tiene algo que aprender de Barcelona.

—Bueno, la ordenanza del civismo la impulsó usted, señor Clos, después de que La Vanguardia señalase el problema.

—La Vanguardia, periodista del cuaderno, siempre ha sido muy lista. Sabía que estábamos estudiando el tema y puso el foco en el momento oportuno. Les reconozco la astucia.

—Es usted la sonrisa del régimen. No hay otro ministro más risueño en el Gabinete ZP.

—Ser ministro no es una tragedia, es una gran experiencia; ¿acaso debería llorar?

—No me conmueve. Es usted el ministro del Gobierno más ingenuo que ha tenido España en los últimos treinta años. El más flojeras desde el gabinete de Portela Valladares en 1935.

—Hace meses, al Gobierno le acusaban de lo contrario. Les diré algo arriesgado: una cierta ingenuidad sincera es buena para España en estos momentos. Y que nadie se engañe, no nos chupamos el dedo. Estén seguros de que habrá final con sorpresa. Quien ríe último ríe mejor.

—Yo diría que usted se ha dado el piro de Barcelona en el momento oportuno. La política local está mal; el prestigio de alcaldes y concejales está cayendo en picado en España.

—Admito que la gestión local está teniendo problemas de autoridad y prestigio; no solo en España, en todo Occidente. La noción de bien común está pasando a manos privadas. Las buenas intenciones están siendo capturadas por la publicidad empresarial. ¿Qué está pasando? Mientras Microsoft u otras grandes empresas exhiben su bella filantropía con bonitos lemas sobre el Tercer Mundo, que siempre queda lejos, alcaldes y concejales se comen los problemas inmediatos, que son los más ásperos.

—Ahora lo entiendo, ¡es usted un antisistema!

—Ahí no me pillarán. La cuenta, por favor.

MEDITACIONES EN TORNO A UNA TAZA DE CAFÉ

1 de abril, 2007

«Cuando la tarde languidece / Renacen las sombras /

Y en su quietud los cafetales / Parecen decir / Esa triste canción de amor / De la vieja molienda...».

Moliendo café. Canción popularizada por Lucho Gatica en los años sesenta.

Hay momentos en que la época, siempre sudorosa y confusa, se muestra. Se exhibe. Por unos instantes, solo por unos instantes, se deja palpar. Así ocurrió la noche del martes durante el simulacro populista organizado por Televisión Española, con fino instinto político. TVE seguramente fue un dinosaurio, pero esta semana ha demostrado que también sabe moverse con la agilidad del velocirráptor, aquel inquietante depredador de Parque Jurásico. Con su estudiada pose de adolescentes tranquilos, Lorenzo Milá y compañía, muy majetes ellos con su relativismo centrista y adosado, han identificado bien la presa —la política convencional—, y han copiado de Francia la reinvención televisiva de la asamblea republicana. Habla pueblo, habla, pero desde el plató. Los franceses siempre han sido buenos construyendo épocas.

Fue verdaderamente interesante ver cómo habla el buen pueblo español. Oír lo que dice, y, sobre todo, cómo lo dice. Apenas hay discurso. La democracia ha calado, en la medida en que ha sido portadora de un fenomenal despegue económico, pero la cultura política sigue siendo leve. No hay ingenio retórico. No hay ganas de disfrutar convenciendo. No hay pasión por las palabras. Bien vestido y bien comido, el buen pueblo español, cagüendiez, sigue preso de su vieja pasión por lo directo, lo abrupto y lo privado, que tengo diecinueve años y no me puedo comprar un piso. Al pan, pan, y al vino, vino.

Aun expresando distintas simpatías políticas, casi todas las preguntas que le fueron formuladas al impávido José Luis Rodríguez Zapatero pertenecían a un mismo orden mental: una desconfianza profunda en los que mandan, sean quienes sean; un repliegue instintivo ante sus manejos, y una sed mineral: un anhelo de equidad y bonanza. Un ande yo caliente, pero con buenos modales. Sin que nadie ponga los pies sobre la mesa. Aznar, atenazado por su éxito y por sus complejos, no lo supo entender. «En España aún salimos del periodo o siglos en que fuimos una cosa u otra, pero nunca una democracia», escribía ayer Baltasar Porcel en su columna y acertaba. He ahí la época. Nuestra época.

TVE la exhibió el martes sin desodorante y Rodríguez Zapatero, algo desangelado y vacilante en sus astucias de orador parlamentario, tuvo el acierto de ser el primero en estar allí, de pie, durante dos horas. Zapatero mostró sus límites y, a la vez, ensanchó los límites. Desde el martes, el ruedo es un poco más grande. Si sabe vestir con gracia la túnica griega, a mediados de abril, Mariano Rajoy tendrá la posibilidad de triunfar en la televisión ateniense y deliberativa fomentada por su oponente. Observe el lector la paradoja: el periodismo político, rigurosamente dividido en dos bandos, despellejándose vivo cada mañana en la gallera de las tertulias y en esa cosa gritona e insomne del 59 segundos, mientras los líderes toman café, de a ochenta céntimos, con el buen pueblo. De tú a tú. Realmente, Zapatero tiene sus astucias.

Y en Catalunya, el café se ha derramado. La payasada del Estat català no merece muchos más comentarios. Ni los servicios de inteligencia españoles, en caso de proponérselo, hubieran podido idear un mejor ardid para desprestigiar el catalanismo. España, la España sensata, no la de los bufones melodramáticos, comienza a ver en Catalunya un costumbrismo desconcertante e inofensivo; un barullo de goliardos del que, de vez en cuando, despuntan algunos genios. Nos están tomando por el pito del sereno. Recién llegado de Madrid, a un servidor le ha impresionado la desazón reinante en la Barcelona que todavía se interesa por la política; disgusto especialmente intenso entre el sector más inteligente de la nueva generación nacionalista, que intuye cuál puede ser, a medio plazo, la magnitud de la tragedia.

Pocos consejos se pueden dar. Uno, quizá. Pensar en términos de Acció Catalana. Como si Acció Catalana, logia transversal, existiese. ¿Qué haría hoy Acció Catalana? Seguramente, tomar la bandera de la centralidad económica, del aeropuerto y de la metrópolis, por tanto, y proponer que el día de la constitución de los nuevos ayuntamientos haya pronunciamientos unánimes. Fortalecer la seriedad; debilitar a los goliardos. Pugnar por la época.

GALICIA, DONDE LA IRONÍA TIENE COLA DE SIRENA

15 de julio, 2007

«Y a ti ¿por qué te interesa Galicia?», suelta de pronto Uxío Labarta, con su mirada triste, alegre y submarina. Labarta es biólogo del mar, trabaja para el Centro Superior de Investigaciones Científicas y lee La Vanguardia, porque se ha hartado, como muchos, del navajeo obsesivo de la prensa madrileña.

—Dímelo, ¿qué es lo que te interesa de Galicia? —insiste, al verme clavado en esos cinco segundos de silencioso cálculo que todo catalán lleva siempre encima; ese momento mercantil: no fos cas que quedessim malament.

—Me interesa por la sirena que apareció preñada en una de las playas de Arousa y de la que algunos gallegos descendéis...

—¡Eso lo escribió Álvaro Cunqueiro! —replica Uxío, emergiendo del fondo de sus recuerdos—. La dejó preñada, nadie sabe cómo, Roldán, el sobrino de Carlomagno muerto en la emboscada de los vascos en Roncesvalles. Es una leyenda que también interesó a Valle-Inclán.

—Y al niño, que tampoco se sabe bien cómo nació, le pusieron de nombre Palatinus, porque su padre era paladín: fuerte y valeroso. Y de Palatinus vino Paadin. Y luego Padin. De manera que todos los gallegos que se apellidan Padin descienden de la sirenita de Arousa...

—Ten en cuenta que las sirenas no tienen ombligo —insiste Labarta, que de los misterios del mar sabe mucho—. Cunqueiro, sin embargo, cita a un sabio gallego de hace un siglo, Narciso Correal y Freire de Andrade, que creyó hallar la solución: estando con Roldán, la sirenita se bajó la cola de pez, dulcemente, como si fuese una falda.

—Cunqueiro ha sido el mejor de nuestros escritores —tercia Ramón Villares, que asiste a la conversación con una sorna infinita bajo los bigotes. El historiador Villares, exrector de la Universidad de Santiago, preside el Consello da Cultura Galega y coordina junto con el catalán Josep Fontana los doce volúmenes de una nueva y ambiciosa Historia de España, concebida desde la pluralidad de los orígenes peninsulares. Un relato pocas veces intentado.

Y entonces brindamos por Cunqueiro. Por todos los gallegos que se llaman Padin, y por el reino submarino de Ys, allá por la Bretaña, que fue motivo de grandes disputas eclesiásticas, puesto que cerca de él —en una catedral sumergida— se conservaban los huesos de los doctores que litigaron con el Niño Jesús en el templo. Nos acompaña, divertido e inquieto, el periodista Anxo Lujilde, eficaz corresponsal de este diario en Galicia. Santiago de Compostela, miércoles por la noche.

El escritor Suso de Toro se remueve un poco en la silla, cuando, un día después, también en Santiago, le hablo, con gran entusiasmo, de la ironía extrema de Cunqueiro. Protesta.

—Cunqueiro era muy bueno, no te lo niego. De los mejores. Pero no te dejes confundir por la ironía gallega. La ironía siempre es una máscara; un mecanismo de defensa. Y, a veces, una trampa. Galicia no es tan suave como mucha gente cree. Esta es una sociedad muy dura, muy contradictoria, violenta, incluso. Ahora Galicia está en una fase de cambio importante, pero aún es difícil distinguir lo nuevo de lo viejo. El nuevo poder político se ha instalado en la horma del fraguismo, y, desde ahí, se mueve cautamente. Piensa que este es un país todavía humillado. Coge el diccionario de la RAE, busca gallego y verás como la acepción referida a nuestro idioma aparece en séptimo lugar, por detrás de tonto y tartamudo. ¿Es eso admisible?

—También veo la huella de Nietzsche en Galicia, respondo. En algunas actitudes actuales y en Valle-Inclán, sobre todo.

Suso salta de alegría. «¡Yo soy de Valle!», exclama. Y acabamos deambulando, ya de noche, por el enorme claustro de uno de los palacios diocesanos de Santiago. Densa penumbra y un furtivo rayo de luna que, de improviso, nos acaricia. Hablamos de los orígenes. De Juana la Beltraneja, que aspiró al trono de Castilla con el apoyo de parte de la nobleza gallega. De la implacable doma de Galicia, ordenada, de inmediato, por su hermanastra Isabel la Católica. Y de Cara de Plata, comedia bárbara de Valle-Inclán, de final terrible. Después de robarle la novia a su hijo, don Juan Manuel Montenegro cierra el paso a sus campesinos, que van en procesión a la ermita. Hay un forcejeo y se impone la voluntad de poder: el Santo Cáliz cae al suelo. Silencio. Las sirenas se esconden en el fondo del mar, la ironía se queda sin máscara y se autodestruye el deseo. Hay un pánico sagrado. Y grita el de Montenegro:

—¡Tengo miedo de ser el diablo!

MARIO CONDE, 11-M..., EL ESTADO ESPAÑOL EXISTE

4 de noviembre, 2007

A las once y media del miércoles, cuando el juez Javier Gómez Bermúdez comenzó a leer la sentencia, no había casi nadie en el memorial de Atocha. La media mañana es una hora tonta en cualquier estación de cercanías. Es una hora ausente.

No había apenas movimiento bajo la luz cenital y esa soledad permitía captar mejor algunos detalles del más conmovedor monumento funerario que existe hoy en España. Conmovedor, que no es exactamente lo mismo que emocionante.

Llama la atención la primera frase. El primero de los muchos mensajes que, sin tomar aliento, dibujan una espiral en la linterna que sube en busca de la luz. Entresacada de las miles de notas que aparecieron en la estación inmediatamente después de los atentados, esa primera frase dice: «Hace falta mucha fantasía para soportar la realidad».

He ahí una novedad interesante en España. He ahí al Estado convocando explícitamente a los ciudadanos a soportar la realidad. Porque el monumento, no lo olvidemos, es del Estado. Sufragado por el Ministerio de Fomento y el Ayuntamiento de Madrid, es el más destacado homenaje oficial a las 199 víctimas del 11 de marzo de 2004. Es del Estado, pero no habla el Estado. Esa es otra de las novedades del estilizado memorial, obra de un equipo de jóvenes arquitectos, casi todos veinteañeros, que hicieron su trabajo con gran honradez. Y claridad de concepto.

Porque en ese hablar sin hablar hay mucha verdad sobre la naturaleza actual del poder estatal. Está y no está. Ni una lápida, ni una placa. Ni rastro de las viejas retóricas nacionales, cuando el Estado, corpóreo y agitador, jugaba a ser Júpiter. Cuando, furioso y paternal, podía reclutar levas forzosas y arruinar haciendas con devaluaciones neuróticas. Cuando erigía grandes monumentos de mármol. Cuando era hiperbólico. Ahora hay días en que papá está de viaje de negocios. Paga las pensiones, eso sí. Y las escuelas. Y los hospitales. Como no lo había hecho nunca antes. Está, pero de otra manera.

Es realmente honroso el memorial de Atocha porque expresa con mucha sinceridad el desamparo de nuevo tipo, la vibración del alma popular en formato SMS. «Hace falta mucha fantasía para soportar la realidad», escribió alguien que quizás había leído a Lacan, al psiquiatra Jacques Lacan, que dejó dicho que la fantasía es el soporte del deseo.

Resulta muy poética esa frase allá en lo alto del lucernario, pero políticamente es atroz. Parece alentar, desde la misma casa de los muertos, el movimiento más inquietante de estos últimos tres años sobre el tablero: el intento de deslegitimar el juicio del 11-M mediante una sucesión de fantasías perfectamente programadas.

Inutilizar el juicio, con la consiguiente quiebra moral de la legislatura, era el deseo de quienes, desde la Cope, el diario El Mundo y otras instancias, han intentado edificar una realidad paralela, envolviendo en una tela de araña a las gentes del PP que creían —y creen— necesaria otra estrategia. Algo de autocrítica, incluso.

Pero el Estado, que está y no está, ha soportado la prueba. Como la soportó en los años noventa, cuando el banquero Mario Conde intentó asaltarlo. El Estado español tiene cinco siglos de historia. Cinco siglos con un deseo nunca del todo realizado: ser, imperativamente. Tiene un nervio todavía fuerte, encarnado estos días por el juez Gómez Bermúdez, personaje que ha logrado recrear una cierta idealización española del alto funcionario.

La sentencia del 11-M ayuda políticamente al PSOE, no hay duda, pero que nadie se engañe: es una reafirmación del Estado. Y muy concretamente de la Audiencia Nacional, con todo lo que esta poderosa instancia judicial significa hoy en España. Quienes en Catalunya sueñan con cambiar la realidad mediante la fantasía deberían tomar nota. Les va en ello la viabilidad y la consumación de su deseo.

EN CASA DEL FRANCÉS

16 de diciembre, 2007

La embajada de Italia en Madrid y la Residencia de Francia compiten en elegancia. Entre Juan Bravo y Lagasca, el palacio de los italianos es una película de Visconti: el baile siempre parece a punto de comenzar. El baile de la astucia. Una sensualidad envolvente, antigua, flotante. Ecos del conde Ciano y su seductora chaqueta blanca. Cuadros de Tiziano y una preciosa mesa de billar en la que jugó el primer rey Víctor Manuel.

A la altura de María de Molina, entre Velázquez y Serrano, la Residencia de Francia habla de una voluntad de poder más amplia, más precisa, más ubicada. Francia en España está acostumbrada a jugar fuerte; con cuidado,

pero fuerte. Sin tanto juego envolvente como en casa de Lampedusa y Visconti, la sensualidad francesa es tónica. Es un gran ventanal con magnífico jardín al fondo. Perspectiva y expectativa. Aires de Napoleón.

En la Residencia de Francia estuvo a principios de semana el señor Élie Barnavi, exembajador de Israel en París, que acaba de publicar Las religiones asesinas, una defensa apasionada e interesante del laicismo. Del laicismo, no de la laicidad, ese terreno intermedio en el que católicos y socialdemócratas juegan al compromiso histórico. Del laicismo, que tanto preocupa al Papa de Roma.

Para Barnavi, el laicismo es la clave de la civilización. De la supervivencia de la civilización ante el fanatismo islámico: esa gente que no soporta la cruz en el escudo del Barça. El diplomático israelí sospecha por principio de las religiones, pero en su día defendió que el proyecto constitucional de la Unión Europea incluyese una referencia a los orígenes cristianos de Europa, lo cual en Barcelona le habría costado más de una progresista reprimenda.

Nacido en Bucarest en 1946, profesor en Tel Aviv, director técnico del Museo Europeo de Bruselas, Barnavi también está en contra de la alianza de civilizaciones de Zapatero. Muy en contra: «¿De qué civilizaciones me hablan? No hay civilizaciones. Hay civilización. Existe la civilización, y existe la barbarie, y entre las dos no hay diálogo posible».

Fue una comida agradable. En un momento dado, surgió la cuestión de Bélgica. La creciente tendencia entre los valones a unirse a Francia —l'attechement— si la escisión se consuma. Se hablaba con preocupación del nacionalismo duro de los flamencos. «Los flamencos, como los catalanes...», esbozó entonces Barnavi.

Siendo el único catalán en la mesa, algo había que decir.

—Soy de Barcelona y tengo una curiosidad. ¿Qué camino le conduce usted a equiparar flamencos y catalanes?

Entrada suave y respuesta cortés.

—Bueno, la verdad es que sé más cosas de Flandes que de Catalunya. Sé que ustedes no tienen un partido de extrema derecha como el flamenco, que en la ciudad de Amberes cosecha el treinta por ciento...

—En Catalunya no hay xenofobia —apuntó entonces el anfitrión, el embajador Bruno Delaye, muy atento al lance. Vinieron los cafés y quedó flotando una idea que algún día habrá que desarrollar: los serios daños que ha sufrido el prestigio de Catalunya estos últimos cuatro años en los circuitos europeos de calidad. Daños que parecen importar poco en la comunidad obsesiva que forman periodismo y política. El tema ahora es TV3. La fábrica de la fantasía. Y de la hegemonía. Así son los tiempos. En Madrid, por ejemplo, se está organizando un gran carrusel para el doscientos aniversario del Dos de Mayo de 1808, cuando el buen pueblo español se lanzó a degollar gabachos. Pilota la operación, con ahínco y pasión —como siempre—, la presidenta regional Esperanza Aguirre Gil de Biedma. Un movidón. Arturo Pérez-Reverte acaba de sacar la correspondiente novela sobre el pueblo cabreado en armas, y José Luis Garci rueda una película en la que Rodrigo Rato intervendrá de extra. Dadas las circunstancias —en fin, el papel de Francia ante ETA, el potente liderazgo de Nicolas Sarkozy, los grandes intereses en juego en el Magreb... —, la efeméride promete estampas de color e ironía: Esperanza hincándole el diente al mariscal Murat bajo el Arco de Cuchilleros. ¡Dios mío!

El Dos de Mayo será el parque temático en el que la derecha española dilucidará su liderazgo si las cosas no le van bien el Nueve de Marzo.

2008

El terrorismo reapareció en vísperas de las siguientes elecciones generales en España. Una maldición parecía haberse apoderado de la política española. ETA no colocó las bombas en los trenes de Madrid en 2004, pero cuatro años después un miserable atentado en Mondragón llevaba su firma. El viernes 7 de marzo de 2008, dos días antes de las elecciones generales, un comando de ETA asesina a tiros a Isaías Carrasco, un trabajador de autopistas hijo de emigrantes zamoranos, cobrador de peajes, afiliado al PSOE y antiguo concejal de Mondragón. Acababa de subir al coche para ir al trabajo cuando un terrorista le disparó cinco tiros a bocajarro. La noticia conmocionó el país.

Esta vez, todos los partidos reaccionaron con serenidad y nadie intentó aprovechar la situación. El final de campaña quedó suspendido a la espera del veredicto de las urnas. El atentado ponía en jaque la estrategia de negociación de Rodríguez Zapatero, pero la militancia socialista de la víctima venía a negar que el PSOE hubiese llegado a pactos secretos con ETA. Mariano Rajoy tuvo una reacción inteligente, llamando a la unidad de acción, sin culpabilizar a Zapatero por su política. Se impuso la serenidad.

Las elecciones las ganó el PSOE de manera holgada, con un resultado espléndido en Cataluña, donde los socialistas consiguieron 25 de los 48 diputados en liza. Como ya ocurriera en 2004, el resultado catalán inclinaba la balanza. No sería la última vez que ocurriese.

Las elecciones, en realidad, las ganó el bipartidismo, con más contundencia que nunca. PSOE (169 diputados) y Partido Popular (154) sumaban el 92% de los escaños y concentraban el 83% del voto emitido. Con un triste 3,7% en toda España, Izquierda Unida solo conseguía dos diputados. Convergencia i Unió aguantaba sus diez escaños y Esquerra bajaba de ocho a tres. Los zigzagueos de ERC con el Estatut le pasaban factura. El PNV se mantenía con seis. A la derecha del Partido Popular no había nada. Conclusión: con su política de ampliación de las libertades civiles,

Rodríguez Zapatero había conseguido atraer a casi todo lo que se movía a la izquierda del Partido Socialista. Y el Partido Popular no había conseguido asustar de manera suficiente a la población con la advertencia de que se aproximaba una severa crisis económica.

Hubo un debate decisivo en TVE. El cara a cara entre el vicepresidente económico Pedro Solbes y el fichaje estrella del Partido Popular Manuel Pizarro, expresidente de Ibercaja y de Endesa. El vehemente Pizarro, el directivo aragonés que se había opuesto con uñas y dientes a la opa catalana sobre Endesa, intentó demostrar que el país se hallaba en vísperas de una gran crisis económica y el público no se lo creyó. Los indicadores económicos aún eran buenos y el PP se caracterizaba —se caracteriza aún— por apelar constantemente a la desgracia nacional cuando gobiernan los otros. En el fondo, los españoles no querían pensar en una crisis después de más de quince años de crecimiento económico sostenido. Muchos de ellos, los más jóvenes, no sabían lo que era una crisis. El presidente Zapatero, nacido en 1960, apenas había conocido en su vida adulta una grave crisis económica. Tenía trece años cuando estalló la crisis del petróleo, como consecuencia de la guerra del Yom Kippur (1973), trágicamente rememorada cincuenta años después.

En Estados Unidos se estaba formando una temible tormenta. No es fácil de resumir. La burbuja inmobiliaria colapsa en Estados Unidos y se lleva por delante a los bancos de inversión más expuestos. Se han concedido demasiados créditos hipotecarios de dudosa devolución, que a su vez han sido colocados como productos financieros en el mercado internacional. Han sido tan bien empaquetados junto con otros productos, de manera que nadie sabe a ciencia cierta quién acumula en sus balances un mayor número de hipotecas tóxicas. Los balances dejan de ser reales. Nadie se fía de nadie. El pufo se eleva a seiscientos mil millones de dólares: una gigantesca masa de dinero fantasma da vueltas al planeta y mucha gente de abajo lo acabará pagando perdiendo el empleo, viendo reducido su salario, recortada su pensión o degradados los servicios públicos. Se aproxima la Devaluación Interior.

En septiembre de 2008, medio año después de las elecciones generales en España, el banco de inversiones Lehman & Brothers entra en quiebra ante

el éxodo de la mayoría de sus clientes. El Gobierno de Estados Unidos no interviene y el banco es desguazado en las semanas siguientes por otras entidades financieras. La crisis de confianza salta a Europa, con los bancos alemanes y centroeuropeos seriamente contaminados por las hipotecas subprime. El sistema financiero español parece estar inicialmente al margen de la crisis, puesto que en sus activos solo figuran las numerosas hipotecas concedidas en el recalentado mercado interno. Pronto estallará la crisis inmobiliaria española, con consecuencias catastróficas.

La crisis de confianza se extiende y acabará afectando a la deuda soberana de los países del sur de Europa, comenzando por Grecia, auténtico eslabón débil de la Unión Europea. La confianza en la solidez del euro se pone por primera vez a prueba. La derecha alemana, asustada por la vulnerabilidad de su banca, se niega a salir en auxilio de Grecia, por miedo a perder el ciclo electoral regional. El alemán medio no quiere pagar las deudas de los griegos con sus ahorros. Tampoco quiere pagar la deuda de los españoles y de los italianos. En el sur viven muy bien y trabajan poco, dice el periódico sensacionalista Bild Zeitung, termostato del consenso popular. Ese es el estereotipo. Angela Merkel y la CDU no se arriesgan a salir en ayuda de Grecia y el problema se agrava.

A posteriori es relativamente fácil resumir lo ocurrido. Mientras lo estábamos viviendo no fue tan sencillo. Íbamos a tientas. Un político europeo destacó aquellos días por su determinación: el primer ministro británico Gordon Brown. El sucesor de Tony Blair vio venir la catástrofe. Temía que la caída de Lehman & Brothers provocase el colapso de los principales bancos británicos. El 8 de octubre se lo jugó todo a una carta anunciando la recapitalización de todas las entidades en dificultades con fondos públicos, lo que equivalía a una nacionalización transitoria del sistema financiero británico. Brown evitó un colapso que podía haber sido mortal en el Reino Unido, pero la ola de desconfianza se movió entonces hacia el interior de la zona euro.

Zapatero y su equipo quedaron desconcertados y atrapados por el optimismo mostrado a lo largo de la campaña electoral. El presidente se negaba a pronunciar la palabra crisis y esta obstinación agrandaba la sensación de desconcierto. En noviembre, el semanario The Economist

publicaba un número especial sobre España con un título demoledor: «Spain, the party's over». Un auténtico torpedo en la línea de flotación. Alguien en algún lugar del espacio atlántico estaba apostando por la desintegración del euro y la desarticulación de la Unión Europea.

LAS PUERTAS DE VILLACAÑAS

6 de abril, 2008

Villacañas es un lugar de La Mancha. De La Mancha toledana, en la ladera de la sierra del Romeral. En este poblachón rodeado de viñedos y campos de cereal, donde los más pobres del lugar vivieron un día bajo tierra, se fabrica más del setenta por ciento de las puertas de madera que se instalan en España. Que se instalaban, conviene precisar, ya que el frenazo en la construcción está teniendo efectos catastróficos en Villacañas, donde ya son más de un millar los trabajadores despedidos o en expediente de regulación de empleo. El pueblo cuenta con 10.700 habitantes y la fabricación de puertas empleaba a cuatro mil personas.

Vivían bajo tierra en Villacañas, cuando la carestía de la vivienda era mucho más áspera y no había hipotecas hasta la eternidad. Entre las familias pobres era costumbre que los novios excavasen con sus propias manos la casa subterránea que les daría cobijo; como en la Capadocia turca, como en la tunecina Matmata, como en las cuevas de Jaén y Granada, como en la increíble casa de piedra de Alcolea del Pinar (Guadalajara) labrada por el jornalero Lino Bueno durante toda una vida de martillo y cincel. Héroe de la España blanca en tiempos de un imposible bolchevismo castellano, a Lino Bueno el general Primo de Rivera le dio un diploma. Y en Villacañas, las casas subterráneas dieron nombre al barrio de Los Silos, convertido hoy en atracción turística, junto con la casa museo de la Tía Sandalia, que fue la santera del pueblo.

En este lugar de La Mancha, allá en los años sesenta, el carpintero Abilio Cuesta fue el pionero del negocio de las puertas: puertas prefabricadas con

tablero recio y molduras macizas. Poco a poco, los talleres de carpintería fueron creciendo y los últimos diez años han sido un auténtico festival de la puerta prêt-à-porter. Tanta era la faena, que algunas empresas nacieron por la ambición desbordante de los de abajo: un grupo de trabajadores interceptaba la cartera de pedidos y creaba su propio taller. Había para todos. Villacañas se fue llenando de sucursales bancarias, bemeúves y chalecitos de nueva planta. Y el abandono de los estudios aumentó de manera fulminante. Los chicos dejaban el instituto para ganar un buen jornal en la carpintería. El emporio de la puerta de tablero recio y moldura maciza se convertía así en un precioso ejemplo de la turbo España del euro fuerte, el crédito barato y el ladrillo milagroso; de la España que se salía y todavía se sale, especialmente los fines de semana.

Ahora, de golpe, sin previo aviso, la fiesta parece que toca a su fin. Los pedidos han bajado espectacularmente por el parón en la construcción y porque los promotores, agobiados por los costes, prefieren las puertas lisas, más baratas. Dice la teoría del caos que el aleteo de una mariposa en Hong Kong puede desencadenar una tormenta en Nueva York; en el caso que nos ocupa, unas hipotecas mal pagadas en Harlem —las famosas subprime han sido contratadas mayoritariamente por la población negra de Estados Unidos— han envuelto Villacañas, arriesgado lugar de La Mancha, en una discreta nube de tristeza. En la plaza mayor (plaza de España, reza la lápida) está casi todo lo que debiera estar: el Ayuntamiento, el bar, la oficina de empleo público, la oficina de la Comunidad de Castilla-La Mancha, la sucursal bancaria, la fuente y una moderna agencia inmobiliaria. De la fuente no mana agua y de la agencia solo queda un cartel. Se alquila.

De Villacañas hablan en Madrid como ejemplo de la que está cayendo, aunque hay otros pueblos de la provincia de Toledo, Illescas y Esquivias, ambos de la comarca de La Sagra, que se hallan en situación muy parecida. Esto es lo que hay. España entera está diciendo adiós a una época.

Pedro Solbes, optimista, sostiene que lo peor de la crisis financiera internacional puede que ya haya pasado —dice gente de su entorno—. Rodrigo Rato, más sombrío, cree que podemos estar ante la peor turbulencia económica mundial desde los años treinta.

«QUE VIENE LA LIGA NORTE, ADVIERTE MONTILLA»

11 de mayo, 2008

El filósofo alemán Peter Sloterdijk, al que hay que leer despacio, porque es interesante, denso y musical, sostiene que el habitáculo esencial del alma humana es la esfera. Solo en el interior de una esfera puede realizarse la armonía. Sentimientos e ideas —acaso la misma cosa, aunque con distinto nombre y dinámica— tienden a fabricar esferas. ¿Complicado? No, no es una rebuscada abstracción. Un adolescente pegado al teléfono móvil es un ser esférico.

En el tercer volumen de su trilogía sobre tan interesante materia, Sloterdijk roza el sublime delirio cuando define la época actual como la era de la espuma: una infinita aglomeración de microesferas, de vínculo liviano y extraordinaria disposición al cambio de forma. Una metáfora que nos aproxima a la afamada sociedad líquida del ensayista polaco Zygmunt Bauman. Agua y espuma. Bauman y Sloterdijk podrían abrir una peluquería. (Aclarar, peinar y marcar el caos contemporáneo, he ahí una alta misión para filósofos y sociólogos).

Quien viva a caballo de dos ciudades, no tardará en hacer suya la imagen poética de las esferas. Incluso es posible que la abrace con entusiasmo, ya que ayuda a explicar de manera seductora el no siempre fácil tránsito entre dos realidades intensas. Madrid y Barcelona, pongamos por caso.

O las diecisiete esferas autonómicas, alborotadas estos días por la reclamación catalana de una revisada solidaridad con la España subvencionada. Diecisiete esferas, sí señor. Diecisiete orgullos. Diecisiete relatos abocados a la repetición. Diecisiete parlamentos condenados al aburrimiento. Diecisiete burocracias sedientas de justificación.

Diecisiete debilidades, también, ante el futuro que se aproxima. Diecisiete administraciones que pronto, muy pronto, van a sufrir los rigores de un mayor malestar social. Diecisiete centros de poder cuyo éxito principal, sobre todo en el sur, ha consistido en el perfecto drenaje de los 118.000

millones de euros (19,5 billones de las antiguas pesetas) que Bruselas ha puesto a disposición de España en los últimos veinte años, ¡más dinero que el plan Marshall!

Diecisiete territorios, según la curiosa jerga empleada el viernes por la vicepresidenta María Teresa Fernández de la Vega, socialista a fuer que federal. Diecisiete reinos de taifas, que ya lo leí yo en ABC, que esto algún día iba a acabar mal (dicen en el barrio de Salamanca). Diecisiete juntas, como en los albores del siglo XIX. Diecisiete directorios obsesionados por el poder mediático, como es ley en el siglo XXI. Diecisiete histerias, que escribiría Sloterdijk.

Visto desde Madrid, el choque entre el PSOE (esfera mayor) y el PSC (esfera menor) parece inexorable. El PSOE es prisionero de los intereses y sentimientos meridionales, ya que, con la única excepción de Catalunya y el País Vasco, tiende al retroceso en las grandes áreas urbanas. El PSOE es hoy el partido de la España tranquila, dotado de una hábil política de alianzas. Y el PSC es prisionero del experimento tripartito. Atrapado por una coyuntura muy adversa, José Montilla comienza a estar en un tris de pronunciar la fatídica frase de Lluís Companys el 6 de octubre de 1934: «Ara ja no direu que no sóc prou catalanista». Montilla puede acabar yendo más lejos que Pasqual Maragall en el desafío a José Luis Rodríguez Zapatero.

El presidente de la Generalitat y sus colaboradores repiten estos días, en público y en privado, que si el asunto de la financiación no se resuelve bien, el fermento de la Liga Norte germinará con fuerza en Catalunya, con el más que probable estallido de Esquerra Republicana, que hace unos años ya mostró gran interés por el éxito de Umberto Bossi. Significativa advertencia. Tras haber sido proscrito por el PSC y después de un reparador descanso de dos meses, el català emprenyat regresa de la mano de la primera autoridad.

Mirad a la deteriorada Italia, advierte Montilla a Madrid. Y tiene razón. La Liga Norte, campeona de nuevo en las ciudades del arco prealpino, es la amargura y el cabreo constituidos en identidad política. Esféricamente.

EL ROSTRO DE JOVELLANOS

15 de junio, 2008

Los nombres son inventados, pero la historia es rigurosamente cierta. Es una historia de Madrid. Del Madrid a pie de obra. Francisco García es camionero. Hace diez años, cargaba y descargaba arena para una de las empresas constructoras de Florentino Pérez. Cumplía un horario y con tanta obra en Madrid tenía perfectamente asegurado el salario. Gobernaba Aznar, impasible el ademán, y en el palco del Bernabeu se pactaban golosos contratos. Ladrillo va, ladrillo viene. A medida que las grúas se multiplicaban, la arena corría a raudales. España iba tan bien, que Francisco García decidió instalarse por su cuenta. Hipotecó su piso y compró un camión. Un enorme camión con el que poder transportar muchísima arena.

El vehículo trabajaba las veinticuatro horas del día. La mitad de la jornada lo conducía Francisco y la otra mitad Ramiro, un inmigrante paraguayo muy trabajador, con una hermana guapísima, Olga, empleada del hogar en una casa de Madrid. El día que Francisco conoció a Olga se prendó de ella. Se gustaron tanto que Francisco, casado y con hijos, acabó poniéndole un piso en Parla, como hacían antes los señores de Barcelona en la calle Aribau. («I tu, què has fet per la Victòria?», preguntaba un dramático y afamado cartel del PSUC durante la Guerra Civil. «Li he posat un pis al carrer Aribau», escribía, debajo, la indómita ironía del pueblo catalán). No nos distraigamos. España iba bien y Francisco compró un segundo camión, y luego, otro. A crédito, claro está, puesto que había un montón de trabajo y los tipos de interés estaban bajísimos. Viajó a Paraguay y se trajo a España a otros tres hermanos de Ramiro y Olga para emplearlos en el transporte de arena. Aprendió informática y manejaba él mismo la contabilidad. Una vida emocionante. Dos hogares, tres camiones, cuatro paraguayos en nómina y mucha arena que transportar. Y como no hay vértigo sin coche deportivo, Francisco se compró uno. A crédito. Ya no estaba Aznar. Gobernaban Zapatero y su ceja circunfleja, pero, qué caray, España seguía yendo bien.

Iba bien hasta que en Estados Unidos a alguien se le ocurrió ofrecer hipotecas baratas a gente de escasa solvencia. Un buen pelotazo.

Empaquetadas sin la pertinente etiqueta («atención, riesgo de morosidad»), estas hipotecas —miles, centenares de miles— fueron compradas y recompradas en el mercado financiero internacional. Hasta que un día, hace más o menos un año, la pirámide comenzó a venirse abajo. El pufo es monumental: seiscientos mil millones de dólares, según el último cálculo. Un agujero mayor que el de la capa de ozono en los activos bancarios y una brutal crisis de confianza que se superpone al encarecimiento del petróleo y de los alimentos.

Así fue como la España del ladrillo dejó de ir como un cohete y Francisco empezó a preocuparse por su flota. El gasóleo subía y los intereses relinchaban en el banco. Hace un par de meses, pasadas las elecciones, los pedidos cayeron en picado. Dos hogares, tres camiones, cuatro paraguayos en nómina, un coche deportivo y un montón de deudas. Una vida de vértigo, ahora sí. Agobiado y a punto de venderlo todo, de malvenderlo todo, Francisco estaba el lunes en los airados piquetes de la huelga del transporte.

«El problema no es que la economía española vaya a la ruina. España aguantará el bajón. El problema es que llevamos catorce años seguidos de crecimiento y la gente ya no se acuerda de lo que son las vacas flacas. Hay una cierta histeria en el ambiente. Hay toda una generación que no sabe lo que es una crisis económica. Lo vamos a pasar mal». Así reflexionaba el martes por la mañana un alto responsable socialista, con cara de preocupación ante las imágenes de los camiones incendiados. Con esa cara que puso Jovellanos cuando Goya lo retrató en 1798. El ilustrado Gaspar Melchor de Jovellanos, que un día melancólico escribió a sus amigos Saavedra (ministro de Hacienda) y Cabarrús (embajador en Francia) que temía la ruina del espíritu. Zapatero, propagandístico y circunflejo, no es de la escuela melancólica. Veremos.

PERSPECTIVA VALENCIANA

13 de julio, 2008

Federico Félix, empresario valenciano de éxito (aves y helados, al por mayor), hombre hecho a sí mismo y excelente conocedor de todo lo que se mueve más abajo del Ebro, cumple con dos de los requisitos básicos de la elegancia espiritual masculina a partir de una cierta edad: ser muy precavido en el uso de los pantalones cortos en verano y no tomarse la política al pie de la letra.

«La vida es una comedia y hemos de saber interpretar nuestro papel», filosofa y ríe Félix, bajo el techo de una barraca valenciana, allá en los naranjales de Nàquera. El día es luminoso y a lo lejos una bruma dice que es el mar. Pura gesticulación barroca: «¡La vida es una comedia!». Un catalán jansenista jamás lo proclamaría así, con tanta intención y con tan alegre carcajada. Barroco, con un trasfondo de sinceridad agraria, resulta ser el empresario que en 1995 ayudó a urdir el pacto entre el Partido Popular y la Unió Valenciana, grupo regionalista que nació queriendo ser una Convergència levantina y acabó con el anticatalanismo flamígero como única bandera. «La vida es una comedia y hay que saber interpretarla».

A un catalán jansenista —montserratino, por tanto— siempre le costará admitir la vida como teatro. Es demasiado doloroso. Es una cruda revelación incompatible con la sonrisa.

Primo hermano del luterano, el católico jansenista —muy episcopal, más bien poco del Papa y precavido ante la Monarquía, es decir, afecto al poder próximo y desconfiado del cetro lejano— tiende a interpretar la seriedad como plasmación de un orden celestial. Los luteranos fueron drásticos y separatistas. Los jansenistas, sobre todo en su variante francesa (el galicanismo), soñaban con una autonomía episcopal fuerte y bien llevada. Eran rigoristas, pero sin exagerar. Por ello, el catalanismo siempre ha sido antibarroco, que es un vitalismo espectacular, aparatoso y muy romano. Una verdad exagerada. Una angustia camuflada, por tanto.

En los años sesenta y setenta, tiempos de guitarra, arpillera y ermita románica, el catolicismo jansenista entró en diálogos con el marxismo mediterráneo, dogmática fantasiosa y adaptable que navegaba por el mar Adriático, entre los puertos de Italia y de la República Federal Socialista de Yugoslavia. Del concilio entre ambos, el catolicismo jansenista y el marxismo mediterráneo, nació un mito. Un pálpito ingrávido, la comunión

de los países de habla catalana, fue transformado en los Països Catalans, lema de inspiración titista que ha hecho soñar a miles de adolescentes catalanes sin necesidad de saber quiénes eran el mariscal Tito y la infeliz Yugoslavia. Bastaba con una amorosa canción de Lluís Llach.

Por ser antibarroco, el catalanismo de guitarra, arpillera y ermita románica se rio de las fallas valencianas y de la Geperudeta, deidad romana que preside la ciudad de Valencia bajo el nombre de la Verge dels Desamparats. Cuando Jordi Pujol se dio cuenta, ya era demasiado tarde. «Los catalanes no hemos sabido entender las fallas y la Geperudeta», dijo un día, con ese tono veraz que siempre sabe dar a sus palabras. Pujol, que de Valencia lo sabe todo, seguramente se apercibió del error mucho antes, pero durante veintitrés años, suyo, muy suyo, fue el ritmo del discurso catalán dominante.

Pujol poseyó su tiempo —cuando menos, logró aparentar que lo controlaba —, y ahora es el tiempo vertiginoso el que todo lo posee. La súbita crisis económica va a tener efectos agudos en toda la franja mediterránea, porque en ella se concentra lo mejor y lo peor del denominado milagro económico español. El cambio de rasante es tan brusco, que el lento deshielo entre Valencia y Catalunya se va a acelerar. La cooperación se va a imponer como una necesidad imperiosa. Lo veremos esta semana en el encuentro convocado en Valencia entre el Cercle d'Economia y la Asociación Valenciana de Empresarios.

Dice Federico Félix, en los naranjales de Nàquera, allá donde la divina comedia: «Barcelona y Valencia tendrán que ir muy juntas, sin dejar de competir. Y Madrid también tendrá que sumarse al carro, porque lo que viene es serio. Muy serio».

LOS HUMOS QUE BAJAN

21 de septiembre, 2008

«¡A por el ICO!», grita gente encorbatada en el paseo del Prado, entre Cibeles y Neptuno, allí donde la acera se estrecha, como si Madrid, cortés, quisiera dejar paso a un tranvía centroeuropeo. La toma del ICO es hoy la más acerada de las consignas de quienes abogan por una Nueva Política Económica. El palco del Bernabeu al completo sostiene la pancarta, y Miguel Boyer, el intelectual más fino de la confederación de despachos, redacta los manifiestos.

«¡A por el ICO!». Gerardo Díaz Ferrán, presidente de la Confederación Española de Organizaciones Empresariales, ha lanzado esta semana el desafío liberal-bolchevique: «Ante la magnitud de la crisis, hay que poner entre paréntesis la economía de mercado». Por proponer exactamente lo contrario, aflojar la colectivización para que respirase la propiedad privada, al menchevique Nikolai Bujarin lo pasaron por la piedra. Ocurrió hace muchos años en Moscú, tras la fulminante cancelación de la Novaya Ekonomicheskaya Politika, paréntesis reformista que en los años veinte intentó reconducir el experimento soviético, antes de la entronización de Stalin y sus planes quinquenales.

Boyer, Díaz Ferrán y el palco del Bernabeu no pretenden izar la bandera roja en el Banco de España, pero aprietan para que el Gobierno, siguiendo la estela de Washington, ponga los instrumentos financieros del Estado a trabajar contra el brutal estrangulamiento de las empresas. Con el aval del Estado, el Instituto de Crédito Oficial (paseo del Prado, 4) obtendría préstamos en el extranjero que hoy son negados a la banca privada. Suministraría oxígeno. No hay que ser un lince para adivinar que el ICO, hoy semioculto en la penumbra burocrática, se convertiría en un poderoso instrumento de intervención política en la economía, a la hora de fijar prioridades y urgencias en la larga lista de damnificados. Un auténtico comisariado.

«¡A por el ICO!», gritan los liberales madrileños, apenas cinco meses después de haber amagado con otro Dos de Mayo. Habíamos superado a Italia y ya se podían ir preparando los franceses, decía José Luis Rodríguez Zapatero, llevando a su terreno las euforias nacionales. Vibraba el Arco de Cuchilleros. Atento, como siempre, al tarot de las encuestas, el presidente se bambolea estos días entre el partido intervencionista y el de la aspirina (los

partidarios del seguro de paro como único analgésico). Duda entre Boyer y Pedro Solbes.

El valido Miguel Sebastián, hiperactivo en el Ministerio de Industria y peleado con medio gabinete, dicen que suspira, y mucho, a favor de los intervencionistas. Sebastián también estaría a favor de una masiva emisión de bonos del Tesoro sin retención en origen (no nominales, por tanto), con los que se calcula que podrían aflorar unos cien mil millones de euros de dinero negro. En pocas palabras, amnistía fiscal. Es la medicina que aplicó Boyer en los ochenta, cuando el ingreso de España en Europa exigía una dura reconversión industrial y el malestar del paro aún se entrelazaba con la indisciplina militar. También entonces hubo grandes discusiones en la Moncloa. Felipe González apoyó a Boyer, y el país levantó cabeza. Llegó a ser tanto el dinero en circulación que también afloró ese gran clásico nacional que conocemos como cultura del pelotazo. El Madrid al que ahora comienzan a bajarle los humos es hijo de aquellas anónimas letras del Tesoro. La historia, escribió Toynbee, se mueve en espiral.

La prepotencia madrileña va un poco a la baja, sí. Temerosa de verse obligada a subir los impuestos, la señora Esperanza Aguirre pondrá en venta el Canal de Isabel II, al agua de Madrid, magna obra estatal de Juan Bravo Murillo (1849), que también impuso la uniformidad del sistema métrico decimal contra arrobas y fanegas. Hay unos humos que bajan. Hay un furor por el ICO. Hay grandes activos en venta. Y el entero palco del Bernabeu, la mayor lonja de contratación de las Españas, suspira por la Novaya Ekonomicheskaya Politika.

«A MÍ NO ME MONTAN UNA HUELGA GENERAL»

9 de noviembre, 2008

—¿Ha visto usted lo que me han hecho en The Economist?

—Le han dejado sin fiesta. Nos han dejado sin fiesta. The Party's over. Catorce páginas de dosier español y una severa conclusión: «la fiesta se ha acabado».

—¡Me han quebrado un cuerno! En portada han dibujado la silueta del toro español con un cuerno roto. ¡Pérfidos ingleses! ¡Pérfida Albión!

—Me sorprende ese orgullo herido. Usted no es un toro Osborne, un cartelón de carretera. Usted es Segador, el toro parlante del bar La Torre del Oro; oráculo de Zaratustra en el rincón más umbrío de la plaza Mayor de Madrid.

—No hace falta haber estudiado en la London School of Economics para concluir que la fiesta ha terminado. Se ha terminado en todo el mundo, amigo mío. También en esta casa.

—¿Baja el consumo de gazpacho?

—El gazpacho lo servimos en verano. En otoño, caldo con unas gotas de manzanilla. Beba, beba, que ilumina la mente. Alcanzado el trance, he visto a gente conferenciar con el espíritu de don José Ortega y Gasset. Una tarde nos instruyó sobre la redención de las provincias.

—Ortega intuyó el Estado de las Autonomías al escribir en 1931 La redención de las provincias y la decadencia nacional. La revista The Economist afirma, sin embargo, que España puede que haya ido demasiado lejos en la descentralización. Sostiene que nuestra devolution es babélica, costosa e ineficaz ante la crisis, en la medida que dispersa esfuerzos y desdibuja la marca España en los mercados internacionales.

—Eso también lo creía Aznar.

—Ellos apuntan como remedio una simplificación federal. No sé si esta era la idea de Aznar. Es una reflexión interesante. ¿Realmente necesita España diecisiete parlamentos autonómicos a pleno rendimiento?

—Mi augurio, Juliana, es el siguiente. Tome nota: una ola de antiautonomismo se irá apoderando de la opinión pública. En tiempos de

crisis, hacen falta chivos expiatorios. Y el fantasma de los «reinos de taifas» es muy español. Se cumplen mil años de los reinos de Taifas.

—La campaña ya está en marcha.

—Si los catalanes fueran tan listos como creen, encabezarían la manifestación contra las taifas manirrotas.

—¡¿Cómo?! Si dicen que somos la taifa principal y más peligrosa.

—La racionalización del Estado de las Autonomías debería ser una bandera catalana. ¿No llevan ustedes no sé cuántos años quejándose del «café para todos» de la Transición? ¿No dicen que se les exige demasiado esfuerzo fiscal? Pues enarbolen la bandera de la austeridad y de la simplificación territorial. Sin miedo. La mejor defensa siempre es un buen ataque.

—¿Para llegar a dónde?

—Para poner todas las cartas sobre la mesa, puesto que vienen tiempos muy crudos. En el Gobierno hay en estos momentos una división de mil demonios. Sé cosas. Oigo cosas.

—Cuente.

—Hay dos corrientes. Pedro Solbes, apoyado por el gobernador del Banco de España, Miguel Ángel Fernández Ordóñez, y Joaquín Almunia, comisario europeo de Economía, bendecido por Felipe González, y algo protegido por María Teresa Fernández de la Vega. Y todos los demás, encabezados por el presidente Rodríguez Zapatero y su valido, Miguel Sebastián. Séniors contra júniors. Sebastián ya no despacha con la vicepresidenta.

—¿Qué proponen los séniors?

—Cura de caballo. Creen que la crisis será larga y abogan por una amortiguación que no dispare más de la cuenta el déficit y el endeudamiento. Y creen bastante inevitable una reforma laboral que abarate

salarios y despidos, ya que existe el riesgo de que el paro se dispare por encima del 20%.

—Eso podría tener un altísimo coste electoral para los socialistas.

—Los séniors recuerdan que en 1982 las cosas aún estaban peor y que la sociedad sabe reconocer y premiar el coraje de los gobernantes.

—Abaratar salarios y despidos es sinónimo de huelga general.

—González aguantó cinco huelgas generales. Y Aznar, una, que le dejó maltrecho. ¿Sabe lo que le ha dicho Zapatero a uno de sus más fieles colaboradores? «A mí no me van a montar una huelga general». Retenga esa frase porque será la clave de los próximos meses. «A mí no me van a montar una huelga general».

—Está usted retratando a los júniors como unos frívolos.

—No. Los júniors creen que para salir de esta crisis atípica, hay que evitar que el país caiga en una psicosis depresiva, aunque para ello sea necesario sacrificar la buena salud del endeudamiento público. Si queremos que la locomotora arranque de nuevo deberemos echar más de una silla al fogón de la caldera, dicen. Y tachan a los séniors de derrotistas.

—Si los júniors aciertan, serán los héroes de la década. Si fallan, pueden situar al país en la fatídica senda italiana y condenar a las nuevas generaciones al pago de una deuda desorbitada. El debate parece dramático.

—*Lo es.*

—Trasciende poco, sin embargo.

—Tocado por las encuestas, Zapatero ha optado por la hiperactividad. No le interesan los debates descarnados. Quiere transmitir ritmo, sensación y emoción. Como Obama.

—Lo de la cumbre de Washington le ha salido bien. Hemos vendido toda la vajilla a Francia, pero le ha salido bien.

—Que nadie desprecie a Zapatero. Tiene instinto. Para él, la fiesta aún no ha terminado.

—Otro caldo, por favor. ¡A la salud de los hispanistas británicos!

PALACIO DE CRISTAL

16 de noviembre, 2008

«Te daré todo lo que me pidas.» (Godoy a Murat)

En el parque del Retiro está el árbol más viejo de Madrid. Es un ahuehuete. Un enorme ciprés mexicano, plantado en 1632, cuando Quevedo ya escribía ácidos versos contra los díscolos catalanes. Sobrevivió el árbol de Moctezuma al pesimismo quevediano y, después, al 2 de Mayo, puesto que los franceses transformaron el parque en campamento y de la tala solo se salvó el fornido ahuehuete. Al verlo tan robusto, el mariscal Murat ordenó emplazar un cañón entre sus ramas. Apuntaba a la Puerta del Sol.

El Retiro invita a pasear estos días interinos de noviembre. Madrid es una ciudad de grandes otoños. La primavera suele ser corta y neurasténica: nunca se sabe qué pasará mañana. El verano, muy rifeño, confirma que el aire acondicionado llegó desgraciadamente tarde a la historia de España. (Con refrigeración en los cuarteles y unos foros de internet abiertos al desahogo nos habríamos ahorrado la Guerra Civil). Y qué decir del tenaz invierno. Es militarista. Y maravilloso en sus días de gélido e intenso cielo azul.

El otoño en el Retiro es ligeramente melancólico, atributo todavía algo reñido con la madrileñidad. Rica, hiperactiva, golfante, nerviosa, americanizada y pronto, muy pronto, proletaria y neorrealista como una película de Rossellini, la capital de España está en un tris de añorar tiempos más felices. Falta poco. El cambio de humor se intuye en el perceptible crecimiento del pequeño partido de Rosa Díez y Fernando Savater. Hay en

el emergente partido neoespañol, muy bien puntuado por periodistas, escritores, catedráticos, profesores de instituto y demás nostálgicos de un orden central y mesocrático, el primer atisbo de una madrileña melancolía.

Se intuye, sí. Flota entre las arboledas del Retiro un renovado rechazo a galimatías autonómico. Caciquismo regional, escribe la revista The Economist en su descarnada radiografía del fin de fiesta español. Y acierta. La campaña desatada estas semanas desde el Gobierno regional de Madrid para obtener un férreo control político de la presidencia de Caja Madrid, la segunda caja de ahorros de España, no merece otro calificativo. He ahí todo un ejemplo de caciquismo regional, que el periodista Michael Reid seguramente no llegó a tiempo de anotar en su libreta. Es interesante el informe británico. Bebe mucho de Savater y escribe algunas cosas de Catalunya que no son exactas, pero acierta totalmente en la pregunta principal: ¿sin reglas federales, es viable una España de diecisiete autonomías en el trastocado mundo que viene?

Paseo de otoño en el Retiro. Al mediodía, en la hora más extraña, la radical soledad del parque se condensa en el Palacio de Cristal, su rincón más literario cuando la jornada es laborable.

Después de visitar Londres en 1862, Fiodor Dostoievski escribió que el palacio de cristal construido en la capital inglesa con motivo de su Exposición universal era la perfecta metáfora de la moderna civilización occidental, puesto que pretendía englobarlo todo bajo el techo de una cálida y frágil comodidad. El filósofo Peter Sloterdijk ha retomado recientemente la idea de Dostoievski en un ensayo sobre el mundo interior del capital. Y ha esbozado, denso y musical como siempre, una metáfora aún más esbelta: el palacio de cristal como ambigua frontera entre lo que está dentro del vasto mundo comercial y lo que sigue fuera, aparentemente ajeno a las imperativas exigencias del capitalismo integral y espectacular.

En Washington hubo ayer un solemne intento de limpiar el vaho que desde hace unos meses empaña las paredes del Palacio de Cristal. Y quien podía haber quedado fuera, en la más fría, intensa, política y teatral de las intemperies, al final fue admitido dentro. Alborozado acontecimiento —«¡hemos salido del rincón de la historia!»— que explica, perspicaz Sloterdijk, maestro de la metáfora, las rendidas muestras de española

gratitud que, con calculadísima indiscreción, acaba de revelar el diario Le Figaro. Por encargo de Murat.

EL ORO DE MOSCÚ

23 de noviembre, 2008

La última de Madrid: vuelven los rusos, con la ayuda de los catalanes. Como en 1936. Si Lukoil toma el control de Repsol, gracias a la venta de las acciones de Sacyr y La Caixa, el oro de Moscú iniciará la conquista de España, dice la más reciente y excitada de las consignas. Lo que no logró Stalin, lo conseguirá la nueva nomenclatura capitalista rusa, hoy controlada por antiguos oficiales del KGB. El viernes había temblor de piernas en algunos despachos de la Moncloa (y en el Ministerio de Industria, y en la calle Ferraz). Y un cierto alborozo en la planta séptima de la calle Génova: ¡España en peligro!

Vuelve el Komintern. Vuelve Vladimir Antonov-Ovseenko, el influyente cónsul soviético en la Barcelona republicana, tantas veces fotografiado junto a Lluís Companys durante la Guerra Civil. Y vuelve el drama de Andreu Nin. Todo vuelve, mejor dicho, todo hace ver que regresa. El mundo, como observó el historiador inglés Arnold Toynbee, se mueve en espiral. Cada cierto tiempo, cuando llega algo nuevo, los viejos fantasmas organizan un simulacro. Karl Marx, cuyo espectro también vuelve, lo dejó escrito en una gran crónica política titulada El 18 de Brumario de Luis Bonaparte: «La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos».

Vuelve la leyenda del oro de Moscú, el más eficaz logro propagandístico del franquismo. España es pobre —decía el régimen—, porque Juan Negrín ordenó pagar la ayuda militar soviética con el tesoro de la República.

El recelo es antiguo, pero el nuevo Kremlin tiene buenos amigos en España. En la fase de pies sobre la mesa, José María Aznar no dudó en invitar a

Vladímir Putin a la grandiosa boda de su hija en el monasterio de El Escorial.

En Italia, Silvio Berlusconi también cultiva unas excelentes relaciones políticas y comerciales con Moscú, continuando así la vieja tradición italiana de encender una vela a Dios y otra al diablo. Queda claro por qué razón Berlusconi evitó aparecer en la foto de las Azores. No quería enojar a los rusos, ni al anciano Papa polaco, que le dijo no a la guerra de Iraq pegando fuertes palmadas sobre la mesa, un mediodía en los aposentos del Vaticano.

Rusia ha conquistado importantes posiciones en la industria alemana y el excanciller federal Gerhard Schröder es hoy un alto directivo de Gazprom. Y la Francia de Nicolas Sarkozy apuesta, sin tapujos, por una gran alianza estratégica de Europa con Rusia, aun al precio de devolver Ucrania (y la península de Crimea en el mar Negro) al glacis moscovita. «Sin un pacto con Rusia, Europa tendrá grandes dificultades para desempeñar un papel relevante en el mundo que viene», sostiene la potente diplomacia francesa, pasando olímpica y parisinamente de las reticencias intelectuales de los exquisitos del 68. Adiós, Bernard-Henri Lévy.

La articulación Europa-Rusia forma parte de la agenda contemporánea, con todos sus riesgos y contradicciones. Es un asunto complejo y a la vez muy simple: Europa está en recesión y Rusia tiene petróleo, gas y dinero.

Ocurre, sin embargo, que los más densos problemas europeos siempre hallan una traducción muy singular en España. Siempre. La fenomenal tormenta política que está a punto de desatar la entrada de Lukoil en Repsol muestra estos días la creciente y común debilidad del Gobierno y de la oposición.

Acosado de nuevo por Aznar («Mariano, te la vas a pegar»), Rajoy necesita una bandera excitante —«España en peligro»—, una causa que reagrupe a los suyos. Y son muchos los socialistas, desde Felipe González hasta Miguel Sebastián, que no ven clara la operación. El enojo es particularmente intenso en el entorno del ministro de Industria. Dura prueba para los mimbres de Rodríguez Zapatero, que ayer reivindicaba en el comité federal del PSOE la acentuación de su liderazgo personal. «En

tiempos de incertidumbre, la gente quiere líderes en quien confiar, dirigentes muy singulares, no hombres de gris eficacia», se argumenta en la Moncloa. Vuelven los héroes, parece. Y los rusos.

2009

Directorio Europeo. Con el estallido de la crisis empecé a utilizar esa expresión para referirme a la existencia de un directorio político en la Unión Europea, pilotado por Alemania, con la irregular colaboración de Francia y el apoyo incondicional de los países del centro y el este de Europa que orbitan alrededor de la economía alemana. Puesto que la Alemania reunificada nunca ha querido tener una política exterior imperativa, el Directorio Europeo ha llevado siempre gafas de contable asombrado ante el mal estado de las cuentas.

Algunos amigos míos, sinceramente europeístas, se molestaron cuando empecé a usar ese término en mis crónicas. Les daba la impresión que cuestionaba los valores democráticos de la Unión Europea y ponía en duda la horizontalidad de las relaciones entre los socios europeos. Siempre me he considerado europeísta y hoy más que nunca soy partidario de la profundización federal de la Unión. Tampoco tengo sentimientos antialemanes. Creo que en estos momentos debemos prestar mucha atención a Alemania y hacer un esfuerzo para comprender sus coordenadas internas, puesto que ese país se enfrenta a un serio reto económico al tener que prescindir del gas ruso, un combustible barato que daba seguridad a sus planes de transición energética. Gracias a la seguridad estratégica que le proporcionaba el gas ruso, Alemania decidió prescindir de la energía nuclear. Esa seguridad se ha hundido.

La historia no se repite, pero rima. Alemania en dificultades es un asunto muy peliagudo. Alemania vio en peligro la estabilidad de sus bancos y de su interland económico. Proteger esa gran marca germánica en el corazón de Europa era su prioridad en aquellos momentos. Proteger a los endeudados países del sur de Europa podía poner en riesgo su consenso interno. El Bild no iba a ayudar en esa tarea. Asistimos a una curiosa y significativa convergencia entre la prensa sensacionalista alemana y el objetivismo anglosajón. El Financial Times hablaba despectivamente de los PIGS (Portugal, Italia, Grecia y España). The Economist dedicaba un número

especial a España para anunciar a todo el mundo que la fiesta de los derrochadores había terminado. Newsweek (semanario liberal de Estados Unidos) caracterizaba todo el sur de Europa como el «cinturón de los olivos». Bild Zeitung decía que el ahorro de los alemanes no debía servir para pagar las deudas de los griegos.

Angela Merkel dio más importancia a las elecciones de mayo de 2010 en Renania del Norte-Westfalia que al drama griego. Estamos hablando del estado más poblado de Alemania. Eran las primeras elecciones regionales importantes siete meses después de la puesta en marcha del nuevo gobierno federal, encabezado por Merkel (CDU) en alianza con los liberales. Estaba en juego la mayoría gubernamental en el Bundesrat (cámara territorial). Anunciar algún tipo de ayuda estructural a Grecia para frenar la espiral especulativa podía suponer un hundimiento electoral de la coalición gobernante. Más arriba de Lyon, de Milán, de Zagreb y de Bucarest nadie en Europa quería oír hablar de la sindicación de la deuda en aquellos momentos.

Con todo, la CDU no consiguió mantener la presidencia de Renania del Norte-Westfalia. Conservadores y socialdemócratas perdieron apoyos y subió la izquierda: los Verdes y Die Linke. Finalmente se formó un gobierno regional de socialdemócratas y verdes. Y Grecia empezó a hundirse.

El Directorio Europeo no era una entidad, era una dinámica. Rodríguez Zapatero intentó reaccionar con una política keynesiana. «Keynesianismo en un solo país». España venía de quince años de crecimiento económico ininterrumpido y la nueva ministra de Economía, Elena Salgado, estaba convencida de que disponía de un margen de endeudamiento de 150.000 millones de euros para intentar parar el golpe. (Solbes no había renovado como vicepresidente económico después de su decisiva aportación en la campaña electoral). En mayo de 2009, Salgado declaraba en la prensa que, en su opinión, lo peor de la crisis ya había pasado. No era así.

La percepción de crisis no paraba de crecer y ello significó, entre otras cosas, la salvación política de Mariano Rajoy, asediado por quienes en Madrid lo consideraban inútil para devolver a la derecha al poder. El presidente del PP salió vivo de milagro del congreso de su partido en

Valencia después de haber perdido las elecciones generales de marzo de 2008. Esperanza Aguirre lo quiso derribar, con la ayuda del cardenal Rouco Varela y del diario El Mundo, pero esa singular coalición no logró salirse con la suya. Coriáceo, Rajoy consiguió una victoria provisional. Hasta el propio Francisco Camps, presidente de la Comunidad Valenciana, ambicionaba su puesto. Si perdía las inminentes elecciones en Galicia, le iban a rematar. Esas elecciones se celebraron en marzo de 2009. Rajoy se volcó en ellas. Y ganó.

En Galicia ganó un político de cuarenta y ocho años llamado Alberto Núñez-Feijóo, en aquel momento muy próximo a Rajoy. Se apoyaban mutuamente. No era nuevo Feijóo. Había sido consejero de Política Territorial con Manuel Fraga y había tenido relevantes responsabilidades de gestión en Madrid, al frente del Insalud y de Correos, bajo la protección de José Manuel Romay Beccaría, el gran patriarca de la derecha gallega, después de Fraga. En las elecciones de Galicia de marzo de 2009 empezó un nuevo cambio de ciclo político en España.

El viento estaba cambiando de dirección. Lo percibía alguna gente en España. Lo captaba, por ejemplo, la fina nariz de Manuel Aragón Reyes, magistrado del Tribunal Constitucional. Discípulo de Francisco Rubio Llorente, Manuel Aragón había sido propuesto para formar parte del TC a instancias de Rodríguez Zapatero, alumno suyo durante la carrera de Derecho. El magistrado, gran admirador de la figura de Manuel Azaña, captó la nueva dirección del viento y fue cambiando de posición respecto al nuevo Estatut de Catalunya. En septiembre de 2009, algunos medios de comunicación de Madrid informaban que Aragón Reyes ya se estaba perfilando como futuro presidente del Constitucional. La discusión del Estatut se iba a complicar. En noviembre de aquel año, La Vanguardia y otros diarios editados en Catalunya publicaron un editorial advirtiendo de las graves consecuencias políticas que podía tener una sentencia restrictiva sobre el Estatut que entrase en contradicción con el voto positivo en el referéndum celebrado tres años antes. Aquel editorial tuvo una notable repercusión y no se equivocó de diagnóstico.

EL MOMENTO

15 de marzo, 2009

El tablero: casi tan confuso como en 1979, cuando Adolfo Suárez dimitió; no hay mayoría estable, ni alternativa a corto plazo; España era entonces un país prácticamente arruinado; había, sin embargo, una tensión positiva: la gente aguardaba con interés el futuro; hoy impera la desorientación; el bache económico es de vértigo; el presidente del BBVA, Francisco González, habla de «emergencia nacional»; la vicepresidenta María Teresa Fernández de la Vega niega haber arrojado la siguiente frase lapidaria sobre los subsecretarios de Estado: «No sois conscientes de la situación que atravesamos»; «no habrá más remedio que empuñar el bisturí», reconocen en privado dirigentes socialistas que trabajaron con Felipe González; estamos atados al euro; sin devaluación de la moneda, despidos en masa; se está forjando un gran drama social; deberán buscarse otras vías; rebajar las cotizaciones de la Seguridad Social, por ejemplo, exige retocar el sistema de pensiones; «lo peor no es el riesgo de una huelga general, lo peor es que el país parece desencuadernado», añaden los socialistas maduros; en CC.OO., la caída de José María Fidalgo no ha traído consigo una línea estratégica clara; pronto se comprenderá cuán importante era el último congreso de CC.OO.; la nueva etapa de la patronal CEOE todavía se está perfilando; la prensa, principal marco de la opinión pública, sufre estrés; la corriente principal no está clara; Mariano Rajoy se está imponiendo, pero aún debe pasar la prueba de las elecciones europeas; Esperanza Aguirre se sabe derrotada —así lo confiesa a sus próximos—, pero siguen existiendo focos de resistencia en el PP; de haber perdido Rajoy en Galicia habría habido un pronunciamiento; la diputada Cayetana Álvarez de Toledo, exjefa de gabinete de Ángel Acebes, es doctora en Historia y adora los alzamientos del siglo XIX; la Iglesia católica ha seguido con mucha atención las elecciones en Galicia y el País Vasco; «¡Ha ganado España!», cuentan que exclamó un cardenal recientemente afincado en Roma; la campaña de la emisora Cope contra Rajoy es ya del todo insostenible para el episcopado; el cardenal Rouco Varela lo sabe; la relación Iglesia-PP deviene punto clave del futuro inmediato; pasarán cosas; escribe Luis María Anson: «No me sumo a los que quieren terminar con Rajoy aun a costa de desestabilizar al centro derecha español»; Anson siempre está en el ajo; sin quererlo, el juez

Baltasar Garzón ha salvado a Rajoy; Garzón ha sido víctima de su propio impulso; cada vez se parece más al tribuno italiano Di Pietro; PSOE y PP necesitan volver a medirse para fijar con mayor exactitud la relación de fuerzas; las elecciones europeas serán frenéticas; Zapatero se abrazará a Obama —como Aznar se abrazó a Bush— y pedirá a los españoles que voten contra los neoliberales; si pierde de manera abultada, puede que esté perdido; el PNV, herido en lo más profundo, ha decidido luchar por una legislatura corta, en Vitoria y en Madrid; Zapatero no pudo frenar a Patxi López la noche del 1 de marzo; la derrota en Galicia empujó al PSOE en brazos del nuevo escenario vasco; despedida hace ya meses la «España plural», Zapatero se adentra en una nueva fase: el País Vasco como gran plató del españoleo en tiempos de crisis; la operación Zumalacárregui del PNV (derribar cuanto antes a Zapatero para pactar con el PP en Madrid) solo puede triunfar con el concurso de CiU; cuando le ha convenido, el nacionalismo vasco ha pasado olímpicamente de los catalanes; Convergència podría poner ahora una condición a Zapatero: la ruptura de Montilla con ERC, unos meses de gobierno en solitario del PSC y convocatoria de elecciones catalanas; Zapatero aceptaría gozoso esa condición, pero no puede imponerla; ¿qué ará Chusep?; ¿también se echará al monte Duran Lleida?, pregunta mucha gente en Madrid; la financiación autonómica ya huele mal, y la sentencia del Estatut, peor; si extrema la habilidad, Rajoy puede tener pronto el mando del tablero; Chusep, Chusep; «cerco un centro de gravità permanente…», canta Franco Battiato. Emergencia nacional.

EL MAPA MÁS ESCANDALOSO

19 de abril, 2009

De todos los mapas de la geografía política de España, el más escandaloso es el que ilustra la siguiente página. Un absurdo interrogante se abre entre Valencia y Barcelona mientras las demás ciudades españolas de más de cuatrocientos mil habitantes se hallan conectadas por la alta velocidad ferroviaria, o están a punto de conseguirlo. La España del siglo XXI no

quiere que las áreas metropolitanas de Valencia y Barcelona formen un potente hinterland con sus dos polos principales a poco más de una hora de viaje. Negocios, intercambios profesionales, turismo y ocio a escala metropolitana. A escala regional —sí, regional, tal y como se concibe esta interesante palabra en la geografía política europea. Pero la España del siglo XXI no lo quiere. Es un escándalo.



La red de AVE en España (Fuente: Google Earth)

Quienes gobiernan esa España que ayer se comía el mundo y hoy sufre una avería económica escalofriante tampoco quieren que una vía ferroviaria de ancho europeo recorra el litoral mediterráneo en dirección a Bruselas —desde Algeciras a Portbou, desde Málaga a la frontera francesa, desde Almería al otro lado del Pirineo, desde Murcia hasta la tierra de Ninette...— para abaratar las exportaciones de hortalizas y manufacturas; para que los coches de la Ford de Almussafes lleguen a los mercados de Carolingia con

un menor coste de transporte, y para que los puertos de Barcelona (2,56 millones de contenedores en 2008), Tarragona (16,8 millones de toneladas de productos petrolíferos en 2008) y Valencia (3,5 millones de contenedores en 2008) configuren una potente red europea de captación de mercancías de Extremo Oriente (el nuevo centro del mundo) y Oriente Próximo. No lo quieren, no. En propiedad, no existe en la España del siglo XXI un moderno mapa del tren de mercancías. La gran apuesta ha sido la carretera. No hay planes ambiciosos para el transporte ferroviario. Nadie ha movido un dedo para que el litoral mediterráneo, además de atracción turística y reino de la especulación inmobiliaria, pueda ser una gran cinta de transporte al alcance de los setenta barcos que a diario cruzan el canal de Suez en busca de los mercados europeos. Es un escándalo.

El motor turbo de los últimos quince años (negocio inmobiliario, turismo y abaratamiento de los servicios gracias a la inmigración masiva) se cae a pedazos, y en ningún despacho de la Administración central española se trabaja en serio con un mapa que en Bruselas conocen bien (Observatorio Espon, 2007), un mapa que también ha llamado la atención de los gobernantes alemanes porque esboza una posible alternativa a los poderosos puertos del Rin (Rotterdam, Duisburgo, Mannheim...). Es un escándalo.

El presidente del Gobierno habla de un nuevo modelo económico español, sin citar ni una sola vez la importancia del eje o corredor mediterráneo. Qué raro. ¿Será porque la sola mención del Mediterráneo levanta suspicacias tierra adentro, donde el PSOE tiene a su más fiel electorado? Si ese es el motivo, el presidente Zapatero podría hablar de la España del Este, expresión más a juego con la nueva línea táctica de su partido. ¿En qué consiste realmente el nuevo modelo económico? ¿Solo en llenar el país de molinillos de viento y placas fotovoltaicas? ¿En vender una retórica hueca, un marco sin contenido, un relato cosmético? Es un escándalo.

¿Qué hará el nuevo ministro de Fomento cuando descubra, si no lo ha hecho ya, que su antecesora —aquella señora que hace cinco años hablaba de corregir la España radial—, ni se tomó la molestia de someter a estudio el tramo Castellón-Valencia de alta velocidad? El ministro José Blanco, jefe hasta ayer del aparato del PSOE, se halla ante una interesante disyuntiva: aceptar el consejo de la geografía política (apuesta estratégica a medio y

largo plazo: eje mediterráneo), o someter la geografía al inmediato interés electoral (ahogar al PP valenciano y alejarse de los incómodos catalanes). Sería un escándalo.

LA DERIVA

6 de septiembre, 2009

Hierve en Madrid una extraña tristeza. El calor africano apenas ha iniciado la retirada hacia las dehesas del sur y el tabor de Chefchauen. La Monarquía se ha dejado barba. El Estado parece desear un cambio de personalidad. El zapaterismo ilusionista se desintegra. Rajoy se exhibe con antifaz en la Vuelta a España. Unas desafiantes gafas de sol, una gestualidad mucho más estudiada. Parece que ya se ha puesto en manos del atrezo: que no le pase nada. El zapaterismo instintivo se apresta a resistir en la presidencia europea. Vendrán más malabarismos, y el afilar de cuchillos se escucha en toda la ciudad. ¡Se van a enterar! Este curso habrá bajas. Avisada, la ministra de Defensa ya se ha lanzado cuerpo a tierra. Hay nervios en Ferraz. Alfredo Pérez Rubalcaba sigue diciendo cosas interesantes. Resiste Ruiz-Gallardón. Las putas merodean por la Casa de Campo, los niños las ven trabajar desde el funicular de Pintor Rosales, pero no salen en los diarios. Tampoco se habla mucho de los catorce poblados chabolistas que circundan Madrid. La Cope emite sin almuecín. Ha llegado un nuncio italiano. Flota una nube de tristeza, sí. Y en el bar La Torre del Oro se agota el gazpacho de temporada. Gazpacho con comino.

—¡Hombre, cuánto tiempo! Ya le daba por arrepentido. Lo de hablar con un toro previa ingesta de dos tazas de gazpacho primero le hizo gracia y después le dio vergüenza. ¡Hay que cuidar la reputación, Juliana!

—Arrepentido, no; cauteloso, amigo Segador. El horno no está para bollos. No, no me avergüenzo de esos trances con usted, aquí, en la cueva de Zaratustra. Dieron que hablar. Pero si te cuelgan la etiqueta de folclórico...

—¡Tiene usted miedo! Se lo leo en la mirada. También a usted le ha entrado el miedo.

—Y a quién no le entra miedo, con la que está cayendo.

—Le advierto que con miedo no se escribe bien. El periodismo bañado en cautela es una birria.

—Ya lo sé.

—Recuerde siempre un párrafo de Valle-Inclán. En el delirio de Luces de Bohemia, don Latino de Hispalis y unos jóvenes modernistas entran en la redacción de El Popular para notificar la detención de Max Estrella.

—Escena séptima. Habla don Filiberto, redactor jefe de El Popular, diario afecto al ministro de la Gobernación. Me lo sé de memoria.

—«El Congreso es una gran redacción, y cada redacción, un pequeño Congreso. El periodismo es travesura, lo mismo que la política. Son el mismo círculo en diferentes espacios».

—¡Siempre acabamos en Valle-Inclán! Hay en esta cueva una deriva costumbrista y folclórica. Un eterno retorno a lo castizo que huele a diario viejo.

—Pare el carro. ¿Y usted, qué? Haciéndose pasar por uno muy leído, que ya me he enterado yo que no es verdad, siempre me habla del filósofo Sloterdijk. A ver, ¿cuál es la última pedantería del holandés ese?

—Alemán. Hace poco ha dicho una cosa interesante sobre la crisis económica: «La crisis ha convertido a los ciudadanos en súbditos de la seguridad».

—¿Ha sudado mucho el tal Peter Sloterdijk para llegar a esa conclusión sobre el acojone general?

—Es una frase certera.

—Oiga, si tiene usted miedo a que le tachen de folclórico, si le ha entrado un ataque de cautela, si cree que me repito como el ajo con Valle-Inclán, si huelo a diario viejo, ¿por qué ha regresado usted a La Torre del Oro?

—Porque veo en Madrid una nube de tristeza.

—No espere de mí falsas alegrías. Condenado a la eternidad desde aquella tarde en Las Ventas, observo, observo y observo...

—Descífreme esa nube.

—España se dirige al bloqueo interno. El presidente del Gobierno ha tomado la ruta del chisgarabís, zascandilea y cada vez irrita a más gente.

—Lluís Foix opina que Zapatero no da más de sí.

—Seguramente tiene razón el señor Foix. Zascandilea Zapatero, pero el líder de la oposición no irradia. Persiste el empate político. Bloqueo económico y bloqueo territorial. Madrid pierde fuelle y arrogancia, pero Catalunya sigue confusa. Con la que está cayendo, catalanes y valencianos, mínimamente coordinados, podrían generar algo nuevo. Pero es imposible.

—Quizá no tan imposible.

—Hoy por hoy, imposible. España va en camino de bloquearse. Zapatero se ha enrocado con los sindicatos y ha perdido el respeto de los empresarios. No se sorprenda si dentro de unos meses hay en Madrid una gran manifestación de empresarios.

—¿Más novedades, Segador?

—Preste atención a Asturias. Francisco Álvarez-Cascos puede regresar pronto a la política.

—¿Y el Estatut?

—¿Están dispuestos los diputados catalanes a abandonar las Cortes si las cosas se ponen feas?

—¿Retirarse a la colina del Aventino, como hicieron los plebeyos romanos?

—Al Aventino por unos meses. Esa protesta haría pupa.

—No consigo imaginármelo.

—*Pues no me pregunte más, que soy diario viejo.*

EL ENFERMO DE EUROPA

4 de octubre, 2009

El primer enfermo de Europa fue el Imperio otomano. Atribuida al zar Nicolás I de Rusia, esta expresión comenzó a saltar de periódico en periódico a mediados del siglo XIX y alcanzó notable popularidad con las crónicas de la guerra de Crimea. El mundo iba entonces más despacio y un buen titular podía ser esculpido en piedra.

Desde la abolición del sultanato en 1922, periódicamente aparece un enfermo en la gran prensa europea. Lo fue Inglaterra, cuando los sindicatos controlaban Downing Street; lo fue la agonizante Unión Soviética y su mortecino glacis oriental cuando Gorbachov ya no pudo más; lo fue Alemania cuando tenía dificultades para pagar la costosa factura de la reunificación. Y ahora es el turno de España. España está destronando estos días a la desconcertante Italia de Silvio Berlusconi, donde el inquietante deterioro de la vida pública se combina con una más que notable capacidad de resistencia a la crisis económica. «Der spanische Patient» (El paciente español) titulaba hace unos días el Frankfurter Allgemeine Zeitung, el más serio e influyente de los diarios alemanes. En crónica fechada en Madrid, el periodista Leo Wieland quería decir lo mismo que el zar Nicolás, jugando con un drama romántico que tuvo mucho éxito en los cines (El paciente inglés). Los títulos de las películas siempre han inspirado a los periodistas. Wieland explicaba a sus lectores que España se ha convertido en una fábrica de parados y que la enfermedad va para largo, diagnóstico en el que

coinciden los más destacados observadores. Hace una semana, Le Monde tomaba nota de la creciente pulsión bonapartista de José Luis Rodríguez Zapatero —¡dejadme solo!—, y el diario económico Les Échos lanzaba el siguiente diagnóstico tras conocer las últimas previsiones del Fondo Monetario Internacional: «España, hijo enfermo de Europa, estará entre los últimos países en salir de la recesión». Los alemanes nos sitúan en la unidad de grandes quemados (junto al paciente supuestamente inglés de la película de Anthony Minghella), y los franceses, más paternales, en el hospital pediátrico. España es el nuevo enfermo de Europa.

En el ínterin, los nacionalistas vascos han sido los primeros en captar la gravedad del cuadro clínico, con ese temperamento frío que les caracteriza. Se han ofrecido a dar oxígeno al enfermo, a cambio de poder inhalar la mitad de la bombona. Tras la debacle de Juan José Ibarretxe, la subida al monte del Partido Nacionalista Vasco ha durado exactamente cuatro meses y quince días. Saboreados los primeros amaneceres frescos en la foresta, el PNV ha regresado a la ciudad, que es el lugar de la política.

Nacionalistas y socialistas están cerrando un pacto de estabilidad presupuestaria en las principales instituciones del País Vasco que se trasladará a Madrid, si el PSOE impulsa en el Congreso el denominado blindaje del concierto foral. Adiós al monte; adiós al fantasma del general Zumalacárregui; adiós a Ibarretxe, del que nunca más se supo; adiós (por ahora) a las consultas soberanistas; hola, de nuevo, a la inteligencia. Hola a Josu Jon Imaz, el mejor dirigente político que ha tenido España en la última década, que observa desde la presidencia de Petronor cómo los hechos le están dando la razón. Primer capítulo del posible acuerdo: los socialistas votan a favor de los presupuestos de las tres diputaciones forales, presididas todas ellas por el PNV. Segundo capítulo: los socialistas renuncian a presentar una moción de censura en la diputación de Álava, donde PSOE y PP suman una cómoda mayoría. Tercer capítulo: la Hacienda española paga de inmediato 456 millones de euros a la citada diputación foral alavesa, dando cumplimiento a una reciente sentencia sobre el IVA de los coches de la marca Rover. Cuarto capítulo: el Gobierno eleva el rango de las normas tributarias forales para que estas solo puedan ser recurridas ante el Tribunal Constitucional y no ante los tribunales ordinarios. El concierto vasco queda así equiparado con el convenio navarro. Quinto capítulo: los seis diputados

del PNV aprueban los presupuestos generales del Estado de 2010, convirtiendo en un juego de niños la negociación paralela del PSOE con las izquierdas más o menos unidas.

El PNV ofrece estabilidad a Zapatero, a cambio de respetabilidad social y centralidad política, a cambio de mantener el marchamo de partido defensor de los intereses vascos, y de abrir una primera brecha en la santa alianza española, ya que el PP difícilmente podrá apoyar el blindaje del concierto en el Congreso.

Y aún podríamos añadir un sexto capítulo: en el portafolios que acompañará al presidente del Gobierno en su inminente visita a la Casa Blanca figurará el nombre de diversas empresas vascas que destacan como productoras de alta tecnología para las energías renovables. Zapatero no solo intercambiará progresismos con Obama. La intención del Gobierno es practicar en Estados Unidos un aznarismo de izquierdas: de la amortizada amistad con los petroleros texanos, a la conquista de posiciones en la nueva economía verde. Publicidad e intereses. Fotografías publicables con el inquilino de la Casa Blanca y oportunidades para las empresas españolas en el prometedor mercado tecnológico de la próxima década. El paciente está en cama, pero aún le quedan ideas.

Estamos ante el regreso de la coalición de siempre; la coalición principal en el manejo de las Españas. El eje que va del País Vasco a Madrid, para bajar después hacia Andalucía, bendita tierra donde siempre tendrán a punto una tisana para el enfermo de Europa.

EL PROTECTORADO FRANCÉS

25 de octubre, 2009

«Habrá que tomarse verdaderamente en serio la cuestión del independentismo el día que surja en Catalunya un partido profrancés. Esa sería la verdadera señal, puesto que con la independencia Catalunya se

convertiría de inmediato en un protectorado francés, como ya ocurrió en 1640».

La Fundació Ramon Trias Fargas tuvo la amabilidad de invitarme el pasado jueves a pronunciar una breve alocución en la entrega de su premio anual de ensayo político y decidí soltarlo de una vez. El gran Indro Montanelli recomendaba vivamente esta terapia para llegar en forma a los noventa años. «Giovanotto, procure no comer en exceso y acostúmbrese a decir lo que piensa».

Fue un acto interesante, con un premiado de alto nivel, el geógrafo Josep Vicent Boira, articulista de La Vanguardia y gran teórico del eje mediterráneo, que acaba de acuñar un término feliz para los revueltos tiempos que vienen: la Commonwealth catalano-valenciana. ¡Adiós, Països Catalans! (por fin). Pilar Rahola, siempre atenta e incisiva, escribía ayer que hay que ser de Badalona e ir muy por libre para tomar la palabra en un acto de la Trias Fargas con la que está cayendo. Siento contradecirla y para ello voy a decir de nuevo lo que pienso: Convergència es un nervio vivo de la sociedad catalana. CiU ha roto el guion que preveía su muerte por inanición en una isla desierta. Un partido que lleva más de seis años excluido de todos los negociados y sigue encabezando las encuestas, demuestra estar al frente de una corriente social vigorosa. Sería absurdo avergonzarse de hablar, con entera libertad, ante tal auditorio. Caiga lo que caiga.

Dije lo del protectorado francés para provocarles un poco; para imprimir ese punto de tensión que ayuda a cerrar un parlamento; y para pasar el dedo, también, por la capa de sentimentalismo independentista con la que los convergentes se protegen de la intemperie, del mismo modo que los esquimales se embadurnan con la beneficiosa grasa de foca. Hubo sonrisas. Y lo dije sin apoyarme siquiera —por despiste— en la gran noticia del día, que no era otra que la toma de control de Aguas de Barcelona por parte de la multinacional Suez, de la cual el Estado francés es el primer accionista. Me quedé corto, por tanto. No habrá que esperar a la independencia. En la actual fase autonomista, Catalunya ya va camino de convertirse en un protectorado de Francia, lo cual constituye seguramente uno de los destinos naturales de esta pequeña nación mediterránea que con tanto tesón se resiste a una plena asimilación española.

El cardenal Mazarino controlará desde el bello cilindro ovoidal de la plaza de las Glòries los grifos de la Barcelona metropolitana y la costosa depuración de sus aguas residuales. En sus centrales nucleares se genera buena parte de la energía eléctrica que consumen los catalanes. Suyo es el río Ródano, la eterna tentación para resolver de una vez el irritante problema hidrológico. Y en sus enguantadas manos está ese eje mediterráneo del que con tanta ilusión se habla. Sin el activo concurso de los ferrocarriles franceses la Commonwealth catalano-valenciana de Boira se queda sin su principal atractivo: el engarce rápido con el centro-norte de Europa. Es sorprendente constatar, una y otra vez, en qué alta medida Francia condiciona las potencialidades hispánicas, y en qué escasa medida esa incontestable realidad halla un sincero reflejo en el atropellado pensamiento político español y catalán. Será por una cuestión de orgullo.

El cardenal Mazarino controla el grifo, el interruptor de la luz y las agujas del tren, de la misma manera que hace trescientos setenta años manejó el primer ensayo de independencia catalana. El cardenal Mazarino es eterno. Rotas las amarras con el conde duque de Olivares en 1640, a la débil república catalana de Pau Claris no le cupo otra opción que fortificarse nombrando conde de Barcelona al rey francés Luis XIII. Detrás de los cortinajes estaba el cardenal Richelieu, que pronto cedería el testigo a un inteligente prelado de origen italiano, Giulio Mazarino, antiguo consejero del Papa. Suyo fue el protectorado catalán hasta que le estalló la Fronda, la revuelta aristocrático-popular (azuzada por España) contra la presión fiscal derivada de la guerra de los Treinta Años. Mazarino no podía atender tantos frentes y decidió devolver Catalunya a los Habsburgo (Felipe IV), quedándose un pedacito rosellonés en la Paz de los Pirineos.

Así fue antes de Suez.

Y atentos al PSOE de Madrid. En la apasionante y poco edificante lucha por Caja Madrid no hay que perder de vista a la inefable Federación Socialista de Madrid, gloria de las Españas. Los socialistas locales, liderados por un discreto Tomás Gómez, han pactado el reparto del pastel con Esperanza Aguirre y su valido Ignacio González al grito de «¡A pillar!», también coreado por Izquierda Unida y los sindicatos CC.OO. y UGT. Tal es el

embrollo, que la dirección del PSOE apuesta ahora por una solución de compromiso. ¿Obedecerá Tomás Gómez a Ferraz?

EL TRIBUNAL DE ORDEN PÚBLICO

15 de noviembre, 2009

El otoño es en Madrid áspero y luminoso, rudo y amable, convoca sensiblerías, pero jamás caerá prisionero de la melancolía. El día en que Madrid se transforme en una ciudad melancólica, España será otra cosa. Los cielos plomizos se apoderan del azul velazqueño, la vida se endurece, los colores del Retiro se desintegran y un viento glacial te dará mañana las buenas noches. El otoño vuelca en Madrid un rigor sin desamparo. Subsiste un orden. Subsiste un orden, porque ese es el espíritu del tiempo. Que se desengañen los liberales auténticos y los liberales conversos (numerosos y chillones), la existencia de una autoridad anterior al movimiento de las estaciones, de los hombres y de las cosas es el gran tema de España. Siempre lo ha sido.

Ahora mismo, mientras los cielos plomizos se apoderan del azul con nubes rosáceas, allá por el Campo del Moro, manda en Madrid el Tribunal de Orden Público. Nada verdaderamente importante escapa a sus antenas. Convertidos los tres ejércitos en un benévolo apéndice de la OTAN, obrado el milagro de los capitanes, coroneles y generales políglotas y viajados por medio mundo, es el Tribunal de Orden Público quien recuerda cada día a los españoles la existencia de una autoridad superior al espeso desorden de la época. La Audiencia Nacional está en todo.

Pueden contarse con los dedos de una mano los años en los que la España contemporánea no ha sido regida por una jurisdicción especial. La monarquía alfonsina se apoyó en la ley de Jurisdicciones para subsistir. Desde 1906 a 1931, la libertad de expresión (las ofensas orales o escritas a la unidad de la patria, la bandera y el honor del ejército) estuvo sometida a la autoridad militar. Todo comenzó en Barcelona. Un grupo de oficiales

irritados por las chanzas de la revista satírica Cu-cut! asaltó su redacción al grito de «¡Viva España!». Tras el dramático paréntesis republicano, el franquismo fue, en lo esencial, un estado de excepción permanente. La restauración democrática de 1977 derogó las leyes fundamentales de la dictadura, pero una fuerza invisible le impelió a inventarse con extrema presteza una nueva jurisdicción especial, inicialmente justificada por los delitos de terrorismo. En aquel tiempo, ETA mataba cada semana y los cuarteles estaban, de nuevo, al borde del estallido. El 4 de enero de 1977, el mismo día en que era suprimido el TOP franquista, nacía por real decreto la Audiencia Nacional. Una nueva élite judicial democrática asumía la competencia de vigilar los asuntos más sensibles del país (no solo el terrorismo), mientras España se entregaba a la incierta aventura de la descentralización. Unos poderes eran obligados a dar marcha atrás y otros eran invitados a tomar el vigilante relevo. En ningún otro país de la Europa occidental subsiste una jurisdicción similar.

A medio camino entre Roberto Alcázar y los Intocables de Elliot Ness, los magistrados de la Audiencia Nacional se han convertido en los modernos pretores de la democracia española. Jueces-gobernadores. Jueces con amplia potestad para modificar el curso de la política, como quedó perfectamente demostrado en los años noventa. Se produjo entonces un hito estelar, cuyos ecos aún perduran e influyen. Es un episodio de todos conocido: en 1993, Baltasar Garzón, el juez más popular de la Audiencia, sintió en su interior la misma llamada sobrenatural que ahora dice oír Joan Laporta. Tenía que salvar la nación y aceptó el segundo puesto en las listas del PSOE. (Laporta acabará aceptando el segundo puesto en las listas de CiU, se admiten apuestas). Desde entonces, la Audiencia Nacional además de jurisdicción especial es un animado avispero.

El Tribunal de Orden Público manda en España. Pasan los gobiernos, se alternan las mayorías, se reforman estatutos, se marea la economía y los pilares básicos siguen siendo la Monarquía, la caja única de la Seguridad Social, la Guardia Civil y la Audiencia. Los jueces intocables bajando las escalinatas de la calle Orellana en el telediario de las tres. El pueblo les respeta y seguramente les admira.

Son los federales de un país que aún aborrece esa palabra y comienza a tener serios motivos para no fiarse de los poderes políticos próximos y de los jueces locales. Son los pretores de Pretoria, operación de Estado que, en lenguaje cifrado y esposado, ha notificado a los grupos dirigentes de Catalunya que no es tiempo de aventuras. Son los nuevos corregidores. Son la Autoridad Subyacente en una España desorientada.

Paranoia o «Zeitgeist». Al desplegarse la operación Pretoria con toda su potencia escenográfica —la Guardia Civil en el Ayuntamiento de Santa Coloma, el paseíllo de los detenidos en la Audiencia, los dos partidos centrales catalanes asustados e inmovilizados— un amigo me dijo: «Pronto veremos la sentencia del Constitucional sobre el Estatut, ha llegado el momento». La sentencia puede retrasarse varios meses —el Gobierno la teme—, pero el 6 a 4 adverso se ha consolidado estos días. ¿Pensamiento paranoico? No, el espíritu de la época. «Zeitgeist», lo llamaba Hegel.

LA MOTA NEGRA

22 de noviembre, 2009

«—¿Qué es la Mota Negra, capitán?

—Es un aviso o intimidación, compañero. Ya te diré si me la echan. Pero tú sigue ojo avizor, Jim, e iremos a partes iguales, te doy mi palabra».

En el tercer capítulo de La isla del tesoro, el joven Jim Hawkins tiene noticia de que el enigmático huésped de la posada Almirante Benbow, el adusto capitán Bill Jones, teme la llegada de un marinero con una sola pierna. Tiene miedo a que John Silver el Largo le haga llegar un pedazo de papel con una mancha de tinta en el centro. La señal corsaria de que su tiempo se ha acabado. La temida Mota Negra.

Tenía que ocurrir esta semana, tan obsesivamente invadida por una mala historia de piratas. Esta semana corsaria y bucanera, a José Montilla,

presidente de la Generalitat de Catalunya, le han hecho llegar la Mota Negra. Se la trajo de Madrid el inquieto Miquel Iceta, un hombre de gran perspicacia que no desentonaría al lado del pequeño Jim, el doctor Livesey, el capitán Smollet y el caballero Trelawney en la búsqueda del fabuloso tesoro imaginado por Robert Louis Stevenson. A Iceta se la echó José Luis Rodríguez Zapatero en persona durante la reunión de la ejecutiva federal del PSOE, celebrada el pasado lunes en la calle Ferraz.

Lo contaba el martes Juan Carlos Merino en el periódico: «Muy duro y tajante, según algunas fuentes, muy claro y concreto, según otras, con mucha seriedad, según todos, Zapatero le espetó a Iceta que el PSOE respetará lo que el Tribunal Constitucional diga sobre el Estatut de Catalunya, porque las sentencias se acatan siempre». Ante un amago de protesta de Iceta, Zapatero añadió un poco más de tinta a la mota: «Lo digo, por si acaso». La señal estaba dada. El PSOE ha decidido abandonar al tripartito catalán a su suerte para no perder la nave Hispaniola, escenario de sordas conspiraciones y vibrantes combates en la gran novela de Stevenson.

La Mota Negra nos dice en su anverso que el PSOE da la batalla del Estatut por perdida. María Teresa Fernández de la Vega, hoy en horas bajas, muy bajas, ha fracasado en su correoso intento de garantizar una sentencia medianamente favorable. Al ministro de Justicia, Francisco Caamaño, uno de los pocos federalistas sinceros del actual Gobierno, también le espera un mal trago. La sentencia está al caer y será claramente restrictiva. Será algo más que la castración química augurada hace unos meses, con gran ingenio, por Victoria Prego, una de las periodistas mejor informadas de Madrid. Escribía Prego que el Constitucional buscaba la manera de restar potencia al nuevo formato de la autonomía catalana, respetando sus más visibles atributos formales. Se quería evitar una gran humillación. Dicho con mayor claridad: se trataba de castrar al catalanismo sin dejar a Convergència i Unió inapetente, puesto que algún día la derecha española volverá a necesitar sus votos en el Parlamento de Madrid. La impresión dominante estos días es que habrá algo más que inyección química. Se avecina una dolorosa emasculación.

Meticulosamente acosada por la extrema derecha madrileña (el último bulo consiste en atribuirle una estrecha amistad con el dirigente de Batasuna

Karmelo Landa), la presidenta del Tribunal Constitucional, María Emilia Casas, no se atreve a someter la sentencia a su voto de calidad. No quiere. No acepta cargar sobre sus espaldas el estigma de la liquidación de España, puesto que el frente de rechazo también incluye a influyentes sectores del PSOE, representados intelectualmente en el diezmado tribunal. El frente de rechazo comienza en la derecha extrema y acaba —con la obvia gradación de matices— en Gregorio Peces-Barba, egregio padre de la Constitución que el pasado 14 de septiembre profetizaba lo siguiente en El País: «El Gobierno de España va a sufrir tras la sentencia, pero es el precio que se paga por una permisividad exagerada, y una dejación de responsabilidad poco justificada».

Y Zapatero no quiere sufrir más. Acuciado por la crisis y las encuestas, atento a la progresión de Rajoy, convencido, ahora, de que la buena vía es el españolismo homeopático del pacto vasco, y lastrado por un Gobierno flojo en el que ya afloran las rivalidades personales, no ha dudado en tintar la Mota Negra. Le dice dos cosas a Montilla: Que no se opondrá a la sentencia emasculadora, y que podría ser el primero en aplaudirla si ello conviene al tesoro electoral.

En julio de 2005, Pasqual Maragall fue el primero en recibir la Mota Negra. Se la entregó Zapatero en el palacio de la Moncloa, en plena negociación del Estatut con Convergència i Unió: «Pasqual, deberemos ir pensando en la posibilidad de que no seas el candidato en las próximas elecciones catalanas». El segundo tripartito lo presidió Montilla (¿contra la voluntad del PSOE?). Después han caído Carod y Saura en accidentes domésticos. No repetirán como candidatos de sus respectivos partidos. ¿Será Zapatero el último en recibir la black spot?

CATALUNYA, LA DEMOCRÁTICA

29 de noviembre, 2009

Tras intensas pesquisas, el comisario Arcadi Espada ha llegado a la conclusión de que el editorial titulado «La dignidad de Catalunya» fue redactado por el Notari y L'Emprenyat. Así lo reportaba ayer el diario El Mundo. Casi a la misma hora, la cadena Ser atribuía al conseller Joaquim Nadal —es decir, a los aviesos despachos de la política— la inspiración del texto que tantos furores esta semana ha levantado. (Frío, frío).

Mientras nuestro inquieto Maigret y la Ser se ponen de acuerdo sobre la hora, el lugar y el grado de culpabilidad de los sospechosos, L'Emprenyat (un servidor) y el Notari (Juan José López Burniol) preparan el hatillo —¿Soto del Real?—, porque hay que dar la cara. El texto tiene autor (los doce diarios que lo publicaron), y lógicamente ha tenido quien lo esboce. Son las cuatro de la madrugada, el foco nos ciega, hemos agotado los cigarrillos y el hábil interrogatorio nos recuerda no sé qué artículo del Código Penal. Confesamos. ¿Dónde hay que firmar, comisario Creix?

Burniol es un buen amigo, un gran profesional y una persona íntegra. A mí ya me conocen. Un día, creo que en 2003, acuñé lo del català emprenyat, y el personaje comenzó a ir de aquí para allá como una pelota de goma. Intentaba describir —antes del advenimiento del primer tripartito— el surgimiento en Catalunya de un malestar persistente, muy parecido al crónico disagio que hace veinte años inundó el valle del Po, en el norte de Italia. Desde entonces el català emprenyat no ha dejado de perseguirme, y el comisario ahora me lo endosa con unas gotas de vitriolo. Gazielet me llama. Imagínense, todo un honor para un chico criado entre la playa y la térmica del Besòs. Los del Pont del Petroli sabemos leer lo que hay detrás de un agudo resentimiento.

A los hechos, que decía Ortega. La furibunda reacción de una parte de la prensa de Madrid ha engrandecido un editorial que no amenaza a nadie. ¿Acaso es una coacción recordar a los jueces que los pactos políticos deben ser tenidos en cuenta y que la prudencia es la máxima virtud jurídica? Agigantado por sus detractores —muchas gracias—, el texto, que evidentemente no rehuye la eficacia retórica, invita a levantar la cabeza y recuerda al equilibrista José Luis Rodríguez Zapatero que con el asunto del Estatut no hay escaqueo posible. Quien prometió tanto en Barcelona no puede poner las luces intermitentes cuando vienen mal dadas. Quizá tenía

que haber leído primero La velada en Benicarló de Manuel Azaña, editada y prologada en 1974 y en 2005 por Manuel Aragón, el magistrado progresista al que le duele España. El verso suelto del Tribunal Constitucional es azañista: no jacobino. El Estatut depende ahora de su voto y del eco del presidente que no pudo evitar la Guerra Civil. El peso de las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Los catalanes lo sabemos bien.

Hay un hartazgo. Ni una, ni dos, ni tres dosis de George Lakoff modificarán el marco mental de la gran mayoría de los catalanes sobre este asunto. No somos la simple reserva electoral del nordeste. La disyuntiva a Yo (Zapatero) o Barrabás (el PP) se está agotando en Catalunya, aunque la España iracunda se esfuerce en evitarlo.

A los hechos. Mariano Rajoy no se ha sumado al cortejo de los furiosos y ayer se lo recriminaban. En Aragón y en la Comunitat Valenciana, el sismógrafo apenas se ha movido. Calma en el resto de España. Es preciso tener estos días una noción clara del alcance de la colisión. Hemos chocado con el macizo de la raza, que decía Dionisio Ridruejo, y con el epifenómeno madrileño: esos cuatro diarios que compiten nerviosamente por su público más radical. El centro secuestrado por la extrema derecha.

Los entusiasmos también deben ser leídos con cautela. Son significativos, pero volátiles. Lo más importante es que Catalunya ha vuelto a demostrar estos días que es una de las sociedades más democráticas —más horizontales— de España. Es así y no hay por qué callarlo. Seis partidos en el Parlament, como en Holanda, un asociacionismo que aún es intenso, la ausencia de grandísimas oligarquías económicas, una Iglesia católica no autoritaria y una tradición mesocrática que configura un sistema específico, con idioma propio. Catalunya es democrática y no está enferma, por muchos que sean los problemas, los millets y las desafecciones.

No, no hay que callarse. Por lo tanto, Espada, gracias por la delación.

(Lakoff tumbará al PSOE. George Lakoff puede ser la tumba del PSOE. La obsesión enfermiza de los estrategas socialistas por las teorías

neuropsicológicas de este asesor del Partido Demócrata norteamericano solo tiene parangón con el atracón del aznarismo con las teorías neoconservadoras. Lo primordial es asegurarse el control de los marcos mentales, dice Lakoff. Por eso el Gobierno sonríe a todas horas. El marco optimista. Pero la ley de Economía Sostenible que tenía que ser otro marco potente («hay futuro») ha nacido triste. El optimismo, en dosis exageradas, desgasta).

2010

Cuando la selección masculina de fútbol ganó el Mundial de Sudáfrica, en el Gobierno pensaron que lo mejor sería que el equipo regresase a España por Barcelona. Primero Barcelona; después, Madrid. Dos eran los motivos de esa propuesta: los jugadores del Barça habían tenido un visible protagonismo en el éxito de la selección y había júbilo en Barcelona por la victoria deportiva, apenas un día después de la gigantesca manifestación catalanista que había recorrido las calles del centro de la ciudad en protesta por la sentencia del Tribunal Constitucional sobre el Estatut. Una manifestación en la que fueron preponderantes los gritos a favor de la independencia.

La manifestación había tenido lugar el sábado 10 de julio y España había ganado la final a los Países Bajos, gracias a un magnífico gol de Andrés Iniesta en la prórroga, el domingo 11. La idea del Gobierno era convertir Barcelona en el primer gran escenario de la euforia popular por el Mundial, para equilibrar en términos emocionales y simbólicos el clima político. La Real Federación Española de Fútbol, entonces presidida por Ángel María Villar, dijo que no. La selección regresaría a España por Madrid. La gran celebración tendría lugar en la capital de España. Antiguo jugador del Athletic de Bilbao, Villar estaba enfrentado al Gobierno, que había intentado impedir su reelección en 2007 ante las graves sospechas sobre su gestión. (Villar acabó siendo suspendido por el Consejo Superior de Deportes en 2017, después de ser detenido junto con su hijo por la Guardia Civil en una operación contra la corrupción en el fútbol).

La Real Federación Española de Fútbol (RFEF) ha escrito algunos renglones de la historia política de este país. Trece años después, el 20 de agosto de 2023, la victoria de la selección femenina de fútbol en el Mundial de Australia, también con fuerte protagonismo de las jugadoras del FC Barcelona, acabó como el rosario de la aurora para el sucesor de Villar en el cargo, el exfutbolista Luis Rubiales.

No hubo celebración oficial en Barcelona, pero sí celebración popular. La noche de la victoria, miles y miles de personas salieron a la calle en Catalunya para festejar el triunfo de España. Un diario turco llamado Vatan (Patria), de corte liberal, tuvo la perspicacia de relacionar la manifestación del sábado con la celebración del domingo. Escribí una crónica sobre la estupefacción de ese diario turco. ¿Qué estaba pasando en Catalunya? Centenares de miles de personas se manifestaban por la soberanía nacional catalana y al cabo de veinticuatro horas, centenares de miles de personas salían también a la calle para festejar el triunfo de la selección nacional española de fútbol, empujada a la victoria por los jugadores del FC Barcelona. ¿Qué estaba pasando en Catalunya? Estaba ocurriendo lo siguiente: la tranquila dualidad catalana, esa mayoría social que se siente tan catalana como española, o un poco más catalana que española, estaba entrando en tensión.

La sentencia del Tribunal Constitucional sobre el Estatut, hecha pública el 28 de junio, significaba una dolorosa derrota para el Gobierno. El proceso iniciado siete años antes con la promesa de Rodríguez Zapatero de respetar el texto que surgiese del Parlament de Catalunya, se había transformado en auténtica pesadilla política. Después de una batalla campal inenarrable en su interior, el Tribunal Constitucional acababa de rectificar un texto refrendado en votación popular.

He señalado antes, en la reseña sobre el año 2006, que a ese referéndum le faltó entusiasmo popular. La participación fue del 48,85% del censo y el 73,9% de los votos emitidos fueron favorables al nuevo Estatut. No existe en España la obligación de que los referendos tengan una participación superior a la mitad del censo para ser válidos, como ocurre en otros países. De haber existido esa norma, posiblemente la afluencia a las urnas habría sido mayor. La alta tasa de abstención tuvo dos componentes: el malestar de Esquerra Republicana, que no soportaba que Zapatero hubiese pactado con Artur Mas la corrección del texto en el Congreso, y un cierto desinterés ciudadano ante un referéndum que todo el mundo daba por ganado. Con una participación del 70%, el Tribunal Constitucional habría redactado otra sentencia y el magistrado Aragón Reyes, gran admirador de Azaña, habría hecho otros cálculos.

Con su indiscutible maestría táctica, el vicepresidente Alfredo Pérez Rubalcaba defendía que el Constitucional había respetado el 95% del nuevo Estatut. Había contado todas las palabras, una por una. Medido al peso, era verdad. Medido políticamente, no. La corte constitucional había invalidado 14 artículos y sometía a interpretación otros 27. Se cargaba de un plumazo los artículos referidos a la creación de una planta judicial catalana. Eliminaba de manera tajante las referencias a la nación catalana y a la realidad nacional catalana que figuraban en el prólogo —eliminación en la que Aragón Reyes tuvo un notable protagonismo—, anulaba la consideración del catalán como lengua de uso preferente en la Administración, dejaba sin efecto el carácter vinculante de las resoluciones del Tribunal de Garantías Estatutarias y limitaba las atribuciones del Síndic de Greuges. La sentencia estaba redactada en un tono duro, agresivo. «La sentencia contiene afirmaciones políticas ofensivas», declaró Felipe González, nada sospechoso de simpatizar con una reforma de la autonomía catalana que siempre le pareció peligrosa e innecesaria.

«En la piel está lo más profundo del hombre», escribió en una ocasión el poeta francés Paul Valéry. A Josep Pla le encantaba repetir esa frase. Lo peor del tortuoso proceso del nuevo Estatut fue la profunda irritación en la piel de la sociedad catalana, provocada por la derecha española, por la mayoría de los medios de comunicación radicados en Madrid y por algunos magistrados del Tribunal Constitucional en busca de estrellato en el nuevo escenario político que veían venir. Las heridas en la piel. Siete años de insultos, boicots y palabras gruesas. Siete años de iracundo anticatalanismo. Ese fue el detonante principal de la manifestación de julio de 2010 y de las grandes manifestaciones que vendrían después. El independentismo empezaba a ganar en Catalunya, mientras se desintegraba el entero cuadro político español como consecuencia de la crisis económica.

El 12 de mayo de aquel año, el Gobierno se había visto obligado a cambiar radicalmente de política económica. El intento de aplicar en solitario una respuesta keynesiana a la crisis estaba provocando un aumento del déficit público que podía poner en riesgo la estabilidad del euro. Los socios europeos, capitaneados por Alemania, conminaron a la ministra de Economía, Elena Salgado, a cambiar de política en una tormentosa reunión del Ecofin. Al día siguiente, Rodríguez Zapatero recibió sendas llamadas

telefónicas del presidente de Estados Unidos, Barack Obama, y del presidente de la República Popular China, Hu Jintao. Obama le pidió que adoptase medidas para contener el déficit público y le manifestó su temor por la estabilidad del euro. Hu Jintao le expresó su preocupación por las inversiones chinas en deuda española. Al día siguiente, el presidente del Gobierno comparecía en el Congreso para anunciar un recorte del 5% del salario de los funcionarios, la congelación de las pensiones, la eliminación del denominado cheque-bebé, la restricción de los pagos por dependencia y la reducción de seis mil millones de euros de inversión estatal. Aquel día murió ZP.

ENCAPOTADOS

17 de enero, 2010

Hace en Madrid un tiempo de perros. Cuando no nieva, cae una lluvia diminuta y helada. Una llovizna insidiosa. Han desaparecido los cielos velazqueños y todo es color panza de burro. Todo es Ministerio. Sin ese azul intenso visitado al atardecer por unas nubes de pálido algodón, sin ese azul sedoso, allá en el Campo del Moro, la ciudad Estado es de una tristeza infinita. Una tristeza áspera y eficaz. Madrid debió de ser un lugar espantoso en invierno de 1940 (el de 1939 fue terrible). Un frío de posguerra ha tomado los anocheceres y han vuelto los rumores. Los rumores tozudos, los rumores que perforan el cuadro existente. Crece la sensación de que un tiempo se acaba. De que los socialistas se la van a pegar. Raúl del Pozo, que escribe la mejor columna de la prensa madrileña —una columna chula, bien adjetivada y esculpida con una navaja que aún siente cierto respeto por la Política—, sostiene, voluntarioso, que Zapatero aún no está muerto. Del Pozo, que fue maestro de escuela en la periferia de Barcelona durante el Alto Porciolato antes de conocer París y recalar en el café Gijón, debe de ser el único periodista de Madrid convencido de que el presidente aún tiene salvación. La crisis y el fulgor de tantas navajas que le han perdido el respeto afirman lo contrario. Dicen que no. Que no. Zapatero tiene un mal frame y George Lakoff, el inventor de los famosos marcos

mentales que tanto entusiasman al PSOE versión Leire Pajín-Jesús Caldera, será su perdición. Un ignoto profesor Moriarty (¿quién será?) ha introducido en la red la venenosa metáfora de Mr. Bean. El frame ha dado la vuelta al mundo. Ha perforado las páginas del China Daily y ha regresado con una encuesta bajo el brazo que dice que tras la muerte anunciada del tripartito catalán podría venir la derrota socialista en Andalucía. Un jaque capaz de convertir la izquierda española en un nuevo y catastrófico Partido Socialista Francés. Es posible, sin embargo, que Del Pozo, con esa envidiable escritura capaz de describir la Catalunya de hoy como un castillo gótico en el acantilado, esté en lo cierto. Aún tiene baza Zapatero. Mejor dicho, aún tiene suerte. El fatídico cerco al que se halla sometido presenta un fallo estructural. El PP se ha quedado sin el apoyo aéreo de la patronal. Los manuales dicen que lo más temible en España es la huelga general. Y aciertan. Una huelga contundente en los servicios públicos puede herir de muerte a un Gobierno desgastado, pero una buena inteligencia entre patronal y oposición también es temible. Amarrado a UGT, Zapatero sabe que no tendrá huelga general. El estrepitoso derrumbe de la cúpula patronal se lo ha confirmado en Navidad. Noqueado Gerardo Díaz Ferrán por los graves problemas de sus empresas, la CEOE es hoy incapaz de combatir en campo abierto, de manera que pronto asistiremos a la firma de un remedo de pacto social. Será un pacto sin grandes cambios en las normas laborales, conforme al veto sindical. La CEOE navega al pairo, mientras su capitán afronta la aparatosa caída de Air Comet. El Gobierno, maquiavélico —como es su obligación—, no le quiere tumbar. Los sindicatos, tampoco. Y de las filas del empresariado de Madrid no parece surgir una buena alternativa, lo cual es un dato revelador: Esperanza Aguirre, claramente derrotada por Mariano Rajoy en los laberintos del PP, se está quedando sin alféreces. El Gran Madrid, endeudado hasta las cejas, también sufre la fatiga del metal. Por ahí podría contratacar el PSOE. Esa es la Idea. Intentar la reconquista de Madrid en plena tormenta, antes de que Rodrigo Rato reorganice desde Caja Madrid las alianzas económico-financieras del baluarte central. Una contraofensiva dificilísima que exigiría el talento estratégico de Vicente Rojo, el general de ojos tristes que estuvo a punto de salvar la República. Demasiado para Leire Pajín. No tienen candidatos. Tomás Gómez, supuesto oponente de Aguirre, es muy flojo, y ningún socialista levanta cabeza frente a Ruiz-Gallardón. Algunos veteranos del PSOE sueñan despiertos: Alfredo Pérez Rubalcaba, candidato a la

comunidad, y Javier Solana, candidato a la alcaldía. Una fantasía. Un movimiento audaz y arriesgado para evitar el derrumbe en las elecciones municipales y autonómicas de 2011 y la debacle definitiva un año después. La contraofensiva sería empujada por una reorganización ministerial en julio, una vez finalizado el fatídico semestre europeo. Rumor persistente: la abnegada María Teresa Fernández de la Vega abandonaría la vicepresidencia para dejar paso a José Blanco, figura en alza; tan en alza que algunos ya le imaginan como candidato alternativo a Zapatero si la crisis no mengua en 2010. Rumores de Madrid, donde cada mañana nacen cien conspiraciones y apenas dos siguen vivas a medianoche. Hace un frío de mil demonios, los cielos velazqueños han sido secuestrados y las nubes panza de burro solo dejan ver, a lo lejos, un castillo gótico en el acantilado. Allí comenzará el nuevo ciclo. La película de la década.

EL IMPULSO SÁDICO

14 de febrero, 2010

José Andrés Torres Mora mira por uno de los ventanales del tercer piso del Congreso, y al otro lado de los visillos puede verse un país cada vez más asustado por la gravedad de la crisis: el Rey, moviéndose y pidiendo unidad con un tono que evoca los alarmantes años setenta; el Gobierno, medio noqueado; los dos partidos principales, enfrentados a muerte y con miedo a quedar atrapados entre la ira de la gente y la llamada al orden del jefe del Estado. Desorientación general y un calendario político atroz. Cualquier intento de reforma deberá sortear en los próximos meses los espesos comicios de la nación catalana (¿junio?, ¿octubre?); las elecciones sindicales: los aparatos de UGT y CC.OO. en silenciosa pugna, miles de liberados sindicales (gente de más de cincuenta años en su mayoría) jugándose el modo de vida; la nerviosa renovación de unos ayuntamientos al borde de la quiebra; cabildos insulares y jugosas diputaciones forales en el aire; más la lucha a brazo partido en trece comunidades autónomas endeudadas hasta las cejas. Este es el horizonte.

El diputado Torres Mora mira por uno de los ventanales de la tercera planta del Congreso y ve la crisis de otra manera. Dice observar, velada por el cortinaje, la arrogancia de las élites sociales españolas. «¿Quién es esa gente que vive bien y pide tantos sacrificios abstractos a la gente? ¿Qué les impulsa a pedir con tanto ahínco un grito de dolor?».

Hijo de un peón y de una limpiadora que emigraron a Alemania en los años sesenta, el sociólogo José Andrés Torres Mora (Málaga, 1960) es uno de los ideólogos de esa realidad líquida a la que llamamos zapaterismo. Es amigo personal del presidente del Gobierno (fue su jefe de gabinete en el tiempo de oposición), habla a menudo con él e intenta transmitirle consejos sin formar parte de la estructura monclovita. Torres Mora es diputado de a pie.

Infantería cualificada. Torres forma parte del círculo presidencial, en el bien entendido de que Rodríguez Zapatero parece estar reñido con todas las figuras geométricas de naturaleza estable. Armado con su teléfono móvil, el presidente modifica a diario la forma y las dimensiones de su entorno. Es de perímetro incierto la actual corte de la Moncloa. Un día estamos a partir un piñón con los sindicatos y alentamos que el líder ugetista Cándido Méndez sea bautizado como el cuarto vicepresidente, y a la mañana siguiente se manda recado al liberal Miguel Boyer (fuentes cercanas a Boyer certifican que el tanteo existe, pero aún no se ha concretado). Zapatero es una perfecta criatura del sociólogo polaco Zygmunt Bauman, padre de la realidad líquida, una de las grandes metáforas de nuestro tiempo. Un planeta líquido, extraño e insondable, que años atrás ya imaginó otro polaco, el escritor Stanislaw Lem, en la novela Solaris.

Torres Mora más bien se inclina por el profesor Julio Carabaña, catedrático de Sociología que fue su maestro en la Universidad Complutense de Madrid, y por el sociólogo norteamericano Charles Wright Mills, que en 1956 escribió un libro de largo recorrido, El poder de las élites. Las élites españolas, sostiene Torres Mora, están siendo seducidas por un impulso fetichista: el sacrificio ritual para conjurar la crisis, el deseo abstracto de que la gente sufra como redención de los pecados del sistema.

—¿Sugiere usted que un impulso sádico guía a los poderosos?

—Podría definirse así, efectivamente. Estudiando a fondo las encuestas del CIS, cruzando datos de estatus económico y simpatía política, he podido comprobar que la sensación de malestar y desazón se ha disparado a mucha mayor velocidad entre los propietarios con estudios universitarios que votan al centroderecha. Los asalariados sin estudios universitarios orientados a la izquierda, que fueron los primeros en verse perjudicados por la crisis, están más tranquilos, su malhumor va menos acelerado.

—Tiene cierta lógica. Cuando mejores son las expectativas, mayor es la desazón cuando vienen mal dadas.

—De ahí la idealización del sacrificio. El dolor como conjuro.

—Eminentes economistas con los que la izquierda simpatiza certifican que España no saldrá del atolladero sin serios recortes. El Nobel Paul Krugman incluso ha sugerido una rebaja salarial del veinticinco por ciento.

—Hay que buscar soluciones, sin duda alguna. Y algunas de esas soluciones serán dolorosas, por supuesto. Lo que yo denuncio es la deriva ideológica y sentimental de este tiempo de crisis. Esta absurda sacralización del dolor. El encumbramiento del fetichismo, la búsqueda ansiosa de una salida, en vez de admitir que las crisis se atraviesan, aprendiendo de ellas.

—El Gobierno parece haber lanzado la propuesta de jubilación a los sesenta y siete años para calmar la ansiedad de los compradores de deuda pública española.

—¿No querían un grito de dolor? Pues ahí lo tienen.

—Crece la desconfianza en Zapatero hasta índices nunca vistos.

—El presidente sabe a dónde va. Lo ha demostrado esta semana ante los parlamentarios socialistas. No quiere ser ni blando ni duro, quiere ser pacífico. Pero esa idea no es fácil de transmitir. Zapatero no tiene hoy quién le escriba.

—¿Aguantará?

Torres Mora asiente lentamente con el mentón. Muy lentamente.

EN MANOS DE LOS ANDALUCES

18 de abril, 2010

Llevo seis años madrileñeando y he conseguido tomarme con calma todo —o casi todo— lo que ocurre en Kansas City. Con tranquilidad, e incluso con ironía. He entendido por qué en España gana el que más resiste. He llegado a la conclusión de que la mentalidad dominante es la del mus, el juego de naipes que los menestrales vizcaínos llevaron a la corte de Felipe II. Estoy en condiciones de afirmar que España no se rige por la Constitución de 1978, sino por la ley del órdago. He intuido el revés de la trama, he aprendido algunos trucos y ya no me asusta el choque frontal. Empieza a gustarme. Siempre hay teatro en el choque del carnero. He visto cosas que vosotros no creeríais en la Puerta del Sol, pero algo me inquieta de la fenomenal brega de estos días. Y acudo al oráculo.

La cueva de Zaratustra, donde mora la testa parlante de Segador, el toro azabache que lee y entiende a don José Ortega y Gasset.

—¿Qué está pasando, Segador?

—*Que no hay mando en la plaza.*

—En este país siempre hay alguien al mando.

—En estos momentos, no. El Gobierno está desbordado por una crisis que fue incapaz de prever, las elecciones aún quedan lejos, ayuntamientos, cabildos y autonomías están en quiebra, y a la oposición le falta timbre ganador. El PP tiene demasiada gente empapelada. No hay sensación de mando. Solo despunta una autoridad.

—¿Cuál?

—*El ministro de la Policía.*

—Pérez Rubalcaba es el único ministro que aprueba en las encuestas. Siempre ha sido el mejor.

—Rubalcaba tiene cuajo, sí señor. Pero le insisto en que no hay mando. No hay líneas de fuerza claras, la sombra del poder ha dejado de ser alargada y los futuros ya no son predecibles. Van a pasar cosas, se lo digo yo.

—¿Qué cosas?

—Se van a modificar algunos guiones. Esté atento. Cuando mengua la política, crece la fuerza de tribunales y audiencias. En Castilla siempre han mandado las audiencias. Y en España nunca se produce el vacío.

—«Hay que saber a qué atenerse», proclamaba Ortega.

—«Vivir es tratar con el mundo y dar cuenta de él, no de un modo intelectual y abstracto, sino de un modo concreto y pleno. De ello se deriva el saber, como un saber a qué atenerse», eso es lo que decía Ortega. No tergiverse al maestro.

—¿Qué cosas van a pasar?

—Se van a cepillar el Estatut de ustedes los catalanes. Ese es mi augurio. Lo veo, sí, lo veo. Se lo van a cargar en un patio sevillano, entre rasgar de guitarras y los olores de azahar de su espléndida primavera. ¡Ay, quién estuviera allí! ¿Sabe que yo nací en el sur?

—Me lo imaginaba. Pero no entiendo lo del patio sevillano. ¿Qué pinta el Estatut en un patio sevillano?

—¿Y usted es periodista? La autonomía catalana ha quedado en manos de dos magistrados andaluces. Manuel Aragón, nacido en Benamejí, en el corazón del Califato, un intelectual imbuido de la España sufriente del último Manuel Azaña. Y Guillermo Jiménez, formado en Sevilla a la vera de la clase dirigente del Guadalquivir. Atención. ¡Veo el patio sevillano en el que sentenciarán el Estatut! Veo a Manuel Olivencia, veo a su yerno, Javier

Arenas Bocanegra, veo a Manuel Clavero Arévalo, y de refilón, muy de refilón, a José Rodríguez de la Borbolla… Ellos le dieron la vuelta al mapa de las autonomías en 1980 y ahora volverán a decidir. Sí, lo veo.

—Usted desvaría.

—¡Soy el oráculo!

—Fabula.

—Tome más caldo con manzanilla y me entenderá. Lea, lea lo que escribía Ignacio Camacho ayer en ABC: «Guillermo Jiménez, sevillano fino, hombre moderado y cabal, con fama de buen componedor de acuerdos». Hay que leer a Camacho, escribe bien.

—Camacho, que es amigo mío, también augura que no habrá sentencia hasta después de las elecciones catalanas.

—Lo siento por su amigo, pero se equivoca. Como se equivocan los políticos catalanes que creen haber ganado un respiro. Los conservadores han ganado y no van a perder el tiempo. Se lo aseguro. El Gobierno está desarbolado. En España no hay mando.

—A Mariano Rajoy tampoco le interesa una sentencia que excite demasiado la campaña electoral catalana.

—¿Usted cree que al jefe del partido que ha promovido el pleito ahora no le interesa ganar la partida? ¡Vamos, hombre!

—Rajoy puede necesitar a CiU.

—Esto será más tarde. Y más tarde, todo volverá a ser posible.

—Rajoy no es hombre de aventuras…

—No me distraiga. Veo, veo…

—¿Qué ve?

—Veo el patio sevillano. Veo a Clavero, veo a Olivencia, veo a Arenas Bocanegra. Y al fondo, muy distante, veo a un hombre que sonríe…

¿Quién es?

—Sí, lo veo, lo veo. Es el hombre que dibujó el mapa de 1980. Es Felipe González Márquez.

EL ESTATUT DE JOSELITO EL GALLO

2 de mayo, 2010

—*¿De nuevo por aquí? No le esperaba tan pronto.*

—No he podido resistir la tentación. El oráculo acertó y he de saber más.

—*¿Qué más quiere saber?*

—Cómo acabará todo.

—Jo, jo. Eso es pedir demasiado. Sería terrible saber cómo acabará todo. Sería el fin de la historia. Ande, ande, tómese una taza de gazpacho con comino. Para entender a don José Ortega y Gasset el comino va muy bien. El comino esclarece la perspectiva. Y previene la gastritis.

—Segador, no se ría de mí. Necesito saber más. El momento es grave.

—Confórmese con saber que el tercer estatuto de Catalunya pasará a la historia como el Estatut de Joselito el Gallo. En 1932 triunfó el de Núria; en 1979 redactaron el de Sau, y ahora tendrán los recortes de Joselito el Gallo. El toro parlante ya se lo advirtió.

—Por eso he vuelto. Usted me dijo que al Estatut de Catalunya le repasarían la sisa en un patio de Sevilla, con un fondo de guitarras.

—Y así ha sido. Ajustado en la avenida Joselito el Gallo número 147, entre un alegre rasgar de guitarras. ¿Quiere saber más detalles?

—Sí, quiero.

—En el 147 de la calle dedicada al insigne torero gitano Joselito el Gallo, se levanta una de las más renombradas casetas de la Feria de Sevilla.

—Conozco esa caseta. Estuve en ella el año pasado, departiendo con José Rodríguez de la Borbolla y Manuel Ángel Martín, dos buenos amigos. Es uno de los lugares de encuentro de la Sevilla ilustrada. Aires liberales y regionalistas.

—Allí se citaron, la noche del pasado domingo, los magistrados del Tribunal Constitucional Guillermo Jiménez, Manuel Aragón y Ramón Rodríguez Arribas, después de una tarde de toros en la Maestranza. Allí se dieron las últimas puntadas al Estatut. ¡Qué estampa! La veo. Sí, la veo.

—¿Qué ve?

—Los tres magistrados en animada charla constitucional, el rasgar de las guitarras y el coro cantando la sevillana del búcaro.

—¿Del qué?

—Del búcaro. Una jarra de agua. Es la tonada más pegadiza de la feria. ¿Quiere que se la cante? «Dame el búcaro, dame el búcaro que me muero de sed, apretújalo no se vaya a caer...». Venga, alégrese. Y cante conmigo: «Dame el búcaro, el búcaro…».

—Tendrán que romper el búcaro. No tienen otra salida.

—¿Cómo dice?

—Para evitar el ridículo, al catalanismo solo le queda una opción: romper el búcaro. Dar la fiesta por concluida. Generar una nueva fase política. No solo en Catalunya. En toda España.

—¿Y eso cómo se hace?

—No juegue conmigo, Segador. Usted lo sabe tan bien como yo. Convocando de inmediato elecciones al Parlament de Catalunya. Dando la palabra a la gente.

—Sabrá usted que tal decisión no obligaría a detener las deliberaciones. ¡El Alto Tribunal es independiente!

—Ya. Unas elecciones a finales de junio en Catalunya obligarían a revisar de inmediato todas las estrategias en curso. Todas. Pregúnteselo si no al señor Federico Trillo, el hombre al que todo el mundo cita en Madrid cuando se pregunta por la sentencia del Estatut.

—¿El coordinador en la sombra del 6 a 4 en el Constitucional? ¿Es Federico Trillo quien reparte el búcaro?

—No me tienda trampas, Segador. Es el nombre más citado. No digo más.

—No las veo, no, no las acabo de ver esas elecciones. Significarían la muerte súbita del tripartito.

—El tripartito hace tiempo que murió. Y a los difuntos hay que darles pronta sepultura, por dignidad y por higiene.

—Oiga, que el oráculo soy yo.

—Yo también tengo mis visiones.

—Ya lo veo. No beba tanto gazpacho y vuelva pronto, que he de contarle algo que muy poca gente sabe. Fíjese bien en esas fotos de Franco y de Guevara que me rodean. Le tengo reservada una historia que le sorprenderá.

LA PUERTA DE TANNHÄUSER

13 de mayo, 2010

«He visto cosas que vosotros no creeríais... atacar nave en llamas más allá de Orión, he visto rayos C brillar en la oscuridad cerca de la puerta de Tannhäuser... he visto a España intervenida por el Directorio Europeo, al intrépido Zapatero obediente como un cordero ante el ultimátum carolingio... he visto el mayor ajuste desde el Plan de Estabilización de 1959... he visto —recuérdalo siempre, porque el 12 de mayo de 2010 será una fecha para no olvidar— como un discurso de treinta minutos, treinta minutos justos, clausuraba una era de treinta años de socialdemocracia en España, una era en la que siempre había algo más por repartir; he visto el estupor en el rostro de la gente, su rabia y su irritación, su desorientación... he visto cosas que vosotros no creeríais, porque durante demasiado tiempo os estuvieron diciendo que el mal era pasajero y que nunca, nunca, se os obligaría a cruzar la puerta de Tannhäuser...».

La cámara cierra el plano y el replicante Roy Batty concluye su trágico monólogo. Es el instante más poético de la película Blade Runner: «Todos esos momentos se perderán en el tiempo como lágrimas en la lluvia... Es hora de morir».

El Congreso de los Diputados asistió ayer a un pase de ciencia ficción. Había algo de irreal en la fatigada locución de José Luis Rodríguez Zapatero. La escena de La Rendición parecía movida por un resorte extraño, por una fuerza oculta, por un destino trágico e implacable que todas las metáforas de Georges Lakoff, todas las ocurrencias de Miguel Sebastián, todas las simplezas de Jesús Caldera, toda la inteligencia de Alfredo Pérez Rubalcaba y todas las buenas intenciones de José Andrés Torres Mora no han podido evitar.

«Zapatero es un chico de clase media de León, con oficio político, que suele creer en lo que dice y que ha hecho lo que ha podido», me comentaba hace pocas semanas una persona de su círculo de confianza. «Muy poca gente sabe lo que hay en su interior, posee una gran coraza», explica alguien que siguió muy de cerca su eclosión presidencial. Y esta es mi conclusión después de seis años de crónica en Madrid: Zapatero es un profesional de la política dotado de una estanqueidad psicológica que no tuvieron ni el valiente Aznar (con sus sueños de grandeza), ni el gran González (somatizador de la angustia de sentirse imprescindible), ni el lince de

Suárez, que nunca se emancipó de Ávila. Zapatero, como Aznar, ha calibrado mal la realidad exterior. De joven viajó demasiado poco al extranjero. El mundo hay que saber olfatearlo.

Y España es hoy un país intervenido por el Directorio Europeo. Alguien más sensible a la adversidad estaría sumido en la depresión y le daría vueltas a la carta de renuncia. Zapatero, sin embargo, tardará en pronunciar la frase: «Es hora de morir». Le sobra resiliencia. Posee la dureza de los mejores replicantes. Hoy mismo recomenzará el combate, en los siguientes términos: contendrá a los sindicatos, pondrá el foco en Valencia (donde el PP va a tener un serio problema de ejemplaridad pública) y procurará que se acelere la sentencia del Estatut. Ahora es el momento. Ahora sí. Una oportuna medalla española en plena «emergencia nacional».

PITIS

6 de junio, 2010

Hay que regresar a Pitis cada cierto tiempo, para comprobar que en Madrid casi todo es furia y ruido y que lo que tenía que pasar —lo verdaderamente importante— hace tiempo que ocurrió.

Pitis es una estación de metro que conduce a la Nada. Arriba no hay ni un alma. Unas calles apenas esbozadas, unas farolas sin luz, unos semáforos sin párpados y diez o doce bancos de madera mal envueltos por unos plásticos negros que están cediendo al hastío. El plástico transmite una gran tristeza cuando ya no sirve para nada. En Pitis, noroeste de Madrid, estación término de la línea 7 del metro y extraño punto de engarce con los ferrocarriles de cercanías, solo hay una persona atenta al más solitario de los transbordos. Una chica de gesto vivaz espera en la taquilla de Renfe la avalancha de pasajeros que nunca llegará. Aparentemente ajena al vacío existencial, muy profesional, muy en su sitio, fiel al reglamento como un agente de aduanas del Imperio austrohúngaro en el puesto más olvidado de

Galitzia y Lodomeria, la muchacha indica con sonriente presteza cuál es la escalera que conduce a la Nada.

La vaguada desierta, el metro que lleva al absurdo y la taquillera que cada mañana se enfrenta al más espeso de los tedios. A Quim Monzó le interesaría la escena. Dino Buzzati le habría dedicado un cuento, pensando seguramente en El desierto de los tártaros, la enigmática historia del teniente Drago en la fortaleza Bastiani, acechada por un enemigo que nunca aparece. (Buzzati escribió su más célebre novela siendo jefe de cierre del Corriere della Sera, en cuya redacción esperaba cada noche la llegada de excitantes noticias). Italo Calvino quizás habría ubicado en Pitis una de sus cincuenta ciudades invisibles. Con las nuevas torres de la Castellana dibujando un fondo muy lejano, Pitis es un lugar para la perplejidad y la meditación.

Es Pitis un añejo símbolo del desarrollismo madrileño que no hay que confundir con esos polígonos que han quedado a medio construir en tantos lugares de la meseta y de la costa mediterránea; una de esas ciudades fantasmas que tan bien ilustran el desastre económico español y que se han puesto de moda en las redacciones de los diarios extranjeros. Los enviados especiales llegan estos meses a Madrid con el guion escrito: contactar rápidamente con dos o tres economistas que pongan cifras al fin de fiesta y alquilar un coche para salir a escape hacia la fantasmal Seseña y el arruinado aeropuerto de Ciudad Real, símbolos señeros del hundimiento hispánico. Obras maestras de un personaje conocido popularmente como Paco el Pocero, y de una caja de ahorros de Castilla-La Mancha en la que nadie ha sido castigado o procesado un año después de ser intervenida con urgencia por el Banco de España, la fantasmagórica Seseña y el aeropuerto sin aviones lo explican todo. O casi todo.

Desde el desierto de Pitis, la desfachatez, acento básico del actual momento español, se observa con notable claridad. José María Barreda, presidente de Castilla-La Mancha, pretende alcanzar la reelección como si nada hubiera pasado. Para este socialista ágil, hijo de buena familia, rápido de reflejos y amigo del casticismo madrileño (formado políticamente en el Partido Comunista de España, circunstancia no muy habitual entre los actuales dirigentes del PSOE), los miles de pisos vacíos de Seseña y el aeropuerto en

suspensión de pagos son fenómenos de la naturaleza, incidentes que se comentan por sí solos sin necesidad de ulteriores explicaciones.

Sí, desde Pitis, algunos paisajes de la España de secano se ven mejor. Ahora se ha confirmado lo que medio Madrid comentaba desde hace tiempo: que el intrépido Pocero mantenía excelentes relaciones con destacados políticos, entre ellos José Bono, actual presidente del Congreso, exministro de Defensa, anterior presidente castellano-manchego, adalid del igualitarismo hispánico y martillo de herejes catalanes. Bono vive estos días muy preocupado por las informaciones sobre su patrimonio que, con una cadencia verdaderamente denigratoria, viene publicando el diario La Gaceta, punta de lanza de la derecha católica que no perdona al PSOE la ley del aborto.

Para resarcirse del acoso al valenciano Francisco Camps, el PP se ha sumado al atosigamiento de un hombre que parecía verdaderamente intocable, gracias a la protección de la prensa conservadora de Madrid, también obsequiosa con el sagaz Barreda. Obsesionado por la necesaria defensa de su honor, el presidente del Congreso seguramente logrará romper el cerco, pero él mismo se ha despedido de la fantasía de ser el nuevo conde de Montecristo, el gran Héroe de la Revancha. Bono había empezado a moverse, a moverse en serio, para estar ahí —cerca de la Moncloa— el día en que España se despierte sin José Luis Rodríguez Zapatero en la presidencia, cosa que puede ocurrir dentro de pocos meses si los dioses no se apiadan pronto del euro.

Sí señor, todo empezó en Pitis en 1999, hace ya más de diez años. Un día llegó el metro y no había nada. Nada. Y de la Nada surgieron las plusvalías.

EL DIRECTORIO EUROPEO

20 de junio, 2010

«Señor, es la primera vez que asisto a una batalla —dijo por fin al sargento —, pero ¿esto es una verdadera batalla?».

STENDHAL, La cartuja de Parma

La sala de actos de la Asociación de la Prensa de Madrid estaba llena a rebosar el miércoles por la mañana. George Lakoff y Stanley Greenberg, gurús de la era Obama, convocados por la Fundación Ideas. Turno de preguntas. Una señora levanta la mano: «No quisiera parecer ingenua, pero ¿existe alguna receta para que Zapatero vuelva a ganar las elecciones?». Conato de carcajada general. Nada, un instante. Medio segundo. La hilaridad no acaba de estallar, pero el neurolingüista Lakoff, atento a los marcos mentales, capta la descarga: «Creo que el presidente debería explicar de manera sincera lo que piensa y por qué ha cambiado sus políticas».

Es interesante constatar cómo la filosofía política norteamericana y sus técnicas de persuasión han colonizado el mercado ideológico español. Desde hace una década, PP y PSOE hablan americano con la fe del converso. José María Aznar les compró a los neoconservadores hasta la última gota de crecepelo. Los folletos del American Entreprise Institute aconsejaban polarizar la sociedad, tensarla al máximo, para desmovilizar al adversario y evitar así las aguas pantanosas del centro. Tensión, tensión, tensión. Y al genio de Ángel Acebes no se le ocurrió otra cosa que tensar al personal con una sesgada información de los atentados del 11-M. En la calle Génova aún lo están lamentando.

El PSOE ha comprado frames en Berkeley. Marcos conceptuales. Imágenes perforantes. Metáforas Black & Decker. Los lunes, Leire Pajín siempre escribe lo mismo en su cuaderno escolar: «El lobo es el PP». Y Elena Salgado, siguiendo instrucciones del presidente, dibujaba bonitos brotes verdes en las reuniones del Ecofin, hasta que una noche de mayo Wolfgang Schaüble y Christine Lagarde, ministros de Economía de Alemania y Francia, respectivamente, le alzaron la voz: «Señora, o toman medidas

ustedes, o las tomamos nosotros». Desde aquel día (8 de mayo de 2010), la política económica española se halla intervenida por el Directorio Europeo.

A Jorge Dionisio López, un amigo mío de Zamora que lo lee todo y que una mañana te puede sorprender con una nota sobre Nereo Rocco, el entrenador italiano de fútbol que en los años cincuenta importó de Suiza la temida técnica del catenaccio, lo del Directorio Europeo no le gusta. «Ironizas sobre la pedantería del PSOE con las teorías de Lakoff, pero también te apuntas a los frames; eso del Directorio Europeo es la metáfora de una España sin remedio».

Me explico. El Directorio Europeo es una relación de fuerzas. Inicialmente, España formaba parte de él. Con grandísima visión de la jugada, Felipe González apoyó la reunificación alemana de Helmut Kohl, ayudando a bloquear el frente de rechazo de Margaret Thatcher y François Mitterrand, temerosos ambos de un nuevo expansionismo germánico. González se lo cobró. Millones de marcos siguieron llegando a España en forma de ayuda a la convergencia europea. Subvenciones. Inversiones. Y créditos. Créditos que ahora la banca alemana teme no poder cobrar. Aznar quiso jugar su propia partida, aprovechando los vértigos de Iraq: alianza preferente con Estados Unidos y Gran Bretaña, frente a la vieja Carolingia. La trepidante aventura Zapatero se cruzó en su camino con un bonito frame: «Regresaremos al corazón de Europa». Y se fotografió en los jardines de la Moncloa con Jacques Chirac y Gerhard Schröder. Seis años después, la prensa anglosajona lo zarandea, y la alemana, también. Es una pinza terrible. Los dos polos del gran combate conceptual europeo libran su batalla a costa del derrumbe del ladrillo español. Para los anglosajones contrarios al euro, España es el eslabón débil de la hegemonía germánica. Para los alemanes, la pesadilla de la República de Weimar podría recomenzar con las deudas de España. («Los alemanes llevamos en nuestros genes la peste monetaria; no tenemos otra pasión que vigilar el valor del dinero», declara el filósofo Peter Sloterdijk a la revista francesa Le Point). El Directorio Europeo es el miedo alemán a Weimar; es el miedo inglés a acabar marcando el paso de Berlín; es el tiburoneo de Wall Street; y es la imposibilidad —hoy— de que Francia trace una línea económica alternativa con el apoyo de España. La aventura de Europa posiblemente se decida en España; lorquianamente, angustiosamente. En esa España solar (suelo y sol)

que piensa en americano y cuyos poderes fuertes (banca y antiguos monopolios del Estado) saben más de Brasil, Argentina y Venezuela que de la vieja Carolingia y sus pesadillas. El marco es Weimar. Y la mirada, la de Stendhal, que supo resumir el mundo moderno en la aventura del joven Fabrizio del Dongo (La cartuja de Parma). Fabrizio estuvo en Waterloo sin saberlo. Oía el trueno de los cañones, el relinchar de los caballos, el grito de los oficiales y el gemir de los heridos, pero tardó tiempo en descubrir que aquellas furias eran fragmentos de una decisiva batalla.

LA SENTENCIA VISTA POR LOS TURCOS

18 de julio, 2010

Los turcos nos han retratado: «Dün dündür!». Así titulaba el pasado martes el diario Vatan (Patria) un amplio reportaje sobre la manifestación catalanista de Barcelona y la euforia, dos días después, por el triunfo de España en el Mundial de fútbol de Sudáfrica. Una página a todo color, ilustrada con las portadas que La Vanguardia dedicó a ambos acontecimientos. Dün dündür es una expresión popular turca que podría traducirse como «ayer fue ayer», queriendo decir que las cosas pasan muy rápido y que lo que ayer tenía un sentido hoy puede tener otro. (Traducción de Ricardo Ginés, antena de nuestro diario en Estambul, que ha tenido la perspicacia de captar el mensaje cifrado de los otomanos).

Vatan sabe de lo que habla. Periódico de corte liberal —fundado para competir con el nacionalista Millyet (Nacionalidad)—, cada día ha de estar muy atento a las contradictorias corrientes de un país enorme que se balancea entre Oriente y Occidente. Ayer fue ayer y hoy es hoy. Propia del Gran Bazar, donde todo cambia para seguir igual, esta máxima ya habrá sido radiotelegrafiada a la Moncloa por Joan Clos, nuestro hombre en el Bósforo. (Traje blanco y fez, contemplando una espectacular panorámica al atardecer desde la azotea del hotel Richmond, el alcalde Clos, más afincado en Estambul que en Ankara, está siendo un buen embajador en Turquía. En Madrid recibe elogios del cuerpo diplomático de carrera.)

Dün dündür, dün dündür. He ahí un buen lema para José Luis Rodríguez Zapatero, el primer presidente del Gobierno de España que se mueve a sus anchas en la Nueva Realidad, ese plasma donde la memoria ya no encadena los hechos, puesto que estos se suceden como una cadena de flashes desconectados entre sí. Hoy hago lo posible para acelerar la sentencia del Tribunal Constitucional y mañana salgo en rescate del Estatut. Hoy lanzo la idea de la España plural y mañana propongo para la corte constitucional a magistrados que no creen en ella. Hoy envío al PSC al matadero y pasado mañana le voy a visitar en la unidad de cuidados intensivos...

En el Gobierno hay enfado cada vez que leen que Zapatero ha hecho lo posible para que la sentencia saliese antes de las elecciones catalanas; antes de que CiU vuelva a gobernar en Catalunya (si se cumple el cada vez más acentuado vaticinio de los sondeos), y antes de que el PSOE atraviese el peligroso desfiladero de otoño, donde el PNV será muy exigente. Muy exigente. (La Bilbao Bizkaia Kutxa, BBK, bastión financiero de la Diputación Foral de Vizcaya, siempre bajo el control de los peneuvistas, acaba de obtener del Banco de España la adjudicación de la maltrecha CajaSur, en contra de los intereses del socialismo andaluz, que aspiraba a configurar un polo financiero meridional alrededor de Unicaja).

No, yo no he sido. El presidente en persona lo proclamó el jueves desde la tribuna del Congreso. «Yo no tengo nada que ver con la sentencia del Tribunal Constitucional», dijo con esa sonrisa eléctrica que la crisis le ha acentuado.

Habrá que creerle... En el interior del siguiente relato, donde cada hecho tiene memoria del anterior. Supongamos que hace unos meses, Zapatero le pide a José Montilla que adelante las elecciones catalanas a junio, para despejar horizontes, ante la creciente complicación del panorama económico. Montilla le dice que no: no da la batalla por perdida y quiere agotar el mandato en señal de seriedad política y biográfica. A finales de noviembre, una sentencia con carga de profundidad para el modelo de inmersión lingüística está a punto de ser aprobada. Queda paralizada tras el editorial conjunto de la prensa catalana. Tras un breve compás de espera, el Tribunal Constitucional vuelve a entrar en crisis y queda claro que solo

puede haber sentencia con el voto del magistrado Manuel Aragón Reyes, que exige transformarla en un manifiesto político sobre la unidad de España. La condición acabará siendo aceptada, desactivándose, a cambio, el torpedo lingüístico. La presidenta María Emilia Casas tiene prisa. El prestigio del Tribunal Constitucional está por los suelos. Se aprueba la sentencia.

De nuevo, el factor Montilla. El presidente de la Generalitat se niega a secundar el argumentario del PSOE (venta a peso del fallo: el 95% del Estatut ha sido respetado) y lee desde el Palau de la Generalitat una solemne alocución en la que llama a salir a la calle. Indignación en la Moncloa. Montilla fija su papel en la historia del catalanismo y el discurso socialista queda desmadejado. El texto de la sentencia es divulgado el día antes de la manifestación de Barcelona, porque alguien se da cuenta, a última hora, de que su publicación puede coincidir con la apoteosis del Mundial. La manifestación se desborda. Las encuestas detectan un severo riesgo de desplome del PSC. Hay que acudir en su auxilio.

La sentencia garantiza cincuenta años de pleitos. No es un hachazo, pero su lectura irrita. «Yo no he sido», dice Zapatero. Alguien no ha hecho bien su trabajo. (Observe el lector la discreción, estos días, de la vicepresidenta María Teresa Fernández de la Vega y del ministro de Justicia, Francisco Caamaño). El mejor diagnóstico, como siempre, el de Felipe González: «La sentencia contiene afirmaciones políticas ofensivas». Alguien en Madrid no ha leído bien la orden que en 1717 Felipe V transmitió a los corregidores enviados a Catalunya para la aplicación del decreto de Nueva Planta: «Que se note el efecto, sin que se note el cuidado». Corregidores de Castilla. Incluso en el Diván turco —Dün dühür— eran más finos.

MADRITERRÁNEO

19 de diciembre, 2010

El AVE llegó ayer a Valencia transportando muchas metáforas. La fotografía de grupo que se pudo ver en la inauguración la preside el Rey, al frente de la España dinámica en un momento económico verdaderamente aciago. Don Juan Carlos tenía que estar en el primer viaje en tren de alta velocidad entre Madrid y Valencia.

En la imagen aparece, por supuesto, el presidente del Gobierno. ¿Por supuesto? Quizá no tanto. José Luis Rodríguez Zapatero no está hoy en todas las fotografías que, en teoría, requieren su presencia. Mañana lo comprobará el lector. Mientras se imprimen estas líneas, el primer ministro Alfredo Pérez Rubalcaba está viajando hacia montañas lejanas.

Al lado de Zapatero, aparece José Blanco, en su doble calidad de ministro de Fomento y vicesecretario general del PSOE. Esa diarquía tenía mucho sentido hace unos meses. Fomento —antes Obras Públicas— es un dicasterio fundamental. Desde los tiempos de José Canalejas (ministro en 1902), Obras Públicas construye las más profundas relaciones de poder en una península en la que el territorio aún le gana la partida a la población, a diferencia de lo que ocurre en Francia, Alemania, Gran Bretaña, Italia y Benelux. Cuando Blanco —un hombre de partido de encomiable capacidad política— fue nombrado, aún existía margen para trenzar el calendario de obras con la preparación de las elecciones municipales y regionales de mayo de 2011, en las que muy probablemente se va a decidir el destino político de España.

Como hiciera Francisco Álvarez-Cascos en el próspero 1996 («¡AVE en cada capital de provincia!»), Blanco debía dibujar el mapa de las expectativas socialistas. Ese programa se ha frustrado. El Directorio Europeo, Barack Obama y el primer ministro chino Wen Jiabao han forzado la Gran Rectificación. Desde entonces, Blanco es un ministro con ideas y muy poco talonario. Al lado del ministro, con una chaqueta roja que llama la atención, aparece Leire Pajín. Imagen de manual. La ministra de Sanidad y hasta hace muy poco secretaria de organización del PSOE es hija de una de las muchas familias vascas afincadas en Benidorm. Desde la calle Ferraz de Madrid intentó relanzar el descuajeringado socialismo valenciano y no consiguió otra cosa que acentuar su ruina. El PSOE no ganará en Valencia en los próximos trescientos años. Pajín, sin embargo, sonríe. Es la que más

sonríe en la foto. Lo dicta el manual de la escuela de cuadros socialista Jaime Vera y da una idea exacta de los mimbres con los que Zapatero ha intentado construir una nueva clase dirigente. Mariano Rajoy, Esperanza Aguirre y Alberto Ruiz-Gallardón posan con aires de satisfacción. Tienen motivo. El AVE enlaza las dos principales regiones gobernadas por el centroderecha, y ello permite reforzar al PP como signo de dinamismo y prosperidad en la actual coyuntura. Ha sido una inauguración limpia. Sin contratiempos ni retrasos. El AVE, recordémoslo, llegó a Barcelona en 2008 casi clandestinamente, después de una bochornosa serie de averías en la red de cercanías. En ese tiempo atribulado de Maleni Álvarez creció y tomó forma el català emprenyat.

Con gran desparpajo, Aguirre definió ayer Valencia como «el puerto de Madrid». Y el domingo pasado, el ABC de Bieito Rubido nos obsequiaba con un magnífico «Madriterráneo» en portada, para subrayar políticamente la apoteosis de la España radial. Madrid impera y concluye la conquista de Valencia. Ese es el mensaje irredentista. Exdirector de La Voz de Galicia, Rubido es un periodista de fina inteligencia política que quiere afianzar el veterano ABC como capitán intelectual del centro-derecha español. El domingo, con la eficaz ayuda del periodista Fernando Urbaneja, recurría a los mapas: Madrid+Valencia, espacio hegemónico de la España en crisis. El regionalismo madrileño habla, por fin, de geografía política. Bienvenidos al club. Hasta ahora, su voluntad de poder —impasible el ademán—, parecía una entidad metafísica. Ahora muestra sus cartas. Buena noticia.

Y en un extremo de la foto, el presidente valenciano, Francisco Camps. Aunque debilitado, Camps ganará por mayoría absoluta las elecciones de mayo. El caso Gürtel no le ha tumbado, pero en ese tiempo de tribulación, la Comunidad Valenciana —la más endeudada de España junto con Catalunya— ha perdido sus dos principales cajas de ahorro. Bancaja ha sido absorbida por Caja Madrid (Rodrigo Rato), y la CAM alicantina ha quedado en la órbita del nuevo banco que pilotan los socialistas asturianos y extremeños. Valencia es el eslabón débil de la silente reorganización del poder financiero-territorial en España. Gürtel ha servido para decapitar Valencia como poder regional. Y ahora debe redefinirse. ¿Acepta ser el nuevo arrabal de Madrid, o sigue vigente la idea de la Asociación Valenciana de Empresarios de actuar como rótula entre Madrid y

Barcelona? Nunca como ahora se había hablado tanto en Valencia del eje mediterráneo.

Hoy llega a Figueres el TGV de París, y el martes parte del puerto de Barcelona el primer tren de mercancías de ancho de vía europeo hacia Francia.

Mapas, mapas, mapas.

2011

Murió la marca ZP, pero José Luis Rodríguez Zapatero siguió gobernando, con el viento de cara. ¿Viento? Un auténtico vendaval. Podía haber dimitido, pero optó por continuar. La hipótesis de la dimisión fue planteada por Josep Ramoneda en el diario El País. Destacado intelectual de la izquierda catalana, Ramoneda creía que Zapatero debía haber presentado su dimisión para enviar una señal fuerte de disconformidad con las directrices de Bruselas. Esa dimisión podía haber salvado electoralmente al Partido Socialista, sostenía.

En realidad Zapatero estuvo a punto de verse obligado a dimitir en mayo de 2010, cuando el PP votó en contra de su plan ajuste, sumándose a Izquierda Unida y Esquerra Republicana, que a su vez arrastraron al PNV. Nadie quería ser identificado con los recortes. La abstención de los diez diputados de CiU salvó la situación. Muchos de los que votaron en contra cruzaban los dedos esperando que los nacionalistas catalanes evitasen una estrepitosa derrota del plan de ajuste español. Si Zapatero se hubiese visto abocado a la dimisión, se habrían tenido que adelantar las elecciones generales y probablemente el Directorio Europeo habría exigido un ajuste más duro, puesto que las medidas adoptadas por el gabinete socialista parecían insuficientes a los gobernantes alemanes y holandeses. CiU escuchó los ruegos de las empresas del Ibex 35 y también contempló sus propios intereses: no le interesaba un adelanto de las elecciones generales españolas puesto que era inminente la celebración de comicios autonómicos en Catalunya, en los que la coalición nacionalista aspiraba a recuperar el gobierno de la Generalitat. Cosa que ocurrió en noviembre de 2010.

En 2011, por tanto, los socialistas ya habían perdido Catalunya y se dirigían a una grave derrota en las elecciones municipales y autonómicas previstas para el mes de mayo. Efectivamente, el PP les sacó una ventaja de más de dos millones de votos en las municipales y ganó en prácticamente todas las comunidades autónomas en liza, que fueron trece, sin contar Ceuta y Melilla. El PSOE perdió en todas partes, incluidas Asturias y Extremadura.

Perdió, atención, la alcaldía de Barcelona, conquistada por el doctor Xavier Trias i Vidal de Llobetera, de CiU, que le sacó seis puntos de ventaja al PSC. En aquel momento, a los socialistas solo les quedaba Andalucía y el País Vasco, como reflejos de otra época. En Euskadi, los herederos de Herri Batasuna no se habían podido presentar en 2009 al ser ilegalizadas todas las marcas electorales de la izquierda abertzale, situación que estaba a punto de cambiar con el final de ETA. Andalucía iba en camino de una trascendental batalla electoral, con sorpresas.

Las municipales preanunciaban una mayoría absoluta del PP en un país conmocionado por la abrupta crisis económica. Rajoy, que había logrado salvar el pellejo en Galicia, gracias a los primeros efectos de la crisis y al empuje del casi desconocido Alberto Núñez Feijóo, pronto tendría que gobernar un país en muy serios apuros. Consciente de la gravedad de la situación, el PP intentaba ocupar las máximas áreas de poder posibles. En un encuentro con periodistas de La Vanguardia, el economista Luis de Guindos, antiguo hombre de Lehman & Brothers en España y futuro ministro de Economía, nos hizo la siguiente confesión: «Esta crisis se va a llevar por delante a este gobierno y al que venga después». Acertó.

Pero antes de que todo eso ocurriese, pasó algo inesperado en Madrid. Unos jóvenes acamparon en la Puerta del Sol. El domingo 15 de mayo de 2011, una semana antes de las elecciones municipales, decenas de miles de personas se manifestaron en unas cincuenta ciudades de toda España, convocadas por una plataforma que llevaba por nombre Democracia Real Ya. En Madrid se concentraron en la Puerta del Sol y hubo enfrentamientos con la Policía. Acabada la manifestación, unos cuantos jóvenes decidieron acampar en la plaza al menos hasta la celebración de las elecciones locales. Al Ministerio del Interior no le pareció una buena idea. A las cinco de la madrugada del martes, la Policía desalojó la plaza, efectuando más de un centenar de detenciones. Esa misma tarde, miles de personas volvían a ocupar la plaza en señal de protesta y empezaba una nueva acampada, esta vez más masiva y mejor organizada. El miércoles, la Junta Electoral Provincial de Madrid autorizó la concentración, que ya estaba teniendo réplicas en distintas ciudades, sobre todo en Barcelona. La acampada duró hasta el 12 de junio y encendió una mecha de larga duración.

La crisis estaba haciendo mella entre los jóvenes, el segmento laboral más desprotegido. Unos meses antes, en marzo de 2011, habían tenido lugar en Portugal una serie de manifestaciones de jóvenes que se autocalificaban como a generação a rasca (la generación precaria). La manifestación celebrada el 12 de marzo en Lisboa fue la más concurrida que se celebraba en Portugal después de la Revolución de Abril de 1974. Centenares de miles de jóvenes en la calle denunciando los contratos precarios y mal remunerados, la marginación laboral y civil de una generación que había estudiado para tener una vida igual o mejor que la de sus padres. No hubo acampadas en Lisboa. Fue un aviso. Un aviso que captó el viejo líder del Partido Socialista portugués, Mario Soares, quien viró a la izquierda y empezó a cuestionar la política de austeridad que el Directorio Europeo imponía a los países endeudados del sur de Europa.

Los «indignados» de la Puerta del Sol fueron la traducción española de la generação a rasca portuguesa y tuvieron a su favor la televisión. Los planos cenitales de la Puerta del Sol acampada ofrecían una curiosa similitud con las imágenes de la plaza Tahir de El Cairo, ocupada desde enero por miles de manifestantes que reclamaban la instauración de un régimen democrático en Egipto. Para un realizador norteamericano de televisión, Madrid y El Cairo están más cerca que Miami y San Francisco. Mapas, mapas, mapas. Para un realizador de la CNN era fascinante ver cómo las protestas del norte de África se trasladaban al sur de Europa. Las imágenes cenitales de la Puerta del Sol gustaron a las televisiones norteamericanas y así fue cómo los indignados españoles empezaron a dar la vuelta al mundo, generando una leyenda, creando un movimiento de opinión.

Tuvo lugar la acampada y no ocurrió nada que no estuviese previsto en las elecciones municipales. Ganó la derecha, sin ninguna novedad relevante en el sismógrafo electoral. La izquierda estaba plana.

Pero en Barcelona sí ocurrieron algunas cosas que no estaban previstas. El desalojo de la plaza de Catalunya, ejecutado por los Mossos d'Esquadra, fue especialmente duro, y los manifestantes se trasladaron al parque de la Ciudatella, donde intentaron impedir la entrada de los diputados a la sesión del Parlament que tenía que aprobar los presupuestos de 2012, con los consiguientes recortes de gasto público. CiU gobernaba entonces en

minoría con el apoyo parlamentario del PP y Artur Mas se había tomado muy en serio la política de austeridad. Diversos diputados fueron zarandeados, insultados y agredidos, y el gobierno catalán tuvo que entrar en el recinto del Parlament a bordo de un helicóptero. Aquel día, Mas empezó a cambiar de política. El nacionalismo catalán no quería perder la calle. Aquel día se encendió la luz piloto del «procés».

El 20 de octubre, exactamente un mes antes de las elecciones generales, ETA anunciaba el cese definitivo de su actividad. El ciclo iniciado en 2004 demostraba que en España era más fácil propiciar el final de ETA, sin rescoldos como los del IRA, que ampliar la autonomía de Catalunya con la férrea oposición de la derecha española. José Luis Rodríguez Zapatero se fue a casa con esa paradoja en su expediente, cediendo el relevo a Alfredo Pérez Rubalcaba. Finalmente, el PP ganó por mayoría absoluta las elecciones de noviembre. El cambio de ciclo iniciado en Galicia se había consumado.

ASÍ EMPEZÓ EL «CAFÉ PARA TODOS»

23 de enero, 2011

«¿Cómo le va a usted, Suárez?», preguntó Francisco Franco al joven gobernador civil.

Turrubuelo, Segovia, 4 de julio de 1968. El general se había desplazado a este pequeño pueblo castellano, a la altura de Sepúlveda, para inaugurar una modesta estación de ferrocarril de la línea Madrid-Burgos. El gobernador tuvo una rápida respuesta. Llevaba meses esperando aquel momento. Era ambicioso. Quería llegar lejos.

—No sé qué decirle, Excelencia —respondió Adolfo Suárez González con su perenne sonrisa de joven promesa del Régimen.

—¿Qué quiere decir?

—Que no sé, Excelencia, si los segovianos querrán sentirse ciudadanos de segunda clase...

Franco ni se inmutó, como era habitual en él, pero dejó escapar un breve susurro: «Venga a verme...».

Al cabo de unas semanas, Suárez insistía ante el Generalísimo en el papel que podía tener Segovia en la descongestión de Madrid y obtenía una nota dirigida a Laureano López Rodó, a la sazón ministro comisario del II Plan de Desarrollo, para que fuese calificada como provincia de «acción especial».

La anécdota es rigurosamente cierta y está extraída del libro Adolfo Suárez, ambición y destino (Debate, 2009), del periodista Gregorio Morán, sin duda la mejor biografía que se ha escrito (en 1979, revisada posteriormente) sobre el hombre que conservaba las claves decisivas de la Transición en una memoria hoy imposible de descriptar. Adolfo Suárez tuvo siempre un gran poder. Y dispuso de una habilidad innata para captar el pálpito de un país que había dejado de pasar hambre y comenzaba a intuir horizontes de mejora.

«¡No vamos a ser menos!». En el gobierno civil de Segovia nació la filosofía profunda del café para todos.

Fue un proceso complejo. No es verdad que la actual división de España en diecisiete autonomías sea fruto de una directa imposición militar, temerosa de los ecos de la Segunda República, que solo aprobó los estatutos de Catalunya y el País Vasco y no llegó a tiempo de refrendar el de Galicia. Transmitido de generación en generación, ese tópico amenaza con desfigurar la génesis de la descentralización española, hoy sometida a una arrolladora campaña de desprestigio, con foco en el Gran Madrid, distrito federal. Ante la demagogia rampante, no está de más repasar cómo empezó todo. Y descubrir que España estuvo a punto de emprender otro camino: más atento a la tradición, más historicista, más asimétrico, quizá más prudente; menos homogeneizador. Para ello conviene establecer como primera verdad que el ejército vencedor de la guerra 1936-1939 era, ante todo y por encima de todo, partidario de mantener la tutela militar sobre el poder civil, aun aceptando una lenta democratización del país. ETA mataba

casi cada semana y cualquier mención a la autonomía —una, dos, tres, o diecisiete— provocaba malestar en los cuarteles. El café para todos fue entendido como una jugada hábil por los altos oficiales más inteligentes, pero el brebaje se calentó en otros fogones y por otros motivos. Por otras astucias. En marzo de 1977, cuatro meses antes de las primeras elecciones democráticas, Adolfo Suárez celebró un almuerzo en Madrid con su fiel colaborador José Manuel Otero Novas, entonces jefe de la subsecretaría técnica de la presidencia del Gobierno, y varios juristas de la fontanería de la Moncloa. La comida tuvo lugar en el restaurante Casa Gades, propiedad del fallecido bailarín Antonio Gades, en el número 4 de la calle Conde de Xiquena, en la zona ministerial del paseo de la Castellana. Suárez —lo cuenta Morán en un perspicaz pie de página— deseaba celebrar el redactado final del primer borrador de la Restauración. El borrador constitucional que la Unión de Centro Democrático pondría sobre la mesa si lograba ganar las primeras elecciones libres. La sombra protectora de Torcuato Fernández Miranda, el estratega que ideó la ley de Reforma Política para proceder a la autodisolución de las Cortes franquistas, se paseaba por el comedor. Estaban contentos. Y en un arrebato de alegría decidieron bautizar el documento como la Constitución Gades. Podían haberlo llamado la Constitución de Torcuato, pero eran tiempos de reinvención. Antonio Gades, miembro del Partido Comunista de España, amigo íntimo de Fidel Castro y compañero sentimental de la cantante Marisol, era entonces uno de los hombres de moda en España. Era un gran bailarín. La Constitución Gades consideraba una España distribuida en dos pisos: tres estatutos de corte federativo y de distinta sustancia (Catalunya, País Vasco y Galicia) y una amplia desconcentración administrativa en el resto del país, con regiones sin potestad legislativa. Tres estatutos especiales y catorce o quince regiones sin parlamento. Una asimetría similar a la de la Constitución italiana de 1948 (cinco estatutos especiales: Sicilia, Cerdeña, Valle de Aosta, Trentino-Alto Adigio y Friuli-Venecia Julia), que a su vez se inspiró en la experiencia republicana española. Así lo explica Otero Novas en el libro Asalto al Estado (Biblioteca Nueva, 2005), obra en la que este veterano político democristiano, nacido en Galicia y dos veces ministro con Suárez (Presidencia y Educación), ha querido reivindicar la existencia de un documento que al salir de la flamenca Casa Gades nunca más vio la luz.

El Rey estaba a favor de ese planteamiento, sin duda inspirado desde la lejanía por Fernández Miranda. Lo cuenta el periodista Abel Hernández en un libro de reciente aparición sobre las relaciones entre el monarca y el primer presidente de la democracia (Suárez y el Rey, Espasa, 2009). Cronista de Informaciones y posteriormente director del diario católico Ya, amigo de Suárez y bien considerado en el entorno del Rey, Hernández ha escrito un libro amable, que en la página 126 afirma lo siguiente: «El Rey prefería que en vez de la España autonómica y el café para todos se procediera a una descentralización administrativa, una especie de mancomunidad de diputaciones, con la excepción del País Vasco y Catalunya, a los que no había más remedio que darles autonomía. Pero el monarca se plegó también en esto a la voluntad general, después de no pocos contactos con unos y con otros y largas conversaciones con el presidente, no siempre de guante blanco».

«Excelencia, no vamos a ser menos». Suárez, ágil y sinuoso, tenía buen olfato para el pálpito de la España desarrollista y, por si le fallaba la nariz, en 1977 —meses después de la comida en Casa Gades— nombró ministro adjunto para las Regiones a un catedrático andaluz que tampoco quería ser menos. Manuel Clavero Arévalo: el inventor de la cafetera. El profesor Clavero no formaba parte de la Empresa, nombre coloquial con el que se conocía al principal núcleo dirigente de la UCD, pero Suárez le respetaba. Había sido profesor suyo de Derecho Administrativo en la Universidad de Salamanca (también lo fue de Felipe González en Sevilla). Miquel Roca, ponente constitucional de la Minoría Catalana e introductor del término nacionalidades en el controvertido artículo dos, le asigna un papel clave en la generalización del proceso autonómico. «Con todos mis respetos para Otero Novas, debo decir que en este asunto quien más influyó fue Clavero, hasta el punto de romper con la propia UCD por la cuestión de Andalucía en 1980».

Suárez guardó la Constitución de Gades en un cajón. No quiso que la discusión girase alrededor de un texto de UCD. Quizá no podía. Su partido presentaba problemas de cohesión y el PSOE, bien asentado por las elecciones de 1977, seguramente no lo habría aceptado. Felipe González exigía una Constitución prolija y una discusión abierta. La partida se jugaba en varios tableros y Andalucía, la región más poblada de España y con

mayor número de diputados en el Congreso (61 sobre 350), iba a ser decisiva.

Clavero encarnaba un regionalismo andaluz de corte pequeño burgués, muy receloso del hegemonismo industrial de Catalunya. Era llegada la hora de la igualación. «No vamos a ser menos». Ejercía el profesor una notable influencia sobre Alejandro Rojas-Marcos (también alumno de Derecho), promotor del Partido Socialista de Andalucía (PSA), edificado al margen del PSOE y para competir con él. Una UCD de fuerte acento andaluz y el PSA eran una pinza temible para el joven núcleo sevillano que aspiraba gobernar España cuanto antes. En un momento dado, Alfonso Guerra, táctico de primer orden, tomó la decisión: el PSOE levantaba la bandera verde y blanca (la enseña de los Omeyas) y exigía la convocatoria de un referéndum para sumar la gran región del Sur al grupo de las comunidades históricas, en el marco de una Constitución finalmente muy ambigua al respecto. El proceso se escapaba de las manos de Suárez, ahora debilitado en su magmático partido. El Gobierno centrista pidió el voto negativo y perdió la consulta del 28 de febrero de 1980 (con un escrutinio dudoso en Almería). Clavero Arévalo dimitió, apuntillando a UCD. El PSOE había ganado la partida. Y en España corría la voz: «¡No vamos a ser menos!».

José Rodríguez de la Borbolla, presidente de la Junta de Andalucía entre 1984 y 1990, regionalista convencido, socialista a fuer que sevillano de vieja raigambre (nieto de un ministro de Alfonso XIII), rechaza la acusación de tacticismo: «No aceptábamos privilegios y pusimos las bases de un federalismo que España debe acabar de desarrollar».

Con el intento de golpe de Estado vino el frenazo. La Loapa. El pacto de contención UCD-PSOE de julio de 1981. La igualación por abajo («No vamos a ser menos»), teorizada por el catedrático Eduardo García de Enterría y Martínez-Carande, jacobino de fina pluma. Algo amortiguados los ecos del 23-F, el Tribunal Constitucional presidido por Manuel García Pelayo derogó en 1983 catorce de los 38 artículos de la ley armonizadora, sentando las bases de una igualación por arriba, plasmada en el pacto PSOE-PP de 1992 y ribeteada por dos decisiones de José María Aznar de verdadero alcance: la transferencia del tráfico a los Mossos d’Esquadra, con el consiguiente refuerzo simbólico del espacio nacional catalán, y la

prórroga indefinida de la ley reguladora del concierto vasco (excepción fiscal para la eternidad). En una vida anterior, Aznar casi, casi fue confederal.

José Luis Rodríguez Zapatero prometió lo que prometió en 2003, abriendo un nuevo y compulsivo proceso de emulación («No vamos a ser menos»); atrapado ahora por una crisis económica cuya brutal magnitud pocos previeron. El café se está volviendo amargo y España sabe que deberá ser replanteada. ¿Constitución de Gades?

EL COLLAR DE LA PALOMA

30 de enero, 2011

«Aquella mañana Adolfo Suárez nos sorprendió a todos recibiendo en la Moncloa al presidente de la preautonomía de Andalucía, Rafael Escuredo, un hombre efervescente que quería ir más allá de lo que el PSOE nos decía en Madrid. El comité ejecutivo de UCD no había sido informado de ese encuentro. Escuredo salió muy ufano. Emulando a Josep Tarradellas, dijo a los periodistas que su entrevista con Suárez había ido muy bien y que el presidente se había comprometido a no obstaculizar el referéndum sobre la autonomía andaluza por la vía rápida del artículo 151 de la Constitución. El referéndum tendría lugar el día 28 de febrero de 1980. Al poco, llamó Alfonso Guerra a mi despacho. Estaba molesto y sorprendido. Me dijo: "No era esto en lo que habíamos quedado..."».

Al habla Rafael Arias-Salgado Montalvo (Madrid, 1942) a la sazón secretario general de la Unión de Centro Democrático. El señor Arias-Salgado, cinco veces ministro (su última cartera fue la de Fomento durante la primera legislatura de José María Aznar), tiene un especial interés en puntualizar que Alfonso Guerra no fue el padre del café para todos. «Usted escribió hace unos días en La Vanguardia que Guerra, en uno de sus giros tácticos, dio la orden al PSOE de envolverse en la bandera de Andalucía para romper el trato diferencial a Catalunya, el País Vasco y Galicia. Es

verdad que esa acabó siendo la apuesta del PSOE, pero yo no lo atribuiría a un maquiavelismo de Guerra. Todo fue un poco más complejo. Tenga en cuenta que la presión política de las élites locales era elevada. Más fuerte de lo que se cree. Ese es un dato que muy pocas veces se tiene en cuenta al hablar de la Transición. En Galicia, por ejemplo, esa presión complicó mucho la elaboración del estatuto.»

José Rodríguez de la Borbolla Camoyán ha pertenecido desde la cuna a la élite local sevillana. Su bisabuelo fue ministro de Alfonso XIII y su abuelo alcalde. Una de las avenidas de la ciudad lleva su nombre. Con ese apellido de vagón doble participó en la refundación del PSOE y ejerció la presidencia de la Junta de Andalucía durante seis años, desde 1984 hasta que un día, en 1990, paseando por los jardines de la Moncloa, Felipe González le puso la mano en el hombro y le dijo: «Pepe, he pensado que lo mejor es que no te vuelvas a presentar». Guerra se la tenía jurada. Podía haberlos mandado al infierno, pero mantiene una fidelidad jesuítica al partido. «En los jesuitas —escribió una vez Antonio Burgos, prosista sevillano de ABC—, Borbolla había aprendido muchas cosas: el afán por la excelencia, la disciplina, una voluntad de austeridad. Lo malo es que ni las había olvidado ni las sabía disimular».

Borbolla tampoco está de acuerdo en atribuir la paternidad del café para todos a Alfonso Guerra; ni siquiera le gusta la expresión, que considera malévola y despectiva. Me lo explicó el domingo pasado en Sevilla y lo transcribo, con una advertencia al lector: siento amistad por él, creo que es un hombre de una pieza, me place llamarle cada vez que tengo la oportunidad de viajar a Sevilla, pero abrigo, desde hace tiempo, la sospecha de estar ante el principal responsable del cafetal. Este sevillano con pose de califa que se entretiene pronunciando las sílabas andaluzas como si pasease un domingo por la tarde por la suave orilla del Guadalquivir, conoce los planos del artefacto español. Seis años presidente de la Junta de Andalucía. Construyó el ingenio y cuando faltaba muy poco para la celebración de la Expo de Sevilla, González le puso la mano sobre el hombro una tarde en los jardines de la Moncloa. La Expo la controlarían otros.

Me dijo el domingo: «No puedes atribuir la autonomía de Andalucía al tacticismo del PSOE. No, no, esa es una visión muy sesgada. En el

congreso de 1976, que el partido celebra en una situación de semilegalidad, ya se habla de la autonomía como un derecho deseable para todos los pueblos de España. Norma, no excepción. Había tres vías posibles: mantenernos en un centralismo ligeramente corregido con regiones a la italiana; cultivar el particularismo de Catalunya y el País Vasco, y acaso Galicia, con una tímida descentralización para los demás, o avanzar hacia una España federal con las mismas posibilidades para todos. En el congreso de 1976, el PSOE da un paso en esa dirección; en la dirección que había teorizado Anselmo Carretero».

—¿Anselmo Carretero?

—Sí, Anselmo Carretero, segoviano, socialista federal, autor del libro Las nacionalidades españolas, el hombre que acuñó la idea de España como nación de naciones.

—Perdona, pero dudo que en 1976 mucha gente del PSOE recién reconstituido supiese quién era Anselmo Carretero.

—Algunos lo sabíamos.

—A Alfonso Guerra le debía de parecer un marciano.

—Sobre este particular la verdad es que no te puedo responder.

—¿Alguna vez creyó Felipe González en la autonomía de Andalucía?

—Más bien poco.

—Entonces, podemos llegar a la conclusión de que el 28 de febrero de 1980 fue la culminación de un movimiento táctico del PSOE para romper la pinza que sobre él ejercían la UCD con acento andaluz de Manuel Clavero Arévalo y el Partido Socialista de Andalucía, de Alejandro Rojas-Marcos, el gran tribuno sevillano de los años setenta, por el que González sentía una notable antipatía. Rojas-Marcos había estado en la cárcel durante el estado de excepción de 1971 y el joven Isidoro solo pisó la comisaría durante unas horas en 1974, donde lo trataron con guante de seda. Los policías ya sabían que a aquel abogado no se le podía tocar ni un pelo. Era el hombre elegido

por los alemanes para que en España no hubiese una Transición fuera de control como la de Portugal en 1974; esa revolución que puso los pelos de punta a Henry Kissinger y a punto estuvo de desembocar en guerra civil. Rojas-Marcos se creía el héroe democrático de Sevilla, el tribuno de una nueva Andalucía, y González, el hombre llamado por el destino. Dos egos de primera magnitud. Quizás el actual pastel autonómico se lo debamos a la competición entre ambos.

Borbolla escucha la perorata con unos ojos entornados de califa al atardecer. Habla Abderramán III: «Simplificas demasiado. Has de tener en cuenta que, sin saber lo que era la autonomía, mucha gente en Andalucía no tenía ninguna intención de quedar detrás de Catalunya y el País Vasco. Y pasas por alto una cosa aún más importante. En el restablecimiento de la democracia hubo gente situada en varios niveles. La primera línea se fue a Madrid —González y Guerra, al frente— y una segunda línea se quedó más cerca de casa. Yo formaba parte de esa segunda línea. Escudero, también. Esa segunda línea fue decisiva en el empuje de la autonomía andaluza. Yo no te diré que González y Guerra estuviesen entusiasmados con nuestros planteamientos, pero no es verdad que existiese un pacto secreto entre las cúpulas del PSOE y UCD para frenar la autonomía andaluza, que, como bien sabes, fue promovida desde los municipios».

La segunda línea. El empuje de las élites locales de la que el lunes me hablaría Rafael Arias-Salgado. La ley electoral de base provincial, protegida por la Constitución, estimulaba esas élites. Un sistema electoral mixto con circunscripción nacional, al modo alemán, las habría diluido (esa es la reforma constitucional con la que algunos sueñan ahora en Madrid). España siempre ha sido un país de juntas. La fenomenología misma de la Transición conducía al fortalecimiento de las fuerzas políticas locales. A excepción del Partido Comunista de España, con una estructura clandestina de acero que, de una manera u otra, tenía detrás a la Unión Soviética, los grupos de oposición tuvieron en la España franquista una vida muy fragmentada. Eran focos. El PSOE estaba hibernando. La sociedad fue despertando lentamente y la autonomía pronto interesó —en toda España— a los grupos sociales entonces emergentes: los jóvenes universitarios en busca de horizonte y los nuevos empleados públicos (abogados, médicos, maestros, profesores de instituto y de la universidad...).

Viví en Almería entre 1979 y 1980 (servicio militar en la brigada de infantería de Viator, catorce meses cuerpo a tierra defendiendo los campos de Níjar y el cabo de Gata de una hipotética invasión berberisca, más unos inquietantes ejercicios de control del orden público) y puedo dar fe que el autonomismo ilusionaba a los jóvenes andaluces; también en Almería, la provincia en la que el referéndum del 28 de febrero fracasó —UCD pedía la abstención— y que tuvo que ser incorporada a la nueva comunidad por un decreto de «interés nacional» previsto en el artículo 143 de la Constitución.

«No vamos a ser menos que vosotros los catalanes». Ese era el sentimiento imperante entre mis amigos almerienses. Una honda sensación de agravio. El espejo reflectante de la emigración. Un sentimiento de culpa. La emigración —la emigración a Barcelona, particularmente— fue un coágulo muy importante de lo andaluz en España. Los héroes fusilados por los falangistas: García Lorca y Blas Infante. Un perceptible influjo católico (el libro Noticia de Andalucía, escrito en 1970 por Alfonso Carlos Comín, con un título que parecía dar la réplica al Notícia de Catalunya de Jaume Vicens Vives). Un andalucismo sensual e islamizante, en un tiempo de mitificación de la cultura andalusí. La bandera verde y blanca de los Omeyas, las visitas extasiantes a la Alhambra de Granada (en Almería, las magníficas vistas desde la Alcazaba) y los refinados versos de amor de «El collar de la paloma», del poeta cordobés Ibn Hazm, que mereció la atención de don José Ortega y Gasset. Lo árabe era culto, elegante y sutil. Había estallado la revolución en Irán, los soviéticos ya combatían en Afganistán, pero casi nadie en España había oído hablar de la Yihad.

Sentados en ese sustrato político, cultural y sentimental, PSOE, UCD y PSA —Suárez, Clavero, González, Guerra, Escudero, Rodríguez de la Borbolla, el tribuno Rojas-Marcos...) jugaron una partida de ajedrez que ríete tú de los tableros de marfil del califa de Bagdad. Escudero, el socialista de pelo ensortijado que clamaba en los mítines que la política es poesía, fue el caballo audaz con el que el PSOE rompió la pinza Suárez-Clavero-Rojas Marcos. Ganador de las primeras elecciones regionales, fue defenestrado al cabo de un tiempo sin que nadie le pusiera la mano sobre el hombro. En un diario salió publicada la historia de un chalet y el poeta de pelo ensortijado captó el aviso. Se había formado cola en toda España para seguir la senda

rápida de Andalucía y en los cuarteles aún se llevaban las manos a la cabeza.

LA PLANTA

20 de febrero, 2011

Aquella mañana de 1978, paseando por la madrileña plaza de Santa Ana, lugar de comediantes y toreros, Pedro de Silva Cienfuegos-Jovellanos tuvo la certeza de que la fusión minera dejaba de ser conveniente. Había que desestimar la fantasía sindical de una Gran Autonomía Minera del norte de España. Pese a sus rasgos comunes y sus concomitancias históricas, las provincias de Asturias y León debían de acudir con tazas separadas a la fiesta del café para todos. Su acompañante era taxativo: «Pedro, quítatelo de la cabeza, esa autonomía sería, para todos, un problema al cuadrado». Aquella mañana, Pedro de Silva, descendiente de don Gaspar Melchor de Jovellanos, y Rodolfo Martín Villa, ministro del Interior, sellaron una pieza importante de la Nueva Planta española.

«La verdad es que yo ya estaba bastante convencido, pero en Madrid comprobé que Martín Villa albergaba los mismos temores. En Asturias todo estaba en crisis; si le añadíamos la cuenca minera de León, multiplicábamos el problema por dos», rememora el exdirigente socialista asturiano en conversación telefónica desde Gijón. De Silva fue el primer presidente electo de Asturias (1982) y pilotó los difíciles años de la reconversión, con un trato no siempre plácido con Felipe González y Alfonso Guerra. Retirado formalmente de la política, se dedica a la escritura, a las montañas y a la ironía. Conoce muy bien algunas de las vetas subterráneas de la Transición.

Martín Villa, cancerbero del gradualismo suarista, hombre fuerte de los azules (exdirigentes del Movimiento) y táctico de primer orden, tenía poderosos motivos para evitar que el fantasma de la Revolución asturiana de 1934 se pasease por la Nueva Planta. Ya había demasiados problemas

sobre la mesa: ETA, en primer lugar, por supuesto; los deseos del PNV de unir el País Vasco y Navarra en el minuto cero de la autonomía; el delicado juego de equilibrios en una Catalunya apenas estabilizada por la audaz operación Tarradellas; los influjos catalanistas en Valencia, que Fernando Abril Martorell, con el concurso de Guerra, se encargaría de cortar por lo sano (barrera electoral del 5% y activación de un regionalismo radical con brotes violentos); el acerado andalucismo del ministro de las Regiones, Manuel Clavero Arévalo, y las andanzas por Libia de la gente de Alejandro Rojas Marcos buscando fondos para el «Poder Andaluz»; la descarada ayuda de Argelia al movimiento independentista canario del abogado Antonio Cubillo, un africanista visionario que acabó apuñalado en una callejuela de Argel..., ¡solo faltaba agrupar a los mineros de Asturias y León bajo una misma bandera regional! El designio era otro. Crear tres Castillas. Tres contrafuertes al impulso centrífugo de vascos y catalanes. Dos grandes Castillas que embalsasen el voto moderado de la España interior —El disputado voto del señor Cayo, que escribiría Miguel Delibes— y una tercera Castilla llamada Madrid, en aquel momento copada por las izquierdas, pero seguro escenario de fortísimas batallas políticas para devolver el péndulo a su sitio. La primera Castilla debía enmendar el mapa regional de 1833, el mapa sin trascendencia administrativa que todos los niños aún estudiaban en la escuela, y comerse las tres provincias del viejo Reino de León (León, Salamanca y Zamora). La segunda, la Nueva, la de abajo, la del ingenioso hidalgo de La Mancha, prescindiría de Madrid y separaría Albacete de Murcia. La tercera quedaría a la espera de acontecimientos.

Se redactaba la Constitución y al grito de «¡Nosotros no vamos a ser menos!», el activista Clavero Arévalo sembraba España de juntas preautonómicas. Las élites locales querían protagonismo, todos los viejos recelos estaban activados y las nuevas generaciones soñaban futuros de sabor casero: autonomía y desarrollo; autonomía y nuevos puestos en la Administración; autonomía y orgullo en un país de gente vencida y humillada. La primera idea de Adolfo Suárez, seguramente inspirada por Torcuato Fernández Miranda, de dos o tres estatutos especiales (Catalunya, País Vasco y, eventualmente, Galicia), más una regionalización administrativa iba a ser desbordada. La Constitución de Gades, que no de Cádiz, se quedaría en el cajón, después de haber sido celebrada su

redacción (marzo de 1977) en el restaurante madrileño del famoso bailarín comunista.

No hubo un explícito veto militar a una descentralización de dos pisos. Ese es el mito simplificador que ha convenido a muchos. Nadie quiere hacerse responsable del café para todos y Suárez no puede hablar. Lo que querían los militares franquistas era seguir tutelando el poder civil. En el reparto del café intervinieron, al menos, tres factores: el bullicio de las élites locales, los resquemores históricamente acumulados (no solo referidos a Catalunya), y la formidable competición electoral entre UCD y PSOE, con especial intensidad en la decisiva Andalucía.

Costó ensamblar la Nueva Planta. En León —tierra natal de Martín Villa— se resistieron a la Gran Castilla. El rebote leonesista aún perdura y sirvió de escuela táctica al joven diputado socialista José Luis Rodríguez Zapatero en su fase de despegue provincial. También se rebelaron Santander y Logroño, incluidas en el decreto de preautonomía castellana de agosto de 1978. Para entenderlo bien hay que retroceder dos años en el tiempo. En febrero de 1976, el primer gobierno de la Monarquía, presidido por el franquista Carlos Arias Navarro, crea una comisión para estudiar «un régimen especial para las cuatro provincias catalanas». Y el 30 de octubre de aquel mismo año, el segundo gobierno monárquico —ya con el joven Suárez al timón— acuerda devolver la autonomía fiscal a las provincias traidoras de Vizcaya y Guipúzcoa, castigadas por Franco. Algo se mueve en la Vieja Planta y los procuradores en Cortes de las provincias castellanas se ponen nerviosos. «Nosotros no vamos a ser menos». Los de Castilla la Vieja se citan en el hotel Molinico de Tordesillas (Valladolid) y los de Castilla la Nueva en el mesón Don Quijote de Mota del Cuervo (Cuenca). Los primeros avisan de un posible trato de favor a otras regiones y reclaman el concierto económico para las provincias castellanas en el supuesto de que Vizcaya y Guipúzcoa recuperen su viejo fuero. Los castellano-manchegos van en la misma dirección y deciden constituirse en comisión permanente.

La devolución del concierto a los vascos también encenderá los ánimos en Santander —antiguo puerto de Castilla—, donde late un leve regionalismo cántabro muy receloso del potente eje Madrid-Bilbao, animado por el franquismo para intentar ganarse a los vascos. El Manifiesto de los Cien

(marzo de 1976) reivindicará el concierto y pondrá las bases de la autonomía uniprovincial, pronto secundada por el líder socialista local Jaime Blanco. UCD, dividida, acabará sumándose. Uno de los promotores del manifiesto es el economista Miguel Ángel Revilla, que no tardará en fundar el Partido Regionalista Cántabro. Un tipo listo que sabrá aliarse con el PSOE para conseguir la presidencia de la comunidad y popularizar, en tiempos del plural Zapatero, el federalismo de las anchoas, un populismo simpático y de baja intensidad que encanta en Madrid: banalidad, regionalismo de alpargata, Celtiberia Show.

En Logroño, donde un joven inspector de Hacienda llamado José María Aznar observa el proceso con pavor y escribe artículos indignados en La Nueva Rioja, el PSOE (Javier Sáenz Cosculluela) jugueteará con la idea de sumarse a la Comunidad Vasca para diluir al PNV. Al final, autonomía uniprovincial. El grupo musical Carmen, Jesús e Iñaki será el gran publicista de la escisión con la canción La Rioja existe. Otra victoria de las élites locales. El periodista Álex Rodríguez escribe en el semanario Opinión: «Las campañas de concienciación del riojano, hasta la fecha totalmente despreocupado de estos temas, están alcanzando cotas elevadas».

En La Mancha se impone el designio de UCD, bajo la batuta de su secretario general, Rafael Arias-Salgado: una autonomía rural, moderada, fiel al centrismo y con cuota en el Fondo de Compensación Territorial. El PSOE, siempre atento al mapa electoral, apuesta inicialmente por una Castilla La Nueva que incluya el Madrid virado a la izquierda. Y el PCE, tras leer los análisis de Ramón Tamames sobre el Gran Madrid, lanza la propuesta más moderna: una Región Centro que enmarque la capital y redistribuya rentas.

Madrid se queda sola. Un gran negocio. Todos los beneficios de la capitalidad, ninguna obligación de reparto, y licencia para impartir lecciones de patriotismo y solidaridad. No saben por dónde empezar. Francisco Umbral se cachondea en la prensa y le encargan el himno al poeta anarquista Agustín García Calvo. A cambio de una peseta, redacta la siguiente epifanía libertaria:

Yo estaba en el medio:

giraban las otras en corro,

y yo era el centro.

Ya el corro se rompe,

ya se hacen Estado los pueblos,

Y aquí de vacío girando

sola me quedo.

Cada cual quiere ser cada una:

no voy a ser menos.

CARME CHACÓN

27 de febrero, 2011

Carme Chacón habita en el piso de arriba del Ministerio de Defensa. El piso de los criados. Por razones de seguridad y de ahorro al erario público, la ministra ocupa la que fue planta de servicio del faraónico apartamento de Manuel Fraga Iribarne en sus tiempos de ministro de Información y Turismo; majestuosas dependencias hoy transformadas en elegante salón institucional.

Tiene su interés el número 109 del paseo de la Castellana. En los sótanos pervive un misterio escasamente desvelado. En los años sesenta, con Fraga en pleno apogeo desarrollista, se instaló en el subterráneo una linotipia con la que el Estado imprimía ejemplares falsos de Mundo Obrero, órgano clandestino del Partido Comunista de España, a fin de confundir al proletariado revoltoso de Madrid. Ahí hay tema para una novela. Los consejos de redacción de aquella misión especial del Ministerio de Información debían de ser alucinantes. «¡Carrillo, traidor!», a cinco columnas.

La clave del edificio, sin embargo, está en la terraza. Una extraordinaria panorámica de Madrid. Un cuadro realista con todos los matices de la luz de Castilla, que es muy suya, muy bella, sin la melancolía atlántica de Lisboa, ni la cálida reverberación de Sorolla en las playas de Valencia. Es la luz de Antonio López. Juraría que fue en una tarde de invierno, contemplando esa ciudad que se expande hacia el infinito sin que se sepa qué hay más allá —sin que a Madrid le importe mucho qué hay más allá—, cuando Carme Chacón se dijo a sí misma: «Voy». «Ahora o nunca, ¡voy!».

La ministra quiere ser presidenta y lo ha comunicado esta semana con ímpetu de provincias. Entiéndase bien, en Madrid se considera de provincias a todo aquel que ha llegado de fuera en busca de fortuna, carrera o acomodo. Adolfo Suárez era provincial: su primer empleo lo tuvo como figurante en la toma de las murallas de Ávila para Orgullo y pasión, peliculón de Stanley Kramer sobre la guerra de la Independencia, con Cary Grant, Sophia Loren y Frank Sinatra. Felipe González, hijo de un vaquero cántabro del barrio sevillano de Bellavista, también era provincial cuando dijo: «¡Voy!». Detectó un resquicio y se lanzó como el rayo a la toma de las siglas del PSOE, amojamadas en el exilio. Aunque nacido en Madrid, José

María Aznar inició su carrera en provincias, primero en Logroño, después en Valladolid. Y José Luis Rodríguez Zapatero es el Julien Sorel de la última década. Atrevimiento de provincias en estado puro —sin los graciosos líos de faldas del personaje de Stendhal en El rojo y el negro. Unos meses de profesor ayudante de Derecho en León y muy pronto una canonjía: diputado a los veinticinco años. Pocos discursos y muchas horas tomando nota. Un silencio tras otro, hasta que un día, Zapatero dijo: «¡Voy!».

Carme Chacón, veintinueve años en el competido congreso de 2000, le acompañó. En España, las elecciones las ganan y las pierden los partidos, pero las presidencias las conquistan y se las dejan arrebatar las cordadas. Los jóvenes azules de la Secretaría General del Movimiento; el clan de la tortilla de González y Guerra en los pinares de Sevilla; el clan de Valladolid de los primeros aznaristas; la mesa camilla de la Nueva Vía en el piso de Trinidad Jiménez… Cuerdas que un día se rompen.

Lo que queda de la cordada de Zapatero está en peligro. Si Alfredo Pérez Rubalcaba es el candidato en las próximas generales, la transición en el PSOE allá controlada por el socialismo de Chamartín, un círculo de poder tan difuso como bien radicado en Madrid. Rubalcaba, ahora apoyado por Blanco, dispone de múltiples engarces con el establishment capitalino (universidad, empresas, el principal grupo de comunicación, el palco del Bernabeu…) e interesantes vías de contacto con la nomenklatura vasca.

¿Chacón contra Goliat? El movimiento de la ministra ha sido astutamente oblicuo. Iba a escribir astuto, oblicuo y, por ende, femenino, pero no quiero meterme en líos. Pide primarias, un terreno pantanoso al que Rubalcaba no desea acudir. No por miedo a perder. Las ganaría y de largo. El ministro del Interior no quiere ese escenario por orgullo, por veteranía y por novela francesa. Sí, por novela francesa del siglo XIX. La política —no lo olvidemos nunca— la protagonizan personas de carne y hueso, con su pasión y su misterio psicológico. Es difícil que Rubalcaba acepte medirse con Chacón en unas primarias. Conocedora de esa prevención, es obvio que ella está buscando el cortocircuito del relevo pilotado desde arriba. A partir de ahí, se abren tres variables: Zapatero, impasible el ademán, fuerza la designación de Rubalcaba; el presidente decide volver a presentarse

desafiando el evidente riesgo de debacle electoral, o, rizando el rizo táctico, Chacón ofrece una entente cordiale a Rubalcaba para acompañarle como número dos. Posiblemente haya gestiones en curso con Felipe González para que apoye esa tercera opción. Carme Sorel, digo Carme Chacón, se mueve con la pasión y la capacidad de cálculo de un personaje femenino de Stendhal para no perder su sitio en la cordada.

Un día subió a la terraza del 109 del paseo de la Castellana, contempló aquel inmenso cuadro de Antonio López, respiró hondo y dijo: «¡Voy!».

DIRECTORIO EUROPEO, AÑO UNO

10 de mayo, 2011

Hoy hace un año, José Luis Rodríguez Zapatero cruzó la puerta de Tannhäuser, aquel lugar lejano e inhóspito en el que se ven cosas que nosotros nunca habríamos imaginado, según cuenta, en su poética agonía, el replicante Roy Batty durante la escena final de la película Blade Runner. Hace un año, el presidente tuvo noticia del ultimátum carolingio, confirmado al cabo de unas horas por sendas llamadas telefónicas del presidente de Estados Unidos y del primer ministro de la República Popular China. «Cambie usted inmediatamente de política, o se lleva por delante el euro». Ahora hace un año que España quedó bajo la tutela del Directorio Europeo.

La noche del 8 al 9 de mayo, la vicepresidenta Elena Salgado pasó un mal trago en la reunión del Ecofin, el Consejo de Ministros de Economía y Finanzas de la Unión Europea con sede regular en Bruselas. La vicepresidenta desmiente de manera tajante una versión ampliamente difundida en Madrid según la cual la ministra francesa Christine Lagarde le advirtió que si España no estaba dispuesta a disciplinarse, mejor sería que no participase en la sesión. Entró y obedeció. En sucesivas llamadas telefónicas al palacio de la Moncloa, Elena Salgado fue informando al presidente de la dureza del cónclave. Alemania, cuyos bancos nacionales y

regionales son los principales acreedores de la deuda privada española en el exterior —con una especial incidencia de las alegrías inmobiliarias del Levante mediterráneo—, exigía medidas draconianas que iban más allá de la contención del déficit público. La cancillería de Berlín reclamaba de España una medida ejemplarizante: retrasar la edad de jubilación a los sesenta y siete años. Un ajuste capaz de ser explicado con trazo grueso en las páginas del Bild Zeitung, el diario del alma popular alemana: «España, el país del sol, la playa, la sangría y el flamenco, se aprieta el cinturón. Los españoles también sufrirán». Disciplina luterana, aceptada por los franceses y los italianos del norte.

Zapatero tuvo que cambiar inmediatamente de rumbo, una semana después de haber anunciado en público que no habría más ajustes y recortes. Fue una humillación. El abogado de León, que antes de acceder a la presidencia del Gobierno había salido poco al extranjero —en su viaje de bodas recaló en Sevilla para no perderse uno de los congresos del PSOE, cuenta su biógrafo Óscar Campillo—, tuvo noticia exacta de la dureza del mundo.

España quedaba fácticamente intervenida por el Directorio Europeo, conjunción de fuerzas que podríamos definir del siguiente modo: preponderancia de una Alemania industrial de gran fuerza exportadora —con la vista puesta en el gas y las materias primas de Rusia—, ante una Francia que no puede presentar una alternativa económica y busca en la acción diplomática y en el Mediterráneo (la guerra de Libia) sus espacios de contrapeso; núcleo carolingio complementado por el Benelux (especialmente Holanda) y el distrito industrial del norte de Italia, que en breve accederá a la presidencia del Banco Central Europeo mediante la figura de Mario Draghi. En este cuadro se inscribe el desfallecimiento económico de España. Y de Portugal, esa hermana modesta tan despreciada por el viejo orgullo español.

Zapatero presentó su primer plan de ajuste —reducción del salario de los funcionarios y recorte draconiano de la inversión pública— el 12 de mayo de 2010. Y estuvo a punto de sucumbir en el Congreso. Le salvó la abstención de CiU. Intentó resistirse al ajuste de las pensiones, pero la presión alemana fue más fuerte. «España, pensión a los 67», tituló finalmente el Bild. Huelga general en septiembre con daños en el fuselaje:

Zapatero estaba políticamente muerto, pero aún se creía capaz del milagro. Más presión. Las cajas de ahorros, epicentro del agujero negro. Práctica liquidación de los bancos de desarrollo regional que han dado sentido a la España de las autonomías. Desprestigio creciente de todo el estamento político, encuestas terribles para el PSOE y, finalmente, anuncio de retirada en 2012. «Ya me voy yendo». Elecciones municipales y autonómicas con trampa. Bajo las alfombras regionales y municipales ya no caben más pufos y solo en Catalunya se discute con crudeza de los recortes en la providencia pública. España en suspenso hasta el 23 de mayo. Y Grecia, de nuevo, al borde de la quiebra, Directorio Europeo, año uno.

INFORME AL CANCILLER DE LIBERTONIA

26 de junio, 2011

Excelentísimo señor canciller: Hay estos días en las legaciones diplomáticas de Madrid una auténtica fiebre de informes urgentes sobre el momento español. Las grandes capitales del mundo quieren saber qué pasa en el país que podría arrastrar a la Unión Europea a los abismos, si la bancarrota de Grecia agrava la infección en curso. Me permito enviarle unas notas de alcance para que nuestra estimada Libertonia disponga de información fresca, toda vez que el embajador de los silvanos es un auténtico ganso que dilapida sus días en Madrid en guateques, cacerías manchegas y demás francachelas. Bien es sabido que en la vecina Sylvania siempre hubo pocas ganas de trabajar.

La situación es grave en ese inmenso lago entre Asia y el Atlántico que llamamos Mediterráneo. Con demasiadas deudas sobre sus espaldas, toda la Europa del Sur tiene grandes dificultades para cumplir con la disciplina luterana del euro, es decir, con el dogma antiinflacionista del marco alemán cambiado de nombre. Y en el norte de África, la primavera está dando paso a un verano ardiente. Ya le advertí en un informe anterior contra los infantiles entusiasmos de la República Democrática de Facebook; esa conjunción de periodistas y profesores de sociología que pierden el mundo

de vista cada vez que ven una plaza llena de gente. La antigua fascinación por las masas está siendo sustituida por la adulación de las multitudes con teléfono móvil. La democratización de los países árabes va para largo y será muy complicada. El incendio solo acaba de comenzar. Las revueltas de Egipto y Túnez, por ejemplo, han ahuyentado a los turistas, con el consiguiente agravamiento de la crisis económica en ambos países. Y el turismo que pierden los árabes lo van a ganar los españoles y los italianos. El mundo es cruel, señor canciller. Las wikirrevoluciones árabes proporcionarán este año un doble alimento a los europeos del sur: emociones ideológicas y turistas asustados. El Mediterráneo es hoy un gran círculo vicioso.

Me permito unas líneas sobre Libia. El coronel Gadafi se ha atrincherado en Trípoli y la guerra civil pilotada por Francia y Gran Bretaña se está enquistando, como preveíamos. Se aproxima un dilema terrible para los países europeos: el asalto de Trípoli con tropas de infantería luchando casa por casa. En España, el trauma sería enorme, puesto que el Gobierno ha conseguido que la mayoría de los españoles vea en su ejército una oenegé. Como usted bien sabe, Estados Unidos no va a ayudar a los europeos a resolver esa papeleta. Con lo cual se perfila una Libia partida en dos, en la que la rebelde Cirenaica podría convertirse en una república islámica fundamentalista. En valija aparte le remito un informe atribuido a Yves Bonnet, antiguo jefe del servicio de contraespionaje francés, en el que se afirma que el verdadero trasfondo de la guerra en Libia es el intento europeo —capitaneado esta vez por Francia— de frenar el hegemonismo de China en África, puesto que el coronel Gadafi tiene firmado un gran acuerdo de colaboración estratégica con los chinos. El Mediterráneo, señor canciller, está que arde.

No, no me voy por las ramas. En la escuela diplomática aprendí que nunca hay que pasar por alto los contextos. En el interior de ese círculo vicioso que le he descrito, España es hoy el mayor interrogante de Europa. ¿Aguantará la presión?

España se dirige a unas elecciones relativamente anticipadas que pueden tener lugar entre octubre y noviembre, una vez conocidos los buenos datos de la temporada turística a la que antes me he referido. En condiciones

normales podríamos hablar de adelanto técnico, puesto que la legislatura concluye en marzo de 2012, pero el empecinamiento del señor José Luis Rodríguez Zapatero en querer agotar el mandato puede envenenar este asunto. Hay que entender al señor Zapatero. El presidente saliente quiere tiempo para escribir el último renglón de su acelerada biografía política y desea tener garantías de un retiro tranquilo y pequeño burgués en León, la tierra de sus padres y único lugar en el que dice sentir sosiego. Los españoles señalan hoy al señor Zapatero como principal responsable de la grave crisis que vive el país, lo cual no es del todo cierto —los problemas de competitividad vienen de lejos y fueron disfrazados por la especulación inmobiliaria—, pero la sociedad no está para muchas filigranas intelectuales. Como he señalado en anteriores informes, España nunca ha sido muy amante de los matices. El PSOE ha gobernado durante 21 de los 32 años de restauración democrática y la gente hoy le asocia con la crisis, por mucho que al opositor Partido Popular no le faltasen pulmones para hinchar la burbuja inmobiliaria en el periodo 1996-2004. El señor Zapatero cometió la increíble temeridad de negar la crisis en sus inicios. La negó con verdadera tozudez y la gente ahora le aborrece por ello. «No nos avisaste de que podíamos arruinarnos». El presidente quiere enmendar ese gran fallo aprobando parte de las reformas que le exige la coalición central europea y el establishment español. No quiere pasar a la historia como el peor presidente de la España democrática desde las indecisiones del centrista Manuel Portela Valladares en el lejano 1935. Y quiere un retiro tranquilo. Sepa, señor canciller, que en este país ha surgido la costumbre de querer someter a proceso penal a los presidentes salientes. Felipe González estuvo a punto de pasar por ese trance y José María Aznar también vivió alguna inquietud al respecto.

La impresión más generalizada hoy en Madrid es que no hay fuelle para aguantar hasta marzo. No, no lo hay. Los problemas se multiplican, el malestar social se extiende, al apoyo parlamentario de los nacionalistas es problemático —los vascos, heridos por la pérdida del Gobierno de Euskadi, se regodean— y la factura que puede acabar pagando el PSOE comienza a ser impresionante. Encuestas recientes a las que he tenido acceso atribuyen al Partido Socialista una pérdida de hasta 60 diputados (de los 169 actuales pasarían a 110). Un descalabro de tal magnitud podría comportar el desencuadernamiento del PSOE, previsiblemente dividido, como en los

años treinta, entre moderados e izquierdistas. Algunos socialistas están propugnando un gobierno de concentración nacional con el PP, lo cual, en las actuales circunstancias, significa ofrecerse como acompañantes de una futura hegemonía del centroderecha. Me consta que el nuevo candidato socialista a la presidencia, el primer ministro Alfredo Pérez Rubalcaba, desea el adelanto electoral.

España, señor canciller, puede estar cerca del estado de shock. Quince años de crecimiento económico ininterrumpido se han visto súbitamente estrangulados. La mayoría de los españoles comienza a darse cuenta ahora de que la fiesta tardará mucho en volver. Tanto que quizá no vuelva jamás. Ningún otro gran país europeo está viviendo una experiencia similar. Hasta hace cuatro días, se aferraban a la idea de estar viviendo una tormenta pasajera. En el fondo, deseaban creer en el voluntarismo del señor Rodríguez Zapatero. El paso del tiempo y la acumulación de malas noticias está generando un ambiente de gran pesimismo. Las manifestaciones de los denominados indignados han contribuido notablemente a ello durante estas últimas semanas. Por primera vez desde el intento de golpe de Estado de 1981, los españoles de a pie, los hedonistas de los años noventa y primera década del nuevo siglo, los españoles indiferentes a los más diversos excesos —España lidera el negocio de la prostitución y el consumo de cocaína en Europa— vuelven a ver el rostro del drama social. Un rostro que tenían olvidado.

Unas notas más sobre los indignados, puesto que algunas legaciones diplomáticas en Madrid están enviando informes a destajo sobre este peculiar fenómeno. Señor canciller, en España se registran en estos momentos varias convulsiones, pero, en mi opinión, la más importante, la de mayor alcance, tiene lugar, silenciosamente, en el interior de las casas. Las recientes elecciones municipales y autonómicas así lo indican. Aferrados todavía a la idea del paréntesis, los españoles buscan una solución práctica a sus problemas y podrían dar un voto absolutamente masivo al PP, aunque la derecha, rocosa, ceñuda y unilateral, no se distinga por su capacidad de diálogo con la más de media España vinculada sentimentalmente a la izquierda. Los indignados son una fábrica de votos para el PP, porque su ira acentúa el carácter dramático del momento. Y además de temer el paro y el desamparo social, los españoles tienen miedo

al dramatismo. Ya sé que cuesta de entender, pero nunca hemos de olvidar que este país vivió una Guerra Civil. Una Guerra Civil cuyo recuerdo la izquierda ha abordado estos últimos años con frivolidad. No quiero decir con ello que los españoles teman hoy una guerra. Solo apunto que el regreso del dramatismo les espanta.

Los españoles son, en su mayoría, unos demócratas despolitizados. La frase no es mía. La tomo prestada del sociólogo Fernando Vallespín, hasta hace unos años director de la agencia estatal de opinión pública. Los españoles aman la democracia, pero durante treinta años han delegado el ejercicio de la política en los partidos, a lo que hoy encuentran, súbitamente, todos los defectos del mundo. El nivel asociativo del país es bajo, con la única excepción del País Vasco, Catalunya y Andalucía (esta última con una densa red de hermandades religiosas). La cultura política popular es débil. La política ha sido durante estos años un asunto de élites profesionalizadas. En los últimos siete años, antes del reciente motín de la Puerta del Sol, solo logro recordar dos conflictos de cierto relieve en Madrid: una revuelta contra los parquímetros en la que los vecinos del barrio de Carabanchel llegaron a arrancarlos de cuajo, y una pintoresca protesta vecinal con miles de madrileños fascinados por una baronesa encadenada a un árbol. Cada equis tiempo, Madrid suelta vapor. El movimiento de los indignados surge de ese fondo social de despolitización. Un sector de la juventud ha querido tomar la palabra y ha hablado a borbotones; algunos con dificultades para la construcción sintáctica. El paro juvenil afecta, sobre todo, a los poco cualificados y a los licenciados en letras y humanidades. Muchos españoles han simpatizado con ellos. El espontaneísmo gusta en España. Este es un país de motines, guerrillas, partidas, huidos y demás gente echada al monte. Ha sido una eclosión novedosa —sobre todo para los profesores de sociología—, en la que las palas de la protesta han removido los fangos antipolíticos del franquismo.

Miles de jóvenes han vivido una experiencia apasionante durmiendo al raso en las plazas. Izquierdistas bien colocados en la cultura oficial han sentido el burbujeo del retour d'âge. Algún despistado ha creído que la protesta antipolítica dará pulmón a los pobres socialistas; el juez Baltasar Garzón ha insinuado estos días su disponibilidad a liderar un partido justicialista de nuevo cuño, y algunos conspiradores de la derecha vuelven a soñar con una

República presidencialista que acabe de una vez por todas con los nacionalismos periféricos, a caballo del creciente descontento popular. A estos últimos no hay que perderlos de vista. El señor Mariano Rajoy tendrá que lidiar con la sombra, muy española, del Hombre Fuerte. Solo me cabe una última conclusión: en España, la procesión, con peineta y banda de música militar, va por dentro.

Hasta aquí, señor canciller, mi informe. La sopa de ganso que tuvo a bien enviarme a Madrid era excelente. ¡Viva Libertonia! ¡Muera Sylvania!

EL ÁNGEL CAÍDO

7 de agosto, 2011

El legado pontificio dio un respingo cuando alguien mencionó la glorieta del Ángel Caído mientras pasaba revista a los preparativos de la inminente visita del Papa a Madrid con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud. Se estaba estudiando la colocación de unos doscientos confesionarios en el parque del Retiro y alguien, sin mala fe, sugirió que el itinerario podría comenzar en el paseo del Duque de Fernán Núñez —entrando en el parque por la calle Alfonso XII—, avenida arbolada que conduce a una espaciosa rotonda presidida por la fuente del Ángel Caído.

«Ni hablar. Les ruego que estudien otro itinerario más adecuado». Esa fue la respuesta del enviado del Vaticano, sin duda desconcertado por el hecho de que Madrid tenga una glorieta y una fuente dedicadas a Lucifer. La plaza del Ángel Caído es un lugar muy familiar para los madrileños y escasas veces se comenta en la capital de España la insólita presencia del Diablo en su nomenclátor.

Pocas capitales del mundo deben de tener un monumento al ángel expulsado del Cielo por rebelión. Parece que en Turín, ciudad de tradición esotérica y cuna de la masonería del Risorgimento, también hay una plaza coronada por Luzbel. Los confesionarios serán instalados en el paseo de

Coches, la avenida del Retiro donde suele celebrarse la Feria del Libro. Dos mil sacerdotes impartirán el sacramento de la penitencia, de diez de la mañana a diez de la noche, durante la visita del Papa.

La fuente del Ángel Caído, sin embargo, no es un homenaje a Satanás. Instalada en 1885, la escultura es obra del artista madrileño Ricardo Bellver y se inspira en unos versos del gran poeta inglés John Milton (1608-1674), admirador de Shakespeare, ministro de Cromwell, portavoz puritano y, según Harold Bloom, una de las cien mentes ejemplares que ha dado el mundo. Unos versos del canto primero del poema épico El paraíso perdido, que hablan de la súbita degradación de un ser que se creía superior: «Por su orgullo cae arrojado del cielo / con toda su hueste de ángeles rebeldes / para no volver a él jamás. / Agita en derredor sus miradas, / y blasfemo las fija en el empíreo, / reflejándose en ellas el dolor más hondo, / la consternación más grande, / la soberbia más funesta/ y el odio más obstinado». Milton los escribió después del derrumbe de la Commonwealth de Inglaterra, la república puritana de Oliver Cromwell.

Es el de Madrid un monumento a la derrota de la Soberbia. Es una poética alegoría del final que aguarda a todo atrevimiento excesivo: por ejemplo, la disipación de la España de los nuevos ricos, con su doble vertiente política, los delirios de grandeza de Aznar y el quijotismo hueco de Zapatero, anverso y reverso de una misma ensoñación; por ejemplo, el desconcierto de la Europa meridional, que llegó a creerse a salvo de los vendavales del mundo bajo el colchón de la deuda; o la altivez de la Europa de arriba, que puede acabar perdiendo la moneda imperial (si es que no ha optado ya, como mal menor, por la escisión y por una próxima implantación de la piastra latina). Es un lugar muy actual la madrileña glorieta del Ángel Caído. Un lugar de hondo significado que invita a la reflexión. Pero el legado pontificio no estuvo para bromas.

Benedicto XVI estará en Madrid entre el 18 y 21 de agosto para presidir la XXIV Jornada Mundial de la Juventud, una movilización católica de masas convocada por primera vez en 1985 por su antecesor, Juan Pablo II, con el evidente propósito de instaurar una potente réplica al Festival Mundial de la Juven- tud, que periódicamente convocaba el bloque soviético. (El de 1985 tuvo lugar en Moscú). El final de aquella competición es de sobras

conocido —a finales de este mes, el día 24, se cumplirán veinte años de la quiebra de la URSS— aunque hoy, en pleno vendaval financiero, con las cuadernas de la Unión Europea a punto de romperse y con Estados Unidos en riesgo de declive, cabe albergar la sospecha de que los potentes vientos que ayudaron a derribar el muro de Berlín estén cambiando de dirección.

Es el tercer viaje del Papa de Roma a España desde la elección del cardenal alemán Joseph Ratzinger para la cátedra de San Pedro, en abril de 2005. Valencia (2006), Santiago de Compostela y Barcelona (2010) y ahora Madrid. Dejando a un lado las visitas a diferentes lugares de Italia, dominio implícito del pontificado católico, España es el país que más veces ha visitado Benedicto XVI. No es un hecho casual. La Santa Sede ha querido marcar de cerca el mandato de José Luis Rodríguez Zapatero, cuya legislación de costumbres fue inmediatamente juzgada como una seria amenaza para la moral católica, sobre todo por su posible contagio a Latinoamérica; circunstancia que no se ha dado.

Arropado por más de cuatrocientos mil jóvenes venidos de todo el mundo, el Papa se encontrará un país con los nervios a flor de piel y aturdido por la creciente gravedad de la crisis. El Laicista Caído, la España blanca a punto de ganar las elecciones y una protesta en las calles que oscila entre la radicalidad democrática, el motín castizo y el peronismo. Una constelación nunca vista en las noches de agosto. Hay inquietud en Madrid. Roma deberá hilar fino.

LA VERDAD DE CÁDIZ

30 de octubre, 2011

El jueves el tiempo en Cádiz era ventoso. Fuertes ráfagas de aire, esa maravillosa luz del Atlántico y grueso oleaje. Un desorden diáfano. Proveniente de Sevilla e invitado a participar en uno de los debates del X Congreso Nacional de la Abogacía —tema de periodistas: ¿se debe legislar a golpe de portada?—, llegué al palacio de convenciones gaditano pocos

minutos después del bombardeo de Barcelona. En el vestíbulo había un runrún. Aires de Twitter. «¿No te has enterado...?».

Me acabé de enterar durante el almuerzo, en un salón donde el aire podía cortarse con un cuchillo. Caras largas, miradas de reojo y mucha incomodidad. Se oyeron aplausos al entrar en la sala los decanos de los colegios catalanes. Fue un día de muchas palmas en Cádiz. Ya había habido aplausos —de distinto signo— cuando el padre socialista de la Constitución bordó el sarcasmo: «Que vayan saliendo los que se quieren ir». Y por la tarde volvió a haber aplausos cuando el presidente del Consejo General de la Abogacía, Carlos Carnicer, leyó una nota de condolencia: «Esas palabras no debían haberse producido nunca». Había ganas de pasar página en un congreso dividido en cuatro corrientes: los indignados con Peces-Barba, catalanes en su gran mayoría; los apesadumbrados (aún hay gente de buena voluntad que cree en la concordia española); los que disimulaban, compartiendo el fondo, pero no el peculiar sentido de la oportunidad del insigne catedrático de Madrid, y los irritados a perpetuidad: «¡Qué caray, dales caña, Gregorio!». Episodio Nacional en la Tacita de Plata, cuna de la Constitución de 1812 y una de las ciudades más bellas y sugerentes de España.

Y, sin embargo, Gregorio Peces-Barba llevaba razón. La literalidad de sus palabras se ajusta perfectamente a la realidad histórica. España habría salido ganando reteniendo Portugal en vez de Catalunya. Fundiendo el tratado de Tordesillas en un único dominio, la monarquía católica española habría consolidado un colosal imperio marítimo y el mundo sería hoy distinto. Posiblemente la capital se habría trasladado a Lisboa y España sería un país mucho más matizado por la luz atlántica. Más reflexivo y menos condicionado por la rural alianza entre don Quijote y don Juan Tenorio. No está claro que el control de Catalunya en detrimento de Portugal fuese una apuesta estratégica del conde duque de Olivares. Algunos historiadores sugieren la teoría del caos en tan singular disyuntiva: en un momento de grave quebranto de las finanzas reales, las tropas mercenarias que debían sofocar la rebelión portuguesa fueron pagadas con moneda devaluada y el ardor guerrero decayó ante el empuje del duque de Braganza y sus partidarios. Queda claro, sin embargo, que a la corona española le preocupaba sobremanera el dominio francés sobre Catalunya. He ahí una

cuestión perfectamente actual. Si mañana Catalunya se proclamase independiente —cosa harto improbable—, de inmediato pasaría a ser un protectorado francés. La Geografía es reina y señora de nuestros destinos.

El airado Peces-Barba también tenía razón cuando afirmó que esta vez no hará falta bombardear Barcelona para mantener Catalunya bajo control. En primer lugar, porque es muy dudoso que Catalunya se encamine hacia la independencia —aunque ese empiece a ser el sentimiento dominante entre sus sectores sociales más dinámicos—, y en segundo lugar, porque el mantenimiento del statu quo en el interior de la maltrecha Unión Europea será ley de hierro en los duros tiempos que se avecinan. A los soberanistas de buen corazón les molesta este áspero realismo. Les impide soñar, y para el catalán politizado es muy importante poder soñar. Pero esa es la cruda realidad: en el trazado de las fronteras interiores de una Europa en peligro de desintegración y bancarrota no se va a mover ni una mosca en los próximos veinticinco años.

Hay que repasar el vídeo para acabar de entender el grosero episodio del jueves. Gregorio Peces-Barba, seguramente el ponente constitucional con mejor registro intelectual, es un hombre en triple contacto con la Verdad: es socialista, es católico y es catedrático de Filosofía del Derecho. Hace años que se comporta como si la Constitución fuese su obra exclusiva. Él, un Azaña monárquico y socializante, es el Gran Arquitecto. En Cádiz, Peces-Barba se irrita ante la mirada lúcida y elegante de José Pedro Pérez Llorca, el zorro plateado de la UCD suarista. Pérez Llorca dice, de manera suave, que el tinglado autonómico se ha venido abajo y el tribuno del Bernabeu deja ir todos sus demonios —alimentados con esmero durante años—, porque sabe que el desplome del artificio de 1978-1980 es cierto. Sabe perfectamente que Catalunya no será independiente, pero intuye que el catalanismo ha adquirido suficiente cuajo para no morir aplastado y poder plantear un cambio de arquitectura. Un cambio que será lento, confuso y contradictorio. Una España asimétrica con dos o tres niveles de autonomía. Eso lo veremos. Y también sabe el catedrático Peces-Barba que lo que hoy está en riesgo no es la unidad de España, sino su principal intérprete durante los últimos treinta años: el Partido Socialista Obrero Español.

2012

José Luis Rodríguez Zapatero no dimitió. Optó por encabezar la retirada, sabiendo que iba a una derrota segura. Y esa derrota tuvo que ser gestionada por Alfredo Pérez Rubalcaba, uno de los dirigentes más abnegados que ha tenido el Partido Socialista. Un hombre que vivía para la política y para el Estado. No puede afirmarse que Rodríguez Zapatero y Pérez Rubalcaba operasen totalmente de acuerdo en todos los pasajes de esa dolorosa retirada.

El sur de Europa estaba hundido económicamente. Grecia fue intervenida por la troika (Comisión Europea, Banco Central Europeo y Fondo Monetario Internacional) en mayo de 2010 y quedó en manos de un gobierno técnico cuando el primer ministro socialista Yorgos Papandréu, hijo, intentó someter a referéndum las duras exigencias de austeridad. El 28 de noviembre de ese año, Irlanda también fue sometida a un programa de rescate, por las elevadas deudas acumuladas por la banca. El 16 de mayo de 2011, cuando aún no se había apagado la protesta de la geração a rasca, Portugal también fue intervenida.

Agosto de 2011 no concedió tregua a Europa. Las bolsas se hundieron por el temor a una grave recesión y en Londres estallaron graves disturbios a consecuencia del malestar social. El día 5 de agosto, cuando Rodríguez Zapatero ya había anunciado la celebración de elecciones en noviembre, el presidente del Gobierno español recibió una carta del presidente del Banco Central Europeo, Jean-Claude Trichet, instándole a efectuar nuevas «reformas» lo antes posible para tranquilizar a los mercados. Trichet subrayaba la necesidad de impulsar cuanto antes una nueva legislación laboral más flexible. La rápida aprobación de una reforma laboral que abaratase el despido podía hundir definitivamente al PSOE en vísperas de las elecciones. Zapatero ideó entonces un ardid: dejaría aparcada momentáneamente la reforma laboral y ofrecería al Directorio Europeo una reforma del artículo 135 de la Constitución para garantizar de manera

prioritaria el pago de la deuda. La regla de oro, pagar las deudas, quedaría inscrita en el frontispicio constitucional.

Zapatero sabía a ciencia cierta que la canciller Angela Merkel sería especialmente receptiva a esa reforma, que no figuraba en la carta de Trichet. El PP tampoco podía oponerse a esa iniciativa, que había defendido públicamente. Así es como se gestó la reforma exprés del artículo 135 de la Constitución, sin referéndum, puesto que ningún otro partido de izquierda disponía de 35 diputados, el mínimo necesario para poder reclamarlo. Izquierda Unida, Esquerra Republicana y Bloque Nacionalista Galego sumaban seis diputados. PSOE y PP sumaban los dos tercios necesarios para aprobarla. Recordemos que las elecciones generales de 2008 habían significado un triunfo rotundo del bipartidismo. Se modificó el artículo 135 para tranquilizar al Directorio Europeo y la reforma laboral quedó para la siguiente legislatura. El PP ganó por mayoría absoluta y el PSOE consiguió no hundirse por debajo de los cien diputados.

Rajoy ganó las generales el 20 de noviembre de 2011 y quiso ganar tiempo para poder conquistar Andalucía en marzo de 2012. Si Javier Arenas se convertía en el nuevo presidente de la gran autonomía del sur, el PP adquiriría un dominio extraordinario del tablero político, una hegemonía nunca vista: el Gobierno central, las dos cámaras legislativas, el Consejo General del Poder Judicial, el Tribunal Constitucional, la mayor parte de las autonomías, excepto Cataluña y el País Vasco, la gran mayoría de las diputaciones provinciales y los principales ayuntamientos, con la significativa excepción de Barcelona, Bilbao, Sevilla y A Coruña, entre las grandes ciudades. Rajoy necesitaba tres meses de calma para conquistar Andalucía. Y no pudo ser.

Tres días después de las elecciones generales en España, el comisario europeo de Asuntos Económicos, el liberal finlandés Olli Rehn ya exigía a Madrid la aprobación de una reforma laboral que abaratase el despido y facilitase el empleo a los más jóvenes, con salarios más bajos. La devaluación interna aparecía como la única vía de salida para España. Si no puedes devaluar la moneda y no puedes rebajar drásticamente el coste de la energía, has de rebajar el precio del trabajo. El 26 de enero de 2016, Rajoy viajaba a Berlín para entrevistarse con Merkel, anunciando los principios

básicos de la reforma laboral que iba a llevar a cabo su gobierno. El decreto ley fue aprobado a principios de febrero. Las elecciones al Parlamento andaluz se celebraron el 25 de marzo. Todo apuntaba a una incontestable victoria de la candidatura de Arenas, pero un resorte defensivo de la sociedad andaluza se activó a última hora.

El PP quedó primero, sin alcanzar la mayoría absoluta. PSOE e Izquierda Unida sumaban más de la mitad de los escaños. En aquellos comicios, el PP andaluz perdió más de cuatrocientos mil votos con relación a las generales de noviembre, especialmente en la costa. El PSOE mantuvo prácticamente intactos sus votantes. Izquierda Unida subió. Los trabajadores de la hostelería tenían miedo a quedarse sin trabajo. Los trabajadores de los pueblos de la Andalucía interior acudieron a votar silenciosamente, mientras en las grandes ciudades las clases medias se volcaban con el PP. La izquierda retuvo Andalucía y eso fue muy importante para todo lo que vino después. Ganar o perder Andalucía es decisivo en España.

El Gobierno Rajoy ponía en marcha la devaluación interior sin un control total del tablero territorial. Y en Cataluña, CiU se estaba poniendo nerviosa. Los recortes pasaban una factura superior a lo previsto por Artur Mas, inicialmente enamorado de la política de austeridad alemana. Durante algunos meses no había nadie más «merkeliano» en España que el presidente de la Generalitat de Catalunya. En la Moncloa incluso estaban ofendidos. Las manifestaciones de protesta contra los recortes en los servicios públicos catalanes comenzaban a ser muy numerosas. Se movilizaban los sindicalistas, pero también la menestralía independentista. Empezaba a tomar cuerpo una iniciativa de base aparentemente autónoma: la celebración de referendos locales sobre la independencia. El primero de ellos había tenido lugar en Arenys de Munt (comarca del Maresme) en 2009. El PP había conquistado la mayoría absoluta y controlaba prácticamente todos los resortes del Estado. CiU empezaba a descender en los sondeos como consecuencia del malestar social. El 15-M catalán había enviado una señal de lo que podía representar el enfado de la calle. Las investigaciones policiales sobre la corrupción, una vez destapado el caso Palau, acechaban al grupo dirigente de CDC. Un movimiento independentista de base estaba cobrando vida propia y podía acabar en manos de Esquerra Republicana, que esperaba su desquite. Los herederos

de Jordi Pujol empezaron a ver en el horizonte un nuevo tripartito de izquierdas. Y decidieron ponerse delante de la procesión secesionista. Decidieron reconquistar la calle: la gran manifestación del Onze de Setembre de 2012 fue la prueba más elocuente de ello. Una manifestación gigantesca que agrupaba malestares diversos sintetizados en una consigna: «Volem decidir».

Inglaterra remaba a favor de esta consigna. Históricamente, Inglaterra siempre ha influido en Cataluña. Los ingleses animaron la resistencia catalana de 1714 y después la abandonaron a su suerte. La decisión del primer ministro británico David Cameron de autorizar la celebración de un referéndum sobre la independencia de Escocia dio alas al independentismo catalán. Si pueden votar los escoceses, por qué no pueden votar los catalanes. Esa consigna empezó a correr como la pólvora. A principios de septiembre Mas se entrevistó con Rajoy en la Moncloa y no hubo acuerdo sobre el denominado pacto fiscal. Rajoy ni siquiera se avino a constituir una comisión de estudio. Rajoy seguía temiendo al ala derecha de su partido. Temía una escisión del PP. Rajoy empezó a intuir a Vox, antes de que Vox levantase el vuelo. Artur Mas, por su parte, quería ir a elecciones y conquistar la mayoría absoluta con el señuelo de la consulta. Una vez obtenido el control del Parlament, los convergentes y los populares estarían en un plano más equilibrado y podrían negociar. Ese era también el pensamiento de Jordi Pujol. Podrían negociarlo todo: también el curso de algunas investigaciones incómodas.

Mas convocó elecciones en Cataluña al abrigo de la iniciativa inglesa, convencido de poder alcanzar la mayoría absoluta. En los carteles aparecía como Moisés con los brazos extendidos guiando al pueblo de Cataluña. Eran unos carteles ridículos. Era una idea que se demostró equivocada. Aquella campaña tuvo un día clave: el 14 de noviembre. Faltaba poco más de una semana para la celebración de las elecciones autonómicas. Aquel día tuvo lugar en Barcelona la mayor manifestación registrada en Europa con motivo de la jornada de protesta convocada por los sindicatos europeos, a iniciativa de las organizaciones españolas y portuguesas.

A mitad de campaña quedaba claro que la izquierda social estaba movilizada. Aquel mismo día, alguien en Madrid tomaba la decisión de

recurrir a la guerra sucia para evitar una mayoría absoluta independentista en el Parlament de Catalunya. El aparato del Estado recurrió al comisario José Manuel Villarejo y a sus terminales en el diario El Mundo. El día 15 apareció publicado a toda página que Artur Mas era beneficiario de una cuenta secreta en Liechtenstein, de la que nunca más se supo. Alguien había pulsado el botón rojo. La colisión entre PP y CiU no sería un conflicto controlado, para después llegar a un pacto. Este era el planteamiento de fondo del grupo dirigente catalán, camuflado bajo la retórica patriótica. Rajoy temía una escisión del PP por la derecha a medida que aumentase el desgaste provocado por la crisis, una fracción del aparato del Estado quería guerra y el ministro del Interior, Jorge Fernández Díaz, se embarcó en una estrategia de golpes bajos que pronto se le escaparía de las manos. Se celebraron las elecciones y CiU perdió doce diputados. La convocatoria había beneficiado a la izquierda independentista, que tenía un pie en la Assemblea Nacional Catalana y el otro en las manifestaciones sindicales. CiU necesitaba a ERC, que había doblado su número de escaños (de 10 a 21), para poder formar una mayoría soberanista en el Parlament. La CUP se estrenaba con tres diputados, suficientes para espolear el «procés».

Se ponía en marcha una competición que doce años después todavía no ha concluido. Se ponía en marcha el juego de James Dean en Rebelde sin causa. A ver quién frena primero.

ARENAS BOCANEGRA, EL GENOVÉS

15 de enero, 2012

Meses sin ver al oráculo. Las visitas se espaciaron desde la prohibición taurina, ese gesto torero que no todos los catalanes comparten. El oráculo se ofendió, preso de un extraño orgullo. Un estoicismo llevado al extremo. Él, que murió a estoque, una tarde de junio de 1994 en la plaza de Las Ventas. «Sentí un ardiente escalofrío, fue como si un rayo me atravesara el espinazo», me explicó en una ocasión. Atosigado por mis preguntas, me puso en antecedentes: «Cuando desperté, estaba aquí, en la pared del fondo

de la cueva de Zaratustra, condenado a la eternidad y con el don de leer fragmentos del futuro. Solo puedo comunicarme con quien haya bebido tres tazas de gazpacho con comino. Tres tazas de caldo, en invierno». ¡Un toro parlante y adivinador! La verdad es que las visitas también se han espaciado por mi temor al ridículo. En Madrid hay que cuidar la reputación, el horno no está para bollos, y ya corre por ahí la leyenda del periodista catalán que habla solo ante la cabeza disecada de un toro. Pero esta tarde, la inquietud me corroe. ¡Quiero saber! ¡Quiero preguntar! Y me voy a ver a Segador.

—Quiero saber.

—¿Qué quiere usted saber?

—Lo que está pasando.

—Hombre, con la que está cayendo, eso —la Totalidad— es lo más buscado. Ni bebiéndose todo el gazpacho de Madrid se lo podría contar.

—Deme un fragmento.

—Arenas Bocanegra quiere ser el hombre clave de la situación.

—¿Javier Arenas?

—Quiere mandar en Andalucía, la región clave del mosaico español. Quiere ser influyente y seguramente desea llevar a cabo un rito reparador.

—¿Se dedica a las ciencias ocultas?

—No diga tonterías. ¿Cuál es el origen de Arenas?

—Génova, Italia.

—¿Cómo?

—Los Boccanegra eran navegantes. Simón Boccanegra fue el primer dogo de la República Marítima de Génova en el siglo XIV. La ópera Simón Boccanegra de Verdi —historia de un extraordinario enredo familiar— se

inspira en ese personaje. Los Bocanegra andaluces son de viejo origen genovés...

—Yo pretendía contarle lo del rito reparador.

—Adelante.

—Javier Arenas viene de la Unión de Centro Democrático. ¿Por qué fracasó UCD?

— (...) Por tantas cosas...

—Haga memoria, ¿dónde empezó la crisis de UCD y la caída de Suárez?

—En el referéndum de febrero de 1980 para sumar Andalucía a las «nacionalidades históricas». Impulsado por el PSOE verdiblanco de Rafael Escuredo, con la oposición de UCD. González y Guerra dejaron hacer y después se quitaron a Escuredo de en medio.

—Arenas quiere cerrar el círculo. Andalucía fue la tumba de UCD y ahora puede ser la tumba del PSOE.

—Eso sí que parece una ópera de Verdi.

—Y para ello, está desplegando toda su influencia, que no es poca, para que febrero y marzo sean meses mórbidos… No encender la calle; no, ahora.

—¿La política española, condicionada por los intereses del PP en Andalucía? ¿No habíamos quedado en que ahora regresaba la España nacional?

—La reciente subida del IRPF va en esa dirección. No provoca manifestaciones y es un eficaz mecanismo de recaudación, con lo cual el primer ajuste de Mariano Rajoy gana credibilidad.

—Hoy solo hay manifestaciones en Catalunya y en Valencia...

—Y en Madrid...

—El malestar social hoy se concentra en Catalunya y Valencia. ¿No le parece significativo?

—La subida del IRPF ha sido ideada por el ministro de Hacienda, Cristóbal Montoro, que es andaluz y comprende las razones de Arenas. Hay tres ministros andaluces en el Gobierno: Montoro, nacido en Jaén; Fátima Báñez (Trabajo), de Huelva, y Miguel Arias Cañete (Agricultura), nacido en Madrid, pero con residencia en Jerez de la Frontera y emparentado con los Domecq.

—¿La política de Rajoy, condicionada por la vendetta pendiente de la UCD?

—No sea usted simple y bébase otra taza de caldo. ¿Acaso se le escapa que Andalucía es una pieza fundamental del tablero? Si el PSOE pierde Andalucía, se convierte en el partido sin tierra, en el partido menor de la democracia española.

—Curiosa paradoja; la política española, entre Berlín, la City y Sierra Morena.

—El lugar exacto diría que es el borde del abismo.

—El jueves, la subasta de la deuda fue un éxito. Una señal positiva. Y el viernes, hachazo de Standard & Poor's. Es absolutamente irracional todo lo que está pasando...

—No se equivoque. Hay una lógica en el interior del caos. La subasta de la deuda fue bien porque el Banco Central Europeo está inyectando dinero a mansalva en el sistema...

—Las agencias de riesgo están en manos de un hatajo de canallas que pretenden cargarse el euro por motivos políticos. No quieren que Alemania gane la partida de la historia. Les asusta una Europa políticamente unida alrededor de una Alemania con mucha fuerza tecnológica e industrial, que está tendiendo puentes con Rusia. Temen la articulación de Eurasia y atacan. Muchos días creo que estamos viviendo la Tercera Guerra Mundial sin ruido de cañones..., por ahora.

—No dramatice.

—Cuando nos tengan rendidos, entonces se dedicarán a comprar las empresas del Ibex 35 descapitalizadas. Y sin Ibex 35, España cae en barrena... Un infierno.

—Las agencias de calificación son inclementes, pueden obedecer al interés estratégico anglosajón, pero trabajan con datos reales. España está de nuevo en recesión y no saldrá de ella sin una dura devaluación interna. Lo dijo Krugman, el economista keynesiano que tanto gusta a los progresistas españoles.

—¿Qué dijo Krugman?

—Que España lo iba a tener muy complicado y que solo veía una solución: bajar los salarios un veinticinco por ciento.

—No lo sabía.

—Sobre esa aportación de Krugman se ha corrido un tupido velo socialdemócrata. La clave es la reforma laboral. Mejor dicho, un punto de la reforma laboral.

—¿Cuál?

—La eliminación de la ultractividad de los convenios. Cuando un convenio vence, si no hay un nuevo acuerdo, el viejo pacto queda automáticamente prorrogado. Si esa cláusula desapareciese, sería más fácil ajustar los salarios a la capacidad de competición.

—Para que paguen los de abajo.

—Para que haya menos paro. En España, las crisis disparan el paro de una manera extraordinaria, porque a las empresas les resulta más fácil despedir gente que rebajar salarios ante un cambio de coyuntura. Así ha venido ocurriendo desde 1974. Es imposible que haya trabajo para los jóvenes... El 15-M debería tener unas palabras con los sindicatos...

—El enfrentamiento entre trabajadores. Una vieja historia capitalista...

—No hay alternativa si queremos seguir en el euro. Y le aseguro que fuera del euro, España se convertiría en un infierno peligroso. La reforma laboral será la prueba del nueve del Gobierno. El viernes, la vicepresidenta Sáenz de Santamaría dio un ultimátum...

—Si el Gobierno legisla por decreto el fin de la ultraactividad, ¿habrá convocatoria de huelga general?

—Muy posiblemente. El Gobierno está intentando atraer a CC.OO., pero UGT tirará fuerte de la cuerda...

—La agitación que no quiere Arenas Bocanegra.

—Pero Rajoy sabe que apenas hay margen. El riesgo de intervención sigue ahí. Habrá reforma laboral. Y habrá reforma financiera...

—O sea, el pufo inmobiliario, pagado por el contribuyente.

—Hay 175.000 millones de euros irrealizables en los balances de bancos y cajas. Bienes inmobiliarios —pisos, casas y terrenos— que son activos ficticios. Una solución consistiría en agruparlos todos en un banco malo.

—Y sanearlos con dinero público...

—La fórmula aún no está cerrada. Habrá fusiones de mucho calado, y le sugiero que no pierda de vista a Bankia. Bankia, la ex Caja Madrid, es hoy el eslabón más problemático del sistema. ¿Con quién se fusionará?

—¿La Caixa?

—(...)

—¿Un banco de gran dimensión europea con sede en Barcelona?

—Yo soy un modesto toro parlante...

—Esperanza Aguirre, en contra, seguramente...

—*¿Por qué?*

—Es la oposición a Rajoy.

—Aguirre hace su papel, pero España está tan mal que necesita una mínima entente entre Madrid y Barcelona. CiU hoy se mueve en esa longitud de onda...

—¿Y el PSOE?

—Si el congreso lo gana Alfredo Pérez Rubalcaba, el PSOE no tardará en ofrecer un gran acuerdo al PP. Primero, agitación social; después, oferta de unos segundos pactos de la Moncloa. El PSOE no puede ser el partido de Sierra Morena. Tendrá que demostrar que sigue siendo útil. El partido del pacto, el partido que redescubre España, el partido de Prieto... Socialista a fuer de nacional.

—Adiós, Catalunya.

—La verdad es que la configuración de un cierto puente entre Madrid y Barcelona no sería en los próximos meses una muy buena noticia para el PSOE prietista... Le restaría terreno en el centro.

—¿Y si gana Chacón?

—Hipótesis remota que alimentan los propios prietistas para no parecer el bando oficial. Rubalcaba no quiere que le pase lo de José Bono en 2000. Chacón está culminando la construcción de un personaje. Es feliz. Disfruta bajo los focos. Si se aproxima al cuarenta por ciento, seguirá batallando... El PSOE lo tiene mal, muy mal, pero en España en los próximos años puede pasar de todo...

—¿De todo?

—Venga, otra taza de caldo y adiós.

«TRELLAT»

12 de febrero, 2012

Trellat es hoy la palabra de moda en Valencia. Desde que estalló la crisis es una de las expresiones populares más utilizadas por las tres grandes familias valencianas: los que se ponen nerviosos con solo pensar que hablan una variante del idioma catalán; los que aceptan una relación fraterna con el catalán (con una única condición: «Hermanos, pero no primos»), y los castellanohablantes. Trellat: razón, fundamento lógico, claridad de juicio, y también resultado práctico de una acción llevada a buen término. Es el seny de los valencianos.

Convenientemente mitificado, el seny se ha convertido en algo así como el freno de mano de los catalanes. De la apología del sentido común del escolástico Jaume Balmes al servilismo de José Sazatornil en La escopeta nacional de Berlanga. Cuando en Catalunya se habla de seny, algo se pretende frenar (una radicalidad, un atrevimiento o un disparate). Trellat, por el contrario, se usa hoy en Valencia como signo de reacción. Es una reivindicación de la razón práctica ante los desaguisados económicos, políticos y morales cometidos en el interior de la burbuja inmobiliaria. Trellat se está poniendo de moda como consigna y conjuro ante la actual tendencia española a escarnecer los excesos, las penas y las dificultades de los valencianos; unas, trabajadas a pulso, otras, no tanto.

En Catalunya suele hablarse del entrellat con un significado muy distinto: enigma, intríngulis, misterio, laberinto (una persona con seny siempre logrará resolver el entrellat). Trellat tiene hoy en boca de los valencianos un eco reformista ante las simplificaciones de derecha y de izquierda, por ejemplo, un reciente reportaje de La Sexta sobre la supuesta querencia levantina por la corrupción, que ha levantado ampollas.

El importante editorial del diario Las Provincias del pasado 19 de enero con el título «Valencia es mucho más» iba en búsqueda del trellat: «Resulta casi obvio señalar que, a la vista de los resultados, muchas cosas se han hecho mal. Y no se trata en esta hora difícil para los valencianos de ocultar ni los problemas ni las equivocaciones. La sociedad no lo permitiría. Los ciudadanos reclaman responsabilidades y exigen explicaciones acerca de cómo se ha llegado a este agujero negro en que se halla sumida su región. Los casos de corrupción —llámense Gürtel, Emarsa, Brugal o cualquier

otro— y los de despilfarro —un aeropuerto de Castellón sin aviones ni pasajeros o el redundante Ágora— precisan de luz y taquígrafos, de claridad y puertas abiertas para que la justicia pueda hacer su trabajo (como está ocurriendo), para que el Estado de derecho, con todas sus garantías, funcione y demuestre que goza de buena salud (...) A partir de estos errores evidentes, Valencia ha sido conducida ante la opinión pública de toda España y ha sido acusada, juzgada y sentenciada. La condena es el escarnio (...) Los errores de una clase política que no ha sabido estar a la altura de las circunstancias se trasladan a toda la sociedad, a los ciudadanos, a las empresas, a las instituciones. Lo valenciano está de capa caída ante los ojos del resto de los españoles (...)».

El manifiesto «Más sociedad civil», lanzado el pasado domingo por veinte empresarios y profesionales con apellidos, algunos de ellos, vinculados a la burguesía tradicional valenciana, tiene trellat y muchas adhesiones.

El creciente protagonismo de las organizaciones empresariales en el debate público y en la reivindicación del corredor ferroviario mediterráneo contiene trellat, y más lo va a tener un próximo pronunciamiento del empresariado valenciano pidiendo una revisión del actual modelo de financiación de las autonomías (ya saben, el gen mediterráneo de la deuda con el que un día nos sorprenderá la revista Science: las tres comunidades más endeudadas, Catalunya, Valencia y Baleares, contribuyen a la solidaridad interna española, pivotan sobre la pequeña y mediana empresa, no viven bajo la sombra de los ministerios y se hallan lejos del fuero).

Tienen trellat los esfuerzos para evitar la evaporación del Banco de Valencia y las críticas cada vez menos veladas a Rodrigo Rato por la manera como Bankia está gestionando los intereses valencianos, toda vez que la asimilación de Bancaja ha permitido a la antigua Caja Madrid acceder a más ayudas del FROB. Con una base de 47.000 pequeños accionistas, el Banco de Valencia se está convirtiendo en casus belli.

Hay trellat en la afirmación oída el pasado martes en un amable almuerzo compartido con la plana mayor de la Asociación Valenciana de Empresarios (AVE): «Para Valencia comienza a ser importante un mayor equilibrio entre Madrid y Barcelona». Y tendrá trellat un enfoque más inteligente y menos pasional de la cuestión del agua, verdadera piedra de toque de las complejas

relaciones entre valencianos y catalanes. En Catalunya, concretamente en Lleida, hay ideas interesantes al respecto, elaboradas por la gente del Compromís per Lleida: el agua como mutualidad entre territorios. Ideas para resolver el entrellat y abrir nuevas perspectivas. Que es lo que hoy, de verdad, importa.

LA GEOGRAFÍA NOS SALVARÁ

15 de abril, 2012

Regreso a Sevilla, veinte días después de las elecciones en las que el partido ganador perdió —mucho, a tenor de lo que hemos visto durante esta semana de vértigo— y el perdedor ganó la mona de Pascua: una dulce derrota que sabe a resurrección. Sevilla huele estos días a azahar —intensamente en la plazoleta de Santa Marta— y ofrece una cierta tranquilidad. Una serenidad mineral que oculta algo. Sevilla es una ciudad muy suya. Senequista, cristiana y mahometana. Estoicismo, devoción y disimulo. Nada que ver con el nerviosismo madrileño, que ayer escaló la cima del Kilimanjaro al conocerse el suceso de Botsuana.

Confieso que me equivoqué con las elecciones andaluzas del 25 de marzo. Aun apelando a la prudencia, dibujé el día anterior una crónica que auguraba una victoria casi inapelable del PP, con el consiguiente vuelco estructural en la política española. Ese era el nervio que se detectaba en las grandes ciudades andaluzas. Las capitales querían cambio y así quedó de manifiesto en las urnas. Una pancarta de celebración ya estaba enrollada en el balcón de la sede del PP en la sevillana calle de San Fernando. Y buena parte de los dirigentes socialistas daban por descontada la derrota. Solo José Antonio Griñán confiaba en el éxito de su estrategia rusa: apurar la legislatura hasta el último día y dejar que el PP topase con el General Invierno de los recortes. A Griñán se le daba por muerto. Recuerdo, sin embargo, dos matices. José Rodríguez de la Borbolla me advirtió en Sevilla que en el barrio de Bellavista se detectaba nerviosismo tras la aprobación de la reforma laboral. Y Ramón Vargas-Manchuca me comentó lo siguiente en

Cádiz: «Racionalmente, todo lleva a la victoria del PP; después de treinta años de hegemonía socialista y de tantos escándalos, mucha gente quiere el cambio, pero a medida que se acerca el día, noto un freno». Me como, por tanto, la jugosa imagen de Boabdil entregando las llaves del Sur al Partido Alfa de las dos Castillas. El PSOE ha quedado intervenido por Izquierda Unida. No se sabe cómo gobernará Griñán, pero Andalucía, el segundo Portugal de la península Ibérica, ha desobedecido al Directorio Europeo. Eso es lo que cuenta. El voto silencioso de un jornalero de Osuna y la abstención no menos disimulada de un camarero de Marbella han roto los cien días de Rajoy, cuya planificación giraba, obsesivamente, en torno a la toma de Andalucía. Me cuentan en Sevilla el titular más exacto de aquella jornada electoral. Un titular que no ha aparecido en ningún periódico. Su autor es Fernando Soto Martín, exsecretario general del Partido Comunista de Andalucía y uno de los sindicalistas del célebre proceso 1001 contra CC.OO. en la fase final del franquismo. Dijo Soto, un hombre de mirada silenciosa y antigua: «Los sindicatos le han ganado las elecciones andaluzas al PP». Quizá sea esa la verdadera clave del 26 de marzo. Una victoria estratégica de los sindicatos, más que del PSOE, superviviente, pero con el flanco izquierdo —ese flanco que tanto temía Felipe González— abierto en canal. Tres días después del suceso andaluz, CC.OO. y UGT reconquistaban simbólicamente la Puerta del Sol de Madrid.

A los animadores del 15-M no les gusta esta lectura. El movimiento 15-M prepara su reaparición. Movilizarán a mucha gente el 12 de mayo, sin duda alguna. Pero el alma de la protesta social no gira hoy a su alrededor, al menos en Madrid. Una derrota humillante de los sindicatos entre el 26 y el 29 de marzo habría abierto un escenario inédito en España: el PP y el 15-M, frente a frente. El Partido Alfa y el Partido Twitter. Esa no es hoy la foto y por ello reaparece la idealización de unos nuevos pactos de la Moncloa. Sobre este eje girará la política española en los próximos meses.

El Partido Alfa ansiaba una hegemonía casi absoluta para atravesar la cortina de fuego de los ajustes. Deseaba una coraza y quería desnucar al PSOE. Transcribo una frase atribuida a José María Aznar —fuente fiable— la noche electoral del 20 de noviembre: «¿El PSOE ha sacado 110 diputados? Son demasiados. Hasta que no se queden con cuarenta, España no tendrá solución». La inseguridad es una constante histórica de la

derecha. La fallecida Loyola de Palacio lo resumió de la siguiente manera durante el alto aznarato: «La gente nos vota, pero no nos ama». En pocas palabras, desde el 26 de marzo andaluz, el Gobierno de España es Alfa menos uno. Y en Europa han tomado nota. Y en la City de Londres. Y también en la Casa Rosada de Buenos Aires.

Serenidad mineral en Sevilla, como les decía. En un debate en el hotel Colón sobre el retorno de España a la modestia, expongo, quizás influido por el nerviosismo madrileño, que el peor escenario para España sería la decisión estratégica de Alemania de abandonar la Europa del Sur a su suerte —previo cobro de las deudas— para avanzar hacia Moscú y conquistar el emergente mercado de la Gran Turquía. Un señor de Sevilla levanta la mano y objeta lo siguiente: «Podría darse esa tentación, pero mire usted hacia abajo y vea lo que hay al otro lado de Gibraltar: el Magreb con el islam inflamado y 800 millones de africanos. Por la cuenta que les trae, no creo que nos abandonen del todo».

LA VÁLVULA DE SEGURIDAD

13 de mayo, 2012

El País Vasco es una de las válvulas de seguridad del actual momento español. La paradoja es tremenda. La nacionalidad que parece más próxima al pronunciamiento independentista tiene todos los visos de acabar actuando de mecanismo estabilizador. Intentaré explicar por qué.

En primer lugar, hay que tomar nota de un hecho relevante. Por decisión expresa de Mariano Rajoy y Antonio Basagoiti, el tiempo de pausa electoral puede durar muy poco en España. En medio de la peor crisis desde la muerte del general Franco, el PP ha retirado su apoyo al PSOE en el Parlamento de Vitoria, dando por acabada una experiencia inédita y muy deseada durante años en Madrid: la configuración de una mayoría de gobierno no nacionalista en Euskadi. Lo más probable es que haya elecciones anticipadas en otoño y, a tenor de las encuestas, lo más posible

es que el PNV pueda formar gobierno, con el apoyo del PP o del PSOE, o aliándose con la izquierda nacionalista, que podría concurrir bajo el paraguas de la coalición Sortu, si así lo autoriza el Tribunal Constitucional.

Después de tres años de descanso en el banquillo, el PNV regresa ofreciéndose como fuerza central estabilizadora, frente a los españolistas y esos chicos que están gobernando la Diputación Foral de Gipuzkoa y el Ayuntamiento de San Sebastián de una manera que inquieta a no poca gente de la clase media vasca, incluidos bastantes abertzales. La gestión no es su fuerte y, entre otros asuntos, manejan el padrón fiscal de Gipuzkoa en tiempo de crisis.

Con Arnaldo Otegi como cabeza de cartel, los abertzales podrían ser la fuerza ganadora, pero el Tribunal Supremo acaba de decidir que Otegi pase un tiempo más en la cárcel. Si Sortu, el formato más genuino de la antigua Batasuna, es legalizada —y probablemente lo será—, puede haber problemas de acomodo para el sector más moderado, esa Eusko Alkartasuna en la que incluso hay gente afiliada al Opus Dei, como el actual diputado a Cortes por Amaiur, Rafael Larreina. Con poco margen para el victimismo, Sortu —o Bildu, o Amaiur— difícilmente ampliará su espacio electoral, y ello explicaría la disposición del Ministerio del Interior a acercar presos de ETA al País Vasco, contrariando al sector más duro del PP y al núcleo más intransigente de las asociaciones de víctimas del terrorismo. El PNV y el PP están de acuerdo en dos cosas: el tiempo del lehendakari socialista, Patxi López, que aspira a suceder a Alfredo Pérez Rubalcaba al frente del PSOE, debe acabar lo antes posible, y debe disminuir el clima de excepcionalidad en el País Vasco para no alimentar electoralmente a su facción política más extrema. Hay, sin embargo, otros puntos de acuerdo menos conocidos. PNV y PP pactaron en fecha reciente el consejo de administración de Kutxa Bank —entidad nacida de la fusión de las tres principales cajas de ahorros vascas —, bajo la presidencia de Mario Fernández, vicepresidente en la administración Garaikoetxea (1982-1985) y empresario con excelentes contactos en Madrid. Kutxa Bank probablemente esté llamada a tener un mayor papel en las finanzas españolas. Más adelante veremos por qué.

Bajo estas premisas recomienza la gran partida de mus vasca. Una partida a lo grande, con las obras del AVE a toda velocidad en los presupuestos

generales del Estado de 2012. ¿Un relato complicado? Pues aún lo vamos a complicar un poco más. Tomen nota. El PNV está preocupado por la reclamación catalana de pacto fiscal y por la intensidad del debate que propulsa Artur Mas sobre el reparto territorial de la solidaridad interna española. Públicamente no se habla de ello, pero esa preocupación existe en Sabin Etxea, sede central del partido en Bilbao, en la medida en que coincide con el deseo alemán de una mayor homogeneización fiscal de la zona euro. El PNV sabe que España está abocada a una revisión del modelo autonómico y teme que el estrés fiscal de los catalanes se acabe traduciendo en una merma del generoso cupo, el secreto mejor guardado de la Hacienda pública española.

Sigan tomando nota. Un financiero vasco, José Ignacio Goirigolzarri, acaba de tomar el mando de Bankia, con el acuerdo del Gobierno. El último superviviente del linaje vasco del BBVA tendrá acceso a las cajas negras del PP madrileño y valenciano cuando proceda a abrir en canal el banco recién nacionalizado. Lo sabrá todo. Goirigolzarri es rico, independiente y goza de un gran prestigio profesional. Nacido en Bilbao y formado en Deusto, también es un hombre bien comunicado con la élite del PNV. Una vez saneada con dinero público, Bankia acabará saliendo a subasta. Y quizá sea esa una buena oportunidad para Kutxa Bank. (Y para otras entidades, por supuesto).

Y, por último, el debilitamiento de Patxi López avivará la inconclusa pugna en el PSOE. Revisados los errores del congreso de Sevilla (esa Pasionaria de 140 caracteres), Carme Chacón olverá a la carga a lomos de un caballo alazán andaluz y con una biografía de próxima aparición, escrita por buena mano.

En la UVI, España sigue jugando al mus.

MADRID SE HA IDO

20 de mayo, 2012

En solo quince días han fundido Bankia y se han visto obligados a reconocer que la deuda pública madrileña asciende al doble de lo comunicado al Gobierno cuando este emprendió, en marzo, una delicada y difícil negociación con Bruselas sobre el ajuste de 2012. Rechazaron una hipótesis de salvación —deseada por la Moncloa—, porque podía reforzar el poder económico de Catalunya, y han maquillado las cuentas durante meses para poder construir la ficción ideológica de un centro virtuoso y una periferia malgastadora, identitaria y corrompida. Doble golpe bajo a Mariano Rajoy, cuyo Gobierno hay días que parece perdido en medio de la niebla.

Como consecuencia de ello —el hundimiento de Bankia y el afloramiento de una deuda oculta en el peor de los momentos—, toda la banca española será auditada por dos agencias extranjeras que podrían caer en la tentación de valorar al alza los riesgos contraídos; el nuevo presidente francés François Hollande —el hombre que ha de salvarnos de todos los males, dicen—, ya reclama la intervención europea de los bancos españoles, y Bruselas enviará inspectores a Madrid para escrutar el estado real de las cuentas públicas. Directorio Europeo por partida doble. El prestigio del Banco de España, por los suelos, el daño en la imagen de España, cada vez más difícil de reparar, el Ibex 35 en vilo y las posiciones estratégicas de las multinacionales españolas en el mundo, en fase de alto riesgo. Gran Madrid, ¡bravo por la faena!

No quiere ser esta una crónica deportiva, pese a que el relato de la política incorpora cada vez más elementos del periodismo deportivo. No estamos ante un Madrid-Barça a gran escala. No hay motivo —en Barcelona— para alegrarse de lo que está ocurriendo en la capital. No nos confundamos. La debilidad del sistema España es, en estos momentos, la debilidad de todos. La deuda de la Generalitat de Catalunya ya acumula dos calificaciones de bono basura (Moody's y Standard & Poor's). Incluso a los vascos, protegidos por el mullido colchón foral, les preocupa la debilidad estructural española. Vean si no la moderación con la que el PNV se moverá en los próximos meses.

Hay que levantar la vista. Observada desde Pekín, España es un pequeño rectángulo. Una península que cierra un mar en llamas: Portugal, digna y

pobre; España, en vertiginoso descenso; Italia, precarios equilibrismos y reaparición del terrorismo; el mosaico balcánico, todavía humeante; el drama griego; la emergente Turquía, presta a resucitar el Imperio otomano; el Líbano, ensangrentado; la brutal guerra civil en Siria; Israel, dispuesto a atacar Irán antes de que arme la bomba atómica; el gran Egipto tambaleante; la anarquía libia, el hermetismo argelino, la pequeña esperanza de Túnez y la complicada estabilidad de Marruecos. Esa es la región del mundo que habitamos y algunos dirigentes españoles lo olvidaron durante años, emborrachados por la prosperidad inducida por el ladrillo. Quijotes de derechas y quijotes de izquierdas. Cuando el viento de la globalización sopla a tu favor, el lugar en el mundo puede ser relativizado; cuando las cosas se complican, la geografía impone su ley.

Mapas, mapas, mapas. En Berlín, Washington, Londres y París nos conocen mejor —y por tanto saben lo golosas que pueden llegar a ser las posiciones empresariales españolas en Latinoamérica— y en estos momentos tienden a ver las pugnas hispánicas en términos especulativos, aunque el Financial Times comience a publicar artículos comprensivos con las reclamaciones catalanas y el nuevo ministro del Interior francés, Manuel Valls, hijo de Barcelona, hable catalán y tenga un perfecto conocimiento de la complejidad española.

No hay motivo para alegrarse por la espesa niebla de estos días en la plaza de Castilla, ni estamos ante un Madrid-Barça a gran escala, pero algunas cosas hay que decirlas, para no reventar. Y para honrar a Jaume Vicens Vives, quien nos enseñó que la tensión entre centro y periferia es la principal clave explicativa de la España moderna. Léanlo en La España contemporánea, de reciente publicación: «Lo que hace más incomprensible a la esfinge hispánica de nuestro tiempo es que de todas las naciones surgidas del Renacimiento es la única que se preguntó si existía».

En el tránsito del siglo XX al XXI, la esfinge quiso responder a la pregunta transformando Madrid en un coloso financiero y demográfico indiscutible, una vez cortadas las vías de comunicación entre Catalunya y Valencia y aislado el País Vasco, con su cupo y su drama interno. No hay que excluir que esa estrategia acabe triunfando —lo veremos en los próximos años—, pero las clases dirigentes de la nueva hegemonía están cometiendo

gravísimos errores. En plena euforia inmobiliaria, un hombre con fama de excéntrico formuló la siguiente advertencia: «Es preciso que los ciudadanos de toda España tengan una idea clara de lo que pasa en Madrid. Porque si no hay una reacción en toda España frente a la deriva de la capital, podemos pagarlo muy caro». Pasqual Maragall i Mira tituló el artículo «Madrid se ha ido» (El País, 7-7-03). Le trataron de loco; con especial énfasis bastantes de los suyos.

SEGADOR, ANTE EL ABISMO

22 de julio, 2012

Ráfagas de viento africano recalientan Madrid y ayudan a comprender por qué estalló la Guerra Civil. Lo nuevo y lo viejo cruzaron mal la mirada en un caluroso mes de julio. Lo nuevo: los estragos del crac del 29, la primera gran crisis financiera a escala internacional, en un país atrasado y con muchas cuentas pendientes. Lo viejo: esas cuentas difíciles de resolver, el pesimismo atroz de 1898, el laberinto del siglo XIX, los errores de la Monarquía, los impulsos sádicos de buena parte de la oficialidad africanista, el cinismo antiguo de los señoritos falangistas y la práctica inexistencia de un partido pequeño burgués estabilizador. Por la mañana, el PSOE era socialista a fuer de liberal, por la tarde, sindicalista-revolucionario. A España le cayó 1929 encima y no tuvo fuerza para asentar el nuevo orden republicano sobre una indestructible base social. Sesenta años atrás ya había fracasado, con burlas y estrépito, la Primera República. El general Joan Prim, el hombre de acción de Reus que quiso inventarse una dinastía verdaderamente liberal, lo había advertido, mientras negociaba la entrega del Trono al príncipe Amadeo de Saboya: «Mientras yo viva, en España no habrá república. Una república nos conduciría al desastre». Cada medio siglo, España se asoma al abismo y se parte en dos. Cada cincuenta años, la mitad del país deja de soportar a la otra mitad. Y cada año, el calor altera peligrosamente las meninges. Sin el factor térmico no se entiende la política española. En verano la tierra quema, así en las posesiones africanas como en la meseta. Sin ventilación marítima, Madrid es un horno por las

noches. De manera que mi conclusión es la siguiente: con aire acondicionado en las casas y buenos ventiladores en los cuarteles, con un poco más de alegría sexual y con la posibilidad de cruzar insultos vía internet, no habríamos tenido Guerra Civil. Un país es fruto de su historia, de su geografía, de su demografía... y de su climatología...

—¿Se encuentra usted bien?

—¿...? Claro que me encuentro bien. Vaya pregunta.

—Muy bien no debe de estar. Lleva más de media hora hablando solo y sin apenas tocar la taza de gazpacho...

—¿...? ¿Hablando solo? No, no, no. Estaba hablando conmigo mismo. Las cosas feas suceden tan deprisa que no es fácil mantener un discurso coherente y estable. Necesito siempre un punto de apoyo. Una panorámica que me proteja de tantos cambios bruscos. ¿Usted no lo necesita?

—Mi gran punto de apoyo es esa pared de la que llevo años colgado. Exactamente desde 1994, año en que fui ejecutado en la plaza de las Ventas. Condenado a la eternidad, le confieso que comienzo a estar harto de las grandes panorámicas. Le juro que estos días tengo unas ganas enormes de descolgarme, salir en estampida por el centro de Madrid y empitonar a algunos que yo me sé.

—Pues yo me recluiría ahora mismo en un convento. Necesito descansar y tranquilizar la mente. Necesito calma y referencias estables. Me está saliendo el instinto conservador.

—No se confunda, usted es esencialmente conservador. Y no se atreve a reconocerlo. Diría más, es usted un reaccionario. Tiene mucho miedo a los cambios. Sospecha de toda novedad. Y en esta época de incertidumbre no puede vivir sin un marco estable.

—Oiga, pero ¿cómo se atreve usted? ¿Quién es usted? ¡Un toro que habla! ¿Dónde estoy? ¿Qué broma es esa?

—Ciertamente está usted mal. Ni siquiera me reconoce después de haberse convertido en el hazmerreír del periodismo. El cronista que habla con la cabeza disecada de un Miura azabache. Entró hace media hora, se ha atiborrado de Vichy Catalán, apenas ha probado el gazpacho, se ha puesto a hablar solo y mucho me temo que las burbujas le están enturbiando la cabeza.

—Ahora caigo. Así hablaba Zaratustra. ¿Una peña de seguidores de Nietzsche?

—No. De esos quedan muy pocos. No. La cueva de Zaratustra de Ramón María del Valle-Inclán. Relea usted Luces de Bohemia y la encontrará en el acto segundo: «La cueva de Zaratustra en el Pretil de los Consejos. Rimeros de libros hacen escombro y cubren las paredes. Empapelan los cuatro vidrios de una puerta cuatro cromos espeluznantes de un novelón por entregas. En la cueva hacen tertulia el gato, el loro, el can y el librero Zaratustra. Abichado y giboso —la cara de tocino rancio y la bufanda de verde serpiente—, promueve, con su caracterización de fantoche, una aguda y dolorosa disonancia muy emotiva y muy moderna».

—¡Qué bueno era Valle-Inclán escribiendo!

—¡Sublime!

—Creo que ya me voy acordando. Sí, sí, ya me acuerdo. Esta mañana me he despertado con una idea fija: «Antes de recluirme en el convento he de pasar por casa del oráculo». Quizás he abusado del agua con gas y se me ha ido un poco la cabeza. Sí, sí, ya me acuerdo. Tengo una pregunta para usted.

—¿...?

—¿Cuándo acabará esta pesadilla? ¿Hacia dónde vamos?

—¿Me está tomando usted el pelo? Yo soy oráculo, no analista político. Leo el vuelo de las aves y capto el rumor de los mentideros. Ato cabos. Nada más. Y he decidido no explotar el catastrofismo, filón que se está convirtiendo en una nueva rama de las Ciencias Económicas. Con alguna honrosa excepción, no supieron predecir la magnitud de la tragedia y

ahora algunos economistas pretenden vivir del miedo de la gente. Catástrofes Krugman es hoy la firma más afamada de esa nueva línea de negocio.

—¿Qué va a pasar?

—No lo sé. No tengo ni puñetera idea.

—¿Qué se comenta?

—Rajoy hará todo lo posible para resistir la embestida. Resistir y atornillar los importantes acuerdos de finales de junio en el Consejo Europeo.

—Creo que se está quemando. Hace un año, con Zapatero en la Moncloa, la prima de riesgo de la deuda superó por primera vez los trescientos puntos y parecía que iba a acabarse el mundo. El PP se instaló en el catastrofismo y consiguió que todos sus electores y buena parte de los votantes socialistas llegasen a la conclusión que una victoria contundente del centro derecha era, en sí misma, un factor de solución. Transcurrido medio año, esa percepción se ha venido rotundamente abajo. Seis meses después, la prima ya supera los seiscientos puntos. Cien puntos por mes. Ese es el balance.

—Olvida usted que la crisis no es nunca una foto fija. Como el famoso río del filósofo Heráclito, la crisis es una realidad caótica en continuo movimiento. La crisis fluye sin cesar. Lo único estable en una crisis es la sensación de crisis. La política ha llegado a ser muy torpe en España pero no podemos olvidar que hace un año la lógica del momento era otra.

—¿Está usted defendiendo a Zapatero?

—No, Zapatero ha cometido gravísimos errores, pero no es idiota.

—A mí me subleva verle cómo contrata pólizas de seguro sin parar. Acabó el mandato adulando a Aznar, en aquel almuerzo en la Moncloa difundido por el periodista Pedro J. Ramírez. Buscó afanosamente la complicidad de la prensa que más podía complicarle la vida —el citado Ramírez—, se ofreció a pararles los pies a los catalanes si insistían en el pacto fiscal, y hace unas semanas se colocó bajo el manto protector de la Iglesia católica al

aceptar ese debate en Ávila con el cardenal Antonio Cañizares. Zapatero ha visto naves en llamas cerca de Orión y ha desarrollado una completa táctica de supervivencia. Ha dado brillo al cardenal Cañizares —que aspira a suceder al cardenal Rouco Varela al frente de la archidiócesis de Madrid— y a cambio obtiene una cierta benevolencia del Vaticano, que hace un año aún lo consideraba una calamidad para el catolicismo en Europa. La capacidad camaleónica de Zapatero es extraordinaria.

—Es altamente recomendable no dejarse llevar por el orgullo. Zapatero maneja el orgullo a su manera. No le gusta perder, no le gustan las malas noticias y ha vivido durante unos años bajo la protección del banquero Emilio Botín, Botín ha tenido un papel muy importante en la manera como Zapatero enfocó la gestión de la crisis. La obstinación en negar la existencia misma de la crisis llevaba tirantes rojos.

—¿Cómo?

—La llegada de la crisis a Europa coincidió con la operación estratégica más importante del banco de los tirantes rojos. Estaban entrando en la City ante el abierto recelo del poder financiero británico. Por razones obvias, al banquero de rojo no le interesaba en aquel momento un discurso catastrofista sobre el impacto de la crisis financiera global en España. Podía haber sido triturado por los británicos.

—Me parece muy especulativo eso que dice. Zapatero se encastilló en la negativa a la crisis por interés electoral y porque no soporta que las malas noticias estropeen su visión de la realidad. Se obstinó en la negativa para proteger su imagen de político voluntarioso y optimista. Y lo llevó tan lejos que anticipó su calcinación. Observar ese empecinamiento a la luz de los acontecimientos actuales produce verdaderos escalofríos.

—Ya le he dicho que la crisis nunca tiene foto fija. Una crisis es un fluido de adversidades. A la luz de los acontecimientos actuales muchas cosas ocurridas en España producen terribles escalofríos.

—No se escape por carreteras secundarias. ¿Qué va a pasar?

—Ya le he dicho que no lo sé. Solo sé que Rajoy no va a arrojar la toalla como algunos creen.

—Corren rumores. Josep Piqué.

—Sí, ya lo he oído. Un presidente catalán de perfil «técnico». Bien visto por Aznar y capacitado para una buena interlocución en Europa. Cuatro pájaros de un tiro: súbito cambio de centro de gravedad en el PP, refuerzo de la capacidad de influencia de Aznar, puertas abiertas a un hipotético gobierno de concentración nacional con el PSOE, si las cosas siguen complicándose, e interceptación de la política soberanista de CiU. Después de Prim, de nuevo un catalán al frente de España. Una jugada perfecta. Demasiado perfecta para ser verdad. Yo contemplaría otras hipótesis.

—¿Cuáles?

—Como le he dicho, Rajoy no va a rendirse. Es un hombre perfectamente acostumbrado a resistir. En el supuesto de una intervención completa de la economía española —que en ningún lugar está escrito que se vaya a producir de manera indefectible— podría sacrificar el actual equipo económico, nombrando un segundo vicepresidente. Y ahí debería tener usted en cuenta el nombre del actual ministro de Exteriores, José Manuel García-Margallo.

—¡Por fin habla el oráculo!

—Siendo eurodiputado, el abogado y economista García-Margallo participó en la formalización teórica de la Unión Bancaria, conoce bien los laberintos de Bruselas, tiene buen trato con los alemanes y es amigo personal de Rajoy. Jamás le traicionará. No pierda de vista a García-Margallo.

—¿Aznar, sin margen de maniobra?

—Hoy por hoy, mucho menos de lo que pueda parecer. Hay una mitificación excesiva de la figura de Aznar, alimentada por la izquierda, que le aborrece y le teme. Aznar solo volverá a ser un poder fáctico si Mitt Romney gana las elecciones presidenciales norteamericanas del 6 de

noviembre. No olvide que es uno de los fiduciarios en Europa del Partido Republicano. Con Obama en la Casa Blanca, con el socialista Hollande en el Elíseo y con los socialdemócratas levantando cabeza en Alemania, le veo poco margen. Su cuita ahora es otra.

—¿Cuál?

—Salvar al soldado Rato.

—¿Tan amigos son?

—No, pero el estallido nuclear de Bankia impacta de lleno en su legado. Hasta hace cuatro días había en Madrid dos culpables claros de la crisis, el chivo expiatorio estaba bien dibujado. El inepto Zapatero y las pérfidas autonomías. Con el hundimiento de Bankia, el relato cambia de dirección. La banca politizada se coloca en el centro del huracán. Si Rato carga en solitario con las culpas de Bankia, el legado de Aznar podría acabar siendo aplastado. Adiós nostalgia del «España va bien».

—Por ello, el PP ha cambiado de táctica y ha solicitado la comparecencia parlamentaria de Rato, Fernández Ordóñez, Narcís Serra y de otros directivos de cajas de ahorro. Quieren evitar la soledad de Rato en el campo de la culpa.

—Efectivamente. Rato se explicará y Miguel Ángel Fernández Ordóñez va a recibir muchas tortas por su gestión en el Banco de España.

—Muy bien, muy interesante, pero no me ha contestado. ¿Cuándo acabará esta pesadilla?

—No lo sé.

EL DERECHO A NO TENER MIEDO

30 de septiembre, 2012

Se levanta el telón. Una mesa dispuesta para la cena de Nochebuena. Tres comensales. Tres viejos amigos. Dos antiguos ministros de UCD y un jurista que tuvo asiento en el Tribunal Constitucional por cuota socialista. Un silencio embarazoso, apenas roto por el ruido de los cubiertos. Atmósfera espesa. Miradas huidizas. Tras un ligero carraspeo, uno de los tres personajes toma la palabra y arroja su pesadumbre:

—«¿En qué nos hemos equivocado...?».

—Con la que está cayendo, ahora se dedica usted a imaginar obras teatrales. Ya, ya lo entiendo. Ustedes los catalanes siempre han tenido una gran vocación por la comedia...

—Siempre me ha gustado el teatro. Herencia familiar. El actor Enric Borràs, nacido en Badalona, figura entre mis antepasados. Creo que es un buen momento para volver al teatro político. Un poco menos de sátira y más guiones con fondo realista. Imagínese a esos hombres de la Transición con tres grandes bandejas encima de la mesa de Nochebuena: una crisis económica de caballo y sendas mayorías soberanistas en los parlamentos de Catalunya y el País Vasco. Treinta y cinco años después, ese es el panorama. En la Navidad de 2012 se cierra el círculo iniciado en 1977.

—El teatro ha sido una de las principales aportaciones catalanas a la vida de Madrid en los últimos años. Josep Maria Flotats, Mario Gas, Josep Maria Pou, Albert Boadella y tantos otros artistas... El teatro ha sustituido a la industria textil. El teatro es el gran quehacer catalán en democracia. Hasta concluir con el golpe de efecto que ahora tienen entre manos. Un guion muy atrevido que acabará mal. Se lo advierto.

—Le veo a usted muy enfadado, Segador.

—¿Y cómo quiere que esté? ¿Bailando de alegría? Yo soy un toro español.

—¿No habíamos quedado en que era usted un toro senequista? Un toro parlante más allá del Bien y del Mal en la cueva de Zaratustra. Un estoico colgado de la pared de un bar. La definición más bonita de estoicismo se la

leí una vez a Indro Montanelli: «el estoico es el que va a la batalla sabiendo que va a perder y aguarda la derrota con ironía».

—Mucho me temo que en esta ocasión vamos a perder todos. ¿A quién se le ocurre arrojar más incertidumbre a la incertidumbre?

—No es una jugada. No lo es, al menos, en los términos que alguna gente cree en Madrid. La occasione maquiavélica de la que habla el sociólogo Fernando Vallespín; la puñalada trapera que denuncia Victoria Prego; la estrategia final de las cuatrocientas familias de la burguesía catalana que tanto morbo da a los artículos de José Luis Álvarez. No es una jugada, es una corriente. Lo escribió Antoni Puigverd hace unos días y acertó de lleno. Lea usted la encuesta que publica hoy La Vanguardia y verá cuál es la corriente principal en Catalunya. Una corriente profunda y amplia. El Gobierno se está equivocando con la analogía Mas-Ibarretxe.

—El Gobierno apenas tiene tiempo de ocuparse de otra cosa que no sea la crisis y ustedes, como siempre, se creen el centro del mundo.

—Toda nación busca al diálogo consigo misma. El poeta portugués Pessoa decía que toda nación es el mundo entero a solas. El intelectual católico italiano Andrea Riccardi afirma que donde hay un idioma hay una nación. Y el filósofo alemán Sloterdijk añade que Europa es hoy un sistema de histerias nacionales en fase de declive.

—Y a los catalanes no se les ocurre otra cosa que aumentar la histeria.

—Sloterdijk, que es un irónico, dice literalmente: «Europa es hoy la suma de 27 histerias, si le añadimos dos o tres más, aún será más divertido».

—No le veo la gracia. La independencia de Catalunya es vista por muchos españoles como una amputación. Primero, la crisis mal diagnosticada por aquel hombre ahora desaparecido, y ahora, riesgo de amputación. Los catalanes están convocando el fantasma de 1898. Le advierto que hay sesiones de espiritismo que acaban muy mal.

—¿No decía usted que era teatro?

—Teatro o no, le estoy hablando de los sentimientos de muchos españoles.

—¿Y alguien pensó en los sentimientos de los catalanes cuando se dio carta blanca para usar todo tipo de munición dialéctica durante estos últimos diez años? De aquellos polvos, estos lodos. Hace dos años lo advertimos desde la prensa de Barcelona y, para variar, se nos echaron encima.

—Quizá nos hemos equivocado todos. Ustedes, también.

—Le veo muy implicado.

—Me duele.

—Rajoy podía haber evitado o dificultado el movimiento de Mas. En vez de cerrarle la puerta el pasado día 20, podía haber propuesto una comisión de estudio del pacto fiscal a cambio de seis meses de calma. En realidad, Rajoy ha facilitado la estrategia de Mas. ¿Por qué?

—No lo sé. Usted siempre tiende a ver grandes cálculos detrás de todas las cosas. Presionado por la derecha mediática y por la derecha de su partido por el trato a los presos de ETA, no podía ceder ahora. Este verano han crucificado a Jorge Fernández Díaz. No podía ceder ni un milímetro. El 21 de octubre hay elecciones en Galicia y en el País Vasco.

—Exacto. Rajoy tiene elecciones en el País Vasco, donde los votantes del PP también sienten gran aprecio por la exclusividad del concierto. Si un día alguien osase tocar o rebajar el concierto vasco —cosa que no ocurrirá, se lo digo yo—, veríamos en la cabecera de la misma manifestación a Jaime Mayor Oreja y a Arnaldo Otegi. Acompañados de Iñigo Urkullu y Patxi López. Ya debe de conocer usted los últimos datos del Instituto de Estudios Fiscales: el cupo vasco arroja saldo positivo. 1.820 millones de euros de subvención anual a la comunidad más rica... mientras en Berlín se habla de homogeneizar la fiscalidad europea. La oferta clave del PP a la sociedad vasca para los próximos años es la siguiente: defender el régimen foral vasco-navarro ante los alemanes. De ahí la absoluta inoportunidad de la reclamación catalana.

—Rajoy se la juega más en Galicia que en el País Vasco. Hace cuatro años resucitó en Galicia. Un mal resultado ahora lo pondría a los pies de los caballos.

—Y el pimpampum con los catalanes también ayuda a ganar en Galicia. Basta oír a Alberto Núñez Feijóo. Si estás en apuros, dale a la tecla Catalunya. Ese hombre que parecía sensato, Fernández Vara, hablando de repatriar extremeños... Y los catalanes se han hartado de eso. Se lo juro. Estamos cerca del punto de no retorno.

—Por lo que leo, muchos catalanes ya están en él. Se imaginan independientes dentro de dos años, si no antes. Es increíble. Europa nunca lo aceptará.

—Por el momento, Europa calla. Y se observan enfoques de simpatía en la prensa internacional. En la prensa anglosajona, especialmente...

—¿En qué mundo vive? Un poco de modestia. Usted ha escrito no sé qué de la modesta España. Pues aplíquese el cuento. Al final será que los verdaderos quijotes están en Catalunya. No me extraña el amor de Cervantes por Barcelona.

—Perdone, pero el dosier Catalunya está hoy en las cancillerías europeas y en los medios de comunicación internacionales. Catalunya es hoy una pieza más de la crisis europea. Ese seguramente sea el gran acierto estratégico de Artur Mas.

—¡Por favor! Toda Europa, toda, está por el mantenimiento del statu quo nacional. Ya hay demasiados problemas. Y el Estado español no es una filfa. Que nadie minusvalore al Estado español.

—Estoy totalmente de acuerdo. La Agencia Tributaria, la Audiencia Nacional y, en última instancia, la Guardia Civil...

—Yo no estoy hablando del uso de la fuerza. Eso es un gravísimo error.

—La mayoría de las reacciones españolas posteriores al Onze de Setembre no han hecho otra cosa que ensanchar la corriente soberanista catalana. Si la

unidad de España depende de sus actuales propagandistas, le aseguro que va al desastre.

—La peor parte, a corto plazo, se la llevarán los socialistas...

—El PSOE no sabe qué hacer. La cuestión catalana dificulta la agenda del otoño caliente, pilotada estratégicamente por UGT y orientada a erosionar al máximo a Rajoy. Objetivo: forzar un gobierno de concentración nacional o la sustitución de Rajoy por otro líder del PP. El giro catalán interfiere y rompe el PSC. Y sin un PSC medianamente fuerte, el PSOE no vuelve a ganar unas elecciones en muchos años. Podríamos estar asistiendo a la quiebra del mapa sociológico del centroizquierda español. Oiga, lo que está pasando es serio. Muy serio.

—No tengo ninguna duda. Serio y doloroso. ¿En qué nos hemos equivocado?

—Si quiere, lo incluyo en la escena teatral. Cena de Nochebuena, con cabeza de toro al fondo. Los tres personajes dialogan con usted. «¿En qué nos hemos equivocado?».

—No se burle.

—No me burlo. Intento desdramatizar. Hay demasiado tremendismo. ¿Sabe qué es lo que está pasando, en el fondo?

—¿Qué?

—Que se ha levantado el estado de excepción.

—¿Cómo?

—Desde hace más de dos años, ninguna persona ha muerto en España por motivos políticos. Eso no había ocurrido nunca. La crisis económica coincide con la etapa más pacífica de nuestra historia. Sin terrorismo, no hay estado de excepción factual. Y sin estado de excepción, mayor libertad. No es ninguna casualidad que la cuestión catalana emerja con toda su crudeza cuando ETA ha dejado de matar.

—¿Qué sugiere?

—Imaginación. En 1977, unos políticos con la camisa azul recién guardada en el armario fueron a buscar a Josep Tarradellas al exilio e insertaron un fragmento de legalidad republicana en la pre-democracia vigilada por el ejército. Cuando interesó, Catalunya recibió un trato específico. Imaginación y no tener miedo. Reivindico el derecho a no tener miedo.

ELOGIO DE LA LOCURA

28 de octubre, 2012

Hace ya más de veinte años, pero lo recuerdo como si fuese ayer. El día del Senado en Barcelona. Yo llevaba pocos meses en La Vanguardia, después de unos años en El País, donde dejé buenos amigos y aprendí lo que es trabajar duro en la cantera de la información local. Era mi primera entrevista al alcalde de Barcelona en el nuevo puesto. Había temas de sobra —una extraordinaria acumulación de expectativas en la ciudad—, pero buscaba un guiño al lector. Algo nuevo. Un recuadro con perspectiva. Y se me apareció el Senado en Barcelona. Pregunté y obtuve del alcalde Maragall la respuesta que esperaba: «Estoy dispuesto a jugar muy fuerte. El Senado, como cámara territorial, efectivamente podría estar en Barcelona». 26 de enero de 1992.

En realidad, la idea no era del entrevistador. Se la oí a Xavier Vidal-Folch en una acalorada discusión sobre El Tema —el mismo tema que ahora nos ocupa y apasiona— y la capturé al instante. Era una de esas ideas capaces de sugerir un tiempo nuevo. Puesto que Barcelona'92 podía contribuir de manera importante al prestigio español en el mundo, era el momento de plantear en serio la cocapitalidad de España. Se trataba de retomar el hilo de la primerísima transición; el hilo suarista de 1976-1980. Cuando hubo necesidad de estabilizar el barco, golpeado cada semana por ETA, el aparato del Estado tuvo inventiva. Vaya si la tuvo. Fueron a buscar a Josep Tarradellas a Saint-Martin-le-Beau, comprobaron su disponibilidad y en

cuatro meses el Boletín Oficial del Estado injertaba una rama de la legalidad republicana en la incipiente monarquía democratizante. El 25 de octubre de 1977, centenares de miles de personas salieron a la calle para recibir a Tarradellas y Barcelona se convirtió en la cocapital de la Transición. El regreso del presidente exiliado reforzaba la veracidad del proceso democrático y evitaba que socialistas y comunistas capitaneasen la reivindicación de la Generalitat, diluyendo su peso electoral —entonces muy grande— en un gobierno catalán de unidad. Una jugada maestra. Tres años más tarde, activado desde Sevilla, comenzó el festival de las diecisiete autonomías, ese café para todos que ya no da más de sí, que ha manchado el mantel y que el Financial Times acaba de retratar como uno de los males de España.

Los Juegos de 1992 fueron un gran éxito y contribuyeron poderosamente al prestigio de España en un mundo que estrenaba nuevos horizontes con el hundimiento del muro de Berlín y el colapso de la Unión Soviética. Hicieron de Barcelona una ciudad fuerte y apta para el futuro. Sin ese salto, Barcelona sería hoy una Génova entristecida y Catalunya estaría hundida. Gracias a Barcelona'92, la marca España alcanzó uno de sus mejores momentos. No está de más recordarlo en las actuales circunstancias. En aquel año prodigioso ocurrieron cosas hoy impensables. Se interpretó «Els segadors» pegado a los compases del himno español en el Estadi de Montjuïc, sin insultos en la prensa de Madrid. Sin gatos chapoteando en el agua.

Los Juegos Olímpicos fueron un éxito y, evidentemente, el Senado no se trasladó a Barcelona. ¡Vaya ocurrencia! Felipe González no estaba para inventos federales y Jordi Pujol, aún menos. Aquello quedó como una excentricidad —una más— de Maragall. (Una década más tarde ya lo calificarían de loco). Hubo cierta polémica, caras de enfado y algún apoyo en Madrid: un interesante editorial de Diario 16, entonces bajo la dirección de Justino Sinova.

Veintiún años después, vuelven a ocurrir cosas prodigiosas, tras la proclamación de Artur Mas como sucesor de Maragall en la escala que conduce a la locura. (Francesc de Carreras en La Vanguardia del 23 de octubre pasado, «Mas, el iluminado», el artículo más mordaz que se ha

publicado en España sobre el presidente de la Generalitat, para pasmo de los charlatanes que hablan de una Catalunya totalitaria y sin libertad de prensa). Ocurren, digo, cosas prodigiosas. Mariano Rajoy acaba de ofrecer en Barcelona la «España plural» como antídoto de la independencia; han leído bien, «España plural», la expresión preferida por Zapatero antes de desertar. Felipe González defiende el «federalismo asimétrico», con el que Maragall acabó de ganarse la fama de trastocado. («Pasqual, esto que nos estás diciendo no puede ser», le dijo González en 2002). Salen federalistas del armario —federalistas guais, federalistas simétricos, federalistas asimétricos, federalistas cooperativos, federalistas equidistantes y federalistas decorativos— y el PSC acaba de incluir el traslado del Senado a Barcelona en su programa. Veintiún años después.

Demasiado tarde. Los tiempos han cambiado y la gente no está para según qué gastos. Con todo, seguiremos asistiendo a giros prodigiosos, porque algo huele a cambio. Lo escribo, yo también, desde la locura. Y en el interior de la locura se oyen voces. Parece que Ford traslada una fábrica belga a Valencia y que Seat apuesta fuerte por Martorell. Parece que el puerto de Barcelona ha de pagar su enlace ferroviario con Francia y que el corredor mediterráneo, menospreciado por el actual Gobierno, gusta en Europa. El arco mediterráneo, contrafuerte de una España plural. Creo que alguien habló de ello hace muchos años. ¿A ver si me acuerdo? Sí, el enajenado Maragall.

GANA ESPAÑA

26 de noviembre, 2012

Las elecciones catalanas las ha ganado España. Para decirlo de una manera más ortodoxa y más precisa, las ha ganado el statu quo español. Las ha ganado el orden vigente, a su vez sumergido en un creciente desorden. Ha ganado el orden establecido español por un largo, largo, largo, periodo histórico. Costará entenderlo, costará aceptarlo, costará digerirlo en amplios sectores de la sociedad catalanista, que siguen conformando una clara

mayoría social —una mayoría sentimental—, pero la frialdad de la relación de fuerzas se irá imponiendo a medida que pasen los días, las semanas y los meses. El Partido Alfa de las clases medias españolas, pese a las gravísimas dificultades que le plantea la crisis, sigue manteniendo el control del tablero.

Es verdad, hay una mayoría soberanista en el nuevo Parlament, de la que puede salir en las próximas semanas una coalición de gobierno de signo nacionalista. CiU y ERC suman 71 diputados, más que suficientes para pactar un ejecutivo estable, con la celebración de la consulta soberanista como punto central de su programa. Y CiU, pese al trallazo que ha sufrido, cuenta con la ventaja táctica de poder explorar otra mayoría de gobierno con los socialistas (sumarían 70 diputados). Incluso podría negociar el apoyo del PP para algunas cuestiones (ambos partidos dan 69 escaños). Y no existe la posibilidad de un tripartito de izquierdas alternativo (PSC, ERC e ICV solo suman 53 escaños; 56 si le añadimos las emergentes CUP). Cualquier fórmula de gobierno pasa por CiU y en caso de estrangulamiento parlamentario cabría la posibilidad —no del todo descabellada— de nuevas elecciones en un periodo medio de tiempo.

Gravemente accidentada, CiU sigue siendo el pal de paller. Continúa siendo la expresión política más genuina de las castigadas clases medias catalanas. Salvando todas las distancias, sigue ejerciendo el papel que desempeñó en Italia la Democracia Cristiana. Sigue siendo el Partit de Catalunya. Todo eso es muy cierto, pero las elecciones las ha ganado España. Las ha ganado el orden vigente.

De acuerdo, la mayoría soberanista va más allá de la suma de la primera y la segunda fuerzas. CiU, ERC, ICV y CUP, claramente partidarios del derecho a decidir alcanzan los 87 diputados, muy cerca de los dos tercios. Y la mayoría catalanista, en sentido amplio, sigue siendo enorme. Los partidos que de una manera u otra han incluido en su programa electoral la celebración de una consulta o referéndum (CiU, ERC, PSC, ICV y CUP) sobre el nexo de Catalunya con España suman 107 diputados, una mayoría absolutamente abrumadora que dejaría en pañales a los 28 diputados de estricta observancia españolista. Sí, también es verdad que PSC y PPC, los dos partidos más orgánicamente vinculados al establishment español,

Cánovas y Sagasta, Sagasta y Cánovas, apenas suman 39 diputados (sobre un total de 135), con una pérdida de siete escaños. Y aunque todo ello nos indica que CiU sigue gozando de un amplio margen de maniobra para negociar, a la italiana manera, distintas mayorías parlamentarias, lo cierto es que España ha ganado las elecciones catalanas. Nada verdaderamente inquietante para el orden vigente se va a producir en Catalunya en los próximos tiempos. Trabajo habrá para la formación de un gobierno estable, la aprobación de los presupuestos y la gobernación de un enorme aparato administrativo que depende de las transferencias mensuales del Ministerio de Hacienda.

Es cierto, la prensa extranjera, la prensa británica especialmente, hará hoy una lectura muy distinta de los resultados electorales que la prensa de Madrid, donde la política catalana será radicalmente escarnecida. Los anglosajones dirán —ya lo decían anoche— que en Catalunya ha ganado una mayoría independentista virada a la izquierda por los efectos de la crisis. Y en la capital de España se subrayará, sin paliativos, el fracaso de Artur Mas. Quizá sea más lúcida —en términos europeos— la primera lectura, pero lo cierto es que España ha ganado las elecciones catalanas. Ha ganado el orden vigente.

Y ha ganado porque ese orden, con toda su aspereza y sus impresentables kompromat para atemorizar al adversario, es objetivamente muy fuerte y la sociedad catalana ha desistido de concentrar en una misma narrativa los deseos de un orden distinto. El catalanismo es hoy una mayoría sentimental con graves dificultades de operatividad política. Catalunya no es Holanda, también muy fragmentada políticamente. Cuando dentro de unas semanas se negocie la formación del nuevo gobierno, los entusiasmos para formar parte de un ejecutivo obligado a seguir la senda de los duros sacrificios serán perfectamente descriptibles.

España tiene un problema, ciertamente: una crisis de caballo y dos parlamentos soberanistas (el vasco y el catalán). Pero será un problema manejable: los vascos no harán nada que pueda poner realmente en peligro los saldos fiscales positivos del ventajoso fuero, y Catalunya, atrapada por la retórica sentimental del soberanismo, se va a convertir en un avispero. Ha ganado España, ha ganado el orden vigente y queda claro que Nicolás

Maquiavelo no nació en Castellar de n'Hug. La política, la política de Estado, no está hecha para los catalanes. Ya se puso de manifiesto en los años treinta, y por aquellas cosas que pasan en la vida —en la que todo tiene que volver a empezar—, lo habíamos olvidado.

LA BRIGADA POMORSKA

9 de diciembre, 2012

La caballería polaca es uno de los grandes mitos de la Segunda Guerra Mundial. En septiembre de 1939, nada más iniciarse la invasión alemana de Polonia, los altos oficiales de la Wehrmacht se encontraron con una sorpresa: los polacos contratacaban con la caballería. ¡Con la caballería del siglo XIX! Polonia no había llevado a cabo la modernización militar de otros países europeos —el cuerpo de caballería era el más reticente— y se hallaba en clara inferioridad ante la renovada maquinaria de guerra alemana. (Tiempo después, los soviéticos se encargarían del tiro de gracia, fusilando a miles de oficiales y policías polacos en el bosque de Katyn). Caballos contra tanques. El 2 de septiembre de 1939, la heroica Brigada Pomorska se lanzó al galope contra los panzer. La unidad fue aniquilada y los oficiales alemanes, muy impresionados, se convirtieron en los grandes propagandistas de la gesta. Así nació la leyenda.

Hace seis años, cuando los cosas no estaban tan difíciles y había menos riesgo de que el diablo se apoderase de las metáforas, me atreví a utilizar la imagen de la Brigada Pomorska para ilustrar el comportamiento de las fuerzas políticas y económicas catalanas en los dos episodios clave de la legislatura Maragall-Zapatero (2003-2006): la reforma del Estatut y la opa de Gas Natural a Endesa. El intento de ampliación de la autonomía catalana con sesgos confederales y el no menos ambicioso propósito de concentrar en Barcelona el principal polo energético español. «La Brigada Pomorska» es uno de los capítulos de La rectificació, ensayo que tuve el honor de compartir con Lluís Bassets, Albert Branchadell, Josep Maria Fradera, Antoni Puigverd y Ferran Sáez Mateu. Un libro que, incluyendo puntos de

vista muy distintos e incluso contrapuestos, abogaba por una mayor dosis de realismo en la política catalana. Un libro necesariamente antipático en una Catalunya que entonces oscilaba entre el ensueño, el desapego, el hedonismo y la sátira. (Hoy se mueve entre el ensueño, el desapego, la sátira y la rabia ante la crisis).

Para quienes hemos heredado de la vieja cultura política un cierto respeto litúrgico por la relación de fuerzas, la historia de la Brigada Pomorska constituye una excelente metáfora de los desastres que se pueden derivar de un exceso de voluntarismo. En la confluencia del Estatut con la opa de Endesa (confluencia no deseada por los promotores de la segunda iniciativa), parece bastante evidente que no se calibraron de manera adecuada la fortaleza y la agresividad de los centros de poder derivados de la privatización de los antiguos monopolios públicos y de la fenomenal hegemonía política e ideológica del PP en la capital de España. Aquel doble envite fue interpretado rápidamente en Madrid como una prueba decisiva sobre la capacidad real del PSOE de José Luis Rodríguez Zapatero para abrir un nuevo surco en España. Si fracasaba, seguiría siendo el presidente por accidente. Y fracasó. Recuerdo como si fuese ayer, el seco comentario de un inteligente excolaborador de José María Aznar en un restaurante de Madrid: «El Estatut y la opa a Endesa; me temo que las dos cosas a la vez no van a poder ser».

Después del correspondiente cepillado en el Congreso, el Estatut acabó siendo taladrado por la guerra de guerrillas que el actual embajador de España en Londres tuvo la habilidad de orquestar en el Tribunal Constitucional ante la mirada atónita de su presidenta, María Emilia Casas, una experta en derecho laboral que jamás se había imaginado en una situación tan difícil. La opa a Endesa tuvo más rebotes que una pelota de baloncesto. Antes alemana que catalana, acabó siendo italiana. Fue comprada por Enel, una de las principales empresas públicas de Italia, no sin haber enemistado ferozmente a Angela Merkel con el presidente socialista español en vísperas de los tiempos terribles. Como en una tragedia griega, los principales actores de aquel agitado momento desconocían el drama que se avecinaba. (En 2005, Gas Natural ofrecía 21,3 euros por acción; en 2007, Enel desbarató la opa de la alemana E.ON y se hizo con la compañía, en alianza con Acciona, ofreciendo 40 euros por

acción; a finales de 2012, evaporado el milagro español, Endesa cotiza a 16,4).

La imagen de la Brigada Pomorska le gustó a Jordi Pujol, siempre interesado en las lecciones de la historia. Recuerdo bien su comentario (referido al gobierno tripartito de la Generalitat), acompañado del habitual carraspeo: «¿Pero qué se pensaban que es España? ¿Que no la conocen?». En aquellas fechas, Pujol publicó un artículo en ABC en el que venía a plantear un pacto: si España reconoce la dimensión nacional de Catalunya, Catalunya deberá corresponder.

El pacto no tuvo lugar, la crisis comenzó a devorarlo todo y la Brigada Pomorska vuelve a pasar por la mente de quienes creemos que el statuo quo español ha ganado las recientes elecciones catalanas y no compartimos el triunfalismo según el cual el 25 de noviembre tuvo lugar un simple ajuste de fuerzas en el interior del catalanismo. («Ha perdido el proyecto hegemonista del partido de los amos», sostiene el siempre racionalista Juan José López Burniol, autor de la más acerada definición del resultado electoral). Antes de proseguir, sin embargo, he de contarles un secreto.

He de contarles la verdad. La leyenda de la Brigada Pomorska es falsa. La caballería polaca jamás se lanzó contra los panzer alemanes. Esta romántica historia, ampliamente difundida en la Europa de la posguerra, fue fruto de la genial capacidad narrativa de Indro Montanelli, maestro de periodistas. Las brigadas de caballería polacas entraron en combate contra unidades de infantería alemanas, la lucha fue hombre a hombre, y en el curso de algunos de estos enfrentamientos intervinieron fuerzas mecanizadas de la Wehrmatch. Montanelli, en aquel tiempo corresponsal del Corriere della Sera en el Báltico, vio con sus propios ojos los restos de la caballería polaca y dio crédito al testimonio interesado de los oficiales alemanes. En sus memorias (Soltanto un giornalista, conversación con Tiziana Abate), Montanelli diluye hábilmente la leyenda. Los polacos se hallaban en clara inferioridad de fuerzas, pero no estaban locos. Los polacos siempre han sabido resistir.

2013

«El gobierno no convence a la calle, pero no ha perdido el control de la calle». Escribí este par de líneas en mayo de 2013. La devaluación interna seguía su curso. El desempleo alcanzaba su pico más alto en la serie histórica que va de 2006 a 2022. Aquel año, el paro llegó a superar el 25% y la calle no estalló.

En la Europa posterior a la Segunda Guerra Mundial las grandes marejadas sociales no se producen en los momentos de mayor dificultad económica. Los mecanismos de protección social actúan, con mayor o menor eficacia, con mayor o menor generosidad, según los países, de manera que la gente espera a que amaine antes de revolucionarse. Las protestas más fuertes vienen después, cuando empieza a escampar y la mejora no es igual para todos. El veterano periodista Mariano Guindal, entrañable amigo, enciclopedia de la economía española desde la Transición, siempre me decía lo siguiente durante aquellos años de incertidumbre: «Las manifestaciones se convocan una vez ha pasado lo peor de una crisis, aún hay protestas por la crisis anterior cuando empieza una nueva».

La devaluación interior seguía su curso, el paro alcanzaba el 25%, los desahucios se convertían en el principal drama social y las protestas eran parciales, aunque no inexistentes. Una primera convocatoria de rodear el Congreso de los Diputados tuvo muy poco eco. El 15-M parecía haberse evaporado. Durante aquellos años no se produjo nunca una huelga general digna de tal nombre. Una gran oleada de disconformidad se estaba incubando. Empezaría a manifestarse al año siguiente.

La obsesión de Rajoy era evitar la intervención de la economía española por parte de la troika. La llegada de los hombres de negro a Madrid hubiera supuesto un severo recorte de las pensiones y eso podía conducir a un cataclismo político y electoral. Había pasado en Grecia y empezó a pasar en Portugal hasta que el Tribunal Constitucional empezó a declarar ilegales, entre 2012 y 2013, algunos de los recortes acordados por el Gobierno de

Pedro Passos Coelho (centroderecha) siguiendo las directrices que acompañaban el rescate financiero del país. La lectura de la sentencia que frenaba el recorte de las pensiones fue retransmitida en directo por la televisión pública portuguesa.

Podríamos decir que la institucionalidad portuguesa, hija de la revolución democrática de 1974, de alguna manera se rebeló contra las exigencias más extremas del rescate. Y el viejo patriarca del socialismo portugués, Mario Soares, el hombre que evitó que el Partido Comunista tomase el mando del país después de la Revolución de los Claveles, secundaba esa «rebelión». Los discursos de Soares contra el egoísmo de los países del centro y norte de Europa magnetizaron a los jóvenes y actuaron de válvula de seguridad. Esas sentencias del Tribunal Constitucional portugués posiblemente explican la estabilidad del sistema de partidos del país vecino, pese a la dureza de la situación vivida.

En 2013, era inimaginable en España que el Tribunal Constitucional, en aquel momento bajo orientación claramente conservadora, pudiese hacer algún dictamen similar. En España, Felipe González no quiso emular a su viejo amigo Soares. Ningún veterano dirigente del PSOE quiso aproximarse a los «indignados». José Luis Rodríguez Zapatero posiblemente simpatizaba con ellos, pero aún no estaba en condiciones de salir a la palestra pública. Zapatero regresó a la superficie más tarde. A los notables del PSOE les preocupaba más la estabilidad del Estado y de la Monarquía.

Después de haber derrotado por la mínima a Carme Chacón en el congreso del PSOE celebrado en enero de 2012, Alfredo Pérez Rubalcaba se había impuesto como consigna no radicalizar al Partido Socialista. Chacón ambicionaba un liderazgo más conectado con los jóvenes. Sus asesores, entre los que figuraba su entonces pareja, Miguel Barroso, antiguo secretario de Estado de Comunicación con Zapatero, eran gente experta en el lenguaje televisivo. Intuían que el malestar de los jóvenes acabaría cristalizando políticamente. Rubalcaba replicaba ácidamente: «No permitiré que el PSOE se convierta en una productora de televisión».

A los veteranos del PSOE les preocupaba mucho más la estabilidad del Estado. El problema de Cataluña estaba abierto en canal y la popularidad del rey Juan Carlos había caído en picado después de la cacería de elefantes

en Botswana. En medio de una crisis económica espeluznante, el país había sabido que el jefe del Estado dedicaba su tiempo libre a cazar elefantes en África acompañado de una señora a la que en aquel momento no conocía nadie, excepto el Centro Nacional de Inteligencia y las personas más allegadas al monarca. El Rey sufrió una caída en Botswana, tuvo que ser expatriado y al salir de la clínica dijo: «Lo siento mucho, me he equivocado y no volverá a ocurrir».

En aquel momento había tres grandes procesos judiciales abiertos en España que afectaban a tres formaciones políticas básicas para la estabilidad del país.

El caso Gürtel apuntaba la existencia de una amplia trama de negocios que se nutría de los encargos y adjudicaciones discrecionales de administraciones gobernadas por el Partido Popular, especialmente en la Comunidad de Madrid y en la Comunidad Valenciana. La historia empezó con José María Aznar y Mariano Rajoy intentó frenarla. Después vendrían los papeles de Bárcenas: los sobresueldos a dirigentes del partido, dinero negro procedente de donaciones empresariales. Bien untado, el PP podía pagar sueldos de alta dirección. Un buen método para garantizarse la disciplina interna.

El caso ERE señalaba un pozo negro en la Junta de Andalucía, gobernada de manera ininterrumpida por el PSOE desde 1982. Un fondo inicialmente instituido para respaldar a empresas con problemas económicos que se veían obligadas a presentar expediente de regulación de empleo se había salido de madre. Esa estructura opaca derivó en prácticas absolutamente irregulares para que determinadas personas pudiesen acceder al seguro de paro o a la prejubilación. Se compró paz social con fondos no controlados. La punta más hiriente del escándalo surgió al conocerse que uno de los administradores del fondo había adquirido cocaína y había frecuentado prostíbulos con dinero de la Junta.

El caso Palau apuntaba a la utilización del venerable Palau de la Música, uno de los referentes de la cultura catalana contemporánea, como «caja de depósitos» para la financiación ilegal de Convergència Democràtica de Catalunya. El célebre 3% pasaba por un filtro musical. Las empresas que pagaban comisiones a CDC por adjudicaciones de servicios y obras

públicas, efectuaban donaciones al Palau y este las transfería parcialmente al partido, puesto que el equipo directivo de la entidad, encabezado por Fèlix Millet, también cobraba comisión.

En enero de 2013 se supo que el caso Gürtel traía cola. Desde los aledaños del PP, alguien filtró al diario El Mundo que el gerente del partido, Luis Bárcenas, había estado pagando sobresueldos en dinero negro a altos dirigentes del partido, a cuenta de las donaciones legales e ilegales que determinadas empresas privadas efectuaban al PP. En una hoja de contabilidad, publicada más tarde por El País, aparecían las siglas M. R. en el capítulo de pagos. Alguien había decidido poner una soga alrededor del cuello de Mariano Rajoy. Tres años más tarde se supo que la cúpula del PP había ordenado a la Policía el espionaje de Bárcenas para evitar que este declarase todo lo que sabía. Su ordenador fue destruido a martillazos.

La evolución de la política española estos últimos años no se entiende sin la laberíntica investigación judicial de estos casos. Una espada de Damocles pendía sobre la cabeza de tres fuerzas políticas sistémicas en un momento de gravísima crisis económica y social. La espada con el filo más afilado apuntaba al cuello del PP, la fuerza gobernante.

Alemania nunca apretó el acelerador para intervenir la economía española. España era demasiado grande para ser intervenida. Demasiado grande y con equilibrios internos en alto riesgo. Angela Merkel no quería acudir al Bundestag con esa carpeta.

Las pensiones no se tocaron.

MENSAJE DE ALEMANIA

3 de febrero, 2013

El señor Weidmann dibuja la línea. El señor Barthle la interpreta y la modula en la comisión presupuestaria del Bundestag. El señor Kampeter

ayuda al ministro de Finanzas, señor Schäuble, en su compleja ejecución. El señor Wansleben la aplaude desde la poderosa Asociación de Cámaras de Comercio e Industria. El señor Seibert, portavoz gubernamental, le da rostro telegénico. Y la canciller Merkel la dirige políticamente —esto es, con contradicción y sentido del tiempo—, la personifica, la sintetiza y la propulsa en el mundo. Alemania ha sustituido el káiser por la ingeniería industrial del consenso. Alemania, primera potencia exportadora del planeta, impera en Europa sin estructuras explícitamente imperiales.

El señor Jens Weidmann es el presidente del Deutsche Bundesbank. Si nos dejáramos llevar por los gustos literarios del momento, donde todo son tramas y poderes en la sombra, casi podríamos afirmar que es el verdadero jefe del Directorio Europeo. Alto, sin exagerar, delgado, rubio, rostro afilado, irónico, mordaz, atento, ario, monacal y con la suficiente seguridad en sí mismo como para atemperar, al menos en las formas, el gesto despótico de quienes se saben muy poderosos en las habitaciones interiores del poder. Rotulador de tinta verde, puesto que en la Administración alemana todos los jefes de primer nivel escriben con ese color. La tinta del poeta Pablo Neruda. Los jefes de segundo nivel firman con tinta roja. Negra los del tercer piso. Y azul los auxiliares. Orden y jerarquía. Weidmann pasa por ser el halcón de la doctrina de la austeridad. No todas sus consignas se cumplen y en ocasiones incluso parece el jefe de la oposición a las políticas más o menos concertadas por la canciller Merkel y Mario Draghi, el hábil presidente italiano del Banco Central Europeo. Sin halcones, las palomas no tendrían prestigio. Quien tensa la cuerda (sin romperla), marca la pauta.

La tensión interna del sistema Europa se regula desde el rectilíneo castillo del Bundesbank en las afueras de Frankfurt. Palacio racionalista con menos lujo que en las sedes centrales de los grandes bancos españoles. Contención alemana y una espléndida vista desde la sala de reuniones de la séptima planta. Al fondo, los rascacielos de Frankfurt, tan temidos por la City y por los democratistas ingleses que, con mucha astucia, se disponen a poner a prueba el continente con una racha de referendos.

El señor Weidmann —junto con otras personalidades alemanas— ha hablado esta semana con un grupo de periodistas españoles y no tiene inconveniente en que se publicite el sentido de sus palabras. El presidente

del Bundesbank cree que España ha comenzado a tomar el camino de salida de la crisis y que no va a ser necesario que pida ayuda al mecanismo financiero europeo de «rescate». Pero que nadie levante las campanas al vuelo. Toda señal positiva está sujeta al albur de los acontecimientos internacionales. Estados Unidos parece alejarse de la alarma fiscal, pero surgen nuevos riesgos. Preocupa la deliberada devaluación del yen japonés, que podría abrir una peligrosa guerra mundial de divisas. Que nadie cante victoria antes de tiempo. La crisis será larga. Diez años. Europa tardará al menos una década en restaurar su carta de navegación en un mundo ultracompetitivo que no perdona. Europa ha de ser competitiva y quien no entienda este principio no comprende nada de lo que está ocurriendo. Alemania es europeísta en la medida que es competitiva. Por lo tanto, no hay contradicción entre austeridad y crecimiento. Sin la austeridad de hoy, mañana no habrá crecimiento. Los problemas no deben esconderse. No hay que autoengañarse, y, menos aún, engañar a la gente. Un crecimiento del 2% de los salarios en Alemania no resolvería ningún problema en la Europa del Sur y dañaría la competitividad alemana, en beneficio de los orientales. Lo importante es la estabilidad. El consumo depende de que haya expectativas estables. Esa es la niebla que debe disolver España, cuyo principal problema es el paro juvenil. Alemania —con un irrisorio 2% de desempleo juvenil— está dispuesta a ayudar. Alemania no va a cambiar de línea, pero entiende que la falta de horizontes de los jóvenes españoles debe ser considerado una urgencia europea. Pensamiento Weidmann, con los rascacielos de Frankfurt al fondo.

En Berlín, con matices y ondulaciones, la esfera gobernante alemana comparte la mirada de Frankfurt. Preocupaciones inmediatas: el rescate de Chipre (el enojoso descontrol de los bancos griegos que operan en la isla con cuantiosos fondos rusos) y su obligado paso por el Bundestag; las inminentes elecciones italianas y el rampante populismo antialemán de Berlusconi; las debilidades económicas de Francia, que acaba de izar una orgullosa bandera en el Sahel, y, evidentemente, Gran Bretaña. Más problemas, no, por favor. Alemania quiere estabilidad.

No está de más saberlo para orientarnos mejor en el largo, confuso e irritante invierno español que nos espera.

EL ESTADO DE ÁNIMO

12 de mayo, 2013

El estado de ánimo será decisivo en los próximos meses. En un tiempo otra vez dominado ideológicamente por el determinismo —el dogma de la austeridad—, el margen político de la subjetividad parece escaso, aunque disponga de mayores mecanismos expresivos. Recalentamiento de la indignación y de la buena voluntad en internet, donde cada día se hacen y deshacen diez revoluciones. Protestas en la calle, a modo de géiseres, un chorro aquí, otro allá. Y dominio escénico de la Policía. Hace unos días había en Madrid una convocatoria para tomar el Congreso de los Diputados y proclamar un nuevo régimen. Tal como suena. San Petersburgo, 1905. A la hora concertada, el orden narrativo fue el siguiente: un despliegue fenomenal de la Policía, una nube de periodistas digitalizados (el bloc de notas ha pasado a la historia) y un puñado de manifestantes. Ayer hubo en la calle Génova una manifestación de afectados por diversas estafas y el control escenográfico de la Policía Nacional —con el rostro descubierto— fue total. El Gobierno no convence a la calle, pero no ha perdido el control de la calle.

Los engranajes se están reajustando, la devaluación interna se está llevando a cabo, toda la Europa del Sur cruje y el inquietante tiempo de espera es amenizado por los profetas del Apocalipsis, un buen negocio, así en lo intelectual como en lo material. Surgen, también, nuevos apostolados de la redención social, en los que la Iglesia católica —siempre sabia— no ha tardado en poner pie. En cada momento de incertidumbre siempre hay en este país un eclesiástico tomando la palabra. En Catalunya, sociedad aparentemente descreída, esa constante es muy significativa. Sin gente de la Iglesia en 1960 no habrían nacido las Comisiones Obreras.

Todo puede pasar. Esa sensación se está abriendo paso. Después de los desastres de la guerra, el camino de Europa —de la Europa occidental— era una línea de tranvía surcando el empedrado herido por los bombardeos. La

línea estaba trazada y conducía a la escuela pública, al hospital público, a la pensión de jubilación y al seguro de desempleo. Hoy ese surco se ha enfangado; aparece y desaparece. Se intuye que está ahí, que seguirá ahí, pero no refulge. (La última vez que vi esa imagen entrañable fue hace dos meses en Milán: el tímido alumbrado y el brillo del acero dibujando un camino seguro hacia la plaza del Duomo, esa espléndida portada gótica que grita soy Europa y estoy aquí).

Pueden pasar dos cosas. Que se cumplan las profecías del Apocalipsis y los interesados augurios de la Royal Media Force británica, y España se hunda en la ruina. (El diario The Telegraph, afín al Partido Conservador, pronosticaba ayer la «insolvencia» de España y aconsejaba, a media voz, la retirada de fondos. Un ataque brutal. La ofensiva de la Royal Media Force contra la Europa germanizada es constante).

Puede pasar lo contrario. Puede ocurrir que en los próximos meses la devaluación interna comience a surtir efecto, se intensifique el regreso de capitales, atraídos por la rebaja general de precios y salarios; que las hélices de la depresión comiencen a girar en dirección inversa y, poco a poco, el país comience a salir del grave atolladero, para instalarse en una modestia problemática pero viable. La modesta España. Esa parece ser, hoy, la apuesta del Gobierno y explica el tenebroso cuadro del pasado 26 de abril sobre el trienio 2013-2015. Un cuadro de Zurbarán. Pincel oscuro para aplacar al Directorio, asegurar dos años más de margen para el déficit público, enviar una señal de realismo a los mercados y obtener mayor rédito político de una posible mejora. Cuanto peor, mejor. Estrategia con un claro punto débil: ha acentuado peligrosamente el bucle pesimista.

Las grandes empresas comienzan a creer en la mejora y algunos analistas sostienen que podría llegar a ser más rápida e intensa. El PSOE no se aleja de esa hipótesis proponiendo unos segundos pactos de la Moncloa (Gran Acuerdo Nacional, dice Alfredo Pérez Rubalcaba). Si hay mejora, el actual grupo dirigente socialista no quiere que le pillen retuiteando mensajes del 15-M.

Nadie se atreve, sin embargo, con la prédica de los brotes verdes. El voluntarismo naíf de Rodríguez Zapatero y de su escudero Miguel Sebastián ha sentado un precedente desastroso. Estamos, por tanto, ante un

vacío narrativo. El oficialismo está desprestigiado y la coalición de los pesimistas es hegemónica. En los próximos meses será muy importante la batalla de los estados de ánimo. La apuesta por un moderado optimismo —la apuesta por la confianza—, puede que acabe siendo la carta vencedora. Zurbarán fue un gran pintor, pero hay que resistirse a la oscuridad barroca. Optimistas, antes que corderos maniatados.

GÉNOVA

9 de junio, 2013

La calle Génova mide, sobre plano, 500 metros de longitud; 450, según como se coloque la regla entre la plaza de Colón y la glorieta de Alonso Martínez. Tiene árboles en las dos aceras y es testimonio del Madrid burgués que comenzó a despuntar a finales del siglo XIX. Felipe IV, el penúltimo de los Austrias, mandó construir en 1625 una cerca que abrazaba el casco antiguo: para controlarlo —cobro de impuestos y cuarentenas sanitarias—, más que para defenderlo. Una cinta castiza de ladrillo, argamasa y tierra. Cuando esa cerca dejó de tener sentido, Madrid también tuvo su ensanche.

No cayeron las murallas, cayó la cerca, sin tanta tensión política como en Barcelona. Madrid ya era entonces menos revoltosa. Cayó la tapia felipista y en su surco norte construyeron cinco bulevares (Marqués de Urquijo, Alberto Aguilera, Carranza, Sagasta y Génova). Calles anchas con árboles que trazaban una frontera entre la vieja ciudad abigarrada y preindustrial y los nuevos barrios. Dibujó el mapa del ensanche el arquitecto sevillano Carlos María de Castro, influenciado por Cerdà y sus generosas ideas sobre el nuevo espacio urbano. En 1864, Cánovas del Castillo cercenó por decreto un tercio de las áreas verdes previstas. (En Barcelona, el banquero Manuel Girona, horrorizado por la anchura de las calles del Eixample, quería construir pisos en la sección central de la Gran Via). Entre la puerta de Santa Bárbara y el portillón de Recoletos plantaron árboles y le pusieron el nombre de Génova en honor a Colón, que estaba un poco más abajo.

Hay en la calle Génova nueve oficinas bancarias (banca saneada y banca intervenida), seis restaurantes con y sin franquicia, tres pastelerías, un pequeño bar de toda la vida, una cervecería, dos cafeterías Starbucks, dos academias de bachillerato, dos peluquerías, una perfumería, una yogurtería, una ferretería, una agencia de viajes, una librería muy buena con novedades en francés, inglés, italiano, alemán y portugués, una tienda de ropa, unas oficinas de Amnistía Internacional (en un entresuelo), una tienda de accesorios, la sede central del Partido Popular, una casa de masajes (seria), una galería de tragaperras y juegos electrónicos, la Audiencia Nacional en obras, un puesto de flores, un VIPS, un restaurante italiano donde antes estuvo Lúculo, legendaria casa de comidas de Madrid; unas oficinas de Aenor, unas dependencias del Instituto Social de la Marina, la sede del Tribunal Económico Administrativo y la casa natal de José Antonio Primo de Rivera, con un recordatorio en letras de molde adornado con el yugo y las flechas. Y tres quioscos. Tres quioscos de prensa en solo quinientos metros. ¡Milagro! Uno con el toldo azul de La Vanguardia; otro, frente a la sede del PP, con las formas castizas que quiso restituir el alcalde Álvarez del Manzano, y otro cerca del rompeolas de Colón. Cuatro quioscos en seiscientos metros si contamos el de la vecina plaza de Santa Bárbara, lugar de buenas cervecerías —en una de ellas solía almorzar don Francesc Pi i Margall, presidente de la Primera República— y rótula con el bulevar de Sagasta y la calle Hortaleza, una de las dos arterias del muy concurrido barrio de Chueca.

En este quiosco de Santa Bárbara recuerdo una de las conversaciones políticas más interesantes de los últimos meses. Era domingo y el quiosquero, seguramente alertado por el acento, me hizo un comentario de actualidad, con la sorna insuperable del Madrid de barrio.

—¡Cómo debe de estar el patio en Catalunya. Veo que hasta se les insubordinan las monjas!

—Bueno, las costuras están tensas en Catalunya —le contesté.

—Si en Catalunya tienen las costuras tensas, aquí el roto ya no hay quien lo arregle. Al menos los catalanes parece que buscan una solución —me replicó el vendedor. Irónico, agudo, madrileño de toda la vida y con una excelente selección de revistas en el puesto.

No nos vamos a engañar. Lo de Catalunya levanta sarpullidos en Madrid, pero también provoca alguna serena reflexión. Hay un Madrid que apoyaría mañana mismo el estado de excepción. Hay un Madrid muy irritado que no llegaría a tanto, porque los estados de excepción hoy están mal vistos en Europa, pero que dice en voz baja: os vais a enterar de lo que vale un peine. Hay un Madrid enfadado y constitucional que comienza a creer que estamos a cinco minutos de un oscuro callejón sin salida. Hay un Madrid al que le duele mucho lo que está pasando —le duele con sinceridad— y se pregunta por los errores cometidos. Y hay un Madrid popular, minoritario y senequista —el del quiosquero— que dice: «Al menos estos buscan una solución». No es la primera vez que oigo ese comentario en los últimos meses.

Es la calle Génova un río que va a parar al mar. Quinientos metros en suave pendiente desde Alonso Martínez hasta Colón. A la izquierda, el orden pequeño burgués de Chamberí. A la derecha, la modernidad de Chueca, el viejo Madrid tamizado por la sensibilidad y la perspicacia comercial de la comunidad gay. Un barrio delicado, capitalista y europeo, con algunas tiendas increíbles. (En Barquillo, un establecimiento de objetos japoneses que parecen de segunda mano, con pequeños animales de papiroflexia como el que el policía Gaff le deja a Deckard en la última escena de Blade Runner).

Génova se desmadra un poco al llegar al mar. Se ensancha y delira. Las dos torres gemelas del arquitecto Manuel Lamela, que fueron sede de Rumasa y que inauguraron una siniestra tradición. De sur a norte, los titulares de las más singulares torres de la Castellana acaban en el talego. Primero, Ruiz Mateos (Colón); después, De La Rosa (KIO), ahora Blesa (Caja Madrid). Al fondo, la enorme bandera que mandó izar Aznar en el país en el que los nacionalistas siempre son los otros. Y el monumento a Colón, convertido en símbolo de otro delirio: el milagro keynesiano que nos tenía que salvar. El Plan E sirvió en Madrid para mover el monumento, de la plaza al centro de la Castellana. Menos de cien metros. Su dedo señala el lugar exacto donde estamos. En ese cruce cada día hay dos manifestaciones.

EL CONCIERTO DE LOS CATALANES

30 de junio, 2013

En 1948, un joven economista catalán, hijo de exiliados republicanos, criado y educado desde los catorce años en Suiza y Colombia, finaliza sus estudios en Chicago. Concluye el máster con un trabajo sobre la emisión de deuda pública en Estados Unidos durante las dos guerras mundiales y un incipiente interés por las nuevas teorías sobre la «economía regional», impulsadas por el profesor Walter Isard a través de la Regional Science Association. El joven se llama Ramon Trias Fargas.

De regreso a España, bajo la protección profesional de Juan Lladó, consejero delegado del Banco Urquijo, antiguo redactor de la Constitución de 1931 y fundador de la revista católica Cara y Cruz, comenzará a colaborar con el servicio de estudios del banco y a publicar en la revista Moneda y Crédito. Su primer artículo, fechado en 1956, lleva por título «El espacio en el análisis económico», primera aproximación en España al enfoque de la economía regional. Siempre con la ayuda de Lladó, publica en 1960 «La balanza de pagos interior». Estudio relativo a la provincia de Barcelona. Se convierte en uno de los puntales del Urquijo.

Un hombre singular en aquel tiempo. Culto, irónico y mordaz al estilo anglosajón, explícitamente burgués, seguro de sí mismo, disciplinado, severo, antifranquista, antimarxista en una Barcelona que será culturalmente reconquistada por la izquierda, nacionalista de corte más inglés que alemán, refractario al romanticismo y con un primer juicio negativo sobre la Convergència Democràtica de Jordi Pujol, de la que años más tarde acabará siendo presidente. «Es un partido mesiánico», dijo en un primer momento, después de fundar Esquerra Democràtica de Catalunya (toque irónico a Esquerra Republicana), partido de cuadros que intenta articular una corriente liberal catalanista de pequeño formato. En las elecciones de 1977, socialistas y (euro) comunistas suman casi la mitad de los votos en Catalunya. (La mitad exacta en la provincia de Barcelona). El campo moderado, inquieto por la oleada metropolitana, parece un nervioso club de baile: el centrismo posibilista que, con Carles Sentís a la cabeza, apoya a Adolfo Suárez; los católicos de Unió, sin gran aliento eclesiástico; la hiperactividad de Pujol, asistido por el talento táctico de Miquel Roca,

que por la mañana habla con el señor Coll i Alen- torn, de Unió, al mediodía almuerza con el suarismo gobernante y por la tarde dibuja compromisos históricos con el PSUC, en busca de un espacio central que los socialistas comenzarán a perder el día que Josep Tarradellas desembarque en El Prat. En una esquina, ERC, envejecida y enmohecida, pero no muerta. Jordi Amat, una joven firma que hay que seguir, lo explica muy bien en el libro Els laberints de la llibertat (La Magrana), biografía de Ramon Trias, que en 2008 obtuvo el premio Gaziel.

Trias fue el primer concertista catalán contemporáneo. En los años sesenta ya argumentaba el concepto de déficit fiscal en las páginas de La Vanguardia. Visión anglosajona, sin apelaciones forales. Poco historicismo. Controlar los propios recursos y pactar la solidaridad. Concertista y federalista, Trias siempre tuvo un especial cuidado en no definirse separatista. Esa era su posición en el tiempo que le tocó vivir. Fue, también, el primero en pronosticar que las enrevesadas conducciones hidráulicas del Estado de las autonomías podían colapsar con el paso del tiempo, llevándose por delante la Generalitat.

El concierto fiscal no fue bandera catalana en el pasaje constitucional. Es bien sabido. El dirigente vasco Juan de Ajuriaguerra ironizaba sobre ello en Bilbao, al volver del exilio: «Estos catalanes se creen no sé qué, porque tienen ponentes constitucionales; nosotros, con menos, conseguiremos más». ¿Cobrar impuestos? No era una idea grata a la izquierda industrial. No había ordenadores, no existía la Agencia Tributaria y el IRPF se acababa de implantar. Y la solidaridad con el Sur era un concepto mítico que no admitía matices en una Catalunya con más de un millón de andaluces y extremeños en fase de arraigo. En CDC prevaleció el sentido práctico del tándem Pujol-Roca: ir sumando, agregar a todo el electorado moderado y no provocar grandes rechazos. Trias quedó en minoría, pero logró pactar en 1982 una buena valoración de servicios con el ministro de UCD García Añoveros, que el PSOE borró de un plumazo al ganar de manera abrumadora las elecciones de octubre.

Treinta y cinco años después, España se halla en muchos aspectos entre paréntesis, el Gobierno de Madrid ya encarga balanzas fiscales, la solidaridad del concierto vasco-navarro es objeto de debate público, el

Estado autonómico ha colapsado de la manera que previó Trias y los hijos y nietos de los emigrantes sienten arraigo. Catalunya ha experimentado un pacto social interno, no escrito, aún con la piel sensible, pero irreversible. Este último dato es fundamental para entender el nuevo concierto de los catalanes. Aunque contenga notas desafinadas y mucha mermelada sentimental, va en serio. Va muy en serio.

ESPAÑA EN EL DIVÁN

21 de septiembre, 2013

Esperanza Aguirre acude al Círculo Ecuestre de Barcelona con una pastilla de Heno de Pravia y ese desparpajo que hace de ella un personaje único en España. Enjabona a los presentes, se olvida de sus proclamas pasionarias cuando la opa de Endesa y lanza una carga de profundidad a las quietudes de Mariano Rajoy: «Hay que catalanizar España, reformar la Constitución, reconocer la singularidad de Catalunya y dar por superado el café para todos». Aplausos. La Era de la Mediática exige memoria corta y reflejos muy rápidos. Velocirráptor Aguirre, listísima, ahora quiere la alcaldía de Madrid.

Horas antes del acontecimiento en el Ecuestre, el catedrático de Economía Juan Velarde Fuertes juguetea en Telemadrid con aquella frase atribuida al general Espartero: «Hay que bombardear Barcelona cada 50 años». La presentadora Ana Samboal, sorprendida, le comenta: «Esperemos que no tengamos que llegar tan lejos ahora...». «Ya veremos...», responde el catedrático, entre sonrisas. En su juventud, el señor Velarde Fuertes fue ponente económico del primer congreso de Falange (1953). Después dirigió la sección económica del diario Arriba y desempeñó una intensa actividad educativa, atesorando un gran currículo de premios, honores y publicaciones. Es una figura de referencia en la prensa conservadora de Madrid y ha colaborado con José María Aznar en la Fundación FAES.

El papa Francisco lanza desde el sistema de publicaciones de la Compañía de Jesús un completo resumen de sus ideas, sentimientos e intenciones, seis meses después del cónclave. La entrevista tiene un señuelo —«Jamás he sido de derechas», dice refiriéndose a su pasada actividad pastoral en Argentina—, pero hay que leer las veintiséis páginas de conversación con Antonio Spadaro, director de La Civilità Cattolica, para sacar conclusiones. Preámbulo de los cambios que se avecinan en una Iglesia que desea alejarse del Imperio. No es un giro a la izquierda. Es una intuición —no eurocéntrica— del mundo que viene. El Vaticano corría el riesgo de convertirse en el segundo Kremlin ante una sociedad en red fascinada por los simulacros de transparencia. La Iglesia católica, la principal organización religiosa del mundo, se ofrece como asistente moral de todos los damnificados y desorientados por la nueva civilización low cost, en la que el Precario sustituye al Proletario. Y ello requiere un lenguaje humanista en el que la comprensión pese más que la admonición. El Papa argentino intenta construir esa gramática. Para eso fue elegido.

Mientras Francisco propugna un catolicismo dulce —suave en las formas y recto en la doctrina—, el episcopado español financia una estación de televisión de derecha extrema (13TV), con discursos muy agresivos sobre Catalunya, como en los más garbosos tiempos de la Cope. El Vaticano obligó a corregir aquellos tonos, después de un viaje del secretario de Estado Tarsicio Bertone a España. El cardenal Rouco Varela, un hombre de hermética vocación política, no se dio por vencido. En su concepción de la sociedad española, la Iglesia debe poseer instrumentos de presión sobre un PP que considera demasiado dubitativo, sin principios claros y muy pendiente de las encuestas. Al PP hay que atornillarlo. No se dio por vencido el cardenal y armó 13TV cuando ni siquiera podía imaginar la renuncia de Benedicto XVI y la elección de Francisco, que le tiene desconcertado. Rouco Varela agota su mandato como presidente del episcopado el próximo mes de marzo y se halla en edad de jubilación como arzobispo de Madrid. Los relevos pendientes en las diócesis de Madrid y Barcelona serán decisiones de primer orden para la política española. En Roma lo saben.

El apaciguamiento interno español comienza a ser hoy un asunto de la agenda europea. Bruselas, Berlín, París y el Papa querrán una calmada

reconducción, que no altere los mapas. Londres prefiere poner el foco en las contradicciones del sur de Europa. Las declaraciones de esta semana de portavoces de la Unión Europea en términos de advertencia sobre una hipotética independencia de Catalunya forman parte de este cuadro y son una apelación al realismo político, dirigida a Barcelona, pero también a Madrid. «Arréglenlo», es el mensaje. El soberanismo catalán se está convirtiendo en un (incómodo) asunto europeo, al que se le irá sumando el País Vasco. El PNV, que tuvo a sus dos hombres principales —Andoni Ortuzar y Joseba Aurrekoetxea— en Barcelona durante la Diada, no quiere quedar fuera de juego.

La España oficial, con el Rey de baja, está concluyendo que no es solución dejar pasar el tiempo. Hay que hacer algo, pero domina, y de qué manera, el malhumor. Falta utillaje intelectual para imaginar soluciones nuevas. Falta franciscanismo inteligente, en un país en el que los más papistas ahora recelan del Papa. No saben si optar por el enjabonamiento de Aguirre, o por el toque Espartero. O por las dos cosas a la vez, que probablemente es lo que va a ocurrir.

SOTA DE BASTOS

13 de octubre, 2013

Para entender lo que está ocurriendo en octubre hay que regresar a julio. Aquel fenomenal bucle mediático, dentro del cual el presidente del Gobierno de España parecía a punto de ser derribado por el preso de Soto del Real. Cantaba Bárcenas, Raúl del Pozo escribía piezas magnéticas con la enigmática figura del tercer hombre, y el director del diario El Mundo reconstruía la Fronda que ya intentó tumbar a Mariano Rajoy entre abril y julio de 2008, tras la segunda derrota electoral ante José Luis Rodríguez Zapatero. Antes de que cantase Bárcenas, salió José María Aznar en televisión —a petición propia—, con un mensaje de advertencia que ahora cobra todo su sentido. Aznar avisaba, amonestaba y se protegía. El tesorero nunca le ha comprometido, ni por escrito, ni en declaración oral.

La Fronda embistió y se oyó un tremendo ruido metálico en toda España. Fue tan grande el estruendo que Alfredo Pérez Rubalcaba creyó ver una gran fisura en el bloque dominante.

Hay que volver a julio. El líder del PSOE había tejido durante los meses anteriores una cierta complicidad con el presidente del Gobierno. Se llamaban. Intercambiaban puntos de vista. Cánovas y Sagasta. Sagasta y Cánovas. Rubalcaba proponía ir a la cumbre europea de junio con una posición conjunta y Rajoy lo aceptaba. Y entonces llegó el bucle. No dejarse arrastrar por los remolinos de la Mediática es muy difícil en estos tiempos. Rubalcaba, que quisiera liderar el PSOE en una próxima legislatura sin mayoría absoluta en el Parlamento, se vio empujado a la realidad paralela. Sagasta en Matrix. Tomó la pastilla azul y amenazó con la moción de censura. Obtuvo una pequeña victoria táctica —el pleno especial del Congreso durante la primera semana de agosto—, pero el bucle comenzó a derretirse.

El repertorio de Bárcenas resultó ser más corto de lo esperado. Tres meses después, Raúl del Pozo sigue escribiendo unas columnas estupendas, no hay novedades relevantes de la cárcel de Soto del Real, el juez Pablo Ruz mantiene su ritmo y ha decidido que el presidente del Gobierno no será llamado a declarar como testigo; María Dolores de Cospedal sigue estando nerviosa, muy nerviosa, y la Fronda flojea. «El ambiente crítico a Rajoy y a su Gobierno está bajando en Madrid de manera espectacular», apuntaba ayer Fernando Ónega, siempre sagaz en La Vanguardia.

El presidente del Gobierno ha resistido la embestida y Rubalcaba, otra vez bajo de defensas en las encuestas, comienza el curso sin buena comunicación con la Moncloa. Ese dato tiene importancia. Vaya que sí la tiene. Por esa brecha se le acaba de colar esta misma semana el nuevo grupo dirigente andaluz, que va a por todas. Susana Díaz y Mario Jiménez quieren mandar en el PSOE como en su día lo hicieron Felipe González y Alfonso Guerra. Atento a la compleja situación de los socialistas —debilitados en Catalunya y pendientes de redefinir su programa y su liderazgo—, Rajoy acaba de conceder una generosa audiencia a la nueva presidenta andaluza. ¡Hasta la vista, Sagasta! Así funciona la política politizada.

Superviviente de julio, el presidente se siente fuerte en un país objetivamente debilitado. La estabilidad parlamentaria española sigue cotizando bien en el mercado europeo, reforzada por el Gran Enredo italiano. Angela Merkel necesita calma en España para enfocar las próximas elecciones europeas, que no serán fáciles para el Directorio. Y Francia no quiere una España débil. Se equivocan, y mucho, quienes en Catalunya elaboran cartografías partiendo de la premisa contraria. Las contradicciones internas españolas solo interesan al Gobierno de Londres, en la medida que son contradicciones de la Europa bajo hegemonía alemana.

Puntos fuertes de Rajoy: probada resistencia, desfondamiento de la Fronda que quería tumbarle, engarce con la Europa que quiere estabilidad y lenta mejora de los indicadores económicos: espacio para un cauto discurso optimista. Puntos débiles: recomienza el ciclo electoral y los barones regionales están nerviosos; acentuada debilidad del PP en Catalunya, un cierto bajón de Madrid, sin liderazgos claros; encuestas adversas en Valencia y la certeza de que la mejora macroeconómica tardará en tener aliento social. No hay milagro a la vista.

Por consiguiente, el PP necesita encarar los próximos dos años con un potente factor de coagulación de su electorado, que, a su vez, acentúe las contradicciones del PSOE. La unidad de España. «Poner pie en pared». «Ni desafío soberanista, ni tercera vía». («La tercera vía catalana es peligrosa», ha comentado esta semana un ministro). Aznar acudió ayer a la fiesta del 12-0 para mantener viva su marca personal. La iniciativa la tiene ahora Rajoy, pero él quiere seguir apareciendo como garantía última de la nación española. El centinela siempre despierto. El imprescindible controller.

España es sota, caballo y Rey. Y ahora jugará la sota de bastos. Luego, más adelante, ya veremos.

EL ORDEN REALMENTE EXISTENTE

27 de octubre, 2013

El orden europeo existe. El orden europeo es una suma de tratados, sentencias judiciales, reglamentos de Bruselas y directrices político-económicas con sede en Berlín (cancillería) y Frankfurt (Banco Central Europeo y Deutsche Bundesbank). Tratados, sentencias y Directorio. Este orden, realmente existente, configura un Imperio de nuevo tipo, difícil de describir o enmarcar con imágenes del pasado, puesto que ningún espacio geográfico había generado hasta la fecha una superestructura similar a la que hoy recibe el nombre de Unión Europea.

Abstracta y concreta. Democrática y dirigista. Legítima y discutida. Cerrada y difusa. Librecambista y proteccionista. Fuerte y siempre incompleta. Autoritaria y flexible. Más antifascista que anticomunista (en la mayoría de las constituciones nacionales). Prestigiosa e impopular. Capitalista, en constante y contradictoria corrección. Liberal y socialconservadora. Cristiana, con mezquitas. Idealizada, más de la cuenta. Modelo máximo de bienestar en el mundo, aún hoy. Kantiana por arriba, populista por abajo. Egoísta y segura de sí misma, allá en los mares fríos, acongojada y revuelta en el Mediterráneo. Sin ejército propio y con muchas bases de la Confederación Militar de Occidente (también conocida como OTAN). Probablemente irreversible. Del todo irreversible si en los próximos años logra negociarse con éxito un completo Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos. El Imperio existe y vivimos algo confundidos bajo su orden, como el agrimensor K., que nunca supo cuáles eran exactamente las reglas que regían en el Castillo. (Prodigioso Franz Kafka, anticipando la naturaleza del nuevo orden).

Un buen número de españoles —probablemente, la mayoría— llegó a confundir el orden europeo con ese Mr. Marshall que pasaba de largo en la película de Berlanga. Los años felices. Un dineral que no parecía tener fin. Ayudas por valor de 120.000 millones de euros entre 1986 y 2006, sin contar las subvenciones a la agricultura. En dinero contante, tres veces el importe del plan Marshall realmente existente entre 1948 y 1951. La autovía, el polideportivo, el auditorio y la subvención por arrancar los olivos, para después instalar placas fotovoltaicas con subvención autonómica y estatal en la misma parcela: uno de los negocios más redondos de la España solar (suelo y sol).

Una fiesta que no se va a repetir. La alianza de las empresas constructoras, los ingenieros, los mandos de las cajas de ahorros y las direcciones regionales de los partidos políticos ha sido el eslabón básico del sistema de poder que ahora se tambalea, como consecuencia de una crisis que muy pocos vieron venir. Se desvanece, dolorosamente, la fantasía de una España inmensamente solar y queda el orden del Castillo. El orden europeo. El orden realmente existente: devaluación interna, nuevas leyes laborales, bajada de salarios, recortes, liquidación de las cajas de ahorros, remoción de ese singular artefacto conocido como Estado de las autonomías y flotadores para evitar un brusco hundimiento: aplazamiento de las exigencias de déficit público y préstamo para el saneamiento de la banca.

España no ha sido intervenida formalmente porque el trance era demasiado duro y peligroso para el Bundestag alemán. El Imperio, que es el orden realmente existente, ha encontrado una fórmula más inteligente: la intervención inducida. Los españoles han aceptado una disciplina económica cuasi espartana, sin extraordinarias revueltas sociales y con los sindicatos en fase de creciente desprestigio, a cambio de la salvaguarda de su complejo orgullo nacional, distribuido en diecisiete esferas. No se ha producido la revuelta que hace dos años pronosticaban los exégetas del movimiento 15-M —¿qué ha sido de él?—, pero los engranajes político-institucionales han quedado seriamente dañados y ha estallado la cuestión de Catalunya, donde el orgullo nacional se acentúa de distinta manera y la alianza menestral-pequeño burguesa es muy activa desde que comenzaron a funcionar las máquinas de vapor. España debe más de tres billones de euros, el 378% del PIB, según datos de 2012. La tercera deuda más alta entre las principales economías del mundo, por detrás del Reino Unido (501%) y Japón (506%). Deuda privada, mayormente. España se está proletarizando para salir del atolladero. Ahora viene una cierta mejora, como consecuencia de la bajada de precios y salarios. Vuelven los capitales y nadie sabe cuál será la traducción electoral del duro y disciplinado ajuste. Vienen dos años de alto voltaje.

El orden europeo se ha manifestado esta semana de una manera muy tangible. Un orden del que forma parte, desde 1953, el Tribunal Europeo de Derechos Humanos, con sede en Estrasburgo, instancia anterior al tratado de Roma (1957), que nació con un triple objetivo jurídico-ideológico:

tutelar el posfascismo, prestigiar las nuevas democracias nacionales y establecer nuevas líneas de tensión moral con la potencia soviética. Ha habido un revuelo extraordinario en los periódicos y las televisiones capitalinas, se han rasgado algunas togas, la derecha de la derecha sueña con la desobediencia, pero el Gobierno de España acata. Y tanto que acata. Le acaban de resolver parte de lo que quedaba del problema vasco —el orden europeo sabe lo que hace— y con el asunto de Catalunya sobre la mesa cualquiera desobedece al Imperio. Los Aznar-Botella claman. Rajoy acata.

El orden de verdad existente también envía mensajes a los catalanes: «No se aparten de las leyes». (Martin Schulz, presidente del Parlamento Europeo, el pasado domingo en La Vanguardia). Banderas europeas y nada fuera de la ley. Una moderación operativa e inteligente ante las puertas del Castillo.

EL LARGO ADIÓS DE ROUCO VARELA

17 de noviembre, 2013

El PSOE, fiel a su tradición, recurre al anticlericalismo para salir de apuros. Matizo, no vaya a ser que alguien piense que estamos en vísperas de una nueva quema de conventos. El PSOE cojitranco, astuto y demoscópico de Alfredo Pérez Rubalcaba recurre a un anticlericalismo de baja intensidad para dar una capa de esmalte a su retórico giro a la izquierda. Un esmalte de antes. Un esmalte historiado. Y dentro de tres años ya veremos.

El partido que ha ayudado de manera decisiva al sostenimiento de la Iglesia católica en España con la sustancial mejora del porcentaje voluntario del impuesto sobre la renta —del 0,3 al 0,7%, decisión del Gobierno Zapatero en 2005—, propone ahora denunciar el mal llamado concordato, los cuatro acuerdos España-Santa Sede, firmados en enero de 1979, pronto hará treinta y cinco años, en plena Transición.

Cuatro acuerdos y dos anexos (asuntos jurídicos, cultura y enseñanza, presencia religiosa en las fuerzas armadas y asuntos económicos), que garantizaban al catolicismo un marco influyente en la España democrática, lejos —lejos, pero no a una infinita distancia— del concordato nacional-católico de 1953. Un capolavoro del cardenal francés Jean-Marie Villot, secretario de Estado de Pablo VI y hombre puente con el pontificado de Juan Pablo II. Al otro lado de la mesa, el ministro de Asuntos Exteriores Marcelino Oreja Aguirre, hijo de una familia tradicionalista de Mondragón, padre asesinado en el País Vasco durante la revuelta sindical de 1934, diplomático, franquista transitivo, tácito, democristiano de UCD y gran componedor.

Primera paradoja: el PSOE reaviva el anticlericalismo —ni que sea de manera tenue o elíptica— en el momento de mayor popularidad del papa Francisco, convertido en menos de un año en el hombre de moda del sistema mediático internacional. «La voz del cambio ya no es Obama, es Francisco», sentenciaba hace unos días el diario laborista inglés The Guardian. Iconografía progresista. Venerado desde 2005 como si fuese un nuevo San Martín de Porres, el presidente que parecía redentor se halla entrampado por el fabuloso espionaje electrónico de la NSA. Obama, en definitiva, se ha revelado emperador, cargo para el que objetivamente fue elegido.

Jorge Mario Bergoglio es indómito, pero no ingenuo. El Papa jesuita intenta conectar con las nuevas corrientes del mundo y extraer de esa complicidad la fuerza y la protección necesarias para acometer cambios estructurales en el hermético gobierno de la Iglesia católica. La sociedad está captando ese esfuerzo reformista.

Y en ese momento, precisamente en ese momento, el PSOE lanza su mensaje anticlerical. Un mensaje con letra pequeña, puesto que la resolución aprobada por la conferencia política plantea negociar unos nuevos acuerdos, en sustitución de los actuales. Ingeniería programática de Ramón Jáuregui, el socialista vasco que en tiempos de Zapatero advirtió contra una excesiva colisión con la Iglesia. Creaciones Jáuregui, el hombre más inteligente del equipo de Rubalcaba. Un anticlericalismo desmontable, reversible y de baja intensidad. En Roma habrán captado el mensaje.

Segunda paradoja, aún más significativa que la primera: el mensaje del PSOE contra los acuerdos España-Santa Sede llega justo en el momento en que comienza el ciclo de cambios en la Iglesia española. Por orden de aparición en el escenario: relevo en la secretaría de la Conferencia Episcopal; relevo en los arzobispados de Madrid y Barcelona —probablemente, primero Madrid y después Barcelona— y cambio, en marzo del año que viene, en la presidencia del episcopado. Concluye, a cámara lenta, el potente mandato del cardenal Antonio María Rouco Varela. Un catolicismo doctrinal y canónico, centralizado en Madrid, con fuertes anclajes en el poder y una rotunda vocación política, primero mediante la Cope incendiaria, ahora con la 13TV obsesionada con Catalunya. Rouco posee un fino instinto político y una voluntad de poder verdaderamente nietzscheana. Desde hace más de diez años, operan en Madrid unos hombres del cardenal que zarandean a diario la opinión pública y le recuerdan al PP que un día se le puede incendiar el ala derecha.

Mañana comienza el plenario de la Conferencia Episcopal, para proceder, entre otros asuntos, al relevo de su secretario. El obispo auxiliar de Madrid, Juan Antonio Martínez Camino, principal hombre de confianza de Rouco, concluye un mandato de diez años. Hay movimiento entre bastidores. La elección de una mujer para ocupar ese puesto sería el primer gesto franciscano del episcopado español. Un nombre: María Encarnación.

ESPAÑA, UNA PISTA DE HIELO

8 de diciembre, 2013

Estamos ante una pista de hielo de más de dos kilómetros de longitud. Dos años largos durará el ciclo electoral que está a punto de comenzar con la preparación de la cita europea de mayo de 2014, que no será soporífera y movilizará políticamente a los sectores más informados de la sociedad. Serán las primeras elecciones europeas dignas de tal nombre, con un debate apasionante en Francia como principal punto de referencia. Al cabo de un año, también en mayo, se celebrarán unos comicios municipales y

regionales (en trece de las diecisiete autonomías), que medirán con bastante exactitud la temperatura del país. Pasados unos pocos meses —en otoño de 2015—, deberían tener lugar las elecciones generales, si el Gobierno de Mariano Rajoy, tras una atenta lectura de las encuestas de Pedro Arriola, no ha decidido adelantarlas, para hacerlas coincidir con municipales y autonómicas, en previsión de males mayores. Y es altamente probable que el nuevo grupo dirigente socialista andaluz decida intercalar en ese calendario unas elecciones anticipadas en la gran región del Sur —¿el 28 de febrero de 2015?—, para contener el auge de Izquierda Unida y legitimar en las urnas el poderío que la opinión publicada en Madrid ha decidido otorgar de manera casi unánime a la nueva presidenta Susana Díaz, trianera, pasionaria y muy española; profesional de las Juventudes Socialistas con puño de hierro.

Dos años de pista de hielo, con el gran interrogante de Catalunya. Si Artur Mas no sucumbe en el Proceso como el ciudadano K. en el inquietante relato de Franz Kafka —terrible final, el de la novela—, los electores catalanes votarían en noviembre de 2016, plebiscitariamente o después de tomar el vermut.

Suyo sería el último tramo de la pista de hielo. En política siempre es aconsejable tener la última palabra, sobre todo en épocas de mucho ajetreo, pero en Catalunya hay sectores de la opinión que creen estar en vísperas del Gran Acontecimiento. Lo creen sinceramente. Hay visiones. El Armagedón Hispánico. Tenim pressa! 2014 será un año de lo más interesante en Catalunya. Muy interesante y aleccionador. Prepárense. España se ha convertido en una inmensa pista de hielo. Paisaje invernal con patinadores y trampa para pájaros, tituló Brueghel el Joven, uno de sus cuadros más famosos (siglo XVI). La cuestión es la que sigue. En estos momentos hay más gente con uno de los dos pies fuera del sistema, o pisando la raya, que ciudadanos convencidos de la utilidad de su voto en unas próximas elecciones. En los dos últimos barómetros del Centro de Investigaciones Sociológicas (julio y octubre) la suma del voto en blanco, el abstencionismo voluntario y el no sabe o no contesta, alcanza el 53%. Un porcentaje nunca visto desde 1977. Los dos partidos principales apenas suman el 25% de intención directa de voto y la proyección más optimista no otorga al PP y al PSOE más del 60%, veinticuatro puntos por debajo del 84% cosechado por

el bipartidismo en las últimas generales. Si esos parámetros se mantienen, estamos en puertas de la mayor crisis electoral desde la restauración de la democracia.

Pista de hielo muy deslizante. La desconfianza respecto al presidente del Gobierno y el jefe del primer partido de oposición han llegado a niveles abrumadores. El 87,8% siente poca o ninguna confianza en Mariano Rajoy. El 91% no se fía de Alfredo Pérez Rubalcaba. La corrupción y el fraude se sitúan en tercer lugar de las preocupaciones ciudadanas, lejos del paro, pero pisando los talones a los temores económicos que rodean el desempleo. En el escalón siguiente, la política y los partidos.

(La cuestión de Catalunya ocupa un lugar marginal en esa tabla del CIS. Parece existir una relación inversamente proporcional entre una de las preferencias obsesivas de los medios de comunicación y el pálpito de la calle, fuera de Catalunya. O los españoles no se toman muy en serio lo del desafío separatista, o lo viven como un reñido partido de fútbol —posibilidad que no debiera excluirse—, o prefieren no concederle, por ahora, el certificado de gravedad, para evitar una visión aún más tenebrosa del cuadro en su conjunto).

Desafección por encima del 50%, caída en picado de la confianza en los principales líderes, fuerte descrédito del partidismo, persistente pesimismo ante la economía, desconcierto social ante el rosario de excarcelaciones derivadas de la sentencia de Estrasburgo y un visible trasvase de votos a favor de los grupos que se sitúan en la zona de ruptura: ruptura con el bipartidismo, intento de ruptura con el discurso de la austeridad, ruptura con el orden constitucional, ruptura de la unidad de España... En ese área crítica habitan familias muy diversas, antagónicas incluso, con interesantes efectos de retroalimentación: ERC y Ciutadans, por ejemplo.

La pista de hielo tiene más de dos kilómetros de longitud y al final del recorrido se sabrá cuál es la profundidad y el tamaño exacto de la zona de ruptura. ¿Tendrán los electores catalanes la última palabra al respecto?

2014

Parecía que no pasaba nada, que la calle estaba perfectamente controlada, pero alguna cosa se estaba incubando. En 2014 tuvimos noticia de ello. En las elecciones europeas celebradas en mayo de aquel año, esas elecciones que a veces parecen muy secundarias, pasaron tres cosas relevantes: por primera vez desde 1977, los dos partidos principales no sumaban más de la mitad de los votos, surgía una fuerza de protesta que nadie o casi nadie había visto venir y se esbozaba una fuerza de repuesto por el flanco derecho.

En las elecciones al Parlamento Europeo celebradas el 25 de mayo de 2014, las había ganado el PP con el 26% de los votos, seguido por el PSOE con el 23%. Por primera vez desde junio de 1977, los dos partidos principales no alcanzaban el 50% de los votos. Una ola de desafección alimentada por la crisis económica se estaba abriendo paso. El volcán España empezaba a humear.

La novedad del 25 de mayo era un grupo llamado Podemos del que mucha gente apenas había oído hablar. Las papeletas de este grupo estaban identificadas por la imagen de su cabeza de lista, Pablo Iglesias, un joven con coleta que había adquirido cierta notoriedad en algunas tertulias televisivas, gracias a su rapidez de reflejos y una notable agilidad dialéctica. Sin apenas ser conocido, Podemos había sacado cinco eurodiputados, con el 8% de los votos, pisando los talones a Izquierda Unida. La otra novedad eran los dos eurodiputados obtenidos por Ciudadanos, partido hasta aquel momento circunscrito a Catalunya, donde realizaba una labor de oposición frontal al nacionalismo catalán.

Las elecciones europeas indicaban otra cosa: el intento de convertir UPyD (Unión para el Progreso y la Democracia) en la gran novedad política como fuerza bisagra entre el PP y el PSOE estaba fracasando. Pese a aparecer en los barómetros del CIS como la política más valorada por los españoles, Rosa Díez, oradora con deje amargo, no convencía.

Jaime Miquel me lo había pronosticado unos meses antes. «En estos momentos más de la mitad del electorado se halla "enfrente" del bloque dominante, más de la mitad no quieren saber nada ni con el PP ni con el PSOE, pero todavía no ha surgido un líder para los que están "enfrente". UPyD no lo será porque es centralista y antiautonomista, y la mayoría de los españoles están a favor de las autonomías». Jaime Miquel, geógrafo y politólogo valenciano, podríamos decir que se había criado entre encuestas. Su padre fue el introductor de los modernos sondeos de opinión en España al obtener una licencia de la empresa Gallup a finales de los años sesenta. Los primeros sondeos políticos en la España de Franco los efectuó Gallup para conocer las simpatías que despertaba el príncipe Juan Carlos. En esas encuestas siempre aparecía un 30% de personas que optaba por no contestar: ahí estaban los opositores al régimen. Miquel empezó a estudiar la ola de desafección política y podríamos decir que avanzó los resultados de las europeas de 2014. Al cabo de dos semanas de observarse aquella grieta en el sistema tradicional de partidos, abdicaba el rey Juan Carlos.

En realidad, todo había empezado dos años antes en Galicia. El 21 de septiembre de 2012, los gallegos fueron llamados a votar. Después de su primera legislatura como presidente de la Xunta, Alberto Núñez Feijóo había adelantado los comicios para evitar un mayor desgaste a consecuencia de las medidas económicas que debía adoptar el gobierno de Mariano Rajoy. El adelanto se efectuó en coordinación con el País Vasco. Y en esas elecciones gallegas hubo una novedad: aparecieron los irmandiños, los indignados gallegos.

Xosé Manuel Beiras, histórico dirigente del Bloque Nacionalista Galego, orador volcánico, mente sagaz, carácter imprevisible, se había separado de la formación nacionalista que había contribuido a fundar en 1982, para acudir a los comicios en coalición con Esquerra Unida, la organización gallega de IU. Beiras encabezaba la lista y su número dos era Yolanda Díaz, en representación de IU. Recuerdo aquella campaña electoral. Estuve en Santiago de Compostela varios días y mi buen amigo Anxo Lujilde, corresponsal de La Vanguardia en Galicia, me condujo a un teatro en el que tenía lugar un mitin de Beiras y Díaz. No pudimos entrar. El local estaba abarrotado y había gente en la calle. Desde el exterior se oían los vibrantes discursos. Nacionalistas y federalistas juntos para denunciar los sacrificios

y las injusticias de la devaluación interior. Beiras apelaba a la leyenda de los irmandiños, la revuelta popular que tuvo lugar en Galicia en la segunda mitad del siglo XV hasta ser sofocada por la nobleza y la Iglesia. La Alternativa Galega de Esquerda sorprendió a todos. Quedó en tercer lugar con el 14% de los votos, por delante del BNG. Feijóo logró afianzar la mayoría absoluta gracias al retroceso del PSOE. En aquellas elecciones, Izquierda Unida envió a Galicia a un joven doctor en Ciencias Políticas llamado Pablo Iglesias Turrión para que asesorase a Yolanda Díaz. Iglesias tomó nota del esbozo de frente amplio gallego, tomó nota también del nervio de Beiras, conoció a Yolanda Díaz —quizá no de manera suficiente —, y empezó a pensar que Izquierda Unida necesitaba un cambio. Lo intentó, encontró resistencias y puso en marcha Podemos junto con Juan Carlos Monedero, Íñigo Errejón, Carolina Bescansa y otros fundadores del movimiento del círculo morado.

Otoño de 2014 fue la gran pista de despegue de Podemos. Los casos de corrupción no cesaban. El PP se había lanzado en tromba sobre Jordi Pujol cuando este reconoció, en verano de aquel año, que tenía una fortuna no declarada en Andorra. Los gritos del PP para desacreditar al nacionalismo catalán actuaban de amplificador del concepto «corrupción» aplicado a toda la política convencional. Se estaba produciendo un hundimiento moral de los partidos tradicionales. La confesión de Pujol no frenó el «procés», como creían algunos, sino que lo movió más a la izquierda, exacerbando la competición entre Convergència y ERC.

Aquel otoño, los secesionistas escoceses perdieron el referéndum de independencia pero esto no frenó la convocatoria de una primera consulta en Catalunya en la que se formularon dos preguntas: ¿Quiere que Catalunya sea un estado? ¿Quiere que ese estado sea independiente? Impugnada por el Tribunal Constitucional, la consulta se acabó celebrando de manera informal el 9 de noviembre, medio tolerada por el Gobierno español, gracias al trabajo de una comisión de mediadores de la que formaban parte Joan Rigol (expresidente del Parlament), Pedro Arriola (asesor de Mariano Rajoy) y José Enrique Serrano (exjefe de gabinete de Felipe González y José Luis Rodríguez Zapatero). El referéndum de Escocia aún estaba fresco en la memoria de la prensa internacional. Por la noche, Artur Mas compareció ante los periodistas respondiendo en catalán, castellano, francés

e inglés a sus preguntas. Mas no las tenía todas consigo, el caso Palau acechaba a su partido, pero no podía frenar. La consulta del 9 de noviembre afianzaba la idea que Catalunya se dirigía a un referéndum de independencia y dio paso a un nuevo ardid convergente para no perder la iniciativa a nueve meses vista: convocar elecciones plebiscitarias en Catalunya envolviendo a ERC en una candidatura unitaria.

El impacto que la consulta catalana tuvo en la prensa provocó un calambre en el PP. El ala más dura no le perdonaba a Rajoy ningún gesto de tibieza. Rajoy temía una escisión por la derecha. Y temía también la investigación de los papeles de Bárcenas. Ordenó entonces presentar una querella contra Artur Mas por desobediencia, prevaricación, malversación y usurpación de funciones. El fiscal general del Estado, Eduardo Torres Dulce, dimitió.

Aquel año, el PSOE había estrenado un nuevo secretario general, Pedro Sánchez Castejón. Un dirigente casi desconocido.

EL ÁNGEL EXTERMINADOR

2 de febrero, 2014

La tarde del 9 de marzo de 2008 había muchos nervios en Génova. Mariano Rajoy se encaminaba hacia su segunda derrota ante José Luis Rodríguez Zapatero en unas elecciones generales. Cuatro años después de los trágicos idus de marzo de 2004, volvía a perder. El jefe de la oposición no había logrado colocar la crisis económica en el centro del debate, pese a los negros nubarrones en el horizonte. Zapatero, tozudo, negaba la crisis, y Emilio Botín, presidente del Banco de Santander, le ayudaba. A la banca no le interesaba que cundiese el pánico en un país con muchísima gente endeudada hasta las cejas. Los españoles preferían creer en la fábula de Pedro Solbes sobre el «aterrizaje suave».

Había tensión en Génova entre los ocupantes de la primera y la séptima plantas. En el primer piso, la gente de Esperanza Aguirre, el cuadro de

mando del PP de Madrid. En el séptimo, el presidente del partido y su equipo. Se mascaba la derrota y algunos marianistas temían la escena del balcón. Disponían de buena información. Aguirre podía apoderarse de la noche electoral, aclamada por la gente congregada frente a la sede, en su gran mayoría afiliados del PP madrileño. «¡Presidenta, presidenta!», sería el titular de portada del lunes. «¡Presidenta, presidenta!», sería el corte de voz en la emisora episcopal. El motín de Génova. La señal de partida de una implacable campaña para echar a Rajoy de la dirección del PP antes de que llegase el verano.

El control del balcón —situado en la primera planta— se convirtió en la principal preocupación de los marianistas. Lo lograron, con una escenografía a la americana. Rajoy salió a saludar, acompañado de su esposa, Elvira Fernández Balboa, Viri, una mujer que siempre ha rehuido los focos, pero que no ha estado lejos de su marido en los momentos más complicados. Carácter fuerte. El hombre de Pontevedra reivindicó el resultado electoral —el PP había conseguido sumar más votos que en 2004 y el PSOE no conseguía blindarse con la mayoría absoluta en puertas de una crisis que iba a ser atroz—, dejó claro su deseo de continuar y pidió unidad. Aguirre quedaba fuera de foco. Rajoy y Viri se besaron. Esa sería la imagen.

No hubo motín en Génova, pero la campaña siguió su curso, implacable. Pedro J. Ramírez y Federico Jiménez Losantos formaban un tándem de gran eficacia. El cardenal Antonio María Rouco Varela, principal titular de la emisora Cope, en tanto que arzobispo de Madrid y presidente de la Conferencia Episcopal, seguía con gran atención sus movimientos. El 4 de marzo de aquel mismo año —cinco días antes de las elecciones generales —, había sido elegido presidente del episcopado por tercera vez, desplazando al obispo de Bilbao, Ricardo Blázquez, un eclesiástico moderado y distanciado de la brega madrileña. Rouco tiene una afilada vocación política. Su emisora era uno de los polos más agresivos de España. Calificaba de nazis a los gobernantes catalanes, daba por seguro que ETA estaba detrás de los atentados del 11-M y en alguna ocasión llegó a pedir la abdicación del Rey. Un foco agitador que otorgaba al cardenal una notable capacidad de presión sobre el PP. En Moncloa, la dirección socialista estaba encantada con la coalición Losantos-Ramírez-Rouco. Muy

aficionado a las astucias —y, al final, víctima de ellas—, el presidente Zapatero hablaba todas las semanas con el director de El Mundo. Cuando Rouco recibía algún comentario adverso sobre la emisora católica, respondía galaicamente: «Lo siento, no he podido escuchar todo eso que usted me está contando. A esa hora estaba leyendo el Breviario». Rajoy intentó obtener la neutralidad de la Iglesia ante el congreso que el PP iba a celebrar el mes de junio en Valencia. A tal efecto se organizó una merienda con Rouco en casa de la periodista Cristina López Schlichting, colaboradora de la Cope. Rajoy acudió a la cita acompañado de su esposa. A la salida, ambos tenían claro que aquel encuentro no había servido para nada. Rajoy consiguió vencer el congreso del PP, y en noviembre de 2011, descarnada la crisis, obtenía la mayoría absoluta en las elecciones.

Enero de 2014. Algo está pasando en Madrid. Las piezas del movimiento de 2008 se están desbaratando. Il sindacato de Milán —la aleación de industriales y financieros propietarios del Grupo Rizzoli, editor del Corriere della Sera y El Mundo— ha decidido el relevo del hábil Ramírez. La Cope, monitorizada por el Vaticano, se ha calmado. El cardenal Rouco Varela pronto será emérito —final de mandato en la Conferencia Episcopal y jubilación en el arzobispado— y se irá sin ser recibido por Rajoy en la Moncloa. Esperanza Aguirre ha dimitido de la presidencia de la Comunidad, Bankia se ha desmoronado, y la derecha madrileña vive su primera gran crisis de liderazgo en veinticinco años. Ana Botella no sabe si será candidata a la alcaldía. El aznarismo se coloca en los bordes del PP y algunos de sus hombres se pasan al nuevo partido Vox. Diríase que un ángel exterminador se está paseando por Madrid.

AJUSTES EN CADENA

8 de junio, 2014

Paisaje después del 25 de mayo. El Banco Central Europeo rebaja a mínimos el tipo de interés, para favorecer las exportaciones, tonificar los precios, estimular el crédito y lanzar un cable a la presidencia de la

República Francesa. El candidato del centroderecha a la presidencia de la Comisión Europea, Jean-Claude Juncker, se muestra dispuesto a aplicar algunos de los puntos de la fronda británica, por ejemplo, restringir la libre circulación de trabajadores en la Unión, para evitar «abusos» en los sistemas de la seguridad social. El presidente de Estados Unidos se pronuncia por primera vez sobre el referéndum de Escocia y envía un mensaje a favor de la integridad del Reino Unido. Italia vive la mayor ofensiva contra la corrupción desde los tiempos de Mani Pulite: después de desmantelar una red que amañaba contratos de la Expo 2015 de Milán, la policía detiene al alcalde Venecia y a otros ilustres personajes que chupaban del inmenso bote del Mose, faraónico proyecto para regular las mareas en la laguna veneciana. El ejército de Ucrania, con asesoramiento norteamericano, lanza una ofensiva contra las milicias prorrusas, con centenares de muertos. Rusia encuentra freno en el este de Ucrania y Vladímir Putin sugiere que la ciudad de Volgograd vuelva a llamarse Stalingrado. Y abdica el rey de España.

Significativos ajustes en la cadena de montaje del Imperio europeo en menos de quince días. El BCE toma medidas para licuar el euro con el beneplácito de Jens Weidmann, presidente del Bundesbank, un halcón rubio como la cerveza que estos días ha llegado a sugerir la implantación de tipos de interés negativos para frenar la revalorización de la moneda. Masajes y mensajes a las clases medias francesas y británicas que hace dos semanas enviaron una amarga señal de hartazgo a Bruselas, dejando subir al Frente Nacional de Marine Le Pen y al UKIP de Nigel Farage al primer puesto del podio electoral.

Italia también está en la cadena de ajustes. Italia se pone seria después de haber jugueteado durante un año con el cómico Beppe Grillo. Las clases medias del norte y el centro del país han dado una rotunda victoria electoral a Matteo Renzi, el joven profeta de las reformas, y el Estado impulsa el nuevo consenso nacional con una espectacular ofensiva contra la malavita política. No caen todos, pero sí algunos personajes de relieve. Entre los imputados, Giancarlo Galan, antiguo virrey del Véneto, amigo de los independentistas que sueñan con el regreso de la Serenísima República Veneciana. Aviso a los tentáculos de la mafia en el Norte e incertidumbre en el Sur. Las redes clientelares del sur de Italia carecen en estos momentos de

un referente político claro. El Norte más las regiones centrales que votaban comunista —Turín, Milán, Venecia, Bolonia y Florencia— exigen cambios importantes en el funcionamiento de la República: más seriedad, menos impuestos y un nuevo reparto de las cargas. Si las reformas no prosperan crecerán los deseos de ruptura. En la Toscana ya ha surgido un pequeño grupo independentista que reivindica el regreso al Gran Ducado. Ajustes en el Laboratorio Italia. «Los europeos nos estamos suicidando», afirma este domingo en La Vanguardia, Romano Prodi, ex primer ministro.

Ajustes anglosajones. Barack Obama viaja a Normandía y antes de cruzarse con Putin envía un mensaje a los escoceses: «Queremos un Reino Unido entero». David Cameron comienza a sentir temor ante el referéndum del 18 de septiembre. Hace seis meses, Obama se negó a una petición del Gobierno español para que se pronunciase contra los deseos independentistas en Catalunya.

Significativos ajustes después del seísmo del 25 de mayo. Un terremoto de mediana intensidad, ya que los puede haber mayores y quizá los vivamos dentro de unos años. Ajustes en cadena. El más vistoso de todos, sin duda, la abdicación del rey de España, apelando a la renovación y el relevo generacional.

La discusión parlamentaria de la abdicación, el próximo miércoles en el Congreso, dará lugar a un debate inédito sobre la vigencia de la Monarquía en España. ¿Era ese el propósito del Gobierno al tramitar la ley orgánica? Tres vectores básicos para el asentamiento del juancarlismo, en la fase preconstitucional, comunistas, nacionalistas catalanes y nacionalistas vascos, se han movido. Jóvenes dirigentes de la escuela comunista enarbolan ahora la idealización republicana.

No hay marea republicana, sin embargo. Las manifestaciones de ayer fueron significativas, pero limitadas. No estamos en 1931, pero el republicanismo difuso comienza a tener en España un atractivo similar al «derecho a decidir» en Catalunya. El radical-democratismo como nueva identidad política en una sociedad decepcionada con sus partidos e instituciones. Si Juan Carlos I, en sus mejores tiempos, llegó a ser leído como el rey de los republicanos sentimentales; uno de los retos de Felipe VI

será ser el rey de los republicanistas, más cívicos —radicalmente cívicos— que sentimentales.

La cadena de ajustes está en marcha.

JORDI PUJOL, ¿DEBE DESAPARECER?

24 de agosto, 2014

La confesión de Jordi Pujol y la estrategia jurídica adoptada para intentar defender a su hijo mayor (el intento de bloquear la investigación con una denuncia por vulneración del secreto bancario), ha creado tal socavón en la política de Catalunya que, a fecha de hoy, es imposible cerrar el parte de daños. ¿Socavón? Un cráter enorme. Después de unas semanas en off americano —dieta que recomiendo para apaciguar el espíritu y que solo aceptaba unos breves sorbos de los diarios brasileños, muy bien confeccionados, por cierto—, tengo la sensación de haber regresado a un país distinto. En apariencia todo sigue igual —las mismas incertidumbres, la misma agenda otoñal, las mismas convocatorias y las mismas consignas —, pero algo importante se ha roto. Se nota, se siente.

Con esa magnífica capacidad de síntesis que Dios ha dado a los británicos, The Economist lo resume de la siguiente manera en su último número: «El hombre que construyó el orgullo nacional catalán, ahora lo está minando». Por muchos honores que se le retiren, por muchos artículos que se escriban atribuyendo la explosión atómica del pujolismo a los vicios congénitos de la Transición española, y por mucho que el alcalde Xavier Trias diga que Pujol «debe desaparecer» —¡caray, así perfeccionaron en el Moscú soviético las artes del retoque fotográfico!—, Pujol no va a evaporarse. Es imposible. Su huella es muy profunda y el aparato del Estado hará todo lo posible para evitar el cierre inmediato de una carpeta que le ofrece una decisiva ventaja en el pleito catalán. Ahora empieza el Proceso.

Aunque se destornillasen todas las placas de inauguración que llevan su nombre y decenas de miles de catalanes decidiesen quemar las fotografías en las que aparecen, sonrientes y satisfechos, junto al hombre incansable que dedicaba todos los fines de semana a recorrer Catalunya, pueblo a pueblo, Pujol no desaparecería, puesto que su pensamiento y su mirada definen, en muy buena medida, la cultura política vigente en el país. La de sus partidarios, hasta ayer incondicionales; la de que quienes le hemos escuchado y respetado sin deberle obediencia, y la de sus adversarios más acérrimos, que atónitos ante su fulminante muerte política, escriben textos furibundos a modo de estaca en el corazón. La rabia póstuma de los antipujolistas que no pudieron derrotarle en las urnas y el «si te debo el nombre y la carrera, no me acuerdo» de los nacionalistas con miedo a quedar en fuera de juego, ofrecen estos días un triste espectáculo. El cráter es enorme, la radiación, intensa, y las consecuencias, imprevisibles. El catalanismo, incluso aquel que se afirma crítico con Pujol desde 1980, tardará años en digerir el tenebroso final de su hombre político más importante desde Enric Prat de la Riba.

España está en crisis, pero el Estado español es fuerte y tiene peso en Europa. España no lidera, pero es demasiado grande para ser tratada de cualquier manera. Ante los problemas de vértigo que se están acumulando, en la frontera con Rusia, en Oriente Medio, en África y en la propia Europa, como consecuencia de un estancamiento económico que no remite, nadie importante en la Unión desea una crisis desangrante de España. Nadie. España está mal, pero acaba de efectuar un cambio importante en la jefatura del Estado, que los demás países van a apoyar. Pensar lo contrario es vivir en un mundo de fantasía.

Con la ayuda de un directivo aparentemente despedido por infidelidad, la Policía española ha podido perforar el secreto bancario de Andorra, sin protesta del pequeño enclave pirenaico. Conviene prestar atención a este dato. Hace años, Andorra estimó que no le convenía figurar en las listas de paraísos fiscales y decidió estar más cerca de Luxemburgo que de las islas Caimán. Andorra no quiere problemas con Bruselas. Y tampoco los quiere con Madrid, puesto que algunos de sus bancos tienen ficha para operar en el mercado español.

Los copríncipes andorranos son el obispo de La Seu d'Urgell, Joan-Enric Vives, un catalanista moderado, y el presidente de la República Francesa, François Hollande, que el pasado 23 de julio se pronunciaba de manera explícita contra el separatismo al recibir al nuevo rey de España en el palacio del Elíseo. El copríncipe episcopal se debe a la autoridad del Papa de Roma, empeñado en sanear la Banca Vaticana y alejar a la Iglesia católica de todo signo de opacidad financiera. Y el presidente de Francia no parece que tenga la más mínima intención de promover una segunda Bélgica al sur de los Pirineos, como algunos ingenuos todavía creen en Barcelona. Mapas, mapas, mapas.

EN DEFENSA DE PASQUAL MARAGALL

15 de septiembre, 2014

El exministro de Defensa y expresidente del Congreso, José Bono, publicó ayer en el diario El País unas notas originales de su Diario de un ministro, libro de memorias de próxima aparición. Son unas notas referidas a una tensa conversación que mantuvo el 16 de octubre del año 2005 con Pasqual Maragall, entonces presidente de la Generalitat, en el curso de una recepción en el Palacio Real de Madrid al presidente de la República portuguesa, Jorge Sampaio. Fueron testigos de aquella conversación —según el relato de Bono—, el expresidente de la Generalitat, Jordi Pujol y su esposa, el entonces alcalde de Madrid, Alberto Ruiz-Gallardón, el ministro de Asuntos Exteriores de la época, Miguel Ángel Moratinos, el diplomático Alberto Aza, entonces secretario general de la Casa del Rey, el presidente de Extremadura, Juan Carlos Rodríguez Ibarra, Gregorio Peces-Barba y Manuel Fraga. Un círculo de primera división. Según Bono algunas de estas personas también intervinieron en la discusión, que giró en torno al nuevo Estatut de Catalunya, entonces recién aprobado por el Parlament.

En las citadas anotaciones, Bono se atribuye haber advertido a Maragall que el nuevo Estatut sentaba las bases de la secesión de Catalunya y haberle reprochado que el texto aprobado por la Cámara catalana era un «engaño»

al PSOE, en cuya conferencia territorial de Santillana del Mar (30 de agosto de 2003) habría acordado unos límites inferiores para la revisión del Estado autonómico. En síntesis el mensaje de Bono es el siguiente: «El principal culpable del grave problema que hoy tiene España es Pasqual Maragall». El diario con mayor difusión en España enfatizaba esta idea en portada con el siguiente titular: «Bono alertó que el "engaño" de Maragall traería la secesión».

El culpable ya ha sido señalado. El chivo expiatorio ya ha sido seleccionado y como corresponde a la vieja tradición de los ritos sacrificales —tan vieja como la humanidad misma—, el acusado no puede defenderse. No puede ofrecer ni siquiera su versión de aquella conversación en el Palacio Real. Como el lector sabrá, Pasqual Maragall i Mira no puede hablar de este asunto, ni de otros, porque su memoria ha sido destrozada por la enfermedad de Alzheimer. Maragall habla, recuerda algunas cosas, fragmentos de vida en el interior de un gran vacío, sonríe cuando alguien le sonríe, pero no puede acometer una discusión política y, menos aún, salir en defensa propia ante la acusación de haber cometido un delito de lesa patria.

En España comienza a ocurrir una cosa muy singular con los hombres políticos que sufren la enfermedad de Alzheimer. Adolfo Suárez comenzó a ser santificado el día en que se supo que había perdido la memoria y ya no estaba en condiciones de escribir un libro de memorias. Pasqual Maragall es señalado como el principal culpable de una hipotética secesión de Catalunya, cuando ya no razona. El gran ritual ha comenzado. La culpa es de Maragall. Su sacrificio en la plaza pública salvará a los demás.

Los judíos enviaban un chivo al desierto con los pecados cometidos por la comunidad escritos en unos pergaminos. Los antiguos griegos seleccionaban a un «pharmakós», habitualmente un demente, lo apedreaban y lo expulsaban del pueblo. 'Pharmakós', víctima propiciatoria que alivia el malestar del grupo. De ahí viene la palabra farmacia. Más adelante, los griegos introdujeron el 'ostrakós', una piedra de pizarra en la que aparecía escrito el nombre del ciudadano condenado a abandonar la comunidad en situación de conflicto político. Por ello aún hoy decimos, en sentido figurado, que alguien ha sido condenado al ostracismo. Maragall recibe el tratamiento más cruel. Maragall es 'pharmakós': apedreado el loco todos

los demás quedan absueltos. Hace unos años comenzó a circular la especie que Maragall ya no estaba en sus cabales siendo presidente de la Generalitat. El rumor, falso, lo hicieron circular algunos de sus propios compañeros de partido. El «demente» es el culpable. Y ya no puede defenderse.

Algunos periodistas tuvimos noticia en 2005 de esa acalorada discusión en el Palacio Real, aunque en una versión más sucinta. Bono aporta ahora todos los supuestos detalles de la misma, aunque llama la atención el estilo del relato. Se supone que los contertulios discuten de pie, con una cierta informalidad. Las palabras de Bono, sin embargo, han sido cuidadosamente editadas. Sus reflexiones son las de un senador romano en la pluma de Tito Livio. Declama y construye frases pensadas para la historia. Maragall y Pujol, balbucean frases cortas.

Llevo diez años dedicado a la crónica política en Madrid. He publicado en este tiempo cuatro libros sobre los acontecimientos de la década que nos ha conducido de la euforia a la depresión y la perplejidad y he intentado reconstruir algunos fragmentos del mosaico. Un mosaico que tardará años en poder ser contemplado con la adecuada perspectiva. Los periodistas, en el mejor de los casos, podemos aportar fragmentos. Ante la publicación de las anotaciones de José Bono, me gustaría aportar dos fragmentos.

En la citada conversación, el exministro de Defensa acusa a Maragall de haber organizado «un pacto de perdedores» en Catalunya. Es cierto. Maragall presidió un gobierno formado por PSC, ICV y ERC, después de haber ganado las elecciones catalanas de 2003 en voto popular y haberlas perdido en la distribución de escaños. Ya había pasado en 1999, pero en aquella ocasión no había posibilidad de formar una mayoría alternativa a CiU. Maragall, gran artífice de los Juegos Olímpicos de 1992, era muy popular en Barcelona y su área metropolitana, donde vive más de la mitad de la población catalana, mientras que la Catalunya comarcal era baluarte de CiU, con mayor o menor intensidad. El sistema electoral da prima a las circunscripciones de Lleida, Tarragona y Girona.

Es cierto. El PSC no ganó en número de escaños y la ausencia de una victoria clara fue determinante en la debilidad de los dos gobiernos tripartitos: el que Pasqual Maragall presidió entre 2003 y 2006, y el que

encabezó José Montilla —esta vez sin victoria en votos populares— entre 2006 y 2010. El cambio de ciclo político se hizo de manera defectuosa en Catalunya. Muy defectuosa. La nueva mayoría parlamentaria carecía de solidez y reposaba en ERC, un partido que en aquellos momentos rondaba el 16% de los votos. Esa es una de las claves principales de la evolución política catalana en los últimos diez años.

Diversas son las razones que pueden explicar la victoria «corta» de Maragall. La solidez electoral de CiU, en primer lugar. La hegemonía político-cultural del nacionalismo, ciertamente. Pero también los torpedos que Bono, Rodríguez Ibarra y otros dirigentes del PSOE lanzaron contra el candidato socialista catalán cuando las encuestas parecía que le eran favorables. En plena campaña electoral de 2003, Bono hizo estallar una áspera polémica con la Generalitat a propósito de unos suplementos que el Gobierno de CiU quería pagar a las viudas, para complementar la pensión. La cantinela de siempre: la igualdad. Mensaje de Bono quince días antes de la fecha de las elecciones: «A Jordi Pujol ya no le rige la cabeza». Un torpedo perfectamente calculado. Ofender a los electores de CiU, para dejar a Maragall en posición de debilidad. Un regalo a los nacionalistas.

Maragall intentaba ganar convenciendo a sus electores de que disponía de una verdadera autonomía de movimientos respecto al PSOE, aun estando asociado al PSOE, aun queriendo seguir asociado al PSOE. Y Bono disparaba contra esa línea. ¡La igualdad entre los españoles! Me permito recordar que en fecha muy reciente el presidente de Extremadura, del PP, acaba de anunciar una remuneración específica en su región para las mujeres mayores de setenta y cinco años y nadie, ni en Madrid, ni en Toledo, ha dicho ni pío. La igualdad va por barrios y la España asimétrica parece que, por fin, se va abriendo paso.

No diré que la victoria «corta» Maragall tuviese como principal causante el torpedo de Bono, pero es del todo evidente que el entonces presidente de Castilla-La Mancha no deseaba una victoria del socialismo catalán. ¿Motivos? Dos, al menos: con CiU se vivía mejor —el paisaje ya estaba definido—, y el voto de los socialistas catalanes en el 35 congreso federal del PSOE del año 2000 le fue adverso. Bono nunca ha perdonado que Maragall orientase el voto de parte de los delegados del PSC en favor de

José Luis Rodríguez Zapatero. En pocas palabras, Bono no fue secretario general socialista —y presidente del Gobierno de España—, por culpa de Maragall. La venganza dicen que es un plato que se sirve frío. A veces tan frío que el adversario ni siquiera puede defenderse.

El siguiente fragmento creo que puede tener más interés. Maragall y el PSC no promovieron la reforma del Estatut ni pactaron con ERC a espaldas del PSOE. No «engañaron» al PSOE, porque ese pacto fue objeto de una discusión específica en la comisión ejecutiva del Partido Socialista. Así me lo ratificó un alto dirigente socialista en 2005. Lo recuerdo bien, una conversación a pie de calle, en la plaza de las Cortes: «Estuvimos discutiendo sobre el pacto con ERC, le dimos muchas vueltas y vueltas, sabíamos los riesgos que comportaba, pero finalmente dimos nuestro acuerdo». Una operación estratégica de largo alcance, visada por el órgano directivo de los socialistas españoles.

ERC, además de ser el garante de la coalición tripartita en Catalunya, formó parte de la primera mayoría parlamentaria de Rodríguez Zapatero. El portavoz de ERC en Madrid y posterior secretario general del partido, Joan Puigcercós, era llamado frecuentemente a consultas en el palacio de la Moncloa. No deja de ser curioso que estos días compañeros y compañeras de Zapatero —la compañera Carme Chacón, por ejemplo— se refieran a sus antiguos aliados de ERC como «los separatistas», un apelativo de vieja resonancia franquista que ni siquiera el PP utiliza en su vocabulario, nada condescendiente con los secesionistas, los independentistas o los soberanistas. «¡Maragall, culpable!», grita el sacerdote en el rito sacrificial. Maragall culpable y todos los demás absueltos.

¿Por qué decidió la ejecutiva del PSOE un pacto estratégico con ERC? Permítanme que reconstruya esta parte del mosaico. En 2003-2004, la deriva de la política española apuntaba a una victoria por mayoría relativa del PP tras la contundente mayoría absoluta de José María Aznar. El ciclo parecía ir a la baja y todo hacía augurar una victoria ajustada de Mariano Rajoy, que tendría que buscar alianzas en el Parlamento, preferentemente con CiU y PNV. En su última legislatura (1999-2003), Jordi Pujol había contado con el apoyo del PP en el Parlament de Catalunya, bajo una

condición, impuesta por Aznar: dejar quieto el Estatut y no promover su reforma o ampliación.

La alianza PSC-ERC, bendecida por la ejecutiva del PSOE, ponía en crisis el eje PP-CiU y amenazaba a ambos con el aislamiento. La formación del primer gobierno tripartito, con la propuesta de un nuevo Estatut como punto central de su programa, abría un difícil horizonte para la entente PP-CiU. Si Rajoy solo ganaba por mayoría relativa, difícilmente podría contar con el apoyo de los nacionalistas catalanes clásicos, empujados a la oposición y desposeídos de poder municipal. El nuevo Estatut era la cuña que rompía el cuadro de alianzas. A Rajoy le esperaba una legislatura muy difícil, y CiU podía desaparecer. El diseño estratégico era perfecto… pero la historia no admite muchos guiones perfectos. En marzo de 2004, un grupo de fanáticos islamistas hizo volar tres trenes en Madrid, España entró en estado de shock y al Gobierno Aznar le faltó inteligencia emocional para gestionar aquella terrible situación, en vísperas de las elecciones generales. La situación dio un vuelco inesperado. El PSOE ganó, propulsado principalmente por el voto de Catalunya.

El PSOE ganó y Rodríguez Zapatero supo de inmediato que iba a tener un serio problema: la alianza con ERC y su promesa pública de respetar el Estatut que aprobase el Parlament de Catalunya. CiU y PP pensaron lo mismo, en sentido inverso. CiU elevó la apuesta para desestabilizar al tripartito. Y el PP creyó que una gran ofensiva política y emocional con la palabra Estatut de Catalunya bien enmarcada, podía convertir a Zapatero en un gobernante breve.

El «nuevo» PSOE intuyó de inmediato que tenía que desembarazarse lo antes posible de los hermanos Maragall —Pasqual y Ernest formaban una auténtica unidad política—, para restituir una alianza táctica con CiU que permitiese reconducir la situación. Los hermanos Maragall, cuyo objetivo era la configuración de un amplio centro-izquierda catalán verdaderamente autónomo del PSOE, organizaron su línea de resistencia y pactaron en Catalunya un Estatut no desleído, con la palabra «nación» en el preámbulo, sin carácter normativo. En la situación actual —insisto, en la actual situación—, aquel preámbulo sería aceptado por casi todos los partidos del Parlamento español.

Nadie en el PSOE propuso entonces la ruptura con ERC. El objetivo era otro: eliminar a los Maragall, reconducir las relaciones con CiU y mantener el enfrentamiento con el PP. Pocos meses después, el ministro socialista Jordi Sevilla y el líder del PP en Catalunya, Josep Piqué, establecieron conversaciones para intentar un pacto que pudiese desactivar aquella «bomba de relojería» con un consenso político lo más amplio posible. Ambos fueron fulminados por sus respectivos partidos. El consenso no interesaba en la polarizada España de 2005. En 2007 ambos ya habían abandonado la política.

¿Un poco complejo, verdad? La historia de los acontecimientos políticos siempre es compleja. Y con toda seguridad los fragmentos que acabó de aportar siguen sin explicar totalmente lo ocurrido. Será apasionante la labor de los historiadores de la década 2004-2014.

Bono, derrotado en el congreso socialista de 2000, ciertamente puede alegar que él nunca habría pactado con ERC, ni prometido un nuevo estatuto a los catalanes. Seguramente estaba disconforme con la línea de Zapatero, pero ello no le impidió aceptar un puesto muy relevante en el Consejo de Ministros y, más tarde, la presidencia del Congreso de los Diputados. Efectivamente, todo siempre es un poco más complejo de lo que pensamos. Nadie creía en 2004-2005-2006 que España iba a ser barrida por una crisis económica descomunal. Ni el PSOE, ni el PP, ni los catalanes, ni los vascos, ni los andaluces… La política española funcionó aquellos años bajo una fuerte polarización —expresamente deseada por las élites políticas— que no preveía la inminencia de una crisis económica brutal. Se hundieron puentes, se cometieron desmanes económicos y se incendiaron las ondas radiofónicas, creyendo que no «pasaba nada», puesto que la gente vivía relativamente tranquila y feliz. Ahora se está pagando la factura.

Efectivamente, todo siempre es un poco más complejo de lo que pensamos. Un raro material, la complejidad. Un material que no cotiza mucho en las tertulias y en la política del pimpampum. La complejidad está reñida con la propaganda y con el intento, inmoral, de endosar toda la responsabilidad del más grave problema de España en muchas décadas a un hombre enfermo que ya no puede defenderse.

EL PARTIDO ALFA, EN LA ALMENA

28 de septiembre, 2014

Al Partido Alfa de las clases medias españolas la convocatoria catalana le viene de perlas para movilizar y cohesionar a su electorado con vistas a las elecciones locales y regionales del mes de mayo. El año 2015 será difícil. Se ve venir. Las elecciones municipales y autonómicas (13 regiones) serán preámbulo de las generales, que deberían celebrarse en noviembre. El ciclo empezó con las europeas y desde entonces los acontecimientos se suceden con vértigo. El 2 de junio, nueve días después de las europeas, abdicó el rey Juan Carlos. Estamos en una cinta que transporta algo más que un ordinario ciclo electoral.

La secuencia catalana que va del 11 del 9 al 9 del 11, vivido por muchas personas en Catalunya como un verdadero tiempo de Adviento, forma parte del ciclo largo que conducirá a la formación de un nuevo Parlamento español, en el que es muy probable que ningún partido tenga, él solo, la mayoría absoluta. La secuencia catalana forma parte del ciclo general y lo influye. Lo influye en dos sentidos aparentemente contradictorios: fortalece al Partido Alfa y alimenta la «zona de ruptura» —tomo prestada la expresión del politólogo valenciano Jaime Miquel—, la zona en la que confluyen, desde distintos ángulos de la sociedad y con diferentes enfoques ideológicos, los deseos de ruptura o modificación fuerte del régimen de 1977-1978.

Catalunya ayuda al Partido Alfa a llamar a filas a sus electores —«O nosotros o el caos»—, a la vez que alienta la contestación, mediante un dispositivo de emulación que ya actuó en la Transición. Entonces, la movilización catalanista estimuló un deseo general de autonomía. Ahora, la contestación catalana estimula, preocupa e irradia a los contestatarios españoles. De alguna manera, el «derecho a decidir» ha atravesado el Ebro. Los de Podemos lo han captado.

Observemos las cosas desde el punto de vista del Partido Alfa. Subamos a las almenas del castillo y contemplemos el paisaje. La mejoría económica

avanza. Antes del verano, la perspectiva era espléndida. No había nubes. Ahora sí. Después del choque de Estados Unidos y de la Europa germánica con Rusia a propósito de Ucrania, las cosas se están complicando. Luces en ámbar, mientras se preparan unos presupuestos del 15 sin muchas aristas sociales y se espera que, a partir de enero, la reforma fiscal comience a dejar algo de dinero en los bolsillos de la gente con trabajo.

Puesto que las bases del Partido Alfa están muy nerviosas ante las elecciones de mayo, el Gobierno ha comenzado el curso retirando la impopular contrarreforma de la ley del aborto y prepara una modificación de la ley electoral municipal para dar un sesgo mayoritario a los ayuntamientos. Objetivo: evitar un escenario muy crítico en mayo. Las elecciones locales vienen envenenadas.

Desde la almena, Catalunya cohesiona. No habrá consulta. El Tribunal Constitucional la prohibirá y desde el Gobierno se advertirá a los funcionarios de la Generalitat del riesgo de inhabilitación individual. Mensaje especialmente dirigido a los directores de escuela y a los Mossos d'Esquadra. No habrá amenazas inmediatas de suspensión de la autonomía. Se contempla la posibilidad de elecciones anticipadas en Catalunya, en enero o febrero. El caso Pujol ha dejado muy tocada a Convergència y ERC va primera en las encuestas. No parece un gran estímulo para el adelanto electoral. Pero ocurren dos cosas: ERC no quiere ganar ahora la Generalitat —sí los ayuntamientos que tenga a su alcance— y la convocatoria de la consulta engrandece a Artur Mas. La ceremonia de ayer en Barcelona, solemne, gótica e internacional, giró en torno a su figura. Está surgiendo el Partit del President. El viernes, en el Parlament murió definitivamente la CDC pujolista. Ayer sábado, en Palau, nació el Partit de la Sobirania, encabezado por Mas. ERC no tendrá fácil resistir la presión para una candidatura soberanista unitaria, con independientes. La secuencia 11-9-11 es también un momento de pugna interior catalana. Según cómo evolucionen los acontecimientos, esa lucha acabará en primer plano, descarnada. Catalunya siempre ha sido muy pugnaz.

Desde la almena, un paisaje bastante controlado. Todo conduce a las elecciones generales y al nuevo Parlamento español de 2016. Y los catalanes, como otras veces, van por delante. Pero esa segunda guerra de

Crimea lo está complicando todo. El estancamiento europeo. El riesgo de otro parón económico. La incertidumbre, de nuevo.

No hay guiones perfectos. La dimisión del ministro Gallardón ha dañado al PP. El cambio de la ley electoral local puede parecer una gran cacicada, si no se pacta. Y después de lo de Escocia, el foco internacional ilumina con intensidad Catalunya. Ayer hubo que improvisar una conferencia de prensa en la Moncloa. La réplica del Gobierno no podía reducirse a unas declaraciones de Mariano Rajoy a la prensa escrita en la Gran Muralla China. Un Rajoy confuciano y distante. La vicepresidenta tuvo que salir a la palestra. Todo parece controlado y todo puede complicarse, más.

CONVERSACIONES CON PABLO IGLESIAS

2 de noviembre, 2014

Pablo Iglesias se encorva un poco y extiende el brazo antes de encajar la mano. Mira directamente a los ojos, contrarrestando así lo que pudiera parecer un gesto de reverencia. Es amable y frontal. Se expresa con un castellano neutro, limpio, preciso, universitario y sin rastros dialectales. Transmite seguridad en sí mismo. Le gusta mandar. Nació en Madrid en 1978, año de la Constitución, y vivió la infancia en Soria. Es un hijo bien educado de las nuevas clases medias españolas.

«Espérame un momento que me voy a maquillar», me dice después del primer saludo. Estamos en una quinta planta de la Gran Vía de Madrid, donde se graban las emisiones de La tuerka, el programa de televisión vía internet con el que un grupo de profesores de la facultad de Ciencias Políticas de la Complutense de Madrid comenzó a atornillar, hace cinco años, un objeto político no del todo identificado que hoy lleva por nombre Podemos. El eurodiputado Iglesias sigue realizando una entrevista semanal en La tuerka. Una conversación política. Creo que quiere saber algunas cosas más sobre Catalunya y por esta razón ahora me hallo sentado frente a

él con dos monacales vasos de agua sobre la mesa. Fondo oscuro, luz cenital. Ambiente franciscano.

Me ha dicho que se iba a maquillar con la naturalidad con la que un mecánico de automóviles antes avisaba de que iba a por la llave inglesa. La televisión es su medio natural. Su escuela y su trampolín. Iglesias, antiguo militante de la Unión de Juventudes Comunistas, se rodó en La tuerka y su habilidad en el debate político llamó la atención de algunos programadores de la televisión comercial. Le ficharon los de La Sexta y perforó la pantalla discutiendo con los más aguerridos mosqueteros de la Brigada Quevedo. Esos espadachines de tono bravucón que han acabado de arruinar la imagen de la derecha ante el público juvenil. La Partida de la Porra ha hecho grande al partisano Iglesias, gramsciano y telegénico.

La célula de la Complutense intuyó los tiempos nuevos, montó una televisión de bolsillo, llamó la atención de los programadores en busca de audiencia joven y ahora Podemos rompe las encuestas y amenaza con llevarse por delante al PSOE. El núcleo de la célula lo forman Iglesias, Errejón y Monedero. Pablo Iglesias Turrión, tesis doctoral sobre la acción colectiva posnacional. Íñigo Errejón Galván, tesis sobre la lucha por la hegemonía en Bolivia, gran lector de Antonio Gramsci y del posmarxista argentino Ernesto Laclau, teórico de los «significantes vacíos» (marcos imaginarios y a la vez ambiguos, capaces de dar fuerza semántica a un discurso alternativo, por ejemplo: la casta). Juan Carlos Monedero Fernández-Gala, con estudios en Heidelberg, tesis doctoral sobre las causas de disolución de la República Democrática de Alemania. Esta es la troika de la nueva izquierda española.

Mientras los jóvenes cuadros del Partido Socialista aprendían las leyes del aparato, la célula de la Complu devoraba libros, estudiaba la sociología española, ensayaba las teorías del relato lacaniano y aprendía telegenia. Desde los tiempos de la República, debe de ser la primera vez que un grupo netamente intelectual irrumpe con fuerza en el escenario político español. En Madrid, en algunos bufetes y consejos de administración, hay gente que se tira de los pelos. Ya no están a tiempo de expulsarles del ágora televisivo. Les tendrán que combatir de otro modo. Quizá mediante la táctica de la sobreexposición. En dosis intensivas, la Mediática quema.

Iglesias lo sabe. Le veo preocupado por la aceleración de los acontecimientos. No tiene muchas ganas de hablar de las encuestas que ahora presentan a Podemos como un cohete capaz de desbaratarlo todo. «Lo que me sorprende es que con la que está cayendo, el PP retenga un 28%, están mal, pero siguen siendo muy fuertes». Añade otra observación, siempre con el pie en el freno: «El PSOE está mal, pero se mantiene en pie. Syriza empezó a abatir al Pasok cuando los cuadros locales del partido socialista griego empezaron a cambiar de bando. Eso aquí todavía no ocurre».

El partisano Iglesias está en lo alto de la colina y ahora tendrá que bajar al valle, donde la lucha es más difícil. Las municipales de mayo son un estorbo que han decidido evitar, porque les obligaría a una arriesgada selección de personal para la que aún no están preparados. No podrán renunciar, sin embargo, a la lucha en las autonomías y en las grandes ciudades. Quisieran irrumpir en las elecciones legislativas como una inmaculada flecha lacaniana, pero si hay convocatoria anticipada en Catalunya no van a renunciar a ese tablero. No pueden. Saben que es difícil y en buena medida lo temen. La lucha de significantes en Catalunya es muy espesa.

La célula de la Complutense ha generado unas expectativas políticas nunca vistas y ahora deberá gestionarlas. Iglesias tiene arrojo y madera de líder. Es amable. Es duro. Es obsesivamente político. Es un hijo de la clase media española que ha captado la profundidad y el drama del 14.

Y AHORA, ¿UN PODEMOS DE DERECHAS?

16 de noviembre, 2014

La semana tenía que haber comenzado con una afilada querella de la Fiscalía contra el presidente de la Generalitat de Catalunya y ha acabado con gran enfado entre el ala oeste de la Moncloa y el palacio del marqués de Fontalba, sede alfonsina de la Fiscalía General del Estado, en el paseo de la

Castellana de Madrid. No hay querella, por el momento. Puntos suspensivos.

La Brigada Aranzadi quería salir el lunes al galope, preocupada por la fuerte repercusión internacional del 9-N catalán y por la potente puesta en escena de la Generalitat el domingo por la noche. Había en Barcelona casi tantos periodistas extranjeros como en Edimburgo la noche del referéndum del 18 de septiembre. Una ola más alta de lo previsto. Una ola demasiado rizada para el Partido Alfa, que hace dos años creyó poder afrontar en solitario, sin pactos políticos, sin pactos sociales y sin pactos territoriales, la crisis integral española.

La Brigada Aranzadi exige un gesto de autoridad después de un mes de octubre deprimente, que ha roto fibras morales y ha activado dispositivos de protesta electoral nunca vistos en los últimos años. Un octubre con metralla. Un mes de octubre, vayamos al grano, en el que el partido gobernante se ha asustado con las encuestas. Tercero en intención directa de voto en el barómetro del CIS. Primero, a escasa distancia del PSOE y Podemos, una vez destilados los datos en el serpentín demoscópico. Un grave problema a poco más de seis meses de las elecciones municipales y regionales de mayo de 2015.

Los cuadros territoriales del PP están nerviosos. El lunes por la mañana hubo numerosas llamadas a la calle Génova pidiendo mano dura. El PP de Catalunya se sentía humillado y se subía por las paredes y por las tertulias, hábitat natural de Alicia Sánchez-Camacho. Y hubo algunos gestos de disidencia a los que conviene prestar atención. Cayetana Álvarez de Toledo envió un tuit declarándose desolada y desamparada. Unas líneas más adelante hablaremos de esta brillante diputada, nacida en Argentina y educada en Oxford, pero antes hay que recordar algunos datos. El PP es desde mayo de 2011 la organización política con mayor acumulación de poder regional, provincial y local desde la reinstauración de la democracia. El Partido Alfa preside doce de las diecisiete autonomías; ejerce la alcaldía en 34 de las 50 capitales de provincia (en 31 con mayoría absoluta); controla 24 diputaciones provinciales y es la fuerza principal en la mayoría de las ciudades de más de cincuenta mil habitantes, exceptuando Catalunya y el País Vasco. Una parte importante de este capital político se halla en

peligro. Miles de puestos están en riesgo. Hay mucha ansiedad en los comités territoriales del PP. Como bien saben todos los profesionales de la política, no hay nada que provoque más nervios en un partido que la proximidad de unas elecciones locales.

Hay ansiedad y en Madrid se va a poner a prueba la estabilidad interna del PP. Aunque golpeada por el eco de los últimos escándalos, Esperanza Aguirre sigue controlando la organización regional y quisiera ser candidata a la alcaldía, para montar una gran zarzuela con Podemos. Lucha libre entre el liberalismo castizo y la nueva izquierda juvenil y colectivista. Rajoy, en dirección contraria, está sopesando proponer la candidatura a una persona de su más estricto círculo de confianza: la ministra de Fomento, Ana Pastor.

Será apasionante el combate de Madrid. UPyD va a la baja, pero Ciudadanos sigue levantando cabeza en los sondeos, de manera significativa en la capital de España. La diputada Álvarez de Toledo, vinculada a FAES y destacada portavoz de la plataforma Libres e Iguales, podría recibir ofertas. De blanco, sola en el escenario, oratoria perfecta, Álvarez de Toledo triunfó el pasado 11 de septiembre en el Círculo de Bellas Artes madrileño, dando lectura a un manifiesto contrario a la gran manifestación que aquel día tenía lugar en Barcelona. Madrid podría ser el laboratorio de un nuevo experimento: un Podemos de derechas, liberal, regenerador, antimarianista, antiizquierdista y anticatalanista, en coalición con UPyD, o sin UPyD. Un buen resultado podría concederles la llave de la alcaldía.

Madrid hierve. La nueva izquierda está tomando forma. El comité central de Podemos fue elegido ayer en un acto de los que hacen época en el teatro Apolo, con el partisano Pablo Iglesias en la secretaría general. El sustrato social e ideológico del 15-M, en sus inicios rabiosamente antijerárquico y antivertical, ha acabado dando pie a un partido con una dirección fuerte. El comité central de Podemos está formado mayoritariamente por licenciados y doctores.

El PP tiene malas encuestas. Por televisión no cesa el desfile de imputados, el exministro Alberto Ruiz-Gallardón no se está quieto y el presidente de la Xunta de Galicia, Alberto Núñez Feijóo, tampoco. El martes estuvo en Barcelona, invitado por el Cercle d'Economia, y sorprendió a todos con un

discurso pactista y moderado. El centrista Núñez Feijóo otea el horizonte. El cuadro se mueve y la Brigada Aranzadi quiere querella. Quiere dejar claro quién manda. Esa querella puede acelerar y justificar la convocatoria de elecciones anticipadas en Catalunya.

EL MISTERIO DE LA CRIPTA ZAMORANA

30 de noviembre, 2014

Supe la verdad sobre el artículo 135 dentro de un hoyo. Primavera de 2012, quince metros bajo tierra en la localidad zamorana de Benavente. En esa comarca se conservan pequeñas bodegas excavadas en la tierra arcillosa y un buen amigo me invitó a conocer la suya. Allí, en la cripta misteriosa, supe la verdad sobre el artículo 135. Desde aquel día veo la política española de otro modo.

Estábamos sentados alrededor de la mesa, con la chaqueta puesta, ya que ahí abajo hace frío. Mariano Guindal, uno de los hombres mejor informados de Madrid, no pudo resistir la tentación de preguntarle a José Enrique Serrano lo que entonces muy pocos sabían en España. «Oye —Mariano, muy madrileño, suele interpelar en plural castizo—, ¿nos puedes confirmar que la famosa carta del Banco Central Europeo a José Luis Rodríguez Zapatero no pedía ninguna reforma de la Constitución?»

Se hizo el silencio. Serrano carraspeó un poco y nos miró con unos ojos azules que suavizan y regalan ironía al rostro severo del único hombre en España que ha sido jefe de gabinete de dos presidentes del Gobierno: Felipe González y José Luis Rodríguez Zapatero. Fue sincero y nos confirmó que la carta del BCE remitida con fecha 5 de agosto de 2011 —aquel terrible agosto en el que el euro estuvo a punto de saltar por los aires— no pedía la reforma de la Constitución española. Jean-Claude Trichet iba por otro camino. El presidente del BCE exigía al Gobierno socialista de Madrid un nuevo tajo en el gasto público y la urgente reforma del mercado laboral,

para enviar un mensaje tranquilizador a los embravecidos mercados financieros.

La inmediata aplicación de aquellas dos medidas significaba dinamitar el adelanto electoral que Zapatero había anunciado públicamente una semana antes, a finales de julio. En caso de incumplimiento flagrante de las exigencias de Frankfurt, España podía verse abocada a la intervención e incluso a la formación de un «gobierno técnico», como meses después ocurriría en Italia. ZP volvió a demostrar entonces que es un hombre de recursos tácticos. «El presidente recordó que Angela Merkel había sugerido meses atrás la conveniencia de que los países europeos inscribiesen en sus constituciones el respeto a la estabilidad presupuestaria y la prioridad del pago de la deuda y actuó en consecuencia, con el apoyo de Mariano Rajoy, que no podía negarse. Aquella iniciativa nos daba una salida y evitaba el riesgo de un estallido social en otoño de 2011», explicó Serrano, siempre con una tenue sonrisa.

El secreto de Benavente dejó de serlo en noviembre de 2013, cuando Zapatero publicó la carta del BCE como documento anexo del libro El dilema, en el que trata de justificar su gestión de la crisis económica. Hasta aquella fecha nadie había podido confirmar el alcance exacto de la misiva.

El artículo 135 ha reaparecido esta semana con la propuesta del nuevo secretario general del PSOE, Pedro Sánchez, de corregir su contenido en términos soberanos. Sánchez quiere desdibujar la consigna PPSOE con la que avanzan los partisanos de Podemos. El PSOE quiere enmendarse a sí mismo, y Zapatero, visiblemente molesto, ha respondido con una sonrisa envenenada. El nuevo secretario general trabaja contra reloj para definir un perfil propio, antes de que lo embista la andaluza Susana Díaz, cosa que va a ocurrir con toda seguridad.

Los tres acontecimientos más relevantes de esta semana han sido el discurso de Artur Mar, proponiendo la inmolación de CiU en favor de un nuevo sujeto político aún por definir; el fúnebre plenario del Congreso sobre la corrupción, y el movimiento griego de las izquierdas hispánicas. El PSOE, necesitado de una ruptura con su reciente pasado, pone en cuestión el blindaje constitucional de la deuda, y Podemos, deseoso de un futuro factible, modera su mensaje, sin renunciar a la denuncia de la deuda. Ambas

opciones suman mayoría en las encuestas. Atención Bruselas, atención Berlín: en España se comienza a apuntar al corazón de la política de austeridad.

Ello ayuda a explicar el mitin de Mariano Rajoy ayer en Barcelona, dirigido a toda España y no a los catalanes terceristas, que tendrán que esperar a que concluya el ciclo electoral. Mientras llueve ceniza sobre su cabeza, Rajoy lanza el siguiente mensaje: os gustaré más u os gustaré menos, pero yo soy el garante del orden. El líder del PP no busca en estos momentos solucionar el problema de Catalunya.

Intentarlo podría perjudicarle en el resto de España. Se siente en peligro y necesita adversarios. La lista unitaria de Artur Mas le fastidia, pero al final del día es un estímulo. Ayer no hizo ningún esfuerzo para obstaculizarla. Al contrario. Su principal objetivo ahora es evitar una gran debacle de la derecha en las elecciones municipales y regionales de mayo, salvar Madrid, por encima de todo, y afianzarse ante el Directorio Europeo como garante del orden interior, mientras las izquierdas españolas, en fase de alta competición, empiezan a hablar en griego (declinación Syriza).

2015

El masovero. Este era el título de una crónica sobre las elecciones primarias del PSOE, cuando Pedro Sánchez fue elegido secretario general. Sánchez me envió un mensaje. «¿Exactamente, eso de masovero qué quiere decir?», preguntaba. Le expliqué que la palabra tiene su origen en Catalunya: masover. Es el labrador que cultiva tierras ajenas con derecho a vivir en la masía. Cuida la casa y cultiva las tierras que no son de su propiedad. Le dije que algunos dirigentes del PSOE creían haber elegido un masover, un secretario general que cuidase la casa hasta que ellos creyesen oportuno dar un paso adelante para tomar las riendas del partido. Ellos, no. Ella. Sánchez me respondió: «Eso no va a ser así».

Sánchez tenía que ser el masover de Susana Díaz. Fue elegido secretario general con buena parte de los votos del PSOE andaluz y de aquellos sectores socialistas que no acababan de ver clara la candidatura del vasco Eduardo Madina, auspiciada por Alfredo Pérez Rubalcaba, con la idea de dar un ligero giro a la izquierda, un cambio controlado por el equipo saliente. El voto andaluz fue decisivo. Sánchez ganó en el País Vasco y Madina en Catalunya. La presencia de un tercer candidato, el granadino José Antonio Pérez Tapias, que apelaba claramente a un giro a la izquierda, restó votos a Madina. Cuenta la leyenda que Susana Díaz dijo lo siguiente después de conocer al masover: «No sirve, pero nos sirve». En aquel momento Díaz, que había apoyado a Carme Chacón en el congreso de Sevilla (2012) aún no era presidenta de la Junta de Andalucía. Si se postulaba para la secretaría general, no podía optar a la presidencia andaluza. Necesitaba un masover para unos cuantos años. El cálculo era que el PSOE aún tardaría un tiempo en reconquistar la mayoría parlamentaria. Sánchez no lo veía igual.

Los sondeos venían a coincidir con el escepticismo de los notables del partido. En febrero de 2015, Metroscopia envía una señal de alarma a través del diario El País: Podemos se ha convertido en la primera fuerza política

en intención de voto, superando una expectativa del 27%, por delante del PP y del PSOE.

Después del otoño negro de la corrupción, después de la detención de Francisco Granados, ex números dos del PP de Madrid, después de las sospechas sobre Ignacio González, vicepresidente de la Comunidad de Madrid, después del escándalo de las tarjetas black de Caja Madrid, después de la detención de Rodrigo Rato, después de la caída en picado del PP valenciano, después de la abdicación del Rey y de las sospechas sobre su riqueza oculta, un nuevo partido, el partido de la protesta, empieza a magnetizar a la España que se sitúa «enfrente» del viejo sistema. Jaime Miquel, el valenciano de las encuestas, el Luis Aragonés de las encuestas, según afortunada definición de Iván Redondo, lo había vaticinado. Los de «enfrente» superaban el 50% y no podía encabezarlos una UPyD centralista, liderada por una antigua dirigente socialista de segundo plano enfadada por su triste papel en las elecciones a la secretaría general del PSOE el año 2000.

Los «partisanos» de Podemos se convertían ahora en una amenaza para el sistema. En la prensa conservadora de Madrid empezaban a publicarse algunas recriminaciones a Soraya Sáenz de Santamaría y a su equipo. La Brigada Aranzadi habría favorecido la presencia de los líderes de Podemos en algunos canales de televisión privados para debilitar al PSOE y ahora el bipartidismo, muy debilitado por los casos de corrupción y por la desmoralización social provocada por la crisis, se hallaba seriamente cuestionado por una nueva organización política liderada por doctores en Ciencias Políticas fogueados por la izquierda latinoamericana.

Todo el grupo dirigente de Podemos había pasado por Venezuela, Ecuador y Bolivia, de la mano de la Fundación CEPS. No todos eran de matriz comunista. Pablo Iglesias había militado en la Unión de Juventudes Comunistas, de los catorce a los veinte años, inmediatamente después de la desaparición de la Unión Soviética. Después se había interesado por el «movimentismo» italiano y por las lecturas de Toni Negri. Íñigo Errejón, cuya tesis doctoral versa sobre la lucha por la hegemonía en Bolivia, había militado de adolescente en las juventudes libertarias. Juan Carlos Monedero, con estudios en Alemania, cuya tesis doctoral explora las causas

de la desaparición de la República Democrática Alemana, tampoco venía de la militancia comunista, pero sí de una fuerte implicación en la experiencia venezolana. Carolina Bescansa, hija de una distinguida familia de Santiago de Compostela, con estudios en Estados Unidos, era experta en demoscopia. Todos ellos eran hijos de la clase media. Y el batallón principal de sus seguidores, también. La generación joven frustrada por la crisis estaba encontrando un altavoz, que a la vez reagrupaba a las militancias de izquierda que IU no lograba cohesionar. Una amalgama de gente enfrentada al sistema estaba encontrando su «momento». Conectaban con el humor de la calle y lo acabaron canalizando en términos muy políticos. No pasó lo mismo en Italia con el Movimiento Cinco Estrellas.

El 31 de enero de 2015, Podemos convocó a sus seguidores en la Puerta del Sol de Madrid. Más de cien mil personas, según las estimaciones de la Policía. Decenas de manifestantes portaban banderas de Grecia, país que en aquellos momentos estaba desafiando al Directorio Europeo. Podemos se estaba convirtiendo en el vector principal de la política española. Un escalofrío recorría el espinazo del establishment. El comisario Villarejo fue de nuevo movilizado por el Lado Oscuro. No tardaron en aparecer informes policiales e informaciones periodísticas que trataban de desacreditar a los líderes de Podemos. En años sucesivos serían objeto de cien investigaciones judiciales infructuosas y de un acoso mediático sin precedentes.

Entrevisté a Pablo Iglesias en la sede que el joven partido acababa de alquilar en la calle Princesa de Madrid. Un edificio aún destartalado, con pocos muebles. Recuerdo que le pregunté por Strélnikov, el temible comisario bolchevique que aparece en la película El doctor Zhivago, que en un momento determinado, a bordo de un tren blindado del Ejército Rojo, afirma: «En Rusia ya no hay vida privada». Le pregunté si no temía por su vida privada. Me respondió: «Sí. Recuerdo esa escena. Es un buen ejemplo del enfoque anticomunista norteamericano. Ya he perdido buena parte de mi vida privada. Lo lamento. No es agradable. Menos aún cuando algunos medios intentan utilizar tu vida personal y de pareja para hacerte daño. Es terrible, pero sabíamos dónde nos metíamos».

GRECIA Y LOS DEMÁS ESLABONES DÉBILES

4 de enero, 2015

La primera ola democratizadora en la era del capitalismo consumista tuvo lugar en el sur de Europa en la segunda mitad de los años setenta del siglo pasado. Portugal, Grecia y España, por este orden, dejaron atrás sus respectivas dictaduras entre 1974 y 1977. Italia, único país de la región con democracia parlamentaria, consiguió atravesar la Guerra Fría en medio de una gran tensión social y con mucho juego subterráneo, sin presidencialismo a la francesa y sin apenas tocar una coma de la constitución antifascista de 1948. Los años de plomo italianos (1967-1989) dejaron más de cuatrocientos muertos y dos mil heridos en atentados terroristas de distinto signo. En el mosaico yugoslavo, la hibernación del mariscal Tito, después de algún intento liberalizador de una autocracia socialista comunicada con Occidente, comenzó a larvar futuras tragedias. La pequeña y pobre Albania, en manos del estalinista Enver Hoxha, era un manicomio.

Las dos dictaduras ibéricas, perpetuadas por los intereses geoestratégicos de Estados Unidos e Inglaterra y por la habilidad de Salazar y Franco en el manejo del anticomunismo, ya no servían para gestionar una sociedad de consumidores a finales de los años sesenta. Ya no eran útiles, pero aguantaron unos años más.

El salazarismo, administrado en 1974 por el profesor Marcelo Caetano, fue derribado, sin apenas derramamiento de sangre, por una sorprendente y heroica revuelta de los jóvenes militares, descontentos con las guerras coloniales en Mozambique, Angola y Guinea-Bissau. El Abril portugués fue democrático, pero algunos capitanes y comandantes vieron en el Movimiento de las Fuerzas Armadas una reencarnación del rey Sebastián que, según cuenta la mayor leyenda de Portugal, algún día regresará de entre la niebla trayendo consigo el buen gobierno. La revolución se aproximó a un punto crítico en otoño de 1975, cuando el Partido Comunista y el ala más izquierdista del movimiento militar estuvieron a punto de tomar Lisboa e imponer su línea al Parlamento. El temor a la guerra civil les frenó y después vino el golpe de péndulo socialdemócrata.

El general Franco murió en la cama y su heredero a título de rey supo pilotar una transición gradual, sin espasmos revolucionarios, ni nacionalizaciones de la banca, soportando la presión de los militares ultras y del terrorismo de ETA, basado en una aleación extrema de nacionalismo, seminarismo y marxismo-leninismo. El punto más innovador del gradualismo español consistió en la devolución de la autonomía a catalanes y vascos, rehogada inmediatamente por una descentralización regional de carácter general, de la que la derecha se arrepintió pronto, dando inicio a una dialéctica de fortificación del Centro político que, tres décadas después —ya sin terrorismo—, está provocando una fuerte crisis política con Catalunya. La Transición española mantuvo prácticamente inalterada la gestión liberalizante de la economía, instaurada por el Plan de Estabilización de 1959. Recibió muchos honores internacionales, pero también dejó un rastro trágico: al menos dos intentos de golpe de Estado, uno de ellos a punto de consumarse en 1981, y 591 víctimas mortales, entre atentados de ETA, acciones antiterroristas ilegales, represión de protestas y otros episodios.

Grecia se sacó de encima la dictadura de los coroneles pocos meses después de la revolución portuguesa. En julio de 1974, la junta de Atenas se metió en un lío nacionalista y no supo cómo salir de él. Cometieron el mismo error que años después repetirían los militares argentinos en las islas Malvinas. Invadieron Chipre para excitar el chovinismo panhelénico, provocaron una airada reacción de la dictadura militar turca, dejaron a la OTAN perpleja (Grecia y Turquía ya pertenecían a la Alianza) y la enosis, la mitificada unión de Grecia y Chipre, les estalló en las manos. Mientras dimitía la junta, el avión del presidente de la República Francesa aterrizaba en el aeropuerto de Atenas, llevando a bordo al hombre encargado de pilotar una transición prudente y proeuropea, que no fomentaría el regreso de la monarquía, abolida por los militares.

El protegido de Francia se llamaba Konstantinos Karamanlis. Había sido primer ministro antes de la dictadura y era el antagonista conservador del patriarca socialista Andreas Papandreu. Dos dinastías. La pelea la prosiguieron, años después, Kostas Karamanlis, sobrino del restaurador, y Giorgios Papandreu, hijo del fundador del Pasok, ahora a punto de crear un

nuevo partido con vocación de bisagra ante el jaleo electoral que se aproxima.

Grecia fue sobreprotegida por el poder europeo. El presidente francés Valéry Giscard d'Estaing sería el gran valedor de un rápido ingreso griego en la Comunidad Económica, en 1981, cinco años antes que España y Portugal. La Alemania reunificada, deseosa de un mercado europeo lo más amplio posible, no puso impedimento al ingreso de Grecia en el euro en 2002, pese a las dudas que podía provocar un país dominado por un salvaje clientelismo político, sin censos catastrales fiables y con un concepto de la disciplina fiscal muy alejado de los parámetros luteranos.

Grecia, convendrá no olvidarlo estas próximas semanas, es un enclave geoestratégico de primer orden: pieza del polvorín balcánico, aún no pacificado del todo; vínculo con Rusia a través de la Iglesia cristiano-ortodoxa; tensa enemistad con la vecina Turquía, históricamente irresoluble. El puerto de El Pireo, controlado por los chinos, base del tráfico comercial que viene de Oriente por el estrecho de Suez y cancela del mar Negro. Islas muy codiciadas. Un país al que la Europa que pretende absorber Ucrania, en tensión con Rusia, difícilmente puede renunciar. En Bruselas, en Berlín y en Varsovia lo saben. Conviene tenerlo claro antes de que a finales de enero comience a sonar el sirtaki de la reestructuración de la deuda. Las elecciones griegas que se avecinan serán importantísimas. La Comisión Europea y el FMI enviarán severos mensajes de advertencia a los electores. El FMI ya lo ha hecho, de forma muy descarnada. Pero la geografía también tiene su ley. Sin la geografía, Grecia no estaría en el euro.

Casi cuarenta años después de aquella ola democratizadora en el interior de la Guerra Fría es fascinante observar cómo el sur de Europa vuelve a ser una cadena crítica, como consecuencia de la crisis de la deuda y del estrés político de unas sociedades que no han podido, no han sabido y no han querido adoptar el modelo socioeconómico alemán, basado en una potente industria exportadora, el ahorro, una constante capacidad de pacto interno, elevada disciplina social y una profunda aversión a la inflación, identificada como el gran desencadenante del mal hitleriano.

Con más intensidad que las de 2012, que tuvieron un carácter casi trágico, las próximas elecciones griegas se acabarán convirtiendo en una votación

sobre las relaciones de toda la periferia meridional europea con Berlín y Bruselas. Elecciones griegas de gran interés para Francia e Italia, cuyos gobiernos de centro izquierda llevan meses intentando empujar a Alemania a una política de mayor estímulo de la economía, para sortear mejor la presión del Frente Nacional francés, de los arrabbiatti de Beppe Grillo y de una Liga Norte que se está olvidando de la Padania para ocupar espacios de malestar social que pertenecieron a Silvio Berlusconi en el sur de Italia. La trabajosa elección del nuevo presidente de la República, a mediados de enero, será prueba de esfuerzo.

Después vendrán las elecciones municipales y regionales españolas (mayo) e inmediatamente después, las legislativas portuguesas (junio). El dominó incluye también a la inquieta Catalunya, que no es Ínsula Barataria. La Catalunya de los diez partidos en densa competición también forma parte de la cadena crítica del sur de Europa, como iremos viendo en próximos episodios.

ONCE AÑOS DESPUÉS

11 de enero, 2015

Desde que saltó la noticia de París acude menos gente al memorial de las víctimas del 11-M en Madrid. La afluencia de público al monumento, ubicado en el vestíbulo de la estación de cercanías de Atocha, no suele ser muy masiva, pero el miércoles por la mañana comenzó a bajar el número de visitantes. Me lo contó el viernes, al filo de las dos de la tarde, la señora que vigila la entrada del lugar de la memoria. Un espacio concebido para no llamar la atención. Sin rótulo en la entrada. Sin título. Una sala desnuda, azulada y silenciosa, bellamente iluminada por un lucernario en forma de cilindro. Luz en una espiral de palabras. Mensajes de recuerdo. En una pared, la lista de los 192 muertos. De Eva Belén Abad Quijada a Csaba Olimpiu Zsigovszki.

Le pregunto a la señora si viene más gente después de lo de París. Me mira y me dice que no con la cabeza. «Desde el miércoles viene menos público. Cada día suelen pasar por aquí unas ochocientas personas. Ahora rondamos las seiscientas». Quedo algo sorprendido por el repliegue. Pensaba que sería al revés. ¿Hay miedo?

Llegué a imaginar flores en el vestíbulo. Son las dos menos cuarto del viernes y el rectángulo azul está vacío. No hay flores y estoy solo en la enorme sala cuando me llaman por el móvil desde Barcelona. Inicio una conversación sobre la densa política catalana, esa pasta cada vez más espesa que gira y gira sobre sí misma, movida por una lenta espátula, y acabo dando vueltas bajo la luz cenital de la claraboya. Nave espacial. Me veo reflejado en la vidriera del vestíbulo y soy un extraterrestre. La señora me hace señas para que vaya saliendo. Faltan pocos minutos para las dos y hay que ir cerrando.

No hay flores, pero las hubo. En esta esquina de la estación, entre dos cafeterías y las escaleras mecánicas que conducen a las taquillas, la gente creó un altar popular poco después de los atentados. Ramos de flores, fotografías de los difuntos, candelas, muchas candelas, poemas, frases de recuerdo, dibujos infantiles, algún crucifijo, alguna imagen de la Virgen y muy pocas banderas. Un lugar de intensa emoción. Los príncipes de Asturias lo visitaron y encendieron una vela. Era un monumento conmovedor que escapaba al control del Estado en unas semanas de cambio de guardia.

Recuerdo mi visita, un domingo por la tarde. Cuando estás solo, los domingos por la tarde pueden llegar a ser desoladores en Madrid. Acababa de llegar a la ciudad, tenía mucha teórica en la cabeza sobre la política española, pero todo me resultaba extraño y difícil de cuadrar. El país había sufrido una tremenda sacudida y aquel rincón de la estación de Atocha explicaba la intensidad del zarandeo y la fragilidad del cambio político que se avecinaba.

El partido en el gobierno no había caído como consecuencia del agotamiento de sus reservas electorales. Había perdido las elecciones por una pésima gestión emocional de los sucesos de marzo, que no me atrevería a calificar de «error de comunicación», porque fue algo más profundo. José

María Aznar se subía por las paredes desde el inicio de la campaña electoral. Se sentía marginado por los suyos antes de abandonar la Moncloa. El equipo de Mariano Rajoy le enviaba a actos secundarios, sin dejarle pisar el País Vasco y Catalunya. Demasiado centrismo. Demasiada morbidez. «No se explican los activos de ocho años. Se habla poco de economía. No se hace nada en Cataluña. El tono general es bajo. Creo que perdemos gas», anota Aznar en su diario los días 6 y 7 de marzo. El día 8 su malhumor estalla y lee la cartilla al comité electoral. Tres días después explotan las bombas y recupera el control de la agenda, en tanto que presidente del Gobierno. En lugar de atemperar, aprieta. Los primeros datos apuntan a ETA y él necesita creerlo. «Ha sido ETA, es lógico», escribe el día 11 en su diario, publicado como anexo del segundo volumen de sus memorias. (El compromiso del poder, 2013).

Es interesante repasar hoy aquellas anotaciones. En ellas, Aznar, jefe de una potentísima maquinaria política, se refiere a la izquierda con desprecio y acomplejamiento. Le concede, amargamente, la iniciativa narrativa. Él se mueve a la defensiva. Escribe: «La izquierda acaricia que sean los árabes para echar la culpa al Gobierno por la guerra de Iraq, si es ETA, se callan y a remar». En esas anotaciones está la clave psicológica del derrumbe electoral de marzo de 2004.

Once años después, los sucesos de París proyectan luz blanca sobre los atentados de Madrid. Ambos episodios forman parte de una misma guerra y las bombas en los trenes españoles siguen siendo el mayor crimen que el terrorismo islámico ha cometido en Europa. Pero Madrid no es París y la áspera pugnacidad española continúa enmascarando el recuerdo del 11-M. Esa lucha insomne. Ese miedo al adversario. La singularidad hispánica, que tanto fascina al historiador Payne. Han matado en París y menos gente ha visitado esta semana el memorial de Madrid.

PATRIA

1 de febrero, 2015

Hace muchos años que la palabra patria no se repetía tanto en un gran acto político en la capital de España. Ante la multitud congregada en la Puerta del Sol de Madrid y calles aledañas, el partisano Pablo Iglesias habló ayer de la patria seis o siete veces. Patria es la gente.

Patria es la gente. Patria es el bienestar de la gente. Patria es el pueblo. Patria es el coraje popular el 2 de mayo de 1808, mientras los poderosos huían o pactaban con el invasor. Patria es la gente en la Puerta del Sol el 14 de abril de 1931. (En este punto, Iglesias evitó, cuidadosamente, mencionar la palabra república). Patria es el Quijote soñador, que nunca debiera convertirse en señuelo comercial, puesto que España es una patria y no una marca. Patria iba diciendo Iglesias y la gente le aplaudía con entusiasmo. Ayer en el centro de Madrid tuvo lugar un bautizo.

Ha nacido, con rabia y energía, una nueva corriente política en España. No es un suflé. No es un ingenioso artificio de las redes sociales. No es un simple juguete de la televisión privada, que intentará destruir a la criatura cuando acabe de constatar que se le escapa de las manos. No es un espejismo de las encuestas. No se deshinchará en cuatro días. No es probable que gane las próximas elecciones generales, pero su ascenso puede trastocar el futuro Parlamento español y otras muchas más cosas, entre ellas, la Generalitat Valenciana, la Comunidad de Madrid, el Principado de Asturias, el gobierno balear, la Navarra foral y el Parlament de Catalunya, entre mayo y septiembre. El fenómeno Podemos va en serio y ayer quedó perfectamente demostrado.

Patria. El PSOE nunca lo había enfocado exactamente así. El Partido Comunista de España, tampoco. (Algunas pinceladas de Santiago Carrillo en 1977). Izquierda Unida, tampoco. Incluso el PP habla poco de patria. Gran promotor de la marca España, el PP prefiere reivindicar la «gran nación española». Cuarenta años después de la muerte del general Franco, un grupo de jóvenes contestatarios, provenientes en su mayoría de la escuela marxista, utiliza la palabra patria para convocar la formación de un nuevo bloque político-electoral opuesto a la línea que gestiona la crisis. No les da vergüenza. Ya no les da vergüenza. Patria es uno de los lemas de la nueva izquierda. Esa es la novedad de ayer en Madrid. Y no es menor.

No es una novedad intrascendente, dada la capacidad que está demostrando Podemos para moldear el lenguaje político. Han implantado la casta en el habla coloquial y capilar. Han obligado al Partido Socialista a convocar «asambleas abiertas» en mangas de camisa, y han llevado al PP a bautizar como «plazas» los espacios de debate de su última convención. Se aceptan apuestas para ver cuánto tardan todos los demás en incorporar la patria en sus discursos distintivos. El joven Albert Rivera, apolíneo y ascendente en los sondeos, seguramente será el primero. Y en Catalunya, donde se habla sin descanso de la nación, podría darse un regreso semántico a la patria, Jordi Pujol apelaba al patriotismo. La pàtria dels catalans fue el inmejorable título de un conjunto de ensayos publicado en 2009 por el historiador Josep M. Fradera, gran profesional. «Un esfuerzo para entender el país. La patria en el sentido más literal. El lugar donde han vivido abuelos y padres, las generaciones pasadas. El lugar donde hemos aprendido que el ámbito doméstico forma parte de una sociedad particular, forjada por la historia», escribía Fradera.

Podemos también habla de patria porque pretende ser un partido distinto a los demás. La única organización política que hoy puede congregar a cerca de doscientas mil personas en Madrid sin apoyo institucional.

El público. Gente de todas las edades, con preponderancia de personal maduro. Trabajadores y empleados. Estudiantes y jubilados. Parados y sindicalistas. Gentes que algún día votaron al PSOE e IU. Banderas de todas las autonomías. Las enseñas de Catalunya y Euskadi, también. Y un buen número de banderas republicanas. Iglesias y los demás oradores evitaron toda referencia a la jefatura del Estado. Podemos no pide república, pero el morado es su color distintivo.

Izquierda Unida va a ser triturada —la organización de Madrid de IU está a punto de estallar— y tiene todos los números para convertirse en el KKE hispánico (KKE, el fosilizado Partido Comunista griego). El joven Alberto Garzón llega tarde. Y el PSOE tiene ante sí un grave problema. Mientras el pueblo de izquierdas vibra con Podemos, el veterano sanedrín socialista ha tomado la increíble decisión de impugnar al secretario general Pedro Sánchez en pleno ciclo electoral. Quieren recomenzar desde Sevilla. Van a llegar a las municipales de mayo con un líder al que se le está poniendo

triste la mirada. El Partido Socialista, que muchas veces se ha contemplado a sí mismo como una patria, corre el serio riesgo de quedar atrapado por esta última maniobra y devenir el partido regional del sur de España.

«EL PROBLEMA DE ESPAÑA ES ANDALUCÍA»

22 de febrero, 2015

Hace cuatro años, fumándose un puro, me dijo: «La crisis será dura, el régimen autonómico ya no se tiene en pie y va a empujar Catalunya hacia la independencia. España puede estallar».

Con ustedes, Lorenzo Bernaldo de Quirós, liberal castellano. Ávila, 1959. Economista. Conferenciante. Consultor y asesor de organizaciones empresariales. Simpatizante irónico del PP. Quizá menos distante de lo que parece, pero siempre cáustico. Liberal anticastizo. Liberal con sentido del humor y con una clara inclinación a la autoparodia. Inteligente, por tanto. Puro mañanero, traje inglés, pajarita, pañuelo en el bolsillo, retrato de Ronald Reagan en el despacho y un latiguillo americano que te hace sentir Bugs Bunny: «¿Qué hay de nuevo, viejo?».

Son tiempos propositivos y acaba de publicar Por una derecha liberal (Deusto), alegato en favor de una derecha menos conservadora. Cree que sí se puede. Cree que se puede modernizar España. Me recibe en su despacho, ubicado entre el Retiro y el Prado.

—¿Qué hay de nuevo, viejo?

—Dijiste que la crisis sería larga y que España podía estallar. ¿Ya han pasado los siete años de vacas flacas?

—Las cosas están mejorando, no hay duda. La recuperación tendrá más vigor de lo previsto gracias al abaratamiento del petróleo y la depreciación del euro. España puede crecer cerca de un 3% en 2015. Esa es mi previsión.

Pero el país se ha descarnado. En la sociedad se ha instalado la convicción de que existe una avería general. Salimos de la crisis con gran demanda de cambios.

—¿Ganas de tumbar al Gobierno?

—Algo más que eso. Ha cuajado la idea de que hay una nomenclatura que maneja el Estado como si fuese su botín. La consigna de Podemos sobre la «casta» ha tenido éxito —luego te diré lo que pienso de ese grupo de bolcheviques— porque la sospecha ya existía antes de la crisis. Veo preocupación en los grandes partidos. Están asustados. La cuestión es la siguiente: ¿la mejora de la economía sepultará ese malestar dentro de unos meses? El Gobierno trabaja en esa dirección. En mi opinión, se debería aprovechar la mejora de la economía para reformar el sistema y no para aplazar los cambios. Todo anestésico acabará siendo contraproducente. La reforma del sistema de 1978 es inaplazable.

Lorenzo Bernaldo de Quirós es raro. Se mueve muy bien en el cogollo de Madrid y parece inmune a la ira que provoca la inflamación catalana. No le duele España a la manera clásica y cree que la insubordinación de Catalunya no es el mayor de los problemas en curso. Le gusta llevar la contraria. Le preguntas sobre Catalunya y sonríe.

—Ya te lo dije hace cuatro años. El estado autonómico no se tiene en pie. Esta comedia debería acabar cuanto antes. Hay tres naciones: España, Catalunya y Euskadi. El Estado español —el Club de las Españas— debe organizarse conforme a esa realidad. Esa era la idea inicial, alterada en 1980 por los socialistas andaluces y su retórica igualitarista. Ahora pagamos las consecuencias. El Estado de las Autonomías ha colapsado y una parte de Catalunya reclama la independencia. La cuestión catalana está mal resuelta desde hace trescientos años y no creo que tenga solución.

—Me acabas de hablar del Club de las Españas.

—Quiero decir que Catalunya no es soluble. No hay que buscar una solución definitiva. La respuesta ha de ser dinámica y asimétrica. Hay que organizar la conllevancia. Un común denominador para todas las Españas y amplio margen para Catalunya. No me asustaría hablar de Estado libre

asociado. Oye, viejo, el País Vasco ya es confederal. Más de uno se escandalizará, pero he llegado a la conclusión de que el problema más grave no es Catalunya. El principal problema de España es Andalucía.

—Palabras mayores.

—No tengo nada contra los andaluces. Me limito a criticar su régimen político. Se han destinado miles de millones de euros a Andalucía y siguen teniendo la renta más baja de España y la más alta tasa de corrupción. El PSOE andaluz se ha convertido en una enorme máquina clientelar que ahora sueña con mandar en Madrid. ¡Lo que nos faltaba! Oye, viejo, España se sostiene gracias a Madrid y Catalunya, con la contribución de Valencia y Baleares. Un día la gente dirá basta.

—El socialismo andaluz despierta simpatías en Madrid.

—Quieren apoderarse de la dirección del PSOE, con un concepto antiguo y regimental de la política socialdemócrata. Veo en el capitalismo madrileño tentaciones de apostar por ese regimentalismo como solución a los problemas de España. Se equivocan. Susana Díaz no es Felipe González. Ni en broma.

—¿Cuál es tu opinión de Podemos?

—Aciertan en algunos diagnósticos. Tienen la audacia de los bolcheviques y proponen cosas del todo incompatibles con una sociedad abierta.

—Ciudadanos parece que sube.

—Ciudadanos es la versión posmoderna del partido de la señora Rosa Díez, que ha entrado en declive, afortunadamente para España.

—¿Momento del PP?

—Oye, viejo, qué cuestionario. Para mi gusto en el PP pesa demasiado el sector socialpopulista. Estoy en desacuerdo con la estrategia de Pedro Arriola de pillarlo todo, desde la extrema derecha hasta la

socialdemocracia. Tienen un planteamiento muy anticuado sobre Catalunya. No la entienden.

«ANDALUCÍA HA EVITADO UNA TRAGEDIA SOCIAL»

1 de marzo, 2015

«A ese caballero de Madrid —Bernaldo de Quirós, creo que se apellida— que dice en La Vanguardia que Andalucía es hoy el principal problema de España, simplemente le responderé una cosa: en Andalucía se ha evitado una gran tragedia social. En los últimos treinta años, Andalucía ha dejado de ser una región eminentemente agraria sin que se haya producido una despoblación salvaje del campo. Una gran transformación, sin emigración masiva y sin desgarro social. Y con una mejora sustantiva de las condiciones de vida de la gente. En 1980, el 25% de la población activa trabajaba en la agricultura; hoy, ese porcentaje se ha reducido al 5%. Es un cambio tremendo. Ha habido proyecto. Hemos evitado que Andalucía se convirtiese en una segunda Calabria. No se ha repetido en España el drama del Mezzogiorno italiano. ¿Le parece poco a ese caballero de Madrid? ¿Os parece poco? Los andaluces no hemos de ser triunfalistas. Tenemos graves problemas por resolver, nos falta industria, se apostó demasiado por la construcción, pero podemos estar orgullosos. Quizá no del todo satisfechos, pero sí orgullosos».

Al habla, José Rodríguez de la Borbolla, presidente de la Junta de Andalucía entre 1984 y 1990. Alumno de los jesuitas, bisnieto de un ministro de Alfonso XIII —Pedro Rodríguez de la Borbolla Amozcótegui de Saavedra, prohombre del Partido Liberal—, doctor en Derecho y socialista de toda la vida. Empezó en 1967 con el Partido Socialista del Interior, de Enrique Tierno Galván, y se afilió al PSOE en 1972. Amigo de Felipe González, sin frecuentar la Adoración Nocturna del felipismo. Demasiado orgulloso para esa práctica religiosa. Muy leal a su partido —en Sevilla todos destacan ese rasgo de Pepote Rodríguez de la Borbolla—, pese a la defenestración de 1990, empujado por Alfonso Guerra. Una tarde,

paseando por los jardines de la Moncloa, González le puso una mano en el hombro y le dijo: «Pepote, será mejor que no te vuelvas a presentar». Faltaban dos años para la Expo de Sevilla. Señorial, sin llegar a ser arrogante. Historicista. Bético por partida doble: del Betis y de la Bética. Poco amigo del andalucismo arabizante, reivindica la huella romana. Itálico, por tanto. Miembro, desde hace años, del círculo de lectores de Antonio Gramsci, un club muy concurrido últimamente. Estudió derecho laboral en Bari y sabe lo que significa la palabra Mezzogiorno. Sesenta y siete años. No depende del aparato. No está en ningún sumario. Un hombre respetado.

Y añado. Uno de los autores intelectuales del «nosotros no vamos a ser menos». Gran bandera andaluza y clave de la arrolladora fuerza del PSOE en 1982. «Nosotros no vamos a ser menos que Catalunya y el País Vasco». La reivindicación de la autonomía por la vía rápida. El decisivo referéndum andaluz del 28 de febrero de 1980, ahora hace treinta y cinco años, que estiró las vértebras de la Constitución, puso en jaque a Adolfo Suárez, aceleró la crisis de UCD y convirtió al PSOE en el gran partido del Sur de España. Una gran jugada táctica.

—No fue una jugada táctica.

—¿No? De una sola tacada, el PSOE pulverizó el gradualismo de UCD —autonomías a dos velocidades—, popularizó la consigna igualitaria por toda España, desbordó la «Operación Tarradellas», y se convirtió en el partido de Andalucía.

—No fue una jugada táctica. No fue una improvisación. Ese era nuestro programa desde 1976. El congreso del 76 fue muy importante para el PSOE. Empezaron a madurar las líneas de Suresnes. Aquí tengo los documentos. Lee, lee... Después de la muerte de Franco, el PSOE abogaba por una República de las Nacionalidades y de las Regiones...

—Con derecho de autodeterminación...

—Lee bien: «...salvaguardando la unidad de los diversos pueblos que integran el Estado español, sin poner en cuestión el Estado en cuanto tal...».

—Leo: «Potenciar la autonomía es todo lo contrario que otorgar derechos preferenciales o particulares a determinadas comunidades». El resabio viene de lejos. Definisteis España con la mirada puesta en Catalunya. El resabio igualitarista, que tantos éxitos ha dado al PSOE, durante años.

—¡No!

—¡Sí!

—¡No! Yo no soy un nacionalista andaluz. No lo he sido nunca. Desde 1976, el PSOE tuvo un planteamiento estratégico: descentralizar, reducir la concentración de poder en manos de la burguesía de Estado de Madrid y otorgar el instrumento de la autonomía a todos los pueblos de España. ¿Por qué a unos sí y a otros no? Gracias a la autonomía, Andalucía ha evitado la tragedia social.

—Andalucía ha cambiado mucho desde 1980; Catalunya, también. Una parte de la población catalana de origen andaluz apoya hoy el planteamiento soberanista. Y otros que no lo apoyan abiertamente, por temor al desgarro, no son hostiles. No sé cómo acabará, pero ese cambio de tendencia no tiene vuelta atrás.

—Lo acepto. Reformemos la Constitución. Vayamos a un verdadero esquema federal. Un mínimo común para todos y a partir de ahí quien quiera jamón con chorreras, jamón con chorreras...

—El resabio.

—¡No!

—¡Sí!

—¡No! Libertad, sin fomentar desigualdades.

—Veo que cuesta pronunciar la palabra asimetría en Andalucía.

—Asimetría institucional, sí. Asimetría vital, no.

—Y, entretanto, el PSOE andaluz hace planes para volver a gobernar España.

—¡No!

—¡Sí! Es evidente que Susana Díaz planea descabalgar a Pedro Sánchez, si gana bien las elecciones del 22 de marzo.

—Mira, te hago un vaticinio. El PSOE seguirá siendo un partido relevante en España. Y ese conflicto que apuntas, al final no se va a producir. Mandarán las circunstancias. En política siempre acaban mandando las circunstancias.

Rodríguez de la Borbolla tiene el despacho forrado de retratos. Mitologías y recuerdos. John Wayne, Jane Russell, Marilyn Monroe, Asterix... Al acabar la conversación, entre el sí y el no, repaso las fotos. El retrato de Wayne contiene una leyenda, en letra minúscula: «Si los tienes cogidos por los huevos, su cabeza y su corazón irán detrás».

LAS CUATRO GENERACIONES

8 de marzo, 2015

A los propietarios de la televisión privada se les ha escapado el Frankenstein Podemos del laboratorio de La Sexta y ahora hay que activar a Ciudadanos para que los naranjitos neutralicen a los de la coleta, antes de que el país se entregue al Frente Popular. Esta es una de las lecturas simplistas que circulan por Madrid sobre el actual momento político. Son los conjuros que preceden a la tormenta. Y va a llover. Va a llover a cántaros. Resulta impensable que los grandes canales de la televisión privada —de matriz comercial italiana, no olvidemos nunca ese dato— desaprovechasen la fenomenal triple crisis española —crisis económica, crisis de los partidos y crisis con Catalunya— para alimentar sus audiencias, mientras los más jóvenes emigran a las pantallas del teléfono

móvil. Lo sorprendente es la torpeza de la derecha ante los nuevos formatos. La galería de energúmenos y tipos raros que han monopolizado la representación de los conservadores en la política televisada ha dado estos meses una ventaja extraordinaria a los nuevos protagonistas —Pablo Iglesias y Albert Rivera— y ha acabado de arruinar el débil vínculo del partido gobernante con los jóvenes. Ahí están los datos. Datos incontestables. El PP concentra hoy sus expectativas de voto entre la gente mayor de cincuenta años. Podemos dobla la intención directa de voto del PSOE entre las personas de dieciocho a treinta y cuatro años y triplica la del PP en esa franja de edad. He ahí una de las claves del momento. La clave generacional.

Jaime Miquel, geógrafo y politólogo valenciano, hijo del introductor de las encuestas Gallup en España, un profesional independiente al que ya he citado en alguna ocasión, ha elaborado un interesante mapa de las cuatro generaciones que conviven hoy en España. Hombre poco dado a la exhibición pública, Miquel estudió demografía y concede a la pirámide de edad una importancia decisiva en el actual momento de confusión, zozobra y cambio. Con su permiso, explico el mapa.

Primer grupo. Los niños de la guerra. Los nacidos antes de 1939. Los últimos supervivientes de la Guerra Civil. Son los padres de las clases medias urbanas configuradas en los años sesenta. Vivieron la dictadura a tiempo completo y se ilusionaron prudentemente con la democracia. Hoy tienen más de setenta y siete años y se benefician de los avances de la medicina y de la universalización de la asistencia sanitaria. Recelan, lógicamente, de los programas más radicales. Representan el 12% del censo electoral.

Vienen después, los niños de la autarquía, nacidos entre 1939 y 1958. Cuando murió el general Franco, tenían entre diecisiete y treinta y seis años. Infantería del cambio pactado, de sus filas surgieron los oficiales de la Transición. Los escándalos que no cesan les tienen muy desmoralizados. «No era esto. No era esto». Escuchan las propuestas de ruptura con una mezcla inestable de recelo, curiosidad y adhesión. Suman el 25% del censo electoral.

A continuación, los reformistas. Personas de cuarenta y dos a cincuenta y seis años. Son los baby boomers de los sesenta. El niño de la serie Cuéntame cómo pasó. Los hombres que discutieron fuerte con sus padres. Las mujeres que con más intensidad han vivido los cambios de la condición femenina. Aunque se hayan vuelto conservadores, siguen abiertos al cambio. Puesto que están a favor de sus hijos y sus nietos, comienzan a sentir simpatía por las nuevas propuestas. Si les convencen, votarán a los partidos nuevos. Son muchos: el 27% del censo electoral.

Y finalmente, la brigada del cambio. Miquel les llama los ciudadanos nuevos. Son los nacidos después de 1974. Suman un contingente de 12,3 millones de electores, con el tiempo —que no la economía— a su favor. Educados plenamente en la democracia, adheridos a los valores europeos, mucho mejor formados que sus padres y sus abuelos, se emocionaron con el 15-M, o lo siguieron con interés. Viven el mundo a través de internet y son cada vez más conscientes de su fuerza. Ya representan el 35% del censo electoral. Comienzan a liderar la opinión pública. Con la ayuda de la fracción más dinámica de los reformistas y con el apoyo moral de niños de la autarquía y niños de la guerra van a zarandear el ciclo electoral del año 2015. Quizá no logren ponerlo todo patas arriba, pero pueden forzar un nuevo Parlamento español pivotado sobre cuatro partidos y obligado a abrir una nueva etapa de reformas pactadas.

Si el Partido Alfa hubiese gestionado la crisis de otra manera, con más pactismo —más acuerdos políticos, sociales y territoriales—, con más piedad social, con más flexibilidad, con menos Brigada Aranzadi y sin la vertiginosa cadena de escándalos, la situación aún estaría en manos de la alianza entre los reformistas y las generaciones mayores. Esa hegemonía se ha roto y nadie la va a poder recomponer.

Es interesante el Atlas Miquel. Creo que acierta.

LA NOVEDAD DE VALENCIA Y BALEARES

21 de junio, 2015

La segunda entrega de las memorias de José María Aznar, El compromiso del poder (Planeta, 2013), contiene un pasaje muy interesante sobre Valencia y Baleares. Un fragmento que invita a leer con atención los recientes resultados electorales. Páginas 154 y 155: «Cambiar el signo político del Levante español representaba para el centro derecha un gran reto y conseguirlo fue una operación histórica que suponía un valioso factor de equilibrio general en España. El vínculo entre Madrid y Valencia generaría por razones de cercanía geográfica sinergias muy importantes en la Comunidad Valenciana, que contribuirían a fortalecer en esta una posición propia frente al expansionismo del nacionalismo radical desde Cataluña y desde la propia Valencia. (...) En apenas una década, el Partido Popular pasó a ser la fuerza ya no mayoritaria, sino prácticamente hegemónica en el Levante. De resultas, la transformación económica y social fue espectacular».

Si nos tomamos en serio este párrafo —y a Aznar siempre hay que tomárselo en serio—, las elecciones del pasado 24 de mayo han supuesto un gran fracaso estratégico para el creador y gran animador intelectual de la FAES. Una de las líneas maestras del aznarismo se ha venido abajo, puesto que el PP ha sufrido un fortísimo desgaste electoral en Levante. Por primera vez desde el despliegue del Estado autonómico, los herederos de Alianza Popular no gobernarán en ninguno de los territorios que en su día conformaron la antigua Corona de Aragón. Ninguno de los cuatro territorios hispánicos con las cuatro barras en la bandera será administrado durante los próximos cuatro años por el partido que logró conquistar Madrid partiendo de Castilla y Galicia.

El PP acaba de perder la Generalitat Valenciana, el Govern Balear, la Diputación General de Aragón, prácticamente todas las capitales de provincia de esas tres comunidades —con la única excepción de Teruel— y ha salido muy mal parado de las municipales catalanas. En Catalunya solo conservará la alcaldía de Pontons, municipio de quinientos habitantes de la provincia de Barcelona, después de haber perdido el control de Badalona —su gran plaza fuerte en el área metropolitana, conquistada en 2011— y Castelldefels, por pactos en su contra.

El foco, sin embargo, sigue iluminando las grandes ciudades. La noticia más llamativa sigue siendo la irrupción de la nueva izquierda en las alcaldías de Madrid, Barcelona, Valencia, Zaragoza, A Coruña, Santiago de Compostela y la histórica Cádiz. El titular de Le Monde que ha recorrido todas las cancillerías europeas —Les indignés prennent les mairies de Madrid et Barcelone— es el dato que el Directorio Europeo ha anotado con preocupación, mientras Grecia vuelve a estar cerca del naufragio. La radicalización de las grandes ciudades se convierte en la piedra de toque del momento político español, pero el crujido en las autonomías del Este quizás acabe siendo más importante. Estamos ante un acontecimiento estructural.

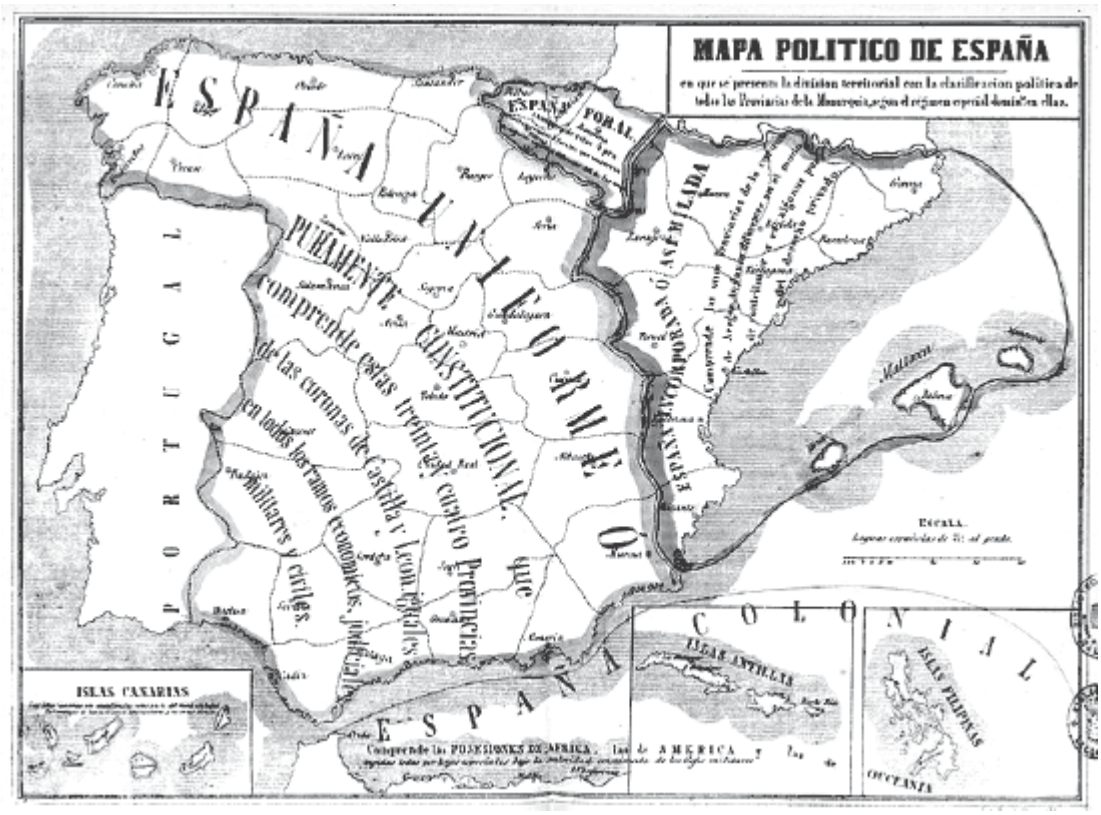
Conviene prestar atención a algunos detalles del nuevo cuadro. En Madrid, el ciclo izquierdista de Manuela Carmena no tardará en ser fiscalizado por la presidenta regional Cristina Cifuentes, del PP, que acaba de cerrar un complejo pacto con Ciudadanos. En Barcelona, el acontecimiento Ada Colau ha provocado la inmediata alarma del nacionalista Artur Mas. Si la Gran Lista Soberanista toma cuerpo y gana en septiembre, pronto asistiremos a un auténtico revival de las tensiones de los años ochenta entre la Generalitat y el Ayuntamiento barcelonés. También en Galicia hay contrapesos. En Valencia, Baleares y Aragón, por el contrario, el cambio puede ser mucho más acusado. El poder territorial de esas comunidades queda en manos de la alianza, pacto o acuerdo parcial del PSOE con las izquierdas locales (Compromís en Valencia, Mes en Baleares, Chunta Aragonesista...) y Podemos. El auge de Compromís, eficaz aleación de radicalidad urbana y valencianismo menestral, es un hecho político muy relevante. Podemos ya le corteja para las elecciones generales.

La España del Este, por decirlo con una expresión perfilada por el geógrafo valenciano Josep Vicent Boira, ha pegado un puñetazo sobre la mesa. Ha dicho que no está de acuerdo con el curso general de las cosas, pero los matices de su disenso no son fáciles de interpretar. La España del Este ha protestado por la crisis económica, evidentemente. Ha votado masivamente en contra de la corrupción. Ello es más que evidente en Valencia. Los valencianos también han votado contra la insoportable sensación de escarnio, al verse señalados por no pocos medios de comunicación como auténticos campeones del mangoneo. «¿Gürtel? ¿Pregunta usted, por Gürtel? Eso es cosa de los valencianos». Los de Levante han dicho que no

quieren ser chivo expiatorio. Las Baleares han rechazado claramente los modales del presidente saliente José Ramón Bauzá, y su ofensiva contra la lengua catalana en las escuelas. Esa agresiva política ha llegado a irritar al sector más regionalista del PP balear, provocando algo nunca visto en Palma en los últimos setecientos años: una manifestación de protesta de más de cien mil personas.

La mayoría de los mallorquines, menorquines e ibicencos no quieren ser catalanes, pero aman la lengua catalana. Es su lengua. Bauzá les agredió y ha cosechado un resultado catastrófico. Bauzá quería ser ministro y viajaba a menudo a Madrid para departir con periodistas. Su ofensiva contra el catalán, además de seguir el guion de FAES, buscaba aplausos madrileños. Ha roto el PP balear.

Alberto Fabra, hombre mucho más cauto, también acabó cayendo en la tentación anticatalana. La receta que nunca había fallado en Valencia. Rodeado de graves problemas, también quería gustar en Madrid. Y por eso cerró Canal 9, contra el criterio de alguno de sus principales colaboradores. El cierre de la televisión autonómica sentó muy mal. Incrementó la sensación de derrumbe.



Mapa de España publicado en Madrid en 1854

Algo estructural está pasando en la España Incorporada o Asimilada, según reza el mapa que ilustra la página anterior. Es un dibujo que llama mucho la atención. Fue confeccionado en Madrid en 1854 por un impresor ilustrado de la Sociedad Madrileña de Amigos del País, que dividió el territorio español según las fuentes del Derecho Civil. Los epígrafes son muy elocuentes: España Uniforme o Puramente Constitucional, España Incorporada o Asimilada, España Foral y España Colonial. El mapa se halla depositado en la Biblioteca Nacional.

La España Incorporada o Asimilada está enviando algunos mensajes. Aznar, sin embargo, puede estar tranquilo. Valencianos y baleares no están diciendo «queremos ser catalanes». (Que nadie en Catalunya cometa el inmenso error de interpretarlo así). Están diciendo basta a los grandes males del país y piden que se les respete la autonomía. Valencianos y baleares van

a jugar muy fuerte la carta del déficit fiscal en los próximos tiempos. Y no aceptarán la momificación de sus instituciones.

«Cuidado con lo que pactamos en Valencia», dijo, alarmado, un alto dirigente del PSOE andaluz en la última reunión del Comité Federal.

LOS REFLEJOS DE FELIPE GONZÁLEZ

6 de septiembre, 2015

Felipe González se ha convertido en un personaje de Gabriel García Márquez. Es terrenal y oceánico. Homero Rey, quizá le habría bautizado el de Aracataca, retomando, medio en serio, medio en broma, el nombre de un personaje de la Martinica, reubicado en Ginebra, que aparece en el cuento Buen viaje, señor presidente, escrito en 1979.

La cita es a las once de la mañana en un despacho del centro de Madrid que el expresidente comparte con otros profesionales. Viejo y elegante ascensor con banqueta de madera. Nada más traspasar la puerta, en la pared del vestíbulo, un Tàpies con la marca de unos dedos en rojo. Las cuatro barras. Mitologías de los años setenta, cuando lo catalán triunfaba en Madrid. Empezamos bien.

González es terrenal. Aparece con las gafas de sol todavía puestas. Antifaz negro, pelo blanco y un rostro intensamente bronceado. Estampa de caudillo sudamericano. Viene de su casa en Extremadura y mientras nos acomodamos en la sala donde tendrá lugar la entrevista, recuerdo un agudo comentario de Mario Soares, que leí una vez en Lisboa, mientras hojeaba libros en la casa Bertrand, en la cuesta del Chiado: «Felipe González es un líder político muy inteligente, poseído por una extraña melancolía rural que le provoca momentos de intenso ensimismamiento». Soares y González, los dos hombres escogidos por Willy Brand, Olof Palme y François Mitterrand para que la socialdemocracia condujese el estreno de la democracia en el

desgraciado solar ibérico, nunca se llevaron del todo bien. Soares es un gallo portugués. González es Homero Rey.

Ha escuchado por la mañana a Pablo Iglesias en la radio y empieza a hablar con la mirada gatuna que avisa de la inminencia de un zarpazo. Achina los ojos y, ¡zas!, Pablito Iglesias se convierte en Piolín en manos del gato Silvestre. Comenta: «Es interesante ver como a los emergentes, a medida que se van asentando en sus posiciones de gobierno, les cuesta tomar decisiones difíciles. Comienza a haber alguna anécdota divertida en los ayuntamientos». Es terrenal, González. Sabe en cada momento dónde están y cómo se mueven sus competidores.

Es oceánico. Habla con la cadencia del Atlántico en la costa Caribe. Sin descanso. Primero, olas mansas y onduladas. Una tarde soleada en Cartagena de Indias. Después, el mar se va embraveciendo y en un momento dado achina la mirada y ¡zas!, otra pieza cobrada: Piolín, Aznar, Mas, o algún compañero de partido. En este último caso, cuando se trata de alguien del PSOE, la mirada del gato cazador se torna persa.

Cuesta intercalar las preguntas. Podrías estar escuchándole durante horas y horas. Va y viene por los océanos, y este año dicen que las corrientes del Niño van a ser intensas. El otro día los diarios traían una toma de satélite del Pacífico, con muchos remolinos. Tres grandes espirales blancas sobre fondo azul. Las elecciones catalanas de septiembre, las elecciones generales de diciembre y lo que vendrá después.

Habla oceánico González y no es fácil resumirlo. Hay retales de la entrevista que no aparecieron ayer en La Vanguardia por falta de espacio. Retales laterales y algún zarpazo. No le gusta que le hablen de Escocia para justificar la actual estrategia del soberanismo catalán. «En Escocia se pactó y se cumplió la ley, a partir de un orden constitucional muy distinto al nuestro. Aquí se está proponiendo la ruptura de las reglas del juego. Podríamos recordar que la Confederación del Sur era secesionista y que el gran propósito de Lincoln fue respetar y hacer cumplir la Constitución».

Cuando le pregunto por Jordi Pujol, cambia de registro. Se contiene. Queda claro que no quiere herirle y suelta una de sus frases estilo años ochenta: «No me voy a poner de pie sobre quien ha caído, para parecer más alto». Le

menciono a Pasqual Maragall y también quiere contenerse, pero el gato persa se escapa por debajo de la mesa y entra en la grabadora: «No sé si Pasqual leyó bien el Estatut». Nada más.

Terrenal y oceánico, González conserva los reflejos. Sabe que se equivocó con la analogía entre el independentismo catalán y «la aventura alemana e italiana de los años treinta» y ha querido corregir. En la primera epístola a los catalanes, el gato persa mordió como si fuese el feroz marsupial de la isla de Tasmania. Hirió el domingo pasado a muchos catalanes pactistas y moderados. González lo sabe y corrige. Pero insiste en que la pluralidad catalana se ha achicado «dramáticamente». Quiere fijar un mensaje. Pluralidad en peligro. Respeto a la ley. Un mensaje de rigor y severidad, que estropeó la referencia al fascismo y que esta semana el PP ha puesto en ridículo al anunciar la reforma del Tribunal Constitucional sin consultar a Pedro Sánchez. ¿Un PSOE duro con Catalunya y monaguillo del PP? Desastre electoral seguro.

«¿Usted estaría de acuerdo en que, bien por la vía de una reforma amplia de la Constitución, bien por la vía que sugiere Herrero de Miñón de una nueva disposición adicional, hubiese un reconocimiento explícito de la identidad nacional de Catalunya?»

«Absolutamente... absolutamente. Es que no tengo la menor duda...»

Oceánico, terrenal y con reflejos.

2016

La situación era complicada. Las elecciones de diciembre de 2015 habían castigado severamente a los dos partidos principales. La ola 15-M había llegado al Congreso con el contrapunto de Ciudadanos, el «Podemos de derechas» que el banquero Josep Oliu había reclamado un año antes. Perdida la mayoría absoluta, Mariano Rajoy no podía ser investido presidente sin la abstención del PSOE. Y el debilitado PSOE no podía aspirar a la presidencia sin el apoyo simultáneo de Ciudadanos y Podemos.

Después de la primera ronda de consultas, el Rey quería designar como candidato a Rajoy, por ser el jefe de la lista más votada, pero este no aceptó el encargo. Puesto que la Constitución no establece un límite temporal entre la constitución del Congreso y la celebración de un primer debate de investidura, la situación de interinidad se podía demorar meses. El PP ya tenía en mente la repetición de elecciones. Y el líder de Podemos, Pablo Iglesias, también. El PP creía poder remontar si se repetían los comicios. Podemos podía hacer «sorpasso» al Partido Socialista si lograba sumar el millón de votos obtenidos por Izquierda Unida en diciembre de 2015, con muy escaso rendimiento de escaños: solo dos diputados.

El masover Sánchez había obtenido el peor resultado del Partido Socialista en democracia. Nunca el PSOE se había situado por debajo de los cien escaños. Sánchez entendió perfectamente el fenómeno Podemos: el nervio principal de esa revuelta electoral eran los jóvenes, los jóvenes que sentían frustrados sus planes de desarrollo profesional y personal como consecuencia de la crisis. Había otros componentes en el interior del círculo morado, pero ese era el nervio principal. Si el Partido Socialista adoptaba una actitud subordinada ante el PP, estaba perdido.

Sánchez tomó la iniciativa y cerró un acuerdo con Ciudadanos para acudir a la investidura con un programa «reformista» para el que pedían el apoyo de Podemos. Pedro Sánchez y Albert Rivera, ambos bien parecidos, jóvenes, aseados, camisa blanca, comparecieron juntos en el Congreso frente al

cuadro del pintor valenciano Juan Genovés titulado El abrazo. A ese cuadro se le han atribuido diversos significados. Genovés, militante del PCE durante la Transición, lo donó para una campaña a favor de la amnistía para los presos políticos del franquismo. La imagen representa a unos presos abrazando a sus familiares al salir de la cárcel. Ese abrazo se resignificó años después como símbolo de reconciliación entre los españoles de ambos bandos. Sánchez y Casado se abrazaron e invitaron a Podemos a formar parte del cuadro, sin haber participado en la elaboración del programa «reformista». Podemos dijo que no, con algunos malestares en su círculo dirigente. Íñigo Errejón, contrario a una futura alianza con Izquierda Unida, insinuó la posibilidad de abstenerse en la investidura de Sánchez, para enviar al PP a la oposición. Iglesias consideraba que un gobierno PSOE-Ciudadanos (130 diputados en total) duraría muy poco y que el establishment culparía a Podemos de su fracaso. Sánchez acudió al debate de investidura y perdió. La interinidad se alargaba.

En Catalunya se había producido otra interinidad. Pese a prometer una independencia inminente e indolora con música de fiesta mayor, pese al fracaso del «plebiscito» de septiembre de 2014, el bloque independentista proseguía con el juego de la gallina: a ver quién frena primero. La candidatura de Junts pel Sí, encabezada por Raül Romeva, había obtenido 62 diputados y necesitaba el apoyo de la CUP para la investidura de… Artur Mas. Los habilidosos convergentes habían metido a ERC dentro de una cápsula unitaria y a la vez se habían reservado el derecho a seguir presidiendo la Generalitat. Pero la CUP se negaba a investir a Mas, al que identificaban con el 3% y con la política de recortes durante el peor momento de la crisis. El movimiento catalán de izquierda radical, que tantas veces parecía recordar a los «fatricelli» franciscanos del siglo XVI, austeros, puros, soñadores y rigoristas, estaba dividido. Unos optaban por Mas si este prometía convocar el referéndum de independencia y otros se negaban. En la asamblea de la CUP celebrada en Sabadell el 27 de diciembre de 2015, se produjo un hecho insólito: ambas posiciones empataron con 1.515 votos cada una. Mucha gente no creyó en la veracidad de aquel empate.

Después de cinco años frenéticos en Catalunya, a Artur Mas, el hombre que había puesto en marcha el «procés», solo le quedaban dos opciones:

convocar nuevas elecciones o dar un paso atrás. El grupo dirigente de CDC y su círculo de intereses entró en pánico: si se convocaban elecciones, venía un tripartito de izquierdas, como consecuencia del auge electoral de Podemos, que en Catalunya empezaban a ser conocidos como los «comuns», tras el éxito de la candidatura Barcelona en Común en las elecciones municipales de 2015. La Generalitat de nuevo en manos de la izquierda. Esa era la pesadilla de los herederos de Jordi Pujol. Muy a pesar suyo, Mas dio un paso al lado y CDC propuso a Carles Puigdemont Casamajó como candidato a la presidencia de la Generalitat. Perfil biográfico: Alcalde de Girona, presidente de la Associació de Municipis per la Independència, hijo de una familia de antigua tradición carlista de Amer, antiguo redactor jefe de El Punt Diari, periódico con una fuerte implantación en las comarcas de Girona. Un hombre decidido a no ser el primero en frenar en la carrera con Esquerra Republicana hacia el precipicio.

En el Congreso, Pedro Sánchez seguía amarrado al «no es no». Felipe González había entrado en escena con una solemne entrevista de tres páginas en el diario El País dando indicaciones de lo que debía hacerse: «Ni el PSOE ni el PP deberían impedir que el otro gobierne». El expresidente criticaba a Rajoy por no haber querido acudir a la investidura y advertía al PSOE contra cualquier tentación de pactar con Podemos, «partido que pretende liquidar el marco democrático de convivencia y, de paso, a los socialistas». Firmaba la entrevista el periodista Antonio Caño, entonces director del influyente diario del grupo PRISA.

Las instrucciones estaban dadas, pero Sánchez no las obedecía. Empezaron a circular rumores sobre la posibilidad de un «Gobierno técnico», a la italiana. Un gobierno encabezado por una personalidad ajena a la política de partido que pudiese poner de acuerdo a PP y PSOE, habida cuenta que la Constitución española no establece la obligatoriedad de ser diputado para resultar elegido presidente del Gobierno. Sonaban dos nombres: el economista José Manuel González Páramo, entonces miembro del comité ejecutivo del Banco Central Europeo, y el general Luis Sanz Roldán, director del Centro Nacional de Inteligencia (CNI). Sanz Roldán, que se movió con mucha discreción, era uno de los pocos altos funcionarios del Estado que había servido a gobiernos de distinto signo desde una

responsabilidad clave. La hipótesis Roldán llegó a incomodar mucho a Rajoy y, sobre todo, al equipo del Ministerio del Interior, entonces encabezado por Jorge Fernández Díaz. González Páramo llegó a organizar una comida con periodistas en la sede del IESE en Madrid, en la que insistió sobre un punto: el coste económico de la interinidad política en España. Sin embargo, el cronómetro se puso en marcha con la fallida investidura de Sánchez y el 26 de junio de 2016, dos días después de la victoria del Brexit en el Reino Unido, se repitieron las elecciones en España.

La apuesta del PP era clara: mejorar resultados y confiar en el «sorpasso» de Unidas Podemos para capturar a un Partido Socialista debilitado y descabezado. El PP pasaría a ejercer las funciones de partido conservador-estabilizador, asistido por un partido socialista dócil y disminuido, teniendo enfrente a una coalición izquierdista dirigida por los poscomunistas. Un esquema griego: Partido Conservador, PASOK y Syriza. Pablo Iglesias y Alberto Garzón habían cerrado un acuerdo, ante el disgusto de Íñigo Errejón. Se estaba avecinando una tormenta en Podemos.

No hubo «sorpasso». Pese a un nuevo retroceso, el PSOE resistió el tirón de Unidas Podemos, coalición unitaria que perdió un millón de votos, si sumamos los resultados que Podemos e IU obtuvieron por separado en diciembre de 2015. También bajó Ciudadanos. Conforme a lo previsto por sus dirigentes, el PP ganó catorce escaños, pero seguía necesitando la abstención del PSOE para conseguir la investidura. Había una alternativa, entonces políticamente imposible: la suma de PSOE, UP, ERC, CDC, PNV y EH Bildu superaba la mayoría absoluta: 180 escaños.

Sánchez seguía diciendo «no es no», puesto que la competición con Unidas Podemos se mantenía viva. Llegados a este punto saltaron los fusibles. Para el establishment empezaba a ser inadmisible que Sánchez mantuviese la actitud de bloqueo. El secretario general empezó a perder apoyos internos y en la reunión del Comité Federal del 1 de octubre estalló la crisis. Sánchez fue derrotado en una caótica votación que acabó con su dimisión. Una gestora, encabezada por el presidente asturiano Javier Fernández, se hizo cargo del partido y el 29 de octubre Mariano Rajoy era reelegido presidente del Gobierno, sin el voto de Sánchez, que también había dimitido como

diputado. Parecía estar a punto de comenzar una larga etapa de colaboración entre los dos principales partidos. Felipe González acariciaba un gatito. Ahora solo faltaba encontrar a un nuevo secretario general.

«ESTO SOLO LO PUEDE PARAR FELIPE GONZÁLEZ»

24 de enero, 2016

«Esto solo lo puede parar Felipe», dicen en Madrid quienes más temen la excursión de Pedro Sánchez hacia los pantanos de la izquierda, donde han acampado, con más escaños de los previstos, los partisanos de Pablo Iglesias. «Esta locura solo la puede parar Felipe González», se comenta en algunas sobremesas de Madrid, atónitas ante un escenario político sin precedentes en la España contemporánea. Se encienden velas y se encargan rogatorias. Hay que frenar a Sánchez como sea. La Palabra de Felipe está al caer, dicen. El secretario general perpetuo podría expresarse en forma de artículo en los próximos días —quizás hoy mismo—, una vez se recupere de una reciente operación ocular y pueda ver, con mayor claridad, la luz del mundo. «Esto solo lo puede parar Felipe», dicen algunos de los que conspiraron fieramente contra él en los noventa. Hace veinte años soñaban con verle en prisión. Hoy esperan sus Divinas Palabras.

El PSOE se halla ante un gran dilema estratégico. Ha de elegir entre el Partido de la Responsabilidad, al estilo de los socialdemócratas alemanes; o el Partido Explorador, mitad responsable, mitad aventurero, para cortarle el paso a la Syriza española. Veamos rápidamente la síntesis de las dos posiciones.

Al habla uno de los colaboradores del secretario general Sánchez: «Nos piden responsabilidad quienes han abusado de la mayoría absoluta. Nos exigen responsabilidad quienes creían que la crisis económica iba a garantizar un largo ciclo de gobierno a la derecha, con un Partido Socialista inválido, los sindicatos desinflados y la protesta juvenil atomizada, y ahora se dan cuenta de su error de cálculo. Para algunos responsabilidad quiere

decir que nos pongamos a las órdenes del PP y nos convirtamos en su muleta. Esa responsabilidad significaría bajar del 22% al 12% de los votos en poco tiempo. Así se materializaría el sueño de Podemos: un viejo Partido Socialista recluido en el Sur de España, menguante entre los trabajadores y el funcionariado, anulado en las grandes ciudades, y cada vez más débil en Catalunya y el País Vasco. Un comodín del 12%, para ayudar a gobernar al PP, o a Podemos, cuando estén maduros para ello. El Pasok español. Quienes nos ponen como ejemplo el SPD alemán parecen ignorar que los socialdemócratas alemanes no cesan de bajar en las encuestas, en beneficio de Los Verdes y de La Izquierda (Die Linke). No queremos seguir ese camino. El PSOE ha de seguir siendo una nítida alternativa de gobierno a la derecha española, no una triste fuerza subalterna». La visión de los socialcentristas: «Más que un mandato de cambio radical, las recientes elecciones expresan un mandato de pacto. Hoy, en España, el pacto es el cambio. El PSOE ha de obligar al PP a pactar una valiente agenda de reformas, y a buscar una solución que permita desactivar gradualmente el independentismo en Catalunya. No olvidemos que la Constitución no se puede reformar sin el concurso del PP. El cambio es el pacto. El cambio es la corrección de la política europea para cerrar el paso al populismo. El PSOE debe aprovechar su posición en el tablero para lograr los mejores pactos posibles y no debe temer el reformismo. Hay que trabajar con las luces largas, sin tanto miedo a Podemos. Un gobierno socialista muy inestable podría conducir al PSOE al desastre a corto plazo».

Esas son las posiciones de fondo. El mayor dilema al que se enfrenta al PSOE desde que decidió el abandono del marxismo en 1979. Una disyuntiva dramática y apasionante que no se presenta en forma de debate académico, puesto que en las verdaderas encrucijadas de la política siempre hay fango. El reciente intento de asesinato en el Comité Federal lo contamina todo. La fallida maniobra de Susana Díaz contra el secretario general, a finales de diciembre, cuando aún se estaba destilando el resultado de las elecciones, empujó a Sánchez hacia delante y ahora, en alta mar, una brusca conjura de los patricios del partido para frenarle supondría una grave humillación, con serios daños para el Partido Socialista.

Tiene la palabra Felipe González.

Los movimientos de Zapatero. José Luis Rodríguez Zapatero es uno de los más acérrimos adversarios de Pedro Sánchez en el interior del PSOE. El expresidente del Gobierno no esconde su contrariedad ante la línea y el estilo de Sánchez desde que este fue elegido secretario general del partido. Su opción favorita, después de haber apoyado a Carme Chacón y a Eduardo Madina, era Susana Díaz. Y lo sigue siendo. Zapatero continúa apostando por ella. En un reciente almuerzo en Madrid con un grupo de personas muy interesadas por la situación política, Zapatero no escondió sus críticas a Sánchez. A lo largo de la comida, Díaz le llamó tres veces desde Sevilla.

La encina parlante de Extremadura. Los tres presidentes socialistas de la España meridional no son complacientes con el secretario general Sánchez. La presidenta andaluza intentó liquidarle después del 20-D y tuvo que retroceder por error de precipitación. Emiliano García-Page, presidente de Castilla-La Mancha gracias al voto de Podemos, se parece cada vez más a José Bono. El presidente de Extremadura, Guillermo Fernández Vara, es el más próximo a Sánchez, pese a sus críticas recientes. «Fernández Vara tiene un problema —dice un conocedor de la política extremeña—, algunas noches se le aparece una encina misteriosa que habla con la voz de trueno de Rodríguez Ibarra».

SEGUNDA VUELTA

17 de abril, 2016

No hay ningún indicio racional que hoy permita vislumbrar un pacto de investidura antes del 2 de mayo. El caso Soria y la abrumadora presión moral sobre el PP convierten en imposible un giro de última hora del PSOE en favor de la gran coalición. Pedro Sánchez nunca ha querido dar ese paso.

Si algún día se produce, será con otro secretario general —o secretaria general— en la casa de los socialistas.

Los tres movimientos que podrían desbloquear la situación no se van a producir en los próximos quince días. El PSOE no abrirá súbitamente sus brazos al PP ni romperá con Ciudadanos en busca de un frente de izquierdas. Y Podemos no se adherirá al Gran Centro pactado en febrero por Sánchez y Albert Rivera. El referéndum interno de Podemos concluyó anoche con una participación muy cercana a los 150.000 inscritos, cifra que supera el número de militantes socialistas que votaron en la consulta organizada por el PSOE el 29 de febrero para avalar el pacto con Ciudadanos. Los resultados se conocerán el lunes y serán abrumadoramente contrarios a la adhesión al pacto socialcentrista.

El cuadro se halla totalmente bloqueado, y nada indica que Mariano Rajoy vaya a efectuar un solemne sacrificio de última hora, para colocar al PSOE ante un tremendo dilema. Rajoy, mineralizado, no dará ese paso, aunque caigan chuzos de punta. El presidente en funciones se halla en el momento apoteósico de la inmovilidad y está muy convencido de que el PP seguirá siendo el más votado, pase lo que pase y caiga quien caiga. El suelo del PP en ningún caso bajará de los seis millones de votos, y el Partido Socialista seguirá teniendo dificultades para superar los cinco millones.

Así las cosas, lo más probable es que los partidos acudan dentro de ocho días a la tercera ronda de consultas convocada por el Rey con un gran encogimiento de hombros: «No ha podido ser». El cruce de reproches será áspero y bochornoso. Ciudadanos es el que presenta mejor expediente. Ha escenificado muy bien el pactismo. Rivera es el más vistoso vencedor táctico del periodo de interinidad. Otra cosa es que pueda transformar el acopio de simpatía en un mayor número de votos.

Las elecciones de junio, si se confirman, versarán más sobre el futuro que sobre lo ocurrido estos últimos meses. Ganará el partido más resistente, con un plan de trabajo convincente. La pugna entre lo posible y lo menos posible tendrá tanta importancia como la lucha entre lo viejo y lo nuevo, indudablemente avivada por la colosal irritación de la sociedad ante los casos de corrupción. La corrupción no decidirá el resultado de la segunda vuelta electoral, aunque una parte de la opinión publicada hoy crea que sí.

En junio, las ofertas políticas deberán tener cuerpo. Por ello cobra importancia la cuestión de las coaliciones. Hay dos esbozos en estos momentos. Podemos e Izquierda Unida negociarán seriamente la posibilidad de concurrir juntos a la nueva cita electoral, con el apoyo inicial de Pablo Iglesias y Alberto Garzón. Es una hipótesis que no gusta, por diferentes motivos, a Íñigo Errejón, a Cayo Lara y a Gaspar Llamazares. Errejón defiende un Podemos muy transversal, centrado en los ejes viejo-nuevo y arriba-abajo. El veterano Lara considera que Podemos es una exagerada pompa de jabón. Y Llamazares es amigo del PSOE. No será una negociación fácil.

Segundo esbozo. En Catalunya se vuelve a plantear la cuestión de la lista única soberanista. CDC la defiende con ahínco y ERC intenta escabullirse, porque intuye la posibilidad de agrandar su ventaja electoral sobre Convergència. Solo una lista única podría evitar una nueva victoria de los Comunes de Ada Colau y Xavier Domènech. Pero esa lista única también podría sumar menos diputados que los diecisiete obtenidos por CDC y ERC por separado en diciembre. «Si no hay lista única, adiós proceso», dicen destacados dirigentes de Convergència.

El plazo para la presentación de las coaliciones concluye el 10 de mayo.

Meritxell Batet. Batet es una de las figuras ascendentes del Partido Socialista. Ha emitido luz propia en el periodo de interinidad, actuando numerosas veces como portavoz del grupo negociador socialista, del que forma parte. Antonio Hernando, profesional de probada dureza, es el que reparte leña, preferentemente al PP y a Podemos. Batet es la voz más amable del nuevo grupo dirigente socialista, con un discurso en el que destaca la ausencia de registros populistas. Formada políticamente en el PSC, es hoy la más destacada figura catalana en el equipo de Sánchez. Una tarea muy absorbente, nada fácil para una mujer con dos hijas mellizas de dos años.

Martiño Noriega. Martiño Noriega, actual alcalde de Santiago de Compostela, es uno de los nombres propios de la nueva política gallega. Estuvo presente hace cuatro años en el experimento que, entre otras cosas, alentó el nacimiento de Podemos: la coalición Alternativa Galega de Esquerda, formada por Esquerda Unida y Anova-Irmandade Nacionalista, el grupo de Xosé Manuel Beiras, al que pertenece Noriega. Luego vinieron las Mareas de las pasadas elecciones municipales y generales. Las Mareas pueden devenir en octubre el principal adversario del PP en las elecciones al Parlamento de Galicia. Martiño Noriega es uno de los guionistas del experimento.

«OPERACIÓN CATALUNYA»

10 de julio, 2016

Lo ha declarado el comisario José Manuel Villarejo en el juzgado de instrucción número dos de Madrid: un grupo informal de la Policía ha llevado a cabo una sistemática labor de investigación de los principales dirigentes del soberanismo catalán, con el objetivo de desacreditarles ante la opinión pública. Independentismo y corrupción. Informes sin membrete oficial, al margen de la vía judicial, sistemáticamente filtrados a determinados medios de comunicación madrileños. El comisario Villarejo ha explicado al juez Arturo Zamarriego que esta estrategia fue bautizada en 2012 como operación Cataluña.

Al leer la confesión de este oficial, me vino inmediatamente a la memoria el augurio que me formuló hace cuatro años un antiguo corresponsal de la prensa italiana en Madrid, gato viejo: «Esto de Catalunya se va a complicar mucho. A los políticos catalanes les va a estallar pronto una Tangentópolis. Serán acusados de corrupción». También volví a recordar la biografía de Vladímir Putin de la periodista Masha Gessen, El hombre sin rostro, donde se explica la sistemática utilización del kompromat en la Rusia postsoviética. Kompрometiruishiy material. Difusión de material

comprometedor, recolectado por los eficaces servicios de inteligencia (herederos directos del KGB), para hundir a los adversarios políticos.

En Rusia, el kompromat se puede llegar a administrar con unas gotas de polonio en el café. En España, país latino, la operación Cataluña ha sido confesada por uno de sus protagonistas, después de una pelea entre mandos policiales por escalar puestos en el Ministerio del Interior. Villarejo acudió al juzgado en calidad de investigado (imputado) por la presunta grabación ilegal de una conversación entre policías y agentes del Centro Nacional de Inteligencia (CNI), que investigaban las actividades de Francisco Nicolás, más conocido como el pequeño Nicolás, estrambótico personaje que fue utilizado para labores de información y que escapó al control de sus titiriteros. El comisario Villarejo mantiene un duro enfrentamiento con el exjefe de Asuntos Internos de la Policía, Marcelino Martín Blas. Y todo Madrid lo sabe.

La confesión sobre la operación Cataluña se produce diez días después de la filtración de unas conversaciones entre el ministro del Interior, Jorge Fernández Díaz, y el director de la Oficina Antifraude de Catalunya, Daniel de Alfonso, ahora destituido. Grabaciones en las que De Alfonso ofrece sus servicios para el juego sucio contra los soberanistas catalanes. Algunos giros de la conversación —«ya les hemos destrozado el sistema sanitario», dice el magistrado De Alfonso— serán difíciles de olvidar en Catalunya y han abierto un cráter del que emanarán indignación, disgusto y rencor durante mucho tiempo.

El escándalo de las grabaciones quedó tapado en la recta final de la campaña electoral por el impacto del Brexit. Y el resultado del 26 de junio, sin duda condicionado por los temores e inseguridades que provoca la decisión británica, podría llegar a leerse como una manifestación social de indulgencia. El PP catalán, encabezado por el ministro Fernández Díaz, ha superado a CDC en las provincias de Barcelona y Tarragona. Y ha quedado a solo 19.000 votos de los nacionalistas en el conjunto de Catalunya. Las conversaciones grabadas son de escándalo, pero el otro cráter, el cráter Jordi Pujol, también sigue emitiendo radioactividad, como ha quedado de manifiesto en el insólito congreso de CDC de este fin de semana. Un

partido que huye desesperadamente del recuerdo de su principal fundador y patriarca.

La operación Cataluña no es una anécdota. Es un meteoro que podría torcer de manera imprevista el actual laberinto español. Los soberanistas disponen de un argumento del que carecían en enero —la evidencia de haber sido objeto de una arbitraria operación de acoso— para irrumpir en la pista e intentar tumbar al PP. Los números existen. PSOE, Podemos, la nueva CDC, ERC y PNV suman 178 diputados. Mayoría absoluta.

Es difícil. Es prácticamente imposible. Es casi inimaginable. Los soberanistas deberían modificar su hoja de ruta, y tienen ante sí una peliaguda moción de confianza en septiembre en el Parlament de Catalunya. Los independentistas son prisioneros de sus mitologías. El comité federal del PSOE podría estallar. Pedro Sánchez incluso podría perder el control de parte de sus diputados. Sin embargo, el grupo dirigente socialista ha decidido que su primera iniciativa parlamentaria sea la petición de una comisión de investigación sobre la operación Cataluña. Y el no de Sánchez ayer a la investidura de Mariano Rajoy —un no mucho más rotundo que el de otros dirigentes del PSOE— tiene difícil marcha atrás. (Rajoy, siempre precavido, invitó el miércoles a Esquerra Republicana a su despacho para transmitir una imagen de normalidad. Quiso desdramatizar).

POKÉMON EN EL CONGRESO

24 de julio, 2016

Hay un cansancio mineral en Madrid. Lo peor de los veranos madrileños es el calor rifeño al atardecer, los días que no funciona el refrigerador del Guadarrama. La ciudad se recalienta, no sopla ni una brizna de aire y los malos humores se condensan.

No es de extrañar que Mariano Rajoy le comentase la semana pasada a un diputado de la oposición que a la política le conviene un descanso.

«Resolvamos la investidura cuanto antes y tomemos unos días de vacaciones». El presidente añora Sanxenxo.

El marianismo es así. Una reivindicación constante de la «normalidad». Una noción clara del poder. Una base sociológica muy bien identificada: la gente mayor de cincuenta años. Un aparato central fuerte con buenos termostatos provinciales. Y un ligero desdén hacia la olla exprés madrileña. El marianismo es un salazarismo democrático. No entusiasma a nadie, pero transmite una constante sensación de estabilidad. Gracias a esa cualidad acaba de obtener 137 diputados, contra pronóstico. El miedo a Podemos y la ola de inquietud provocada por el Brexit le ayudó a rebañar restos muy ajustados en ocho provincias. Con ocho diputados menos, Rajoy estaría en estos momentos políticamente liquidado y los manifiestos que tan bien escribe Miguel Ángel Aguilar pedirían la urgente formación de un Gobierno presidido por una figura independiente. El Partido Alfa ha salvado el tipo, pero le espera un calvario.

Estamos ante una suma de debilidades. Veámosla, pieza a pieza.

El Partido Popular no logra sumar apoyos, pese a los potentes dispositivos de presión a su alcance. Ciudadanos se resiste a convertirse en fuerza auxiliar. Albert Rivera no quiere acabar sirviendo cafés en la mesa del Consejo de Ministros. El PP no consigue fabricar una plataforma de 170 diputados y Pedro Sánchez se ha atrincherado en su despacho de la calle Ferraz. Con el PNV no se puede contar hasta después de octubre, una vez celebradas las elecciones de Euskadi, en las que los de Sabin Etxea van a tener que medirse con Arnaldo Otegi en los carteles de Bildu, y con ese sorprendente Podemos vasco que acaba de elegir como cabeza de lista a Pilar Zabala, hermana de uno de los militantes de ETA asesinados por los GAL. Con el PNV no se puede contar hasta enero y no habrá ningún pacto estable con los soberanistas catalanes, pese al asombroso acontecimiento de esta semana en el Congreso.

Los votos prestados por CDC son algo más que un «pacto alimenticio», incisiva definición de José Antonio Zarzalejos hoy en nuestro diario. Convergència habría obtenido grupo parlamentario sin trueque, puesto que a los grandes partidos españoles no les interesa que Esquerra Republicana sea la única minoría catalana en el Congreso. El préstamo de votos

garantiza el grupo parlamentario y envía una señal: con los soberanistas se puede volver a pactar. Según cómo evolucionen las cosas, la nueva CDC puede estar disponible para futuros acuerdos parciales. (La base convergente se ha quedado atónita y Santi Vila pagó ayer los platos rotos por Francesc Homs).

Ciudadanos, como hemos visto, no quiere ir más allá de la abstención. El entorno aprieta, pero el grupo dirigente quiere preservar su autonomía. Angustiado por la presión, Rivera ha cometido el error de pedir al Rey que presione a Sánchez. A Felipe VI no se le puede pedir que incumpla la Constitución. La mayor presión que esta semana ha recibido el PSOE es un manifiesto firmado, entre otros, por cinco exministros socialistas —Javier Solana, Joaquín Almunia, José María Maravall, Mercedes Cabrera y César Antonio Molina— en favor de un Gobierno estable.

Podemos también forma parte de la cadena de debilidades. Están intentando digerir el fracaso de las expectativas y su prioridad ahora es la unidad interna. Afirmarse como el partido más dinámico de la oposición, empujando al PSOE a la abstención y a los consensos con el PP. Pablo Iglesias ya ha dado por enterrada la búsqueda de una mayoría alternativa. Mensaje a Sánchez: estás solo. Y Sánchez resiste. No se sabe por cuánto tiempo, pero resiste. Está enfadado, niega el saludo a algunos de sus adversarios dentro del partido, cree que se ha negociado mal la Mesa del Congreso, su círculo de confianza está encogiendo y sigue creyendo que es posible una mayoría alternativa. Lee el préstamo de votos de CDC al PP como una buena noticia. Si ya no es pecado pactar con los soberanistas catalanes, el PSOE también lo puede intentar, arrastrando a Podemos, ni que sea a rastras. Detesta a Iglesias. Quisiera tener como interlocutor a Íñigo Errejón, cree que podría contar con Alberto Garzón (Izquierda Unida), y sabe que los valencianos de Compromís son muy partidarios del acuerdo de las izquierdas.

En el PSOE, sin embargo, crecen las opiniones favorables a la abstención. «Si podemos ser oposición de un Gobierno de 137 diputados, ¿por qué empujamos al PP a buscar los 170 escaños? La abstención no sería una condena terrible para el PSOE. No debemos estar tan obsesionados con Podemos». Este es el razonamiento de jóvenes cuadros del partido, alejados

del enfoque meridionalista, desde el primer día partidario de dejar paso a Rajoy. Sánchez lucha para que la abstención no sea su condena. Cree que todavía le queda un cartucho. Busca un pacto interno que le permita defender la secretaría general.

Agosto puede ser pantanoso. Hay un cansancio mineral en Madrid y la vivaz tensión de enero está derivando en tedio. En la primera sesión del Congreso, el martes, algunos diputados ociosos detectaron Pokémons en el hemiciclo.

BRUMARIO

16 de octubre, 2016

Ella, la dama de rojo, sonríe satisfecha, muy satisfecha, mientras el jefe del Gobierno le estrecha la mano. Él, el introvertido ingeniero de minas, encaja el saludo del presidente en funciones con gesto distante y apesadumbrado. Ella, eufórica, relaja el rostro en señal de complicidad. Él, preocupado, esquiva la mirada. Ella desea exhibirse. Él quisiera ser invisible. He ahí las dos imágenes de la semana política española, servidas por Juanjo Martín, fotógrafo de la agencia Efe.

Ella hace tiempo que esperaba ese momento: ¡acudir al desfile del 12 de Octubre en Madrid con la vara de mando del partido! Poder exhibir, toda de rojo, la llave de la investidura. Él seguramente temía ese momento —el momento de saludar al rival después de la escabechina en el comité federal —, sabiendo que la vara del partido también acabaría en sus manos. Ella se muestra radiante. Él parece angustiado. Él y ella dirigen desde hace quince días el PSOE y dan señales de vivir la nueva experiencia de manera muy distinta. El lenguaje del cuerpo pocas veces engaña. Ella se cree depositaria de la esencia histórica del partido. Él también. Ambos tienen razón: Andalucía y Asturias han sido fundamentales en la historia del PSOE. Ella, eufórica e impetuosa, va a por todas. Él, retraído y calculador, no querrá ser su sirviente. Ella quiere mandar. Él también.



Mariano Rajoy saluda a Susana Díaz antes del desfile del 12 de Octubre
(Fuente: Juanjo Martín)



Mariano Rajoy saluda a Javier Fernández antes del desfile del 12 de Octubre (Fuente: Juanjo Martín)

Javier Fernández, presidente de la comisión gestora del Partido Socialista, y Susana Díaz, líder de la federación más fuerte, no van a escribir una historia de amor después de haber clavado el piolet en la aventura supuestamente izquierdista de Pedro Sánchez, Verónica Fumanal y César Luena. Son personas muy distintas y representan intereses diversos en la intrincada foresta del socialismo español. Observemos a los dos personajes con más atención.

Díaz tiene detrás la organización más poderosa del PSOE —en realidad, la única organización poderosa del PSOE—, ha enviado a Madrid a su más hábil zapador, Mario Jiménez, secretario de organización de la comisión gestora, conocido en Andalucía como el killer; dispone de puntos de apoyo en casi todas las federaciones, cuenta con el sostén incondicional del expresidente José Luis Rodríguez Zapatero, y recibe cada día el aplauso de

la prensa conservadora de Madrid, puesto que nadie como Susana pronuncia hoy con más gracia la palabra España.

No es broma. La burguesía de Estado de Madrid está enamorada de ella. Su olfato les dice que esa mujer de verbo fácil puede ser una buena barrera de contención ante las furias juveniles que canaliza Podemos y el cisma catalán, con reverberaciones en toda la España del Este. (Valencia comienza a insubordinarse.) La Brigada Aranzadi no es suficiente para los retos que vienen. Hace falta discurso. Hace falta pueblo. La España central manda, pero no sabe ser persuasiva. El alma española siempre ha necesitado alimentarse de Andalucía. En los momentos complicados, solo un andaluz hábil y con instinto sabe conectar a los de arriba con los de abajo. Un Felipe González solo podía salir de Andalucía. Susana Díaz aspira a desempeñar ese papel cuarenta años después. Esa es su ilusión. Y puede que también sea su fantasía. Un liderazgo nacionalpopular para apuntalar la España en crisis y asegurar la supervivencia del PSOE: ese es el programa de la dama de rojo.

Pero no todos los conjurados de Benavente creen que la dirigente andaluza sea capaz de superar la brutal brecha generacional que separa al PSOE de 2016 de los sectores más inquietos de la sociedad. El voto de las grandes ciudades, los jóvenes abocados a la precariedad, las nacionalidades, los catalanes, los vascos, los navarros, los gallegos, también muchos valencianos y baleares... todos los ámbitos en los que el Partido Socialista ha encogido de manera más exagerada... Los conjurados de Benavente solo se pusieron de acuerdo en clavarle el piolet a la cordada de Sánchez antes de que fuese tarde.

(En Benavente, provincia de Zamora, se reunieron el pasado 23 de septiembre los principales opositores al anterior secretario general para preparar el plan de ataque después de las elecciones gallegas y vascas. En Benavente se fraguaron las tremendas escenas de hace quince días en la calle Ferraz de Madrid: «¡Ahora la autoridad soy yo!»).

No todos los que han provocado la caída de Sánchez y su equipo son incondicionales de Susana Díaz. Conviene retener ese dato. Una parte del partido y de la vieja guardia quiere tiempo para explorar otros posibles liderazgos, más competitivos en la España urbana. Un rostro joven que

actúe de revulsivo. Algunos estarían dispuestos a apostar de nuevo por el vasco Eduardo Madina. Otros apuntan al joven sociólogo aragonés Ignacio Urquizu, diputado por Teruel, que empieza a dar a conocer sus ideas. El PSOE, sostiene Urquizu, tiene la imperiosa necesidad de volver a conectar con los sectores más dinámicos y creativos de la sociedad.

Díaz en la secretaría general para compactar la base tradicional del partido y un rostro nuevo en los carteles electorales para reconquistar a los votantes que se han fugado a Podemos y Ciudadanos. Una política de oposición inteligente, para seguir desgastando al PP, sin provocarle una asfixia que justifique una pronta disolución del Parlamento, el arma que tendrá Mariano Rajoy en las manos cuando sea investido. No se trataría tanto de virar a la izquierda, como de aproximarse eficazmente a lo «nuevo». ¿Aún dispone el PSOE de tiempo histórico para ello? Todo indica que Podemos no va a moderarse en los próximos meses. Pablo Iglesias está ganando el debate abierto con Íñigo Errejón y quiere afianzar a Podemos como el partido de los de «enfrente», el partido de la protesta social, porque se huele una legislatura corta. Podemos hoy no quiere ser el nuevo Partido Socialista. También conviene retener ese dato.

El PSOE necesita tiempo y Javier Fernández es el hombre más adecuado para gestionar la espera. Ingeniero de minas, aprendió pronto a moverse entre las galerías que comunicaban el partido asturiano y el poderoso sindicato minero SOMAUGT, hoy decaído. No soporta a Podemos y tiene verdadera alergia al fenómeno soberanista catalán. Anticomunista. Socialista templado español. Prietista, podríamos decir. Paciente, tenaz, retraído, metódico. Anticíclico, jamás expresará una idea con 140 caracteres. Tiene a su lado a Alfredo Pérez Rubalcaba. Fernández también está moviendo sus fichas en Madrid y ha colocado a Vicente Álvarez Areces, expresidente del Principado de Asturias, al frente de los senadores socialistas. El veterano Tini Areces, proveniente del PCE de Santiago Carrillo, experto en todo tipo de conspiraciones, le debe fidelidad.

A la nueva diarquía socialista le espera una semana muy complicada. Fernández y Díaz aún no tienen compactada la abstención socialista en la investidura. El PSC se resiste y bajo el paraguas catalán se quieren colocar todos los demás disidentes. La reelección de Miquel Iceta al frente del PSC

garantiza que no habrá ruptura entre Barcelona y Madrid. Pero Iceta no puede dar en una semana el paso de baile hacia la abstención. La cruda confesión de Francisco Correa en el juicio del caso Gürtel no ayuda a disciplinar al PSOE, como quisiera el grupo andaluz.

Viene Brumario, el segundo mes del calendario revolucionario francés (del 22 de octubre al 22 de noviembre), en el que el orden finalmente se impuso. Brumas, neblinas y nubes bajas.

¿POR QUÉ NO HA CAÍDO RAJOY?

6 de noviembre, 2016

Uno de los momentos más interesantes del reciente debate de investidura, del cual pronto tendremos la impresión que ocurrió hace una eternidad, fue el cara a cara entre Mariano Rajoy y Pablo Iglesias. Rajoy se divierte con Iglesias. Es obvio que le interesa el antagonismo con Podemos, para mantener unido y movilizado el voto conservador y para desdibujar al PSOE. Pero hay algo más. Hay una mutua curiosidad. A Rajoy le llama la atención un personaje que ha conseguido reunir cinco millones de votos como si fuese el flautista de Hamelín, y a Iglesias, como buen leninista, le interesa la anatomía del poder. Las conversaciones entre ambos en Moncloa no han sido especialmente tensas. La relación personal no es mala.

Minutos antes de la segunda votación, Iglesias le dijo a Rajoy que su capacidad de resistencia se va a llevar por delante el bipartidismo, en la medida que ha obligado al PSOE a dar un paso que más de la mitad de sus electores deploran. «Las élites trataron de quitarle de en medio a usted, para ponérselo fácil al Partido Socialista y a Ciudadanos. Buscaban a otro candidato. Usted demostró ser buen político porque resistió..., pero su resistencia ha dejado herido de muerte el turnismo». En aquel momento, las cámaras del circuito de televisión del Parlamento enfocaron a Rajoy. Fue interesante. Se puso muy serio y frunció levemente el ceño. Sábado, 29 de octubre de 2016.

¿Hubo realmente una operación de las élites para descabalgar a Mariano Rajoy y sustituirle por un candidato de consenso que facilitase el acercamiento de populares, socialistas y riveristas? «¡Ni Rajoy, ni Sánchez!». Esa consigna circuló por Madrid antes de que llegase Brumario. El principal periódico de la capital publicó un editorial en esa dirección y algunos diarios digitales de considerable audiencia le secundaron. «Ni Rajoy, ni Sánchez». A medida que los días pasaban y nada se movía, esa consigna cobraba sentido. El ministro de Asuntos Exteriores, Juan Manuel García Margallo, hizo el 21 de febrero unas declaraciones de doble filo al diario ABC: «La salida de Rajoy supondría la desestabilización del PP». El problema era funcional, según el ministro de Exteriores. Si se encontraba la manera de no desestabilizar al PP, Rajoy podía saltar. Ocho meses después, García Margallo ya no se sienta en la mesa del Consejo de Ministros.

Circularon algunos nombres para una operación Monti a la española: José Manuel González Páramo, exvocal ejecutivo del Banco Central Europeo, el exministro Josep Piqué, el ministro de Economía Luis de Guindos, que no tiene carnet del PP —De Guindos tuvo el acierto de mantenerse callado y sigue sentado en la mesa del Consejo—, el eterno Javier Solana... El 9 de septiembre, Felipe González lanzó uno de sus dardos envenenados: «Si nos llevan a terceras elecciones, les pediría a los cabezas de lista que no se vuelvan a presentar». Ni Rajoy, ni Sánchez. Esa era la música.

Rajoy tuvo miedo en enero. Si aceptaba el encargo del Rey, sería el primero en arder en la pira. Si perdía la investidura —que la iba a perder— podía pasar de todo. Rajoy declinó la propuesta, pero hizo algo más. Sugirió la posibilidad de convocar con la máxima rapidez posible unas segundas elecciones, mediante un dictamen del Consejo de Estado que interpretase la situación de vacío constitucional: qué hacer cuando no hay candidato. Felipe VI se negó. El Rey no quería poner en riesgo su neutralidad y dio el encargo a Pedro Sánchez, cuando vio que este levantaba la mano. Ha habido momentos de tensión entre Moncloa y Zarzuela estos últimos diez meses. Rajoy volvió a tener miedo a finales de julio, cuando el Rey le propuso como candidato por segunda vez. No las tenía todas consigo y titubeó. Al cabo de pocas semanas, en pleno agosto, la relación de fuerzas empezaba a cambiar en serio: Ciudadanos pactaba y le daba el voto. Rajoy contaba ya con una plataforma de 170 escaños y las elecciones de

septiembre en Galicia salían en su ayuda. Lo que vino después es perfectamente conocido.

¿Por qué no ha caído Rajoy? Por su capacidad de resistencia, indudablemente. La leyenda del gallego resistente. Pero ha habido otros factores. El más importante de todos ellos se llama Europa. Desde los centros de decisión europeos nadie ha movido un dedo en su contra. El Directorio Europeo deseaba su continuidad. No tenían motivo alguno para desestabilizarle. Al contrario, en Bruselas y Berlín se temía una España a la portuguesa. (Un Gobierno socialista apoyado por la izquierda radical).

Las élites. Ponga la palabra élite en su relato y triunfará. El mundo es más fácil de explicar desde la creencia de que todo es fruto de una conspiración oculta. Las élites no conforman una corriente unitaria. También tienen intereses contradictorios. No hay un Comité Invisible anexo al Ibex 35 decidiéndolo todo. Tan falso es afirmar que había un plan secreto y perfectamente trazado de los poderes económicos para pilotar la crisis política española, como sostener que la banca y las grandes empresas no han movido un dedo estos últimos diez meses.

El apoyo de los centros de poder europeos, la ausencia de un bloque conspirativo unitario y la neutralidad del Rey, que no se ha prestado a ningún tipo de maniobra, han sido factores clave para la continuidad de Rajoy, que al recuperar catorce diputados en junio, consiguió asegurarse la disciplina de su partido. Sánchez no pudo conseguir la misma adhesión y sucumbió al vendaval.

Llama la atención que en el nuevo Gobierno, donde el afianzamiento de Soraya Sáenz de Santamaría es indiscutible, Rajoy haya asignado a Álvaro Nadal, sorayo de primera hora, un Ministerio de Energía que pasará cuentas con las empresas eléctricas, las gasistas y con los productores de energías renovables. En el sector energético, como sabe Albert Rivera, estaba la fracción de las élites más dispuesta a clavarle una banderilla al gallego resistente.

EL REGRESO DE LA DIOSA FORTUNA

4 de diciembre, 2016

Un mes después, las cosas parecen haber vuelto a su sitio en Madrid. La tensión política ha disminuido. Todo parece un poco más calmo y Manuela Carmena ya ha anunciado que la cabalgata de Reyes de este año tendrá un aire más tradicional, para evitar agrias polémicas, como la del año pasado. «La Navidad es una fiesta extraordinariamente especial y es, sin duda, una fiesta cristiana», ha dicho la alcaldesa. Carmena es un personaje interesante. Es paréntesis y paraguas. No volverá a presentarse, por motivos de edad, de manera que su mandato comienza a ser interpretado como un periodo de descanso, después de más de veinte años de turboderecha. El actual gobierno municipal de Madrid es muy de arte y ensayo. Nació improvisado y carece de la osamenta del proyecto de Ada Colau en Barcelona. Carmena actúa de intermediaria entre la ciudad madura y sus jóvenes concejales izquierdistas. Cuando hay un cirio —los hay a menudo—, la alcaldesa convoca a las partes enfrentadas a compartir unas magdalenas que trae de casa. Cabalgata de Reyes corregida y sedada. Carmena capta bien la atmósfera de Madrid. Brumario ha traído un ambiente de restauración. Todo parece volver a su sitio después de diez meses locos.

Treinta días después de la investidura, el Parlamento ya lleva abrigo y Mariano Rajoy domina la escena, como si nada, o casi nada, hubiese pasado. Es verdad, pierde votaciones sin cesar en el Congreso. De una lectura lineal de los periódicos podría deducirse que la obra del anterior Gobierno está siendo desmantelada a la velocidad del rayo. Nada más lejos de la realidad. Las proposiciones no de ley (PNL) son pirotecnia, la mayoría de las veces. Ejercicios tácticos de los partidos de la oposición para recordar que el Gobierno está en minoría y para poner en aprietos a los competidores. El pleno del Congreso podría aprobar una PNL a favor del envío de una misión tripulada a la Luna, sin que ello tuviese la más mínima trascendencia práctica. El Gobierno está en minoría, pero no al borde del precipicio. Un mes después de su dramática investidura, Rajoy controla la situación y cuenta con vientos favorables.

El pasado jueves por la mañana, mientras representantes del PP y del PSOE cerraban el pacto sobre la regla de gasto de 2017 —pared maestra de la

legislatura—, el presidente de la Comisión Europea, Jean Claude Juncker, se reunía con un grupo de periodistas en Madrid y les aseguraba que Bruselas será «flexible» con el Gobierno español. «Tenemos que apoyar a España, es la número uno en crecimiento». Esta es la clave. Este es el significado del Brumario español. Regresa el orden. Después de diez meses en los que podía haber pasado de todo, España es hoy discreto factor de estabilidad en una Europa mayoritariamente perpleja por el triunfo de Donald Trump en Estados Unidos y angustiada ante el incierto rumbo del mundo y sus algoritmos.

Bruselas y Berlín protegerán y ayudarán al Gobierno de Madrid, porque en estos momentos contribuye a la estabilidad general de la Unión. Atención al referéndum de hoy en Italia. Se está dibujando una nueva cartografía que los navegantes catalanes no pueden ignorar.

Hace unos meses, entre enero y junio, Rajoy parecía un náufrago a la deriva. Hubo en Madrid tímidas maniobras para sustituirle por un candidato sin carnet de partido, que facilitase un Gobierno de gran coalición con el PSOE. Esos movimientos sigilosos no prosperaron por tres motivos: la rigurosa neutralidad de Felipe VI, un rey que no quiere borbonear, la ausencia de candidatos dispuestos a arriesgar más allá de la conversación de sobremesa, y el apoyo de Bruselas y Berlín a Rajoy. El náufrago de primavera ha conservado el poder y si Matteo Renzi fracasa, su cotización europea irá en aumento. Estamos ante el regreso por todo lo alto de la diosa Fortuna. Nada es seguro. Diferencias de cien mil votos en tres estados de Norteamérica pueden haber cambiado el rumbo de la humanidad. Virtud, poder y fortuna, los tres conceptos básicos de Maquiavelo. Regresa la Fortuna, orlada por algoritmos y posverdades.

Mientras la suerte le sonríe, el gallego resistente dibuja el nuevo campo de batalla, necesariamente provisional a la espera del congreso del PSOE y de la llegada del mes de mayo —Floreal, en el calendario republicano francés —, momento en que la presidencia del Gobierno volverá a tener la potestad de proponer la disolución del Parlamento y la convocatoria de elecciones generales. Hasta mayo, tanteo, mucho tanteo. Tanteo y obras de refuerzo del bipartidismo.

El PP y el PSOE se necesitan. Rajoy quiere más estabilidad —su gran capital en Europa— y el Partido Socialista necesita tiempo para reconstruirse. De ese comercio nace la actual coyuntura: oposición vistosa y verbosa de día, acuerdos estratégicos de noche. La política de alianza nacional, esta semana rotundamente visible. Los dos partidos han pactado un ajuste presupuestario basado en la expansión de la presión fiscal, para evitar pancartas en la calle. Rajoy prefiere el malhumor de una parte de sus votantes —que no le abandonarán—, que tener que afrontar una huelga general con Podemos detrás y el PSOE tentado por la barricada. La severa erosión del bipartidismo no aguantaría un 2017 muy caliente.

No habrá tijeras y si hay que recurrir a ellas se hará con discreción. Con estos planos se ha comenzado a levantar la pared maestra de la legislatura: obtener el máximo apoyo de Bruselas, asentar el crecimiento de la economía, tranquilizar a las clases medias, desinflamar —que no resolver— la cuestión de Catalunya, y contener a los partidos nuevos, muy especialmente a Podemos. Hacer todo lo posible para que la vertiginosa erosión del sistema político español no vaya a más. Pie en pared. Política de Estado. Política de alianza nacional. Alfredo Pérez Rubalcaba ha regresado discretamente a la cocina, mientras José Luis Rodríguez Zapatero trabaja a fondo en favor de Susana Díaz.

Rajoy gana estabilidad y el PSOE obtiene visibilidad social, en un momento en que las encuestas le sitúan como tercera fuerza (18%), por detrás de Podemos (22-23%). El drama de octubre fue fenomenal —«ahora la autoridad soy yo»— y los socialistas tardarán en recuperarse. Susana Díaz está acelerando su campaña, por temor a que cuaje la tercera vía de Patxi López, que no brilló como presidente del Congreso. Pedro Sánchez ha perdido fulgor, aunque no simpatizantes. Rajoy ha decidido ayudar al PSOE mientras espera que lleguen los poderes reforzados de mayo.

Tiempo de tanteo en el que no será fácil distinguir el grano de la paja, los pactos de fondo de los acuerdos circunstanciales, las votaciones decisivas y las banales, los diálogos sinceros y los ficticios. La reforma de la Constitución es hoy una mera hipótesis. Este tema hay que cogerlo con pinzas. Populares y socialistas comparten temores. Podemos podría forzar que una reforma por la vía simple fuese sometida a referéndum, puesto que

dispone de más del 10% de los diputados (artículo 167.3). Atención a lo que ocurra esta noche en el referéndum de Italia. La diosa Fortuna ha regresado.

2017

Pedro Sánchez estuvo a un minuto de abandonar la política. No se sentía con fuerzas para dar la batalla a toda la nomenclatura del partido reunida alrededor de la líder andaluza Susana Díaz. El acto de presentación de la candidata Díaz contó con la presencia de todos los notables del PSOE, con la única excepción del prudente Joaquín Almunia y de Josep Borrell, que también había sido defenestrado en los años noventa. Felipe González, Alfonso Guerra, Alfredo Pérez Rubalcaba, José Luis Rodríguez Zapatero y casi todos los exministros de los gobiernos socialistas apoyaban a Susana Díaz. Sánchez estaba fuera de la foto y apenas tenía apoyos en los medios de comunicación. El mensaje que llegaba a la militancia desde arriba era contundente: el entrometido Sánchez ya no forma parte del álbum familiar del PSOE. El masover había sido desahuciado.

El veterano alcalde de Dos Hermanas, Francisco Toscano, que siempre había creído en él, fue una de las personas que logró convencer a Sánchez para que siguiese. El diputado valenciano José Luis Ábalos también contribuyó a ello. Un reducido círculo de apoyo se puso en marcha. Francisco Salazar, teniente de alcalde de Dos Hermanas, y Santos Cerdán, secretario de organización del modesto PSOE de Navarra, coordinarían la campaña. El alcalde del pueblo granadino de Jun, José Antonio Rodríguez Salas, aportaba la tecnología. Jun era el pueblo de España con un mayor índice de digitalización, gracias a la tenacidad de Rodríguez Salas, que mantenía una buena relación con las grandes compañías tecnológicas norteamericanas. Además de un viejo Peugeot para dar la vuelta a España, Sánchez contaría con un programa informático para leer a diario las tendencias en Twitter, el impacto de los mensajes y la orientación de la discusión pública. El 22 de mayo de 2017, Pedro Sánchez arrolló a Susana Díaz en las elecciones primarias del PSOE. Los notables y la prensa de Madrid estaban con Díaz. La mayoría de los militantes estaba con el secretario general defenestrado.

¿Por qué? Ese era el signo de los tiempos. Ya lo había predicho Jaime Miquel, el valenciano de las encuestas: «Cada vez hay más gente enfrente, no a la izquierda, no nos confundamos, enfrente de los que mandan». El PSOE es un partido de fuerte tradición familiar y en casa de los militantes socialistas había muchas discusiones. Los hijos, simpatizantes de Podemos en muchos casos, reprochaban demasiado conformismo a los padres. Y los padres decidieron dar una lección a sus hijos. Los votantes socialistas de la generación madura decidieron apoyar al candidato que desafiaba a los de arriba. Podemos seguiría teniendo un papel en la política española, pero no atraparía al PSOE. Eso fue lo que ocurrió. Ese movimiento generacional nos explica la política de los últimos siete años.

Asentado Rajoy en la Moncloa, Catalunya entra en fase de ignición. Tal y como había prometido en su investidura, Carles Puigdemont avanza hacia la convocatoria de un referéndum de independencia. Está convencido de que Oriol Junqueras, secretario general de ERC, al que detesta y con el que apenas se habla, frenará en el último momento. Las entidades de base del independentismo aprietan y se pone en marcha una compleja maquinaria para organizar la votación prevista para el día 1 de octubre. Las urnas, con el logotipo de la Generalitat, se compran en China, llegan en contenedor al puerto de Marsella y se almacenan en distintos puntos del sur de Francia y desde allí son distribuidos a una amplia red clandestina de voluntarios que las guardan en sus casas o en sus talleres esperando el 1-O. Hay varias redes superpuestas. Si alguien falla, tiene un sustituto y si este sustituto falla hay un tercer voluntario con una urna en casa para acudir al colegio electoral asignado.

Una organización perfecta que logra engañar al Centro Nacional de Inteligencia, a los servicios de información de la Guardia Civil y a los investigadores de la Policía. La malla civil organizada por el independentismo es muy densa y cuenta con mucha gente con buenos niveles de formación. Técnicos y profesionales prontamente jubilados, funcionarios, maestros, profesores de instituto, comerciantes, pequeños empresarios… El papel de los ingenieros jubilados en la perfecta organización de las masivas manifestaciones del «procés» deberá ser algún día estudiado. Una logística muy buena y un aparato de información y propaganda que le da tres vueltas a los dispositivos del Gobierno. La prensa

extranjera era objeto de una atención constante por parte de la Generalitat catalana, los corresponsales y enviados especiales eran muy bien tratados en Barcelona y pronto obtenían todas las entrevistas que deseaban. Los periodistas extranjeros que intentaban obtener información del Gobierno más allá de las notas oficiales, topaban con un muro en Madrid.

El día 1 de octubre, mientras las urnas aparecían de debajo de las piedras, los policías y guardia civiles acuartelados en el puerto de Barcelona entraron en acción en diversos colegios electorales de Barcelona y del interior de Cataluña. El ministro del Interior, Juan Ignacio Zoido, asistido por el secretario de Estado de Seguridad, José Antonio Nieto, dieron la orden al jefe de operaciones en Barcelona, el teniente coronel de la Guardia Civil, Diego Pérez de los Cobos. Las imágenes de la policía española pegando a gente que acudía a votar empezaron a dar la vuelta al mundo. A primera hora de la tarde, Rajoy dio orden de parar después de haber recibido una llamada de Angela Merkel preocupada por la imagen que España, país de la Unión Europea, estaba dando al mundo.

La orden de actuar en los colegios no fue ajena a la sorda pugna que enfrentaba a la secretaria general del PP y ministra de Defensa, María Dolores de Cospedal, y la vicepresidenta Soraya Saénz de Santamaría. Cospedal tenía bajo su control político el Ministerio del Interior. Sáenz de Santamaría despachaba con el CNI y tenía el encargo de gestionar políticamente la «carpeta catalana». La aparición de las urnas, que el CNI había prometido encontrar, podía interpretarse como un fracaso de Sáenz de Santamaría, y el sector duro no dudó en aprovecharlo.

El día 2 de octubre, el Gobierno español estaba noqueado. Si aquel día Carles Puigdemont hubiese convocado elecciones en Catalunya para ratificar en unas elecciones «legales» lo que se había votado en condiciones extremas, el movimiento independentista catalán habría puesto verdaderamente en jaque al Estado español y probablemente le habría conducido a una negociación bajo la atenta mirada de la Unión Europea. Pero los líderes independentistas, presos de su batalla interna, no estaban preparados para efectuar ese giro. Era necesario un acuerdo estratégico entre Puigdemont y Junqueras, y ambos se despreciaban. Puigdemont todavía creía en la posibilidad de una mediación internacional, de un gesto

de la Unión Europea, que no se produjo porque el rey Felipe VI actuó antes con su discurso del 3 de octubre. Ese discurso es, sin duda alguna, uno de los episodios políticos más relevantes de los últimos veinte años.

El Rey interceptaba con sus palabras cualquier gesto de la Comisión Europea que pudiese ser interpretado como una invitación a la negociación. El Gobierno tenía información de que el presidente de la Comisión, el luxemburgués Jean-Claude Juncker, había preparado un discurso de ese tenor, que debía leer el vicepresidente Frans Timmermans, socialdemócrata holandés, el día 4 de octubre. (Juncker había tenido que efectuar un viaje imprevisto a India). El mensaje preparado por el presidente de la Comisión Europea «tendía la mano» para hallar un arreglo en España. Una delegación gubernamental, encabezada por el secretario de Estado para la Unión Europea, Jorge Toledo Albiñana, viajó a Bruselas para impedirlo. Y lo consiguieron.

El discurso del Rey, emitido el día 3 de octubre, era un claro llamamiento al aparato del Estado, especialmente a la judicatura, a actuar con rigor ante la vulneración de la Constitución. El mensaje del jefe del Estado no incluía ningún párrafo en catalán que pudiese ser interpretado como una señal de empatía, pese a la dureza de fondo. El discurso de Felipe VI, muy meditado por él mismo y por las personas de su entorno, pretendía ser un acto de afirmación en alguna manera equivalente al de Juan Carlos I en la noche del 23 de febrero de 1981. Ambos episodios nada tenían que ver y el paso del tiempo así lo ha dejado claro. Al discurso le faltó empatía con la sociedad catalana. Los hechos del 1 de octubre habían traspasado los límites de la Constitución pero tenían detrás, política y emocionalmente, a la mitad de la sociedad catalana. El expresidente de la Comisión Europea, Romano Prodi, al que se le pidió desde Barcelona que actuase como mediador, oferta que él rechazó, definió con mucha sutileza el 1 de octubre catalán: «Una forzatura costituzionale». Se intentaron forzar las costuras de la Constitución. No fue una rebelión, ni un acto de sedición del siglo XIX. Ni siquiera se declaró formalmente la independencia. Nadie arrió una sola bandera española de los edificios oficiales.

Y después pasó lo que pasó. Lo recordamos todos: 155 monedas de plata. Esquerra amenazó a Puigdemont con arrastrar su nombre por todos los

pueblos de Catalunya si convocaba elecciones para no tener que «proclamar» la independencia. Y Puigdemont no quiso ser el chivo expiatorio de una situación sin salida. Se había prometido a sí mismo que no sería el primero en frenar. «Declaró» la independencia, no ordenó arriar ninguna bandera y cruzó la frontera como había hecho su abuelo en 1938 por no querer combatir en el ejército republicano, después de haber visto como los milicianos quemaban la iglesia principal de su pueblo, Amer.

CONSPIRACIONES DE ENERO

22 de enero, 2017

Conspiración es el concepto clave de 2017, este año extraño en el que el secretario general del Partido Comunista Chino inaugura el foro de Davos y el nuevo presidente de Estados Unidos se pronuncia contra la globalización. No hay vida política sin conspiración, pero este mes de enero, el campo de maniobras español es especialmente denso. Los principales partidos preparan sus congresos, y en Catalunya, donde se halla el mayor punto crítico de la malla estatal, la espesa lucha táctica se apodera de las grandes proclamas. Un enero conspirativo después de un año 2016 de confusa y agotadora interinidad.

Munición pesada en el PP. El Partido Popular vive un momento aparentemente tranquilo. Ha logrado mantenerse en el Gobierno después de diez meses increíbles y ahora aporta unos gramos de estabilidad al delicado contexto europeo. Mariano Rajoy, el presidente interino que hace un año parecía desahuciado, controla la situación. No todos los actuales gobernantes europeos pueden decir lo mismo. El PP vuelve a ser el Partido Alfa. Rajoy ha resistido, y ahora el problema lo tienen los demás: los socialistas, anémicos y peleados; Podemos, con una adolescencia difícil, de incierto porvenir, y los soberanistas catalanes, inmersos en un confuso laberinto táctico mientras sus consignas se mantienen inalterables.

Rajoy tiene controlado el próximo congreso del PP, en el que se va a aprobar, de cara al futuro, que el presidente y los órganos directivos sean escogidos mediante elecciones primarias con freno de mano. En la primera vuelta votarán todos los afiliados. En la segunda, solamente los compromisarios. La estructura del partido más vertical y profesionalizado de España seguirá controlando sus relevos. «Los experimentos, con gaseosa».

Ahora se trata de decidir quién dirige el día a día en la calle Génova de Madrid. El nombramiento de María Dolores de Cospedal como ministra de Defensa complica su continuidad como secretaria general del partido, pero no la invalida. La poderosa agregación de ministros y altos cargos leales a la vicepresidenta Soraya Sáenz de Santamaría, hoy claramente dominantes en la estructura gubernamental, quisiera controlar la secretaría general del partido. O cuando menos dejarla en manos más neutrales. Hay paz en el PP y hay pelea.

La primera semana de enero, pocos días antes de la Pascua Militar, se filtraba un informe atribuido a la UDEF, la poderosa y autónoma unidad policial encargada de la investigación de los delitos económicos, en el que se vinculaba al marido de Cospedal, el empresario Ignacio López del Hierro, con los negocios de la familia Pujol. Torpedo Mark48, capaz de levantar la quilla del barco atacado. Otro torpedo, este de vieja fabricación, se cruzó en la trayectoria, amortiguando el impacto. Un escándalo siempre tapa a otro. La filtración de un informe del Consejo de Estado sobre la catastrófica gestión del accidente del avión Yak42 colocó en el centro del debate uno de los episodios más lúgubres del segundo Gobierno Aznar, días antes de que el expresidente presentase en sociedad la nueva etapa de la Fundación FAES. Los focos iluminaron, con luz cegadora, al embajador en Londres, Federico Trillo, ministro de Defensa en la época. Cospedal reaccionó con energía y verdadero temple. Ignacio Varela, un buen observador de la política en Madrid, sostiene que detrás de los reflejos de la ministra hay el trabajo de buenos asesores. Trillo tuvo que presentar su salida de la embajada —ya prevista— como una renuncia a esta, y Cospedal salió ilesa del Parlamento pidiendo perdón a los familiares de las víctimas. La secretaria general sale indemne de los dos torpedos de enero, pero la última palabra la tendrá Rajoy. Hay paz en el PP. Una paz armada.

Operación jaque pastor. También se conspira en Podemos, caray si se conspira. Todo empezó hace un año. En enero de 2016, cuando Podemos debatía qué hacer ante la candidatura del socialista Pedro Sánchez a la investidura, el entorno de Pablo Iglesias detectó unos mensajes de Telegram del secretario de organización Sergio Pascual en los que se hablaba de la «operación jaque pastor». Tiraron del hilo y llegaron a la conclusión de que Pascual estaba moviendo piezas para provocar un cambio en la dirección del partido en la comunidad de Madrid. Sin el apoyo de Madrid, Iglesias podía ser hombre muerto en el futuro congreso de Podemos. Mate pastor. Un jaque en cuatro movimientos al principio de la partida, cuya rapidez fascina a los principiantes y cuyo éxito requiere un adversario confiado. Iglesias destituyó a Pascual, hombre de la plena confianza de Íñigo Errejón. Y ahí empezó el cisma. La gente de Iglesias llegó a la conclusión de que Errejón, encargado de poner en marcha el aparato político de la joven formación, estaba creando un partido dentro del partido. A su vez, el círculo de Errejón recelaba de los ímpetus y las maneras de los principales colaboradores de Iglesias, formados muchos de ellos en las juventudes comunistas. Una cierta entente personal entre Iglesias y Errejón evitó el estallido del partido en la larga fase de interinidad política en España.

Durante esos meses, las discrepancias estratégicas entre ambos se fueron ahondando. Un Podemos resistente o un Podemos más pactista. Un Podemos más anclado en el lenguaje y las mitologías de la izquierda, o un Podemos más populista y transversal. Un Podemos más pendiente de las protestas en la calle o un Podemos más hábil en el Parlamento.

El debate es vivísimo y tiene un evidente interés político. Pero se lucha, también, por el control del aparato del partido, hasta ahora copado por la gente de Errejón. Si las tesis de Iglesias ganan de manera indiscutible en la asamblea de Vistalegre, el aparato cambiará de manos. Si las tesis de Errejón obtienen un fuerte apoyo, este podrá negociar un buen equilibrio. Si las ideas de Errejón triunfan, Iglesias se verá obligado a renunciar a la secretaría general. Jaque doble, se llama en ajedrez.

El comité invisible del PSOE. El PSOE está siendo gobernado por un comité invisible del cual forman parte Felipe González, Alfredo Pérez Rubalcaba, muy activo, el presidente de la comisión gestora, Javier Fernández, el eurodiputado vasco Ramón Jáuregui, y José Luis Rodríguez Zapatero. Este grupo de notables tutela la labor de la comisión gestora y orienta al grupo parlamentario, coordinado por Antonio Hernando, excolaborador de Pedro Sánchez. La actual política de concertación nacional con el PP es obra de ese sanedrín. Un PSOE pragmático, pactista y utilitarista, para ganar tiempo y dificultar la convocatoria de elecciones anticipadas después de mayo. Ganar tiempo, acabar de fulminar al rebelde Sánchez, entronizar, no sin algunas dudas, a Susana Díaz como nueva secretaria general del partido y esperar a que la asamblea de Podemos en Vistalegre acabe como el rosario de la aurora, para volver a levantar bien alta la bandera de la «izquierda útil». Los estrategas del PSOE han tomado partido por Errejón. Cuanta mayor sea la división en Podemos, mejor para el Partido Socialista. Un cálculo elemental.

La candidatura de Patxi López, asesorado por Rodolfo Ares, facilita su trabajo, pero también lo complica. Achica el margen de maniobra de Sánchez, pero aviva el debate interno. El PSOE sigue en vilo.

Puigdemont-Junqueras. El más intenso campo de maniobras está en Catalunya. La política catalana alterna desde hace cinco años las grandes proclamas con los movimientos cortos. La política catalana es en estos momentos una frenética sucesión de movimientos tácticos, que tienen como horizonte una fase de muy alta tensión entre julio y septiembre, alrededor de la convocatoria del reclamado referéndum y la respuesta del Estado, que no será contemplativa. Esa fase de alto voltaje desembocará en elecciones al Parlament el próximo otoño. Todos los partidos ya trabajan en esa perspectiva, y solo los ingenuos niegan que esa vaya a ser la verdadera hoja de ruta.

Un nuevo momentum de movilización soberanista, para intentar asegurar la mayoría parlamentaria, sin dependencia de la CUP. Una rectificación del bloque hegemónico para reorientar el agotador procés y enfocar la batalla por la alcaldía de Barcelona, cuya pérdida ha sido el principal traspié del

soberanismo en los últimos cuatro años. Momento decisivo, también, para el largo combate de judo que mantienen la ex CDC (hoy PDECat) y ERC. Están en juego la presidencia de la Generalitat y la dirección política del bloque soberanista. Esquerra encabeza ahora las encuestas y los exconvergentes tienen un serio problema de liderazgo. Carles Puigdemont ha anunciado que no repetirá como candidato, pero está dispuesto a la inmolación (inhabilitación o suspensión en el cargo). Si ese momento llega, puede pedir a Oriol Junqueras que también firme la convocatoria. Que se inmole junto con él. Y después, elecciones.

Este es el campo de maniobras en enero, mientras llega Trump y sube la luz.

RELATIVISMO MORAL

23 de abril, 2017

En la primavera de 2008, Mariano Rajoy caminaba por el tablón de un barco pirata. Acababa de perder por segunda vez ante José Luis Rodríguez Zapatero, y la derecha castiza de Madrid lo quería echar a los tiburones. José María Aznar le había enviado la Mota Negra, como en la novela de Stevenson. Desde la Cope y El Mundo hostigaban a Rajoy para llevarlo hasta el extremo de la tabla. El cardenal Antonio María Rouco Varela bendecía a los amotinados. Esperanza Aguirre soñaba con ser la primera mujer presidenta de España y contaba con dos buenos arsenales para sumar voluntades y ambiciones: la poderosa Bankia y el caudaloso Canal de Isabel II. Su número dos en el gobierno regional de Madrid, Ignacio González, duro entre los duros, se encargaba de la intendencia. Killer González se encaró con Rajoy en algunas reuniones del comité ejecutivo del PP. En una de ellas, le acusó de «relativismo moral».

Relativismo moral. Una idea recurrente de la derecha española en aquel tiempo extraño en el que la economía aún iba a toda vela —crecimientos anuales por encima del 3%— y la política concentraba sus batallas y sus

exageraciones en el campo de las costumbres y de las identidades. Ley de matrimonios gais, nueva ley de educación, Estatut de Catalunya.

No todas las ideas son igualmente respetables. No todos los valores pueden ponerse en un mismo plano. Hay una verdad —la verdad contenida en la doctrina cristiana— y alrededor de ella debemos reagruparnos. Esta era la idea fuerza de la derecha católica y de sus amigos neoconservadores, no necesariamente creyentes. El singular movimiento de los «ateos católicos» estaba teniendo predicamento en Europa, especialmente en Italia. Entre la tropa de Silvio Berlusconi, había muchos «ateos católicos», rendidos admiradores del papa Benedicto XVI. De día defendían la identidad cristiana de Europa y de noche practicaban el bungabunga en las mansiones de su patrón en Cerdeña. Leían a Oriana Fallaci y admiraban las sensuales curvas de Ruby Robacorazones, reina de las fiestas berlusconianas. El ateísmo católico español era esencialmente castizo. Ahí estaban los columnistas de hierro de la prensa madrileña. Ahí estaban los boletines de FAES. Ahí estaba el radiofonista Federico Jiménez Losantos acusando de masón al nuncio del Vaticano en España, el portugués Manuel Monteiro de Castro. Ahí estaba Ignacio González.

Todo ese mundo se ha venido abajo. Un día, el papa Benedicto descubrió que su mayordomo, el fiel Paoletto, le robaba documentos, y no se sintió con más fuerzas para seguir al frente de la Iglesia católica. El cónclave eligió a Francisco, que ha puesto la plaza de San Pedro patas arriba, predicando la fraternidad con los pobres. Los «ateos católicos» se hallan agazapados, a la espera de tiempos mejores. Quisieran ser la infantería intelectual de Donald Trump, pero ese tipo disruptivo y megalómano aún les tiene desconcertados. La derecha castiza ha entrado en un agujero negro. La Guardia Civil ha descubierto algunas de las fugas del canal. Killer González se halla en prisión sin fianza y todo el mundo sabe que la poderosa Comunidad de Madrid, fortín de la España jacobina, bastión contra el relativismo moral, funcionaba con dos vicepresidencias delictivas. Dos tramas. La primera la dirigía Ignacio González. La segunda, Francisco Granados. Ambos se vigilaban, se controlaban y se espiaban. Ambos se hallan ahora en la trena. Y Esperanza Aguirre, su jefa, no sabía nada. Llora y dice que no sabía nada. La desintegración de la derecha castiza madrileña

iguala y quizá supera en magnitud el cráter radioactivo que la caída de Jordi Pujol ha provocado en Catalunya.

El trágico final de sus adversarios en Madrid podría ser una buena noticia para Rajoy. Podría ser un eficaz argumento afirmar que el PP está empezando a limpiar lo que el PP ha ensuciado. Sin embargo, hay caras largas en la Moncloa. El relato no funciona. El Gobierno no logra salir del marco de la corrupción.

Ha sido una semana increíble. El autobús de Podemos denunciando la existencia de una trama oligárquica y corrupta en España comenzó a circular el lunes ante la hostilidad manifiesta de la mayoría de los medios de comunicación —y la silente discrepancia del sector moderado de Podemos, encabezado por Íñigo Errejón—, y ha acabado la semana saludado por transeúntes y automovilistas. Ni el más audaz de los guionistas podía haber imaginado la secuencia. Nuevas revelaciones sobre la depredación de Rodrigo Rato (lunes). Rajoy llamado a declarar como testigo en el juicio del caso Gürtel (martes). Detención de Ignacio González y allegados (miércoles). Registro de varias empresas; imputación del periodista Francisco Marhuenda, director del diario La Razón y uno de los más intensos propagandistas del PP en televisión, por presuntas amenazas a Cristina Cifuentes para que frenase la denuncia de irregularidades en el Canal de Isabel II; conocimiento público de que el nuevo fiscal Anticorrupción, Manuel Moix, intentó frenar a los fiscales a sus órdenes, sin conseguirlo (jueves). Detención del empresario Javier López Madrid, consejero delegado de la empresa OHL, por presunto pago de comisiones al PP (viernes). Una secuencia brutal, con un fotograma especialmente irritante para la indignada opinión pública: las maniobras para embridar a la fiscalía, incluido el significativo relevo de los dos fiscales que investigaban el caso 3 % en Catalunya. El aterrizaje del fiscal Moix está siendo catastrófico para la imagen del Gobierno. El malestar social es oceánico.

El relato gubernamental en estos momentos está roto. Toda noticia positiva para la economía queda taponada por los escándalos que no cesan. Una capa de óxido vuelve a recubrir a Rajoy, pese a sus puntos fuertes en Europa y las posibilidades ciertas de aprobar los presupuestos de 2017. Las fugaces expectativas de remontada electoral del PP se alejan, para mayor

alivio de Ciudadanos. El autobús de Podemos se convierte en la única oposición y crecen las posibilidades de Pedro Sánchez. El vapor acumulado va a salir por alguna parte y la única rendija abierta son las primarias del PSOE, el 21 de mayo. El repunte de la indignación repercute en Catalunya.

Joseph Ratzinger, futuro Benedicto XVI, definió así el relativismo moral: «Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja solo como medida última al propio yo y sus apetencias». Las apetencias de unos cuantos han hundido España. Un autobús de la Guardia Civil también recorre estos días las calles de Madrid.

ES TIEMPO DE HOLOGRAMAS

28 de mayo, 2017

La imagen de Pedro Sánchez exhibiendo su triunfo en el balcón de Ferraz, camisa blanca, sonrisa franca y mirada fría del conde de Montecristo —«os vais a enterar»—, vale sus píxeles en oro en el mercado de los relatos políticos.

Ni el más astuto y maquiavélico de los asesores políticos podía haber aconsejado una carambola como la del pasado domingo a los notables del PSOE. «Primero lo echáis de malas maneras, lo humilláis, lo pisoteáis y lo dais por muerto. Después lo apostáis todo a la candidata socialista que más gusta en la calle Serrano de Madrid. Mantenéis de portavoz en el Congreso al polifacético Antonio Hernando, para que los jóvenes aún os tengan más manía. No tengáis prisa en convocar las primarias. La operación pide tiempo. Dejad que transcurran los meses para que el malhumor macere en las agrupaciones y los militantes veteranos ya no sepan qué decirles a sus hijos y nietos que votan a Podemos. Que quede clara vuestra política de concertación nacional con el PP. Cuanto más descarnado sea todo, mejor. Amenazad al PSC con dejarle sin voto y con montarle una federación catalana del PSOE. Nada agrupa mejor a los catalanes que las amenazas. Esperad, esperad. No convoquéis las primarias hasta que no haya estallado

otro gran caso de corrupción en el PP. Imaginad que detienen a Ignacio González y el PP de Madrid queda abierto en canal. Esperad a que los militantes veteranos del partido ya no sepan cómo justificarse ante sus hijos y sus nietos que votan a Podemos. ¡Entonces habrá llegado el momento! Pedro ganará las elecciones y os redimirá. Necesitáis un corte narrativo que rompa la triunfal consigna del 15-M de que el PP y el PSOE son la misma cosa. José Luis Rodríguez Zapatero podía haber evitado esa analogía si hubiese presentado la dimisión en mayo de 2010, cuando fue obligado a cambiar de política por los poderes europeos. No se atrevió. O lo juzgó demasiado temerario. De haber dado ese paso, Zapatero podía haber acabado mal. Ahora que la crisis parece que amaina, tenéis otra oportunidad. La última oportunidad. Si gana Susana Díaz, bajáis directos al 15 %. Si gana el humillado Sánchez podréis recuperar el diálogo con los jóvenes que os han abandonado. Podréis crear el holograma de un nuevo PSOE. Es tiempo de hologramas. Fijaos en el estrellato de Macron en Francia, el gran ejercicio hipnótico de las élites francesas proeuropeas. ¡Qué listos son los franceses! Debéis lacerar a Sánchez hasta convertirlo en símbolo de la España humillada y despreciada por el oficialismo. La indignación de vuestros afiliados hará el resto. ¡Cuántas horas de debate familiar entre padres que aún se apegan al PSOE e hijos que se han ido con Podemos! Estáis muertos y solo os queda una bala. Es tiempo de hologramas. ¡Tenéis que romper con vosotros mismos, sin romper el partido!».

No existe un Maquiavelo tan fantasioso en España. Evidentemente, nadie aconsejó a la gestora del PSOE que se comportara con una torpeza extrema para provocar una auténtica catarsis en el partido. No, ningún Lampedusa 3.0 recordó a Javier Fernández, presidente de la gestora, que en tiempos de tensión social y de grave ruptura generacional alguna cosa importante debe cambiar si se quiere preservar lo fundamental. El oficialismo madrileño seguía dando a Sánchez por muerto, cuando comenzaban a ser evidentes los signos de una posible victoria contestataria, tal como se explicaba hace quince días en este cuaderno de Madrid. El oficialismo madrileño es tozudo y arrogante. Hace cinco meses ya fracasó en el intento de llevarse por delante a Podemos. En un momento dado, todos los periódicos impresos de Madrid apostaban unánimemente por Íñigo Errejón. Errejón, el más genuino exponente del ideario populista en Podemos. ¡Asombroso! Se

supone que la maniobra consistía en partirlos en dos, para provocar una de esas peleas fratricidas que tanto entusiasman a la extrema izquierda. Errejón, que gusta al votante de la izquierda moderada y tiene ideas interesantes sobre el despliegue de una política alternativa, perdió el día en que se convirtió en el candidato del oficialismo.

Y ahora, el oficialismo ha fracasado de nuevo en el intento de enterrar definitivamente a Sánchez. Dos derrotas en menos de seis meses. ¿Cuál será el próximo error de diagnóstico? ¿Catalunya? Si el secretario general destronado hubiese ganado por poco, pongamos que por dos mil votos de ventaja, ahora mismo el oficialismo pondría en duda la legitimidad de su victoria. El argumento deslegitimador ya estaba preparado. Ya estaba escrito: «Los socialistas catalanes han inclinado la balanza». La corriente de fondo era más intensa y el oficialismo no la detectó. El error es grave. Cuando se quiere dirigir política e intelectualmente un país hay que saber qué ocurre en las capas freáticas. El oficialismo está en horas bajas en muchas partes del mundo. Las élites europeístas francesas lo entendieron muy rápidamente y lo apostaron todo a la candidatura refrescante de Emmanuel Macron, radicalmente desprovista de los atributos de la política convencional. Una genial jugada de los enarcas. Es tiempo de hologramas.

Felipe González, el más inteligente de los oficialistas españoles, no ha tardado en dar la señal de alto el fuego. «Hay que apoyar al secretario general», dijo el martes en un acto en Madrid. González intuye que la manera como ha ganado Sánchez —contra su regia voluntad— puede ser el rayo láser de un buen holograma. El renacido Sánchez podría relanzar electoralmente al PSOE. Algunos sondeos privados efectuados esta semana ya apuntan en esa dirección.

Mariano Rajoy también lo ve así y no ha tardado ni un minuto en colocar al PP en orden cerrado. Orden de combate en testudo, como las legiones romanas cuando creaban un techo con los escudos. Primer objetivo: romper el cerco narrativo de la corrupción, con el argumento de que en Catalunya está en curso un «intento de golpe de Estado». Segundo objetivo: abrir un foso ante el plurinacional Sánchez, al que detesta. Rajoy, que no es un holograma, ha decidido romper los tiempos de la Generalitat, dramatizando la inminencia del choque. Con serios problemas de movilización de su

electorado, de nuevo muy enfadado por la corrupción —según los últimos sondeos—, Catalunya es el coagulante que nunca falla. Rajoy ha ordenado levantar los escudos a la espera de que el soberanismo cometa el grave error de aprobar una ley de secesión con un método parlamentario propio de una democracia autoritaria: sin que la oposición apenas tenga tiempo para enmendarla. Es tiempo de hologramas y el independentismo catalán puede aparecer ante los centros de poder europeos como un nuevo Orban. ¿Caerán en esa trampa, tendida por ellos mismos?

JUNIO ARDIENTE

4 de junio, 2017

Madrid. Donald Trump decide retirar a Estados Unidos del acuerdo de París para la reducción del cambio climático. Los países principales de la Unión Europea se enfadan, y España opta por un discreto segundo plano. Francia, Alemania e Italia emitieron el jueves un comunicado conjunto que no llevaba firma española. Una nota dura. Severa. Angela Merkel, Emmanuel Macron y Paolo Gentiloni recordaban a Trump que el acuerdo de París no es renegociable. Mariano Rajoy prefirió mantenerse al margen. Dejó que Italia tomase la delantera, en detrimento de la estrategia que pretende consolidar España como principal referente del Sur de Europa en la fase de reestructuración del proyecto comunitario. La diplomacia italiana es saltarina. Las buenas ocasiones las caza al vuelo. Hacía meses que no lograban aparecer en primera línea. No levantaban cabeza desde el fiasco de Matteo Renzi en el referéndum constitucional del pasado mes de diciembre. Horas después de que Macron Bonaparte colgase en YouTube un vídeo con ansias de liderazgo mundial, que ya acumula millones de visitas —Make the planet great again—, el primer ministro español emitía un triste tuit de compromiso europeísta. Los huesos de Stendhal se removían en el cementerio de Montmartre de París, recordando sus sombrías notas sobre el país que, en 1808, le parecía africano. «España siempre irá con retraso. Tardará doscientos años en arrancar una constitución, que le costará ríos de sangre».

Con lo que tiene en casa, Rajoy no quiere indisponerse con los norteamericanos. Su intuición conservadora le dice que podría ser peligroso. Pocos elogios a Trump, pero ningún gesto contra Trump. Esta es la consigna de la derecha española. Prudencia, prudencia, prudencia. Y si la ocasión se tercia, intentar ejercer de puente entre Washington y Bruselas. Alérgico a los gestos teatrales y perfectamente consciente de su papel secundario en el panorama internacional, Rajoy no quiere notoriedad. Quiere comprar seguridad. Con los que ahora mandan en Washington hay que ir con cuidado. Se lo ha olido.

La economía española crece más que la media europea, sin que la mejora llegue a todos. Hace falta más tiempo, y la brutal fractura generacional será muy difícil de reparar. Las tensiones sociales aumentan cuando las cosas empiezan a mejorar, y mucha gente comprueba que se ha quedado irremisiblemente atrás. La ira de los jóvenes puede ser la soga de Rajoy, que no consigue salir del marco narrativo de la corrupción. Quería embridar a los fiscales anticorrupción y ha fracasado estrepitosamente en el primer intento. La fea caída del fiscal Manuel Moix ha recorrido todo el pabellón auditivo de la sociedad española. El ministro de Justicia, Rafael Catalá, ha quedado calcinado, pero no puede cesar, puesto que ahora viene la moción de censura de Podemos, que no será una anécdota (13 y 14 de junio).

La aprobación de los presupuestos garantiza dos años de mínima estabilidad, pero no infla las velas. Los de Ciudadanos leen las encuestas —el PP, por debajo de los resultados del 26 de junio de 2016— y ya se están lanzando contra Cristina Cifuentes en la Comunidad de Madrid. Pedro Sánchez se toma tiempo. Antes de regresar al baile táctico deberá cerrar bien el congreso del PSOE (17 y 18 de junio).

A Rajoy le queda Catalunya, la válvula de seguridad que nunca falla. Cree que puede frenar el referéndum. Quiere mostrar firmeza. No esperará a septiembre.

Barcelona. Obra en poder de la dirección del PDECat un informe demoscópico en el que se estima que una parte importante de la sociedad catalana ha pasado a formar parte del guion de la película Matrix. Los 2,3

millones de ciudadanos que participaron en la informal consulta soberanista del 9 de noviembre de 2014 se hallan divididos entre aquellos que han tomado la píldora azul (que conduce a un mundo ficticio) y los que han ingerido la pastilla roja (que permite mantenerse en la realidad). El citado informe sostiene que al menos un millón de votantes soberanistas están convencidos de que Catalunya será independiente a finales de año. Otro millón trescientas mil personas, entre las que figuran numerosos simpatizantes de los comunes, que se adhirieron al 9-N como signo de protesta social, sin ser secesionistas, creen que la partida va para largo y que no es probable una Catalunya independiente a corto plazo. ¿Quiénes se han tomado la pastilla azul y quiénes la roja? Los convencidos de la independencia inminente se inflaman sobremanera si se les sugiere que viven en un mundo de fantasía. No tardarán ni cinco minutos en acusar de agente españolista a quienes les ofrezcan la píldora roja para retornar a la realidad. La duda frena, dicen. La duda es unionista. Solo con una gran carga de ilusión se puede romper el statu quo. Por el contrario, a quienes se han ido convenciendo de que no es posible una independencia exprés les ofende toda insinuación de traición. CatalunyaMatrix. Unos se han tomado la pastilla roja y otros la azul. A finales de año saldremos de dudas.

Un bloque soberanista partido por la mitad, en lo que se refiere a la percepción de la realidad. Es difícil fabricar política en ese paisaje psicosocial. Puesto que no hay acción sin ilusión, los adventistas se han transformado en un vigilante batallón dispuesto a impedir cualquier tipo de freno o retroceso. Soportarían muy mal llegar a la fiesta de final de año y comprobar que hace cinco años tomaron la pastilla azul con una copa de cava. No están dispuestos a retroceder. El primero de los dirigentes que frene saldrá volando por la ventana, como muy bien sabe Oriol Junqueras.

Ese millón de convencidos en la pronta independencia será el motor de las movilizaciones que se aproximan. Es un contingente social importante, que se reparte entre Esquerra Republicana, el PDECat y la CUP, con creciente predominio de los republicanos, puesto que la antigua CDC se halla bajo mínimos electorales. El partido que desde hace unos meses dirige Marta Pascal cuenta con la fidelidad de los votantes más maduros. Ahuyentados por las radiaciones del cráter Pujol, del cráter Palau de la Música, y ahora las del cráter Gordó, los jóvenes han migrado a ERC, que hoy obtendría un

resultado contundente en unas elecciones catalanas. La llave de esas elecciones, sin embargo, obra en poder del presidente Carles Puigdemont, el dirigente catalán más convencido de la posibilidad de una independencia inminente. Equivocado o no, Puigdemont es hoy el menos barroco de todo el elenco.

¿Pastilla roja o pastilla azul? Los comunes, partido de frontera, están convencidos de haber ingerido la píldora roja, como corresponde a su ideario. La presión de los adventistas sobre el grupo de Ada Colau y Xavier Domènech es tan fuerte que le está otorgando a Catalunya en Comú una centralidad sin precedentes. Entretanto, el PSC despierta, estimulado por la sorprendente victoria de Sánchez en el PSOE. No pierdan de vista a Miquel Iceta.

UN HOMBRE AUTODETERMINADO

18 de junio, 2017

Pedro Sánchez todavía no ha tenido tiempo de volver a colocar sus libros y sus recuerdos en el despacho de la secretaría general del PSOE. A principios de octubre empaquetó sus pertenencias en unas cajas de cartón y se fue. El despacho quedó cerrado. Ocho meses después, cuando mucha gente ya lo daba por muerto, ha vuelto a Ferraz a hombros de la militancia. Sánchez ha regresado con un caudal de autoridad que no tuvo ningún otro líder del PSOE —estando en la oposición— desde la marcha de Felipe González en junio de 1997, hace veinte años. El oficialismo madrileño, que lo apostó todo a la victoria de Susana Díaz, aún no se ha recuperado de la sorpresa.

Sánchez ha vuelto a colgar en la pared una fotografía de John F. Kennedy durante su célebre visita a Berlín en junio de 1963. Jovial y dinámico, Kennedy saluda desde un coche descapotado. La librería sigue vacía. Apenas una docena de libros en la parte de arriba. Todos ellos versan sobre Catalunya. Hay motivo. Estos días está leyendo Lecciones españolas, un reciente ensayo del periodista catalán Lluís Bassets sobre la actual crisis

política, que empieza con una cita de Pere Bosch i Gimpera: «España será la de todos, hecha por todos, o no será».

Hay ideas que vibran silenciosamente durante años y un día toman cuerpo. Hay ideas que se manifestaron durante la primera fase de la Transición, fueron ahogadas por el intento de golpe de Estado de 1981 y ahora, sin amenaza militar, reaparecen ante una nueva urgencia histórica. Bosch i Gimpera, intelectual de Acció Catalana —el partido de los jóvenes de la Lliga que quisieron ir más allá de Francesc Cambó—, rector de la Universitat de Barcelona y consejero de Justicia de la Generalitat entre 1937 y 1939, trabó amistad en el exilio mexicano con Anselmo Carretero, el socialista castellano, ingeniero de profesión, que teorizó la idea de España como «nación de naciones». Todo va encajando.

Hay pocos libros en las estanterías del secretario general. No ha habido tiempo para reponer todo lo que el viento de octubre se llevó, pero algunas ideas comienzan a enhebrarse. España plurinacional. Nación de naciones. Bosch i Gimpera escribió el prólogo del ensayo de Anselmo Carretero titulado Las nacionalidades españolas. El libro llegó a manos de Jordi Solé Tura durante los debates del texto constitucional en 1978 y el ponente comunista propuso, con el activo apoyo de Miquel Roca, que la nueva Constitución distinguiese entre nacionalidades y regiones. El socialista Gregorio Peces Barba estuvo de acuerdo y los ponentes de UCD lo aceptaron. Manuel Fraga se puso hecho una fiera: «¡Donde hay nacionalidad hay nación!». Por primera vez en la historia, una constitución española distinguía entre dos componentes. Manuel Clavero Arévalo no estuvo de acuerdo y levantó Andalucía a la contra. El 23-F acabó de golpe con aquella música y Felipe González puso al pobre Carretero en el congelador. Esa semántica ahora regresa, empujada por la crisis de Catalunya y la irrupción de Podemos, plurinacional sin complejos. Dispuesto a desafiar las inercias del pasado y a no dejarse comer más terreno por la nueva izquierda, Sánchez ha recuperado las tesis de Carretero. Ayer por la tarde, el congreso del PSOE inscribió la «España plurinacional» en la doctrina oficial del partido. Por primera vez.

Ese paso le puede traer problemas. Se los traerá, seguro. Habrá muchas y espesas batallas para delimitar el alcance de ese concepto. Habrá una nube

de ambigüedades a su alrededor, pero el paso está dado. Las palabras son importantes. «¡Cuidado con las palabras!», ha escrito estos días Francesc de Carreras, poco amigo del «Estado plurinacional». En Sevilla comprueban ahora lo que significa la derrota en las primarias. La barricada que levantó Clavero Arévalo peligra. El oficialismo madrileño está que se sube por las paredes.

El secretario general sigue con mucha atención los acontecimientos de Catalunya. Sabe que según cómo vibren las cuerdas en octubre, la legislatura española puede tomar rumbos inciertos. Quiere hacer propuestas antes de que la crisis entre en ignición. Los socialistas exploran la creación de una comisión parlamentaria sobre Catalunya, tomando la palabra al PDECat, que la proponía en su programa electoral.

A Sánchez no le preocupa estar ausente del Congreso durante estos próximos meses de tremenda brega. Cree incluso que le puede beneficiar. No estará mucho tiempo en su despacho. La librería quizá tendrá que esperar. Mientras la olla a presión de Madrid silba con toda su furia, el secretario general iniciará una larga gira por todos los rincones de España, para pulsar el estado de ánimo del país y proyectarse como la única alternativa viable al quietismo de Mariano Rajoy. De ciudad en ciudad, Sánchez se pondrá en marcha. Emmanuel Macron está haciendo escuela.

TEORÍA DE LAS NACIONALIDADES

25 de junio, 2017

El concepto «España plurinacional» se está situando en el centro del debate político español. Hace unos meses, solo Podemos y el PNV utilizaban esa expresión en público. El PSC la mantenía en su ideario, con sordina. Los soberanistas del PDECat y de Esquerra Republicana ya la habían abandonado, en beneficio del programa independentista. El PSOE de la gestora nadaba en la piscina de la «España diversa», con Susana Díaz invocando cada tres días el artículo dos de la Constitución, para dejar clara

su inquebrantable adhesión a la «indisoluble unidad de España». La «España plurinacional» se ha colocado en el centro del tablero después de la victoria de Pedro Sánchez en las primarias del Partido Socialista. En su anterior vida, Sánchez jamás había utilizado ese concepto.

«La "España plurinacional" es el marco del futuro. Sobre ese concepto se tejerán los nuevos consensos. La plurinacionalidad es aceptada sin dramatismos por la gran mayoría de los españoles nacidos después de la muerte de Franco, educados en democracia y psicológicamente muy alejados del drama de la Guerra Civil. Plurinacionalidad no es ruptura, es nuevo consenso, es consenso europeo», sostiene Jaime Miquel, uno de los analistas electorales hoy más escuchados en Madrid, autor de un ensayo titulado La perestroika de Felipe VI.

El oficialismo madrileño está que se sube por las paredes. El socialismo de Chamartín cree que asimilando el marco conceptual de Podemos, Sánchez acabará conduciendo el PSOE al desastre. El grupo dirigente de Sevilla teme que esta vez el PSOE andaluz no pueda accionar el veto que sí ejerció en 1980, imponiendo el café para todos, con la consiguiente igualación de nacionalidades y regiones. Mariano Rajoy, sardónico, le pide a Sánchez que le explique en qué consiste la plurinacionalidad.

En las actas del debate constitucional aparecen muchas alusiones a la «España plurinacional». Es muy interesante repasar los diarios de sesiones de la primavera-verano de 1978, cuando se sometió a discusión plenaria el trabajo de la ponencia constitucional.

A propuesta de Jordi Solé Tura (PSUC) y Miquel Roca Junyent (CDC), la ponencia había incluido el término «nacionalidades» en el artículo dos de la Constitución. Solé Tura se había inspirado en el libro Las nacionalidades españolas, del socialista segoviano Anselmo Carretero, a su vez influido en el exilio mexicano por Pere Bosch i Gimpera, intelectual del catalanismo republicano. «España solo puede ser una unión cordial y libre», había dicho Bosch i Gimpera en una conferencia en la Universidad de Valencia en 1937. Solé Tura trabajaba con estos materiales y Roca, con el pleno apoyo de Jordi Pujol, veía en el término nacionalidad un primer reconocimiento de la nación catalana. La alianza CDC-PSUC incomodaba a los socialistas, pero el PSOE aceptó las nacionalidades. Los jóvenes dirigentes socialistas de

finales de los años setenta leían a Carretero. Nacionalidades y regiones. Por primera vez en la historia de España, la Constitución iba a distinguir dos componentes distintos de la planta territorial. La Constitución republicana de 1931 solo admitía regiones con derecho a la autonomía.

El debate fue muy vivo. El ponente socialista Gregorio Peces Barba habló sin complejos de España como «nación de naciones» y equiparó nacionalidad con nación, invocando el ejemplo de Escocia y Gales en el Reino Unido. «España —dijo el ponente socialista— puede comprender en su seno otras naciones o nacionalidades» (Diario de Sesiones del 4 de julio de 1978). Peces Barba citó un ensayo sobre las nacionalidades de Lord Acton, e hizo mención expresa del austro-marxista Otto Bauer, teórico de la cuestión nacional. Había nivel.

Enrique Tierno Galván, del Partido Socialista Popular y futuro alcalde de Madrid con el PSOE, se declaraba español integral, pero defendió la inclusión del término nacionalidades como forma de honrar el compromiso contraído por las fuerzas antifranquistas con catalanes, vascos y gallegos. Manuel Fraga, que en un debate anterior (9 de mayo de 1978) había afirmado en tono irónico que le gustaba la expresión «nación de naciones», veía un serio peligro en el reconocimiento constitucional de las nacionalidades. «O la palabra nacionalidades es importante o no lo es. Si no lo es, no la pongamos, como no se puso en la Constitución de 1931. Si es importante, no lo neguemos (se estaba refiriendo a UCD) y afirmemos que tiene consecuencias muy graves para la Nación española». Federico Silva Muñoz, exministro de Franco y fundador de Alianza Popular, fue tajante: «O aceptamos la unidad nacional, o establecemos una pluralidad que necesariamente abocará a la secesión». José Pedro Pérez Llorca, ponente de UCD, recordó que la soberanía es indivisible. «El hecho de que la soberanía sea única no contradice la existencia y el reconocimiento de los derechos históricos que tengan los pueblos de España».

UCD estaba sometida a una tremenda presión del estamento militar. Solé Tura y Roca se negaron a retirar su propuesta. El partido de Adolfo Suárez acabó aceptando el término nacionalidades, con un barroco redactado del artículo dos: «La Constitución se fundamenta en la indisoluble unidad de la Nación española, patria común e indivisible de todos los españoles, y

reconoce y garantiza el derecho a la autonomía de las nacionalidades y regiones que la integran y la solidaridad entre todas ellas». España, dos veces indisoluble. Esa fue la exigencia de los militares.

Las nacionalidades quedaron congeladas en el vocabulario político español después del 23-F. Felipe González muy pocas veces pronunció esa palabra. Casi cuarenta años después, sin militares golpistas y sin ETA, con una crisis monumental en Catalunya y con el diario The New York Times pidiendo al Gobierno de Rajoy que espabile de una vez, regresa la España plurinacional.

SANTOS Y SALAZAR

16 de julio, 2017

Francisco Toscano es alcalde de Dos Hermanas desde 1983. Un alcalde patriarcal, al estilo francés, de la periferia de Sevilla. Hijo de juez, abogado, padre de seis hijos y viejo amigo de Felipe González, Quico Toscano es uno de los principales artífices de la victoria de Pedro Sánchez en las primarias del PSOE. Una historia muy interesante. Una historia meridional. Toscano conserva en su despacho una seductora foto de Felipe —el González de 1982— y acaba de contribuir a una de las peores derrotas de su antiguo amigo, hoy con el pelo cano y con la soberbia y la inteligencia intactas.

Es domingo por la tarde y el termómetro se aproxima a los cuarenta grados. En las calles de Dos Hermanas, limpias, sencillas y aseadas, reina un silencio meloso, protegido por los toldos estivales. Calles con toldo, humanismo andaluz. El patriarca Toscano se explica: «No hablo con Felipe desde hace tiempo. He aprendido a no tenerlo siempre presente. La cuestión es la siguiente: el PSOE corría riesgo de desaparecer. Con Susana Díaz, el PSOE se iba a pique. Los jóvenes de este país han dejado de interesarse por el Partido Socialista. Lo dicen las encuestas y lo compruebo cada día en mi familia. Era necesario un reactivo. Y ese reactivo solo podía ser la victoria de Sánchez frente a los poderes de este país. Ni el mejor guionista político

podía haber imaginado una situación parecida. No sé si me explicó: la victoria de Sánchez trasciende al propio personaje. Era necesaria una catarsis».

«Después de aquella bochornosa sesión del comité federal —prosigue—, Pedro se quedó solo. Mucha gente de su equipo le abandonó abruptamente. Le creían muerto. El teléfono dejó de sonar y se planteó la retirada. Fuimos muy pocos los que nos mantuvimos a su lado».

Aislado, Sánchez viajó unas semanas al extranjero y al regresar se encerró en casa. La comunicación con la gente dispuesta a apoyarle se establecía a través de su antiguo jefe de gabinete, Juan Manuel Serrano. «El día que Pedro nos comunicó que estaba dispuesto a seguir, no pudo empezar peor. Por la mañana, Serrano me dijo que lo veía muy mal. El día anterior, Pedro había hablado por teléfono con José Luis Ábalos (actual secretario de organización del PSOE). Fue una conversación franca y muy cruda, en la que Ábalos le recordó que en política pocas veces hay segundas oportunidades. Pedro reaccionó y por la tarde nos comunicaba que regresaba al combate. Entonces entraron en acción Santos y Salazar».

Santos y Salazar, nombres para un relato de posguerra. Nombres, acaso, para Beltenebros, una de las mejores novelas de Antonio Muñoz Molina. Santos Cerdán, secretario de organización del PSOE navarro y Francisco Salazar, concejal de Dos Hermanas, fueron enviados a Madrid para coordinar la candidatura. Los recursos eran escasos y durante meses tuvieron que compartir un pequeño apartamento. Una célula mínima para un hombre rechazado por todo el establishment español.

Ahora viene la parte tecnológica de la aventura. Establecido el núcleo coordinador en Madrid, se puso manos a la obra Juan Antonio Rodríguez Salas, el mago de Twitter en España. Rodríguez Salas es el alcalde de la localidad granadina de Jun (4.000 habitantes), conocida por su activismo digital. Jun es un laboratorio muy interesante para Twitter y para el MIT (Massachusetts Institute Technology), como recordaba hace unos días el periodista Manuel Campo Vidal en Diario de Sevilla. Rodríguez Salas, enfrentado desde el primer momento al poderío de Susana Díaz, mantiene contacto personal con el fundador de Twitter, Jack Dorsey. Los norteamericanos se interesaron por las primarias del PSOE y ayudaron a

configurar un patrón de seguimiento de los tuits de campaña. Sánchez dispuso de un interesante radar tecnológico. Susana Díaz —«a mí lo que me gusta es ganar»— funcionaba con el olfato a la antigua y el aplastante apoyo de todos los notables del partido. Red y altos hornos. Nube y maquinaria pesada. Ganó la red. El alcalde de Jun ha pasado a formar parte de la nueva ejecutiva del PSOE. Como vemos, la derrota de Díaz se fraguó en la propia Andalucía.

Los avales fueron decisivos. El equipo oficialista confiaba en aplastar a Sánchez bajo una montaña de avales, para demostrar a la militancia que la batalla ya estaba decidida. Con el apoyo aéreo de internet, Santos y Salazar organizaron una eficaz campaña de recogida. Los avales les llegaban a millares. Los de Sánchez decidieron engañar a sus contrincantes haciéndoles creer que apenas alcanzarían las treinta mil firmas, una cifra modesta comparada con la que esperaba obtener el equipo de Díaz, con casi todo el aparato socialista a su favor. En realidad consiguieron casi el doble, pero decidieron mantener este éxito en secreto. Treinta mil era la cifra que repetían, incluso en sus conversaciones telefónicas, que no consideraban seguras. Díaz entregó 63. 610 avales y Sánchez, 57.639. Aquel día se decidió la partida.

Sigo en el despacho del alcalde de Dos Hermanas. Domingo por la tarde. No hay nadie más en la sede municipal, un elegante edificio que recrea las estructuras del patio andaluz.

«La campaña la iniciamos en Dos Hermanas y la concluimos en Sevilla. Recuerdo lo que me dijo la madre de Pedro, Magdalena Pérez Castejón: “Ya estoy tranquila. Ahora sé que mi hijo nunca más será tratado como un apestado”. En la victoria de Pedro ha contado mucho el apoyo de su familia».

—¿Y ahora? —le preguntó.

—Ahora, Pedro deberá demostrar talento.

—¿Y Catalunya?

El patriarca Toscano, senequista, se me queda mirando. «Eso va a ser difícil». Notas para el largo verano de 2017, antes de que lleguen los vientos de otoño y la aceleración digital nos confunda.

ATERRIZAJE

27 de agosto, 2017

Mientras el avión se prepara para aterrizar en Madrid, consigo apurar el libro que me ha acompañado durante el viaje al otro lado del Atlántico. Sus últimos párrafos me asaltan y me asombran. Los subrayo antes de tomar contacto con la pista. Parecen contener un mensaje cifrado para las semanas que se aproximan.

«Hay dos maneras de ver o contemplar eso que llamamos historia: una es la visión accidental, para la cual es el producto azaroso de una infinita cadena de actos irracionales, contingencias imprevisibles y hechos aleatorios (la vida como un caos sin remisión que los seres humanos tratamos desesperadamente de ordenar); y la otra es la visión conspirativa, un escenario de sombras y manos invisibles y ojos que espían y voces que susurran en las esquinas, un teatro en el cual todo ocurre por una razón, los accidentes no existen y mucho menos las coincidencias y donde las causas de lo sucedido se silencian por razones que nunca nadie conoce». Así concluye La forma de las ruinas, espléndida novela del escritor colombiano Juan Gabriel Vásquez, que versa sobre las raíces, las hondas raíces, de la violencia política en su país.

«Hay malas noticias de Barcelona». Palabras de un amigo colombiano cuando la noticia del atentado en la Rambla llegó al otro lado del charco. Allí se acabó el realismo mágico de unas vacaciones sin teléfono móvil en el bolsillo. Seguí los acontecimientos a través de la edición digital de La Vanguardia, leí las crónicas de El Tiempo de Bogotá y de El Universal de Cartagena, cortas, precisas y bien redactadas, con ese fascinante sentido de la distancia que los dos océanos imponen a los periodistas americanos. Y

evité las redes sociales para mantener la cabeza fría y experimentar durante unos días la falsa sensación de seguir habitando el siglo XX, cuando el mundo era un poco más lento y no menos peligroso. (Vásquez narra en su novela cómo en cuestión de minutos fue linchado en Bogotá el asesino del líder liberal colombiano Jorge Eliécer Gaitán, un tribuno de verbo encendido que hoy calificaríamos de populista. 9 de noviembre de 1948. No había Twitter. Bastó con las voces de algunos alborotadores interesados en que el sicario no hablase. La ciudad ardió. El bogotazo dejó un reguero de tres mil muertos y abrió un periodo de más de cincuenta años de violencia, del que Colombia apenas comienza a recuperarse).

No es fácil regresar al interior del ruido después de dos semanas de falso siglo veinte. Esas crónicas americanas escritas con escuadra y cartabón me recordaron que Barcelona es una referencia mundial de primera magnitud. Lo sabíamos y quizá lo habíamos banalizado. Todo lo que ocurre hoy en Barcelona, para lo bueno y para lo malo, surge del verano de 1992. Barcelona tiene poder y por esto ha sido golpeada.

Agosto comenzó con un mal presagio: aquel delirante asalto a un autobús turístico. El discurso crítico con el turismo, mal enhebrado, pese al fundamento de algunos de sus razonamientos, ha quedado hecho trizas. La alcaldesa Ada Colau, que estos días ha vuelto a demostrar instinto, no va a tener una reelección fácil.

Los Mossos d'Esquadra se han ganado el aplauso de la mayoría de los catalanes. Los cuerpos de policía tienen hoy mucho prestigio en toda Europa, en tanto que garantes de la seguridad: la última objetividad disponible. Los Mossos han acribillado a seis terroristas en menos de tres días (diez años atrás habría habido discusión sobre este proceder). Y han aprendido publicidad. Policía y Twitter: una alianza potente. El major Josep Lluís Trapero es hoy el nuevo hombre fuerte de Catalunya. Este dato es importante con vistas a los hechos de octubre.

La agresiva campaña contra los Mossos desatada por algunos medios de comunicación de Madrid es un serio error político, que el independentismo ha sabido aprovechar. El propio Mariano Rajoy se dio cuenta de ello y el viernes intentó aminorar la presión. No es fácil regresar al ruido. La tensión y la discordia parecen dominarlo todo. La acritud es extrema. En estos

momentos no hay espacio disponible para los pactistas. Paciencia, mucha paciencia, y perspectiva.

El Rey hizo bien en acudir a la manifestación de ayer. No tuvo miedo. Hoy la derecha mediática le criticará por haber bajado del pedestal. Dentro de unos meses lo veremos de otra manera. El independentismo tiene capacidad de movilización —¿alguien lo dudaba?—, la próxima Diada volverá a ser masiva y la Assemblea Nacional Catalana se equivocará si ya se cree dueña de la calle.

La herida catalana engaña. Es una herida luminosa que necesita calmantes morales —«No tenim por!»—, y es una herida silenciosa, de incierto recorrido. Catalunya está asustada y alguien ha tenido la ingeniosa idea de azuzarla.

STENDHAL EN CATALUNYA

17 de septiembre, 2017

Stendhal escribió en la novela La Cartuja de Parma la historia de un joven que participa en la batalla de Waterloo sin saber exactamente dónde está. Fabrizio del Dongo oye silbar las balas, escucha el trueno de los cañones, queda fascinado por la caballería y conoce a unas cantineras que siguen a los soldados con un carromato lleno de garrafas de aguardiente. Había servicio de bar. Entretenido con las cantineras, no ve pasar a Napoleón. Es evacuado con una herida leve sin saber quién ha ganado. Ni siquiera sabe que el terreno ondulado en el que tienen lugar los combates se halla en las inmediaciones de un pueblo llamado Waterloo. Fabrizio lo ve todo y no ve nada.

En la sociedad saturada de información, todos padecemos, en un grado u otro, el síndrome del Dongo. Creemos saberlo todo gracias a la velocidad de los dispositivos digitales y cada vez nos cuesta más ver la amplitud de los acontecimientos. Está pasando estos días en todo lo que respecta a

Catalunya. Por primera vez en muchísimo tiempo es muy difícil imaginar la sucesión de los acontecimientos a una semana vista. Sin ánimo de dramatizar, diría que estos días podemos tener una cierta noción de cómo se vivía en los inciertos años treinta. Una cierta noción, puesto que no estamos en los años treinta. Habitamos el extraño siglo XXI.

Estamos asistiendo a una crisis política posmoderna que no afecta de manera directa, de momento, a las condiciones materiales de vida de la gente. La prima de riesgo de España no se ha inmutado. Los valores de bolsa están pendientes de Corea del Norte y todos los flujos económicos locales siguen su curso, sin aparente perturbación. Es una crisis pacífica. Habrá bajas en el estamento político —ya las está habiendo— y el segmento social más expuesto es el de los funcionarios públicos, que pueden perder el trabajo en caso de ser inhabilitados. En una sociedad dramáticamente partida en dos —trabajadores con empleo fijo y trabajadores precarios—, el funcionario es quien tiene más que perder si van mal dadas. Un agente de los Mossos d'Esquadra, uno de los cuerpos de policía mejor pagados de España, se gana bien la vida. A un trabajador de una compañía de seguridad privada le cuesta llegar a final de mes. Esta es la verdad última de estos días.

La historia rima, decía Mark Twain. La historia parece que vuelve, pero nunca regresa. En octubre de 1934, el gobierno central decretó el estado de guerra en la medida que el contradictorio pronunciamiento de Lluís Companys —«l'Estat català dins la República federal espanyola»— podía ir acompañado de una huelga general revolucionaria en toda España, concertada con el PSOE y la Alianza Obrera. Se levantó la dinamitera Asturias y en Catalunya todo quedó circunscrito a la plaza de Sant Jaume, puesto que la decisiva CNT-FAI no quería saber nada con los independentistas de Estat Català, a los que consideraba enemigos de clase. La historia rima, y en el centro de la actual batalla catalana —¿Waterloo?— están los funcionarios y su lógico temor a perder el puesto, en el siglo del trabajo precario. Creo que Stendhal escribiría algo al respecto.

El Gobierno ha intervenido las cuentas de la Generalitat y lo fía todo a la capacidad de disuasión de los tribunales. El pago de las nóminas queda en manos de Cristóbal Montoro, y la Fiscalía ya ha avisado a los funcionarios.

Agentes de la policía municipal de Sabadell pararon ayer a una colla de geganters que desfilaban con un gegant con un cartel a favor del sí. Les dijeron que podía tener consecuencias. Un gigante de cartón piedra, advertido. Este episodio creo que también habría interesado a Stendhal.

Un gran abanico de medidas coercitivas, sin la palabra diálogo. La gran prensa europea no lo entiende. Muchas cancillerías, tampoco. Deberían conocer un poco más a la España conservadora. ¡Humíllalos, Mariano! Mariano Rajoy sigue perdiendo la batalla ideológica en Catalunya —en realidad, nunca ha querido disputarla—, pero se asegura estos días la cohesión de su electorado en el resto de España y la adhesión del PSOE... hasta el 2 de octubre.

El soberanismo sigue ganando la batalla propagandística en Catalunya y le queda el recurso de la calle, que tendrá que manejar con cuidado, cuando toda la ciudadanía ya sabe que no vienen días de fiesta mayor. El independentismo está pasando página a toda velocidad del 6 de septiembre, fecha de una deplorable sesión parlamentaria. El gran error de septiembre. En los próximos años, el día 6 de septiembre no se celebrará nada en Catalunya. El Parlament estará inactivo durante varias semanas. Ha desaparecido. Su lugar lo ocupan ahora los 712 alcaldes investigados por la Fiscalía.

Datos básicos: los funcionarios, asustados; la Generalitat, intervenida. Ada Colau y los comunes se han movido en favor del 1-O, con una ambigüedad que irrita a todos los frentistas, así en Madrid como en Barcelona. La derecha soberanista quería freírles —ayer era el día—, pero Carles Puigdemont los necesita para no perder fuelle. La alcaldesa de Barcelona consigue mantener una posición relativamente central. El día 1 de octubre puede acabar siendo una gran jornada de protesta contra el Gobierno del Partido Popular.

No sé cómo lo vería el atribulado Fabrizio del Dongo.

LA DECLARACIÓN DE ZARAGOZA

27 de octubre, 2017

Hoy se reúnen en Zaragoza los Otros. Los que nunca formarán parte del Bloque Único Antijaponés. Los que buscan otro tipo de salida para la crisis catalana. Los que dicen estar de acuerdo en la celebración de un referéndum pactado, sin entrar en más detalles, puesto que la declaración de Zaragoza no incluirá ninguna referencia explícita al derecho de autodeterminación.

Convocados por Unidos Podemos y Catalunya en Comú, acudirán el PNV, el Partit Demòcrata Europeu Català, Esquerra Republicana (en calidad de observadora), los valencianistas de Compromís, la coalición balear Més, que nada entre el federalismo y el soberanismo; Geroa Bai, partido gobernante en Navarra; delegados gallegos de En Marea y del Bloque Nacionalista Galego y de las plataformas municipalistas que cuentan con el apoyo de Podemos. Bildu no estará presente.

En Zaragoza hoy se reúnen los Malos, según el canon imperante en la prensa de Madrid, angustiada por la presencia en el cónclave del PNV (unos días «bueno», otros «malo», según cómo vote en el Congreso de los Diputados). Los Otros, verdaderos espectros para la España oficialista, sumaron más de 6,5 millones de votos en las últimas elecciones legislativas. Los Plurinacionales —también podríamos llamarles así—, representan más de una cuarta parte del electorado. Superan al PSOE (22,6%) y a Ciudadanos (13%), y no se hallan extraordinariamente lejos del PP (33%). Tienen 93 diputados y 33 senadores. Gobiernan Catalunya, Euskadi, Navarra, Comunidad Valenciana y Baleares y participan en el gobierno de Castilla-La Mancha. Suyas son las alcaldías de las principales ciudades: Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao, Zaragoza, A Coruña, Palma, Cádiz..., con la significativa excepción de Sevilla y Málaga. Los Otros son vistos como temibles espectros por el oficialismo madrileño, pero tienen una presencia muy real en la España de 2017. No forman un bloque compacto. Su confluencia hoy en Zaragoza es circunstancial y reactiva. En realidad es el PP quien les convoca. Las peripecias que han rodeado la organización del encuentro zaragozano merecen ser contadas.

La primera idea de Pablo Iglesias, estos días en muy estrecha comunicación con Ada Colau y Xavier Domènech, fue la de convocar la reunión en Navarra, para asegurarse la presencia del PNV. Uxue Barkos, presidenta de Navarra, puso los ojos como platos cuando se lo plantearon. Su incomodidad era manifiesta. El gobierno de Navarra tiene pendiente la negociación con Madrid de la cuota del convenio, el equivalente navarro del cupo vasco. El PNV salió en ayuda de Barkos. Andoni Ortuzar, presidente del Euskadi Buru Batzar, comunicó a Podemos la predisposición del PNV a asistir al encuentro, pidiendo que no se celebrase en Pamplona. Se pensó entonces en Madrid, pero Podemos no quería someter a Manuela Carmena a tanta tensión escénica. Una opción menos estresante en el centro de España era el municipio de Rivas Vaciamadrid, bastión de Izquierda Unida, a quince kilómetros de la Puerta del Sol. Marta Pascal, coordinadora general del PDECat, hizo saber que Rivas no le parecía una buena opción. Surgió entonces la alternativa de Cádiz, con toda su resonancia histórica. Cuando la reunión de los Otros parecía encaminarse hacia el Sur, el alcalde gaditano de Podemos, José María González, Kichi, comunicó a Iglesias que no le parecía una buena idea. En la calle Princesa de Madrid aún no se han recuperado de la sorpresa. Kichi, al igual que Teresa Rodríguez, líder de Podemos en Andalucía, pertenece a la corriente anticapitalista (trotskista), el ala más radical del partido morado. Los trotskistas están fascinados por los acontecimientos de Catalunya, pero parece que no quieren poner en riesgo la alcaldía de Cádiz ante el rodillo de Susana Díaz.

¿Dónde? Los mallorquines de Més ofrecían Palma, pero Iglesias y Domènech no querían abrir la caja de Pandora de los Països Catalans. No se pensó, por tanto, en Valencia, opción que hubiera incomodado mucho a Compromís, muy renuente al encuentro. Su delegación iba a ser de perfil muy bajo, pero las declaraciones de Mónica Oltra —siempre atenta a su candidatura a la presidencia de la Generalitat valenciana—, instando a Carles Puigdemont a suspender el referéndum, han provocado mucha discusión interna. Compromís acudirá hoy a Zaragoza con todos sus diputados. Se pensó también en Asturias y de inmediato se oyeron ecos de 1934. Finalmente, Pedro Santisteve, alcalde de Zaragoza, aceptó. Santisteve, independiente de una plataforma apoyada por Podemos, le ha puesto coraje. Ha resistido una lluvia de críticas y el intento de boicot de la

fracción del PSOE aragonés más opuesta a Pedro Sánchez. El presidente regional Javier Lambán intentó tumbar el acto.

Peripecias de los Otros en el actual momento de España. No son un bloque cerrado, pero su declaración de Zaragoza es importante. Tiende la mano a la mayoría de la sociedad catalana, acentúa el discurso del pacto y da oxígeno al funambulista Sánchez ante el Frente Único Antijaponés.

ARTÍCULO 155 A LA VISTA

4 de octubre, 2017

«Los legítimos poderes del Estado van a asegurar el cumplimiento del Estado de Derecho». Este es el mensaje principal del discurso del Rey anoche. Un discurso que da un giro importante a la situación, en la medida que se pone en cabeza —y no detrás— de la respuesta del Estado a la situación creada en Catalunya.

Felipe VI dio anoche un fuerte palmetazo sobre la mesa, ante el asombro de aquellos muchos catalanes que esperaban empatía hacia los sentimientos mayoritarios de protesta e indignación por los acontecimientos del pasado domingo. Ayer, Catalunya paró. Ninguna mención explícita al diálogo, esa palabra tan invocada estos días a modo de airbag, por instancias tan distintas como la Comisión Europea y la Conferencia Episcopal Española. Ninguna palabra en catalán. El Rey responsabiliza exclusivamente a los gobernantes de la Generalitat de la situación creada, a los que acusa de «deslealtad». Un discurso severo. Un discurso que con toda seguridad ha galvanizado a una parte importante de la opinión pública española. El Estado va a defender la unidad de España.

Estamos en el preámbulo de la aplicación del artículo 155 de la Constitución, inspirado directamente en el artículo 37 de la constitución federal alemana de 1949, conocida también como la ley fundamental de Bonn. Para la activación del citado artículo es necesaria la aprobación del

Senado, por mayoría absoluta. Como es bien sabido, pese a sus malos resultados en el Congreso, el PP fue capaz de retener la mayoría en el Senado en las elecciones generales del 26 de junio de 2016. En términos jurídicos, todo está ya dispuesto para dar ese paso, solo falta que el presidente del Gobierno dé la orden. La aplicación del artículo 155 no suspendería la autonomía de Catalunya. El Estatut seguiría vigente. El 155 permitiría al Gobierno hacerse cargo durante un determinado periodo de tiempo de las competencias de la autonomía que estime necesarias para asegurar el orden constitucional, desde la dirección orgánica de los Mossos d'Esquadra, hasta la competencia presidencial para la disolución del Parlament y la convocatoria de elecciones autonómicas, para poner dos ejemplos. Dos ejemplos que hoy son pertinentes. Los Mossos se hallan claramente en el centro de la crisis. Y la pérdida de la competencia para convocar elecciones es una de las medidas que más teme el actual estado mayor de la política catalana. La enorme severidad del discurso del Rey —sin duda alguna la característica más decisiva del discurso leído anoche— no debiera oscurecer su reivindicación de la Constitución como marco para la resolución del conflicto. Fuera de ese marco no hay diálogo posible. Este es el mensaje de Felipe VI, guste mucho, o no guste nada. La cacerolada en Barcelona se oyó anoche hasta en la isla de Cerdeña. Cacerolas y silencios. También hay que consignar el aplauso silencioso o la aceptación pragmática de miles de catalanes. El discurso del Rey anoche fabrica realidad política. El PSOE ha sido llamado a filas. Corresponde ahora a los gobernantes catalanes tomar una decisión. Tienen tres opciones.

Primera. Suspender toda nueva iniciativa por un tiempo determinado, para capitalizar las energías acumuladas y enviar un mensaje de serenidad al exterior. Una pausa inteligente para emplazar al Gobierno central a un diálogo reformista. Esta es la propuesta defendida, entre otros, por el exconseller Andreu Mas Colell, uno de los hombres mejor preparados de la esfera soberanista.

Segunda. Convocar elecciones de inmediato para que sea el pueblo de Catalunya el que decida libremente qué rumbo debe tomar, vista la experiencia de estos últimos dos años. Serían unas elecciones

tremendamente interesantes que obligarían a todos los partidos a afinar muy bien sus propuestas.

Tercera. Efectuar una declaración unilateral de independencia en un Parlament abierto en canal, declaración que sería anulada inmediatamente por el Tribunal Constitucional, que no sería reconocida por ningún país importante del mundo, y comportaría la intervención parcial de la autonomía.

Está en juego la institucionalidad catalana, la gran victoria de Josep Tarradellas y de las fuerzas democráticas en 1977. La calle no sustituye la institucionalidad. Aunque el ruido de las cacerolas se oiga hasta en Córcega y Cerdeña, la calle cambia siempre de temperatura. Los titulares de la prensa extranjera no son un cheque en blanco. La continuidad de la institucionalidad catalana, esa es la clave, una vez oído al Rey.

ATRAPADOS EN EL ESTADIO

15 de octubre, 2017

Las imágenes del pasado martes en el paseo Lluís Companys de Barcelona nos acompañarán siempre. Estampa del tiempo que nos ha tocado vivir. Miles de personas aguardan la proclamación de la independencia de Catalunya como si estuvieran en el estadio. Muchos van ataviados como si tuvieran cita en el Camp Nou. En lugar de la bandera blaugrana, llevan la estelada anudada al cuello. Ecos y resonancias de los victoriosos Juegos Olímpicos de 1992 y de los grandes triunfos del FC Barcelona. Catalunya ha generado una intensa cultura de estadio en los últimos veinticinco años. Hemos de tener presente esta premisa para poder entender mejor lo que está pasando. El món ens mira.

La multitud se exalta cuando el presidente de la Generalitat anuncia, que no proclama, la independencia. El júbilo dura exactamente ocho segundos. La independencia más breve de la historia de la humanidad. Ocho segundos. El tiempo que tarda un balón de baloncesto en pasearse por la anilla —¡ay, ay, ay!— antes de caer fuera de la canasta. Ocho segundos. La multitud jubilosa se entristece de golpe. Algunos, pocos, maldicen al entrenador. Otros muchos, la mayoría, no entienden nada y marchan cabizbajos a casa.

La política se ha convertido en crónica deportiva. Lo advirtió Barack Obama poco después de su llegada a la Casa Blanca. Todo es competición. Todo se mide en función de los resultados inmediatos. Todo lo que pretende ser trascendental acaba adquiriendo el formato de un espectáculo deportivo. La pelota, entra o no entra. La independencia se insinúa y se estrella en el larguero. La Fortuna es la diosa de nuestros días. «Los estadios —ha escrito el filósofo alemán Peter Sloterdijk— se han convertido en las catedrales de una nueva religión fatalista».

Catalunya es estos días un estadio. Miles de personas, atentas al balón de la historia, compartiendo entusiasmo y espanto en las gradas. Otras miles, muy angustiadas. ¿Qué pasará? Muchísima gente duerme mal estos días. No solo en Catalunya. Han aumentado la venta de ansiolíticos y las consultas médicas.

La independencia low cost no existe. Estaba escrito y ahora muchos de los que se dejaron seducir por el realismo mágico lo están comprobando. Casi seiscientas empresas han trasladado su sede social fuera de Catalunya en menos de diez días. Los daños en la economía pueden ser enormes dentro de unos meses. Si pequeños empresarios, trabajadores industriales y empleados empiezan a ver sus intereses seriamente amenazados, puede haber enfrentamiento civil. Los empleados públicos y los jubilados con ganas de vivir una segunda juventud —dos de las brigadas de infantería del soberanismo— no son fuerza suficiente sin el apoyo de quienes viven el riesgo cotidiano del trabajo autónomo o del contrato temporal. En privado, la plana mayor soberanista está horrorizada. No se esperaban la salida masiva de empresas. En público, disimulan, para no desmovilizar al estadio. Esta es la más grave responsabilidad a la que se enfrentan Carles Puigdemont y Oriol Junqueras.

Europa ha hablado. Este fin de semana, el estadio Catalunya está enfadado con Europa. Los principales dirigentes europeos se han pronunciado de manera suficientemente clara contra la independencia. Ha hablado Donald Tusk, presidente del Consejo Europeo, la principal figura institucional de la Unión. Tusk ha dicho tres cosas que hay que recordar para ir entendiendo las semanas venideras. Primera: crítica al Gobierno español por el uso de la fuerza (las escenas del 1 de octubre no se pueden volver a repetir). Segunda: exhortación a Puigdemont para que no adopte medidas que puedan impedir el diálogo (suspensión de la independencia). Tercera: negociación dentro del marco constitucional (con la posible reforma del mismo). El polaco Tusk ha sugerido una línea. No ha ofrecido mediación. Esta distinción es importante. Jean Claude Juncker, presidente de la Comisión Europea, ha reiterado que no habrá mediación, subrayando el efecto dominó que podría producirse en otros países de la Unión. El presidente francés, Emmanuel Macron, ha insistido personalmente en que no puede haber mediación europea. Lo mismo ha dicho Alemania. La Santa Sede, especialmente cautelosa, puesto que algunas instancias eclesiales locales están efectuando valiosas labores de intermediación estos días, ha dado a entender que no pueden actuar como en Venezuela. El primer ministro belga, Charles Michel, necesitado del apoyo de los soberanistas flamencos, ha dicho que apoyaría una mediación si fracasase el diálogo. No hay apoyos europeos de primer nivel. No hay potentes ofertas de mediación. Esa es la verdad. Estaba escrito y ahora algunos se sorprenden.

Estados Unidos se ha pronunciado finalmente de un modo tajante. La nota del secretario de Estado, Rex Tillerson, el 12 de octubre despeja cualquier ambigüedad. El Canadá de Justine Trudeau también se ha pronunciado en contra. El presidente de México, Enrique Peña Nieto, ha dicho que nunca reconocería una Catalunya independiente. El discurso del Rey tuvo sus defectos, pero ha tenido sus efectos. No hay apoyos internacionales relevantes. No hay ofertas de mediación en firme. Lo único que hay son las intoxicaciones del potente canal de propaganda Russia Today (RT), financiado por el Kremlin y clasificado oficialmente en Moscú como una estructura estratégica del Estado ruso. Catalunya se está convirtiendo en munición para las maniobras de desestabilización de la Unión Europea.

¿Era Vladímir Putin la esperanza secreta de los estrategas del soberanismo? Cuesta creerlo, puesto que sus contactos iban en otra dirección. Alguien se ha equivocado en el comité invisible del soberanismo. Alguien ha calculado mal los posibles apoyos. Quizás alguien les ha engañado. La nota del secretario de Estado Tillerson es concluyente.

Buscando salidas. La Generalitat ha ganado la batalla del relato en el exterior. Esto ya no lo dudan ni en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Los garrotazos del 1 de octubre han hecho un enorme daño a la imagen de España en el extranjero. «No queríamos referéndum, ni incidentes, y tuvimos urnas y unas imágenes espantosas en las televisiones de todo el mundo», confesaba un ministro en la recepción del pasado jueves en el Palacio Real. El golpe psicológico ha sido duro. El escritor Antonio Muñoz Molina se lamentaba ayer en el diario El País del retorno de los tópicos negativos sobre España en el extranjero. En Francoland se titulaba el artículo. Se detecta en ambientes intelectuales de Madrid un indisimulado temor a un nuevo 98. Un 98 interno.

La Generalitat ha ganado la batalla de la simpatía ante la prensa extranjera —no sin críticas muy relevantes, no sin duras advertencias—, pero los titulares de prensa nunca son cheques en blanco. Hay cierta corriente de simpatía, es verdad, pero no hay apoyos fácticos decisivos. No han aparecido cuando se les esperaba. La nota del secretario de Estado Tillerson es concluyente. Sin apoyos internacionales y con una inesperada fuga de empresas de graves consecuencias, el grupo dirigente soberanista queda atrapado entre las gradas más inflamadas del estadio —que no quieren oír ni hablar de reculada— y la dura realidad. Se ponen a prueba estos días las lealtades internas y el relato de las últimas horas no es muy esperanzador al respecto. Esquerra quiere aprovechar este momento difícil para acabar de freír al PDECat. Señal de que las elecciones no están muy lejos.

No hay en el Gobierno de Mariano Rajoy mucha pasión 155. No la hay. Pedro Sánchez, que no estaba en arresto domiciliario, ha conseguido levantar la bandera de la reforma constitucional. Ese podría ser un pasillo de salida. Pero Rajoy tiene hoy a mucha gente a su derecha: Vox, Aznar, Ciudadanos, toda la prensa capitalina y algunos canales de televisión. Ahí

hay mucha sed de 155. También hay vida de estadio en Madrid. Es enorme ese estadio y las gradas, enardecidas, piden cabezas.

TRAIDOR

27 de octubre, 2017

El 27 de junio de 1977, Josep Tarradellas despegó de Orly rumbo a Barajas. En Madrid le esperaba Adolfo Suárez. El más audaz y transformista de los jóvenes jerarcas del Movimiento Nacional frente al hombre que había dirigido la industria de guerra de la Catalunya republicana. La reunión fue mal. Muy mal. Lo volvió a explicar Jordi Amat este pasado verano en una brillante serie de artículos en La Vanguardia.

Tarradellas proponía la inmediata restauración de la Generalitat, como mancomunidad de las cuatro diputaciones catalanas. Suárez le dijo que ni hablar. Sin acuerdo alguno, acordaron emitir una breve reseña del encuentro. Tarradellas pidió que se le reconociese como presidente de la Generalitat. A Suárez le salió entonces la camisa azul: «Usted no es nadie. Usted es lo que yo digo que es. Nada más». Así de seco. Así de soberbio. Así de tajante. Tarradellas encajó el golpe y consiguió que el comunicado le diese el tratamiento de «honorable». Al salir del despacho, los periodistas se abalanzaron sobre el hombre venido del exilio. «¿Cómo ha ido?», le preguntaron, ansiosos. «Ha sido una reunión muy cordial y muy agradable», respondió.

Con esas inteligentes palabras, Tarradellas ganó la partida. Cuatro meses después, el 23 de octubre, regresaba a Barcelona como presidente de la Generalitat restaurada. La gran victoria de Catalunya en el siglo XX.

Hay que tener mucho cuajo para dar esa respuesta a la prensa después de una tormentosa reunión con un falangista reconvertido que te ningunea. Un hombre valiente, listo y ambicioso que te necesita para sus planes —evitar que socialistas y comunistas marquen el ritmo político en Catalunya— y a

la vez te desprecia, para ponerte a prueba. Hay que tener cuajo. Hay que haber vivido los estragos de una guerra civil. Hay que conocer el alma humana. Hay que haber atravesado casi cuarenta años de exilio. Hay que tener talento. Y hay que vivir en la era analógica, sin el taladro de las redes sociales en el bolsillo.

Si ayer al mediodía, Carles Puigdemont hubiese convocado elecciones dando por supuesta la paralización del artículo 155, habría ganado la partida. Habría evitado la suspensión de la Generalitat, con la mayoría de la opinión pública catalana a su favor y con mucho respeto en el resto de España. Habría roto la unidad de acción PP-PSOE, también conocida como Frente Único Antijaponés. Habría derrotado a los halcones de la derecha, que sueñan con la toma de Catalunya. Mariano Rajoy no se lo facilitó. No movió ni un dedo. Está irritado, tiene mucha presión encima, e intuye que el 155 puede serle beneficioso. Cuenta con el apoyo de la Unión Europea y los americanos, ha hecho prisionero al PSOE, y una vez suspendida la Generalitat tendrá dos llaves del tiempo político en el bolsillo: la potestad de convocar elecciones generales y elecciones catalanas. La posibilidad de hacerlas coincidir cuando le convenga.

Puigdemont, desbordado, no soportó que le llamasen traidor. Tarradellas no tenía Twitter.

«LEHENDAKARI, VOY A CONVOCAR»

5 de noviembre, 2017

«He decidido disolver el Parlament y convocar elecciones. Es una decisión que solo puedo tomar yo, antes que el Senado apruebe la activación del artículo 155. No es la decisión que más me gusta, pero es la que corresponde en estos momentos y en estas circunstancias...». Este iba a ser el mensaje de Carles Puigdemont a los ciudadanos de Catalunya, un día antes que el Senado aprobase la aplicación del artículo 155 de la Constitución en Catalunya. Jueves, 26 de octubre de 2017. Entre las diez y

las once de la mañana, el presidente catalán dio a conocer al presidente vasco Iñigo Urkullu, el fragmento principal del discurso que pensaba leer ante los periodistas convocados a las doce del mediodía en la galería gótica del Palau de la Generalitat. Era un gesto de deferencia hacia el hombre que más le había ayudado a buscar una salida que impidiese la intervención de la Generalitat. Aquella misma mañana, Puigdemont y Urkullu habían intercambiado breves mensajes, siempre en la misma dirección, según fuentes conocedoras de los mismos.

A las diez de la mañana, después de una tormentosa sucesión de reuniones y llamadas en Barcelona, la decisión ya estaba tomada. «Voy a convocar». Un paso valiente. Era la decisión de un hombre que en aquellas horas sentía el amargo sabor de la soledad política: «Solo yo puedo decidirlo». Era una decisión difícil, muy difícil, que podía reescribir su biografía. Habría hostilidad, habría protestas, habría incomprensiones. Y, sin embargo, estaba decidido a firmar el decreto. «No es la decisión que más me gusta, pero es la que corresponde en estos momentos».

Entre las diez y las once de la mañana del jueves 26, los servicios de la presidencia de la Generalitat convocaron a la prensa. Todos los medios interpretaron el aviso como el inminente anuncio de elecciones. Casi a la misma hora, colaboradores del presidente se ponían en contacto con algunos medios de comunicación catalanes para darles a conocer el enfoque que Puigdemont pensaba transmitir. «Quiero ser el presidente de todo el país, no de la mitad del país». En estos momentos difíciles, lo importante es salvaguardar la Generalitat. Esa era la idea.

La decisión estaba tomada. El decreto de convocatoria estaba redactado e incluía una referencia explícita a la ley orgánica de régimen electoral general (Loreg). Las elecciones se iban a convocar de acuerdo con la legislación española. A primera hora de la mañana, Urkullu le había hecho saber a Puigdemont que esa referencia era muy importante para asegurar el compromiso, no escrito, con el Gobierno de Mariano Rajoy: el artículo 155 se aprobaría el viernes en el Senado, pero el Ejecutivo frenaría su aplicación ante la disolución del Parlament y la convocatoria de elecciones. Puigdemont aceptó esa premisa. Antes del mediodía llegaba la confirmación a Ajuria Enea: «En el decreto, esa mención va a figurar».

Puigdemont estaba dispuesto a cumplir los términos del compromiso informal con la Moncloa, trabajosamente gestado por el presidente vasco, con la activa colaboración de un reducido grupo de empresarios y profesionales catalanes.

El presidente de la Xunta de Galicia, Alberto Núñez Feijóo, enviaba aquella misma mañana mensajes en clave: «La aplicación del artículo 155 depende de los independentistas. Si se convocan elecciones constituyentes para afirmar la independencia, el 155 es más necesario que nunca. Si se convocan elecciones para gobernar la comunidad, estaremos ante otro escenario». Ese era el estrecho pasadizo disponible, después de unas semanas de tremenda tensión, en las que nadie ya no se fiaba de nadie. Rajoy no se fiaba de Puigdemont. Y viceversa. El lehendakari había reiterado en las últimas horas al presidente catalán que el acuerdo solo era posible mediante una sucesión de pasos graduales. El decreto de convocatoria de elecciones debía contener un mensaje de regreso a la legalidad vigente. Una vez dado ese paso, la vicepresidenta Soraya Sáenz de Santamaría «modularía» el tono y el contenido de su intervención en el Senado, la tarde del jueves. Al mismo tiempo, el PSOE presentaría una enmienda pidiendo la paralización del 155, si se convocaban elecciones en Catalunya. El sendero era estrecho, pero transitable. «Hay que dar pasos graduales», insistía Urkullu, que también estaba en contacto con la Moncloa y con el secretario general socialista, Pedro Sánchez.

El sendero, estrecho pero transitable, había sido abierto unos días antes por una sucesión de gestiones que tuvieron como principales protagonistas al presidente vasco y a un reducido grupo de empresarios y profesionales catalanes: Joaquim Coello (expresidente del Port de Barcelona y actual presidente de la Fundació Carulla), Marian Puig (presidente del lobby Barcelona Global), el notario Juan José López Burniol, y el abogado Emilio Cuatrecasas, hombres con capacidad de interlocución con la Generalitat, con el Gobierno central y con el PSOE. Esas cuatro personas se reunieron primero en Barcelona con un hombre de confianza del PNV, e inmediatamente después fueron recibidas en el palacio de Ajuria Enea de Vitoria por el lehendakari Urkullu. En esa reunión se fijó la estrategia para una mediación in extremis. Objetivos: salvaguarda de la Generalitat, elecciones convocadas por Puigdemont, freno del 155, paulatino regreso a

la normalidad, y si todo iba bien, establecimiento de una mesa de diálogo para intentar dibujar soluciones de futuro, después de las elecciones. Urkullu se había mantenido en contacto con Puigdemont desde principios de septiembre, casi a diario en los momentos más críticos, flanqueado por el presidente del PNV, Andoni Ortuzar, y en comunicación directa con tres personalidades eclesiásticas —el cardenal arzobispo de Barcelona, Juan José Omella, el abad de Montserrat, Josep Maria Soler, y el abad de Poblet, Octavi Vilà— que a su vez realizaron diversas gestiones en Catalunya. Hubo otras labores de mediación, claro está. El conseller Santi Vila intercambió numerosos mensajes con la presidenta del Congreso, Ana Pastor. El líder del PSC, Miquel Iceta, mantuvo una fluida comunicación con la vicepresidenta del Gobierno e intentó una gestión de última hora con Puigdemont, la tarde del jueves, cuando ya todo estaba perdido. El Síndic de Greuges, Rafael Ribó, también se movió. Incluso Pablo Iglesias, líder de Podemos, intentó ejercer de puente. Iglesias, que no está incomunicado con Rajoy, intercambió mensajes entre ambas partes antes del jueves 26.

Sonaron las doce del mediodía y el presidente de la Generalitat no compareció en la galería gótica del Palau. Pasaban los minutos y la puerta de su despacho se mantenía cerrada. En la plaza de Sant Jaume, centenares de estudiantes con banderas independentistas empezaban a gritar «Puigdemont, traïdor!». La comparecencia se aplazaba una hora. La CUP estaba en pie de guerra. Esquerra Republicana empezaba a calentarse. Oriol Junqueras exigió a Puigdemont que pidiera «garantías». Y desde Madrid respondieron que no podían ni querían enviar ningún mensaje público. Primero, un paso; después, otro. Urkullu le insistía a Puigdemont que tuviese confianza en la gradualidad. Las redes se enardecían por momentos. Dos diputados del PDECat, Jordi Cuminal y Albert Batalla, anunciaban por Twitter su dimisión. Junqueras no emitía ninguna opinión pública, pero Gabriel Rufián lanzaba un dardo con veneno bíblico: «155 monedas de plata». Judas. La ejecutiva de ERC se reunía de urgencia y amenazaba con abandonar el Govern. Xavier García Albiol, contrario a una tregua que podía achicar más su reducido espacio, apretaba las tuercas desde el Senado: «El 155 irá adelante, aunque se puede graduar». No es lo mismo graduar, que frenar. La pinza Rufián-García Albiol cerraba el sendero.

«Hay una rebelión entre los nuestros, no puedo aguantar», comunicaba Puigdemont a Ajuria Enea al filo de las dos de la tarde. Y después, pasó lo que pasó.

155 MONEDAS DE PLATA

12 de noviembre, 2017

«Ciento cincuenta y cinco monedas de plata», escribió el diputado Gabriel Rufián en su cuenta de Twitter cuando vio venir la ola de disgusto que se podía llevar por delante a Carles Puigdemont. Pasaban unos minutos de las once de la mañana del pasado 26 de octubre. Hay que volver una y otra vez a esa fecha, porque contiene casi todas las claves de lo que ahora está pasando.

A las once de la mañana, Puigdemont acababa de comunicar a Iñigo Urkullu que se disponía a convocar elecciones en los términos requeridos por la Moncloa a través de los mediadores (el lehendakari vasco y un muy reducido grupo de empresarios y profesionales catalanes). El decreto contendría una explícita referencia a la ley electoral vigente. Media hora más tarde, estudiantes congregados en la plaza de Sant Jaume comenzaban a gritar: «¡Puigdemont, traïdor!».

En el curso de la mañana, Oriol Junqueras le comunicó sus reticencias al adelanto electoral, sin declarar nada en público. La notoria habilidad de un hombre que se jacta de haber trabajado como investigador en los archivos secretos del Vaticano. Junqueras no dijo nada. Dejó que hablasen los suyos.

Pasadas las doce del mediodía, Puigdemont ya notaba sobre los hombros la carga del oprobio. Se veía procesado por el referéndum del 1 de octubre y desaprobado por su gente. Ya se veía en mal lugar en los libros de historia catalanista. La palabra traidor siempre ha resonado de una manera especial entre los espesos muros del Palau de la Generalitat. El 6 de octubre de 1934, después de proclamar «l'Estat Català dins la República Federal

Espanyola», Lluís Companys preguntó a los consellers que le acompañaban: «¿Ahora también me diréis que no soy suficientemente catalanista?». El abogado republicano Companys, muy amigo de los sindicatos, siempre fue visto con recelo por los más nacionalistas, que conspiraron contra él en diversos momentos de su mandato. De Puigdemont nadie puede poner en duda su fe independentista. Nadie. Pero le tuvo que doler mucho que le llamasen traidor. El periodista Carles Puigdemont i Casamajó, antiguo redactor jefe del Punt Diari, vive en el interior de Twitter desde hace años. Es un apasionado de las redes sociales. Hay que tener en cuenta ese dato para acabar de entender su comportamiento político.

Dos filósofos contemporáneos, Peter Sloterdijk y Byung Chul Han, nos pueden ayudar a entender mejor lo que está pasando estas semanas en Catalunya. El alemán Sloterdijk nos advierte que la sociedad digitalizada se comporta como la espuma de afeitar: forma grumos. Cada individuo es una microcápsula aislada y a la vez conectada a la red. En un momento dado, muchas individualidades se pueden agregar alrededor de una causa o de una protesta. El independentismo catalán obedece a esa fenomenología en una sociedad con fuerte tradición asociativa. No es una masa aborregada, obcecada o adoctrinada, como dicen los propagandistas del oficialismo español. Es una masa muy interconectada. Ayer mismo, centenares de miles de personas se manifestaron por la calle Marina de Barcelona reclamando la libertad de los políticos presos. Al anochecer, exhibieron la pantalla iluminada de sus teléfonos móviles. Fue una manifestación contundente. Fue un espectáculo posmoderno en la ciudad que alberga —con riesgo de perderlo— el Mobile World Congress. Hay cosas que solo pueden ocurrir en Barcelona. La luz de los móviles iluminó anoche el error estratégico del aparato del Estado: convocar elecciones en Catalunya y al cabo de tres días encarcelar a algunos de los principales líderes del movimiento que se quiere derrotar en las urnas. Un error que ahora se pretende corregir desde el Tribunal Supremo.

El filósofo coreano Han, formado en Alemania y en cierta medida discípulo de Sloterdijk, ha escrito con sabiduría sobre las redes sociales. Las críticas en internet pueden doler más que las expresadas en una conversación personal, porque ante la pantalla nos sentimos radicalmente solos. Tenemos la sensación de que mucha gente comparte aquella crítica o descalificación.

Y en ocasiones es cierto. Se forma entonces el efecto jauría: nos sentimos acosados por todas partes. Un enjambre digital nos persigue. Pensemos en Puigdemont a las dos de la tarde del 26 de octubre. «Traidor, traidor, traidor». «Fraude, fraude, fraude». «La hipercomunicación digital destruye el silencio que necesita el alma para reflexionar y para ser ella misma», escribe el filósofo Han. Hay decisiones políticas trascendentales que necesitan un poco de silencio. El presidente de la Generalitat no lo tuvo. Ciento cincuenta y cinco monedas de plata mortificaban su conciencia.

Puigdemont y Junqueras dejaron de hablarse desde aquella mañana. Ya no se han vuelto a dirigir la palabra. La votación de la DUI, el viernes 27, transcurrió con caras de funeral. Nunca ha habido en el mundo una declaración de independencia tan triste. Nada estaba preparado para el minuto después. Nada se propuso. Nada se hizo. Esa nada sirve ahora de argumento exculpatorio ante los tribunales. Esa nada podría haber desmovilizado al enjambre digital soberanista, pero los encarcelamientos lo han vuelto a congregar. Hay causa. Un país no puede ser humillado.

Ha transcurrido desde entonces una eternidad. Puigdemont se ha refugiado en Bruselas. Un movimiento hábil para la defensa jurídica, con evidentes riesgos de histrionismo.

Habla sin parar. Intenta que a su alrededor no se produzca el vacío. Ha intentado retomar la iniciativa con la «llista del president», ingeniosa fórmula para mantener viva la acreditada voluntad de poder del gen convergente. Esquerra Republicana esta vez no se ha dejado enjaular. Antes de ingresar en la cárcel, Junqueras dio instrucciones precisas a los suyos de resistir la maniobra. Ambos pueden enfrentarse en las urnas. Uno, muy locuaz, desde Bruselas; el otro, desde la cárcel, administrando los silencios. Junqueras es menos adicto al móvil.

Manifestación de pantallas iluminadas en la ciudad del Mobile World Congress. Y la sombra de Judas ajustando cuentas entre soberanistas. Después del Iscariote, nadie quiere parecer traidor.

VIVER PI-SUNYER SALE A ESCENA

10 de diciembre, 2017

Las dos agrupaciones principales del soberanismo catalán, Esquerra Republicana y la coalición electoral Junts per Catalunya, están abandonando el independentismo exprés, sin que su público se dé cuenta, magnetizado como está por la intensidad de los discursos emocionales.

Mucha gente soberanista sabe que las cosas no se han hecho bien, pero en estos momentos prima la movilización ante unas elecciones cruciales. Recuerdo la breve conversación que mantuve hace unas semanas con un amigo independentista en Badalona. Nos conocemos desde hace años, nos apreciamos y conllevamos la discrepancia. Bastó un cruce de miradas. «No me digas nada. Ya sé lo que piensas. Es posible que hayamos cometido un disparate, pero es nuestro disparate. Ahora lo importante es que todo el mundo vaya a votar, porque nos querrán laminar a todos, a los independentistas y también a los que aún seguís creyendo que España podría ser distinta», me dijo. Son muchos los que piensan así. Saben o intuyen que se ha cometido una equivocación, pero no quieren verse humillados.

Los números cantan. El 60 % de los catalanes se manifiesta en contra de la aplicación del artículo 155 de la Constitución (cuatro puntos más que en noviembre), según la encuesta de GAD3 que publica hoy La Vanguardia. El 53 % considera presos políticos a los consellers encarcelados. Ese mismo 53 % considera que Carles Puigdemont sigue siendo el presidente legítimo de Catalunya. El 41 % de los catalanes opina que el principal responsable de la situación creada es el Gobierno de España. Un 39% añade que esa responsabilidad está compartida por el Govern de la Generalitat, y solo el 19,5% cree que se debe culpar exclusivamente a las autoridades catalanas. No son números para una gran ceremonia de autocrítica colectiva con ceniza en la frente. La huida de Puigdemont a Bélgica no consigue el aprobado —el 53,7 % la desaprueba—, pero el fugitivo en Bruselas consigue una adhesión del 40 %. El periodista Puigdemont es un adicto a la actualidad. Comunica sin parar y alza el tono para no pasar desapercibido. Se dirige muy intencionadamente al público de Esquerra. Perfora cada día el delgado tabique que separa a los electores de CDC y ERC. Los quiere

unificar. Su propósito parece evidente: ira a la creación de un Partit Nacional Català, a imagen y semejanza del Scottish National Party. Volver al primer pal de paller de Jordi Pujol. A los profesores Joan Manuel Tresserras y Enric Marín, teóricos de una nueva centralidad política en manos de ERC, les ha surgido un inconveniente con el que no contaban. Amarrado a Twitter desde primera hora de la mañana, el hombre de Amer aparece como el candidato con más preferencias (25 %), muy por encima de Oriol Junqueras (9,7 %), recluido en la prisión de Estremera con papel y bolígrafo. Puigdemont tiene a su favor la tradición presidencialista de la Generalitat y la fuerza argumental del legitimismo.

La campaña es muy intensa, las incógnitas son enormes, los nervios están a flor de piel y la espesura del bosque tapa el movimiento de las ramas en los programas electorales. Hay algunas novedades importantes. En los programas de Junts per Catalunya y ERC ha desaparecido toda referencia directa a la ley de Transitoriedad Jurídica, aprobada por el Parlament en septiembre y concebida por el jurista Carles Viver Pi-Sunyer como lanzadera para un tránsito gradual a la independencia. De ley a ley. Esa era la teoría, que requería un momento de ruptura. Un momento en el que se supone que los Mossos d'Esquadra debían ponerse a las órdenes de la incipiente república. Un momento que no se produjo.

Junts per Catalunya y ERC no renuncian a la independencia, pero ya no apelan a la ruptura unilateral. (El programa de la lista Puigdemont está redactado con tonos algo más enérgicos). Ambas formaciones proponen una negociación con el Gobierno español. Sus objetivos más inmediatos son el levantamiento del artículo 155, la libertad de los detenidos y la revocación de los procesos penales. «Llibertat, amnistia i Estatut d'Autonomia».

Insólito regreso al lema de la Assemblea de Catalunya en los años setenta. La CUP, el partido de los independentistas irreductibles, lo critica: «La idea de un tránsito a la independencia de ley a ley ha desdibujado el proceso de autodeterminación. Las instituciones que queríamos superar aparecen ahora como instituciones que defender».

Un tiempo se desvanece. Viver Pi-Sunyer, antiguo vicepresidente del Tribunal Constitucional, mantiene un estricto silencio. Quienes creyeron ver en la disrupción anglosajona (Brexit y victoria de Trump) una ventana de

oportunidad para la independencia catalana, también callan ante el garrafal error cometido. Hay pocas voces autocríticas, a la espera de los resultados electorales. Ayer, el profesor Carles Boix, figura de relieve en el soberanismo, escribió lo siguiente: «Pablo Iglesias tiene razón, hemos despertado al monstruo».

EMPIEZA EL AJUSTE DE CUENTAS

24 de diciembre, 2017

Empieza el ajuste de cuentas en el interior de la derecha española a propósito de las recientes elecciones en Catalunya. Cuatro ingredientes se agitan en la coctelera: el descalabro del PP, el valioso ascenso de Ciutadans, la renovación de la mayoría independentista y el triunfo legitimista de Carles Puigdemont. Amargo de angostura, concentrado de naranja, Bénédictine, Calisay y Aromas de Montserrat. Bien removida la coctelera, sale un jarabe de color anaranjado, denso, espiritual y un tanto empalagoso. Se sirve con hielo en copa ancha. Será el cóctel Cuesta de Enero en los mejores locales de Madrid y Barcelona.

Ha empezado el ajuste de cuentas. La fundación FAES, el más potente laboratorio de ideas políticas que opera en España, lanzó ayer una andanada frontal contra Mariano Rajoy con cariñosos saludos para Soraya Sáenz de Santamaría. Esto va en serio. No habían pasado cuarenta y ocho horas del acontecimiento catalán y la artillería del almirante Aznar ya empezaba a castigar las posiciones gubernamentales. Hay que leer ese documento.

Público homenaje al partido de Albert Rivera e Inés Arrimadas: «Ciudadanos ha sabido interpretar las exigencias de muchos cientos de miles de catalanes —más de un millón—, las ha traducido en un discurso político reconocible y les ha ofrecido una propuesta de esperanza y convicción».

Exigencia de explicaciones a Rajoy por los malos resultados del PP catalán: «Es evidente que el llamado "voto útil" constitucionalista ha ido a Ciudadanos. Pero eso, lejos de explicar los resultados del PP, es lo que necesita una explicación. Sabemos por experiencia que cualquier apelación a la reflexión en este sentido será despachada con el desdén, la humorada o el habitual reproche de inoportunidad o deslealtad. Habría que esperar al menos que la responsabilidad de los resultados no sea cargada, injustamente, sobre las espaldas del candidato».

Aviso a los soberanistas: «Solo en el cálculo destructivo del secesionismo se puede considerar que los resultados convalidan los despropósitos del proceso separatista o borran las responsabilidades de sus autores. Este es el primer y el más importante mensaje que deben recibir quienes no han ganado las elecciones —al margen de lo que puedan sumar— ni representan el voto mayoritario de los catalanes, expresado, esta vez sí, con las garantías que un sistema democrático debe ofrecer y que sus ciudadanos tienen derecho a exigir».

Un ramillete de violetas para la vicepresidenta: «Los resultados electorales en Catalunya distan bastante de la observación escuchada durante la campaña que consideraba "descabezado" al independentismo. La tríada secesionista JxCat, ERC y CUP suman la mayoría absoluta en el Parlamento autonómico». (Sáenz de Santamaría dijo hace una semana en un acto electoral celebrado en Barcelona que Rajoy había logrado «descabezar» a Junts per Catalunya y Esquerra Republicana).

No es el primer mensaje envenenado que FAES envía a la poderosa vicepresidenta. Hace un año, en los inicios de lo que se vino en llamar la «operación Diálogo», Sáenz de Santamaría realizó un esbozo de autocrítica sobre la política del PP durante la tramitación del Estatut. Afirmó en un programa matinal de radio que el PP y el PSOE debían haberse esforzado más para alcanzar un pacto sobre el Estatut, cuando el texto se tramitó en el Congreso (años 2005-2006). Esa leve insinuación podía entenderse como una admisión de error: mejor habría sido pactar con los socialistas el recorte de la propuesta catalana, que lanzar una campaña furibunda en su contra. FAES no tardó en reaccionar: «El gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero consiguió que muchos en el PP se creyeran que eran ellos y no el

extremismo ideológico de aquel nuevo PSOE los que crispaban. De nuevo el PP y sus carencias. De nuevo esa tendencia a asumir el relato que de él hacen sus adversarios».

En los despachos de la entidad que preside Aznar y dirige Javier Zarzalejos, la némesis de Sáenz de Santamaría es Cayetana Álvarez de Toledo, vocal de la fundación y uno de los rostros más conocidos de la plataforma nacionalista española Libres e Iguales. Álvarez de Toledo, buena escritora de textos periodísticos, lanzaba ayer desde el diario El Mundo lo que podríamos llamar el «Grito Naranja»: «Nos espera una batalla épica. Dos millones de xenófobos [los votantes soberanistas del pasado jueves] han decidido morir matando. Exijamos un liderazgo limpio, solo sometido a la ética de las convicciones. España necesita una nueva mayoría política. Emancipada del nacionalismo. Dispuesta a encarar sin hipotecas y con el máximo aval popular la etapa abierta por las elecciones catalanas».

El dibujo estratégico está claro: Ciudadanos debe sustituir al PP, de la misma manera que Alianza Popular sustituyó a la contradictoria UCD. Ciudadanos debe ser el nuevo vector del centroderecha español. Ese es el tamtam que empieza a recorrer el paseo de la Castellana. Rajoy está tranquilo. Rajoy siempre está tranquilo. El presidente acaba de prescindir de su jefe de gabinete, Jorge Moragas, nombrado nuevo embajador en la ONU. Un relevo pactado hace meses, dicen en La Moncloa. En el partido hay nervios. Uno de los dirigentes territoriales más inquietos es el presidente gallego y algún día aspirante al liderazgo, Alberto Núñez Feijóo. Hay tensión. El PP acaba de presentar una demanda ante la Junta Electoral contra el diario ABC por haber publicado una extensa entrevista a Inés Arrimadas el día de reflexión. Entrevista y póster en portada.

El ajuste de cuentas en la derecha española ha empezado y va en serio.

(Nota de contexto: El Gobierno federal alemán acaba de pedir que se forme gobierno en Catalunya y se abra lo antes posible un diálogo en el marco de la Constitución).

2018

Las 155 monedas de plata rebotaron, cling, cling, cling, por la escalinata gótica del Palau de la Generalitat y acabaron dando la victoria al hombre que había cruzado la frontera. El partido más votado, es verdad, fue Ciudadanos. La lista de Inés Arrimadas fue la más votada en las elecciones al Parlament de Catalunya convocadas por Mariano Rajoy aplicando el artículo 155 de la Constitución. Las primeras elecciones catalanas convocadas por un presidente español: 21 de diciembre de 2017. Aquellos fueron meses en que la expresión «primera vez» era repetida muy a menudo para referirse a los sucesos de Catalunya.

También era la primera vez que un partido antinacionalista catalán quedaba primero en unas elecciones autonómicas catalanas. Ciudadanos volvió a actuar de frente de contención y obtuvo 36 diputados sobre 150. La mayoría volvía a ser independentista y la encabezaba, contra pronóstico, la plataforma creada por Carles Puigdemont desde Bruselas. Había adoptado el nombre de Junts per Catalunya e incluía militantes de la antigua CDC, más una leva de independientes fieles al hombre que había decidido cruzar la frontera para no acabar encarcelado en Soto del Real. Puigdemont, sobre el que ya pesaba una orden de captura, no logró ser investido, y desde Waterloo propuso a un hombre de paja: el editor Joan Torra, antiguo directivo de Winterthur en Suiza, figura destacada del Ateneu Barcelonès y presidente de Òmnium Cultural. Un independentista genuino, con escaso interés por la política en su dimensión táctica. Un hombre incapaz de organizar una fracción propia. Un ingenuo, en la óptica de hoy. Puigdemont quería a alguien que le obedeciera fielmente y casi lo consiguió. La tenacidad es una de las virtudes del hombre de Amer. Ha quedado demostrado.

El año 2018 comenzaba mal para Mariano Rajoy. Quemado por el 1 de Octubre. Quemado por no haber logrado encontrar las urnas. Quemado por la actuación de la Policía y la Guardia Civil. Quemado ante la derecha dura por no haber aplicado de manera implacable el artículo 155. Quemado por

haber convocado unas elecciones catalanas que dieron como vencedor al prófugo Puigdemont. Quemado por el pésimo resultado del PP catalán. Quemado por la continua resonancia de los casos de corrupción. Quemado por los papeles de Bárcenas y a la espera de la primera sentencia sobre el caso Gürtel. Quemado por la demoledora moción de censura presentada por Podemos (junio de 2017) que no podía triunfar pero que anunciaba la posibilidad de una segunda moción, encabezada por los socialistas.

La primera sentencia judicial importante sobre el caso Gürtel se conoció a finales de mayo de 2018. La sentencia de la Audiencia Nacional condenaba a Francisco Correa, principal urdidor de la trama, a 52 años de cárcel y a Luis Bárcenas, exgerente del PP, a 33 años. Y condenaba también al PP al pago de una multa por haber participado en la trama a título lucrativo. Era la tercera vez que un partido político era condenado directamente en España por un caso de corrupción. Antes fueron condenadas Unió Democràtica de Catalunya por el caso Pallerols y Convergència Democràtica de Catalunya por el caso Palau.

El PSOE reunió inmediatamente a su comité ejecutivo y anunció la presentación de una moción de censura. Rajoy acababa de aprobar los presupuestos generales del Estado con el apoyo del PNV y estaba seguro de que los de Sabin Etxea, por pragmatismo, no iban a apoyar la moción de censura. Y sobre todo estaba convencido de que la iniciativa socialista no contaría con el apoyo de Carles Puigdemont desde Bruselas, puesto que una nueva mayoría parlamentaria basada en una concertación entre el Partido Socialista, Unidas Podemos y Esquerra Republicana no interesaba al hombre de Waterloo, en la medida que podía relegarlo a un plano secundario.

En contra de su tradicional tendencia a dilatar los asuntos y a alargar los plazos, Rajoy quiso que la moción de censura se tramitara lo más deprisa posible y aquí es donde se equivocó. La rapidez favoreció la operación táctica de dos personajes muy distintos y distantes: la senadora Marta Pascal, entonces secretaria general del PDECat, el eslabón intermedio entre Convergència y Junts, que defendía un rápido regreso de los nacionalistas catalanes al pragmatismo, y Pablo Iglesias, líder de Unidas Podemos. Ambos maniobraron para convencer a Puigdemont de que la moción iba a

triunfar y que no sería presentable que él se manifestase en contra. La mayoría de los diez diputados del nacionalismo catalán pertenecían al PDECat, Puigdemont no tenía el control total del grupo parlamentario y tenía miedo de cometer un resbalón. En paralelo, Pascal hizo ver a la dirección del PNV que los catalanes estaban dispuestos a votar la destitución de Rajoy. Sintiéndolo mucho, el Euzkadi Buru Batzar decidió que el PNV no podía convertirse en el flotador del PP después de una sentencia sobre el caso Gürtel.

El día 1 de junio de 2019 Pedro Sánchez se convertía en presidente del Gobierno de España ante el pasmo de los dirigentes socialistas que le habían defenestrado tres años antes por negarse a votar la investidura de Rajoy. Sánchez emergía como el gran superviviente de la política española. Formó un gobierno en minoría del PSOE, que contaba con el apoyo parlamentario de Unidas Podemos, del PNV y de Esquerra Republicana y del PDECat. Ciudadanos quedaba descolocado y eso enfureció mucho a Albert Rivera.

Gobierno socialista apoyado por un Unidas Podemos de perfil claramente poscomunista después de la derrota de Íñigo Errejón en la segunda asamblea de los morados en Vistalegre, por el soberanismo catalán, por el nacionalismo vasco y el nacionalismo gallego. Empezaba una nueva fase política en España. La fase en la que todavía estamos.

El PP estaba quebrado. Felipe González, enfurecido: acababa de ocurrir todo lo contrario de lo que él preconizaba. Iglesias, se sentía feliz, su siguiente paso sería intentar entrar en el Gobierno. Puigdemont fulminó al cabo de unas semanas a Marta Pascal para dejar claro quién mandaba en la plataforma antes llamada Convergència.

EL MINISTERIO DEL TIEMPO ESTÁ EN BILBAO

14 de enero, 2018

A los catalanes, efectivamente, nos pierde la estética. Te das cuenta de ello en Bilbao, explicando a diversos interlocutores vascos uno de los momentos clave de los hechos de Octubre. Las horas nerviosas que transcurrieron entre la madrugada y la tarde del día 26 de octubre. El momento estético, irónico y noucentista del conseller Santi Vila, que sin desearlo contribuyó a modificar dramáticamente el rumbo de los acontecimientos. La madrugada del jueves 26 de octubre, Carles Puigdemont estaba decidido a convocar elecciones. El lehendakari Iñigo Urkullu, con el que mantenía una constante interlocución desde mediados de agosto, le había hecho saber que si convocaba antes de la tarde del viernes 27, Mariano Rajoy dejaría inactivo el artículo 155 de la Constitución, cuya aprobación en el Senado ya no se podía evitar. El PSOE se comprometía a presentar una moción en el Senado que garantizase la congelación, si se convocaban elecciones. Primero un paso, después el otro, sin ninguna declaración pública del Gobierno. Este era el pacto que había conseguido trenzar Urkullu, con la ayuda de un reducido grupo de mediadores catalanes. La deliberación en el Palau de la Generalitat fue tremenda y tormentosa. Se ha escrito ya sobre ello.

Los silencios astutos de Oriol Junqueras y las exclamaciones de Marta Rovira, entrando y saliendo varias veces de la sala de reuniones, visiblemente agitada. Se oyeron algunas palabras gruesas aquella noche en Palau. De madrugada, Puigdemont comunicó que estaba dispuesto a firmar el decreto antes de que amaneciese. Al conseller Vila, el hombre más pactista y moderado del Govern de la Generalitat, tantas veces acusado de traidor por los circuitos más inflamados del independentismo, se le apareció entonces el espíritu de Eugeni d'Ors. Orden. Estética. Rigor. «President —le dijo Vila a Puigdemont—, en los países serios no se convocan elecciones de madrugada. Mejor será que firmes el decreto mañana por la mañana en tu despacho». Vila quería una mínima solemnidad. Pensaba en el prestigio de la institución. Los reunidos estaban exhaustos y se convino que el decreto se firmaría más tarde. Pasaron las horas y al mediodía, Puigdemont ya estaba asediado por los mensajes que le acusaban de traidor y de Judas. Y pasó lo que pasó. Está escrito.

Momento Unamuno. «¡Seréis siempre unos niños, levantinos! / ¡os ahoga la estética», escribió Miguel de Unamuno en el poema titulado L'Aplec de la protesta, compuesto en 1906 después de haber pasado unos días en

Catalunya. El escritor y filósofo vasco había asistido a una manifestación de apoyo a la Solidaritat Catalana en la plaza de toros de las Arenas, que concluyó con un masivo flamear de pañuelos blancos. A Unamuno le impresionó esa pasión por la coreografía. La Solidaritat Catalana duró poco, pero hirió de muerte a los partidos dinásticos y sembró la semilla de la Mancomunitat. Regionalistas, carlistas y republicanos, juntos, contra la ley de Jurisdicciones impuesta por el ejército. Cosas de Catalunya.

Las cosas de Catalunya explicadas en voz alta a vascos y navarros resuenan de otra manera. Lo he comprobado personalmente hace unos días en Pamplona y Bilbao ante auditorios bien diversos. Mucha atención, seriedad, preguntas muy concisas y una visible perplejidad ante algunos acontecimientos recientes. La rapidez con la que se retractan personas que hace dos meses abogaban por la ruptura unilateral con España. Marta Rovira exigiendo el «máximo realismo», después de haberle montado una bronca tremenda a Puigdemont en octubre. Movimientos oblicuos de la pastoral catalana que desconciertan a vascos y navarros de distinta filiación, gente más acostumbrada a ir de frente.

Hay interés por lo que ocurre en Catalunya, ciertamente. Sobre todo, interés por las repercusiones de la crisis catalana en la política española. Las antenas vascas y navarras han captado con notable preocupación la campaña de Ciudadanos contra el cupo vasco, secundada por algunos medios de comunicación de Madrid, no todos. Se están rompiendo precintos en España. Se ha roto el precinto del 155. Y puede romperse el precinto que desde hace tantos años protege la foralidad de las inclemencias del debate público. Pedro Luis Uriarte, antiguo consejero delegado del BBVA, consejero de Economía del primer gobierno vasco y primer negociador del concierto con el Gobierno de Adolfo Suárez acaba de abrir una web para divulgar los fundamentos, características y evolución del Concierto Económico Vasco.

Urkullu sabía lo que hacía cuando quiso ayudar a Puigdemont a salir del laberinto. Evitar el 155. Evitar que se rompiese el precinto. El PNV tiene ahora en sus manos la botella de oxígeno que le puede garantizar a Rajoy la estabilidad de la legislatura hasta 2020. Tiempo, tiempo, tiempo. Podríamos decir que del PNV depende que Rajoy pueda escoger tranquilamente el

mejor campo de batalla contra Ciudadanos: las elecciones municipales de 2019. Un PP implantado en toda España, con miles de alcaldes y concejales muy disciplinados, frente a un Ciudadanos que es más una plataforma electoral que un partido, sin apenas alcaldes relevantes. La clave es la aprobación del presupuesto de 2018. Si se aprueba, Rajoy puede llegar al año veinte.

Los nacionalistas vascos quisieran negociar, pero dificilmente podrán hacerlo mientras esté en vigor el 155 en Catalunya. No se trata solo de las contrapartidas que puedan obtener. Está en juego el marco de la agonística política española en los próximos dos años. Rajoy está enviando ministros a Vitoria y su hombre en el País Vasco, Alfonso Alonso, acaba de insinuar que podría producirse la transferencia de las cárceles vascas al Gobierno de Euskadi si ETA anuncia pronto su disolución. El Ministerio del Tiempo —del tiempo político— está ahora en Bilbao.

LA BRIGADA ARANZADI EN APUROS

28 de enero, 2018

Se cruzan apuestas en el hipódromo de Madrid sobre la capacidad de resistencia de Mariano Rajoy ante el año que comienza. Un año que será lento, áspero e inclemente. Un año de desgastes tácticos. Doce meses de guerra de posiciones a la espera del superdomingo electoral de la primavera de 2019, en el que se agruparán las elecciones municipales, las autonómicas (en trece comunidades) y las europeas. Y acaso las generales, si a Rajoy ya no le queda cuerda. Puede haber, entretanto, comicios en Andalucía y tal y como están las cosas no descartemos una repetición electoral en Catalunya. El año 2018 se nos hará largo, muy largo.

Se cruzan apuestas en el hipódromo sobre la capacidad de resistencia del Partido Alfa, que sale del episodio catalán cansado y envejecido. Algunos observadores ya lo dan por derrotado. El goteo de los casos de corrupción (Gürtel, Lezo, Púnica...) en sede judicial será constante. Habrá más

confesiones ante los tribunales. Ricardo Costa ha abierto la veda esta semana, reconociendo que el PP valenciano se financió con dinero negro.

Muchos apostantes creen que el PP ha iniciado un declive irreversible en beneficio de Ciudadanos, el gran triunfador de las elecciones catalanas, según la óptica dominante en la capital de España. Ciudadanos es hoy el partido de moda, sin duda alguna. Más de seiscientas personas acudieron el pasado miércoles a la conferencia de Albert Rivera en el Fórum Europa del Ritz de Madrid. A la misma hora, Rajoy cometía un error importante en la entrevista que concedió al periodista Carlos Alsina en Onda Cero: el presidente tiró pelotas fuera sobre la igualdad salarial entre hombres y mujeres. Rajoy está perdiendo contacto con la contemporaneidad, dicen los más críticos.

Hay cruce de apuestas en el hipódromo. Los más cautos siguen creyendo en la capacidad andreottiana de Rajoy de sobreponerse a las más difíciles circunstancias. Durar, durar, durar. Esta semana ha batido un récord: es el hombre que más tiempo ha estado en el poder —como ministro y presidente — desde la restauración de la democracia: 4.908 días. Trece años y cinco meses. El Andreotti español aguantará hasta 2020, pronostican veteranos observadores del poder. Habrá que ver si la poderosa vicepresidenta Soraya Sáenz de Santamaría también consigue resistir. Sáenz de Santamaría se sabe en riesgo. Esta semana se ha puesto de manifiesto.

«No hay duda que es el momento de Ciudadanos. Han conseguido un resultado muy importante en Catalunya y no tienen ningún desgaste, puesto que no gobiernan en ninguna instancia relevante. Ayudan al PP en Madrid y al PSOE en Andalucía. Apenas tienen alcaldes. Nada les desgasta, en este tiempo en el que gobernar es tan complicado. Creo que Ciudadanos seguirá subiendo en los sondeos, con fuerte apoyo mediático. Hay un dato que llama mucho la atención: están consiguiendo dar el salto del electorado digital (jóvenes) al analógico (mayores). Están comenzando a atrapar a jubilados que votaban al Partido Popular. En sus mejores tiempos, Podemos nunca consiguió dar ese salto». Este es el pronóstico de Narciso Michavila, presidente de GAD3, la empresa demoscópica que el pasado 21 de diciembre acertó los resultados en Catalunya, en la encuesta publicada por La Vanguardia al cierre de los colegios electorales.

«Ciudadanos se está convirtiendo en la oferta de cambio tranquilo, frente al cambio incierto que representa Podemos. Hace tres años, Podemos desnudó los graves problemas de la sociedad española. Señaló dónde estaban las llagas y provocó al poder. Era el partido de la ira. Una vez expresada la ira y ante una mejora gradual de la economía, gana puntos quien sea capaz de ofrecer un cambio tranquilo. En estos momentos, Ciudadanos se ha colocado primero en casi todas las provincias. Su subida, después de las elecciones en Catalunya, es muy fuerte». Así lo ve el sociólogo José Juan Toharia, presidente de Metroscopia.

Jaime Miquel, el analista electoral que anticipó la fuerte crisis del bipartidismo, se muestra un poco más cauto. «Ciudadanos ya subió después de las elecciones catalanas de 2015. Subió y después volvió a bajar. Ahora su subida es más vigorosa y puede que sea más duradera. El PP ya está por debajo de los seis millones de votos, pero sigue teniendo una resistencia generacional muy fuerte. El PSOE debe definirse. Pedro Sánchez sigue teniendo posibilidades de encarnar una opción de cambio. Hay una evidente depresión en la izquierda después de lo de Catalunya. Podemos ha retrocedido, pero resiste. Podemos no ha muerto y puede volver a crecer si acierta en la lectura de los tiempos que vienen. La clave del futuro político español está en las mujeres. Las mujeres nacidas en los años sesenta, mujeres modernas, las madres de una generación joven que este país está maltratando y dejando sin perspectiva. Las mujeres decidirán».

Este es el nuevo contexto: una competición entre el PP y Ciudadanos por la hegemonía nacional española que pronto se volverá insomne. Los catalanes ya sabemos lo que es una densa e inacabable pugna entre dos partidos por la hegemonía nacional. El Gobierno se siente acechado. El Gobierno está nervioso. Rajoy y su vicepresidenta temen las arenas movedizas de 2018. En este contexto hay que situar el gran embrollo jurídico de estos días. El primer gran resbalón de la Brigada Aranzadi desde que en la Moncloa decidieron que el tiempo y los jueces —y no la política— resolverían la cuestión de Catalunya.

EL GUIONISTA LLARENA

25 de marzo, 2018

Felipe González oye crecer la hierba. Ha perdido mucho esmalte ante las nuevas generaciones, pero sigue siendo el político español más inteligente de los últimos cuarenta años. Seguramente cometió el error de no prestar más atención a su colega portugués Mário Soares durante el estallido de la crisis económica. El patriarca Soares, el socialista que evitó que los comunistas y los militares seducidos por el bonapartismo de izquierdas se hiciesen con el control de Portugal en 1975, se encaró hace diez años con el Directorio Europeo, pidió un frente común de los países del sur de Europa frente al dogma de la austeridad y se ganó el cariño de los jóvenes portugueses, la geração à rasca, la generación precaria, hoy muy dispersa por el mundo. Soares supo ver la situación desde abajo. González suele observarla desde arriba, muy atento a las vigas maestras que sostienen el edificio España.

«Espero que al juez Llarena no se le ocurra meter a Turull en la cárcel. Ojalá no se le ocurra meter en la cárcel a ninguno de ellos. Ya sé que nado a contracorriente, pero ojalá no lo haga, porque al independentismo no hay que destruirlo, hay que ganarlo», dijo González el jueves por la noche en Madrid, durante la presentación de un libro de Joaquín Almunia que lleva por título Ganar el futuro.

Al expresidente le gustan las frases lapidarias: «No hay que destruirlos, hay que ganarlos». Conviene apuntar esa frase, puesto que varios aspirantes a conformar una nueva clase dirigente en España creen estar en condiciones de alcanzar el poder, dentro de un año o dos, exhibiendo la cabeza de los dirigentes del independentismo catalán en todas las plazas mayores.

González habría estrangulado con sus propias manos a José Luis Rodríguez Zapatero y a Pasqual Maragall cuando en 2004 pusieron en marcha la redacción de un nuevo Estatut de Catalunya. «Cuidado con los experimentos, Catalunya hace años que ya está inventada», dijo una noche en Madrid, en presencia de Jordi Pujol. No siente ninguna simpatía por el independentismo catalán, pero oye el crujido en las vigas en el piso de arriba. Y no le gusta el ruido que llega a sus oídos.

«Nos amparamos en las togas a ver si alguien nos resuelve los problemas y cuando perdemos [alusión a las elecciones catalanas de diciembre de 2017], vamos a que los resuelvan los jueces. Si me dicen que yo resuelva un problema que es suyo, después no me digan que no me meta en política, porque es usted el que está renunciando a hacer política. Cuando los jueces empiezan a tomar decisiones políticas, eso se llama "Gobierno de los jueces". Lo puedo decir más alto, pero creo que no más claro». González pronunció estas palabras el jueves por la noche. Aún no había leído el auto de procesamiento emitido por el juez Llarena, ni tenía noticia de las cinco órdenes de prisión provisional para Jordi Turull, Josep Rull, Raül Romeva, Carme Forcadell y Dolors Bassa, ni de las órdenes de detención internacional, ni del impacto que estas medidas están teniendo en la sociedad catalana. Un impacto profundo, que trasciende claramente los límites electorales del soberanismo. El malestar, la irritación y el desasosiego superan con creces el 50% en estos momentos. Hoy la mayoría principal catalana es la que comparte dos disgustos: disgusto por los graves errores cometidos (disgusto por la «confabulación de los irresponsables», título de un libro de Jordi Amat que definirá la época), y un profundo disgusto por los evidentes resortes de venganza que se están poniendo en marcha. Basta leer las declaraciones que ayer efectuó el arzobispo de Tarragona, Jaume Pujol, miembro del Opus Dei: «Los encarcelamientos hacen muy difícil un futuro de convivencia». Ha protestado el abad de Montserrat, Josep Maria Soler, pero también ha hablado el moderado Pujol. El disgusto es amplísimo. Esa es hoy la mayoría catalana. Puede esfumarse, puede enquistarse, o puede transformarse en una nueva mayoría política. Dependerá de lo que decida el Parlament en los próximos dos meses y de lo que ocurra en las elecciones municipales de mayo de 2019, que serán tremendamente competidas en la ciudad de Barcelona. La crisis de Catalunya está entrando en una nueva fase.

González lo ha sabido captar de inmediato. Pedro Sánchez, no. El secretario general que resucitó en el octavo mes después de su defenestración, ahora no quiere arriesgar. Sánchez sigue amarrado al argumentario de seguridad —¡cuidado con Catalunya!—, porque vuelve a tenerle miedo a las encuestas y a las maquinaciones dentro del PSOE. Pablo Iglesias, que también había cogido miedo a los sondeos, ha visto venir el cambio de rasante. En Podemos ya vuelven a hablar de la España plurinacional, un

concepto que no gusta a sus dirigentes más jacobinos, hoy fascinados por la nueva oleada de protestas sociales.

Mariano Rajoy quería otra cosa. El Gobierno empezó la semana buscando una señal de apaciguamiento y por ello el fiscal general del Estado pidió la libertad para Joaquim Forn, petición denegada por el Tribunal Supremo. Un gesto que el PNV habría valorado. Rajoy quiere tranquilidad para poder aprobar los presupuestos de 2018 y disponer de la plataforma de estabilidad necesaria para afrontar las protestas de los descontentos y un ciclo electoral que se le presenta muy envenenado. Al PP se le está yendo de las manos la Comunidad de Madrid. Siendo marginales en Catalunya y sin poder en Madrid no se puede gobernar España.

En esta coyuntura, el juez Pablo Llarena se ha convertido en el principal guionista de la política española.

EL MENSAJE ALEMÁN SE LEE EN SEVILLA

8 de abril, 2018

«Hemos de defender lo nuestro y a los nuestros». Estas palabras de María Dolores de Cospedal en la convención del PP que este fin de semana tiene lugar en Sevilla, definen la palidez de la fuerza dominante. El Partido Alfa se está volviendo rifeño. Los ministros cantan El novio de la muerte y la secretaria general ministra de Defensa llama a cerrar filas ante los graves peligros inminentes. El PP se halla mentalmente en el barranco del Lobo, cerca de Melilla, estribación del monte Gurugú donde hubo un desastre militar en 1909, pocas semanas después de la Setmana Tràgica de Barcelona. Esperaban munición de Alemania y al abrir las cajas se han encontrado con una desagradable sorpresa. Las cosas pintan mal en el barranco del Lobo. «Estamos en una batalla», reconocía ayer Soraya Sáenz de Santamaría.

El Partido Alfa tiene miedo. Miedo de convertirse en un fósil viviente, desbordado por las exigencias contradictorias de una nueva época en la que todo el mundo protesta: los que van bien y los que van mal. Asustado por su declive electoral, decepcionado con Alemania, enfadado con la prensa europea, el PP puede sentir la tentación africanista: «Nos están dejando solos en Europa. Hemos de defender lo nuestro y a los nuestros».

España, por si lo habíamos olvidado, ha ejecutado una devaluación de salarios y expectativas sociales bajo una lluvia constante de escándalos de corrupción. «Llevo tres años en España y cada noche en el telediario hay un caso de corrupción, este país un día puede estallar», me comentó en una ocasión un embajador británico. Al envejecido Partido Alfa le ha surgido un competidor que parece diseñado por Charles Darwin (y por el Ibex 35). Ciudadanos quiere ser el nuevo Partido Popular, a todos los efectos. El primero en verlo fue José María Aznar y acogió la idea con entusiasmo. Últimas encuestas solventes sitúan al PP ligeramente por debajo del 20%, casi empatado con el PSOE y con Podemos, mientras Ciudadanos se dispara hacia arriba. La nueva derecha darwinista se aproximaría al 30% recogiendo a todos aquellos que quieren más higiene, menos regulación económica y más mano dura en Catalunya.

El PP tiene miedo y la convención de Sevilla se ha convertido en el escaparate de todos sus temores. «Hemos de defender lo nuestro y a los nuestros». Una encina ha aparecido en el logotipo del partido. Un árbol resistente en un país de inviernos y veranos duros. La marca de la gaviota está quemada, pero el partido de Mariano Rajoy, obligado a evocar la solidez y estabilidad del Estado, no puede hacer como Convergència, el gen todavía dominante en Catalunya, que ha cambiado cuatro veces de etiqueta (Junts pel Sí, Democràcia i Llibertat, PDECat, Junts per Catalunya) en menos de cuatro años. Hay cosas que solo las pueden hacer los lampedusianos catalanes en el interior de una espiral de sueños y emociones —el procés— especialmente concebida para el transformismo. El PP ha plantado una encina en la convención de Sevilla y de sus ramas ya penden dos ahorcados: la extradición de Carles Puigdemont y la reputación de la Comunidad de Madrid.

«Nos han dejado solos en Europa». Este es el amargo comentario de este fin de semana. No se lo esperaban. El Gobierno ha quedado medio noqueado, después de dar por segura la extradición. La imagen de Puigdemont bajando esposado las escalerillas de un avión alemán en el aeropuerto de Barajas. Su posterior ingreso en prisión. Gobierno de gestión en Catalunya. Juicio a los dirigentes soberanistas antes de Navidad con sentencia a principios del nuevo año. Condenas duras. Condenas ejemplarizantes. Nuevo aviso a Catalunya, para los siglos de los siglos. La consagración del teorema del juez Pablo Llarena, que dice haber descubierto en Catalunya una violencia de nuevo tipo: la violencia pasiva.

Esta era la agenda. Esta podía haber sido la pista de despegue de las elecciones municipales y autonómicas de mayo de 2019, en las que se va a decidir, entre otras cosas, el futuro de las dos derechas españolas. Esa puede seguir siendo la agenda de los próximos meses, puesto que no hay que descartar que el juicio a los acusados de rebelión tenga lugar en las fechas previstas y el caso de Puigdemont se vea más adelante, en el supuesto de que Alemania conceda la extradición por malversación. Un supuesto que la ministra alemana de Justicia, Katarina Barley (SPD) colocó ayer entre paréntesis, con mayúsculo enfado del ministro español de Exteriores, Alfonso Dastis. Un enfrentamiento con Berlín. Lo último que se podía imaginar Rajoy, cuya principal apuesta estratégica desde 2011 ha sido la de no chocar nunca con la canciller Merkel. La derecha española más nacionalista ya se lo está reprochando. «Hemos cumplido siempre las exigencias alemanas y a cambio no hemos exigido nada», escribía ayer Cayetana Álvarez de Toledo en El Mundo.

Los jueces de Schleswig Holstein han roto el teorema Llarena. Las manifestaciones en Barcelona por la libertad de los presos serán más masivas que nunca. Los soberanistas se hallan ante un paisaje que han de saber interpretar con más inteligencia que euforia. Puigdemont empleó ayer un lenguaje especialmente prudente en Berlín. Su destino queda en manos de las autoridades alemanas —las declaraciones de la ministra Bayden así lo enfatizan—, mientras se consolida un mainstream europeo: lo de Catalunya debe arreglarse políticamente, sin secesión y sin venganza.

Las dos derechas están estupefactas, el PSOE parece presa de una larga enfermedad del sueño, Podemos vuelve a hablar de la España plurinacional. Y subsiste la tentación rifeña: «Lo nuestro y los nuestros».

ADIÓS, RAJOY

1 de junio, 2018

Cae Mariano Rajoy, el gran incombustible de la política española. El Euskadi Buru Batzar decidió apoyar la moción de censura socialista poco después del mediodía, y el lehendakari Iñigo Urkullu cumplió con su palabra: el presidente del Gobierno español fue el primero en tener noticia del esperado veredicto vasco.

Rajoy recibió la llamada en un restaurante próximo al Congreso, al que había acudido a almorzar. Encajó la noticia, la comunicó a sus colaboradores y les advirtió que no pensaba dimitir. Rajoy ya no regresó por la tarde al hemiciclo. Pasó toda la tarde en el restaurante. Siete horas. Su escaño estuvo ocupado por el bolso de Soraya Sáenz de Santamaría.

De no mediar sorpresas de última hora, Pedro Sánchez será investido hoy presidente del Gobierno con los votos de PSOE, Podemos, PNV, Compromís, ERC, PDECat y Bildu y Nueva Canaria. Ciento ochenta votos, si no hay cambios imprevistos. Será la primera vez que triunfe una moción de censura en la moderna democracia española. Será la primera vez que se invista un presidente con apoyos parlamentarios tan heterogéneos. Será la primera vez que un presidente solo disponga de 84 diputados incondicionales (es un decir).

En España se va a formar lo más parecido a un gobierno provisional. El binomio España-Italia se halla hoy bajo observación internacional. El centro de gravedad de la crisis italiana es una hostilidad difusa hacia el Directorio Europeo, por la imposibilidad de recurrir a la devaluación de la moneda y por la falta de solidaridad de la Unión ante el alud de refugiados.

La crisis española gira en torno al desgaste de los viejos partidos, el desgarro generacional y la tentación catalana por la separación. Mientras se discutía la moción de censura, los valores del Ibex 35 subieron. El comisario europeo de Economía, Serge Moscovici, dijo no sentir ninguna intranquilidad por el funcionamiento de los mecanismos democráticos en España.

El Euskadi Buru Batzar tomó la decisión de censurar a Rajoy una vez constatado que los soberanistas catalanes se inclinaban por Pedro Sánchez. El PNV no quería aparecer como «el salvador» de Rajoy, junto a Ciudadanos. Muchos de sus electores no se lo iban a perdonar, en un momento en el que vuelve a haber significativas movilizaciones sociales en Euskadi. Por ejemplo: las multitudinarias manifestaciones de pensionistas en Bilbao. Además de asegurarse las inversiones pactadas en el presupuesto de 2018, los jeltzales han querido estar atentos al humor de la calle. Dentro de un año se deberán renovar los ayuntamientos y las juntas generales vascas. El portavoz del PNV en el Congreso, Aitor Esteban, tuvo una intervención impecable.

Dos personajes han desempeñado un papel importante en los engranajes de la moción de censura. Dos jóvenes políticos, muy distintos: Marta Pascal y Pablo Iglesias. La coordinadora general del PDECat ha mantenido una interlocución constante con el PNV y ha bloqueado los primeros impulsos abstencionistas de Carles Puigdemont y Elsa Artadi.

SANTOS Y SALAZAR, DE NUEVO

24 de junio, 2018

Santos y Salazar reaparecen. Podrían ser dos nombres en clave. Podrían ser dos personajes de un libro de Antonio Muñoz Molina ambientado en la posguerra. Escribo su nombre y me viene inmediatamente a la cabeza la novela Beltenebros. No sé por qué. Quizá porque hubo algo de clandestino

en la primera misión de Santos y Salazar: apuntalar la candidatura de Pedro Sánchez en las primarias del PSOE, cuando todo parecía perdido.

Santos Cerdán (Milagro, Navarra, 1969) y Francisco Salazar (Montellano, Sevilla, 1968) tuvieron un papel importante en aquellas elecciones internas pensadas para hundir a Sánchez en las arenas movedizas del Tiempo Muerto. Nueves meses desde la defenestración (septiembre de 2016) hasta la votación (mayo de 2017), esperando que la gente se olvidara de aquel insensato que decía «no es no» a la investidura de Mariano Rajoy. Parece que haya pasado un siglo. Santos y Salazar compartieron piso en Madrid y se encargaron, entre otras labores, de coordinar la recogida de avales, mientras el alcalde de Jun (Granada), José Antonio Rodríguez Salas, el mago de Twitter en España, conseguía programas informáticos de Estados Unidos para monitorizar la campaña al minuto. Dijeron que tenían treinta mil avales y el día de la verdad presentaron sesenta mil. Parecía que todo estaba improvisado en la escuálida candidatura del secretario general derrocado y disponían del más sofisticado instrumento de análisis de las opiniones de la base socialista. Sabían cada día qué tecla debían tocar. Cuando la gente de Susana Díaz se dio cuenta ya era demasiado tarde. Santos y Salazar estuvieron al pie del cañón. Les movilizó Francisco Toscano, alcalde de Dos Hermanas, ciudad señera de la periferia sevillana, convencido desde el primer momento de que Sánchez era la única solución para evitar una lenta agonía del PSOE en beneficio del dinamismo urbano de Podemos. Quico Toscano, amigo del primer Felipe González, ha sido el gran protector del actual presidente del Gobierno. Siempre en la sombra.

Santos y Salazar también han tenido su papel en la caída de Rajoy. Miembros ambos de la actual ejecutiva socialista, han estado en la sala de máquinas de la moción de censura. El navarro Santos Cerdán, con una misión muy especial, que requería la máxima discreción: mantener un contacto permanente con el PNV. Contra lo que pudiera parecer más lógico, Sánchez no recurrió a los dirigentes del Partido Socialista de Euskadi para tomar el pulso al PNV. Prefirió la vía navarra a un PSE-PSOE que siempre ha tenido línea directa con Alfredo Pérez Rubalcaba. Santos mantenía relaciones con los nacionalistas vascos desde que ejerció de secretario de organización de los socialistas navarros. Su gestión no fue conocida por los demás miembros de la ejecutiva socialista hasta después de la votación de

la moción de censura. En la nueva etapa, Santos seguirá en Ferraz, cuidando de la organización del partido. Salazar, antiguo concejal de Dos Hermanas, pasa a formar parte del gabinete del presidente del Gobierno, como responsable de análisis político, al lado del jefe de gabinete, Iván Redondo.

El alcalde Toscano rememoró hace un año en este diario el momento en que Sánchez, abandonado por casi todos, estuvo a punto de tirar la toalla (véase la crónica del 16 de julio de 2017). Las arenas movedizas del Tiempo Muerto estuvieron a punto de tragárselo. La estrategia de desgaste pudo surtir efecto. Hoy las cosas serían bastante distintas. Con Susana Díaz al frente del PSOE no habría habido moción de censura tras la sentencia del caso Gürtel. El asunto de los ERE —pendiente ahora de sentencia— pesa demasiado sobre los hombros del socialismo andaluz. Sánchez, es cierto, estuvo a punto de abandonar. Reaccionó después de una larga conversación con José Luis Ábalos, actual ministro de Fomento, quien le recordó que las oportunidades no suelen presentarse dos veces. Las primarias socialistas se celebraron el 22 de mayo de 2017. Un año después, el desahuciado Sánchez está en la Moncloa.

El alcalde Toscano no esconde su perplejidad por la rapidez de los acontecimientos, sentado en un sillón del hotel Colón de Sevilla, mientras la televisión retransmite el encuentro entre Inglaterra y Túnez en el Mundial de Rusia. Se sincera: «En un primer momento he de confesar que no veía clara la moción de censura. Me parecía un movimiento demasiado arriesgado. Llamé a Pedro y se lo comenté. Él me respondió que no tenía otra opción. La sentencia de Gürtel estaba teniendo un tremendo impacto y era el momento de dejar claro que el PSOE está enfrente y no al lado del PP. Su razonamiento tenía lógica. Y salió bien. Salió bien porque Rajoy se equivocó en los tiempos. Decidió convocar el debate de la moción lo antes posible, en una semana, para no dar tiempo al PSOE a tejer alianzas. Esa ausencia de negociación es la que hizo triunfar la moción».

La Fortuna sonríe a Sánchez. Ahora habrá que ver qué tal le funciona la Virtud. En las primarias socialistas, la gestora quiso ahogarle en las arenas movedizas del Tiempo Muerto y la tardanza le favoreció. Tuvo tiempo de labrar la imagen del hombre perseguido por los de arriba. Se mimetizó de Podemos y conquistó a la militancia. Pronto hará un mes, Rajoy le facilitó

la moción sorpresa. Tres o cuatro semanas de espera habrían sumergido la iniciativa socialista en un mar de maniobras.

La otra paradoja es Andalucía. Sánchez ha tenido sus principales adversarios en Andalucía, pero sus más preciados apoyos también han sido andaluces. El alcalde Toscano lo sabe bien. En el nuevo Gobierno no hay cuota susanista. La vicepresidenta Carmen Calvo, la ministra María Jesús Montero (Hacienda) y el ministro Luis Planas (Agricultura) no tienen voto de obediencia a la Junta. El nuevo delegado del Gobierno en Andalucía, Alfonso Rodríguez Gómez de Celis, rompió con Díaz hace años, cuando ambos formaban parte del mismo plantel de jóvenes a la espera de promoción. Sánchez cuenta con su propia plataforma andaluza, pero el enfrentamiento en estos momentos no beneficiaría a ninguna de las dos partes. El PSOE andaluz puede aprovechar el tirón de Sánchez para adelantar las elecciones autonómicas al próximo otoño. Sánchez necesita que las cosas le vayan bien a Susana Díaz para enfocar con fuerza las municipales y el remate de la legislatura. Ahora se necesitan.

Todo empezó con Santos y Salazar.

RESONANCIAS DEL 3 DE OCTUBRE

13 de julio, 2018

El día 3 de octubre de 2017, el rey Felipe VI pronunció un discurso muy importante. Un discurso en defensa de la Constitución, con una severa advertencia a los gobernantes catalanes.

El momento era crítico. Las imágenes de la represión policial en Catalunya habían dado la vuelta al mundo. El Gobierno de Mariano Rajoy temía que desde las instituciones europeas, o desde alguna instancia internacional relevante —el Vaticano, por ejemplo—, surgiesen iniciativas de mediación. El presidente de la Generalitat, Carles Puigdemont, buscaba esa mediación desesperadamente. El político italiano Romano Prodi, expresidente de la

Comisión Europea, estaba dispuesto, siempre y cuando lo aceptara Rajoy. El antiguo mediador británico en el Ulster, Jonathan Powell, también habría aceptado. El expresidente de Austria Heinz Fischer, socialdemócrata, mostraba una cierta disponibilidad. El vicepresidente de la Comisión Europea, Frans Timmermans, fue consultado y rechazó de plano la oferta.

El PSOE de Pedro Sánchez acababa de presentar una moción de reprobación a la vicepresidenta Soraya Sáenz de Santamaría por la actuación de las fuerzas policiales en Catalunya.

Fue un discurso que no dejó indiferente a nadie. Impresionó la contundente gestualidad del jefe del Estado. Gustó a mucha gente. Irritó a los independentistas catalanes y vascos. Y provocó desazón en aquellos que esperaban —en Catalunya y también en el resto de España— un mensaje más acorde al papel de arbitraje y moderación que el artículo 56 de la Constitución otorga al Rey. No fueron pocos los que echaron en falta unos párrafos en catalán, para establecer un mejor balance entre advertencia y empatía. Circula la versión de que esas palabras en catalán figuraban en un primer redactado y fueron eliminadas a petición del Gobierno, que supervisa todos los discursos del monarca. Una rigurosa reconstrucción histórica de los hechos de octubre en Catalunya, apenas comenzada, deberá prestar atención a ese detalle.

El discurso del Rey cortó en seco todo intento de mediación y desencadenó una cadena de pronunciamientos internacionales en favor de la unidad de España. Alemania fue el primer Estado europeo en pronunciarse. Ningún país del mundo reconoció a la República Catalana, más anunciada que declarada. Al cabo de unos días, el PSOE retiraba la moción contra la vicepresidenta Sáenz de Santamaría y se mostraba disponible a pactar la aplicación del artículo 155 en Catalunya.

El discurso del Rey impresionó lógicamente a la judicatura, pese a no contener ninguna indicación expresa sobre el enfoque judicial de los acontecimientos. Cuando la causa llegó al Tribunal Supremo, el juez instructor Pablo Llarena efectuó una interpretación rigorista de la partitura. Máxima dureza. Construyó la teoría de la violencia inducida para justificar la acusación de rebelión y las consiguientes órdenes de prisión preventiva. Unas órdenes de prisión que a su vez alimentaron la victoria en número de

escaños del independentismo en las elecciones del 21 de diciembre, convocadas por Rajoy. La estrategia Llarena ha quedado rota en Alemania, primer país de la Unión que dio su pleno apoyo a la integridad territorial de España.

ATRACCIÓN FATAL

9 de septiembre, 2018

Un magnetismo recorre España. Exponentes de la nueva y la vieja política quisieran neutralizarlo: Pedro Sánchez, Pablo Iglesias, el PNV, lo que queda del PP marianista, el liberal José María Lassalle, la Esquerra Republicana que vino después de las 155 monedas de plata, Oriol Junqueras desde la cárcel de Lledoners, los convergentes que no quisieran dejar de serlo, los dirigentes sindicales, los valencianistas de izquierda, los arzobispos de Madrid y Barcelona, los empresarios que siguen creyendo en algo más que el mercado único, los principales periódicos —no todos—, buena parte de la industria cultural, Felipe González y Juan Carlos Monedero, casi todos los veteranos de la Transición y no pocos de los jóvenes radicales que critican la Transición.

Un magnetismo recorre España. Es una idea fija: «Nosotros, primero». Es una mirada, dura. Es una manera de hablar: alta, fuerte, rompedora. Es el fracking minero aplicado a la política: la fractura de la vieja cultura democrática para obtener energía. Es la divinización del freakismo. Es la adoración nocturna de Donald Trump. Es el poderoso influjo de los movimientos populistas conservadores. Es el momento Europa.

La primera visita de Pablo Casado a un líder extranjero después de un verano dedicado a recorrer España, ha sido a Sebastian Kurz, el joven primer ministro austriaco que ganó las últimas elecciones en su país absorbiendo el programa de la extrema derecha. Kurz, cara de niño, pelo engominado y aire relamido, es hoy la envidia de muchos dirigentes del Partido Popular Europeo. Conservadurismo, mano dura con los inmigrantes

y aromas irredentistas. Kurz quiere dar la nacionalidad austriaca a los ciudadanos italianos de la provincia de Bolzano (Südtirol, en alemán, Alto Adige, en italiano). Viejas tierras del ducado de Baviera que el tratado de Versalles adjudicó al reino de Italia tras la derrota del Imperio austrohúngaro en la Gran Guerra. Mussolini quiso italianizar a la fuerza a los sudtiroleses. Con el paso del tiempo surgió un movimiento separatista panaustriaco, que llegó a colocar bombas en los años sesenta. Estatuto especial de autonomía desde 1972. Kurz quiere remover ahora las costuras tirolesas. Veremos qué dice el duro Matteo Salvini, ministro del Interior italiano, que tantos enfoques comparte con el joven primer ministro austriaco. Kurz es muy amigo de los bávaros de la CSU, uno de cuyos hombres, Manfred Weber, está siendo propulsado como candidato a la presidencia de la Comisión Europea. El PPE se ha reunido esta semana en Viena y Casado no podía faltar a la cita.

Albert Rivera, el hombre que hace unos meses se proclamaba Macron, ha dedicado agosto a las regatas por el golfo Salvini. Un estilo, un lenguaje, una mirada. La tentación es irresistible cuando las encuestas no van muy bien. La Liga de Salvini se ha vuelto ubicua. La Lega ha sido invitada este año a participar en la celebración del Onze de Setembre en Barcelona por un núcleo independentista catalán que se titula Som. Ha anunciado su asistencia el exparlamentario Mario Borghezio. Un fascista. Un tipo que en 2013 calificó de «negra bonga bonga» a la ministra italiana Cécile Kyenge, nacida en Congo.

Ni siquiera Podemos puede sustraerse al magnetismo que recorre Europa. Aún no había salido en los periódicos la noticia del nuevo movimiento de izquierdas alemán (Aufstehen, En Pie), que llama a competir con los populistas de Alternativa por Alemania con un planteamiento mucho más restrictivo de la inmigración, que tres personas muy apreciadas en Podemos ya redactaban un artículo muy favorable al enfoque «socialnacional». El texto apareció el miércoles en la publicación digital Cuarto Poder con la firma de Manuel Moreneo, Julio Anguita y Héctor Illueca. Título: «¿Fascismo en Italia? Decreto Dignidad».

Moreneo es un veterano del PCE e Izquierda Unida, hoy diputado de Podemos, muy apreciado por Iglesias. Anguita ha sido uno de los referentes

morales de los pablistas. Illueca es un experto en derecho laboral próximo a Podemos. Los tres sostienen que se está exagerando la crítica al Gobierno italiano y niegan que pueda ser calificado de fascista. En su defensa arguyen el denominado Decreto Dignidad, pomposo título del primer paquete de medidas del Ejecutivo que tiene como indiscutible hombre fuerte al tribuno Salvini. El Decreto Dignidad incluye, entre otras medidas, la reducción de los contratos temporales, la introducción de penalizaciones a la deslocalización empresarial, y propone la prohibición de la publicidad de las apuestas deportivas y los juegos de azar. «El Decreto Dignidad constituye un punto de inflexión en las políticas sociales aplicadas en Italia desde la irrupción del neoliberalismo», concluyen. Los firmantes pasan por alto las demás políticas del Gobierno italiano y no efectúan ninguna consideración sobre la fenomenal campaña contra la población extranjera en Italia, que ha derivado este verano en un significativo incremento de los insultos y las agresiones físicas a inmigrantes.

El artículo ha levantado una enorme polvareda en Podemos. El veterano Monereo ha conseguido algo que parecía imposible: poner momentáneamente de acuerdo a pablistas, errejonistas y anticapitalistas. Los jóvenes radicaldemocráticos contra la línea «socialnacional». El debate está abierto. El magnetismo soberanista es irresistible.

A LA DERECHA LE CAMBIA LA VOX

7 de octubre, 2018

Hoy hace un año, Carles Puigdemont intentaba ganar tiempo en busca de una mediación internacional que no llegó, pese a la buena predisposición inicial de Romano Prodi, expresidente de la Comisión Europea y exprimer ministro de Italia, de Heinz Fischer, expresidente socialdemócrata de Austria, y de Jonathan Powell, antiguo mediador británico en el Ulster. Hoy hace un año, el líder del PSOE, Pedro Sánchez, pedía negociar «hasta el último minuto». Hoy hace un año, Pablo Iglesias, líder de Podemos, pedía a los gobernantes catalanes que no se lanzasen a la aventura. Hoy hace un

año, el delegado del Gobierno en Catalunya, Enric Millo, pedía disculpas a los heridos y contusionados por la actuación policial del día 1 de octubre. Hoy hace un año, Mariano Rajoy, presidente del Gobierno, respondía a Albert Rivera que todavía no veía base jurídica suficiente para aplicar el artículo 155 de la Constitución en Catalunya. Hoy hace un año, el líder de Ciudadanos ya pedía la activación del 155, con una exigencia añadida: convocatoria de elecciones cuanto antes.

Un año después, muchas cosas han cambiado en la escena política española, subsistiendo la gran cuestión de fondo: la persistencia de un dinámico movimiento independentista catalán con una alta tasa de fidelidad electoral —como quedó demostrado el 21 de diciembre de 2017 en las prontas elecciones que pedía Rivera— pese a las contradicciones y enfrentamientos entre los partidos soberanistas. Es una adhesión fuerte. De dos millones no baja, pese a los momentos sin brújula, como el actual.

La cuestión de fondo subsiste, pero algunas líneas principales han cambiado. En Catalunya, Esquerra Republicana, uno de los dos partidos que hoy hace un año más apretaba en favor de la declaración unilateral de independencia y que el 26 de octubre se movilizaría contra el intento de Puigdemont de convocar elecciones, defiende ahora una política más moderada, bajo la divisa de ensanchar la base soberanista. Pese a las reiteradas acusaciones de «traición» de los sectores más recalentados, ERC mantiene un posición vigorosa en las encuestas. Las 155 monedas de plata hoy le sientan bien al partido de Oriol Junqueras. El último barómetro del CIS adjudica a Esquerra Republicana una proyección de voto con la que podría obtener 15 diputados en unas elecciones generales.

Hay otra novedad de mucho mayor calado: tras la caída de Mariano Rajoy y la llegada de Pedro Sánchez a la Moncloa, las derechas españolas se han radicalizado. Ha vuelto José María Aznar, siempre partidario de tensar las cuerdas para mantener movilizado al macizo de la raza, sin el cual no es posible una victoria electoral conservadora. (Macizo de la raza, expresión que Dionisio Ridruejo tomó prestada de Antonio Machado para referirse a los sectores más conservadores de las clases medias españolas. En sus años de madurez y de oposición a Franco, Ridruejo, antiguo jefe de propaganda de Falange, fue vecino de la familia Aznar en Madrid).

Por primera vez desde el hundimiento de UCD, el partido ómnibus de Adolfo Suárez, dos fuerzas se disputan la primacía entre el electorado conservador y un tercero está tomando carrerilla para entrar en el Parlamento con un explícito ideario de extrema derecha. Vox llenará hoy la plaza de toros de Vistalegre de Madrid, con un aviso inquietante para PP y Ciudadanos. La derecha extramuros podría obtener escaños por Madrid, Valencia, Alicante y Murcia, con una expectativa de entre quinientos mil y ochocientos mil votantes, según estimaciones de Jaime Miquel, el primer analista electoral que predijo el hundimiento del bipartidismo, antes de las europeas de 2014 y de la meteórica irrupción de Podemos. (El analista valenciano se incorporará en breve al equipo que dirige Iván Redondo en la Moncloa).

Tres derechas y un único zar: José María Aznar. En términos políticos, el expresidente del Gobierno vive una situación de ensueño. El nuevo líder del PP, Pablo Casado, que fue su jefe de gabinete entre 2009 y 2011 en la Fundación FAES, le es absolutamente fiel. Albert Rivera, al que Aznar ha elogiado en reiteradas ocasiones, le hace caso. Y en Vox le escuchan. Uno de los personajes con mayor perfil intelectual de la directiva de Vox, el sociólogo Rafael Bardají, fue asesor del Ministerio de Defensa durante el mandato de Aznar, para después dirigir el departamento de política internacional de FAES. Experto en el pensamiento neoconservador norteamericano, Bardají mantiene en estos momentos contacto directo con Steve Bannon, el ideólogo de la campaña electoral de Donald Trump, que después de perder sus iniciales posiciones de poder en la Casa Blanca, se ha trasladado a Europa con el propósito de poner en marcha una coordinadora de los movimientos populistas de derecha enfrentados a la actual Unión Europea.

Las tres derechas bailan un chotis sobre la línea de banda. Un chotis agarrado. El PP teme que el mordisco de Vox en su electorado más conservador le coloque por detrás de Ciudadanos. El «sorpasso» naranja en Andalucía, o en mayo en la Comunidad de Madrid, pondría al PP a los pies de los caballos en vísperas de unas elecciones generales, si estas no se adelantan. Casado intenta neutralizar ahora a Vox para después moderar su discurso, explicaba el viernes Carmen del Riego en nuestro periódico.

Ciudadanos teme que un mordisco de Vox le haga perder la carrera con el PP, para quedar relegado a definitiva fuerza auxiliar. La ansiedad de Rivera ha empujado a Inés Arrimadas a una estrategia de constante agitación en Catalunya con la vista puesta en las inminentes elecciones andaluzas.

Sin un solo escaño en el Parlamento, Vox dirige el chotis. Hoy llenarán Vistalegre.

REGRESA LA AZNARIDAD

28 de octubre, 2018

Regresa la aznaridad. Una mirada, una idea, un estilo. Regresa una aznaridad digitalizada, con virutas de cacao trumpista.

Zarandear, zarandear, zarandear, antes de que la izquierda se asiente con un programa de sosiego social autorizado por la Comisión Europea. De nuevo, el momento español pasa por Bruselas. El unionismo necesita a España y Portugal, países donde el recuerdo de las dos dictaduras, el democratismo de las jóvenes generaciones, más los beneficios materiales obtenidos por la integración, mitigan, por ahora, las pulsiones antieuropeístas. En Bruselas tienen en estos momentos tres frentes muy complicados: el Brexit, la deriva de Polonia y Hungría hacia el autoritarismo, y el jaque italiano, que si no acaba en comedia, puede ser una bomba de neutrones.

España y Portugal son hoy recintos europeístas que Alemania está obligada a proteger. Bastante tienen en Berlín con el desafío de los populistas italianos, que cuenta con el vibrante apoyo de la pequeña empresa del norte. Habrá que estar atentos a la evolución de la prima de riesgo italiana, que ya supera los trescientos puntos, y a la inminente evaluación del estado de salud de sus bancos. El primer ministro Giuseppe Conte, hombre de paja de la Liga Norte y del Movimiento Cinco Estrellas, ha viajado esta semana a Moscú para pedir algún tipo de ayuda a Vladímir Putin. Si no acaba en comedia, la crisis Bruselas-Roma dibujará el marco de las elecciones

europeas del próximo mes de mayo. En este contexto, vuelve la aznaridad. Con todos ustedes, la angustia de la derecha española.

Aznaridad, mejor que aznarismo. El término lo acuñó Manuel Vázquez Montalbán en su último libro (2003), poco antes de sentarse con el jugador de ajedrez del Séptimo Sello en un banco del aeropuerto de Bangkok. La aznaridad es una mirada: nacionalismo español totalmente desacomplejado. Es una idea: la granítica compactación de toda la derecha en un único bloque electoral. Y es un estilo: lenguaje directo, sin manías, capaz de perforar el hegemonismo cultural de las izquierdas. El joven Pablo Casado, jefe de gabinete de Aznar en la Fundación FAES, le añade estos días unas virutas de cacao trumpista, que es lo que ahora se lleva.

Estados Unidos siempre impone su relato. Los neoconservadores que rodeaban a George W. Bush propulsaron las técnicas de polarización política a través de la televisión, leyeron a Leo Strauss y justificaron el recurso a la mentira si servía a un interés superior (las falsas armas de destrucción masiva en Iraq), para acabar provocando un colosal incendio en Oriente Medio en nombre de un internacionalismo democrático que el proteccionista Donald Trump ahora no comparte. (No todos los neocons se han lanzado en brazos del actual presidente).

Con Barack Obama, los progresistas exploraron el potencial movilizador de internet como alternativa a los nichos ideológicos de la televisión; tejieron la gran alianza de las minorías (sin prestar la debida atención a los trabajadores de la industria en declive), y pusieron de moda los discursos muy estilizados, con teína moral. Podemos, que tantas cosas ha modificado en la política española, es hijo de la cultura obamista. Podemos es hoy un obamismo de izquierdas dirigido por antiguos cuadros de las Juventudes Comunistas. Con Trump llegan las técnicas del fracking. Romper, romper, romper, para obtener energía. El fracking rompe rocas, destroza vetas subterráneas asentadas durante siglos, para liberar petróleo y gas. La agresividad trumpiana segmenta y rompe los ligamentos de la cultura democrática construida después de la Segunda Guerra Mundial, para dotar de energía a los grupos dirigentes que aspiran a gobernar el caos derivado de una abismal revolución tecnológica, que asusta al propio Aznar, según ha confesado él mismo esta semana.

La aznaridad no tiene misterio. Son cuatro ideas. La derecha debe romper el hegemonismo moral de la izquierda, que explota hasta la extenuación su derrota en la Guerra Civil. La derecha debe ganar la batalla de las ideas en conexión directa con el pensamiento liberal-conservador norteamericano. Todo lo que está a la derecha del PSOE debe agruparse en una única oferta. La lucha contra el nacionalismo vasco y catalán es fundamental para construir una mayoría de unidad nacional que aísle al PSOE de sus tradicionales aliados periféricos. Una vez derrotada ETA, esa tensión debe permanecer. Ahí está resumida la historia de España de los últimos 25 años.

La aznaridad se enfrenta ahora a su peor pesadilla, la fragmentación del bloque unificado en tres facciones: la tradicional (Partido Popular), la joven (Ciudadanos) y la más exaltada (Vox). Siguiendo los consejos de su mentor, Casado sobreactúa para tapar a Albert Rivera y convencer a los simpatizantes de Vox que no vale la pena entregar el voto a un partido minúsculo. La última encuesta del CIS dice que Casado no gusta. El informe de octubre de Metroscopia señala, por el contrario, que es Rivera el que empieza a bajar. Uno de los dos sondeos se equivoca. Las próximas elecciones en Andalucía alguna cosa dirán al respecto, pero podría ser que no emitiesen un veredicto definitivo.

La aznaridad vuelve a conectar con América y esta semana ha visto entrar en prisión a Rodrigo Rato, el hombre que le dio poder económico.

2019

Venezuela ha tenido un notable protagonismo en la política española desde hace muchos años. En algún momento de su vida política los más destacados dirigentes políticos españoles han orbitado alrededor de Caracas, la ciudad en la que todos los días del año el sol se pone alrededor de las seis de la tarde. Adolfo Suárez, Felipe González, José María Aznar, José Luis Rodríguez Zapatero, Mariano Rajoy, con menos intensidad, puesto que nunca le interesó la política internacional, la Fundación FAES y Cayetana Alvárez de Toledo, la Fundación CEPS (Centro de Estudios Políticos y Sociales) de la que surgió el grupo dirigente de Podemos, Pedro Sánchez, José Luis Ábalos, Albert Ribera, el PNV durante largos años, la política canaria: el MPAIAC de Antonio Cubillo y ahora Coalición Canaria, el barrio de Salamanca… Personajes, partidos y lugares. Muchos referentes de la política española han orbitado alrededor de Caracas en algún momento de su trayectoria.

Carlos Andrés Pérez (CAP en Venezuela) figura de primer orden en la política venezolana, un hombre de gran capacidad intelectual, con un segundo mandato borrascoso, fue amigo y protector de Felipe González y recibió las atenciones de Adolfo Suárez. CAP subió al cielo de la Internacional Socialista y bajó al infierno del malestar social. Hay demasiado petróleo en Venezuela. Fue derribado por el caracazo de 1989, una serie de movilizaciones populares contra el plan de choque dictado por el Fondo Monetario Internacional, momento en el que el coronel Hugo Chávez, fundador del movimiento de izquierda bolivariano, intentó tomar el poder por la fuerza. Fue detenido y encarcelado, pero Carlos Andrés Pérez acabó siendo destituido por la Asamblea Nacional. Se convocaron elecciones y las ganó Chávez de manera arrolladora.

Esa tormenta venezolana traza una línea divisoria en la política española: a un lado, los antiguos amigos de Carlos Andrés Pérez, al otro, los que simpatizaron, poco o mucho, con Chávez y en un extremo (derecho) los que volverían a encarcelar a CAP y a Chávez. Aznar conspiró contra Chávez, en

tanto que aliado preferente de George W. Bush. Rodríguez Zapatero estableció muy buena relación con Chávez y hoy es interlocutor preferente de Nicolás Maduro. Hoy Zapatero sonríe cuando ve a Estados Unidos levantando el cerco a Venezuela para poder comprarle petróleo, para así compensar el bloqueo al petróleo ruso. La troika fundacional de Podemos (Pablo Iglesias, Íñigo Errejón y Juan Carlos Monedero) admiraron a Chávez e hicieron arte de su aprendizaje político en Venezuela, Errejón y Monedero con más intensidad que Iglesias, que dedicó un tiempo a Italia y a los movimientos antiglobalización europeos. Pablo Casado recitaba los argumentarios de la Fundación FAES contra el «chavismo». Albert Rivera no quiso ser menos. Venezuela fue tierra de acogida y de apoyo para muchos nacionalistas vascos y en sectores de la amplia colonia canaria de Venezuela encontró apoyo el movimiento independentista canario de los años setenta. Más de cien mil venezolanos están inscritos en el censo de la Comunidad de Madrid, un tercio de los que viven en España. La gran mayoría de ellos no son millonarios, claro está, pero el dinero venezolano ha tomado importantes posiciones en el barrio de Salamanca de Madrid, cuenta con influencia política y empieza a estar presente en los medios de comunicación.

Cuando en enero de 2019, Estados Unidos (Administración Trump) reconoce a Juan Guaidó como presidente interino de Venezuela se pone en marcha un mecanismo de presión a escala internacional para ampliar rápidamente la lista de apoyos. Pedro Sánchez y su ministro de Asuntos Exteriores, Josep Borrell, intentan ponerse de perfil, y Felipe González les conmina a apoyar a Guaidó. El PP pasa al ataque: ve una ocasión propicia para denunciar a Sánchez ante la Administración norteamericana y romper la alianza parlamentaria del PSOE con Unidas Podemos. Venezuela, capital Madrid. Los telediarios abren con Venezuela cada día. La derecha cree tener a Sánchez a tiro. El nuevo Gobierno solo tiene seis meses de vida.

Se crea un ambiente político de «pronunciamiento» latinoamericano y la derecha intenta ponerlo en escena en la plaza Colón de Madrid. Sánchez está intentando pactar los presupuestos de 2021 con Esquerra Republicana y se «rompe España». La concentración del día 10 de febrero de 2019 reúne en una misma foto a Pablo Casado, Albert Rivera y Santiago Abascal con el pecho hinchado mientras se interpreta el himno nacional. Las tres derechas

juntas. En un gesto audaz, Sánchez se olvida del presupuesto, logra aparentar que Esquerra ha roto las negociaciones y convoca elecciones generales para el 28 de abril. O el PSOE o la foto de Colón.

Gana el PSOE, pasando de 80 a 123 diputados. Unidas Podemos, desciende de 71 a 42. El bloque de la izquierda, reequilibrado ahora a favor de los socialistas, suma 165 diputados, nueve más que en 2016 y podrían formar mayoría con el apoyo de ERC, pero Oriol Junqueras aún sigue en prisión y todavía no se ha dictado la sentencia del juicio al «procés». El juez Manuel Marchena tiene la palabra. La derecha ha pagado la división en tres partidos distintos. Esta vez la ley electoral concebida por Torcuato Fernández Miranda, Adolfo Suárez y Alfonso Osorio en 1976 perjudica a la derecha: la división en tres candidaturas es letal en las provincias pequeñas, con menos de cinco diputados. El PP se queda con 66 diputados, Ciudadanos le pisa los talones con 57 y Albert Ribera empieza a soñar con ser el futuro presidente del Gobierno: el hombre que España necesita, le susurran al oído en los despachos de Madrid DF. Vox entra en el Congreso con 24 escaños.

Sánchez no tiene prisa para pactar un Gobierno. Al cabo de un mes y medio se celebran elecciones municipales y autonómicas, que el PSOE gana bien, sin poder reconquistar la Comunidad de Madrid. Madrid es un desastre para la izquierda. Manuela Carmena pierde la alcaldía como consecuencia de sus maniobras con Íñigo Errejón para dejar de lado a Podemos. La crisis interna de Podemos se ha convertido en escisión. Errejón proyecta presentarse al frente de una candidatura propia a las generales, pero el adelanto electoral de Sánchez le ha alterado los planes. Podemos tiene una posición decisiva en el Congreso pero pierde pie en las elecciones locales y también en las europeas. La izquierda española lamentará durante mucho su cisma en Madrid.

Con los datos de las elecciones municipales, autonómicas y europeas sobre la mesa, Sánchez empieza a pensar que una repetición de las elecciones generales le puede ser favorable. Con Rivera en ascenso tiene miedo de quedar atrapado en un pacto con UP y ERC. El PSOE del interior le aconseja repetir las elecciones. El PSOE del litoral, especialmente el PSOE del arco mediterráneo (catalanes, valencianos y baleares) le dicen que vaya con cuidado y que mejor sería pactar con Podemos. Hay cuatro partidos

socialistas en esta fase histórica: el PSOE mediterráneo (federalista), el PSOE andaluz (conmocionado por la pérdida de la Junta de Andalucía), el PSOE del interior (temeroso de la derecha) y el PSOE anterior, que no soporta a Pedro Sánchez. Rivera, convencido de que puede desbancar al PP, se niega a facilitar la investidura. Socialistas y Ciudadanos sumarían 180 escaños y podrían gobernar España con mucha comodidad, enviando al PP al ostracismo y a Podemos a una posible marginalidad. Hay rogatorias en la Castellana a favor de ese pacto, pero Rivera se ha venido arriba y tiene grandes sueños.

Sánchez pone rumbo a la repetición electoral. Pablo Iglesias da un paso atrás y se muestra dispuesto a no entrar en el Gobierno, pero exige ministros de UP. Se inicia una negociación de última hora, pero los socialistas no facilitan el acuerdo. La vicepresidenta Carmen Calvo no soporta que la cartera de Igualdad vaya a parar a manos de Irene Montero. Tampoco lo soportará cuando, al cabo de unos meses, el pacto con UP sea inevitable.

No hay acuerdo y el país se encamina a una nueva cita electoral. En el tiempo de espera, el Tribunal Supremo da a conocer la sentencia sobre los hechos del «procés». Severas penas de cárcel para la mayoría de los encausados, que resultan condenados por sedición y no por rebelión. Estalla un amago de insurrección en Barcelona. Una manifestación masiva toma las instalaciones del aeropuerto de El Prat, que es abandonado a medianoche después de un duro enfrentamiento con la Policía, siguiendo instrucciones de la plataforma Tsunami Democràtic, que se comunica con los manifestantes a través de una app propia. El independentismo catalán se ha convertido en un club digital.

El Tsunami Democràtic, cuyos dirigentes nunca se dieron a conocer, trata de impedir que las protestas sean lideradas exclusivamente por los Comités de Defensa de la República (CDR), comités locales en muchos casos dirigidos por la CUP. Se cortan carreteras y líneas de tren. Una manifestación de más de medio millón de personas confluye en Barcelona y por la noche arden los contenedores del Eixample y de la Via Laietana, donde se halla la Jefatura Superior de Policía. La plaza de Urquinaona se convertirá en el epicentro de la protesta violenta. Ardieron más de mil

contenedores en el centro de Barcelona durante los cinco primeros días de la protesta. Concluidas las manifestaciones no se volvió a tener noticia del Tsunami Democràtic. Algún día se sabrá cuántos actores movieron pieza aquellos días en Barcelona. No todos eran independentistas.

Al calor de las llamas de Barcelona, Vox subió a 52 diputados, Albert Rivera perdió el tren y Pedro Sánchez no pudo ganar votos de centro pese a comprometerse en debate televisado a traer a Carles Puigdemont a España para que pudiese ser juzgado. Íñigo Errejón pinchó al frente de la plataforma Más País. En una cena en Madrid con periodistas y un destacado analista electoral le prometieron que no bajaría de los veinte diputados y se convertiría en pieza clave de los pactos poselectorales.

El PSOE perdió tres diputados y UP, siete. El PP recuperó 23 escaños y Vox multiplicó por dos su representación. El peor parado fue Ciudadanos, que entró en bancarrota: de 47 a 10 escaños. Habían tenido una gran oportunidad a su alcance y no la supieron ver por un exceso de lisonjas y mimos mediáticos. Los potentes focos de Madrid DF deslumbran a los chicos de provincias con demasiados pajaritos en la cabeza. Al cabo de unos días, Rivera presentaba la dimisión y se retiraba de la vida política. En el plazo de una semana, Sánchez cerraba un pacto de Gobierno con Unidas Podemos, una coalición que iba a necesitar el concurso de ERC y del PNV, como mínimo.

Pedro Sánchez y Pablo Iglesias se abrazaban antes que Madrid DF comenzara a presionar a favor de un gobierno de concentración nacional.

EL ALZAMIENTO REACCIONARIO

20 de enero, 2019

En menos de tres meses, la palabra Vox se ha situado en el centro del debate público en España. Un monosílabo. Hay cosas que encogen en esta época: la democracia, la sensación de estabilidad, el optimismo, los salarios, los

contratos de trabajo, los derechos sociales, los consensos, la tolerancia, la buena educación ... y el nombre de los partidos políticos. Tres letras: Vox.

Hay preocupación en la derecha convencional ante el nuevo fenómeno, como ha quedado patente este fin de semana en la convención del PP. Temen que el partido que les acaba de entregar la Junta de Andalucía no se limite a ser el providencial compañero de viaje que transforma en votos el cabreo abstencionista de la España varón dandy. Las encuestas se están volviendo locas desde hace unas semanas. El octavo pasajero anda suelto. Vox sigue galopando hacia arriba. Forocoches está que arde. Los grupos de Whatsapp vibran.

Vox rompe techos y podría trastocar seriamente el reparto de escaños si las elecciones generales se celebrasen mañana. El único partido que en estos momentos se sitúa por encima de una estimación de voto del veinte por ciento es el PSOE. Baila la jerarquía de los demás partidos en un sistema electoral que penaliza claramente al cuarto y al quinto clasificados. La elección de alcaldes y presidentes de autonomía puede ser todo un poema después del 26 de mayo.

Uno de los primeros en advertir que Santiago Abascal y Javier Ortega Smith no se han subido a un caballo para acabar sirviendo los cafés a Pablo Casado y Albert Rivera en el futuro Congreso de los Diputados fue el veterano periodista Pedro J. Ramírez, siempre atento a la correlación de fuerzas. «La primera consecuencia automática de la potente irrupción de Vox en las encuestas, es decir, de la fragmentación del voto opositor al actual Gobierno, es que se haya rebajado en más de tres puntos el umbral de sufragios que deberían sumar Pedro Sánchez, Pablo Iglesias y los separatistas para mantener la actual mayoría en el Congreso», advertía el día de Reyes en su artículo dominical en el periódico digital El Español. A Ramírez siempre le ha gustado ordenar el tráfico. Esta era su conclusión: «Supongo que a muchos votantes de Vox se les helaría la sonrisa si llegara a materializarse el riesgo de que su auge fuera, precisamente, lo que perpetuara, durante otra legislatura completa, al doctor Frankenstein en la Moncloa».

Cayetana Álvarez de Toledo tampoco lo ve claro. En un reciente artículo en el diario El Mundo, esta intelectual con fuerte vocación periodística, que se

mueve en la zona de confluencia del PP y Ciudadanos, advierte que Vox es el nuevo juguete de los medios de comunicación. «Vox seguirá creciendo porque Vox es un negocio. Es nuevo: clic. Es políticamente incorrecto: clic, clic. Y sobre todo es contestatario, polémico y polarizador: clic, clic, clic». Escribe bien Álvarez de Toledo, que en fecha reciente fue tentada con la candidatura del PP a la alcaldía de Madrid. Sabe lo que se cuece en el PP y lo explica: «Personas relevantes del entorno de Abascal le están intentando convencer de que vuelva a casa [al PP, del que fue militante] aunque sea para el verano y en forma de coalición. Encomiable ingenuidad... Solo un patriota renunciaría al dulce olor del poder por el bien común. Vox, como Podemos con el PSOE, como Ciudadanos con todos, tiene vocación de sustitución y un huracán a favor». Advirtiendo que Andalucía puede ser un espejismo, su conclusión no difiere mucho de la de Pedro J. Ramírez: «La división del antiguo espacio del PP en tres puede convertir al PSOE en la primera fuerza política del Congreso, y, por mucho, del Senado».

El círculo de Cayetana se horroriza ahora ante el fenómeno incubado durante años de inflamación del discurso nacionalista español, uno de los pocos nacionalismos que se afirma negando su existencia, a medida que alza el tono de la voz. En España, como diría Jean Paul Sartre, los nacionalistas siempre son los otros. El profesor Ignacio Sánchez Cuenca, incidía en este punto en un reciente artículo en el digital CTXT: «El surgimiento de un partido como Vox no es sino la conclusión inevitable de llevar hasta sus últimas consecuencias los planteamientos que durante tantos años han hecho los intelectuales nacionalistas españoles (...) Vox ha encontrado un terreno abonado. Sin la retórica tóxica que se ha creado en España a propósito del conflicto nacional, no lo habrían tenido tan fácil».

José Antonio Zarzalejos, atento observador político, también ve problemas para Ciudadanos en el laboratorio andaluz y les recrimina que hayan entregado a Vox un papel decisivo. «Hubiese bastado que los 21 diputados de Ciudadanos en Andalucía invistieran a Moreno Bonilla y se mantuvieran al margen del Gobierno autonómico (...) para establecer desde el Parlamento andaluz un filtro a las decisiones del PP y Vox», afirma el periodista en un artículo publicado en El Confidencial. ¿Por qué no le hicieron caso a Zarzalejos?

Estamos asistiendo a un alzamiento reaccionario en España. La advertencia más lúcida al respecto llevaba ayer la firma de José María Lassalle en La Vanguardia: «Cien años después, un fascismo posmoderno inicia su andadura en busca de una nueva eternidad. Esa es la diferencia con el populismo y la urgencia de ponerlo en evidencia».

LA VENGANZA DE LA GEOGRAFÍA

21 de abril, 2019

A las cosas hay que darles un nombre y Sergio del Molino así lo hizo hace tres años. Este brillante periodista aragonés, fogueado en el Heraldo de Aragón, poseedor de una fuerte vocación literaria, una de esas vocaciones capaces de afrontar los momentos más difíciles de la vida, publicó en la primavera de 2016 La España vacía, un libro que combina la crónica periodística, el recuerdo personal y la literatura de viaje alrededor de un tema que hoy es tendencia: la España que se está despoblando gravemente, con comarcas tan despobladas como Laponia.

Fue un libro de éxito. Mientras todo el mundo hablaba obsesivamente de Catalunya, Del Molino coloreó un mapa de la España invisible contando historias del país que queda lejos de las estaciones del AVE, esa costosa innovación que satisface a las clases medias urbanas y articula vecindades en una España históricamente invertebrada, en beneficio de una potente estructura radial sin apenas corrección. Todos los trenes rápidos conducen a Madrid. Las cuatro Catalunyas provinciales han quedado muy bien comunicadas. Hora y media entre Madrid y València: el tiempo de leer un periódico, al ritmo de antes. Poco más de media hora entre Girona y Barcelona: la Catalunya ciudad con la que soñaba Gabriel Alomar, apóstol del catalanismo republicano y federalista, rama izquierda del noucentisme. Cinco horas para ir de Zaragoza a València en tren regional, vía Teruel. Horas lentas. Toda una mañana para leer La muerte de un viajante.

La España del tren rápido y la España de las estaciones de autobuses. El envejecimiento y la progresiva desertización humana del cuadrante noroeste que forman las provincias de Lugo, Ourense, León, Zamora, Palencia y las comarcas mineras de Asturias. La creciente difuminación de las provincias de Teruel, Soria y Cuenca, que han respondido estos últimos años con eslóganes combativos.

A los fenómenos que dibujan el futuro hay que darles un nombre y Sergio del Molino acertó. Desde hace un tiempo mucha gente habla de la España vacía. (La España vaciada, puntualizan los damnificados). En esta campaña electoral se está hablando muchísimo de la España vacía puesto que el baile de escaños en las provincias menos pobladas puede ser decisivo. Unos meses antes que Del Molino sacase su libro con el sello de Turner, el editor Joaquim Palau publicaba en RBA la traducción al castellano de The Revenge of Geography, uno de los más exitosos ensayos de Robert Kaplan, el periodista norteamericano que mejor ha divulgado la caja de herramientas de la geopolítica. Kaplan es un escritor que combina muy bien la observación viajera, la doctrina académica y el potente arsenal estadístico de Estados Unidos. Kaplan siempre avisa. Con estadísticas de población en mano, ya advertía a finales de los noventa que la acumulación de una joven población masculina sin porvenir iba a convertir todos los países del norte de África en un polvorín. (La anarquía que viene, 2000). La mirada geopolítica es siempre fascinante, en la medida que ayuda a ordenar una visión del mundo, pero deriva con cierta facilidad hacia el determinismo. La geografía como predestinación en un tiempo en que todo el mundo se siente libre con un teléfono móvil en la mano. Kaplan, implacable en sus juicios, tiene un cierto sesgo determinista. Acaba de publicar ahora un ensayo sobre la deriva oriental de Occidente (El retorno del mundo de Marco Polo), que empieza así: «La civilización occidental no se está destruyendo, más bien se está diluyendo y dispersando».

La despoblación de la España interior no es un fenómeno único en Europa, aunque presente unas características muy intensas y específicas. Las tensiones territoriales, que no siempre se expresan con exigencias de autonomía o independencia, están muy presentes en la actual crisis europea. En el Brexit han confluido muchos factores y uno de ellos es el resentimiento de la Inglaterra interior y del norte ante el gigantismo

cosmopolita de Londres, la ciudad-planeta. En Francia, la rabia de los chalecos amarillos es una emanación de la provincia cabreada con París. En Italia vuelve la emigración del sur hacia el norte. En España, el lamento del país vacío emerge, también, como contrapunto moral a las reclamaciones catalanas: «¡De qué os quejáis!».

El fenómeno viene de lejos, acentuado ahora por el envejecimiento de la población y los estragos de la crisis. Madrid es un gran aspirador de las energías españolas. «Madrid se va», escribió Pasqual Maragall en 2001 y le trataron de loco. La costa mediterránea es el otro gran aspirador. Algunas capitales de provincia también son aspiradores. Zaragoza, enclave logístico en el corredor del Ebro, es una de las ciudades españolas que más ha crecido en los últimos veinte años en relación a su tamaño. Madrid absorbe, el Mediterráneo absorbe y algunas capitales de provincia bien situadas también absorben lo que tienen a su alrededor.

La España vacía puede decidir las elecciones del próximo domingo con una ley electoral pensada hace cuarenta años para fortalecer políticamente a la España rural que no quería aventuras. Adolfo Suárez ganó en junio de 1977 y marzo de 1979 con el disputado voto del señor Cayo. El PSOE puede ser el próximo domingo el partido más votado en la España vacía gracias a su orgánica capacidad de supervivencia en una España tensa que también fragmenta a la derecha.

COLONOSCOPIA

5 de mayo, 2019

Una imagen quedará para siempre asociada a las elecciones que finalmente ha ganado la izquierda. Una estampa que compite con el magnetismo de la famosa foto del trío de las Azores. Tres, siempre tres. Número fatídico para las derechas españolas. Estamos hablando, claro está, de la foto de Colón. En el cuadro del 10 de febrero está anunciado el 28 de abril.

El Atlántico, siempre el Atlántico de por medio. Momento Azores. Momento Venezuela. La foto de Colón tuvo sabor caraqueño. Hagamos memoria. La manifestación de febrero en la plaza de Madrid dedicada al descubrimiento de América fue convocada al calor de los acontecimientos en la patria de Simón Bolívar. Dos semanas antes, el gobierno de Pedro Sánchez se había visto desbordado por la autoproclamación de Juan Guaidó como presidente interino. Venezuela, capital Madrid. Felipe González, que nunca da puntada sin hilo, apremiaba a reconocer al alzado. José Luis Rodríguez Zapatero pedía una semana de tiempo para viajar a Caracas e intentar una negociación. El ministro de Asuntos Exteriores, Josep Borrell, intentaba situarse bajo el paraguas de la Unión Europea. Estados Unidos marcaba el ritmo. El 4 de febrero, Sánchez reconocía solemnemente a Guaidó, sin romper con el régimen de Nicolás Maduro.

Venezuela, capital Madrid. El gobierno se movía a la defensiva. La gente de Podemos no sabía muy bien qué decir. El hundimiento de Venezuela les paraliza. Íñigo Errejón borraba tuits. Pablo Iglesias había intentado tomar distancias en diciembre, aprovechando una comparecencia en el Senado sobre la financiación de su partido: «La situación en Venezuela es nefasta. He podido emitir opiniones que ahora no comparto. Creo que es bueno corregir». Solo Juan Carlos Monedero se mantenía de pie en el malecón. Por primera vez desde la moción de censura de mayo de 2018, la izquierda estaba en apuros. Bien comunicados con la oposición venezolana, Pablo Casado, Albert Rivera y Santiago Abascal, cada uno con su propia agenda, se lanzaban al ataque. El bloque de Sevilla tomaba la iniciativa en Madrid, dos meses después del imprevisto vuelco electoral en Andalucía. José María Aznar acariciaba los tres teclados. Felipe González, que tiene el nuevo mapa de América en la cabeza, se desesperaba.

Faltaban pocos días para una votación decisiva en el Congreso. Se tenía que decidir la admisión a trámite de los presupuestos de 2019 y el equipo de Sánchez todavía buscaba el imprescindible apoyo de los independentistas catalanes. Con los presupuestos aprobados, la legislatura podría prolongarse hasta 2020. Sánchez parecía dispuesto a ello, aunque en realidad estaba preparando la intendencia de las elecciones, esperando el momento más oportuno para convocarlas. Sin presupuestos, el gobierno surgido de la moción de censura entraba en la parrilla de San Lorenzo. Con la legislatura

totalmente bloqueada, la izquierda podía perder o empatar malamente las elecciones municipales y autonómicas de mayo, para ser rematada en octubre, puesto que no tendría fuelle para resistir más tiempo.

El bloque de Sevilla exigía elecciones como táctica de desgaste y la vicepresidenta Carmen Calvo prometía un «relator» en la mesa de diálogo con los partidos soberanistas catalanes, para poder conducirlos al acuerdo presupuestario. Esquerra ya tenía decidido que bloqueaba la legislatura y Carles Puigdemont no tardaría en dictar instrucciones desde Bruselas en el mismo sentido. El juicio en el Tribunal Supremo estaba a punto de empezar (martes 12 de febrero) y ninguna de las dos ramas principales del independentismo catalán se podía permitir llegar a las elecciones municipales de mayo emitiendo mensajes blandos. El «relator» fue la chispa que encendió Colón. Nueva intervención pública de González amonestando a Sánchez. La vicepresidenta Calvo, asustada. Alfonso Guerra al ataque contra los herejes en todos los programas de máxima audiencia con un libro titulado La España en la que creo.

Venezuela, capital Madrid, en las redes sociales y en la televisión. No en la calle. La manifestación pinchó en términos políticos. Lograron congregar a decenas de miles de personas, pero no tuvo lugar una oceánica concentración destituyente. Los convocantes tenían que subir al estrado al concluir la lectura del manifiesto, tarea que llevaron a cabo tres periodistas, puesto que no hubo acuerdo para efectuar el encargo a Mario Vargas Llosa. Visiblemente incómodo, Rivera pidió a otros dirigentes de Ciudadanos que le acompañasen en el estrado, para poder situarse lejos de Abascal y disminuir así el impacto político de la fotografía. En Colón, Albert Rivera recibió en su teléfono móvil un mensaje de una de las personas que le acompañan en la aventura de Ciudadanos: «Acabas de regalar las elecciones a Sánchez».

Aquella misma tarde en la Moncloa se decidía la inmediata convocatoria de elecciones generales. Apenas quedaba calendario. 28 de abril, con la Semana Santa de por medio, después de haber desestimado el 14 de abril, domingo de ramos republicanos. La intendencia del PSOE estaba perfectamente preparada. La convocatoria pilló por sorpresa a la oposición, especialmente a Casado, que aún estaba reordenando despachos en la calle

Génova. Rivera deseaba elecciones cuanto antes para conseguir el «sorpasso» al PP que no había conseguido en Andalucía. Vox iba como una moto, pero necesitaba más pista de despegue.

Intuyendo que las elecciones podían ser en primavera, Iglesias había celebrado las primarias de Podemos en diciembre. Las elecciones no le pillaron totalmente por sorpresa, pero sí cambiando pañales. Llantos en la cuna y una peligrosa escisión en su partido. La coalición Unidas Podemos estuvo a punto de estallar entre enero y febrero. La decisión de Manuela Carmena y Errejón de acudir a las municipales y autonómicas de Madrid con una plataforma propia, alentó rupturas en Galicia y Valencia, y estuvo a punto de provocar la deserción general de Izquierda Unida. Iglesias se estaba quedando solo. Entre biberón y biberón y con la ayuda de Alberto Garzón y otras personas, logró estabilizar el barco, para acabar remontando en abril una campaña que inició en calidad de hombre muerto. De haberse producido la implosión, el PSOE no dispondría de los números necesarios para gobernar España.

Colón ha movilizado a tope. 75,75% de participación. 11.276.920 personas votaron el pasado domingo a los partidos del bloque de Sevilla, más los tradicionalistas navarros. 11.386.435 a la conjunción de las izquierdas, sumando en este cómputo al valenciano Compromís. 1.626.001 votos para los independentistas catalanes. 653.467 para los nacionalistas y soberanistas vascos. 326.313 a otros partidos regionalistas y nacionalistas (canarios, cántabros, gallegos y baleares). La ley electoral de base provincial ideada en 1977 por Adolfo Suárez, que no preveía una gran fragmentación de la derecha, ha dictado sentencia en favor de la izquierda. En Venezuela, momento Leopoldo López.

LA OLA QUE VIENE

8 de septiembre, 2019

Lejos, difuminada en el horizonte se observa una masa oscura. Quizá sean unas montañas. Una lejana cadena montañosa. Sí, seguramente se trata de unas montañas escondidas detrás de la bruma. Aunque también podrían ser unas nubes, unas nubes tormentosas. La aeronave acaba de parar motores y sus tripulantes aún no se han hecho una composición del lugar. Están maravillados. Un planeta oceánico. El agua parece poco profunda. Han amerizado en un inmenso estanque. Un lugar tranquilo y sin embargo inquietante.

La Tierra está agonizando. Las sequías y las tormentas de polvo son cada vez más frecuentes. Su misión es encontrar un planeta habitable en una galaxia lejana, a la que han llegado a través de un agujero de gusano: un atajo a través del espacio y el tiempo. De pronto, uno de los astronautas tiene la sensación de que aquella lejana masa oscura se está moviendo. Estamos viendo Interestelar, película de Cristopher Nolan, que alcanzó un notable éxito de público hace unos años, siendo muy elogiada por su buen manejo de la teoría de la relatividad. Una fantasía con base científica.

La tripulación es multipartidista. Cada uno tiene sus propias ideas sobre el Universo. La masa oscura se mueve y el astronauta del PSOE, después de un primer momento de perplejidad, llega a la conclusión de que la Mayoría Cautelosa se ha puesto en marcha. Sonríe y mira de reojo al cosmonauta de Podemos. «Os vais a enterar. Ahí viene, majestuosa, la Mayoría Cautelosa. ¡Con qué precisión la hemos sabido convocar! Esa ola nos va a propulsar y la próxima legislatura será habitable».

Llevan las siglas en la escafandra. El astronauta del PP, todo de blanco, también sonríe. «Lo sabía. Sabía que pasaría. Ahí viene la crisis económica. Alemania nos avisó. Los indicadores de agosto parpadearon y estos ingenuos de la izquierda creyeron que aún tenían tiempo para sus maniobras. Los socialistas no aprenden. Al comandante Zapatero le pasó lo mismo en 2008. Esta ola se los va a llevar por delante. Olvidémonos de Catalunya, ¡es la economía, estúpidos! Hay que cabalgar esa ola». En ese preciso momento, el espectador tiene la sensación de que esta película ya la ha visto.

El astronauta de Ciudadanos está angustiado. No se está quieto. Ignoraba que la ola fuese tan alta y estaba seguro de que los tripulantes del PSOE y

Podemos llegarían a un acuerdo para salir juntos en busca del fatídico horizonte. Esa era su apuesta. Ahora todos están en riesgo y a él se le ha enganchado una correa del traje naranja con un engranaje. No puede avanzar ni retroceder y tiene muy pocos amigos a bordo. Está asustado. Es el que más miedo tiene.

Mono rojo y escafandra blanca, el cosmonauta de Podemos presenta un singular aspecto con su traje espacial soviético de la época de Yuri Gagarin. No acaba de identificar bien la ola y solo le quedan siete minutos. Si es la Mayoría Cautelosa, que se prepare. Si es la crisis económica, mejor será alejarse cuanto antes del PSOE. ¡A quién se le ocurre querer entrar en un Gobierno con los socialistas en puertas de una recesión económica! Quizás Irene Montero tenía razón cuando aquella calurosa tarde de julio se negó a hacerse cargo de una vicepresidencia con competencias limitadas. Quizá cometió el error político de su vida. No fue fácil aquella tarde. La ola se aproxima y hay que tomar una decisión.

El tripulante de Esquerra Republicana emite mensajes cifrados a la base. Rítmicos y sentenciosos. 155 códigos por minuto. «Si eso es una Mayoría Cautelosa, la podemos cabalgar. También puede ser nuestra Mayoría Cautelosa». La astronauta de Junts per Catalunya recita un poema de Mossèn Cinto Verdaguer: «Muntayes del Canigó / fresques són i regalades / més que més ara a l'estiu / que les aigües son gelades...». ¿Y si no es el Canigó? ¿Y si es un tsunami? «¿Un maremoto? Mejor que mejor. Cuando ya nada quede en pie, de entre las ruinas se levantará la república catalana». El tripulante del PNV es el más analógico de todos y el más prudente: «¡Ahí va, la que nos viene encima! Estos insensatos nos han metido en un buen lío». Agazapado detrás de la aeronave, el octavo pasajero, llamado Vox, observa entusiasmado la masa en movimiento: «Ahí viene todo el malestar social acumulado. La izquierda no sabe cuánto cansancio está provocando entre los que menos tienen y los que menos les interesa la política. Un día toda esa masa será nuestra».

El capitán del PSOE duda un momento. «Si es crisis económica quizá deberíamos preocuparnos. Quizás estemos en riesgo. No, no, si es crisis, la Mayoría Cautelosa será mayor. Esa ola es el pulso institucional de España». El cosmonauta de Podemos recibe una comunicación por los auriculares:

«El comité central del Partido Comunista de España, reunido ayer sábado en Madrid, aconseja negociar y evitar elecciones. Garantizamos unidad y cohesión en Unidas Podemos». Quedan siete minutos, bip, bip, bip...

EL ÚLTIMO GRITO: ¡POR UN GOBIERNO FUERTE!

27 de octubre, 2019

El último parte: «No ha sido una mala semana para Pedro Sánchez en el marcador electoral. Hace ahora siete días, los socialistas se iban para abajo y han logrado frenar la caída. Pueden haber recuperado unos cuantos diputados de viernes a viernes. El fin de semana pasado, el PSOE bajaba hacia los 115 escaños. Perdía altura y tenía montañas enfrente, los Picos de Europa. En estos momentos, después de la exhumación de Franco y con un lenguaje más duro sobre los acontecimientos de Catalunya, parecen estar recuperando la cota del 28 de abril».

España está en una montaña rusa. Todo el sistema político se iba para abajo hace una semana. Solo subía Vox, rompiendo la barrera de los cincuenta diputados. Mientras ardían los contenedores en el centro de Barcelona, la derecha mediática exigía a Sánchez el estado de excepción en Catalunya. Voces amigas le urgían a moverse rápido: «¡Actúa ya!». «¡Pega un volantazo!». Los mandos de los Mossos d'Esquadra preveían una semana más de fuertes disturbios diarios. Se filtraban las tensiones entre la cúpula del Ministerio del Interior y la dirección de la Guardia Civil. En algunos momentos, el ministro Fernando Grande Marlaska parecía haberse quedado muy solo. El coro trágico de Madrid pedía acción. Ley de Seguridad Nacional. Artículo 155. Declaración del estado de alarma. El presidente del Gobierno evitó cometer el error al que pretendían empujarle. Este es un dato importante para la crónica política de las próximas semanas. La aplicación de medidas excepcionales en Catalunya podría llevarse al Partido Socialista por delante el 10 de noviembre.

«No pienso moverme, no habrá medidas especiales», comentaba Sánchez a personas allegadas durante el fin de semana pasado, mientras circulaban todo tipo de rumores sobre el grave estado de salud de uno de los policías heridos. No activó ninguna medida de excepción, no cogió el teléfono a Joaquim Torra y el lunes viajó a Barcelona para visitar a los policías heridos. No era un viaje fácil, como se comprobaría al cabo de unas horas. No ganó votos entre los catalanes que esperaban algo más que una visita al hospital de Sant Pau, pero el torbellino perdió aceleración. Empezaban a activarse algunos frenos en Barcelona. En la calle, en la política y en las casas.

En la calle, la protesta fue redirigida hacia ejercicios de gincana, ante la indignación de los que aún siguen creyendo en el «momento insurreccional». El lunes, la performance consistió en lanzar detergente a la fuente de la plaza de Espanya de Barcelona. Personas adultas vertiendo jabón en una fuente pública. El conseller de Interior, Miquel Buch, ha decidido aguantar. Van a por él y resiste. El vicepresident Pere Aragonès viajó el jueves a Madrid para hablar entre líneas. No dijo nada y lo dijo todo: ERC se ofrece como nuevo centro de gravedad. Y en algunas casas está habiendo fuertes discusiones entre padres e hijos. Después de la dura noche de ayer, hoy habrá tema.

Menos gente en la manifestación independentista y nuevos enfrentamientos nocturnos, con varios heridos. Barricadas en el paseo de Gràcia. A Waterloo la situación se le está escapando gravemente de las manos. La facción Puigdemont-Torra se ha metido en un buen lío. Hoy se manifiesta en Barcelona la Catalunya que también se siente española. Y no serán pocos.

Prosigue el parte: «Vox se mantiene al alza y apenas ha bajado en una semana». Puede superar los cincuenta diputados. En estos momentos es el tercer partido. Se alimenta de los disturbios de Barcelona, de la exhumación de los restos de Franco, del miedo a una nueva crisis y del fenomenal cabreo antipolítico. Santiago Abascal intenta copiar a Matteo Salvini. Vox empieza a hablar de «emergencia social», un término que empleaba Podemos en 2014. En estos momentos, Vox estaría ralentizando la recuperación del PP, al absorber con mucha energía la pulsión nacionalista de Ciudadanos. Ayer llenaron a rebosar la plaza Colón de Madrid. Vox, PP y

PSOE luchan por el reparto del botín naranja. Del partido de Albert Rivera puede que no queden ni las costillas la noche del 10 de noviembre. Crece la demanda de orden. Socialistas y populares se disputarán restos provinciales decisivos para el reparto final de los escaños. Las 28 provincias con menos de cinco escaños eligen un total de cien diputados. El PSOE dice: «Ahora el orden somos nosotros». Durante la exhumación de Franco quedó muy claro. Vienen quince días vertiginosos. Los socialistas comenzaron a pedir ayer un «gobierno fuerte». Es el último grito. El PP dice: «La única solución a este despropósito somos nosotros». Pero las llamas de Barcelona ahora elevan a Vox. Padres e hijos: «Ciudadanos se desangra y Unidas Podemos resiste más de lo previsto, con vientos de Chile a su favor. El PSOE ahora no puede dar cuerda al grupo moderantista de Íñigo Errejón: los restos provinciales son demasiado valiosos en la actual situación de emergencia. Sánchez intenta estabilizar la cota de abril. La sentencia de los ERE en Andalucía va camino de aplazarse hasta después de las elecciones, según informaba ayer el Diario de Sevilla. Vox rompe techos y frena al PP. Podemos resiste. ERC va por delante del PSC y la CUP va a marear a Laura Borràs». Hasta aquí llega el parte.

SIETE DÍAS DE NOVIEMBRE

3 de noviembre, 2019

Siete días de noviembre. La campaña electoral más áspera e inhóspita de los últimos decenios decidirá el próximo domingo el futuro político de España. El 10 de noviembre dibujará importantes líneas de fondo, aunque los resultados fabriquen precarios equilibrios parlamentarios y se tenga que volver a las urnas dentro de dos años. No hay que descartar esa posibilidad.

El país está en una encrucijada. O se avanza o se retrocede. O se avanza hacia un nuevo pacto social entre los ganadores de la crisis y los perdedores del cataclismo de los últimos años, hacia nuevos equilibrios entre autonomía y solidaridad: entre los intereses de Madrid y los intereses de Barcelona, entre la fuerza multiplicada del centro y el dinamismo de las

periferias costeras, entre las aspiradoras urbanas y la España vaciada, o se retrocede hacia una involución inequívocamente centralista y por tanto autoritaria del sistema político pactado en 1978. El tema no es Catalunya en un sentido exclusivo. El tema es España.

El tema es Europa. Todas las democracias de la Europa occidental surgidas de la victoria sobre el nazifascismo en 1945 —o reforzadas por esa victoria, como es el caso británico—, se enfrentan en estos momentos a severas pruebas de estrés. Más dura está siendo la prueba para las democracias del sur de Europa, que emergieron del extremo agotamiento de las dictaduras protegidas por la Guerra Fría (Portugal, España y Grecia) acelerando consensos sociales con el dopaje de la deuda pública. Europa es un poema. Las nuevas democracias del Este experimentan una atracción abismal hacia las seguridades del pasado. Todo el andamiaje institucional europeo está sometido a una fuerte tensión. En pocas palabras: el delicado momento de Barcelona es un momento profundamente europeo.

Si las bolas de cristal adivinasen el futuro, Pedro Sánchez no habría optado por la repetición de las elecciones generales. Sánchez se dejó embriagar por los perfumes de mayo. El resultado del PSOE en las elecciones europeas fue espléndido. Un eufórico 30%, acompañado por el hundimiento de Unidas Podemos por debajo del 10%. La división orgánica de la derecha. El interesante resultado de la escisión de Íñigo Errejón en Madrid. Fue un mayo de vino y rosas. Aquella cena en el Eliseo con el presidente Emmanuel Macron y el mapa de Europa desplegado sobre la mesa. La tristeza del PP y el aparente eclipse de Vox. Una España europeísta derrotaba los planes de Steve Bannon. Llamadas de felicitación desde todas las cancillerías europeas. Aquel 26 de mayo invitaba a soñar.

Aviones Mirage franceses sobrevolaron el cielo de Madrid durante las primeras semanas de junio para favorecer la formación de un bloque central en el Parlamento español. Manuel Valls demostró tener talento táctico en Barcelona. Se buscó una investidura blanca con la abstención de Ciudadanos, a la que se negó Albert Rivera. Ante esa obstinada negativa, al PSOE no le quedó más remedio que simular una negociación con Unidas Podemos, en la que no creía. Aquello acabó como el rosario de la aurora después de que Pablo Iglesias encajase, por sorpresa, el veto de Sánchez.

Nunca hubo una negociación real entre PSOE y UP.

En agosto la repetición ya estaba decidida. El plan era casi perfecto: Ciudadanos bajaba, sin estrellarse, y la cápsula Errejón, propulsada con fuerte apoyo mediático, reventaba Unidas Podemos. Con 140 diputados, el Partido Socialista podía aspirar a gobernar en solitario con un sistema de satélites de menos de treinta escaños orbitando a su alrededor (Ciudadanos, el grupo de Errejón, lo que quedase de Unidas Podemos, PNV...), mientras el PP delimitaba sus fronteras con Vox. Esa carta astral dejaba a los independentistas cerca de Plutón.

Faltan siete días para las elecciones y el PSOE no tiene garantizado repetir los 123 diputados de abril. Los últimos sondeos apuntan a una ligera recuperación de Sánchez, con el PP cerca de los 90 escaños. Vox sube gracias a las llamas de Barcelona y Ciudadanos se desploma como consecuencia de una inacción que ha convertido en peso muerto sus retóricas. Unidas Podemos resiste más de lo que estaba previsto por la ingeniería mediática y las antenas de la NASA tienen dificultades para captar la señal de la cápsula Más País. Los socialistas aún confían en poder dar la sorpresa en el esprint final.

Siete días de noviembre. Los planes perfectos no existen en el tiempo del culto europeo a los dioses de la ira. Los tecnólogos del PSOE hicieron bien los números con los datos de mayo, pero no hay modelo capaz de adivinar las oscilaciones bruscas de un país que sigue en crisis. Hace falta buena nariz para eso. Intuición. Nervio. Fibra. El problema es Catalunya, sin duda alguna, pero hay más. Está hablando la época.

SURCOS Y MARCAS

17 de noviembre, 2019

Las marcas han perdido y los surcos profundos han vuelto a ser labrados. Esta podría ser una de las conclusiones de la jornada electoral del 10 de

noviembre de 2019. Conviene pensar un poco sobre los resultados del pasado domingo antes de que sean totalmente devorados por la «rabiosa» actualidad. Apenas han transcurrido siete días y la discusión ya se centra en la viabilidad del gobierno de coalición improvisado por Pedro Sánchez la misma noche electoral, al verse en peligro.

No había que ser adivino para presuponer que la repetición de elecciones podía provocar «accidentes» en un país en el que el 40% de la población considera que la política es uno de sus principales males. No hay que ser muy perspicaz para estimar que una sociedad con un promedio de edad de cuarenta y tres años, que ve en peligro las pensiones del futuro, no está para muchas bromas. Es verdad, nadie contaba con los contenedores en llamas de Barcelona. Retransmitido en directo por la televisión y las redes, el fuego convirtió la capital catalana en inquietante signo de descontrol. Las elecciones del 10 de noviembre transmiten, por tanto, una primera lección: no hay planes perfectos en tiempos del malestar digitalizado. Sánchez fue temerario y cayó en una emboscada.

Surcos y marcas. Llegamos ya. En un momento de alarma por lo que nos depara el porvenir, han sucumbido las marcas ligeras y se han vuelto a roturar los surcos profundos. Adiós, Ciudadanos. Hasta la próxima, Más País. Han perdido las marcas más mimadas por los grandes medios de comunicación capitalinos. «Marcas»: expresión cada vez más utilizada para designar a los partidos. No hacen falta más comentarios. El 10 de noviembre se han desvanecido las marcas artificiales y se han afirmado los surcos profundos de la sociedad. Cinco son los surcos de España. Vamos a verlos.

El surco del PSOE. Con 140 años de historia, el PSOE es el partido del pueblo y del Estado. Trabajadores, profesores y burocracia de rango medio. El Partido Socialista estuvo a punto de sucumbir durante la gran resaca de la crisis. Volvió a flote gracias a la intuición de Sánchez, que recuperó la iniciativa, apropiándose de la melodía contestataria de Podemos. Después de subir por la izquierda, Sánchez quiso acampar en el centro y se ha equivocado al escoger el desfiladero de octubre. En estos momentos está intentando una maniobra de salvamento muy complicada.

La coalición con Unidas Podemos —si consigue la investidura en diciembre— tiene riesgos y oportunidades. Podría abrir la puerta a nuevos equilibrios en la complejidad española. El PSOE es un surco sólido, pero si Sánchez fracasa, en el fondo del barranco puede encontrarse con los restos del Pasok griego.El surco de la derecha que quiere ser europea. Hay un conservadurismo español europeo que empezó a labrar su surco en la reunión de Múnich de 1962. Y hay un conservadurismo más derechista que se hizo europeo tras el ingreso de España en el Mercado Común en 1986. La rama más ágil estuvo en UCD y después ayudó a erigir el Partido Popular, partido alfa de las clases medias tradicionales y de los altos funcionarios del Estado. Desastrado por la corrupción, después de las sensualidades inmobiliarias de la época Aznar, el PP podía haber sido en estas elecciones el principal beneficiario del error de Sánchez. Apuntaba hacia los cien diputados, pero el fuego de Barcelona ha quemado los matojos de un viejo surco por el que ahora discurre el agua verdosa de Vox.

El surco de los nacionales. Es el más rocoso de todos. Lo roturó el general Franco durante cuarenta años. Es la desconfianza en la política y en los partidos. Es el miedo a la desintegración de España. Es el recelo a lo catalán, cuando el catalán se aleja. Es la masculinidad herida. Es el recuerdo del modesto bienestar que vino después del Plan de Estabilización de 1959, con un brutal éxodo del campo a la ciudad y al extranjero. Surcos se llama una película rodada en los años cincuenta, que intentaba atemperar aquellas migraciones masivas. Mensaje falangista con guion de Eugenio Montes, estilizado por Gonzalo Torrente Ballester y rodado por José Antonio Nieves Conde. La ciudad moderna puede ser bárbara si se acumula demasiada gente. «No emigréis tanto». Pier Paolo Pasolini dijo algo parecido en Italia, con narrativa marxista. Ese miedo a lo bárbaro ahora reaparece, cuando afrontamos una transformación más incierta que la de 1959. Un país de cuarenta y tres años de media, asustado ante el futuro. Las llamas de Barcelona han activado a Vox como catalizador de un momento de miedo e indignación. No hay 3,6 millones de fascistas en España. Hay más de tres millones de españoles que han escogido el repliegue identitario que les ofrece el derechismo autoritario. Este derechismo estaba escondido bajo las faldas del PP y ha sido excitado a

conciencia durante más de quince años a propósito de la cuestión catalana. Finalmente se ha desinhibido, después de descubrir que el presidente de Estados Unidos canta su canción. No es poco. Esta vez la reconquista de España va del sur hacia el norte, como ha señalado el periodista Carlos Mármol. En Andalucía, Vox ha estado a punto de superar al PP. Andalucía, tan cerca de la frontera más dramática del mundo. Una España que se siente vulnerable ha decidido reagruparse en el viejo surco de los nacionales.

El surco de los resistentes. Podemos fue la gran novedad en la pleamar de la crisis. Llegó a cosechar seis millones de votos en las elecciones de 2015. Se encendieron todas las alarmas y se desató una ofensiva mediática sin precedentes contra los jóvenes partisanos que transportaban hacia una izquierda explícita una enorme bolsa de malestar. Cometieron errores, Sánchez espabiló al PSOE y la economía mejoró. Se podían haber partido por la mitad —este era el propósito de los socialistas repitiendo las elecciones— pero han acabado reposando tres millones de votos en el surco abierto hace ochenta años por el PCE, que algunos creían enterrado. El surco de los resistentes a Franco, el surco de la Pirenaica y de CC.OO., el surco de la protesta social. Ahora pueden entrar en el Gobierno y el eje de la Castellana está muy excitado. En algunos despachos olvidan que el PCE ayudó a estabilizar España en 1977. Podemos vuelve al eurocomunismo. Quién lo iba a decir.

El surco nacionalista. Tan rocoso como el de los nacionales. Un surco estriado, con muchas ramificaciones. Antiguo y moderno. Un surco que se siente propietario del catalán, el euskera y el gallego. Un surco sin el que no se explica la España contemporánea. El surco que define lindes, que los bordea y que ahora amenaza con traspasarlos. Ese surco condensa en Catalunya deseos de cambio y de repliegue, confundidos bajo una misma bandera, la bandera de la independencia. Sánchez tendrá que gobernar con la ayuda de ese surco después de haberlo tensado, todavía más, con una repetición electoral insensata.

Cinco surcos tiene España, pero quizá falten dos. El sexto es el surco de las provincias que se sienten olvidadas. El surco de los localismos que se establecen por su cuenta. La España vaciada que quiere levantar la voz. El diputado de Teruel Existe. No es casualidad que Teruel haya dado el paso, puesto que en el Maestrazgo hubo foco carlista. Todo vuelve. El séptimo surco está casi olvidado. Es el surco de la CNT, la más potente organización sindical que ha existido en España, que durante años llamaba a los obreros a no votar. ¿Qué queda del surco de la CNT anarquista? Queda un carácter y una mirada desconfiada de la política. Y un grito cuando las cosas se ponen feas: ¡Abajo todos!

EL GALLO HA CANTADO

24 de noviembre, 2019

«Antes de que el gallo cante en la Navidad de 2020, habrá más gente detrás de la Constitución, interpretándola como baluarte democrático». Murmullos en la sala. Pablo Iglesias sonrió. No asintió; encajó. Xavier Domènech, que siempre sonríe, negó suavemente con la cabeza. «Antes de que el gallo cante en la Navidad del año que viene, todos detrás de la Constitución». Fue una afirmación que buscaba provocar al público en la presentación del libro Nudo España, amenizada en Barcelona por la irrupción de un grupo de exaltados de extrema derecha, eufóricos por la irrupción del partido Vox en el Parlamento andaluz.

10 de diciembre de 2018. Ocho días antes, las elecciones regionales andaluzas habían trastocado el panorama político español con la inesperada derrota de las izquierdas en una comunidad que parecía propiedad del PSOE desde 1982. Unas elecciones muy mal planteadas por el equipo de Susana Díaz, que quiso ganar con una alta tasa de abstención, la vieja táctica de Jordi Pujol. Los años dulces del andalucismo habían quedado atrás, muy atrás, y el enfado fue a votar. Enfado y miedo al futuro en la

región que se halla en primera línea de la frontera más dramática del mundo. El enfado que se podía haber quedado en casa votó a Vox y lo alteró todo. PSOE y Ciudadanos no pudieron pactar.

El día de las elecciones en Andalucía tuve oportunidad de charlar en Sevilla con José Rodríguez de la Borbolla, expresidente de la Junta, podríamos decir que el principal estratega del andalucismo socialista en los años ochenta, el hombre que ideó el primer desbordamiento constitucional de la Constitución —en eso consistió el referéndum autonomista andaluz de 1980 —, un político serio que nunca ha tenido que pisar los juzgados, y vi cómo le cambiaba el semblante al mediodía, después de hablar por teléfono con algunos interventores del PSOE. «Vox nos va a dar un susto», me dijo.

Justo un año después, el próximo 3 de diciembre, el partido de extrema derecha que empezó a galopar en Andalucía entrará en el Congreso de los Diputados con 52 diputados, cinco de los cuales son militares retirados o en la reserva, después de una insensata repetición de las elecciones generales, cuyas consecuencias a medio plazo aún no estamos en condiciones de poder calibrar.

El gallo se ha puesto a cantar antes de Navidad y no vale escribir «ya lo advertí», porque en realidad no sabemos muy bien lo que está pasando. Las placas tectónicas vuelven a chocar. La lucha por el control de las palabras vuelve a ser extenuante, como lo fue en la Guerra Fría. Se dan golpes de Estado ante la indiferencia general (Bolivia) y se califica de golpe de Estado lo que los jueces no se atreven a sentenciar como rebelión (Catalunya). Una corriente nerviosa atraviesa sociedades muy diversas, invitando a la gente a salir a la calle y a votar con las papeletas que más puedan incomodar en cada momento. España, ese país en el que todo parecía controlado desde el piso de arriba en el que se negoció la Transición, se acaba de dar un baño de espuma de Weimar en unas elecciones desventuradas que nunca se tenían que haber repetido.

No logramos entender lo que está pasando, pero sí sabemos que no han salido bien ninguna de las últimas jugadas pensadas desde el piso de arriba. Quisieron echar a Pedro Sánchez de la política y ahí lo tienen, envuelto en la espuma de Weimar y luchando por una investidura que se le puede volver a escapar de las manos. Quisieron encumbrar a Susana Díaz y mejor será

ahorrarse los comentarios. Quisieron romperle las piernas a Iglesias y Podemos sigue en pie, con la mitad de los diputados y a punto de entrar en el Gobierno. Encumbraron a Albert Rivera y el fiasco ha sido descomunal. Quisieron propulsar a Íñigo Errejón como caballero blanco de las izquierdas del futuro y ha fallado el lanzamiento. No midieron bien la indignación de signo opuesto —de haberla calibrado bien, no se habrían repetido las elecciones— y los de Santiago Abascal van a ser los protagonistas del nuevo Congreso. Quisieron condenar a los líderes independentistas catalanes por rebelión y la sentencia ha bajado dos peldaños. Han querido empujar al PP a la gran concertación con el PSOE y la sentencia de los ERE acaba de decir que eso difícilmente va a ser posible a corto plazo. No sabemos muy bien lo que está pasando, pero este tiempo no admite grandes jugadas de escuadra y cartabón. Hay una energía que viene de abajo y lo inteligente es canalizarla, no intentarla taponar.

No sabemos exactamente lo que está pasando, ni lo que va a ocurrir dentro de unas semanas. Sánchez ha vuelto a ser arropado por el voto de la militancia socialista. Algunos lo querrían placar, pero nadie se atreve a dar el paso. Todo dependerá en los próximos días de la nerviosa relación entre Esquerra Republicana y su base electoral. Todo dependerá de su capacidad para actuar como partido dirigente. Tiempo de maniobras. Tiempo de emboscadas. Tiempo de torpezas.

Pablo Iglesias, que gana cuando pierde y pierde cuando gana, lee versículos de la Constitución y promete una coalición disciplinada. Llega Navidad y ya canta el gallo. Quiquiriquí...

EL ETERNO RETORNO

15 de diciembre, 2019

Los servicios técnicos de la Moncloa han encargado una mesa más grande para la sala del Consejo de Ministros. Una mesa en la que quepan unas veintidós personas, ya que el futuro Gobierno podría tener cinco ministros

más. En estos momentos hay carpinteros trabajando para un gobierno de coalición. Esto es lo más tangible que hoy puede decirse sobre la futura gobernación de España, un mes después de la insensata repetición de las elecciones generales.

Estamos en un aparente tiempo muerto, a la espera de que Esquerra Republicana tome la decisión más importante de sus últimos cuarenta años de existencia, desde aquella primavera de 1980 en la que se inclinó por dar la presidencia de la Generalitat a Jordi Pujol, en vez de sumarse a una coalición de izquierdas con el PSC y el PSUC, que habría podido encabezar Joan Reventós, el hombre que pactó con Felipe González la configuración de un único partido socialista en Catalunya. En aquel tiempo se comentaba irónicamente que había un hombre que no dormía deseando ser presidente de la Generalitat (Pujol) y otro que no dormía por el temor que le infundía el cargo (Reventós).

Bajo la presión escénica de una campaña antimarxista promocionada por la patronal Foment de Treball, ERC se inclinó por la candidatura de Pujol y modificó el curso político de una sociedad que, si se prestaba atención a los jóvenes intelectuales barceloneses de la época, parecía regirse por las leyes del materialismo histórico que conducen inexorablemente al socialismo. Y no era verdad. Y sigue sin ser verdad.

Esquerra ha tenido un papel decisivo en algunos momentos cruciales de la historia de España. Estuvo en el pacto de San Sebastián y proclamó dos repúblicas el 14 de abril de 1931. A las doce del mediodía, el concejal Lluís Companys proclamó la República desde el balcón del Ayuntamiento de Barcelona —la República a secas—, izando la bandera tricolor, y una hora más tarde, Francesc Macià le corregía proclamando desde el balcón de la Diputación de Barcelona, futuro Palau de la Generalitat, la «República Catalana com a Estat integrant de la Federació Ibèrica». Ambos pertenecían al mismo partido, pero venían de distintos afluentes. Abogado de sindicalistas, Companys se había iniciado en el republicanismo reformista y autonomista de Marcel.lí Domingo, y el teniente coronel Macià había evolucionado hacia un separatismo de aire irlandés después de romper con sus compañeros de armas. Puesto que en el pacto de San Sebastián no había nada escrito sobre qué poderes tendría Catalunya en una España

republicana, hubo que negociar a contrarreloj para que el nuevo régimen no entrase en crisis nada más nacer. En aquella época no había Twitter, ni tertulias en radio y televisión. Habrían enloquecido aquel mes de abril. Había, eso sí, muchos periódicos, que salían mañana y tarde.

Al cabo de unos días, Macià pactó con el presidente del gobierno provisional de la República, Niceto Alcalá Zamora, la inmediata formación de un gobierno catalán que tomaría el nombre de Generalitat (órgano ejecutivo de las Cortes catalanas medievales), y la aprobación de un estatuto de autonomía en las Cortes españolas. Alcalá Zamara envió a tres ministros a negociar a Barcelona, dos catalanes autonomistas, el citado Marcel.lí Domingo y Nicolau d'Olwer, y el socialista reformista Fernando de los Ríos, andaluz de nacimiento. Hubo acuerdo. Toda situación compleja exige tacto. Así en los años treinta como en la actualidad.

Desde su fundación Esquerra fue un partido bastante complicado. Más que un partido en el sentido orgánico del término, era una federación de ateneos y entidades republicanas y catalanistas que consiguió ganar las elecciones municipales de 1931, gracias a la fuerte personalidad del teniente coronel Macià y a la basculación de muchos antiguos votantes del Partido Radical de Alejandro Lerroux en la provincia de Barcelona. Puesto que aquellas elecciones acabaron siendo un plebiscito sobre la continuidad de la Monarquía, la Catalunya republicana votó al partido que mordía más fuerte en favor de la República. Los jóvenes intelectuales de Acció Catalana Republicana se quedaron con un palmo de narices. Los ilustrados herederos de la Lliga, de la que habían abjurado después de que el gran partido nacionalista burgués apoyase en 1923 el golpe del general Primo de Rivera —que pagó el apoyo suprimiendo la Mancomunitat, primer embrión de la autonomía catalana— se quedaron pasmados, como suele pasarles en ocasiones a quienes intelectualizan demasiado la política. Creían que Catalunya era suya y el quijotesco Macià les ganó la partida. El periodista Agustí Calvet, Gaziel, que pertenecía a la intelectualidad catalanista, se rio un poco de sus compañeros de generación en un artículo publicado en La Vanguardia el 21 de abril de 1931, titulado Unas cuantas verdades: «Acció Catalana fabricó primero la aureola de Macià y después quiso arrinconarla. Su otro error estriba en un viejo defecto del puritanismo catalanista: la estrechez de horizontes y el ensimismamiento. En unos instantes en que

España vibraba, Acció Catalana, que ya daba por muerto el radicalismo lerrouxista, decidió aislarse del mundo circundante». No había entonces páginas de Facebook para comentar el artículo de Gaziel.

El desorden interno convirtió a Esquerra en un partido moderno y anticipador. Tenía al menos tres corrientes, cada una con un periódico. La corriente federalista y socializante de Companys y la gente del Partit Republicà Català; los independentistas de Estat Català, partido fundado por Macià, y los reformistas agrupados por Joan Lluhí i Vallescà alrededor del semanario L'Opinió, grupo al que perteneció Josep Tarradellas. Lluhí ayudó a Companys a no proclamar la independencia el 6 de octubre de 1934. Aquel día, desde el balcón de la Generalitat se anunció: «L'Estat Català dins la República Federal Espanyola». El general Batet los detuvo a todos y, al cabo de dos años, Francisco Franco ordenó fusilar a Batet. Tiempo después, ejecutó a Companys.

Sirvan estas notas para ilustrar que la investidura no está siendo negociada con un grupo de marcianos, como podría desprenderse del ataque de nervios que padece parte de la prensa de Madrid. El momento es trascendente y en la mochila de la ERC independentista de 2019 hay mucha historia. Mayor es la mochila del PSOE. La historia no se repite, pero rima, decía Mark Twain. Entretanto, unos carpinteros trabajan en una mesa que no sabemos si se va a estrenar.

2020

Pedro Sánchez obtuvo la investidura el día 7 de enero de 2020 con 167 votos a favor, 165 en contra y 16 abstenciones. El diputado de Teruel Existe, Tomás Guitarte, que ya había anunciado su voto favorable al candidato socialista, tuvo que dormir en lugar secreto en Madrid y acudir escoltado al Congreso por las amenazas recibidas. Este es el ambiente que existía en la capital de España en vísperas del primer gobierno de coalición de las izquierdas después de la Segunda República.

Pablo Iglesias fue nombrado vicepresidente tercero, con responsabilidades sobre política social. Y se asignaron a Unidas Podemos las siguientes carteras: Trabajo (Yolanda Díaz), Igualdad (Irene Montero), Consumo (Alberto Garzón) y Universidades (Manuel Castells). En realidad UP recibía una vicepresidencia, dos ministerios y dos secretarías de Estado con el título de ministerio. La izquierda creía tener por delante una legislatura relativamente tranquila en la que se consolidaría la recuperación económica del país. Cuatro años para desarrollar más políticas sociales y desinflamar Cataluña. Indulto en el horizonte. No sabían que se aproximaba una gran calamidad.

El día 11 de marzo, dos meses después de la investidura, el Consejo de Ministros reunido en sesión extraordinaria tenía que decretar el estado de alarma y ordenar el confinamiento de toda la población en sus casas como consecuencia de la progresión de la pandemia del covid-19, iniciada en diciembre en China, por causas que aún no son del todo conocidas, aunque sigue predominando la hipótesis de un salto biológico de un agente patógeno de los murciélagos al ser humano. La hipótesis de un accidente en un laboratorio biológico de la República Popular China, idea animada por las redes de Donald Trump y por el movimiento internacional de la nueva extrema derecha, no ha hallado hasta la fecha confirmación. El nuevo coronavirus se propagó con mucha rapidez en Estados Unidos y Europa a consecuencia del intenso movimiento humano entre Oriente y Occidente en la actual fase de la globalización. El covid-19 era un enigma para la

medicina, no había vacunas, ni medicamentos para las complicaciones graves. Ni siquiera había mascarillas para toda la población. La epidemia podía colapsar totalmente los hospitales y provocar millones de muertos.

El país estaba perplejo. Más de medio mundo estaba perplejo y aterrorizado. Políticamente el momento era muy delicado. El primer partido de la oposición, ahora dirigido por Pablo Casado, tenía dos opciones: plantear una política de colaboración con el Gobierno recién instituido, como hizo el centro-derecha portugués en el país vecino, o plantear una batalla frontal al Ejecutivo, para no ceder más terreno a la extrema derecha. El joven Casado optó por el choque frontal e hizo suya la consigna lanzada por Vox: «Gobierno ilegítimo». El Parlamento, a medio gas como consecuencia de la epidemia, se convirtió en un lugar muy sórdido.

El estado de alarma tenía que ser renovado cada quince días en el Congreso. Cada dos semanas había que renovar la mayoría parlamentaria. Las primeras semanas fueron terribles. No había suficientes mascarillas en las farmacias, mucha gente moría en los hospitales y las residencias de ancianos se convirtieron en una auténtica ratonera, con escenas terribles. En Madrid, una pista de hielo tuvo que ser habilitada como morgue. Excepto los servicios mínimos y aquellas actividades económicas que se podían seguir desarrollando a través del teletrabajo, el país quedó totalmente paralizado. Las calles estaban vacías, ningún coche circulaba por las carreteras, excepto las patrullas de la Guardia Civil. El país estaba absolutamente paralizado y no eran pocos quienes preveían una vertiginosa caída en picado de la economía antes de que acabase el año. Empezaron las maniobras en Madrid DF para la formación de un gobierno de unidad nacional, que expulsase a Podemos del Consejo de Ministros.

Un día recibí la llamada del jefe de estudios de un destacado banco español. Su intención era explicar las previsiones económicas en aquella grave situación. El PIB podía caer de manera vertiginosa y colocar al país en una situación insostenible en el plazo de unos meses, sobre todo si no podía contarse con los ingresos del turismo. Concluida la exposición económica, el jefe de estudios dejó caer que en tales circunstancias lo mejor sería un cambio de gobierno e ir a una fórmula de concertación nacional apoyada por los dos grandes partidos para hacer frente a la emergencia.

Curiosamente mi interlocutor no defendió en ningún momento que la presión se dirigiese a los países más ricos de Europa para crear un fondo de solidaridad para las economías más perjudicadas. Me sorprendió. Creía que los bancos españoles tenían interiorizada una cierta idea de Europa. La consigna era otra: acabar como sea con el gobierno «socialcomunista».

Casi todos los periódicos con sede central en Madrid defendían esta orientación. Había pressing. La pandemia tenía que servir para modificar la mayoría de la investidura. Esta era la consigna «por arriba», mientras que «por abajo» la gente se apañaba como podía y cada día a las siete de la tarde salía a los balcones a dar ánimos a los servicios sanitarios. Esos aplausos nunca faltaron, ni siquiera en los momentos de mayor cansancio social.

Algunos institutos de opinión medían la temperatura social cada semana. El desgaste iba de mayor a menor: la peor puntuada era la Unión Europea, puesto que no había sabido articular una respuesta común en los primeros momentos de la epidemia. (Esa percepción cambió meses después con la distribución ordenada de las vacunas). Después venía el Gobierno, que era el que cargaba con el peso político de la situación, después las comunidades autónomas, que tienen a su cargo los servicios sanitarios, siendo los mejor valorados los ayuntamientos, por su proximidad y porque su labor consistía en complementar los auxilios.

A medida que aumentaba el cansancio social, comenzó a circular la consigna de que el Gobierno estaba actuando de modo autoritario, abusando de las prerrogativas constitucionales. Gobierno tirano. Esta acusación se hizo circular por las redes sociales y también apareció en ilustres tribunas. Y aquí reencontramos al jurista Manuel Aragón Reyes, el magistrado del Tribunal Constitucional que fue decisivo en la laminación del Estatut y que no llegó a presidir el TC pese a las expectativas creadas. El PP no le apoyó en el último momento. En abril de 2021, Aragón Reyes publica un artículo en el diario El País en el que acusa al Gobierno de estar ejerciendo una «dictadura constitucional», abusando del estado de alarma para tener confinada a la población en sus casas. Aragón Reyes sostiene que lo correcto habría sido activar el estado de excepción para llevar a cabo los confinamientos y el cierre de actividades económicas. Puesto que el estado

de excepción puede facultar al Gobierno a una severa limitación de derechos, como el secreto de las comunicaciones o la libertad de reunión, una medida de tal calibre solo podría ser adoptada por un gobierno de unidad nacional. De una tacada, el jurista acusaba al Gobierno de coalición de estar derivando hacia la dictadura y proponía indirectamente un gobierno de unidad que pudiese recurrir a medidas aún más restrictivas. En la historia de estos últimos veinte años nos volveremos a encontrar con Aragón Reyes.

Militares retirados empiezan a firmar manifiestos en los que se afirma que la democracia está en riesgo y que la unidad de España vuelve a peligrar como en 1936. Reiteran su lealtad al Rey como jefe de las fuerzas armadas. Algunos sugieren un Gobierno de unidad nacional presidido por Margarita Robles, ministra de Defensa. El ministro del Interior cesa al comandante de la Guardia Civil en Madrid, general Diego Pérez de los Cobos, por «pérdida de confianza». Este militar había sido el jefe del despliegue policial en Cataluña durante los acontecimientos de octubre de 2017. Hay intentos de procesar a miembros del Gobierno por haber autorizado la manifestación feminista del 8 de marzo de 2021 en Madrid, en vísperas del gran estallido de la epidemia. Empiezan las caceroladas contra el Gobierno. Manifestación de «indignados» por el confinamiento en el barrio de Salamanca. En algunas ciudades aparecen los antivacunas, movimiento que en España no alcanzará la intensidad de otros países europeos. Vox convoca una manifestación de automóviles en Madrid. Hay una maniobra de desestabilización en marcha.

Quienes apostaron por la catástrofe no contaron con la Unión Europea. La Comisión Europea empezó con muy mal pie en la epidemia. No existía una política sanitaria común, ni siquiera mecanismos de aprovisionamiento masivo de mascarillas y de material sanitario más complejo, como los respiradores. Hubo una loca carrera entre países europeos para conseguir material sanitario en Asia en los principios de la epidemia. Y hubo movimientos políticos significativos en algunos países. El Gobierno italiano, abrumado por la emergencia, pidió ayuda a la República Popular China, a Rusia y a Cuba. China envió a médicos especializados de la región de Wuhan, epicentro de la epidemia. Rusia envió una brigada militar especializada en desintoxicación biológica, en la que había más militares que médicos. Llegaron a Roma a bordo de dos grandes aviones Antonov de

los cuales desembarcó un convoy militar que cruzó el país con la bandera rusa al viento. En el cuartel general de la OTAN en Bruselas se les pusieron los pelos de punta. Recuerdo un titular que redacté aquellos días para La Vanguardia: «Italia recibe al ejército de Rusia, España pide ayuda a la OTAN». Efectivamente, aquellos días, mientras la brigada rusa recorría Italia, España pidió formalmente ayuda a la OTAN para la obtención de material sanitario, invocando las cláusulas de ayuda mutua. El gobierno «socialcomunista» español fue rigurosamente atlántico en la gestión de la epidemia. No invitó a médicos chinos, ni a tropas rusas especializadas en lucha bacteriológica. Unidas Podemos hizo gestiones para recibir a médicos cubanos, pero el Ministerio de Sanidad, dirigido por el socialista Salvador Illa, no lo estimó conveniente. El grupo de médicos cubanos que arribó a Barajas tenía como destino Andorra.

Alemania pronto se dio cuenta de que el mercado único estaba en riesgo. Si las economías del sur de Europa se volvían a hundir, la zona euro podía colapsar. La situación de Italia era alarmante. Incluso Estados Unidos estaba preocupado por Italia. Esta vez la Unión Europea podía entrar en una grave crisis estructural. De esa convicción surgen los fondos europeos para la reconstrucción, defendidos desde el primer momento por la canciller Angela Merkel, ante el malhumor del primer ministro holandés, el liberal Mark Rutte. Esta vez, Alemania no quiere imponer la austeridad. Quiere que haya más gasto, quiere que las economías del sur no se vayan al traste. La negociación culminó entre julio y septiembre y en ella tuvo un papel relevante Pedro Sánchez, liderando el frente sur, flanqueado por el primer ministro italiano Giuseppe Conte, que carecía de suficientes apoyos en Bruselas, y del primer ministro portugués António Costa. La aprobación de los fondos de recuperación rompió la perspectiva de hundimiento económico inminente.

España llegó a finales de año con un nuevo repunte de la epidemia, pero el país no se había hundido y el Gobierno se mantenía en pie. Visto con algo de perspectiva, fue un milagro.

DICCIONARIO DE ENERO: DE LA A A LA ZP

26 de enero, 2020

El nuevo Gobierno de España aún no tiene veinte días de vida y ya parece que hayan transcurrido dos meses, al menos. La velocidad, la densidad y la sonoridad de los acontecimientos dilata el tiempo político. Enero de 2020 tiene diccionario.

Ábalos, José Luis. El ministro de Fomento ha protagonizado el primer episodio crítico del nuevo Ejecutivo al acudir al aeropuerto de Barajas para conversar a bordo de un avión con la vicepresidenta del Gobierno de Venezuela, Delcy Rodríguez, que no puede pisar suelo europeo, como consecuencia de las sanciones impuestas por la Unión Europea. Episodio torpe, en un contexto político inadecuado, en un epicentro —Madrid— en el que residen más de cien mil venezolanos expatriados. La cuestión de Venezuela mueve muchas pasiones, pulsiones y maniobras en la capital de España.

Bicapitalidad. Manuel Valls ha conseguido que el pleno del Ayuntamiento de Barcelona apruebe una moción en favor de la bicapitalidad de España. Valls, que fue amigo de Pasqual Maragall, enarbola una propuesta muy maragallista, veintiocho años después de los Juegos Olímpicos de 1992. Fulgurante rechazo del presidente de la Generalitat, Joaquim Torra, y de la presidenta de la Comunidad de Madrid, Isabel Díaz Ayuso. A los nacionalistas, de uno y otro lado, jamás les ha gustado que se hable de la cocapitalidad de España. Valls se mueve con inteligencia en el tablero, explorando espacios después del derrumbe de Ciudadanos. Un exprimer ministro de la República Francesa nunca será pieza menor. Ada Colau le debe la alcaldía.

Clima. Miedo.

Coronavirus. Miedo.

Emilia-Romaña. Las elecciones regionales que se celebran hoy en Emilia-Romaña pueden ser decisivas para la evolución de Italia en los próximos meses. Son unas elecciones de época: la región modelo de la izquierda

italiana puede ser conquistada esta noche por la Liga de Matteo Salvini. Los sondeos auguran un resultado muy ajustado. La victoria del populista Salvini colocaría en una posición de debilidad extrema al actual Gobierno de Roma, presidido por Giuseppe Conte (coalición entre el debilitado Movimiento 5 Estrellas y el anémico Partido Democrático), abriéndose la posibilidad de unas elecciones anticipadas. Los resultados en Emilia-Romaña son importantes, por tanto, para la correlación de fuerzas en la Unión Europea en los próximos tiempos. Después del Brexit, la ubicación de Italia en las coordenadas europeas es asunto crucial. País central del arco mediterráneo, sigue mereciendo mucha atención de Estados Unidos y Rusia.

Francia. Después de la larga estación de los chalecos amarillos, viene el invierno de la protesta social contra la reforma a la baja del sistema de pensiones. Debilitado en la calle, el presidente Emmanuel Macron intenta compensar el desgaste con una fuerte voluntad de liderazgo en el plano europeo e internacional. El futuro político de Francia es fundamental para la supervivencia de la Unión Europea en su formato actual. La solidez y continuidad de las protestas sociales en Francia no son un dato menor y marcan un punto de referencia para cualquier modificación del sistema de pensiones en otros países europeos. Emilia-Romaña y pensiones francesas, referentes de enero. En marzo, el partido de Macron se enfrenta a la difícil prueba de las elecciones municipales.

González, Felipe. El expresidente Felipe González no se opuso a la coalición del PSOE con Unidas Podemos, pese a su conocida aversión a la figura de Pablo Iglesias. Hace unos meses, en conversaciones privadas, González concedía la posibilidad de un acuerdo del PSOE con el grupo de Íñigo Errejón, si este adquiría cierta relevancia. González siempre ha sido contrario a los «giros a la izquierda» del Partido Socialista y ha mantenido vivo el legado anticomunista de Indalecio Prieto. Entre 1977 y 1982 consiguió reducir al PCE a la mínima expresión parlamentaria, y en 1993, al perder la mayoría absoluta en el Congreso, prefirió pactar con Jordi Pujol antes que recabar el apoyo de la Izquierda Unida liderada por Julio Anguita. El expresidente ha hablado ahora para censurar la decisión de Pedro Sánchez de no recibir al líder opositor venezolano Juan Guaidó. González ha sido coherente, puesto que en febrero del año pasado fue de

los primeros en defender el reconocimiento internacional de Guaidó. González no callará y José Luis Rodríguez Zapatero, tampoco.

Humanismo tecnológico. Enunciado que viene a defender un pacto entre desarrollo tecnológico y escala humana. Una cuestión filosófica pero también material. Necesitaría centros de estudio y laboratorios, de los que podrían surgir nuevas empresas y productos. Bajo la sombra del MWC, la ciudad de Barcelona podría intentar especializarse en este ámbito. El proyecto está siendo estudiado por el Cercle d'Economia y el Ayuntamiento. La idea también interesa en Madrid y ello contribuye a explicar la agresiva oferta de la presidenta de la Comunidad madrileña para alojar el WMC.

Madrid. Las instituciones locales de Madrid, más una parte significativa de los medios de comunicación radicados en la capital de España serán el principal vector de oposición al nuevo Gobierno.

Oposición. Dura. En estos momentos dirigida estratégicamente por Vox y todavía enamorada de la idea de que el Gobierno puede caer en los próximos meses, si ERC se radicaliza percutida por el pistón Puigdemont.

Poder Judicial. La gran batalla de la legislatura.

Robótica. Miedo.

Salario mínimo. La subida del SMI es la primera medida tangible del nuevo Gobierno. Sorpresa: Unidas Podemos y la patronal pueden llegar a acuerdos.

Torra, Joaquim. Activista del independentismo que no vio —o no quiso ver — el juego real de la política catalana cuando fue propuesto para desempeñar, de manera vicaria, la presidencia de la Generalitat. El principal mecanismo de relojería del procés es la competición insomne entre los cuadros más resistentes de la antigua CDC y los cuadros ascendentes de ERC. Torra es hoy una pieza ahogada en dos partidas de ajedrez simultáneas: la que enfrenta a una parte significativa del Poder Judicial con el nuevo Ejecutivo español, y la que juegan Oriol Junqueras y

Carles Puigdemont. La presidencia de la Generalitat, elemento cardinal del autogobierno catalán desde 1931, ha perdido radiación, nervio y talla.

Unidas Podemos. El componente más disciplinado del nuevo Gobierno en los primeros compases de la legislatura.

Zapatero Rodríguez, José Luis. Alteramos el orden de su apellido para que cierre el diccionario. Está acentuando su protagonismo público. Es uno de los grandes valedores del pacto PSOE-UP y no es un secreto para nadie que tiene línea de comunicación directa con Iglesias. Al contrario de González, que siempre mira al centro, Zapatero cree que la centralidad del Partido Socialista pasa hoy por el entendimiento con los sectores sociales que han dado vida a Podemos y con los nacionalismos periféricos. Zapatero sigue viviendo la cuestión de Catalunya como una asignatura pendiente. Ecos de Juan Negrín, que pactó con los comunistas..., pero fue muy poco amigo de los nacionalistas.

DICCIONARIO DE FEBRERO: HACHÍS

1 de febrero, 2020

Febrero nervioso ante la ruta Marco Polo del coronavirus hacia el norte de Italia. Sensación general de fragilidad. Demanda difusa de autoridad.

Ábalos, José Luis. Siete semanas después de la formación del Gobierno, José Luis Ábalos es el ministro más erosionado. El titular de la cartera de Transportes ha resistido hasta la fecha la presión de la oposición a propósito del «caso Delcy Rodríguez», pero las incidencias derivadas del aterrizaje de la vicepresidenta de Venezuela en Barajas ya son objeto de seis instrucciones judiciales. Ábalos cabalga un jaguar, felino predilecto de las sierras venezolanas, en pleno ajuste de tensiones entre el Poder Judicial y el Poder Ejecutivo.

Agricultores. Las protestas de los agricultores podían haberse iniciado en España el pasado otoño, pero las organizaciones agrarias optaron por esperar a la repetición de las elecciones generales y a la conformación del nuevo Gobierno. El Ejecutivo que encabeza Pedro Sánchez ha tomado la iniciativa y no teme en estos momentos la aparición de un movimiento similar al de los chalecos amarillos franceses. El Gobierno, sin embargo, observa con preocupación el cariz que la protesta ha tomado en Extremadura y, sobre todo, en Almería, provincia en la que Vox cuenta con una notable influencia en el medio agrario.

Alarma. Estado de ánimo de buena parte del mundo a finales de febrero de 2020. Sobran las metáforas.

Andalucía. Hace cuarenta años, la movilización andalucista desbordó la Constitución sin romper la Constitución. El regreso de Josep Tarradellas a Catalunya en tanto que presidente de la Generalitat (octubre de 1977), había puesto en marcha una fenomenal corriente de emulación autonomista en todo el país. El referéndum sobre el acceso de Andalucía a la autonomía por la vía rápida, rompió los planes de contención pactados por arriba en Madrid, aceleró el despliegue de los demás estatutos de autonomía, puso en crisis al partido de Adolfo Suárez, y afianzó las bases de la poderosa hegemonía del PSOE en el sur de España. La celebración del 40º aniversario del 28 de Febrero de 1980 ha coincidido esta semana con la constitución de la mesa de negociación entre el Gobierno y la Generalitat de Catalunya. Cuatro décadas después, el presidente de Andalucía, Juan Manuel Moreno Bonilla, del PP, se declara «activista del andalucismo», y el quinto sucesor de Tarradellas, Carles Puigdemont, aboga desde Perpiñán por abatir la «monarquía heredera del franquismo» mediante la implantación de una República Catalana. Al «café para todos» le han echado unas gotas de ácido lisérgico.

Aznar, José María. El regreso de José María Aznar como director áulico del PP es un hecho irrefutable. El retorno produce un efecto óptico: se tiende a ver la mano de Aznar incluso en aquellas maniobras en las que no participa.

Coronavirus. El motivo de la alarma. El nerviosismo que en febrero lo envuelve todo. (Miedo, decía el diccionario de enero).

Díaz, Yolanda. Es la ministra más eficiente de Unidas Podemos en los primeros compases de la legislatura. Algunas de las decisiones más importantes del nuevo Gobierno llevan el sello del Ministerio de Trabajo. La influencia de CC.OO. en la estructura técnica del ministerio está levantando muchas susceptibilidades en circuitos económicos de la capital de España.

Escenografía. El Gobierno dedicó unas cuantas horas a planificar la puesta en escena de la mesa de negociación con la Generalitat de Catalunya, el pasado miércoles. Paseos por el jardín, una larga mesa rectangular transparente, mucha luz y ventanales abiertos. Luz, transparencia y apertura. Impresionado por el recibimiento y la escenografía, Joaquim Torra parecía flotar en la capital de la «monarquía franquista» que su jefe dice querer abatir. Escenografía lisérgica.

España interior. El malestar de la España que se está quedando atrás es, con toda rotundidad, el nuevo eje del debate público: el nuevo «clivage». La competición Madrid-Barcelona deja de ser el condensador exclusivo de las tensiones territoriales.

González, Felipe. El expresidente del Gobierno no pierde oportunidad para manifestar su malestar ante el Gobierno de coalición PSOE-Unidas Podemos. Evita el ataque frontal a Pedro Sánchez y golpea los flancos. González teme que el PSOE acabe siendo vampirizado por una estrategia envolvente de Podemos. El expresidente quisiera reconstruir la política prietista (de Indalecio Prieto) que rigió la línea del PSOE desde 1946. Orientación centrista y ningún pacto con los comunistas o sucedáneos. El prietismo sueña con la posibilidad de que esta legislatura, que prevé caótica, desemboque en un gran pacto PSOE-PP para estabilizar el país y restaurar una mayor severidad con el independentismo catalán.

Italia. Buen gesto del Rey al visitar una galería de arte del norte de Italia en la feria Arco, en una semana de fuerte alarma ante la extensión del coronavirus. Es el momento de mostrar empatía con la sociedad italiana y de mejorar las relaciones políticas, no siempre fáciles, con un país sumido en estos momentos en una enorme confusión y desaliento.

Mas, Artur. El hombre que situó a la sociedad catalana en la espiral del procés y que no pudo frenar cuando perdió el control de la turbina (noviembre de 2012) quiere volver ahora al primer plano para ayudar a batir a Esquerra Republicana y mantener al «factor Convergència» dentro del gobierno de la Generalitat en los próximos ocho años. Mas se ofrece como el referente moderado de la nueva Convergència (hoy bajo el nombre de Junts per Catalunya) con Carles Puigdemont en el papel de líder mesiánico de la sentimentalidad independentista, ensayado ayer con notable éxito de público en Perpiñán.

Oasis fiscal. Los autoridades locales de Madrid están teniendo dificultades para contener la acusación de dumping fiscal que les llega desde distintos puntos de España.

Obispos. Esta próxima semana tendrá lugar la elección de la nueva cúpula de la Conferencia Episcopal Española. El arzobispo de Barcelona, cardenal Juan José Omella, podría aspirar a la presidencia. En las últimas semanas no han faltado las maniobras desde la derecha madrileña para hundir su candidatura, presentando a Omella como el candidato del Gobierno, e incluso como un candidato del nacionalismo catalán (más ácido lisérgico). Omella es en estos momentos uno de los eclesiásticos españoles mejor comunicados con el papa Francisco. Las maniobras están orientadas a presentar la votación como una derrota de Francisco en España.

Planas, Luis. El ministro socialista en estos momentos más eficiente (Agricultura).

Puigdemont, Carles. El acta de eurodiputado le permite reafirmarse como líder emocional del independentismo. Dos objetivos: no quedar fuera de la negociación y romper las piernas a ERC en las próximas elecciones catalanas, mediante la condensación de la frustración procesista.

Unidas Podemos. Los electores de Unidas Podemos son los más satisfechos con el nuevo Gobierno, según el CIS de febrero. La fidelidad de voto alcanza el 84 %. Sube la puntuación de Pablo Iglesias entre los votantes de su partido (6,8).

Venezuela. Siempre.

TORREFACTO

26 de abril, 2020

El café torrefacto triunfó en la posguerra, cuando todo escaseaba. Café tostado con azúcar para aprovechar los granos de baja calidad. Un café denso, oscuro, fuerte, muy fuerte, con un final amargo y el doble de cafeína. Un café para salir a pelear. Un café para no dormir. El sabor de la política española en estos momentos. El sabor de la política catalana, con un chorro de ratafía.

El empuje corajudo del torrefacto, su amargura y su ausencia de cordialidad, definen hoy el comportamiento de parte del personal político. Averiado el mecanismo de selección, muchos materiales han perdido calidad —con notables excepciones— y se les tuesta con las más modernas técnicas de comunicación. Son muy agresivos porque sus entrenadores les han inculcado que esta es la mejor manera de captar la atención en una sociedad aturdida por el flujo constante de información. Hay que perforar las pantallas de los teléfonos móviles. Cuando Donald Trump dice que lo mejor para frenar el coronavirus sería ingerir desinfectante, consigue una audiencia brutal y logra transmitir a sus electores que sigue siendo un hombre poderoso: sus rugidos dan la vuelta al mundo. Hay que transmitir ideas muy simples y provocadoras para que la gente hable de ellas durante días. También hay manuales trumpistas traducidos al catalán, claro está. El empresario gasolinero Joan Canadell los ha leído: «España es paro y muerte; Catalunya, vida y futuro», ha escrito en Twitter.

La ostentosa ausencia de caridad en el lenguaje político está amargando la vida a mucha gente durante el confinamiento. («La justicia es una perla que crece dentro de la coquilla de la caridad», escribió santa Catalina de Siena). Es verdad que a una parte del público le gusta mucho el torrefacto y no está para sermones, pero todos los sondeos coinciden en señalar que la gran

mayoría preferiría una política más basada en los acuerdos que en la pelea. Cuando salió a la palestra la idea de unos nuevos pactos de la Moncloa, la empresa Metroscopia preguntó y vio que más de un 90% de los encuestados simpatizaba con esa sugerencia, aunque un 79% la juzgaba imposible en los actuales momentos. Sondeos posteriores han confirmado que toda propuesta de pacto es hoy bien recibida por una gran mayoría social.

Puesto que la política profesional se alimenta básicamente de encuestas y de los manuales norteamericanos de comunicación política (hace unos años triunfaban los manuales de Obama, basados en el triunfo de la voluntad colectiva: podemos), en quince días ha ocurrido algo verdaderamente asombroso: España se ha transformado en un país virulentamente pactista.

Torrefacto pactista. Nadie se apea de la agresividad, pero el que estos días no ofrece un pacto parece tonto. Estamos ante una victoria póstuma de los pactos de la Moncloa, cuyo sentido más profundo se ha entendido bien ahora, cuarenta y tantos años después del shock provocado por el súbito incremento de los precios del petróleo.

Pedro Sánchez ha dado un nuevo nombre a la iniciativa: Acuerdos para la Reconstrucción. Producciones Iván Redondo. Es un marco potente que solo se puede combatir intentando demostrar que el presidente ha lanzado un señuelo propagandístico sin voluntad real de acuerdo. Por ello, Pablo Casado exigió el pasado lunes una comisión parlamentaria, en vez de una mesa de partidos, formato que favorecía el presidencialismo. Si Sánchez rechazaba la comisión parlamentaria, quedaba claro que todo era una pantomima. El presidente, lógicamente, aceptó, puesto que su prioridad es mantener abierto el marco del pacto hasta que llegue el decisivo momento de aprobar los presupuestos generales del Estado de 2021, momento en el que se pondrá a prueba su capacidad de agotar la legislatura.

En el PP están convencidos de que no lo conseguirá. Entre los grupos dirigentes de la ciudad Estado de Madrid prevalece en estos momentos la sensación —y el deseo— de que el actual gobierno de coalición morirá abrasado en los próximos meses, como consecuencia de la grave crisis económica que se avecina; que ha comenzado ya. El ala derecha del independentismo catalán hace la misma apuesta.

Unidas Podemos, que encajó la idea de unos nuevos pactos de la Moncloa con el temor de reencontrarse con el fantasma de Santiago Carrillo fumando impertérrito en su escaño, no ha puesto inconveniente a la iniciativa, desde el momento en que Sánchez ha dejado claro que el precio del pacto no será la disolución del gobierno de coalición, como le exigió abiertamente José María Aznar desde la Fundación FAES, y como insinuó Felipe González sin llegar a verbalizarlo. Sánchez reiteraba ayer en un artículo publicado en el diario Expansión que su propósito es culminar la legislatura. No tiene la más mínima intención de ceder a las presiones.

La segunda fase de la maniobra envolvente ha consistido en proponer acuerdos de reconstrucción a escala autonómica y local, para incrementar la presión sobre el PP y dar un mayor margen de maniobra a Ciudadanos, ahora dispuesto a jugar de bisagra. La novedad estos días es Ciudadanos, el partido que hoy sería el amo de la situación si Albert Rivera no hubiera cometido el pasado verano el descomunal error de caer en la trampa de la funesta repetición de elecciones generales. De Ciudadanos solo quedan diez diputados en el Congreso, un destacamento en el Parlamento Europeo, comandado por Luis Garicano, economista con muy buenas conexiones en Bruselas, y posiciones aritméticamente determinantes para la estabilidad de los gobiernos autonómicos de Madrid, Andalucía, Murcia y Castilla y León, más algunas diputaciones provinciales con valor estratégico, como es el caso de Alicante. Ciudadanos tiene margen de maniobra para jugar a dos bandas, que es lo que va a hacer en los próximos meses. Aceptará negociar los presupuestos del Estado con el PSOE y tensará algunas cuerdas con el PP. Los de Inés Arrimadas no harán caer los gobiernos de Madrid y Andalucía —es altamente improbable que eso ocurra—, pero pueden arrebatarle al PP valenciano la preciada diputación de Alicante, mediante un pacto con el PSOE.

La Comunidad Valenciana será el principal polígono de pruebas. Ximo Puig está liderando bien la situación, ha sido el más federal de los diecisiete presidentes autonómicos —él y la balear Francina Armengol creen de verdad en el federalismo—, se está reforzando como el principal dirigente territorial del Partido Socialista —adiós, Emiliano García Page— y va a ganar influencia en la política española. Atención a Valencia, en los próximos años. La ciudad de València y su área metropolitana le pueden

llegar a disputar la primacía mediterránea a Barcelona, como ya ocurrió después de las desgracias catalanas del siglo XV. En ningún lugar está escrito que las jerarquías territoriales vayan a ser las mismas después de la pandemia. La espesa entropía catalana puede conducir, ahora sí, a la decadencia, y no a la independencia.

Volvamos a la hipótesis pactista. Ciudadanos no tiene los números suficientes para decantar la votación presupuestaria, pero la puede facilitar, reduciendo la presión negociadora de otros partidos. Inés Arrimadas va en camino de tener un papel político relevante en los próximos meses. A medida que el PSOE le vaya dando cuerda, también dispondrá de mayor capacidad de presión sobre los socialistas. En la ciudad Estado, Ciudadanos se revaloriza, sobre todo en los despachos en los que se consume más café encapsulado que ardoroso torrefacto.

OPERACIÓN GALICIA

17 de mayo, 2020

Los ciudadanos de este país podrían clasificarse en estos momentos en cuatro grupos: los prudentes, los temerosos, los confiados y los atrevidos. Esta es la hipótesis de trabajo que plantea Metroscopia. La sociedad demoscópica dirigida por el sociólogo José Juan Toharia viene efectuando una serie de encuestas diarias desde la proclamación del estado de alarma que ofrecen un interesante electrocardiograma sobre los latidos de la opinión pública española en este tiempo adverso y calamitoso que nos ha tocado vivir.

Los prudentes representarían el 24% de la población adulta. Son los que prefieren la cautela a la aceleración. Desescala despacio que no tengo prisa. Los prudentes tienen empleo y muchos de ellos mantienen su actividad laboral a través del teletrabajo. Votan a los partidos de izquierda y son los que más apoyan la gestión del Gobierno.

El grupo de los temerosos reuniría al 22% y estaría integrado mayoritariamente por mujeres, especialmente por mujeres que tienen familiares en edad de riesgo a su cargo, por ancianos y por trabajadores en paro: es el grupo de los que se sienten más vulnerables y tienen más miedo a contagiarse. Quieren control a toda costa. No se sienten enfrentados con el Gobierno cuando este prorroga el estado de alarma y seguramente lo criticaron cuando vieron que se retrasaba la compra masiva de mascarillas.

Los confiados representarían el 29%. Es el conjunto de mayor tamaño y puede llegar a convertirse en el grupo Alfa del verano de 2020, según cual sea la evolución de los acontecimientos en las próximas semanas. Este grupo estaría formado mayoritariamente por hombres muy preocupados por el futuro de la economía y por personas de ambos sexos con poco miedo a infectarse. Poseen un buen nivel de instrucción, consideran que lo peor ya ha pasado y simpatizan con los partidos de la derecha.

Finalmente, están los atrevidos, el grupo con menos afiliados: 16%. Quieren que las actividades económicas aceleren, aunque también creen que lo peor aún está por llegar. ¿Contradictorio? Quizá no. Su edad media es la más elevada de los cuatro grupos y trabajan en actividades poco informatizadas, por tanto, realizan labores más presenciales. No se han contagiado y son los que peor llevan el confinamiento. Evidentemente, sus simpatías con el Gobierno hoy no deben ser muy elevadas.

El sondeo se realizó el pasado fin de semana, después de conocerse el plan de desescalada, que mereció la aprobación del 50% frente a un 48% más crítico. Son datos que nos permiten entender mejor la enloquecida situación política. Un país partido por la mitad, en el que ninguna opinión acaba de ser claramente dominante ante la brutal novedad de la situación creada, la ausencia de previsiones fiables y la inquietud general ante el futuro.

Un país crítico con el Gobierno: un 74% cree que el Ejecutivo va improvisando en función de los acontecimientos, sin un plan claramente preestablecido. Un 64% opina que las explicaciones gubernamentales no acaban de ser claras. Pese a ello, la valoración de Pedro Sánchez sigue rondando el 50%.

Un país crítico, también, con la oposición. La puntuación de Pablo Casado apenas ha subido durante estos dos meses, clavada en el 27%, pese a los bajones que ha sufrido el Gobierno. En las últimas semanas se observa un notable desgaste del gobierno de la Comunidad de Madrid. El fenómeno Ayuso, que limita al norte con José María Aznar, al sur con Esperanza Aguirre, al oeste con Donald Trump y al este con el Joaquim Torra de hace unas semanas (el presidente de la Generalitat ha modulado su tono), ha perdido 19 puntos de aprobación en las últimas tres semanas, según Metroscopia. Solo le faltaba el momento caraqueño de la calle Núñez de Balboa. El bajón de la presidenta de la Comunidad de Madrid contrasta con la excelente puntuación del alcalde de Madrid, José Luis Martínez Almeida, en estos momentos el político mejor valorado de España. No hay fotos fijas. Las oscilaciones de la opinión pública son constantes en función de cómo van evolucionando los acontecimientos.

Prudentes, temerosos, confiados y atrevidos irán formando coaliciones variables en las próximas semanas en función del éxito del plan de desescalada y del despertar de la actividad económica. Próximo gran debate: el turismo. La inquietud de los empresarios y trabajadores de la industria turística, sector fundamental en la economía española desde el despliegue del Plan de Estabilización de 1959, irá en aumento a medida que se aproxime el verano y los demás países del sur de Europa se lancen afanosamente en busca de los valientes dispuestos a viajar y a frecuentar la playa en verano. Grecia, país que ha logrado salir casi indemne de la epidemia —solo les faltaba esa desgracia— ya ha decidido reabrir quinientas playas. Italia ha decidido acelerar la apertura de restaurantes y comercios y prevé abrir fronteras a principios de junio, sin cuarentena. Si la Unión Europea no interviene para establecer corredores turísticos en el sur de Europa asistiremos a muchas maniobras corsarias. La competición entre las economías nacionales europeas puede llegar a ser despiadada en los próximos meses: atención a las localizaciones industriales.

En este contexto nos aproximaremos a las elecciones autonómicas que con toda seguridad se celebrarán en julio en el País Vasco y Galicia, si no hay recaída. Elecciones inicialmente favorables al PNV y al PP gallego, cuyos gobiernos han sido bien valorados en esta crisis. Alberto Núñez Feijóo puede obtener una contundente victoria en Galicia y Casado deberá trabajar

para quedar asociado a ella. Una diferencia demasiado acusada entre el resultado del PP gallego y las proyecciones de la marca genovesa sería negativo para el grupo dirigente del PP. Asistiremos a un gran forcejeo sobre las estimaciones electorales. Se aproxima el nuevo barómetro del CIS. Los días pasan con gran espesor.

EMPRESARIOS

24 de mayo, 2020

Los empresarios tienen la llave del futuro de España. Pese al innegable triunfo histórico de la empresa privada frente a la propiedad estatal, los empresarios han perdido poder material en los últimos años y no ha sido por culpa del Estado, de los sindicatos o del socialismo. Los nuevos oligopolios de la economía de la información se han apoderado de palancas fundamentales de la globalización. Esos oligopolios tecnológicos tienen sus centros de decisión en lugares muy lejanos, se apropian de los datos, practican la competencia desleal, pagan pocos impuestos y contribuyen a la precariedad.

Los empresarios tienen la llave del futuro, porque sin empresas que funcionen, obtengan beneficios y generen empleo, España no podrá salir del shock de 2020. Los empresarios estarán en el centro de la escena porque sus opiniones siempre pesan mucho en los momentos de grave crisis. La posición de los empresarios será fundamental en los próximos tiempos, porque las ayudas europeas, que no serán gratis, pondrán a España ante la disyuntiva de decidir entre el ladrillo, la industria y los subsidios, en el bien entendido que hay muchos tipos de subsidio y no todos ellos se reducen al seguro de paro o a la renta mínima vital que dentro de poco pondrá en marcha el Gobierno.

Los empresarios van a ser muy importantes y también será importante la opinión de la sociedad sobre los empresarios. El filósofo esloveno Slavoj Zizek, neoleninista, muy de moda entre las nuevas corrientes de izquierda,

sostiene que de la actual situación solo se saldrá con una involución barbárica del capitalismo o con un comunismo de nuevo tipo. Zizek cree que los empresarios se verán obligados, con entusiasmo o a su pesar, a bajar los salarios y endurecer las reglas laborales para sobrevivir en la selva posterior al Covid-19. Ante ese endurecimiento, dice, surgirá una nueva propuesta comunista.

La politóloga búlgara Albena Azmanova lo ve de otra manera. Ella argumenta que toda estrategia orientada a culpabilizar o castigar al empresariado acabará teniendo un efecto boomerang porque en situación de ruina la gente desea que a los empresarios les vaya bien. La riqueza se convierte en la medida de todas las cosas en un momento de extensa precariedad, argumenta. Azmanova considera que la consigna de «tasar a los ricos» puede tener como consecuencia un corrimiento del voto popular hacia la extrema derecha, que regresa con los bríos de los años treinta, llamando a sublimar las tensiones sociales mediante la excitación nacionalista, con una agresividad verbal disuasoria que hipnotiza a los medios de comunicación. En Madrid, Vox está intentando organizar un 15-M de signo inverso. Mucho ruido y ya veremos cuántas nueces. Ayer eclipsaron al PP.

La politóloga búlgara sugiere colocar el acento en la demanda de protección del Estado, resucitando las organizaciones sociales de mediación y negociación. Menos hablar de impuestos a los ricos y más hablar del refuerzo de la sanidad pública. Evidentemente, sin ingresos fiscales no se puede fortalecer la sanidad, pero en el debate político el orden de los factores siempre altera el producto. No son pocos los empresarios que hoy están a favor de tener mejores hospitales y que aceptan la puesta en marcha de una renta mínima vital para evitar que una parte de la sociedad se hunda en la miseria y quede excluida del consumo. Lo que sí es seguro es que los empresarios, sea cual sea su tendencia, no quieren ser señalados como los malos de la película. Por el momento, Zizek tiene más lectores en España que Azmanova.

Ladrillo, industria o subsidios. Este será el debate de los próximos meses cuando se concreten las ayudas de la Unión Europea, después del paso fundamental que está dando Alemania. La construcción dirá qué es

imprescindible para la recuperación del empleo, tras el duro golpe que está sufriendo el turismo. El ladrillo siempre será fuerte en la España solar (suelo y sol). La industria sufrirá. Atención al automóvil. Habrá una reivindicación de la industria con alto componente tecnológico desde la España periférica. La bandera la lleva ahora el PNV, pero también la van a alzar Ximo Puig y los empresarios valencianos. Esa debería ser la gran apuesta de Catalunya en España, pero los actuales gobernantes catalanes siguen diciendo que se van, sabiendo que no se van a ir, puesto que la fragmentación de los países europeos está absolutamente excluida del pacto franco-alemán para la reconstrucción. (Quienes en los próximos años quieran romper un Estado nacional europeo deberán ir a buscar apoyos a Moscú o a Estambul, si es que se los dan). Por el momento, una de las preocupaciones urgentes de los empresarios catalanes es conseguir turistas del resto de España.

Ladrillo, industria y subsidios. La reclamación de una fuerte malla de protección social será la tercera gran demanda y contará con una amplia base social. No es antagónica a la industria y puede ser complementaria con la construcción. Alrededor de estos tres ejes, que no son totalmente excluyentes, se formarán coaliciones políticas, sociales y territoriales. Habrá empresarios muy a favor del ladrillo y empresarios con la bandera industrial. Y será muy importante lo que diga la Unión Europea al respecto. La gestión del programa europeo de reconstrucción será el marco real del combate político en España en los próximos meses y tendrá su punto máximo de condensación en el debate de los presupuestos de 2021.

Mientras ese debate madura, el Gobierno tuvo ayer un buen día. Soltó la brida, tomó medidas en favor del turismo, ante el intento de «sorpasso» italiano, y le vino a ver Santiago Abascal vestido de falangista. Queda por digerir el momento Bildu, ese surreal instante, el miércoles pasado, en que PSOE y Unidas Podemos tomaron la sorprendente decisión de premiar a ELA, el sindicato nacionalista vasco fundado en 1911 para frenar a socialistas y anarquistas.

RUMBO

14 de junio, 2020

En Italia, Giuseppe Conte reúne este fin de semana los «estados generales de la economía» en la mansión del Bel Respiro del parque Villa Pamphili, finca romana que perteneció a la familia del papa Inocencio X, aquel rostro impenetrable tan bien retratado por Velázquez. El encuentro contará con la participación, por vía telemática, de la temida troika: Ursula von der Leyen, presidenta de la Comisión Europea; Christine Lagarde, presidenta del Banco Central Europeo, y Kristalina Georgieva, directora gerente del Fondo Monetario Internacional. También hablarán Charles Michel, presidente del Consejo Europeo; David Sassoli, presidente del Parlamento Europeo, y Paolo Gentiloni, comisario europeo de Economía. La oposición acusa al primer ministro de haber montado una pasarela de celebridades en beneficio de su proyección pública, cada vez mejor valorada en las encuestas. La puesta en escena, sin embargo, es excelente: la crema de la economía italiana, directamente conectada con el puente de mando europeo, mientras el país abre fronteras. Simulación de un carril especial para Italia una semana antes de la reunión del Consejo Europeo en Bruselas que deberá concretar y perfilar el programa de recuperación económica para los próximos años. El mensaje de Conte es: «Italia cuenta». Como escenógrafos son insuperables.

En Francia, Emmanuel Macron ha nombrado una comisión internacional de expertos para asesorar a la presidencia de la República. La encabezan el antiguo jefe de los economistas del FMI, Olivier Blanchard, y el premio Nobel de Economía, Jean Tirole, con la participación, entre otros especialistas, del exsecretario del Tesoro de Estados Unidos, Larry Summers. Una economista catalana, Mar Reguant, profesora en la Northwestern University de Chicago, encabeza la comisión de estudio sobre el clima. En la primera reunión, Macron les dijo que había que «repensar el mundo». Durante la última crisis económica, el presidente Nicolas Sarkozy afirmó, sin despeinarse, que había que refundar el capitalismo. La grandilocuencia francesa es insuperable. Su astucia política, también. Tendremos noticia de ella en los próximos tiempos.

Entre estacazo y estacazo en el famoso cuadro de Goya, en España también se trabaja para perfilar algunas ideas de futuro, sin tanta escenografía y con menos grandilocuencia. La patronal CEOE reúne esta próxima semana, por vía telemática, a los presidentes de las principales empresas del país para debatir sobre la reconstrucción económica. Habrá que seguir con atención esas deliberaciones. Habrá que seguir su contenido y su timbre, puesto que en España, para orientarse bien hay que volver a prestar atención a los tonos.

Políticamente, España vuelve a ser un lugar tremendamente áspero, capaz de asustar a cualquier observador extranjero que no esté en el secreto. El secreto es que tanta violencia verbal constituye también un artefacto teatral. Un artefacto barroco. La evocación constante de la tragedia es en España un arma de disuasión y una válvula de escape. Nadie llega nunca a las manos en el Parlamento. El día que eso ocurra deberemos preocuparnos seriamente. Los españoles vuelven a temerse a sí mismos. Esa es una de las notas del actual momento.

Habrá que prestar atención a los trabajos de la comisión parlamentaria sobre el programa de reconstrucción. En ningún lugar está escrito que esa comisión vaya a ser un absoluto fracaso, como tantas veces se profetiza. La nueva entente entre PSOE y Ciudadanos, puesta en escena esta semana en la Moncloa, puede tener recorrido más allá de los acuerdos parlamentarios para las sucesivas prórrogas del estado de alarma y el decreto de la «nueva normalidad» (horrorosa expresión). La inesperada convergencia entre los socialistas y el pequeño grupo liberal que ahora quiere ser, podría plasmarse en las resoluciones de la comisión parlamentaria.

Sobre las conclusiones de la comisión se levantaría el proyecto presupuestario de 2021, a su vez encajado en el marco de las ayudas europeas, cuya cuantía, ritmo, condicionalidad y metodología deberá empezar a concretarse esta semana en la cumbre de Bruselas. La plataforma política de otoño se empieza a construir ahora. Podría llegar a ser una plataforma amplia y hasta cierto punto insólita: de Ciudadanos a Unidas Podemos, quizá con el concurso (vía abstención) de Esquerra Republicana, que después del verano estará absolutamente pendiente del espeso campo de maniobras catalán.

Apertura al centro con Podemos dentro de la nave. UP, que acaba de obtener un notable triunfo político con la aprobación del ingreso mínimo vital antes del mes de julio —el objetivo que se había propuesto Pablo Iglesias ante las reticencias del área económica del Gobierno—, no se opone al diálogo con el partido de Inés Arrimadas, aunque no salte de alegría ante un movimiento que cuenta con el apoyo del PNV, que saldrá reforzado de las elecciones del 12 de julio en Euskadi. El día que Podemos subió al barco gubernamental ya sabía que de las naves de largo recorrido no se salta a media travesía y menos en plena tormenta. La corrección de eje sería más acentuada si la vicepresidenta tercera Nadia Calviño consiguiese ser elegida presidenta del Eurogrupo (conferencia permanente de los ministros de Economía de la zona euro) en sustitución del portugués Mário Centeno. En la Moncloa preocupa la trompetería de estos días en Madrid sobre la candidatura de Calviño. Darlo casi por hecho puede perjudicarla.

Ajustando rumbos. Hace quince días parecía que el Gobierno se hundía. Se publicaron algunos avisos al respecto. Dos semanas después, el ingreso mínimo vital es aprobado sin votos en contra, puesto que en la modesta España nadie quiere enemistarse con las personas que lo han perdido todo. Pese a los garrotazos, el país puede tener rumbo.

UN AÑO EN LA BAÑERA DE WEIMA

20 de septiembre, 2020

El 80% de los españoles considera que la situación económica es mala. Los problemas políticos en general, el mal comportamiento de los partidos, la falta de acuerdos, la inestabilidad, más la corrupción y el fraude, forman el primer sumando en la tabla de preocupaciones. Un 56,8% tiene poca o ninguna confianza en la política que está siguiendo el Gobierno central en la pandemia. Solo un 4,9% estaría a favor de que el gobierno de su comunidad autónoma se hiciera cargo en solitario de la lucha contra la Covid-19. Un 72,3% desea que el Gobierno central y las comunidades

hagan frente a la epidemia de manera mancomunada. Un 94% quiere que se dediquen más recursos a la sanidad pública y otro 94% desea el aumento de plantillas en los centros sanitarios. Un 44% está dispuesto a vacunarse en el momento en que ello empiece a ser posible.

Es muy interesante el barómetro especial de septiembre del Centro de Investigaciones Sociológicas, después de conocerse los acuerdos de julio de la Comisión Europea sobre la ayuda a los países más perjudicados por la Covid-19. La gente no espera milagros, pero sigue confiando, con muchos reparos, en el marco institucional. Una sociedad irritada y asustada. Un país enfadado con la política, poco entusiasmado con el Gobierno, sin una oposición que despunte (más bien lo contrario), deseoso de una mayor colaboración entre las instituciones. Un país más apegado que nunca a la sanidad pública (adiós, privatizaciones), con una significativa desconfianza ante la carrera internacional en pos de la vacuna: un 40% no se vacunaría mañana mismo y esperaría a ver qué pasa.

Un país muy pesimista ante el panorama económico, aunque llegados a este punto hay que prestar atención al siguiente contraste: un 80% considera pésima la situación económica, pero solo el 21,3% señala que su situación económica personal es en estos momentos mala o muy mala. Un país escamado y resiliente, por decirlo con una palabra ahora de moda. Un país atemorizado ante el futuro, pese a las buenas noticias que en julio llegaron de Bruselas. Un país en la bañera de Weimar, vigilado y asistido por la Unión Europea. (La república alemana de Weimar, poderoso símbolo de las democracias que pueden fracasar por estrés social y ausencia de sólidos anclajes).

Muy astutamente, el CIS de José Félix Tezanos ha fragmentado la desconfianza en la política y el malestar ante la corrupción en cinco preguntas distintas, pero basta leer la tabla sobre el principal problema de España para constatar la gravedad de la desafección. Sumando esas cinco preguntas, un 36,3% de los encuestados señala los males de la política y la corrupción como el principal problema del país, por delante del paro y la crisis económica (20,5%) y el coronavirus (16,6%). Esa curva empezó a crecer hace ahora un año, cuando quedó claro que España se dirigía a una repetición de las elecciones generales, después de haber fracasado las

negociaciones de la investidura de Pedro Sánchez, con los resultados de las elecciones generales de abril. Aquella repetición electoral fue una gran insensatez. Desde entonces, España no ha encontrado rellano. Recordemos la secuencia:fracaso de las negociaciones, convocatoria electoral automática al cabo de dos meses de la investidura fallida, sentencia del Tribunal Supremo por los hechos de octubre de 2017 en Catalunya, barricadas en llamas en el centro de Barcelona, nuevas elecciones, pacto de urgencia PSOE-Unidas Podemos, investidura con gritos de «¡Gobierno ilegítimo!», estallido de la epidemia, estado de alarma y todo lo que ha venido después. Llevamos un año sumergidos en la bañera de Weimar.

El barómetro de septiembre también ofrece una proyección electoral que coloca al PSOE trece puntos por encima de un PP visiblemente erosionado por el caso Kitchen (un asunto posiblemente más grave que Gürtel), sin que el trabajo de campo recoja los efectos del grave fiasco que se está viviendo en estos momentos en la Comunidad de Madrid. La misma estimación otorga casi dos puntos más a Ciudadanos. El CIS sitúa a los naranjas por encima del 10%, apareciendo Inés Arrimadas como la segunda política mejor valorada. Podría parecer un traje hecho a medida para la incorporación de Ciudadanos al pacto presupuestario.

Las estimaciones de Tezanos se están convirtiendo en un género muy discutido, pero el material que aporta el CIS siempre es muy bueno, de manera que diversas refinerías externas reprocesan los datos del organismo oficial. Una de esas refinerías señala que, efectivamente, el Partido Socialista estaría en estos momentos casi diez puntos por encima del PP, sin llegar Sánchez al ambicionado 30%. El PSOE estaría en el 28% frente a un dramático 19,5% del Partido Popular, que tendría a Vox a solo cinco puntos (15%). Vox es el partido que más sube. Ciudadanos mejoraría sus posiciones (9,3%) sin superar todavía el listón del 10%. Y Unidas Podemos se mantendría estable por encima del 12,5%, resistiendo la tremenda embestida mediática de agosto, a partir de unas acciones judiciales que después se han desinflado, sin que el reclamo republicano suponga un tirón. El procesismo republicano, ayer reiterado por Pablo Iglesias, puede estar añadiendo incertidumbre a las franjas de mayor edad de una sociedad asustada.

El dato fundamental es el crecimiento de Vox. El principal beneficiario del desastre que está viviendo el PP puede ser el partido de la extrema derecha. El votante conservador moderado se va a la abstención y el que tiene muchas ganas de pelea con la izquierda se va con Santiago Abascal. Ciudadanos parece que sube, gracias a su posición pactista, pero podría estar haciéndolo a costa de la franja más moderada del PSOE, razón por la cual el partido de Sánchez no alcanzaría el 30% pese al desgaste de su principal adversario.

Un año en la bañera de Weimar. Un país desasosegado con ganas de que los políticos se ocupen de las cosas concretas. No es de extrañar que en estos momentos haya tantos pretendientes para negociar los presupuestos.

2021

El 22 de diciembre de 2020, tres días antes de Navidad, el Senado aprobó los presupuestos generales del Estado del año siguiente. Eran los primeros presupuestos que aprobaba el Parlamento español desde la moción de censura a Mariano Rajoy a finales de mayo de 2018. España no se había hundido, España no se había roto. España estaba resistiendo la epidemia. España había ayudado a pactar los fondos de recuperación europeos y ahora aprobaba los presupuestos estatales con la mayoría parlamentaria que había dado la investidura a Pedro Sánchez. Todas las maniobras para desestabilizar al Gobierno, que no habían sido pocas, quedaban ahora derrotadas. El gobierno de concertación nacional por el que suspiraban algunas empresas del Ibex 35 y destacados medios de comunicación privados tenía que esperar. El experimento seguía en marcha pese a verse obligado a gestionar una calamidad.

El PSOE, sin embargo, seguía pensando en Ciudadanos. Esos diez diputados varados en el Congreso. Existía la tenue posibilidad de poder dibujar una nueva geometría parlamentaria que restase capacidad de presión a Podemos dentro del Gobierno. Sánchez nunca ha sido un izquierdista, ese es un dato fundamental para entender los últimos diez años de la política española. Sánchez posee una fuerte voluntad de poder, una gran capacidad de resistencia y es un pragmático radical. Una aproximación a Ciudadanos le abría la posibilidad de disparar bengalas de señalización en aquel cielo oscuro de la epidemia. «Atención, me estoy moviendo al centro», diría a los medios de comunicación y a las fuerzas económicas que intentaban mover hilos para la conformación de un gobierno de unidad. «Estoy girando un poco al centro», diría la segunda bengala a Bruselas, a Berlín, a París y a la nueva Administración norteamericana, puesto que Joe Biden acababa de ganar las elecciones presidenciales en Estados Unidos y un tiempo nuevo se aproximaba en la política internacional. El pacto con Ciudadanos podía corregir la mayoría de la investidura, sin borrar el gobierno de coalición, puesto que Unidas Podemos no podía provocar una crisis de Gobierno. Tal respuesta habría sido su perdición.

Veamos los números. PSOE y UP sumaban 155 escaños, catorce más que la suma de PP y Vox (141 escaños). Con los diez votos de Ciudadanos, más los escaños del PNV, Más País, Compromís, Coalición Canaria y Partido Regionalista de Cantabria, el Gobierno alcanzaba los 177 votos, mayoría absoluta. Sustantivamente, el apoyo de Ciudadanos servía para rebajar la capacidad de presión de Podemos dentro del Gobierno, la capacidad de presión de ERC desde fuera, y dejaba al margen a EH Bildu. Este último punto era importante.

En otoño de 2020, el Partido Socialista intentó atraerse al grupo de Inés Arrimadas y Edmundo Bal a través de su negociador, Félix Bolaños, pero Pablo Iglesias maniobró para evitarlo. Iglesias apostaba por un «bloque estratégico» formado por Unidas Podemos, Esquerra Republicana y EH Bildu, que sumaban 53 escaños, para marcar al PSOE el ritmo de la legislatura. Hablar de bloque estable y mencionar a ERC es un acto de voluntarismo, pero Iglesias sí mantenía una eficiente interlocución con Arnaldo Otegi.

Los presupuestos de 2021 se aprobaron con los votos de la mayoría de la investidura, esto es, con ERC y EH Bildu, pero el PSOE no dio por perdida la opción Ciudadanos. A principios de marzo, el Partido Socialista desencadenó una extraña operación táctica en Murcia que acabó como el rosario de la aurora. El 10 de marzo de 2021, el programa matinal de Carlos Herrera (Cadena Cope) desvelaba la existencia de un principio de acuerdo en Murcia entre PSOE y Ciudadanos para presentar una moción de censura contra el presidente regional, Fernando López Miras, después de 26 años ininterrumpidos de dominio del PP en la región. La divulgación de la noticia pone en crisis la operación y da tiempo al PP para contratacar. El entonces secretario general del PP, Teodoro García Egea, tenía buenas antenas en su tierra. Tuvo noticia de la operación apenas empezó a fraguarse y logró desarticularla después de tres días de negociaciones, en las que consiguió atraerse, mediante la oferta de cargos, a tres de los diputados regionales de Ciudadanos.

El desaguisado de Murcia tuvo un efecto inmediato en Madrid. La operación fue leída por la derecha madrileña como la señal previa a una moción de censura de Ciudadanos en la Comunidad de Madrid para

desalojar a Isabel Díaz Ayuso. Se venía hablando desde hacía meses de esa moción de censura. El grupo dirigente del PP en la Comunidad de Madrid responde con el fulgurante anticipo de elecciones autonómicas.

(En más de la mitad de las autonomías españolas, los presidentes pueden disolver en estos momentos la cámara parlamentaria para convocar elecciones, sin más condición que su firma y que haya transcurrido un año desde los últimos comicios. Esa facultad, inicialmente reservada a las autonomías «históricas», confiere a los presidentes autonómicos una alta capacidad de incidencia en el calendario político general. Esa libertad de remover el tablero no es fácil de encontrar en los poderes regionales europeos más reconocidos. La mayoría de los presidentes de los länder alemanes, por ejemplo, no tienen tanto margen de maniobra).

La «operación Ciudadanos», pilotada por el secretario general del PSOE, Santos Cerdán, obviamente conocida por Pedro Sánchez, acaba siendo un fracaso absoluto. Las elecciones en Madrid van a romper el tablero político, poniendo de nuevo en evidencia la grave debilidad de la izquierda en la capital de España. Lo he señalado antes: la izquierda española lamentará durante años y años sus cismas en Madrid.

El PSOE no estaba preparado para esas elecciones. Podemos, tampoco. La figura de referencia del Partido Socialista en Madrid, Ángel Gabilondo, estaba de salida, esperando ser nombrado Defensor del Pueblo. No era un hombre para la lucha de trincheras. Su campaña electoral fue patética. Después del cisma con Más Madrid, Podemos corría el riesgo de no superar la barrera del 5% y quedar fuera de la Asamblea de Madrid. Esa posibilidad aterrorizaba a Pablo Iglesias puesto que habría supuesto una brusca devaluación de su proyecto. Propusieron al ministro Alberto Garzón que encabezase la lista madrileña y este declinó la oferta. En una reunión del grupo dirigente de Podemos, Irene Montero dijo que estaba dispuesta a dar el paso. En ese momento, Pablo Iglesias exclamó: «¡No, voy yo!». Aún no había transcurrido un año y medio de la formación del gobierno de coalición y el líder de Podemos abandonaba el Ejecutivo para enfrascarse en una batalla regional. ¿Cuál era su propósito? Salvar a Podemos, sin duda alguna. Asegurar su presencia en la Asamblea de Madrid. Mantener viva la relación de fuerzas que condujo al Gobierno de coalición. Quería ver si era

posible derrotar a la derecha en Madrid con su capacidad de arrastre. En algún momento quizá pensó que era posible. Había algo más, sin embargo. Tenía un deseo inconsciente de adelantar su salida del primer plano de la política institucional, para seguir ejerciendo el liderazgo político de otra forma: desde los medios de comunicación. La política es comunicación. Acertada o no, esa es su divisa y su obsesión. Iglesias solo estuvo un año y cuatro meses sentado en el Consejo de Ministros. Tenía miedo a convertirse en el Alexis Tsipras español.

Díaz Ayuso ganó las elecciones de calle gracias a sus mensajes libertarios y al cansancio de la gente con los confinamientos. Desde el primer momento, la presidencia de la Comunidad de Madrid no había aceptado la autoridad del Gobierno, no se había acomodado nunca al discurso oficial sobre la gestión de la epidemia. Lo hicieron con extremismo verbal y con cautela práctica. Nunca desobedecieron de manera explícita las normas dictadas por el Gobierno, pero siempre las cuestionaron, las tensaron y las distorsionaron. El mensaje era: «Madrid es diferente, en Madrid hay más libertad». Ese discurso, apoyado por un potente despliegue mediático que incluía a todas las televisiones privadas y casi todas las emisoras de radio, conectó con amplias franjas de la población y logró tapar las gravísimas responsabilidades en la gestión de las residencias de ancianos en la Comunidad de Madrid, donde murieron más de siete mil ancianos a consecuencia de la covid y sus complicaciones. Murieron más ancianos en las residencias que en los hospitales. Algún día, la sociedad volverá a poner los ojos en esa tragedia.

En abril de 2021, muchos electores no querían que se les hablase de tragedia, les gustaba el mensaje desenfadado de Ayuso apelando a la libertad de tomarse una caña de cerveza en cualquier terraza de la capital. Ayuso obtuvo un clamoroso triunfo, sin alcanzar todavía la mayoría absoluta. La izquierda se desfondó. Sánchez quedó muy debilitado y en algunos centros de poder tomaron nota, por ejemplo en el Palacio Real de Rabat. Pablo Iglesias solo consiguió siete escaños para Podemos y aquella misma noche anunciaba su retirada del primer plano de la política. La legislatura cambiaba de plano.

LA FIEBRE DEL LITIO

7 de marzo, 2021

Durante la Segunda Guerra Mundial, Portugal y el noroeste de España vivieron la fiebre del wolframio. Casi tan duro como el diamante y capaz de soportar altísimas temperaturas, el wolframio, también conocido como tungsteno, era imprescindible para el blindaje de los carros de combate y para endurecer la punta de sus principales enemigos: los proyectiles antitanque. Portugal y España poseían buenos yacimientos de aquel mineral oscuro, que en algunas de las más recónditas comarcas de la Península llegó a convertirse en oro negro.

La URSS disponía de la mitad de las reservas mundiales. China, Canadá y Estados Unidos también poseían grandes yacimientos. Alemania andaba muy escasa y Hitler pagaba bien. António de Oliveira Salazar jugó con habilidad. Con una mano vendía tungsteno a los alemanes y con la otra cedía las estratégicas islas Azores a los aliados, para estar en el lado correcto de la historia si los angloamericanos acababan ganando la guerra. El dictador contable de Portugal acertó y fue admitido como socio fundador de la OTAN en abril de 1949. El general Franco apostó más descaradamente por Alemania y Estados Unidos le tuvo que parar los pies en 1945, paralizando las exportaciones de petróleo a España durante varios meses, a modo de advertencia. Concluida la guerra, muchas minas de wolframio cerraron. Se han escrito algunas novelas sobre aquellas fiebres oscuras.

Setenta y cinco años después, el wolframio figura en la lista de materias primas críticas para la Unión Europea y algunas viejas explotaciones de los años cuarenta están reabriendo, como es el caso de la mina de Barruecopardo en la provincia de Salamanca. La minería regresa al oeste español en busca de materiales necesarios para las nuevas tecnologías y la fiebre que viene es la del litio. Este metal blando, ligerísimo, de color blanco plata, usado en dosis infinitesimales para algunos tratamientos psiquiátricos, utilizado también para algunas aleaciones de las naves

espaciales, es casi imprescindible en la fabricación de baterías eléctricas de larga duración para los coches eléctricos.

El litio es moderadamente abundante en el planeta. Las mayores reservas se hallan en Chile, Australia, China y Bolivia. También hay litio en Portugal y España. Los yacimientos del mineral más ligero se hallan en algunas de las áreas geográficas de la península Ibérica en las que abundaba el durísimo wolframio. Hay yacimientos de litio en Extremadura y en la raya de Portugal. Ese preciado mineral también figura en la lista de «materiales críticos» para el futuro de la Unión Europea. Con la geopolítica hemos topado.

El ambicioso programa para la fabricación de coches eléctricos en España necesita litio para cerrar la cadena. Extracción del mineral, producción de baterías eléctricas, componentes para los nuevos modelos y fabricación de coches eléctricos en las grandes plantas automovilísticas. El paso dado esta semana por el grupo Volkswagen en Martorell es trascendental, no solo para la economía catalana. La decisión alemana de convertir el área metropolitana de Barcelona en plataforma de producción del coche eléctrico en el sur de Europa trasciende los límites de la política industrial. Es una apuesta estratégica de primer orden que busca innovación y ofrece estabilidad. Las demás compañías automovilísticas quedan emplazadas a seguir el ejemplo alemán. El siguiente paso será decidir la ubicación de las fábricas de baterías. La ministra de Industria, Reyes Maroto, anunciaba el jueves que una de esas fábricas estará «cerca» de la factoría de Seat en Martorell. Inmediata inquietud en Valencia y Aragón, que también aspiran a esa actividad en su territorio. «Cerca de Martorell significa que la fábrica estará en España», ha puntualizado la ministra en declaraciones a la prensa. Fuentes gubernamentales señalan que hay que distinguir entre la fabricación de los componentes de las baterías y su ensamblaje final, que debe estar lo más cerca posible de las fábricas de automóviles.

«La fábrica de baterías de Seat no se nutrirá de litio extremeño; no permitiremos que se condicione y sacrifique el futuro de una ciudad extremeña, nuevamente, por el desarrollo industrial de otras zonas del país», ha dicho el alcalde de Cáceres, el socialista Luis Salaya, echando mano del viejo repertorio anticatalán de Juan Carlos Rodríguez Ibarra, que

tanto sirve para un barrido como para un fregado. ¿Qué le pasa al señor Salaya? Pasa que tiene un grave problema en Cáceres: la ciudad se ha levantado contra el proyecto de una mina de litio a cielo abierto a escasos kilómetros del casco urbano, en el valle de Valdeflores. Daño paisajístico, polvo y riesgo de contaminación de las aguas a dos pasos de una ciudad de innegable atractivo turístico. Menor oposición suscita la explotación minera de litio prevista en el municipio de Cañaveral (Cáceres), proyecto que contempla la apertura de una fábrica de baterías en Badajoz.

Hay mar de fondo en Extremadura ante la nueva minería. Doscientos cincuenta expedientes de exploración minera están abiertos en estos momentos en una de las regiones más bellas de España. (Y la peor comunicada en tren). Hay fiebre minera y miedo a que una actividad extractiva descontrolada dañe paisajes y acuíferos y acabe perjudicando a la agricultura. Nueve plataformas se han levantado contra distintos proyectos y el Tribunal Superior de Justicia de Extremadura acaba de anular el permiso para la exploración de una mina de uranio en la sierra sudoeste. «Extremadura no quiere ser colonia de Europa», dicen las plataformas, con fuerte activismo femenino. También hay protestas en Portugal. No es un tema menor, aunque no salga en los telediarios.

En los fondos europeos está el futuro de la modesta España. La apuesta alemana por Seat es fundamental (pese a la ridícula ausencia del Govern de la Generalitat en el acto del viernes). Y el litio es necesario para la fabricación de baterías. Se inaugura, ahora mismo, una compleja etapa de competición por los vectores de futuro. No habrá buena política industrial en España sin nuevos equilibrios territoriales.

UNA TARDE EN EL ZENDAL

4 de abril, 2021

Llegué a las inmediaciones del hospital Isabel Zendal cuando faltaban veinte minutos para las cinco de la tarde. Media hora antes de las 17.09 h

que, con prusiana precisión, exigía el aviso del Servicio Madrileño de Salud. La cola era inmensa. «Esto será lento», pensé, mientras me situaba en la fila, con ese punto de indecisión que a veces tienen las colas en España, no vaya a ser que estés haciendo el primo y el punto de arranque esté en otra parte. Los carteles indicativos los encontraríamos más adelante, a medida que rodeábamos el hospital construido por la Comunidad de Madrid para hacer frente a las emergencias de la epidemia.

Tarde nubosa de Viernes Santo en el extrarradio de Madrid. Tarde de película triste de Vittorio Gassman. El hospital Isabel Zendal, enfermera gallega pionera en las misiones internacionales, se halla en el área de Valdebebas, a medio camino entre Ifema y la T4 del aeropuerto de Barajas, muy cerca de la Ciudad Deportiva del Real Madrid y prácticamente pegado a un moderno edificio circular del arquitecto Alejandro Zaera Polo, popularmente conocido como el dónut de la Ciudad de la Justicia. Se trata del único edificio construido del megalómano proyecto de la administración de Esperanza Aguirre para reunir todos los juzgados de Madrid en un conjunto urbanístico de primera división, con edificios singulares encargados a algunas de las principales estrellas de la arquitectura internacional. Se enterraron millones de euros en proyectos, maquetas y viajes a Nueva York y Singapur, para acabar en la nada y en un proceso judicial todavía inconcluso por presunto desfalco.

Las colas largas invitan a atar cabos. El PP madrileño es de goma. Lo aguanta todo. Ningún escándalo le hunde, porque la divisa de sus electores, perfectamente identitaria, es «antes muertos que gobernados por la izquierda». Antonio Gramsci disfrutaría en Madrid. En la capital de España se plasma con claridad diáfana el concepto hegemonía. El PP madrileño cae, rebota y deja tuerto a un partido de la izquierda.

Esta vez tiene todos los números el PSOE, que se está dirigiendo a un electorado centrista que quizá ya no existe. Perdiendo insensatamente la alcaldía de Madrid, la izquierda capitalina quedó en fuera de juego. Es posible que lo lamenten durante decenios.

La cola es larga pero avanza con fluidez. Superada la indecisión de los primeros momentos, las colas en España son muy disciplinadas. Quien haya vivido unos años en Italia sabrá a lo que me refiero. Bajo el cielo

encapotado, la gente habla de sus cosas. Muchos han venido acompañados, por lo que pueda pasar. Aquí está la generación de sesenta a sesenta y cinco años. La generación del Plan de Estabilización. Nuestro destino fue dibujado por Joan Sardà Dexeus, el economista catalán de vieja filiación republicana que ayudó al régimen de Franco a salir de la economía de guerra cuando la autarquía amenazaba quiebra. Los norteamericanos, que acababan de firmar el tratado de las bases militares, se alarmaron y alentaron el cambio de línea económica. Sardà trabajaba en Caracas como asesor del Banco Central de Venezuela y mantenía excelentes relaciones con el FMI y el Banco Mundial. Lo ficharon los tecnócratas del Opus Dei como director del servicio de estudios del Banco de España y de ahí salieron las líneas maestras de la liberalización económica, hasta ahora nunca interrumpida. Es fascinante ver cómo las ideas básicas de 1959, apertura al exterior, industria y turismo, vuelven a estar ahora sobre la mesa.

La cola sigue avanzando y cuando llegamos a la puerta del hospital, los acompañantes quedan a la espera. La brigada Sardà Dexeus se adentra en el laberinto. El Zendal es un hospital de campaña con mamparas de feria de muestras. Limpio, nuevo, ordenado. Muchas camas han sido retiradas para habilitar los sets de vacunación. La cola sigue avanzando y las miradas se hacen más graves. Algo nuevo va a pasar en nuestros cuerpos. El sistema inmunológico va a tener visita. Cuando veo las jóvenes enfermeras y enfermeros un soplo de aire fresco me levanta el ánimo. Se les ve contentos, dinámicos. Transmiten apego a la vida. Una voz advierte: «Sáquense la chaqueta y decidan en qué brazo quieren que les vacunen». Puesto que me cuesta distinguir entre derecha e izquierda (lo cual provocó más de una situación cómica durante mi servicio militar en Almería), decido que será en el brazo sin reloj, es decir, el derecho. Cuando me siento, la enfermera está situada a mi izquierda. Con amable rapidez, inyecta. Siento un pinchazo geopolítico y por un momento creo ver a Boris Johnson, el muy bandido, jugando al ajedrez con viales de AstraZeneca. Después de recoger el certificado de vacunación, hay que sentarse diez minutos en una sala de estar, por si pasase algo. Me tomo un paracetamol y doy la bienvenida al vector ChAdOx1. Habrá que volver dentro de diez o doce semanas.

Verdaderamente es una proeza haber fabricado vacunas un año después del estallido de la epidemia. Me siento aliviado, pero con la sensación de que

aún no lo hemos visto todo. Salgo del hospital a las 17.30 h por la avenida Manuel Fraga Iribarne de una ciudad en la que quieren borrar la calle Indalecio Prieto, el dirigente socialista que colocó al PSOE bajo la disciplina atlántica e intentó restaurar la Monarquía en 1947. Mastico hegemonía y escribo estas líneas con unas décimas de fiebre y una leve sensación de cansancio.

IVÁN, EL TERRIBLE

9 de mayo, 2021

Todo empezó hace dos meses con un peón mal adelantado en Murcia. El último cambio de rasante en la política española se inició la noche del 9 de marzo, cuando el aparato del PSOE activó una moción de censura con Ciudadanos para tumbar al presidente regional murciano, Fernando López Miras, del Partido Popular.

Aparentemente circunscrito al ámbito local, ese movimiento de peón quería alterar todo el tablero. Se pretendía noquear al PP y dejarlo a rebufo de Vox, después del pésimo resultado de los populares en las elecciones catalanas del 14 de febrero. Se soñaba con reflotar a Ciudadanos tras su fiasco en Catalunya, para seguir disponiendo de un cojinete centrista en el Congreso que rebajase la presión de Unidas Podemos y de las fuerzas periféricas más incómodas (Esquerra Republicana y Bildu) para la centralidad del PSOE. No se podía cambiar la mayoría parlamentaria, pero se trataba de balancearla, también con la ayuda del PNV. Se trataba de dibujar escenarios para la próxima legislatura. Demasiadas tareas para un solo peón.

La operación Murcia fracasó estrepitosamente y lo que ha venido después es suficientemente conocido. En política los fracasos no suelen tener ni padre ni madre, pero en esta historia un hombre tuvo el coraje de levantar la mano. Santos Cerdán, secretario de coordinación territorial del PSOE, concedió el pasado 20 de marzo una entrevista al diario Noticias de Navarra en la que aportaba datos muy valiosos. Decía Cerdán: «Ciudadanos ofreció

a nuestros compañeros de Murcia la posibilidad de presentar la moción. Nosotros les pedimos el compromiso por escrito de cada uno de ellos para tirar adelante. Los compañeros de Murcia nos trasladan ese compromiso y se decide activar la moción. Eso lo manejamos el área de organización, tanto José Luis Ábalos como yo, en contacto continuo con el secretario general de la Presidencia del Gobierno, Félix Bolaños». Llegados a este punto, el autor de la entrevista, el periodista Jesús Barcos, efectuaba la pregunta clave, si tenemos en cuenta el vuelo de los cuchillos estos días en la casa socialista.

—¿Ha tenido Iván Redondo un papel en esta cuestión?

—No. Y no se estaba jugando a partidas de ajedrez por muchos relatos que algunos quieran ir comprando.

La operación de Murcia fue gestionada por el aparato del PSOE, con conocimiento de la jefa del grupo parlamentario socialista, Adriana Lastra, y con el visto bueno, evidentemente, del presidente del Gobierno, Pedro Sánchez. Santos Cerdán, antiguo secretario de organización del PSOE en Navarra, uno de los hombres que ayudaron a Sánchez a ganar las primarias de mayo de 2017, en contra de toda la nomenclatura del partido, tuvo un rasgo de sinceridad inhabitual en la política profesional. Habló antes de la debacle electoral. Antes de que empezasen a volar los cuchillos y que Lastra acusase, hace unos días, a Redondo, jefe de gabinete y asesor de comunicación del presidente, de ser la perdición del PSOE, según ha reportado el diario digital Vozpopuli. Se busca chivo expiatorio, e Iván, el terrible, el hombre más cercano a Sánchez, ha sido señalado en algunas dianas. Redondo, coautor de la moción de censura de 2018 y del pacto con Unidas Podemos en 2019, tiene poder, no pertenece al PSOE y se le suele atribuir en los mentideros de Madrid un papel tremendamente influyente. Gajes del oficio. La politología, disciplina emergente y efervescente, está generando mitos. Los relatos de moda atribuyen a los spin doctors un poder casi omnímodo, pero la fábrica de la política es algo bastante más complejo. El James Moriarty de Redondo, el gran antagonista de Iván, el terrible, es Miguel Ángel Rodríguez. MAR, así se le conoce en Madrid, es hoy el gran triunfador, puesto que a este veterano periodista de Valladolid, que hace treinta años ayudó a forjar la carrera ascendente de José María Aznar, se le

atribuye casi en exclusiva la gran victoria de Isabel Díaz Ayuso. En la calle Génova algunos fruncen el ceño.

¿Por qué el aparato del PSOE no previó que el PP podía responder a la maniobra de Murcia con el adelanto de elecciones en Madrid? Ese error de bulto no se puede atribuir al influyente Redondo. La respuesta del PP fue audaz, casi tan audaz como la moción de censura a Mariano Rajoy en mayo de 2018. Fue un movimiento que dejó descolocado al PSOE. Ángel Gabilondo estaba de salida y todo Madrid lo sabía. Su perfil de oposición en la Asamblea de Madrid era muy discreto, a la espera de un acuerdo para ser nombrado Defensor del Pueblo. Pensaron en la ministra de Defensa, Margarita Robles, pero esa propuesta nunca llegó a formalizarse. Se esbozó, solo se esbozó, la hipótesis de una coalición con Más Madrid, con Manuela Carmena al frente, pero una idea de tal calibre exigía tiempo, maduración y un paso atrás de Mónica García, que a su vez rechazó, enérgicamente, la oferta de Pablo Iglesias de una lista unitaria entre Más Madrid y Unidas Podemos.

El PSOE no podía dejar pasar muchos días y proclamó candidato a Gabilondo por tercera vez desde 2015. Iban a ser sus elecciones más difíciles. Todas las encuestas daban la victoria al PP y la izquierda concurría en tres listas. La coalición mediática favorable a Ayuso ha sido una de las más potentes que se recuerdan en la capital de España. Se convocaba a Madrid a votar contra el Gobierno, y la izquierda pronto se vio encerrada en una competición perdedora: votar a la izquierda significaba elegir quién debía encabezar la oposición a Díaz Ayuso. Ganó Mónica García, la persona que ha ejercido ese papel en los dos últimos años, con notable energía.

La debacle madrileña está haciendo saltar algunas chispas en la casa socialista y aledaños. Una vez más, Felipe González ha dado la orden de ataque, con uno de sus mensajes medio encriptados. «Aparece ahí un tío y dice que todo está bien y el futuro es cojonudo», dejó caer unos días antes de las elecciones. Se respira estos días un cierto retorno a 2016. Ecos del «todos contra Sánchez». Primarias en Andalucía, en junio. Congreso del PSOE en octubre, en Valencia. Mar brava.

ONCE MINUTOS

16 de mayo, 2021

Once minutos. Este es el tiempo que transcurrió, el pasado 10 de marzo, entre la firma del decreto de convocatoria de elecciones en la Comunidad de Madrid y la entrada en el registro de la asamblea regional de la primera moción de censura a la presidenta Isabel Díaz Ayuso, firmada por los diputados de Más Madrid. Cuatro minutos después, el PSOE presentaba una segunda moción de censura, con el propósito de frenar el adelanto electoral. El reloj marcaba la una de la tarde.

La historia es conocida e incluso nos puede parecer remota, puesto que las elecciones madrileñas ya se han celebrado y su resultado está alterando de manera sustantiva la dinámica política del país. Han caído cabezas y se han cortado coletas. Once minutos. Esa carrera contra reloj, como recordaremos, acabó en los tribunales. Las dos mociones de censura se presentaron después de la firma de la convocatoria electoral, pero antes que ese decreto fuese registrado en la asamblea regional y apareciese publicado en el Boletín Oficial de la Comunidad de Madrid. Se solicitó la suspensión cautelar de las elecciones, pero el Tribunal Superior de Justicia de Madrid desestimó tal petición, dictaminando que prevalecía el acuerdo político de disolver la asamblea.

Esos once minutos nos conducen a un lugar denso de la política española que podríamos llamar el Sudeste. No es una región oficialmente constituida, no es una comunidad autónoma, pero es un espacio realmente existente. Un espacio geográfico, económico y político que se articula alrededor de la demanda de agua. Almería, Murcia y el sur de la provincia de Alicante. Las huertas del río Segura, dependientes del trasvase del Tajo, y la Almería secularmente sedienta que se ha hecho rica con la agricultura intensiva de los invernaderos. En el inescrutable Sudeste, región que no figura en los mapas, pero que tendría pleno sentido como comunidad autónoma, se ha forjado el cambio de dinámica en la política española. El PSOE quiso llevar a cabo un golpe audaz y se lanzó a la aventura sin la cartografía adecuada, cosa sorprendente en un partido tan experimentado. Los socialistas fueron

los primeros en querer cambiar el rumbo de la legislatura y les fallaron los mapas.

Esos once minutos empezaron con la fallida moción de censura en Murcia. Antes de que el PSOE moviese seis peones murcianos de Inés Arrimadas, el PP ya tenía controlado el GPS de Ciudadanos. Desde hace meses, nada importante ocurre en el interior del partido naranja sin que lo sepan en la calle Génova. Ciudadanos dejó de ser un partido político autónomo, si es que alguna vez lo fue, después de la debacle de las últimas elecciones generales. A partir de ese momento, sus principales dirigentes se dividieron entre los partidarios de aprovechar las necesidades aritméticas del PSOE en el Congreso y los que empezaron a llamar a la puerta del PP. Mientras Arrimadas mantenía una aparente distancia de los fogones, sus dos hombres de confianza, Carlos Cuadrado y José María Espejo, pasaban a ser asiduos visitantes del palacio de la Moncloa, manteniendo una interlocución constante con Félix Bolaños, secretario general de la Presidencia del Gobierno. Por el otro lado, Fran Hervías, secretario de organización con Albert Rivera, se convertía en estrecho colaborador de Teodoro García Egea, secretario general del PP, un hombre del Sudeste. Otros, como el polifacético Toni Cantó, portavoz de Ciudadanos en las Corts Valencianes, jugaban a dos bandas: de día pactaban abstenciones con los socialistas y de noche exploraban el futuro con los populares. Las bisagras siempre han sido frágiles en España. En este país, cuando las bisagras giran a la izquierda, se rompen.

9 de marzo de 2021. Media hora después de que los seis diputados de Ciudadanos firmen la moción de censura que debe derribar al presidente de la región de Murcia, Fernando López Miras, el estado mayor del PP ya conoce la operación. No es una operación menor. Después de la doble moción en Murcia (comunidad y ayuntamiento), pueden venir la Comunidad de Madrid y Castilla y León. Y también puede quedar en jaque la diputación de Alicante, presidida por Carlos Mazón, llamado a ser el nuevo líder de los populares en la Comunidad Valenciana.

A las 00,30 h. del 10 de marzo, el PP ya ha sido alertado por uno de los firmantes de la moción de censura murciana. Un mensaje vía WhatsApp pasada la medianoche. No será el único desertor. Díaz Ayuso es advertida

de inmediato y el grupo dirigente de Madrid decide que la mejor defensa es la convocatoria anticipada de elecciones, adelanto que ya planeaban en septiembre de 2020, antes de los graves rebrotes de la epidemia. Esta vez, Pablo Casado no puede oponerse a los impetuosos planes de Díaz Ayuso. Al contrario, Casado da luz verde: elecciones antes que perder Madrid y toda posibilidad de ganar al PSOE en unas futuras elecciones generales.

El GPS de Ciudadanos está bajo control. A las 8.30 h de la mañana del 10 de marzo, senadores del PP alertan a Génova que los senadores de Ciudadanos por designación autonómica de Madrid (diputados regionales) han abandonado precipitadamente la sede de la cámara alta en la plaza de la Marina Española para acudir a una reunión de partido. Aún no se ha dado a conocer públicamente la moción de Murcia. Desde Génova advierten al equipo de Díaz Ayuso que debe darse prisa. Se firma la convocatoria electoral y las mociones reactivas de Más Madrid y el PSOE llegan once minutos tarde.

En el puente de mando socialista estaba el valenciano José Luis Ábalos, ministro de Transportes y secretario de organización del PSOE. En el puente de mando de los populares, el murciano García Egea, asistido por Carlos Mazón, alicantino nacido en Murcia, que intentará escalar una posición de relieve en la política valenciana defendiendo un mayor trasvase de agua del Tajo a la huerta del Segura. Preguntado sobre los acontecimientos en el Sudeste, el presidente de la Generalitat Valenciana, Ximo Puig, ha dicho a La Vanguardia: «No me voy a pronunciar sobre un asunto sobre el que no fui consultado».

BARCELONA, CAPITAL

27 de junio, 2021

En el primer borrador del discurso del presidente del Cercle d'Economia no figuraba una mención explícita a los indultos. El texto con el que Javier Faus debía inaugurar la 36ª reunión anual de la entidad, el 16 de junio,

hablaba de sanar heridas y superar desencuentros, pero la palabra indulto no aparecía por ningún lado. «Cualquier medida que fomente esta concordia y ayude a superar, de manera bilateral, los desencuentros actuales, siempre tendrá el respaldo decidido del Cercle», decía el último párrafo.

Faus, que se encamina hacia su último año de mandato, debía medir muy bien ese discurso, dada la situación política de fondo y la propia trascendencia del acto, puesto que las jornadas tenían lugar en Barcelona, después de haberse celebrado durante muchos años en Sitges, en un contexto más balneario.

Empresario especializado en capital de inversión, poco habituado a los equilibrismos de las empresas reguladas, hombre de personalidad expansiva en una entidad que siempre ha funcionado mediante círculos concéntricos muy trabajados, Faus tenía dudas sobre la primera versión del texto, pero no quería actuar por su cuenta y riesgo. Después de algunos desencuentros iniciales con expresidentes de la entidad, Faus ha aprendido a moverse en la geometría de los círculos concéntricos. Barcelona es, esencialmente, consociativa. Catalunya, también, incluidas sus antiguas y modernas ramas carlistas.

El presidente del Cercle convocó una junta extraordinaria para el lunes 14 de junio para someter a discusión el discurso inaugural. No estamos hablando de un gremio del siglo XV en vísperas de una sesión del Consell de Cent. Estamos hablando de una entidad fundada en 1958 por un grupo de jóvenes empresarios aconsejados por el historiador Jaume Vicens Vives, en vísperas del decisivo plan de Estabilización. Estamos hablando de un círculo europeísta que se situó en vanguardia de la modernización de la economía en los años sesenta y de cuyo interior surgió, en junio de 1977, el primer presidente de la nueva patronal española (CEOE), Carlos Ferrer Salat.

La junta decidió que en el discurso debía haber una mención directa a los indultos. Los vocales José María Lassalle y Jordi Amat se encargaron de los retoques. (Sello Vicens Vives: el Cercle suele incorporar a personas del mundo de la cultura en su órgano directivo). Y el último párrafo quedó redactado de la siguiente manera: «Cualquier medida que fomente esta concordia, y los indultos lo son, siempre tendrá el respaldo decidido del

Cercle». Ese párrafo iba a provocar un tirón en la política española, y Faus, sin saberlo, iba a debutar en el cuaderno de notas de José María Aznar. Un cuaderno que lleva por título: «Cosas que no voy a olvidar».

El discurso inaugural tuvo impacto. Apenas habían transcurrido cuatro días de la manifestación de la plaza de Colón de Madrid, con amargo sabor de boca para el grupo dirigente del PP. Como era previsible, la concentración, menos numerosa que la célebre foto de Colón de febrero de 2019, acabó siendo capitalizada por Vox, mientras la señora Rosa Díez se rendía homenaje a sí misma en el estrado. Habían pasado más cosas fuera de guion. La presidenta de la Comunidad de Madrid, Isabel Díaz Ayuso, había opacado totalmente a todos con unas declaraciones de doble filo que, bajo la apariencia de una crítica al Gobierno, pretendían sugerir que el Rey no debía firmar los indultos.

Un empujón a Felipe VI desde la derecha. Díaz Ayuso intentó arreglarlo al día siguiente, pero la consigna ya recorría las redes sociales. El día en que la firma del jefe del Estado apareció bajo el decreto aprobado por el Gobierno, una campaña de improperios contra el Rey recorrió las redes sociales. Miércoles, 23 de junio.

Vox se había quedado con la plaza de Colón, Díaz Ayuso se había apoderado del titular, y el candidato de Sánchez había derrotado a Susana Díaz en las primarias del PSOE andaluz, desmintiendo la posibilidad de otro grave tropiezo de la dirección del PSOE. En Génova habían rezado por la victoria susánida. Casado llegó estresado a Barcelona y se encontró con otro discurso muy trabajado. Jordi Gual, expresidente de CaixaBank y miembro de la junta directiva del Cercle, era el encargado de introducir al presidente del PP durante la segunda jornada de la reunión. Gual recurrió a uno de los mejores textos de Francesc Cambó, el discurso de 1923 titulado Per la concòrdia, para pedir un cambio de actitud a la derecha española.

La importancia de los instantes. Un gesto, unas pocas palabras, pueden modificar un grumo político, si se dan las circunstancias. El momento Cercle estaba cuajando. Aquel mismo día, Josep Sánchez Llibre, presidente de la patronal Foment de Treball, se sumaba a la petición de indultos, apoyado, sorpresivamente, por el presidente de la CEOE, Antonio Garamendi. Las palabras de Garamendi en TVE —«si las cosas se

normalizan, bienvenidos sean los indultos»— provocaron conmoción en el Madrid que acaba de ganar sus elecciones, y a punto estuvieron de romper las costuras de la libreta de Aznar. El vasco Garamendi lo pagó con una despiadada campaña de acoso y denigración, pero al cabo de unas horas se pronunciaban los obispos catalanes, secundados al cabo de una semana por la Conferencia Episcopal Española, movimiento muy bien medido por su presidente, el cardenal Juan José Omella, arzobispo de Barcelona, que mantiene línea directa con el papa Francisco.

La importancia de los instantes. Después de encadenar la ominosa derrota del PSOE en Madrid con la explosiva crisis diplomática con Marruecos, Sánchez parecía un frágil navegante solitario a punto de ser engullido por una gigantesca ola de repudio social a los indultos, que algunas encuestas llegaron a cifrar, hace un mes, en el 80%. Cuatro semanas después, Sánchez sigue vivo y ha recibido diploma europeo. La ola no era tan alta como la dibujaba el eterno Pedro J. Ramírez en su periódico digital. Las últimas encuestas hablan de un rechazo del 55%.

La ola no era tan alta, pero ocurrió algo más, algo determinante. Durante tres días, entre el 16 y el 18 de junio, Barcelona se comportó como si fuera la capital de España, algo que no ocurría desde hace muchísimo tiempo. En el Cercle no solo se habló de los indultos. Se dieron a conocer las más actualizadas previsiones sobre el crecimiento de la economía española después del verano, se rindió homenaje a Mario Draghi, el hombre que salvó el euro en la crisis de 2008 y que ahora preside un singular Gobierno de unidad atlantista en Italia, y se debatió sobre la organicidad de España, en un coloquio que quedó en segundo plano, pero que vale la pena recordar. El debate que mantuvieron en Barcelona Ximo Puig, Alberto Núñez Feijóo (vía telemática), Juan Manuel Moreno Bonilla y Francina Armengol tuvo un interesante punto de coincidencia: el sistema radial debe ser corregido.

Una sucesión de instantes pueden cambiar una coyuntura. Durante tres días, Barcelona fue capital: transmitió la energía de una verdadera capital política. La cuestión de Catalunya no tiene solución, en el sentido absoluto del término, pero puede que esté cambiando de dinámica. Sánchez se halla en alta mar —hoy mismo podría perder unas elecciones generales— y ha decidido remar. Y Barcelona ha emergido. Aznar, que es muy inteligente

pese a su mal carácter, lo ha visto y ha estallado: «¡Os tengo apuntados a todos!».

SÁNCHEZ INDULTA AL PSOE

11 de julio, 2021

Pedro Sánchez recose complicidades con su partido y le devuelve poder. Se acabó el tiempo de los outsiders en la Moncloa. Todos los dispositivos de mando de la presidencia del Gobierno quedan conectados con el PSOE en vistas a un difícil ciclo electoral, dentro de dos años, cuyo desenlace hoy es imposible predecir.

Acaba el experimento. Concluyen los tres intensos años de Iván Redondo en el antiguo despacho de Alfonso Guerra, gestionando altos asuntos de Estado, con un equipo de colaboradores muy amplio. El ala oeste de la Moncloa vuelve a ser orgánica. Redondo, consultor independiente que había trabajado anteriormente para el PP, se va después del pésimo resultado del PSOE en las elecciones autonómicas de Madrid el pasado 4 de mayo, a las que fue llamado como médico de urgencia cuando el desastre socialista ya era del todo irremediable. El gran visir abandona la Moncloa después del incómodo episodio de Sánchez intentando dialogar con el presidente norteamericano, Joe Biden, en un pasillo de la sede de la OTAN en Bruselas, hace tres semanas, fallida puesta en escena que puso de mal humor al jefe del Ejecutivo, sin que Júpiter descargara ningún rayo.

Redondo se va a petición propia, según su versión. El influyente jefe de gabinete había puesto su cargo a disposición después de las elecciones madrileñas y Sánchez no aceptó entonces ninguna dimisión. No quería emitir mensajes de debilidad. El presidente se reunió con sus colaboradores más inmediatos y asumió personalmente la responsabilidad de haber autorizado la adhesión del PSOE a la aventurera moción de censura que Ciudadanos presentó en la región de Murcia, factor desencadenante de las elecciones madrileñas y de sus importantes consecuencias en la política

española. Les pidió unidad y trabajo ante una situación difícil. El acontecimiento murciano (10 de marzo) fue un auténtico festival de física cuántica. Sus partículas descontroladas han puesto fin a la carrera política de Pablo Iglesias, cortándole la coleta. Han arruinado a Ciudadanos, impidiendo un balanceo centrista del PSOE. Han propulsado a Isabel Díaz Ayuso como líder indiscutible del proyecto reunificador de las tres derechas, segando visiblemente la hierba a Pablo Casado. También han acelerado los indultos a los políticos catalanes presos, demostrando que algunas partículas pueden estar en dos sitios a la vez: reunificando a la derecha y empujando a Esquerra Republicana al pactismo. Finalmente, el efecto Murcia dejó ayer fuera del Gobierno a Carmen Calvo, Iván Redondo y José Luis Ábalos, tres de los más abnegados colaboradores de Sánchez desde la moción de censura a Mariano Rajoy en mayo de 2018. Excepto Sánchez y los férreos dirigentes del PNV, los demás protagonistas de aquella moción de censura están hoy fuera de la política. También quedan fuera de combate los dos hombres (Redondo e Iglesias) que urdieron el gobierno de coalición PSOE-UP en noviembre de 2019, antes de que en Madrid se pusiesen en marcha intensas maniobras en sentido contrario.

Concluye la estresante travesía del Gobierno de enero de 2020, sazonado de independientes y concebido para experimentar la coalición con Unidas Podemos y gestionar una cautelosa recuperación de la economía. Nadie contaba entonces con la brutal expansión de la epidemia. Dieciocho meses después, el país está exhausto y la credibilidad de la política se halla abrasada. El nuevo Ejecutivo nace para intentar recuperar la economía y la iniciativa. Sánchez ha querido enviar un mensaje de autoridad presidencial, dejando claro que por debajo del número uno nadie es imprescindible.

Sánchez indulta al PSOE. El secretario general ha puesto en marcha el ascensor. Rescata antiguos dirigentes alejados (reaparece Óscar López, como nuevo jefe de gabinete, en sustitución de Redondo en do menor) y se promocionan cuadros locales: la valenciana Diana Morant (Ciencia e Innovación), la catalana Raquel Sánchez (Transportes), la aragonesa Pilar Alegría (Educación) y la castellanomanchega Isabel Rodríguez, nueva portavoz y titular de Política Territorial.

Forzando un poco el encuadre, podríamos decir que Félix Bolaño, nuevo ministro de la Presidencia, pasa a ser el hombre clave del gabinete. Nadia Calviño es ascendida a vicepresidenta primera para que nadie esté intranquilo en Bruselas. Se entrega la cabeza de la ministra de Asuntos Exteriores, Arancha González Laya, a Mohamed VI para pacificar la relación con Marruecos. Quizá sea este el pasaje más crudo de la remodelación. La concentración de cuadros del PSC en el antiguo Ministerio de Fomento pasa a ser un dato muy relevante. Con su pase a Cultura, Miquel Iceta se aleja algunos metros más de la agenda catalana. Unidas Podemos mantiene sus cinco ministros, sin cambios, lo cual no es necesariamente un signo de fortaleza, aunque lo pueda parecer.

UN PAPA ANTIESPAÑOL

10 de octubre, 2021

En un arrebato cismático, diversos exponentes políticos y mediáticos de la España conservadora se han puesto de acuerdo estos días en calificar al papa Francisco de «antiespañol». Nunca les gustó la elección del cardenal argentino Jorge Bergloglio como sucesor del dimisionario Joseph Ratzinger, pero ahora ya no se reprimen. Isabel Díaz Ayuso, libertaria pilotada por el iconoclasta Miguel Ángel Rodríguez, les ha desatado.

Roma, 14 de marzo de 2013. El día después de la fumata blanca, un colega de la prensa conservadora madrileña, un hombre educado e irónico, un profesional completo, me dijo: «Creo que nos ha tocado un Papa peronista». Lo dijo con el freno de mano puesto. Otros ya han perdido el oremus. Les ha excitado mucho la reciente nota pontificia pidiendo perdón por los abusos de la Iglesia católica durante la conquista de México. Pero aún les han gustado menos las declaraciones del Papa en favor del diálogo sobre Catalunya. Nada más comenzar el curso, entrevistado por la cadena Cope, propiedad del episcopado español, Jorge Bergoglio dijo lo siguiente: «Lo clave en un país con este tipo de problemas es preguntarse si se ha reconciliado con su propia historia. Yo no sé si España está totalmente

reconciliada con su propia historia, sobre todo con la historia del siglo pasado. Si no lo está, debería entrar en un proceso de diálogo y reconciliación».

España necesita un segundo esfuerzo de reconciliación que resuelva los desgarros que no se pudieron sanar en el momento constitucional, cuando lo más práctico y seguramente lo más inteligente era no mirar mucho hacia atrás. El diagnóstico de Francisco es diáfano y sus palabras remiten a otro Papa antiespañol: Giovanni Battista Montini, que ejerció de obispo de Roma entre 1963 y 1978 con el nombre de Pablo VI. Aquel pontífice intelectual e introvertido, con una sonrisa que tenía algo de la Gioconda, hizo mucho en favor de la primera reconciliación.

Pablo VI fue particularmente odiado por la España del Movimiento, hasta el punto de organizarse una manifestación en su contra cuando aún era arzobispo de Milán. «¡Sofía Loren, sí; Montini, no!», gritaban los manifestantes convocados por Falange para protestar por las «injerencias» del más influyente de los cardenales italianos. «La democracia cristiana nos ha salido marrana», rezaba una de las pancartas exhibidas en la calle Juan Bravo de Madrid. Se congregaron ante la embajada de Italia, puesto que no se atrevían a protestar ante la sede de la nunciatura apostólica (embajada del Vaticano).

En octubre de 1962, el arzobispo de Milán había pedido clemencia para el joven libertario catalán Jordi Conill, que iba a ser condenado a muerte por la colocación de un artefacto explosivo en el Valle de los Caídos. El telegrama de Montini a Franco provocó la indignación del régimen, pero logró frenar la guadaña. Unos meses después, el arzobispo milanés volvió a pedir clemencia para Julián Grimau, dirigente comunista enviado al interior, que acabó siendo fusilado en abril de 1963, después de brutales torturas. La campaña internacional en su favor fue muy amplia, pero la dictadura quería venganza: el detenido había pertenecido al servicio secreto de la República.

Cuando Giovanni Battista Montini fue elegido papa en junio de 1963, el régimen quedó perplejo. «Tontini», escribió el periodista Emilio Romero, director del diario Pueblo, órgano del Sindicato Vertical. Montini les irritaba, puesto que se habían informado y conocían su filiación antifascista. Esa actitud era un legado familiar —en Italia hubo un ramal católico muy

adverso a Benito Mussolini, pese a las atenciones de este con Pío XII—, pero además aquel enjuto cardenal había cultivado un férreo rechazo a la pena de muerte durante sus estudios de Derecho. Había algo más en aquella tensión eléctrica. Con el concilio Vaticano II, la Iglesia católica estaba cambiando.

Pablo VI no se limitó a pedir clemencia ante las penas capitales de Franco. El papa de Roma empezó a mover piezas para favorecer una España democrática. Movió fichas en el interior, situando al reformista Vicente Enrique y Tarancón en la cúpula del episcopado. Y favoreció estrategias envolventes en el exterior, apoyando el activismo de los principales partidos democristianos europeos en favor de la plena democratización de España. Ese frente acaba de ser ampliamente documentado por Óscar Alzaga en un libro de memorias titulado La conquista de la Transición (1960-1978). Militante antifranquista que acabó encabezando el ala democristiana de UCD, Alzaga recopila con mucha precisión las iniciativas de la democracia cristiana europea para aislar al franquismo, en coordinación con los partidos socialdemócratas. Orientados por Tontini, los democristianos europeos se opusieron a los proyectos de dictablanda de Carlos Arias Navarro y a la hipótesis de una democratización lenta que dejase al Partido Comunista fuera de la legalidad en una primera fase, idea con la que trabajó Manuel Fraga Iribarne. Los documentos que aporta Alzaga vienen a demostrar que la Orquesta Montini contribuyó notablemente a la aceleración de la Transición en España.

Con estos antecedentes no es de extrañar que Francisco sea calificado de antiespañol por pedir diálogo sobre Catalunya y por buscar una mayor complicidad del catolicismo con las bases populares de origen indígena, en México y en otros países latinoamericanos, ante el imparable avance en aquel continente de las iglesias evangélicas propulsadas desde Estados Unidos. En 1962 surgió un furibundo anticlericalismo de derechas en España. Ahora rebrota.

EL INCIERTO RÉGIMEN DE 2021

17 de octubre, 2021

El PSOE salió tan dramáticamente dividido de la Guerra Civil que estuvo a punto de morir congelado por la Guerra Fría. El PSOE es uno de los pocos partidos de vieja raigambre en Europa que han participado en un golpe de Estado contra sí mismo. El 5 de marzo de 1939, durante los últimos estertores de la Guerra Civil, el coronel Segismundo Casado, jefe del ejército republicano del Centro, se rebeló contra el Gobierno de Juan Negrín, partidario de la resistencia a ultranza después de la caída de Catalunya. Casado ofrecía la rendición de Madrid al general Franco a cambio de una paz honrosa. Se formó un Consejo Nacional de Defensa que contó con el apoyo de los socialistas hostiles a Negrín y a su alianza con los comunistas. Su portavoz era Julián Besteiro, exponente del ala más moderada del partido, que ya había sido renuente al pacto de San Sebastián para implantar la república. El golpe de Casado, también apoyado por anarquistas y azañistas, derivó en una lucha fratricida entre unidades militares republicanas en Madrid, con un saldo de dos mil muertos en una semana. Cayó más gente en la guerra civil del Madrid republicano que en los Fets de Maig de 1937 en Catalunya. Franco esperó a que se matasen entre ellos y después exigió la rendición incondicional. Casado logró huir. Besteiro, más valiente, se quedó. Fue detenido y condenado a pena perpetua, muriendo de septicemia en la cárcel de Carmona en 1940.

La dramática y vergonzosa caída de Madrid, a la que el escritor Max Aub dedicó la novela Campo del Moro, no suele figurar en los grandes relatos de Segunda República, pero dejó una honda huella. El PSOE llegó al exilio roto y desangrado. Negrín fue expulsado del partido en 1946. Indalecio Prieto intentó negociar aquel mismo año con Juan de Borbón la restauración de la Monarquía. Se trataba de obtener el apoyo de los aliados y forzar a Franco a abandonar pacíficamente el poder. El dictador interceptó la maniobra ofreciendo a don Juan que el príncipe Juan Carlos cursase sus estudios en España. Decepcionado y desmoralizado, Prieto se retiró y su sucesor, Rodolfo Llopis, metió al PSOE en la nevera del exilio.

El partido hibernó hasta 1974, momento en que fue sacado oportunamente del frigorífico por Felipe González y Alfonso Guerra. El grupo sevillano tuvo una gran intuición: convertir en nuevo un partido viejo. Si hubiesen

esperado más tiempo, otras siglas habrían ocupado el espacio socialista, llamado a gobernar España después de 40 años de dictadura.

El PSOE, por tanto, es un partido dotado de una gran plasticidad. Cuando se desvanece, reaparece. Cuando parece que se va a romper, se recompone. Cuando ya no se hablan, se reúnen en foto de familia. Hay que considerar esa genética para entender el congreso que tiene lugar este fin de semana en València. El PSOE se reagrupa porque su instinto le dice que tiene la oportunidad de fortalecerse como fuerza central española si se consolida un momento socialdemócrata en Europa después de la epidemia. El PSOE también se reagrupa porque el instinto, el viejo instinto, también le dice que esa primavera puede ser abortada por un shock energético. El PSOE se reagrupa en defensa propia porque sigue siendo un partido político y no una plataforma electoral.

Felipe González, admirador de Prieto, bendijo ayer el golpe de timón decidido por Sánchez en julio, asustado por los catastróficos resultados de mayo en la Comunidad de Madrid. Siempre Madrid. Ofició la reconciliación José Luis Rodríguez Zapatero, que hace unos años rehabilitó a Negrín. A su lado, Joaquín Almunia, un buen tipo. Presidía la escena una gran fotografía de Alfredo Pérez Rubalcaba, que calificó de Frankenstein la actual fórmula de Gobierno. Rubalcaba también estaría hoy al lado de un Sánchez asistido por Óscar López, Félix Bolaños, Francesc Vallés y Salvador Illa.

¿Vuelve el régimen de 1978, reivindicado ayer por González? Quizá viene un momento socialdemócrata europeo. Quizá viene un shock energético capaz de tumbarlo todo. El PSOE, partido plástico, se prepara para los dos escenarios. Si las cosas se complicasen mucho dentro de uno o dos años, el Partido Socialista podría ofrecer acuerdos de concertación nacional al PP. Ya se está ensayando en Andalucía.

GASODUCTO PERE DURAN FARELL

31 de octubre, 2021

Esta noche se cerrará el gasoducto Pere Duran Farell. Si no hay contraorden desde Argel, los técnicos de Sonatrach, empresa estatal argelina del gas, disminuirán la presión en las dos tuberías que se dirigen a la frontera con Marruecos y el combustible dejará de fluir a través de la conducción de acero al carbono que llega a España por la playa de Zahara de los Atunes después de cruzar el estrecho de Gibraltar. Ha llegado el día. Argelia va a ejecutar esta noche la amenaza lanzada en agosto, después de romper relaciones diplomáticas con Marruecos.

El gasoducto Pere Duran Farell dejará de funcionar hasta que Argelia llegue a una entente con Marruecos y se firmen nuevos contratos con las grandes distribuidoras de España y Portugal (Naturgy y Galp, principalmente). Después de veinticinco años de suministro sin incidentes, el contrato de explotación del gasoducto expira hoy y no ha sido posible su renovación.

¿Gasoducto Pere Duran Farell o gasoducto Magreb Europa? Los argelinos dieron el nombre del empresario catalán, fallecido en 1999, a la sección que discurre entre los yacimientos de Hassi R'Mel y la frontera con Marruecos. A partir de ese punto, la conducción pasa a ser propiedad del reino alauita y adopta el nombre de gasoducto Magreb Europa. Argelia quiso homenajear al hombre que descubrió en los años sesenta la importancia del gas natural argelino para la economía española, un enamorado del desierto que siempre mantuvo estrechos lazos con los sucesivos dirigentes del Frente de Liberación Nacional, fuerza gobernante en Argelia desde la independencia de 1962. Duran Farell, directivo de Catalana de Gas, conoció los yacimientos argelinos al integrarse, bajo los auspicios del Banco Urquijo, en la Association Eurafricaine Minière et Industrielle, organismo público francés, con participación de distintas sociedades industriales europeas, que había impulsado el presidente Charles De Gaulle para promover los hidrocarburos argelinos e intentar retardar la independencia. Ese organismo fue el primero en idear la posibilidad de transportar gas argelino a Europa a través de España. Pere Duran estaba ahí, tomando notas. Paradójicamente ninguna conducción española lleva el nombre de aquel audaz ingeniero que se propuso gasificar España desde Catalunya, hasta que en los años setenta le paró los pies el ministro de Industria, José María López de Letona,

impulsor de la Empresa Nacional del Gas, la actual Enagás. Un capitán industrial catalán, un arquetipo del historiador Jaume Vicens Vives, el primer empresario que negoció en España con las ilegales CC.OO, había tomado la iniciativa, pero la red de distribución la controlaría el Estado. Enagás está hoy abierta al capital privado y la preside el ingeniero catalán Antoni Llardén, discípulo de Duran Farell. El control de la energía es asunto capital, siempre. Y esta noche empieza una nueva etapa. Argelia corta el envío del gas a España desde Marruecos.

El suministro está garantizado, han repetido durante el mes de octubre los ministros José Manuel Albares (Asuntos Exteriores) y Teresa Ribera (Transición Ecológica) después de sendas visitas a Argel. Argelia se compromete a mantener el suministro a través del gasoducto Medgaz, que conecta directamente los dos países por el mar de Alborán. El combustible que no pueda ser absorbido por el Medgaz será licuado y enviado por barco. España cuenta con seis plantas de regasificación en su litoral:otra iniciativa de Duran Farell. Nada hay que temer, repiten los gobernantes españoles, súbitamente asustados por la tormenta perfecta que está azotando la recuperación económica: encarecimiento de la energía, de las materias primas y de los fletes marítimos, escasez de suministros, inflación y ralentización del consumo. Incertidumbre general. En pocas palabras, las previsiones para el 2021, patas arriba.

Nada hay que temer, pero hasta el mes de enero, los argelinos no tendrán a punto la ampliación de potencia del Medgaz, que en estos momentos solo puede transportar 8 de los 13/14 bcm de gas que Argelia vende anualmente a España como promedio. (Un bcm equivale a mil millones de metros cúbicos). Para hacer frente a esa eventualidad, Enagás ha reforzado las reservas desde el pasado mes de agosto. Hay gas para cuarenta días, si fallase todo. Los almacenamientos subterráneos (en el Cantábrico, Huesca y Guadalajara) están al 78% de capacidad, los tanques de las plantas de regasificación están llenos y se han ampliado los slots para la recepción de gas licuado (GNL) desde diversos países, encabezados por Nigeria, Estados Unidos y Qatar. Este mercado se halla muy tensado en estos momentos por el fuerte incremento de la demanda. En todo el mundo operan unos quinientos buques metaneros.

Si los argelinos cumplen con su palabra, en enero el Medgaz tendrá mayor capacidad, aunque seguirán siendo necesarios envíos complementarios de gas licuado. De tres tuberías se habrá pasado a una. Cualquier accidente técnico o un fuerte movimiento sísmico en el mar de Alborán (una falla lo atraviesa) podrían dejar España sin gas argelino, que hoy representa el 47% del consumo total. La garantía de suministro queda debilitada a partir de esta noche.

¿Qué persigue Argelia? Presionar a Marruecos, que deja de cobrar el peaje del Magreb Europa, en dinero y en gas, destinado a la producción de electricidad. Trasfondo: el Sáhara Occidental. Una competición en todos los frentes para liderar el Magreb en los próximos decenios, cuando el norte de África se convierta en un gran productor de energía eólica y solar para el mercado europeo. Ambos países se están rearmando. Marruecos ha aumentado su presupuesto de defensa hasta los 11.000 millones de euros (10% del PIB). Argelia está en los 9.700 millones (6%).

Hay algo más, sin embargo. En las conversaciones con las autoridades españolas, los gobernantes argelinos han planteado dos demandas: más contratos de compra a largo plazo —la misma exigencia que Vladímir Putin está planteando a los países europeos que dependen del gas ruso— y un cable submarino para la exportación de electricidad a España, electricidad que hoy sería generada por centrales de gas.

Al igual que Rusia, Argelia quiere afianzar su mercado en la denominada transición energética. La Comisión Europea está discutiendo incluir el gas natural y la energía nuclear (la gran opción estratégica francesa) en el catálogo de las energías necesarias para una transición ecológica sin derrumbes.

Cincuenta años después de que Pere Duran Farell inaugurase la primera planta de regasificación española en el puerto de Barcelona, la batalla de la energía es colosal.

EL PUENTE DE ÚRSULA

5 de diciembre, 2021

Ursula von der Leyen ha hecho un apreciable favor a Pedro Sánchez al anunciar en vísperas del día de la Constitución que España será el primer país de la Unión Europea en recibir un primer tramo importante de los fondos de recuperación: diez mil millones de euros, al margen de los anticipos realizados el pasado verano. «Eso se debe a que España ha realizado grandes progresos en la aplicación del Next Generation EU», dijo el viernes la presidenta de la Comisión, mientras miles de personas preparaban las maletas para el largo puente de la Constitución. Estas palabras valen su peso en oro en el país con una de las atmósferas políticas más envenenadas de Europa, desde el Atlántico a la línea Oder-Niesse.

Puesto que en Bruselas no regalan nada, cabe preguntarse cuáles son los motivos por los cuales la señora Von der Leyen ha enviado ese mensaje en estos momentos, antes de conocer, por ejemplo, el desenlace de las negociaciones sobre la legislación laboral. ¿Acaso España no estaba sometida a severa vigilancia? Las palabras de la presidenta de la Comisión restan algo de dramatismo al tenso escenario político, dan oxígeno al Gobierno y dejan un poco en la estacada la extraña deriva del líder de la oposición, Pablo Casado, que ahora hace de amplificador de las consignas de Vox, para no ser menos que Isabel Díaz Ayuso, con quien mantiene una pugna de difícil solución.

Dado que en Bruselas no regalan nada, el anuncio de la señora Von der Leyen viene a significar que los 52 planes enviados a la Comisión Europea han pasado el filtro. Se ha trabajado razonablemente bien, por tanto. España y Portugal ya fueron los primeros países en recibir el aprobado a su plan general de recuperación, luz verde que fue acompañada en verano con un anticipo de nueve mil millones.

Pero también hay un evidente gesto político en ese mensaje. El pacto sobre los fondos europeos de recuperación, tantas veces ensalzado como una respuesta distinta a la crisis económica de 2008, tenía como primer objetivo estratégico evitar el hundimiento social y político de los países del sur de Europa como consecuencia de la epidemia. Con Angela Merkel a la cabeza,

el grupo dirigente alemán pronto se dio cuenta que esta vez estaba en juego la integridad de la Unión Europea. Lo que no temieron en 2009, cuando Grecia se asfixiaba, lo temieron el año pasado, cuando vieron un convoy militar ruso recorriendo Italia para prestar ayuda médica a las regiones del norte, a petición del agobiado gobierno de Roma. Giuseppe Conte estaba entonces al mando. En febrero de este año, Conte dejó de ser primer ministro tras una emboscada parlamentaria. Le sustituyó Mario Draghi, alto oficial de la tecnocracia europea. Italia tiene sus enredos, pero a veces habla claro.

Imaginemos cómo estarían hoy las cosas si no se hubiese podido llegar a un acuerdo sobre los fondos de recuperación. Repasemos el cuadro actual. Inflación. Subida escalofriante de los precios del gas y la electricidad. Problemas de suministro. Un Brexit mal resuelto en el Oeste. La deriva iliberal de Polonia y Hungría en el Este. Rusia jugando con las llaves del gas. Alta tensión en las fronteras de Polonia y Ucrania con Bielorrusia. Acumulación de tropas rusas cerca de la frontera con Ucrania. (En pleno revival de la Guerra Fría, Washington sostiene que los rusos pueden intentar llegar a Kíev este invierno). Tensión entre Grecia y Turquía por los importantes yacimientos de gas descubiertos en el Mediterráneo Oriental. La guerra civil apenas congelada en Libia. La total ruptura de relaciones entre Argelia y Marruecos en plena escalada armamentística entre ambos países. Y como música de fondo, los tambores de guerra en el estrecho de Taiwán.

Imaginemos que a ese cúmulo de situaciones críticas se le sumase ahora una situación política y social explosiva en España, Portugal e Italia. La integridad de la Unión Europa no soportaría otro estallido de malestar en su flanco sur como la que se vivió después de la crisis económica y financiera de 2008. Por eso hubo un pacto sobre los fondos de recuperación. Por eso Ursula von der Leyen da buenas noticias a los españoles en vísperas del día de la Constitución. Se está cuidando la malla.

En España, la atmósfera política es muchos días insoportable, pero no deja de ser una construcción de los medios y de los operadores políticos, con Vox marcando el compás en estos momentos, gracias al seguidismo del PP. El ambiente no es apacible. Después de la manifestación de policías y

guardias civiles en Madrid, ahora vienen las protestas de los transportistas y de las organizaciones agrarias, pero puede afirmarse que la sociedad española ha transitado dos años de epidemia con gran estoicismo.

Para muestra un botón de Metroscopia. La empresa de José Juan Toharia ha tomado el pulso de la sociedad ante la campaña de Navidad. El 51% cree que se podrían dar problemas de escasez en los próximos meses, pero el 70% considera que sería algo transitorio. Solo el 14% dice haber tenido dificultades en la compra de algunos productos durante las últimas semanas. Ante las fiestas de Navidad, solo un 17% dice que comprará más que el año pasado. El 38% ha decidido comprar menos. Nueve de cada diez españoles planifican sus gastos y cuatro de cada diez perciben que su actual margen de seguridad es de tres meses si se produjese un súbita caída de sus ingresos.

Una sociedad frágil, paciente y cautelosa, sometida a las radiaciones de una tensión política exagerada y a la incertidumbre que ahora lleva el nombre de la o pequeña de los griegos.

TURRÓN UCRANIANO

19 de diciembre, 2021

Europa, 137 euros. Asia, 130 euros. Estados Unidos, 11 euros. La tabla de precios del mercado diario del gas era este pasado viernes un manifiesto geopolítico. Asia paga el incremento de la demanda a escala internacional. Los contratos a largo plazo firmados antes de la epidemia no son suficientes, y los cargamentos navales de metano en el mercado libre van muy buscados.

Europa paga el incremento de la demanda internacional más un plus, cada vez más elevado, por la presión que Rusia ha decidido ejercer sobre Ucrania aprovechando la llegada del General Invierno. 137 euros el megavatio hora es casi siete veces más de lo que costaba el gas hace un año. Estados

Unidos no paga ningún suplemento porque le sobra el gas extraído del subsuelo gracias a las técnicas de fracturación hidráulica (fracking). La coyuntura es buena para la economía norteamericana. Con una mano se adhiere a las estrategias de descarbonización de la economía mundial y con la otra vende su gas sobrante a precio de oro en el mercado libre, gracias al incremento de la demanda internacional y a las maniobras alcistas de Rusia, su segundo adversario estratégico, después de la República Popular China.

El precio del gas para los europeos ha superado esta semana las tarifas del mercado libre asiático, después que la nueva ministra alemana de Asuntos Exteriores, Annalena Baerbock, de Los Verdes, confirmase que Berlín está dispuesta a aplazar el tiempo que haga falta la apertura del gasoducto Nord Stream-2, la segunda gran autopista del gas del mar Báltico, cuya puesta en marcha permitiría a Rusia reducir los envíos a Occidente a través del gasoducto Soyuz, que atraviesa Ucrania y paga peaje a ese país. El anterior gobierno federal alemán (coalición de conservadores y socialdemócratas) se resistió a dar ese paso, pero Alemania ya no puede seguir silbando mientras el Kremlin acumula una fuerza militar descomunal en su frontera con Ucrania.

El Nord Stream-2 lo han construido los rusos, con el excanciller federal alemán Gerhard Schröder en el consejo de administración de Gazprom, con un coste de doce mil millones de dólares. Alemania amenaza con mantener inactiva esa gigantesca inversión y al día siguiente el precio del gas se dispara, todavía más. Francia observa con cierta tranquilidad el panorama, mientras sus 58 reactores nucleares trabajan a pleno rendimiento. España le compra la mitad del gas a Argelia y la otra mitad llega en barco. Argelia ha clausurado el gasoducto Magreb-Europa en su guerra de baja intensidad con Marruecos. Rabat hace ver que no pasa nada, mientras encarga una plataforma flotante de regasificación para poder recibir barcos de gas licuado. Esa plataforma la podría construir una empresa china. El gas que llega a España en barco se ha encarecido y ello repercute en la formación de la tarifa eléctrica: este fin de semana la luz puede alcanzar los 230 euros/megavatio hora. Una presión así no la aguanta una economía durante muchos meses.

El martes llega oficialmente el General Invierno. Vladímir Putin seguirá apretando las tuercas puesto que entrevé una negociación favorable con la OTAN. La variante ómicron se está propagando a la velocidad del rayo en Europa, y los gobiernos empiezan a retomar las medidas restrictivas. Riesgo de guerra en el Este, brutal encarecimiento de la energía, inflación, previsiones de crecimiento a la baja y repunte de la epidemia. Reina el caos bajo la estrellas mientras esperamos el cometa de los Reyes Magos.

No hay que ponerse trágicos, sin embargo. Washington no quiere guerra en el este de Europa. Su prioridad es China. Moscú tampoco la desea. Negociarán. Rusia pide una retirada o disminución de las fuerzas de la OTAN en los territorios que en su día pertenecieron a la Unión Soviética, por ejemplo, las tres repúblicas bálticas. Negociarán y el Nord Stream-2 se pondrá en marcha si Rusia garantiza que no asfixiará a Ucrania, país que no será invadido, pero que no podrá recuperar Crimea ni las regiones orientales del Donbass.

Las energías renovables acabarán restando poder a Rusia a treinta años vista, pero el gas es hoy imprescindible para la transición energética. Este es el as de Putin: paz a cambio de contratos a largo plazo. Los tratamientos contra la covid serán más completos el próximo año, con la llegada de las pastillas para los casos graves, de manera que la epidemia podría volver a estar bajo cierto control en los próximos meses, con las vacunaciones de refuerzo. El zarandeo constante desquicia políticamente a los sectores de la población más desesperados, pero a la vez fortalece la reorientación de la política europea en favor de los servicios públicos y la inversión mancomunada. El 2022 puede ser un buen año.

No hay que ponerse trágicos, pero la historia también está plagada de accidentes. Un misil que se disparase por error en el óblast de Donesk o una nueva variante más peligrosa podrían convertir 2022 en un año catastrófico. Los que sepan rezar, que recen.

Y con todo ello, Pablo Casado lanzándose en picado sobre Canet a ver si incendiamos de nuevo Catalunya. Reabrir la herida catalana mientras Putin intenta poner en jaque a la Unión Europea. ¿Qué asesor ruso aconseja a Casado? No hay que darle muchas vueltas. En esa embestida no hay mucho

cálculo. Simplemente, las encuestas van mal. Vox sube, y el hombre de Palencia, estrangulado por Isabel Díaz Ayuso, se está desgastando.

2022

Los centros de poder tomaron nota de la debilidad del Gobierno español después de las elecciones en la Comunidad de Madrid, el 4 de mayo de 2021. Cuando aún no había transcurrido un mes del rapapolvo electoral a la izquierda, estallaba una dura crisis diplomática con Marruecos, formalmente provocada por la decisión española de hospitalizar en Logroño al líder del Frente Polisario, Brahim Gali, gravemente enfermo de covid-19. La petición la efectuó Argelia y Gali, que posee nacionalidad argelina y española, entró en el país con una identidad falsa. El Gobierno de Marruecos, que posee muchos informadores en España, no recibió ninguna comunicación oficial de Madrid. Esa ingenuidad del servicio exterior fue aprovechada por Marruecos para abrir una crisis de primera magnitud. El 17 de mayo, miles de marroquíes, en su mayoría jóvenes y niños, atravesaban la frontera de Ceuta movidos por el rumor, difundido por las redes sociales marroquíes, de que se abrían las fronteras. Diez mil personas entraron en Ceuta en el breve plazo de veinticuatro horas. El Gobierno movilizó al ejército y Sánchez se personó en Ceuta.

La crisis era grave pero lo peor para Sánchez fue el silencio sepulcral de Estados Unidos. La Secretaría de Estado norteamericana decidió mirar para otro lado. Mientras la Comision y el Parlamento Europeo mostraban un total apoyo a España, el secretario de Estado norteamericano, Antony Blinken, manifestaba desde Gaza que lo ocurrido en Ceuta debían resolverlo España y Marruecos. Sánchez, que conoce y le interesa la política internacional, supo que el problema principal lo tenía con Estados Unidos. ¿Por qué esa actitud?

La Administración Biden defiende puntos de vista distintos a los de la Administración Trump, pero Estados Unidos tiene intereses inamovibles. No les había gustado la frialdad de Pedro Sánchez ante Juan Guaidó y les sorprendió la presencia de la vicepresidenta venezolana Delcy Rodríguez en el aeropuerto de Barajas pocas semanas después de la formación del nuevo gobierno de izquierdas en España. No les gustaba la presencia de Podemos

en el Gobierno. No era un veto como los de la Guerra Fría, pero no les gustaba. No les gustaba la tasa Google. Querían una mayor disponibilidad del Gobierno español para la ampliación de la base naval de Rota y querían también una mayor flexibilidad española ante la cuestión del Sáhara Occidental. Marruecos estaba presionando para que Biden reconociese el regalo que les había hecho Trump semanas antes de marchar: el reconocimiento unilateral de la soberanía marroquí sobre el Sáhara Occidental a cambio del pleno restablecimiento de relaciones diplomáticas con Israel. Biden no estaba dispuesto a certificar ese reconocimiento —hasta la fecha no se ha abierto ningún consulado norteamericano en territorio saharaui— pero quería modular la posición de la siguiente manera: apoyo al plan marroquí elevado a la ONU en 2007, para que el antiguo Sáhara español se convierta en una región autónoma de Marruecos, bajo supervisión de las Naciones Unidas. Estados Unidos deseaba un alineamiento español con esa posición, que otros países europeos, como Alemania, estaban dispuestos a secundar.

El 14 de junio de 2021 las cosas aún se complicaron más. Angustiado por la frialdad norteamericana, el gabinete del presidente concertó una foto amable entre Biden y Sánchez en los pasillos de la asamblea general de la OTAN que se celebraba en Bruselas. El gabinete sobreactuó vendiéndolo como un momento excepcional y el resultado fue un fiasco: después de un breve encuentro en un salón, Sánchez caminó medio minuto al lado del presidente norteamericano sin que Biden le hiciese caso. Parecía un vendedor de seguros intentando persuadir a un venerable anciano.

Al cabo de tres semanas, Sánchez efectuaba una profunda remodelación de su gobierno. Entregaba la cabeza de la ministra de Asuntos Exteriores, Arancha González Laya, al rey de Marruecos, y colocaba en su lugar al diplomático José Manuel Albares, antiguo asesor diplomático en la Moncloa y en aquel momento embajador en París. José Luis Ábalos, ministro de Transportes, defensa central del Gobierno en los debates públicos y secretario de organización del PSOE, abandonaba el Consejo de Ministros y la secretaría clave del PSOE por motivos que aún no han sido del todo aclarados. También dejaba el Gobierno, la vicepresidenta primera Carmen Calvo. Félix Bolaños se convertía en ministro de la Presidencia sin rango de vicepresidente. El jefe de gabinete y secretario de Estado de

Comunicación, Iván Redondo, dejaba el Gobierno después de haber aspirado al Ministerio de la Presidencia. Le ofrecieron seguir como asesor de comunicación del presidente y rechazó la propuesta.

En marzo de 2022, la realineación atlántica tomaba papel y pluma. Con fecha 14 de marzo, Sánchez enviaba una carta al rey de Marruecos en la que proponía «construir una relación que evite futuras crisis» y manifestaba lo siguiente sobre la cuestión del Sáhara Occidental: «España considera que la propuesta marroquí de autonomía presentada en 2007 como la base más seria, creíble y realista para la resolución de este diferendo». Ningún país europeo se había expresado en esos términos hasta aquella fecha. Al cabo de diez días, la embajadora de Marruecos en España, Karima Benyaich, personaje muy próximo a la familia real, regresaba a Madrid. El 7 de abril, Sánchez era recibido en Rabat por el rey Mohamed VI. El 1 de julio tenía lugar en Madrid la asamblea anual de la OTAN con claros gestos de amistad de Estados Unidos hacia el país anfitrión. Biden era recibido en la Moncloa y se anunciaba públicamente un acuerdo para la renovación de la base naval de Rota. La cumbre fue un éxito organizativo y escénico. El PP se vio obligado a felicitar al Gobierno. España había ajustado su órbita internacional. Durante la asamblea general de la OTAN en Madrid, Unidas Podemos mantuvo un prudente silencio escénico.

Año de ajustes en todos los frentes. En marzo fue defenestrado Pablo Casado después de un motín en la calle Génova de Madrid. Algo nunca visto en la política española. Después del gran triunfo de Díaz Ayuso en las elecciones en la Comunidad de Madrid, la Puerta del Sol y la calle Génova entraron en conflicto. Casado y su equipo temían las ambiciones de la presidenta madrileña y de su influyente jefe de gabinete, Miguel Ángel Rodríguez, el hombre que llevó a José María Aznar a la Moncloa en 1996. Díaz Ayuso quería presidir el PP de Madrid y Casado pretendía obstaculizarlo. Por Madrid circulaba de manera insistente que Aznar ya no confiaba en Casado para liderar el PP y apostaba por Ayuso como pieza de recambio.

A principios de año, Casado había notificado a su antigua amiga en las Nuevas Generaciones del PP de que disponía de información confidencial de que su hermano Tomás Díaz Ayuso había cobrado una comisión de

286.000 euros de una empresa beneficiada por un contrato directo de la Comunidad de Madrid para la adquisición de mascarillas sanitarias en el momento más doloroso de la crisis. La dirección del PP pedía explicaciones y el equipo de Ayuso decidió contratacar después de las elecciones en Castilla y León (febrero de 2022) en las que el PP no consiguió el éxito esperado y se vio abocado a negociar el primer gran pacto con Vox. El equipo de Ayuso acusaba a Génova de espionaje y Génova empezó a hablar de corrupción. Un choque nunca visto en el PP. Ayuso tenía a su favor tres periódicos de Madrid, dos emisoras de radio, numerosas plataformas digitales y la militancia local. Casado pudo haber intentado ganar un congreso extraordinario, pero se asustó en el último momento. Su secretario general, Teodoro García Egea, estaba dispuesto a llegar hasta el final, Casado frenó. García Egea, ingeniero de profesión, disponía de horizonte profesional fuera de la política. Casado, no. Se asustó porque sabía lo que tenía enfrente. Toda la prensa de Madrid en contra. Un millar de militantes del barrio de Salamanca concentrados ante la sede de Génova exigiendo a gritos su dimisión. Ningún apoyo empresarial relevante.

Desde Santiago de Compostela, Alberto Núñez Feijóo captó de inmediato la oportunidad. Esta vez sí. Esta vez podía ser aclamado como nuevo presidente del PP. El barón regional más cualificado tomaba las riendas del partido para reunificarlo y pacificarlo. Al poco de llegar a Madrid, Feijóo supo que su misión no iba a ser nada fácil. Los principales resortes de la derecha en Madrid no pasan por la calle Génova, cuando el partido no dispone del Boletín Oficial del Estado. En esas circunstancias manda el gobierno de la Comunidad de Madrid.

2022 fue un año de ajustes por doquier. Yolanda Díaz no quería someterse a la autoridad del grupo dirigente de Podemos y empezó a tejer un proyecto autónomo con la complicidad de Izquierda Unida, los comunes de Barcelona y el Partido Comunista de España. Pablo Iglesias, convertido en comentarista político de varios medios de comunicación, seguía siendo el alma principal de Podemos y se hallaba en estado de inquietud permanente. Pronto puso en marcha un pódcast en internet que se llamaría La Base. Objetivo: mantener unida a su gente ante la batalla que se avecinaba en el espacio intercostal de la izquierda española. Ese espacio sin el cual hoy el PSOE no puede gobernar España.

2022 fue un año de ajustes internos en vistas a un inminente ciclo electoral. Pero lo más importante ocurrió en el exterior. La invasión rusa de Ucrania iniciada el 24 de febrero abría una guerra en suelo europeo, mucho más temible que el drama vivido durante diez años en el mosaico yugoslavo. Una vez más, la historia se mostraba gobernada por una mezcla de furia y azar. El régimen ruso había calculado que una fuerte acumulación de tropas en la frontera y un rápido avance hacia Kiyv provocarían la inmediata huida del gobierno prooccidental de Ucrania y facilitarían la instauración de un gobierno fiel a Moscú. Europa protestaría, pero la fuerte dependencia de Alemania e Italia y otros países del gas ruso pondría un límite a esa protesta. Las cosas, sin embargo, no sucedieron conforme a lo previsto por Vladímir Putin y su estado mayor. Los ucranianos resistieron el primer golpe, el gobierno de Volodímir Zelensky no huyó a Polonia, las tropas rusas no lograron avanzar rápidamente hacia Kiyv y la Unión Europea se vio obligada a desplegar una activa solidaridad con los ucranianos por encima de sus intereses sectoriales con los proveedores rusos de gas y petróleo.

Europa en guerra, en pleno y contradictorio proceso de transición energética para hacer frente al cambio climático. Alemania, arrastrada a una solidaridad activa con Ucrania después de haber decidido el cierre de sus centrales nucleares, confiando todo su esquema energético a los bajos precios del gas ruso. Tres cargas submarinas hicieron estallar los gasoductos Nord Stream en el fondo del mar Báltico en septiembre de 2022, inutilizando las dos grandes autopistas del gas entre Rusia y Alemania. Nadie sabe todavía quién fue el autor de ese trascendental sabotaje, aunque algunas pistas apuntan a los servicios especiales del ejército ucraniano, con una cierta pasividad norteamericana, puesto que Washington habría tenido noticia de lo que se preparaba, sin frenarlo de manera enérgica. Es una hipótesis que ha ganado fuerza en Alemania. Estamos hablando del sabotaje de una infraestructura básica para la principal potencia económica europea, país miembro de la OTAN. El intenso drama yugoslavo nunca tuvo esas consecuencias en el escenario europeo.

Había comenzado la Guerra de la Energía. Algunos observadores iban más allá: estaba comenzando la Tercera Guerra Mundial, que consistirá en una serie de conflictos armados de alta intensidad en diversos puntos del

planeta, que acabarán conectados entre sí por la gran rivalidad estratégica entre Estados Unidos y la República Popular China. La guerra en Ucrania es la primera gran batalla de una nueva fase histórica que girará en torno al desarrollo de la Inteligencia Artificial y las consecuencias socioeconómicas del cambio climático.

En 2022 decidí estudiar un poco las consecuencias que la guerra energética podría tener en España. A finales de agosto, el precio del gas alcanzó los 340 euros megavatio hora, un registro brutal. La recesión parecía imparable en toda Europa. (El gas cotizaba a 20 euros antes de los preparativos de la invasión de Ucrania). El invierno, sin embargo, fue más benigno de lo esperado y no se llegó a una situación límite. Escribí bastante sobre gasoductos y plantas de regasificación a lo largo de ese año. Y llegué a la conclusión de que España no sería uno de los países más golpeados por la crisis energética. Esta vez, no. Y ello tendría un reflejo en el ciclo electoral de 2023. Íbamos a una durísima competición política, sin desplome del Gobierno, como había ocurrido en 2011, como consecuencia de la crisis económico-financiera. España no dependía del gas ruso y estaba alcanzando un importante desarrollo de las energías renovables. El centro de la tormenta esta vez estaba en el centro y el norte de Europa.

ARGELIA, ESPAÑA E ITALIA

2 de marzo, 2022

Pedro Sánchez defendió el lunes por la noche en TVE que haya más tubo entre España y Francia. Más conexión entre España y la red gasista europea. Era la primera vez que el jefe del Ejecutivo defendía esa opción en público, no del todo concordante con el criterio de la vicepresidenta tercera del Gobierno y responsable de la cartera de Transición Ecológica, Teresa Ribera, hasta ayer reticente a una infraestructura que hace tres años fue desaconsejada por la Comisión Nacional del Mercado y la Competencia (CNMC).

«Quisiéramos hacer esa inversión, y España está dispuesta a ponerla en marcha cuanto antes —dijo Sánchez—, nos gustaría que esa conexión no solo fuera de gas, sino también de hidrógeno verde». En pocas palabras, el presidente del Gobierno de España abogaba por la reanudación del Midcat, gasoducto de mediana capacidad que quedó interrumpido hace tres años en la localidad catalana de Hostalric, a 99 kilómetros de Francia. El proyecto fue desautorizado por los organismos reguladores de Francia y España, con la oposición de Portugal. Los tubos que no se instalaron todavía están guardados en un almacén.

A la misma hora que Sánchez comparecía en TVE, en un salón de Argel decorado con mosaicos árabes, el ministro italiano de Asuntos Exteriores, Luigi di Maio, tomaba el último té de la jornada con representantes del Gobierno argelino y de la empresa estatal Sonatrach, después de pedirles más gas.

Hasta hace una semana, Di Maio, camaleónico político del Movimiento 5 Estrellas, era reticente a una fuerte escalada de las sanciones económicas a Rusia. Como es sabido, Italia tiene muchos intereses en ese país, pero el viernes por la tarde soltó el pie del freno. Ahora están enviando armas a Ucrania.

Los historiadores algún día nos contarán qué pasó en Italia y Alemania entre el 25 y el 26 de febrero de 2022. Aquel mismo viernes, Di Maio pedía hora en Argel, país interesado en vender gas a los europeos, por supuesto, pero también muy interesado en el futuro de Libia, antigua colonia italiana en el norte de África.

Empieza una nueva definición de fuerzas en el flanco sur. Vamos a los datos. Italia consume mucho gas para la producción de electricidad y el 40% lo compra a Rusia. Necesita reducir esa dependencia potenciando las energías renovables, pero eso lleva tiempo, sobre todo en un país muy urbanizado y con una notable densidad de población. Hay protestas. Puesto que Italia solo cuenta con tres plantas de regasificación en su litoral (España tiene siete), lo más viable es incrementar las compras de gas a Argelia y volver a quemar carbón. Tal como suena.

Italia está conectada con Argelia por un gasoducto que atraviesa Túnez y que lleva el nombre de Enrico Mattei en su último tramo. Mattei fue un gran capitán de industria que tuvo la osadía de importar petróleo ruso a cambio de transferencias de tecnología a la Unión Soviética en plena Guerra Fría. La avioneta en la que viajaba estalló en pleno vuelo en 1962.

Por la tubería Enrico Mattei pueden pasar 33 bcm de gas al año (1 bcm: mil millones de metros cúbicos de gas). Hoy solo pasan 24 bcm, lo cual quiere decir que Italia podría recibir de Argelia unos 8/9 bcm más, cantidad que no supliría, ni de lejos, el suministro de Rusia.

¿Podría Italia reenviar gas argelino al centro de Europa para ayudar a Alemania? Sí. Tiene conexión vía Austria, pero también tiene sus necesidades, dramáticamente descritas ayer por la prensa. En Italia no hay centrales nucleares (país de riesgo sísmico). Si faltase gas en el corto plazo, solo se podría recurrir al carbón.

España tiene menos tubo con Europa, menos tubo con Argelia que hace un año, muchas plantas de regasificación y menos dependencia de Rusia (8%). Nadie entiende ahora por qué se paralizó el Midcat en 2019. Con ese gasoducto, España podría reexportar unos 17 bcm de gas al centro de Europa, la misma cantidad que Rusia vende a China. Pero hay otro problema. Todo son problemas en esta historia.

El problema es el gasoducto Magreb Europa, cerrado el pasado mes de noviembre a consecuencia de las fuertes tensiones entre Marruecos y Argelia. Sin el Magreb Europa (8 bcm), queda el gasoducto Medgaz cuya potencia ha sido ampliada a 10,5 bcm. Ese gasoducto es hoy insuficiente para la demanda interna española y debe ser complementado con el envío de barcos metaneros desde Argelia. La reapertura del Magreb Europa sería muy necesaria para el hub español.

Última pregunta. ¿Puede Argelia aumentar mucho su producción de gas a corto plazo? Argelia produce en la actualidad unos 100 bcm anuales, de los cuales 49 se destinan al consumo interno. Podría subir un poco la producción, pero necesita invertir en las técnicas de extracción.

Francia observa, Marruecos no cede e Italia entra en competición. Alemania está muy interesada.

UNA JORNADA PARTICULAR

28 de abril, 2022

Pedro Sánchez está fuerte en Europa y débil en Andalucía. Sólido por arriba, en los pasillos de la Comisión Europea y en el cuartel general de la OTAN, frágil por abajo, en las carreteras secundarias de la política interior, por las que circulan camiones cargados de malestar.

El Gobierno está cansado, física y psicológicamente cansado después de tres años agotadores, pese al refresco del pasado mes de julio. Ayer pudo comprobarse en la sesión de control en el Congreso. A Nadia Calviño le falta pegada. A Teresa Ribera ayer por la mañana no le quedaba oremus para defender con más pasión la importante victoria hispano-portuguesa en Bruselas para rebajar el precio de la electricidad, frente a los comandos de abogados y lobbistas desplegados por las compañías eléctricas. Esa partida la ha ganado Ribera porque Sánchez tiene una muy buena conexión con los centros de poder europeos. Ursula von der Leyen prometió que habría «excepción ibérica» y la ha habido. El Gobierno gana batallas, pero tiene demasiados frentes abiertos.

El ministro plenipotenciario Félix Bolaños debe atenderlos todos y la creciente complicación del cuadro amenaza con sobrepasarle. José Manuel Albares ha logrado desembarcar en Agadir, perdiendo comunicación telefónica con Argel. Yolanda Díaz entra y sale según los cánones de la escuela gallega: sonrisas, cálculo y levitación. Su candidatura con Podemos más allá de Podemos puede acabar como el rosario de la aurora. Fernando Grande-Marlaska calla ante el pegaso que se ha colado en la habitación. Y Margarita Robles no ha leído nunca The New Yorker, semanario fundado en 1925.

El actual Gobierno fue concebido para una época que no ha tenido lugar: un adviento socialdemócrata con fondos europeos a modo de final feliz de la epidemia. En lugar de eso, economía de guerra. Con todo, España no es de los países europeos más afectados por la glaciación del Este. España es Occidente al cien por cien. Si un día se materializa el anunciado ocaso de las democracias liberales, este país acabará bajo un autoritarismo atlantista con acentos latinoamericanos. A la espera del veredicto de la historia, España no depende del gas ruso, ni del trigo ucraniano, pero su política interna vuelve a estar en una dinámica casi suicida. El primer ministro Sánchez intenta solventarlo con un fuerte activismo europeo.

La Moncloa anuló ayer un viaje a Polonia y Moldavia, para atender el frente interior. No era un viaje cualquiera. Desde Polonia se envían las armas a Ucrania, y Moldavia podría ser el próximo objetivo de la ofensiva rusa. Hay que estar muy implicado en la coyuntura europea para viajar a Varsovia y Chisináu (capital de la pequeña Moldavia) mientras la mayoría parlamentaria se rompe en Madrid. Finalmente, el presidente aplazó el viaje para estar presente en la incierta votación del decreto de medidas económicas frente a las consecuencias de la guerra.

Alberto Núñez Feijóo tiene hoy la posibilidad de ganar puntos en Bruselas con una abstención. El Gobierno empezó a asfaltar ayer por la tarde una pista de aterrizaje al aceptar que el decreto se tramita como proyecto de ley. ERC también debe de estar atenta al marco Europa después de las interesantes declaraciones de Pere Aragonès sobre su negativa a entrevistarse con emisarios rusos.

Pegasus es también un asunto europeo. En todas sus facetas y contenidos.

CATALUNYA, TERRITORIO OTAN

26 de mayo, 2022

La isla ibérica podría convertirse en una valiosa península energética si los planes que en estos momentos se discuten en Bruselas se convierten en realidad. No es una quimera. Sumando fuerzas, España y Portugal podrían convertirse en un importante punto de apoyo del nuevo orden energético europeo que intentará emanciparse de Rusia, sea cual sea el desenlace final de la terrible guerra de Ucrania.

En pocas palabras, la península Ibérica podría ser una de las bases de apoyo de la industria europea gracias a su potente capacidad de almacenamiento de gas natural licuado y a las expectativas de desarrollo del hidrógeno verde, combustible por el que apuesta la gran industria alemana, cuya fabricación exige un intenso empleo de electricidad renovable.

En los próximos cinco años, la red gasista española podría estar conectada con Italia a través de un gasoducto submarino entre los puertos de Barcelona y Livorno, tal y como venimos informando desde hace dos meses, y podría disponer también de una tercera conexión transpirenaica que, siguiendo el trazado del Midcat, gasoducto paralizado en septiembre de 2018, además de gas transportaría hidrógeno verde a las industrias del centro de Europa. El gasoducto con Italia y la tercera vía transpirenaica pondrían al servicio de la Unión Europea las ocho plantas de regasificación que existen en el litoral ibérico, un auténtico tesoro estratégico en estos momentos. A esos activos hay que sumar la conexión gasista con Argelia, pese al actual estrés en las relaciones con el régimen de Argel, como consecuencia de la difícil triangulación diplomática con Marruecos.

La historia rima, aunque no se repita. Como ocurrió en los años cincuenta, la nueva glaciación de las relaciones de Occidente con Rusia tiende a revalorizar la península Ibérica. La primera guerra fría colocó la dictadura portuguesa de António de Oliveira Salazar en el club de fundadores de la OTAN y entregó un valioso salvavidas al general Francisco Franco en España. A Franco no le pudieron invitar a la asamblea inaugural de la Organización del Tratado del Atlántico Norte en 1949, puesto que había llegado al poder con el apoyo directo de Hitler y Mussolini, pero diez años después, en diciembre de 1959, el presidente estadounidense Dwight D. Eisenhower visitó Madrid para sellar el acuerdo sobre las bases militares y

supervisar el plan de estabilización de la economía española, entonces recién aprobado.

La segunda guerra fría revaloriza la península Ibérica como plataforma de almacenamiento y redistribución de gas y posible centro de producción de hidrógeno verde, sin prescindir del gas argelino. La situación geográfica vuelve a ser capital político, ahora con sede en los puertos de Sines (Portugal), Ferrol, Gijón, Bilbao, Huelva, Cartagena, Sagunto y Barcelona.

Conexión gas/hidrógeno verde por el Pirineo catalán y gasoducto con Italia desde el puerto de Barcelona. Eso quiere decir lo siguiente: Catalunya, territorio OTAN al cien por cien. El puerto de Barcelona, importante enclave del orden atlantista. Este es el dibujo diez años después del inicio del procés. Quizás algo intuyeron los agentes de la inteligencia rusa en 2017.

Los nuevos mapas se están dibujando. Italia aprieta en favor del gasoducto Barcelona-Livorno. Francia, observa. Los nuevos mapas se están dibujando, con pelea entre lo urgente y lo necesario. Puesto que las nuevas redes de suministro no se improvisan ni se construyen en un año, el invierno de 2023 puede ser muy duro para los europeos si Rusia corta el grifo.

EL «GOBIERNO ILEGÍTIMO» RESISTE

4 de octubre, 2022

El Gobierno ilegítimo acaba de aprobar sus terceros presupuestos consecutivos basados en una ampliación del gasto social y una significativa subida de las partidas de Defensa dedicadas al armamento, lo cual no deja de ser un notable ejercicio de equilibrismo en uno de los países occidentales con mayor polarización política después de Estados Unidos.

[Un ejercicio de equilibrismo difícil de ejecutar, puesto que pocas horas después de anunciarse el acuerdo, el portavoz de Unidas Podemos en el

Congreso, Pablo Echenique, acusaba al PSOE de haberles ocultado las cifras de la inversión en Defensa que se tramitará al margen del techo de gasto, para no provocar recortes en el gasto social. Hay tensión en UP. Yolanda Díaz elogia el acuerdo. Echenique critica uno de sus puntos cardinales, matizando que no habrá ruptura. En Podemos creen que Díaz podía haber apretado más a los socialistas].

El Gobierno Frankenstein conseguirá que las cuentas de 2023 sean aprobadas por el Parlamento, no sin duras negociaciones con sus socios de legislatura, puesto que en la actual situación de agobio y con unas elecciones locales y regionales dentro de ocho meses, a ninguno de esos socios les interesa aparecer como fuerzas de desestabilización y desorden. Las legislaturas pocas veces entran en crisis en su recta final. Ni el PNV ni Bildu; ni ERC ni Compromís, van a romper ahora la baraja. Junts per Catalunya es otra cosa, si es que alguien se atreve a definir hoy a esa formación en estos momentos. La gente de Junts con cierta inteligencia política ya está esperando a Alberto Núñez Feijóo.

La coalición imposible culminará la legislatura y acabará siendo el Gobierno más estable que ha tenido este país desde diciembre de 2015, momento en que, a través del voto, la sociedad española empezó a exigir cuentas por los daños de la crisis económica iniciada en 2008, por la falta de ejemplaridad de la persona que había ocupado la más alta instancia del Estado y por una dantesca acumulación de casos de corrupción. Después de una accidentada investidura en septiembre de 2016, Mariano Rajoy sucumbió en mayo de 2018. Tras ganar la moción de censura de finales de mayo de 2018, el primer gobierno de Pedro Sánchez (gobierno en solitario del PSOE con apoyos parlamentarios) tuvo que convocar elecciones ante la imposibilidad de aprobar los presupuestos de 2019. Pedro Sánchez nunca quiso llegar a la actual coalición (por eso forzó una repetición electoral después de los comicios de abril de 2019), pero ahora la reivindica. Sánchez siempre sabe lo que tiene que hacer para no perder la iniciativa política. Otra cosa es el daño que los zigzagueos han provocado en su figura pública, en la que hay más porte que gravedad, más juego táctico que discurso engolado para la historia, más valentía que pose de estadista. Sánchez es un jugador de baloncesto del Estudiantes a la espera de un triple en el minuto final del partido.

El Gobierno de coalición PSOE-Unidas Podemos ha roto las previsiones de quienes estaban convencidos de que esa alianza se rompería por falta de cohesión interna y ha truncado los planes de quienes soñaban con hacerlo descarrilar más pronto que tarde: editorialistas de influyentes y no tan influyentes periódicos, radiofonistas matinales, presentadores de televisión de las nueve de la noche, tertulianos de diversa índole y extracción, gestores de la tensión en las redes sociales, granjeros de bots, sindicatos de transportistas, militares retirados que escribieron al Rey para que propiciara un gobierno de unidad nacional, millonarios latinoamericanos afincados en Madrid, algunos empresarios del Ibex 35 (no todos, ni siquiera la mayoría), y alguna gente que decía hablar en nombre de Felipe González.

El Gobierno socialcomunista no ha perdido hasta la fecha ninguna votación importante en el Congreso y el Senado. La única votación que estuvo a punto de perder, con graves consecuencias para la estabilidad de la legislatura, fue salvada in extremis por el voto equivocado de un diputado del PP, adscrito al área de organización del partido. 3 de febrero de 2022, votación de la nueva ley laboral. Aquel día la legislatura estuvo a punto de irse a pique y aún no se ha escrito todo lo que pasó entre bambalinas. Hubo mucha gente maniobrando y no todos pertenecían al PP. Aquel día, Pablo Casado empezó a perder el liderazgo de su partido.

LA CALLE Y EL INVIERNO QUE VIENE

14 de octubre, 2022

El invierno se acerca a la gran llanura europea, la gran llanura que apenas encuentra montañas entre París y Moscú, mientras España, más abajo de los Pirineos, disfruta de un otoño balneario y acalorado. El veranillo de San Miguel pronto atrapará al veranillo de San Martín, y eso tiene efectos psicológicos y políticos.

La excepción ibérica puede generar la falsa percepción de que la planicie europea funciona con el mismo termostato. No es así. Aunque las

temperaturas sean benignas, psicológicamente ya están en invierno. Políticamente ya están afrontando uno de los inviernos más difíciles de los últimos decenios.

Las cosas se están poniendo muy serias en la llanura, mientras aquí discutimos sobre el minuto que los Reyes tuvieron que esperar en el interior del Rolls-Royce Phantom del Patrimonio del Estado, mientras llegaba el presidente del Gobierno al paseo de la Castellana. Un presidente este año poco dispuesto a que familiares de militares en zona preferente le gritasen «hijo de puta» durante diez minutos, en la cortés espera a los monarcas junto a la tribuna del desfile del Doce de Octubre. La sincronización falló. Sánchez llegó con 55 segundos de retraso y escribió uno de los titulares de la jornada. Marco narrativo adverso. No se puede hacer política a la defensiva.

El relato de que Sánchez no puede salir a la calle porque la sociedad le repudia está siendo orquestado por el PP, con el inestimable apoyo de Vox, que aporta tropas chechenas al asedio. Esa estrategia de desgaste, perfectamente plasmada por la portavoz del PP en el Congreso, Cuca Gamarra, atenaza mentalmente a los socialistas y ayer provocó una airada reacción del portavoz Patxi López.

Toda crisis política de cierta envergadura en España se acaba resolviendo en la calle. Así ocurrió en 2004: atentados de Atocha y sucesos inmediatamente posteriores. Así volvió a pasar en 2011: eclosión del 15-M en plena crisis económica. En 2014: aparición de Podemos como reverberación política del 15-M. En 2017: octubre catalán. Y en 2019: las protestas en Barcelona tras conocerse la sentencia del Tribunal Supremo condicionaron el resultado de las últimas elecciones generales, con un fuerte estímulo para Vox.

La calle y Sánchez. El tema no es menor y conduce a una pregunta quizá fundamental: ¿Se puede gobernar España durante un largo periodo de tiempo, teniendo en contra, ferozmente en contra, al macizo de la raza? ¿Se puede gobernar durante más de cuatro años teniendo en contra al Madrid orgánico? ¿Se puede gobernar España durante más de una legislatura teniendo en contra el macizo de la raza y el Madrid orgánico, una epidemia de dos años y una guerra en suelo europeo que puede provocar otra grave

recesión económica? Esta es la cuestión. Esta es la cuestión del próximo mes de mayo (elecciones municipales y autonómicas en doce comunidades). Esta es la cuestión de diciembre de 2023, momento en que se celebrarán las elecciones generales si es que no tenemos sorpresas y los calendarios se modifican. Todo dependerá de lo que ocurra este invierno en la gran llanura que se extiende desde París a los montes Urales.

Este invierno crítico va a tener un escenario clave: Alemania. Alemania se ve obligada a redefinir su lugar en el mundo. Una Alemania con la calle alterada daría miedo incluso a la señora Cuca Gamarra.

NUDO ESPAÑA

11 de diciembre, 2022

España concluye el año con crecimiento económico, lejos de aquella recesión que tantos daban por segura a finales de agosto, cuando el precio del gas superó los 330 euros el megavatio hora en el mercado de futuros. Los profesionales del catastrofismo se emplearon a fondo y una ola de miedo recorrió todos los rincones de la sociedad, contrayendo la economía.

«La economía resiste más de lo esperado», dicen ahora los voceros del Apocalipsis. ¿Qué ha pasado? ¿En qué se han equivocado? A principios de octubre, el Gobierno federal alemán puso sobre la mesa un paquete de doscientos mil millones de euros en subsidios para hacer frente a los sobrecostes de la energía. La espiral especulativa en el mercado del gas empezó a frenar. Y la Madre Naturaleza nos ha regalado un otoño suave, no se sabe si por benevolencia o por una peligrosa alteración de los ciclos estacionales. Octubre y noviembre han permitido ahorrar mucho gas.

El otoño benigno ha contribuido a evitar la recesión en las economías europeas. Y en España ha funcionado correctamente el denominado tope ibérico, ese mecanismo que Alemania se resiste a aplicar en toda la Unión Europea por miedo al desabastecimiento y a un fuerte incremento de la

demanda de gas, medida que fue aceptada como excepción para españoles y portugueses.

Fijémonos bien: después de tomar nota de la deriva electoral italiana, Alemania parece estar prestando atención a la estabilidad política y social en el península Ibérica. No perdamos de vista el último viaje de la presidenta de la Comisión Europea a España, este pasado viernes en Alicante. Ursula von der Leyen declarando que España y Portugal serán pivotes del nuevo mapa energético europeo. Tomemos nota de la plena recuperación de las buenas relaciones con Estados Unidos: la ampliación de la base de Rota y las plantas de regasificación de gas licuado abiertas a los barcos metaneros que cruzan el Atlántico. La península Ibérica vuelve a ser una plataforma imprescindible para la proyección de fuerza de Estados Unidos en Europa y el norte de África. Estamos asistiendo a un paradójico regreso a 1953, el año en el que se firmó el tratado de las bases.

Del otoño benigno sale un diciembre sin recesión económica, una España con la menor tasa de inflación de la Unión Europea, un leve optimismo en el ambiente —el 60% españoles declara que su economía familiar va bien —, unas encuestas con empate técnico entre los dos principales partidos y un griterío extraordinario en el interior de la olla exprés de Madrid. Hay muchos nervios en redacciones y despachos.

Del otoño benigno sale un Pedro Sánchez dispuesto a jugarse el tipo en el barranco de la Malversación. Decenas de independentistas catalanes podrían entrar en la cárcel en 2023 si las condenas por malversación derivadas del procés son elevadas. El Gobierno ha de elegir entre no hacer nada o evitar un súbito deterioro de la situación política y social en Catalunya. Ese es el punto exacto en el que nos encontramos.

Ante esa encrucijada, Sánchez ha decidido mover ficha en varios frentes de manera simultánea y muy arriesgada (reforma de los tipos penales de sedición y malversación, iniciativa legislativa para forzar la renovación del Tribunal Constitucional), para asegurarse Catalunya y a la vez provocar una nueva sobreactuación de la derecha española. No sabemos si saldrá vivo del barranco, pero el segundo objetivo ya lo ha conseguido: hay gente que está perdiendo los papeles en la capital de España. Hay escasez de adjetivos en las tribunas de Madrid —ya los han gastado todos— y si Vox y Ciudadanos

presentan la moción de censura instrumental que anunciaron el viernes, Sánchez habrá triunfado tácticamente.

Alberto Núñez Feijóo estaría hoy en mejor posición de combate si a finales de octubre hubiese pactado la renovación del CGPJ. Tendría más autoridad. De haberse producido ese pacto, Sánchez se lo habría pensado dos veces antes de cruzar el puente de la inmaculada malversación, como titulaba ayer Isabel García Pagan. Feijóo se asustó ante los federicos y la guardia de corps de Isabel Díaz Ayuso. Asustarse en España es peligroso. En España, gana el que resiste. Está escrito en las cuevas de Altamira.

El otoño empezó con augurios de un gran desastre económico y concluye con ataques de histeria. Sánchez, sin embargo, haría bien en ser cauto. Europa aún no ha superado el invierno y nadie sabe qué efectos tendrá un previsible aumento del precio del petróleo, como consecuencia de la reactivación de la demanda en China por el cambio de política frente al Covid, la reacción rusa a las nuevas sanciones y la congelación de la producción acordada por la OPEP, donde manda Arabia Saudí, ahora en buenas relaciones con Moscú.

En estos tiempos terribles, cada estación esconde una sorpresa.

2023

El año electoral empezó con espesor. El Gobierno quería despejar la pista y forzó la aprobación de una serie de medidas muy dispares en el Congreso en las últimas semanas de 2022, con malos resultados ante la opinión pública. Cambios en el Código Penal para seguir amortiguando los efectos penales del «procés» en Cataluña y una reforma reglamentaria para desbloquear la elección de los dos magistrados del Tribunal Constitucional que corresponden elegir al Consejo General del Poder Judicial. Maniobras defensivas. Evitar nuevos incendios políticos en Cataluña y evitar que un Tribunal Constitucional de mayoría conservadora triturase a partir de 2024 la obra legislativa del primer gobierno de coalición de izquierda desde la Segunda República.

Se eliminaba el viejo delito de sedición —sustituido por un nuevo tipo penal de desórdenes públicos agravados— y se rebajaban las penas por malversación en aquellos casos en que no hubiese dolo personal. El Gobierno trataba de evitar que los procesos penales pendientes en Cataluña dificultasen la negociación de una nueva investidura del candidato socialista. En pocas palabras, Pedro Sánchez no quería verse obligado a tener que negociar una amnistía a finales de 2023. Y buscaba un Tribunal Constitucional sintonizado con la mayoría parlamentaria que ha aprobado las leyes en España durante buena parte del último decenio. No estamos hablando de asuntos menores. Esos eran los temas del ómnibus legislativo que quería pasar medio desapercibido durante la Navidad de 2022. El paquete estalló.

La alta magistratura se enfureció y el Tribunal Constitucional de mayoría conservadora se movilizó. Después de los indultos a los dirigentes independentistas encarcelados, eliminación del delito de sedición y una matización del delito de malversación. El paradigma Marchena se estaba viniendo abajo. Paradigma Marchena: sentencia ejemplar para que a nadie en Cataluña, en el País Vasco o en alguna otra parte de España se le ocurra volver a poner en marcha una aventura secesionista en mucho tiempo.

Sentencia de época, en sintonía con el espíritu del discurso del Rey el día 3 de octubre de 2017. Sentencia dura que renunció al delito de rebelión para poder pasar el filtro de Estrasburgo. Sentencia que debería ser examinada por el Tribunal Europeo de Derechos Humanos con sede en Estrasburgo, de acuerdo con los recursos presentados. Ese tribunal evalúa la calidad del juicio, no los hechos juzgados. Los indultos y la posterior eliminación del delito de sedición del Código Penal español, podían complicar el examen del TEDH. Eso irritó profundamente a Marchena. Paradójicamente, la aprobación de una ley de amnistía puede provocar la inhibición del tribunal europeo. Aprobada la amnistía, no hay causa.

[Manuel Marchena Gómez, Las Palmas de Gran Canaria, 1959, es el presidente de la Sala Segunda del Tribunal Supremo, figura de referencia de la judicatura conservadora española, con mucho prestigio en todos los ámbitos de la magistratura. Fue candidato a la presidencia del Consejo General del Poder Judicial y del Tribunal Supremo en 2018, retirando esa opción tras divulgarse un mensaje vía Whatsapp del diputado del Partido Popular, Ignacio Cosidó, antiguo director general de la Policía, en el que se afirmaba que con Marchena en la presidencia del Supremo, el PP podría controlar la Sala Segunda (Sala de lo Penal) por «la puerta de atrás»].

La eliminación del delito de sedición se podía defender en nombre de la modernidad jurídica, no así la controvertida matización del delito de malversación, en un país indignado por la acumulación de casos de corrupción. Con esa corrección del Código Penal, el Gobierno quería evitar que un número indeterminado de cuadros medios del independentismo acabasen en la cárcel por el uso de fondos públicos para alimentar el «procés». Fondos que no habían acabado en sus bolsillos, pero sí en la maquinaria conducente a la celebración de un referéndum de autodeterminación. Con esos cambios, Sánchez se estaba aproximando a la amnistía, sin saber que ese sería el precio de su tercera investidura.

Estamos ante el último año de la legislatura, el presidente quiere despejar la agenda de 2023 para centrarse en la economía, el control de la inflación y la presidencia semestral española de la Unión Europa, con el objetivo de superar de manera eficiente las elecciones municipales y autonómicas del

mes de mayo y ganar con holgura las elecciones generales en diciembre. Deseos que no se verán cumplidos.

La mayoría conservadora del Tribunal Constitucional se enrocó para impedir la reforma del reglamento del CGPJ llegando al extremo, inédito en más de cuarenta años de democracia, de prohibir de manera cautelar la aprobación definitiva de esa reforma en el Congreso y en el Senado tras admitir a trámite un recurso del Partido Popular. Por primera vez en la historia de la democracia, el Tribunal Constitucional prohibía una votación del Parlamento.

Choque institucional con un desenlace del todo imprevisto: la mayoría conservadora del CGJP decidió promover una propuesta de dos candidatos para el TC (un conservador y un progresista), de acuerdo con el viejo reglamento, creyendo que los progresistas no la iban a votar porque no incluía al candidato por ellos deseado. Erraron la maniobra. Los progresistas renunciaron a última hora a su candidato oficial, engañando a la otra parte. Cerraron filas y la renovación del TC se acabó llevando a cabo. En veinte minutos se resolvió un bloqueo de meses. Caras de estupor. Mayoría progresista en el TC hasta 2030, con la presidencia para el magistrado Cándido Conde Pumpido, exfiscal general del Estado y exmagistrado del Tribunal Supremo, figura de referencia de la magistratura progresista, la némesis de Manuel Marchena.

Durante estos últimos veinte años ha quedado claro, de una manera muy descarnada, cuál es el nudo del combate político en España: la interpretación de un texto constitucional abierto, que no obliga a militar a nadie en el «constitucionalismo» y que puede ser objeto de diversas interpretaciones. España posee una Constitución que es reformable en su integridad, pero que a la vez es muy difícil de reformar dadas las amplias mayorías que se exigen para llevar a cabo cambios de gran calado. Desde el minuto uno del día 7 de diciembre de 1978, el día después del referéndum constitucional, en este país se lucha a brazo partido por la interpretación de la Constitución. Ahí está la clave de casi todos los enfrentamientos.

2023 se inició con otro estruendo en el frente judicial. Algunos tribunales empezaron a rebajar las penas de condenados por graves delitos sexuales, en aplicación de la célebre ley del «solo sí es sí». La joya más preciada del

Ministerio de Igualdad. El estandarte de Irene Montero y Podemos. Una de las innovaciones legislativas más visibles de la mayoría de izquierda. La ley estelar del «sanchismo» estaba provocando un agujero del Código Penal. Escándalo. Escándalo mayúsculo. «In dubio pro reo».

En caso de duda, una modificación del Código Penal debe beneficiar al reo. La horquilla de las penas de la ley de Garantía Integral de la Libertad Sexual, ese es su nombre oficial, son susceptibles de rebajar la condena de algunos condenados por violencia sexual, al no haberse introducido una cláusula de cautela junto con el nuevo articulado. Lo que antes eran abusos ahora tienen penas mayores y las antiguas agresiones (delitos sexuales con el agravante de intimidación y violencia) pueden tener penas más bajas en algunos casos, según los atenuantes. La reforma del Código Penal de 1995 incluyó esta cautela: «Dichos jueces o tribunales procederán a revisar las sentencias firmes y en las que el penado esté cumpliendo efectivamente la pena, aplicando la disposición más favorable considerada taxativamente y no por el ejercicio del arbitrio judicial. En las penas privativas de libertad no se considerará más favorable esta ley cuando la duración de la pena anterior impuesta al hecho con sus circunstancias sea también imponible con arreglo a esta reforma del Código». Dicho de una manera más clara: Una pena de cárcel ya sentenciada no se rebaja si esa condena también es posible con la nueva horquilla.

Por razones que todavía se desconocen, esa cláusula no fue introducida en la ley del «solo sí es sí». Juan Carlos Campo, el ministro de Justicia que elevó el anteproyecto al Consejo de Ministros, junto con la ministra de Igualdad, hoy magistrado del Tribunal Constitucional, nunca ha aclarado ese particular, ni ha querido emitir opinión alguna sobre los defectos jurídicos de la ley, que los medios de comunicación atribuyeron de inmediato y de manera absoluta a la ministra Irene Montero. Su sucesora en el cargo, Pilar Llop, que dispuso de varios meses para sugerir enmiendas al proyecto antes de su aprobación definitiva en el Congreso y el Senado, tampoco dijo nada, al menos en público. Misteriosamente, el Ministerio de Justicia parecía no haber intervenido en la gestación de la ley más arriesgada de la legislatura. Montero se enrocó y empezó a acusar a los jueces de «machistas». En una conversación con periodistas fuera de micrófono, Montero explicó en una ocasión que Campo le había

comunicado que esa cláusula adicional no la veía necesaria. Estamos hablando de la pieza del engranaje que estuvo a punto de enviar a toda la izquierda a la oposición en el ciclo electoral de 2023.

El impacto en la opinión pública fue tremendo. En pocas semanas se sucedieron centenares de sentencias que revisaban favorablemente las penas de hombres condenados por delitos sexuales graves. Un canal de televisión privada (La Sexta) generó un contador de sentencias, que renovaba a diario. El espectáculo estaba garantizado. Y el escándalo, también. El 31 de marzo, en vísperas de la campaña de las elecciones locales, el Consejo General del Poder Judicial anunciaba que el 32% de las penas revisadas en virtud de la nueva ley habían conllevado rebajas penales. «La izquierda saca a los violadores de las cárceles», clamaba la extrema derecha. Y el precio de los alimentos seguía subiendo, pese a la contención del coste de la energía.

Voces del PSOE empezaron a pedir a Sánchez que efectuase una demostración de autoridad y firmase el cese de Montero, aunque ello supusiese la salida de Podemos del Gobierno. Sánchez se resistió por dos motivos: temía que una crisis de Gobierno mermase su autoridad en vez de reforzarla, y que se pusiese en peligro el proceso de maduración de Sumar como alternativa a Podemos. El sector feminista del PSOE fuertemente agraviado por la llegada de Montero al ministerio creía llegada la hora de pasar cuentas con la joven «intrusa».

El presidente del Gobierno optó por modificar la ley —sin posibles efectos retroactivos— con el concurso del Partido Popular y el enfado de Unidas Podemos, en cuyo interior el desgaste de Irene Montero acentuaba la tensión con Yolanda Díaz. La hoy exministra de Igualdad, mujer joven con una notable preparación política, es muy resistente en el combate político pero no logra blindar su fortaleza con el don de la ironía. Todo en ella es serio al extremo. Apenas sonríe en público. Dirigente indomable al lado del líder indomable. La tentación de lo sobrehumano. La abnegación, la entrega, la constancia, la tenacidad y en última instancia el sacrificio, como signos irrefutables de autoridad política y moral. Puesto que no todo el mundo puede seguir esas pautas, la jerarquía se crea de un modo casi natural. Superados los primeros enfrentamientos internos, Podemos pronto

se estructuró como un grupo dirigente fuertemente cohesionado, con miles de fieles seguidores en las redes sociales. Leninismo pop.

Desde su aparición en la escena política en 2014, hace diez años, Podemos ha sido objeto de una campaña de erosión descomunal, que no ha sufrido ninguna otra fuerza política en este país. Se le han abierto veinte investigaciones judiciales sin que ninguna de ellas haya acabado con procesamientos significativos. Las campañas de difamación en numerosos medios de comunicación han sido constantes. El domicilio particular de Pablo Iglesias e Irene Montero, pareja con tres hijos, estuvo bajo asedio durante los meses más duros de la pandemia. No es nada fácil resistir tanta presión. No les han tumbado judicialmente, pero les han estropeado el carácter, acentuando los mecanismos defensivos y la inclinación a ver enemigos por todas partes. La maldición del partido bolchevique. La depuración permanente. Pocos pero buenos y muy cohesionados. Y siempre vigilantes, puesto que el enemigo acecha, sea la policía zarista o el comisario Villarejo.

Frente a ellos, los amables mencheviques. La sonriente Yolanda Díaz, casi siempre respetada por los medios. Los mencheviques dispuestos a hacer de Sumar un Podemos más grácil, más abierto a la sociedad, más dado a la proposición que al enfado permanente; más flexible, más institucional, más laborista, más eurocomunista, menos lector de Toni Negri y menos entregado a la guerrilla digital. Pelea de personalidades y de tradiciones. Ecos de la histórica escisión entre eurocomunistas y prosoviéticos, que ya acabó como el rosario de la aurora en los años ochenta. Yolanda Díaz es hija de Suso Díaz, exsecretario general de Comisiones Obreras de Galicia, amigo de Santiago Carrillo, militante eurocomunista en la Transición. Pablo Iglesias y otros dirigentes de Podemos son hijos políticos de Julio Anguita e Ignacio Gallego.

Las elecciones locales de mayo de 2023 fueron un desastre para la izquierda. El Partido Popular calibró bien la situación. España no había sufrido la anunciada recesión económica después del encarecimiento astronómico del gas, pero la inflación y sobre todo la subida del precio de los alimentos estaba generando un sordo malestar social. El Gobierno llegaba manifiestamente desgastado a su primera gran prueba electoral

después de la deshonrosa derrota de la izquierda en Andalucía en junio de 2022. El Partido Popular se olvidó de los programas locales y regionales y salió en tromba a pedir a la población la cancelación del «sanchismo», esto es, un fuerte voto de protesta que dejase noqueado al líder socialista.

El PSOE quedó sorprendido y tardó días en reaccionar. Habían diseñado una campaña muy clásica, una campaña aérea en la que el presidente estaba cada día en una ciudad distinta anunciando una medida sectorial de cierta enjundia. Esa campaña aérea, sacada del anaquel de los años noventa, colocaba a Sánchez en un constante primer plano, relegando a los dirigentes locales y autonómicos. El Partido Socialista se enfrentaba a la convocatoria del PP a favor de la cancelación del «sanchismo» mostrando el cuello de Sánchez. Pese a ese error manifiesto, el PSOE mejoró sus resultados en casi todas las comunidades autónomas y grandes ciudades, especialmente en la Comunidad Valenciana y Baleares. El gran hundimiento se produjo en su ala izquierda como consecuencia del cisma Sumar-Podemos. La izquierda en su conjunto perdió de golpe seis comunidades autónomas (Comunidad Valenciana, Aragón, Baleares, Canarias, Extremadura y La Rioja) y valiosos ayuntamientos. El Partido Popular podía aspirar al gobierno de once autonomías, sobre un total de 17 (incluyendo Ceuta y Melilla) si pactaba con Vox. Jaque. Casi jaque mate. En la madrugada del 28 al 29 de mayo, Sánchez tomaba la arriesgada decisión de adelantar las elecciones generales al 23 de julio, para poder centrar la campaña en los pactos del Partido Popular con la extrema derecha.

Los resultados de ese adelanto electoral son conocidos por todos. PP y Vox no lograron sumar la mayoría absoluta ante una movilización especial del electorado femenino, sobre todo de las mujeres jóvenes temerosas de una política social regresiva, y del electorado catalán, que se reagrupó significativamente alrededor del pragmático PSC cuando oyó decir a Santiago Abascal que la aplicación del artículo 155 de la Constitución había sido una broma comparado con lo que vendría si ellos accedían al Gobierno.

PP y Vox sumaron 11,2 millones de votos. Todos los demás 12,4. Había un puente colgante entre PP y PNV, pero faltaba por instalar el último tramo. Con Vox en la ecuación, el pacto era imposible. No había pasarela entre PP

y Junts. A efectos políticos, el hotel Majestic de Barcelona aún está cerrado por reformas. Fracasó en España el eje que pretende desplazar la política europea más hacia la derecha, con un pacto del Partido Popular Europeo con las fuerzas de extrema derecha más leales a la OTAN después de las elecciones al Parlamento Europeo de junio de 2004. Pero Sánchez se enfrentaba a un horizonte casi imposible. Pactar la investidura significaba tener que negociar la amnistía con Junts. Esa amnistía que había querido sortear a finales de 2022 con la derogación del delito de sedición y las rebajas mal explicadas en el delito de malversación. Venían meses de shock.

El socialismo caoba, encabezado por el patriarca Felipe González, ya estaba preparando una comisión gestora para sustituirle por segunda vez como secretario general. Y una vez más, se les volvería a escapar. Después de una negociación sometida a fortísimas tensiones, Sánchez lograba pactar simultáneamente con Junts, ERC, PNV, Bildu, Sumar y Podemos. El Partido Socialista y tres parejas en competición: Junts y ERC, disputándose desde hace más de diez años la hegemonía en el exhausto soberanismo catalán. PNV y Bildu, inmersos en una sorda pelea electoral, pueblo a pueblo, ahora muy centrada en la gestión. Sumar y Podemos, escindidos, peleados personalmente, tirándose los viejos recuerdos del eurocomunismo y del leninismo por la cabeza. Enfrente, una derecha furiosa por haber perdido unas elecciones que tenía ganadas.

A finales de año, a más de media España no le gustaba el pacto de la amnistía. Un 60% de los españoles era contrario a esa medida, según una encuesta dirigida por la socióloga Belén Barreiro para el diario El País. (Barreiro fue una de las pocas profesionales que acertó en las elecciones de julio de 2023). El pacto de la amnistía solo tenía un apoyo claro en Cataluña y en el País Vasco, y entre los electores de Sumar y Podemos en toda España. En Madrid y Andalucía, los apoyos apenas superaban el 32%. José María Aznar se alistó en la guerra de Irak con una oposición social del 80%. Sánchez cerró un pacto de investidura que no gustaba al 60%.

Veinte años después, el país regresaba súbitamente a 2004. José Luis Rodríguez Zapatero volvía a dirigir las líneas defensivas del PSOE, siguiendo de cerca las negociaciones de la investidura. Y José María Aznar también regresaba para fiscalizar la estrategia de combate de la derecha,

colocándose visiblemente por encima de un Alberto Núñez Feijóo todavía noqueado por el adverso resultado electoral. Un Feijóo que durante las primeras semanas de septiembre intentaba tender puentes con Junts a través de personas interpuestas, que insinuaban a sus interlocutores la posibilidad de una política de clemencia general con los encausados por el «procés», una cuasi amnistía a plazos, para ir articulando poco a poco una nueva colaboración entre el PP y los herederos de Convergència. Las cosas habían ido demasiado lejos en España para poder materializar ese escenario en 2024. Ahora, no. Más adelante, quizá sí.

Eran simples tanteos. Aznar entró en escena, mandó parar y llamó a la movilización general contra la ley de amnistía y contra Sánchez, para debilitar al futuro Gobierno y arrinconar a Vox. «El que pueda hacer que haga, el que pueda aportar que aporte, el que se pueda mover que se mueva». El llamamiento a la movilización permanente obtuvo respuesta. Pronunciamientos inmediatos de toda la élite funcionarial española: asociaciones de jueces y fiscales, letrados, abogados del Estado, técnicos comerciales del Estado, inspectores de Hacienda, inspectores de Trabajo, asociaciones de la Guardia Civil, embajadores jubilados, militares retirados… con la única excepción de los militares en activo, que tienen explícitamente prohibidos los pronunciamientos políticos. Manifestaciones masivas convocadas por el Partido Popular (cuatro manifestaciones en Madrid entre finales de septiembre y diciembre), con una consigna repetida una y otra vez: «Este es el Gobierno de la mentira». Sánchez y varios de sus ministros habían dicho que no habría amnistía. La acusación de mentir cambiaba de bando. Regreso al trauma de 2004. Regreso a la herida primigenia.

Debilitada en las elecciones de julio, la extrema derecha intentó dar la réplica con una agresiva movilización en la calle Ferraz de Madrid, donde se halla la sede central del PSOE. Noviembre Nacional. Concentraciones diarias durante todo el mes de noviembre, en las que afloró todo el catálogo del neofascismo español. Manifestaciones en las que se llegaron a exhibir banderas nazis, y en las que gritaron consignar contra la Constitución y la Monarquía. La mayor campaña de agitación de la derecha desde la muerte del general Francisco Franco el 20 de noviembre de 1975. Asistimos a una

verdadera prueba sistémica que incluyó extrañas maniobras contra la reputación de la reina Letizia, odiada por la extrema derecha.

Las últimas semanas de 2023 resumen con total intensidad los últimos veinte años. Todo empezó en 2004, porque en el principio fue la mentira.

DESPUÉS DEL ESTROPICIO

12 de febrero, 2023

«El problema principal del PSOE está en Andalucía. Va a costar mucho más de lo que pensábamos recuperar el terreno perdido en Andalucía». Este es el diagnóstico de un ministro socialista que conoce bien las entrañas de su partido. Hay políticos que necesitan estar consultando constantemente las encuestas —en España se publican en estos momentos unos cinco sondeos semanales sobre intención de voto en unas elecciones generales— y hay políticos a los que les basta entrar en un hospital, en una residencia de ancianos o visitar una feria agrícola para saber en qué dirección sopla el viento. De estos últimos, cada vez quedan menos.

En Andalucía es donde se produce en estos momentos un mayor trasvase de votos del Partido Socialista hacia el Partido Popular, gracias a la habilidad de Juan Manuel Moreno Bonilla para no mover demasiados muebles de sitio durante cinco años. Pocos votantes del PSOE se sienten muy ofendidos por el cambio andaluz. Lampedusa al revés: que todo siga igual para que lo importante sea distinto. La mayoría absoluta en Andalucía es hoy el gran capital político del PP en toda España.

Esa mayoría absoluta es el gran objeto del deseo de Isabel Díaz Ayuso y su círculo de poder en Madrid. Necesitan equipararse a Andalucía en mayo para mantener una alta cuota de influencia en la definición de las futuras políticas de la derecha española, sea cual sea el resultado de Alberto Núñez Feijóo en las generales de diciembre. El grupo de Madrid quiere mandar en España. Si Feijóo gana las generales —con el imprescindible apoyo de Vox

—, querrán influir mucho en su Gobierno. Si pierde, porque la suma PP-Vox no alcanza la mayoría absoluta, trabajarán de inmediato para sustituirle. Las mayorías absolutas necesitan siempre una oposición dormida. No es el caso de Madrid, como podrá comprobarse hoy en la plaza de Cibeles de la capital de España, escenario de una manifestación en defensa de la sanidad pública. Sí es el caso de Andalucía.

«El PSOE está tardando más de lo previsto en efectuar la renovación necesaria en Andalucía. No es fácil hacerlo después de casi cuarenta años de hegemonía. En los actos de presentación de las candidaturas locales se observa estas semanas que el partido aún no está movilizado», resume uno de los ministros que mejor ausculta la España de siempre.

En Galicia también se registra un apreciable flujo de voto del PSOE hacia la derecha. Tiene sentido. En Galicia, la gran especialidad del PP es la ralentización del tiempo político. En Galicia se combate con silenciador y con algunos ayuntamientos actuando a modo de válvulas de escape. El fenómeno Abel Caballero en Vigo. El histriónico populismo del alcalde de Ourense, Gonzalo Pérez Jácome. El PSOE, no lo olvidemos, es la tercera fuerza política en Galicia, superado por el Bloque Nacionalista. Allí donde el Partido Socialista duerme es donde hay más transferencia de votos al PP.

El principal activo del PSOE sigue siendo Pedro Sánchez, como recordaba el sociólogo José Félix Tezanos hace unos días en La Vanguardia. (Todo el mundo critica a Tezanos por su gestión en el CIS, pero todo el mundo lee con mucha atención sus observaciones). El Partido Socialista se acerca a las elecciones de mayo en orden disperso, hasta el punto de evitar la convocatoria de una convención o conferencia general para reunir a sus principales candidatos autonómicos y municipales. Sánchez no ha querido organizar un gran acto central, para desvincular los resultados de primavera de las posteriores elecciones generales de diciembre. Evidentemente, el PP plantea la batalla en un sentido totalmente opuesto.

Hay problemas de motor social en el PSOE, y el Gobierno no consigue despejar la agenda después del fatídico final de año, con aquel impresentable amasijo legislativo con el que se quisieron solventar varios asuntos incómodos de una sola tacada.

Los asuntos incómodos prosiguen, como ha quedado de manifiesto esta semana con el estropicio sobre la ley de Garantía Integral de la Libertad Sexual (solo sí es sí), mal afrontado por la ministra de Justicia, Pilar Llop. El lunes, Sánchez tenía un problema: cómo reparar técnicamente la ley, evitando costes electorales para el PSOE. El presidente llega al domingo con dos problemas: cómo reparar la ley sin costes y evitando la ruptura de la coalición de Gobierno diez meses antes de las elecciones generales.

El PSOE no tiene suficiente pulmón para concluir la legislatura en solitario. Podemos se está quedando sin munición, pese a su demostrada capacidad de combate. Yolanda Díaz parece egipcia de tanto ponerse de perfil. La izquierda se aproxima a las elecciones locales acumulando desgastes. Pero mayo no es diciembre. Y no estamos en 2011, año en que José Luis Rodríguez Zapatero se vino abajo como consecuencia de una crisis económica devastadora.

LA IMPORTANCIA DE BARCELONA

14 de mayo, 2023

El jueves por la noche, la noticia de serios disturbios en Barcelona podía haberse convertido en el pórtico de una campaña electoral muy agitada, una campaña en la que hay mucho en juego, muchísimo. Contenedores en llamas, cristales rotos, directos de televisión con los nervios a flor de piel, imágenes de violencia descontrolada, mientras en el resto de España empezaba la pegada de carteles con más o menos gracia sobre un fondo de calma social. Podía haber ocurrido.

De nuevo, Barcelona contrapunto violento en una España aparentemente tranquila. Podía haber ocurrido. Ya sucedió en la última campaña de carácter general —la campaña de las elecciones legislativas de noviembre de 2019— y los contenedores en llamas de Barcelona influyeron de manera significativa en el resultado.

Podía haber ocurrido y los Mossos d'Esquadra lo impidieron. El consejero de Interior de la Generalitat de Catalunya, Joan Ignasi Elena, leyó correctamente la situación que podía generarse en el barrio de la Bonanova si los matones de Desokupa llegaban a las manos con los ocupantes ilegales de dos edificios propiedad de la Sareb, el banco malo creado durante la última crisis económica para hacerse cargo de los activos problemáticos de las cajas de ahorro.

Solo faltaba que saltase la chispa. El tranquilo barrio de la Bonanova podía ser el escenario de una batalla campal en una Barcelona políticamente incierta, en la que los resultados electorales aún no están del todo decantados como pone de manifiesto la encuesta de Ipsos que hoy publica nuestro periódico.

Ese zafarrancho televisado no habría quedado circunscrito al ámbito local, sin embargo. Se habría convertido en signo del cuadro político general. En pocas palabras, asistimos la noche del jueves a un intento de reventar la campaña electoral en el minuto uno. Las imágenes de los contenedores ardiendo en Barcelona habrían perforado los telediarios, trastocando toda la escaleta informativa del día en que el presidente del Gobierno, Pedro Sánchez, iba a ser recibido por el presidente de Estados Unidos en Washington. Sánchez en las nubes de la alta política; Barcelona, en el infierno del conflicto social sin salida. Ese podía ser el guion. El combate político es hoy una lucha de guiones.

Un gran despliegue de los Mossos d'Esquadra evitó que un conflicto en un barrio de Barcelona, de objetivo interés para los partidos que pugnan por la alcaldía, fuese privatizado por una empresa. Una cosa es el legítimo debate político y otra la intervención directa de los matones en la fábrica de la política. El jueves por la noche, el poder público evitó en Barcelona la privatización de un conflicto que debe ser resuelto mediante la deliberación en las instancias representativas y la aplicación de la ley. Una empresa privada quiso convertirse en actor político de primera plana, generando una situación de máxima tensión en Barcelona pocas horas del inicio de una campaña electoral de alto voltaje. En algunas calles de la Bonanova se oyeron graves insultos contra la alcaldesa de Barcelona, mientras se coreaban consignas hitlerianas.

Barcelona es laboratorio. Barcelona siempre adelanta acontecimientos en momentos de crisis social. La historia del siglo XX nos lo explica de manera obsesiva y reiterada. La historia enseña y debiera tener alumnos.

La campaña electoral en Barcelona es muy interesante: se discute de manera muy abierta sobre el concepto de ciudad para los próximos años. Interesante y muy competida. Ambas cosas van unidas. La colocación de los acentos posiblemente acabe inclinando la balanza. La campaña de Barcelona no es, sin embargo, un asunto exclusivamente local y doméstico. Barcelona es importante. Lo que ocurra en Barcelona siempre será muy relevante en España. Lo que pasa en Barcelona nos habla también de Europa en una fase muy delicada, como veremos dentro de un año, exactamente un año, cuando se celebren las próximas elecciones al Parlamento Europeo.

EL JINETE NEGRO

11 de junio, 2023

Desde que estalló la guerra de Ucrania, la socialdemocracia solo ha ganado unas elecciones legislativas en Dinamarca. Podríamos añadir Malta a la lista, si tenemos en cuenta la confirmación del Partido Laborista en ese pequeño enclave mediterráneo con medio millón de habitantes.

Desde que se inició la guerra de Ucrania, la socialdemocracia ha perdido el poder en Italia (poder compartido con otras fuerzas en un gobierno de unidad nacional presidido por Mario Draghi), Suecia y Finlandia. Y ha seguido perdiendo en Hungría, Francia y Grecia. Es difícil discernir lo que ha pasado en Bulgaria, donde el oligarca en jefe Boiko Borisov, afiliado al Partido Popular Europeo, cae y vuelve a levantarse. Un movimiento de protesta agraria está poniendo contra las cuerdas al liberal Mark Rutte en los Países Bajos. La mayoría absoluta se le ha atragantado al socialista António Costa en Portugal.

Si mañana se celebrasen elecciones presidenciales en Francia, no estaría nada clara la victoria de un liberal como Emmanuel Macron. El actual presidente de la República no puede optar a un tercer mandato y no se sabe quién tomará la bandera del europeísmo en Francia. Un año y medio después del inicio de la guerra, Alemania se halla en recesión técnica, con problemas de productividad por el mayor coste de la energía y con muchas empresas sopesando la posibilidad de abrir fábrica en Estados Unidos, donde el gas es más barato y el presidente Joe Biden ofrece jugosos incentivos.

Diez meses después del sabotaje a los gasoductos Nord Stream —las sospechas apuntan ahora al ejército ucraniano—, la extrema derecha alemana ya ocupa el segundo puesto en las encuestas, por detrás de la CDU. La actual alianza de socialdemócratas, verdes y liberales podría perder la mayoría en el país más fuerte de Europa si mañana se abriesen las urnas.

Diez meses después de haber ganado las elecciones legislativas en Italia, Giorgia Meloni saluda la fiesta anual de la Marina Militar con un texto sin ninguna mención a la OTAN ni a la Unión Europea, que comienza así: «Desarrolláis una función crucial para la Nación desde las Baleares hasta los estrechos turcos». Quizás un almirante nostálgico de los años treinta redactó esa nota. En realidad, Italia ya ha tomado la isla de Formentera. Lo podríamos dejar aquí, con un apunte de humor. Pero dentro de unos meses podría haber en España un ministro de Defensa que respondiese de la siguiente manera: «La Armada española cumple una función crucial para la Nación desde el Atlántico hasta las costas de Cerdeña y Sicilia».

Esto es lo que viene.

Es conveniente dibujar el marco general para saber dónde estamos. Son pocos los gobiernos europeos que en estos tiempos logran obtener la reválida. A la resaca de la pandemia, se le ha unido la inflación y la constante radiación hostil que desprende una guerra cada día presente en los teléfonos móviles. Se escriben buenas crónicas sobre la guerra de Ucrania y es fácil acceder a interesantes análisis geopolíticos, pero la guerra llega al gran público a través de sucios fragmentos virales. Esa suciedad impregna la época. El miedo impregna la época.

Madrid, 7 de junio, medianoche en la Ciudad Universitaria después del primer concierto de Bob Dylan en el jardín Botánico de la Complutense. Cuando subes al autobús nocturno aún resuenan los acordes de Black Rider. Vas divagando sobre la eternidad de Dylan hasta que la mirada tropieza con una pequeña pantalla digital, al lado de la cabina del conductor, en la que aparecen unos breves anuncios: «Protégete de los okupas, convierte tu vivienda en una caja fuerte». Vuelves a la realidad de golpe.

Dylan tiene ochenta y dos años y ha conseguido la proeza de interesar al mundo durante décadas. Hombre huraño, su fuerza creativa reside en una tensión con el paso del tiempo que siempre se resuelve a su favor. Dylan es picassiano. Entre los mortales, el tiempo transcurre de otra manera. Angustiados por la soledad, sumergidos en un mundo que ya no comprenden, muchos ancianos salen a comprar el pan con el miedo de que les ocupen la casa mientras están fuera. Durante años se han invertido millones de euros en publicidad para generar ese miedo atroz. Y ese miedo condensa hoy todos los demás miedos al concluir una legislatura que hará historia. La intensidad del miedo entre los más frágiles. Ese es el segundo marco general.

El tercero lo podríamos resumir con la siguiente pregunta: ¿cuánto tiempo se puede gobernar en España teniendo en contra el sistema Madrid? Podemos definir como sistema Madrid el conjunto de fuerzas e intereses que confluyen en la capital de España emitiendo para el resto del país con los más potentes altavoces.

Después de cinco años de agitado ostracismo como consecuencia de la moción de censura de finales de mayo de 2018, el PP ha conseguido rehacerse, reunificar fuerzas y encabezar un bloque social muy movilizado y disciplinado. Rodrigo Rato ha salido de la cárcel y ya vuelve a impartir lecciones. El sistema Madrid ha resistido y ahora parte hacia la reconquista de toda España, menos el País Vasco y Catalunya.

El 28 de mayo ha sido determinante. La debilidad crónica del PSOE en Madrid y su progresiva anemia en Andalucía. La temeraria decisión de Yolanda Díaz y del grupo dirigente de Podemos de resolver sus diferencias mediante la prueba de fuego del 28-M. Quien saliese quemado perdería el pulso. Podemos se ha hundido y la izquierda en su conjunto ha perdido seis

autonomías. Un vuelco con el que no se contaba. El hematoma sale ahora y un sacrificio ritual cierra la legislatura: Irene Montero arde como si fuese una bruja de Salem.

Hay un bloque dominante muy movilizado y disciplinado. Hay un Gobierno con un excelente expediente en Europa que no sale en la pantalla del autobús nocturno.

(Canta Dylan: « Black Rider, Black Rider, el camino es demasiado estrecho...»).

ESPAÑA FRENA LA ONDA MELONI

24 de julio, 2023

Sorpresa en las Gaunas. Sorpresa en Madrid DF. Sorpresa en toda España. Sorpresa en Europa. Pedro Sánchez logra resistir la bofetada del 28 de mayo y la mayoría de la sociedad española, con la decisiva contribución de los votantes catalanes, dice no a la onda expansiva de la extrema derecha, cada vez más potente en la Unión Europea desde el inicio de la guerra de Ucrania.

España frena la onda Meloni, la onda Orban, la onda Morawiecki, la aleación de la derecha con la extrema derecha, pero no acaba de fabricar una fórmula de gobernabilidad estable. Alberto Núñez Feijóo gana sin números para gobernar. Nada puede hacer con Vox. Solo puede ofrecer una fórmula de concertación nacional al PSOE.

Sánchez resiste, pero puede ver bloqueada su investidura por el hombre de Waterloo, Carles Puigdemont. Todos los actores e ingredientes de la efervescente política española se han recombinado de una manera muy sorprendente a finales de julio. Se abre la posibilidad de una repetición electoral.

Con el 100% del voto escrutado, el PP gana las elecciones con el 32,9% de los votos emitidos y 136 diputados, cifra muy alejada del pronóstico de la mayoría de las encuestas publicadas en España durante la primera quincena de julio, a razón de seis sondeos al día, cifra jamás vista en ningún otro país europeo.

El PSOE, el viejo partido que durante tantos años ha actuado de enlace entre el aparato del Estado y las clases populares españolas, ha conseguido hacer frente al consenso demoscópico que le presentaba desarbolado tras el fracaso del 28 de mayo.

El Partido Socialista ha rozado el 32% de los votos, obteniendo 122 diputados, dos más que en las últimas elecciones generales (noviembre de 2019). Ese 32% solo fue pronosticado por el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS). El veterano sociólogo José Félix Tezanos, siempre en el centro de la polémica, no iba desencaminado. Ayer por la mañana, en conversación con este periódico, Tezanos seguía convencido de que el PSOE alcanzaría el 32%, con posibilidad de ganar. Así ha estado a punto de ocurrir. El PP ha logrado finalmente sacarle un punto de ventaja. Un solo punto y 14 diputados más.

Esa ecuación entre populares y socialistas bascula especialmente sobre el voto de Catalunya, donde el PSC ha logrado un resultado espectacular, con trece escaños de ventaja sobre el PP, arrollando a Esquerra Republicana y a Junts per Catalunya, formaciones independentistas que se sitúan por primera vez, cada una de ellas, por debajo del medio millón de votos. Los resultados de PSC y Sumar en Catalunya —entre ambos obtienen 26 diputados de un total de 48—, recuerdan el triunfo de la izquierda catalana en las primeras elecciones democráticas del 15 de junio de 1977.

Sumar ha funcionado. Políticamente ha funcionado. Obtiene 31 diputados, cuatro menos que Unidas Podemos en la anterior legislatura, siete menos si consideramos los tres diputados obtenidos en 2019 por Más País y Compromís, organizaciones que hoy forman parte de la plataforma que lidera Yolanda Díaz. Por encima de 30 diputados, Sumar puede entrar en fase de consolidación. No es un fracaso su 23 de julio. Fue un fracaso contribuir a la desarticulación del espacio político de UP en vísperas de las importantes elecciones municipales y autonómicas del 28 de mayo.

El voto mayoritario de la sociedad catalana, concentrado esta vez sobre las dos formaciones de izquierda, ha contribuido de manera decisiva a frenar la aleación de la derecha con la extrema derecha, pero el voto a la baja de una parte del independentismo catalán puede bloquear ahora a Sánchez. Catalunya, solución y problema. He ahí una constante histórica.

Podríamos decir que Carles Puigdemont pasa a tener la llave de la situación política española —el hombre de Waterloo llevaba tiempo esperando este momento—, pero el mandato electoral de la sociedad catalana es por otra parte inequívoco. No cabe descartar una repetición de las elecciones si Puigdemont opta por bloquear la investidura de Sánchez, sumándose a Vox y PP. Vienen días políticamente complejos, especialmente para el PP y Alberto Núñez Feijóo, que se han situado claramente por debajo de las expectativas creadas. Feijóo reclamó anoche su derecho a formar gobierno, en tanto que vencedor de las elecciones en número de escaños y por un estrecho margen de votos.

En la medida en que el apoyo de Vox es incompatible con el concurso del PNV —que ayer perdió la primacía sobre Bildu—, ese gobierno en minoría solo podría sobrevivir con el auxilio constante del Partido Socialista. No faltarán propuestas en las próximas horas y días para que se negocie una fórmula de concertación nacional entre los dos grandes partidos. Vienen días muy interesantes. Ayer en el balcón de Génova todos vestían de blanco, menos la dama de rojo: Isabel Díaz Ayuso.

Fracaso de las encuestas privadas. Fracaso de la presión mediática. Victoria insuficiente del PP. Retroceso de Vox. Voto catalán decisivo en favor de la izquierda. Llave para Puigdemont. Hoy se repartirán desfibriladores en el Madrid DF.

DESORIENTACIÓN EN MADRID DF

25 de julio, 2023

Madrid DF estaba ayer por la mañana irritado y desorientado, como si le hubiesen quitado algo que ya era suyo.

(Vamos a emplear la expresión Madrid DF para nombrar el sistema de poder, económico, financiero, mediático y demoscópico que se articula en la capital de España bajo la atenta mirada de la Comunidad de Madrid. No hay que confundir Madrid DF con los ciudadanos de Madrid, un cuerpo social muy diverso, en el que las opciones de derecha son hoy predominantes, aunque no de manera absoluta. Esta vez, la distancia entre PP y PSOE ha sido de 450.000 votos a favor de los populares, gracias a la desaparición de Ciudadanos. En las anteriores generales, noviembre de 2019, ganó el PSOE por 70.000. Sumar ha adelantado a Vox por unos cincuenta mil votos).

La primera evaluación de unas elecciones se efectúa en función de las expectativas creadas. Y en esta ocasión las expectativas eran extraordinariamente favorables al PP. Si existiesen instrumentos para poder cuantificar una relación de fuerzas política, no sería exagerado afirmar que en Madrid esa relación es hoy favorable a la derecha en términos de 7 a 3. Quizás 7 a 2. No era así en los tiempos iniciales de Felipe González en la presidencia del gobierno. Vamos a explicarlo de otra manera: la consolidación de la democracia se llevó a cabo en este país con una correlación de fuerzas más equilibrada que la actual. Gracias a ello existe la actual Constitución, que no gusta a muchos de los autodenominados constitucionalistas.

Muy numerosos han sido los recursos movilizados para lograr una mayoría electoral del PP y Vox, mayoría que habría servido para capturar al PSOE y convertirlo en fuerza meramente auxiliar, liberando algo más de espacio para una izquierda testimonial, crónicamente fragmentada por sus irremediables discusiones sobre el signo de la época y la jerarquía entre iguales. Al PSOE ya le estaban cantando el responso el pasado sábado.

Esa nueva mayoría también estaba pensada como palanca internacional para una amplia aproximación de la extrema derecha de fidelidad atlantista al Partido Popular Europeo con vistas a las elecciones europeas de junio de 2024 y a la posterior configuración de la nueva Comisión Europea. Estamos hablando de la modificación de ejes muy importantes.

La primera ministra italiana Giorgia Meloni volcó su atención en la campaña española, muy interesada en la aproximación al PPE. Alberto Núñez Feijóo tuvo el galante gesto de apoyar las aspiraciones de Meloni en una entrevista publicada el pasado viernes por el Corriere della Sera, principal diario de Italia. El partido gobernante en Polonia, Ley y Justicia, también estaba siguiendo con mucha atención la campaña, manifestando su apoyo a Vox. Podemos afirmar que una vez conocidos los resultados, ayer hubo ligeras sonrisas de satisfacción en París y Berlín.

Las grandes expectativas fueron alimentadas por una desaforada publicación de encuestas extremadamente favorables al PP, que saturaron el relato electoral. Seis encuestas diarias se publicaron en España entre el 1 y el 17 de julio. Récord absoluto. El batacazo se ha oído hasta en el otro lado del Atlántico. En América Latina también se está siguiendo con mucho interés el desenlace de la batalla española.

El derrumbe de las expectativas generadas por Madrid DF resalta la capacidad de resistencia de Pedro Sánchez y va a complicar la continuidad de Núñez Feijóo, una vez compruebe que no tiene números para la investidura, puesto que Vox y el PNV —que acaba de ser superado por Bildu— es muy difícil que puedan converger. (El PNV ya ha hecho saber que no piensa iniciar conversaciones con el líder del PP de cara a una posible investidura. Sabin Etxea, procupada por el ascenso de Bildu, no está para operaciones teatrales). Ayer, Feijóo ya era despellejado en algunas tertulias radiofónicas del Madrid DF.

Los números dicen que el bloque PP-Vox ha crecido: 11,2 millones de votos frente a los 10,3 millones de 2019. El bloque ha sido frenado en Catalunya, País Vasco, Navarra, la costa gallega, parte de la provincia de Valencia, la Extremadura irritada por el número de María Guardiola, la Andalucía interior, la cuenca minera asturiana y por el voto de miles de familias trabajadoras de todo el país. Gente de a pie.

La desorientación del Madrid DF durará poco.

MATAR A VOX ES LA NUEVA CONSIGNA

10 de agosto, 2023

Está comenzando una gran operación de acoso a Vox, el partido que tenía que ensanchar el campo electoral de la derecha española movilizando a los otros indignados. A los patriotas durmientes que llevaban años esperando una voz que los despertase.

Vox ha dado verbo a mucha gente. Abstencionistas crónicos, conservadores desganados, rentistas enfurecidos, falangistas de tercera generación, cuñados sin causa, oyentes de Federico con ganas de pasar a la acción, miles y miles de orgullos masculinos heridos por el empuje feminista (y por una retórica feminista que tiende a la saturación), madres indignadas por el calvario de su hijo divorciado, tribunos de gimnasio, cazadores alarmados por la carta de derechos otorgada a los conejos, policías, guardias civiles y militares absolutamente convencidos de que la unidad de España está verdaderamente en peligro, propietarios agrarios a los que se les ha atragantado la subida del salario mínimo, pequeños empresarios y comerciantes atragantados por el mismo motivo, obreros que han desconectado de la izquierda multicultural, gente del barrio que hace años dejó de creer en las asociaciones de vecinos, jubilados aterrorizados por la publicidad a chorro de las alarmas y admiradores del escuadrismo de Desokupa. Más gente despertó: ciudadanos ilustrados, dandis de un fascismo elegante, con ganas de zarandear el tablero sin que el orden fundamental se ponga en riesgo. Pensionistas con sobredosis de Facebook. Espectadoras y espectadores de los programas matinales de la televisión privada. Jovencitos encandilados por la agilidad voxera en TikTok. Los jóvenes católicos que se pusieron a cantar el Cara al sol en Lisboa mientras el papa Francisco predicaba la fraternidad universal en la reciente Jornada Mundial de la Juventud. Gente que quisiera vivir en un mundo más seguro, pautado y previsible. Un montón de gente. Mucha gente. Tres millones de electores en las recientes elecciones generales. El 12,3% de los votantes. El 8,6% del censo electoral.

Con la deserción de Iván Espinosa de los Monteros ha comenzado el eclipse de Vox, dicen algunos diarios de Madrid, convencidos de que el partido de la extrema derecha se ha convertido en un estorbo que conviene eliminar lo

antes posible para favorecer la concentración de voto en el PP. Ahora estorban —piensan en algunos despachos—, porque el pasado 23 de julio quedó demostrado que Vox moviliza, en dirección contraria, a demasiados jóvenes, a demasiadas mujeres, a demasiados catalanes y a demasiados votantes desganados de la izquierda.

«Es hora de morir», le están diciendo al replicante Santiago Abascal algunos guionistas del Madrid DF, todavía consternados por el resultado del 23-J. La dimisión del portavoz parlamentario, hasta hace dos días uno de los hombres fuertes del partido, sería una señal desde lo alto, puesto que el hijo de Carlos Espinosa de los Monteros y Bernaldo de Quirós, antiguo comisionado de la Marca España, era el oficial de enlace de Vox con la gran empresa.

Habrá que preguntar a Manfred Weber, presidente del Partido Popular Europeo, que contaba con Vox para una operación de largo alcance en la política europea, junto con el partido posfascista de la señora Giorgia Meloni. Habrá que ver qué ocurre en las elecciones legislativas en Polonia convocadas para el próximo 15 de octubre. Y habrá que esperar a las decisivas elecciones europeas de junio de 2024 que serán el gran rompeolas de todo lo que se está moviendo ahora.

EL ESCAÑO DE SATANÁS

24 de agosto, 2023

«Junts es un grupo parlamentario que, al igual que ERC, más allá de las acciones que cuatro personas, cinco, diez, llevaran a cabo, representa a un partido cuya tradición y legalidad no están en duda», dijo ayer Esteban González Pons en declaraciones a Onda Cero.

Las palabras del vicesecretario general del PP invitan a la sonrisa después de todo lo que ha dicho y hecho la derecha española en los últimos veinte años. Cómodamente instalado en Bruselas antes de ser llamado a Madrid

para sumarse al nuevo grupo dirigente del PP, novelista en sus horas libres, el valenciano González Pons es un político de gran plasticidad. Muy simpático en la distancia corta, peligroso en el ataque. Un hombre de nuestra época.

Las creativas declaraciones de González Pons, matizadas un poco por el andaluz Elías Bendodo, invitan a la sonrisa, pero nos dicen una verdad. El PP podría entrar a fondo en una negociación con Junts per Catalunya, si pudiese dejar al margen a Carles Puigdemont, el hombre sobre el que más se ha escrito en tono de burla y escarnio en España durante una década. El hombre en el que algunos creen ver al diablo.

Si la derecha española pudiese dejar a un lado «las acciones de cuatro, cinco, diez personas», en estos momentos se abriría una negociación de largo recorrido con el PNV y Junts para pactar su abstención en el debate de investidura de Alberto Núñez Feijóo. Puigdemont, con mucho tiempo para pensar, intuyó lo que venía, y a principios de junio adoptó las medidas necesarias para asegurarse el control del grupo parlamentario de Junts en el Congreso. Nadie de su partido-movimiento osó desafiar sus instrucciones. Si el PSOE o el PP desean negociar de verdad con Junts, han de pasar por Puigdemont.

Al PNV se le ofertaría un nuevo cupo, la aceleración de las costosas obras de conexión del AVE con el País Vasco y apoyo parlamentario en Vitoria si el PP cuenta con suficientes escaños para ello después de las próximas elecciones vascas, en abril o mayo del año que viene.

A Junts se les ofrecería perdón, sin la palabra amnistía, y mejoras del autogobierno catalán, medidas que se irían aplicando gradualmente sin una tremenda escandalera en la prensa de Madrid. Lo que hoy es calificado de «traición», entonces recibiría el título de «inteligente generosidad». Algo parecido ya ocurrió entre 1993 y 1996, cuando se pasó del «Pujol, enano, habla en castellano» al «yo hablo catalán en la intimidad», de José María Aznar.

En abril de 1996, en el célebre pacto del Majestic con CiU, Aznar se comprometió a eliminar los gobiernos civiles en toda España y a sacar a la Guardia Civil de las carreteras catalanas, y nadie dijo ni pío en Madrid DF.

Aznar se hallaba en un momento político muy dulce en aquel momento y no tenía ningún partido a su derecha, puesto que el alma de Vox aún se hallaba encapsulada dentro del PP. (El primer Vox lo fundó en 2014 Aleix Vidal-Quadras, damnificado por el pacto del Majestic). Núñez Feijóo está hoy a prueba, y a su derecha tiene a 33 diputados ultras, apoyados por el Gobierno italiano y una buena red digital.

El PNV tiene elecciones en Euskadi en primavera, y Junts puede tenerlas en Catalunya dentro de un tiempo. Con esto está dicho todo. Sin embargo, el teatral movimiento de apertura del PP tiene sentido. La investidura de Feijóo es casi imposible, pero van a disponer de treinta y cinco días para intentar suavizar su imagen en Catalunya y el País Vasco, sin perder apoyos en el resto de España, pensando en una posible repetición electoral. El PP está invirtiendo de cara al futuro. Lo que hoy no parece posible quizá lo sea dentro de un par de años.

(La última novela de González Pons se titula El escaño de Satanás y recuerda que el hemiciclo del Congreso de los Diputados fue construido sobre un antiguo cementerio).

NICOLÁS SARTORIUS, EN SOLITARIO

1 de octubre, 2023

Nicolás Sartorius y Álvarez de las Asturias Bohorques (San Sebastián, 1938) es la única voz del Antiguo Testamento que hasta el momento ha hablado en España en favor de la amnistía al independentismo catalán. Una de las pocas voces que ha optado por el didactismo sobre una cuestión que polariza a la opinión pública española, mientras el Partido Socialista calla para no pillarse los dedos en caso de que no haya más remedio que repetir las elecciones generales.

Sartorius ha comparecido en programas de radio y televisión para dar su opinión sobre un tema sobre el que puede hablar con cierta autoridad moral,

puesto que estuvo en la cárcel durante seis años bajo el franquismo y se sentó en el banquillo de los acusados del Proceso 1001, el juicio más importante en la fase final de la dictadura. Fue indultado por el rey Juan Carlos en noviembre de 1975, días después de la muerte del general Franco, como primera señal de apaciguamiento. Después fue amnistiado.

En otoño de 1973, hace ahora cincuenta años, el abogado Sartorius se hallaba preso en la cárcel de Carabanchel junto con Marcelino Camacho y los demás miembros de la dirección clandestina de Comisiones Obreras, a la espera de comparecer ante el Tribunal de Orden Público. El juicio estaba fijado para el 20 de diciembre y aquel día ETA hizo volar por los aires al almirante Luis Carrero Blanco, vicepresidente del gobierno.

Tres líneas se entrecruzaron aquel 20 de diciembre de 1973: el empeño de la dictadura para mantenerse en pie, el gradualismo del PCE y Comisiones Obreras, principales vectores de la oposición, y la decisión de ETA de colocarse en primera línea asesinando al número dos del régimen, mediante una acción que exigía gran audacia y que generó algunas suposiciones conspirativas —jamás confirmadas— dada la proximidad de la embajada de Estados Unidos del lugar del atentado. Las condenas del sumario 1001 fueron muy duras. A Sartorius le cayeron diecinueve años de prisión, posteriormente rebajados por el Tribunal Supremo.

Medio siglo después, Sartorius dice lo siguiente sobre la posible amnistía por los hechos del procés: «Es evidente que ha mejorado enormemente la situación en Catalunya por las medidas de indulto, que son medidas de gracia. Por tanto, ¿tiene sentido que ahora, que hay decenas de procesos en marcha de responsables menores, ponerse a juzgar, meter en la cárcel y multar a miles de personas? Eso es un disparate. Es meter fuego en la situación de Catalunya».

Confrontándose con Felipe González y Alfonso Guerra, hombres de su generación, sostiene Sartorius que una amnistía al procés ni invalida la Transición ni valida al independentismo que pretenda incumplir las leyes, de la misma manera que la amnistía de 1977 a los delitos cometidos en las comisarías de policía no suponía legalizar la tortura en España. Tampoco la amnistía por actos de terrorismo fue interpretada mayoritariamente como un acto de cobardía del Estado, aunque dieciocho diputados de Alianza

Popular, casa matriz del actual PP, se abstuvieron en la votación y otros dos se pronunciaron en contra. Es obligado añadir que Sartorius, fundador de Izquierda Unida y actualmente presidente de la Fundación Alternativas, fue muy crítico con el independentismo en 2017 y jamás ha mostrado gran entusiasmo por el fenómeno Podemos.

González y Guerra no le han contestado. Le respetan. Cuando ellos se iniciaban en política, el hijo del cuarto conde de San Luis ya estaba en la cárcel. Nicolás Sartorius había militado de muy joven en las Juventudes Monárquicas y acabó en el partido que encabezaba la oposición a Franco. Los viejos testamentos del PSOE y del PCE están escritos con distinta caligrafía.

La única voz, hasta el momento. ¿Por qué? El PSOE del Nuevo Testamento espera a tener la certeza de que el acuerdo es posible. «La errática actitud negociadora de algunos independentistas dificulta salir a la arena. La narrativa está preparada y será sólida, pero se necesita una mínima certidumbre. Quizá lo que ha ocurrido esta semana en el Parlament ayude a definir el perímetro del acuerdo», señalan fuentes socialistas. Cabe la posibilidad de que en los próximos días José Luis Rodríguez Zapatero vuelva a la escena, acompañado de otros dirigentes socialistas. La página no podrá seguir en blanco durante muchos días más. Sobre ese folio en blanco, Alberto Núñez Feijóo escribió su discurso en el Congreso.

La situación es inédita. La investidura de Pedro Sánchez depende de cuatro partidos de perfil nacionalista o soberanista, dos en el País Vasco y dos en Catalunya, que a su vez compiten entre sí. En caso de ser reelegido presidente, Sánchez se convierte en árbitro de la fría pugna entre el PNV y Bildu y de la insomne competición entre ERC y Junts. Él depende de ellos y ellos dependen de él. Los vascos salen de una tragedia, los catalanes de un festival mediterráneo.

ESPAÑA E ISRAEL

12 de octubre, 2023

España fue uno de los últimos países de Europa en establecer relaciones diplomáticas con el estado de Israel. Para la España del tardofranquismo fue mucho más fácil intercambiar embajadores con la China de Mao (1973). Y la España transitiva de Adolfo Suárez dio prioridad a la normalización de relaciones con la Unión Soviética (1977). Israel tuvo que esperar nueve años. Digámoslo todo: Israel tampoco tenía mucha prisa.

El pueblo de Israel tiene buena memoria. El régimen de Franco había sido cómplice de los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. La lucha contra una supuesta conspiración judeomasónica a escala internacional fue una de las más vistosas consignas de la dictadura. El Gobierno español ni siquiera recibió comunicación oficial de la creación del estado de Israel en 1948. En 1950, Israel se opuso enérgicamente a la admisión de España en las Naciones Unidas. Veinte años después, los ministros aperturistas de Franco empezaron coquetear con la causa palestina, como queda patente en los discursos que Gregorio López Bravo y Laureano López Rodó pronunciaron ante la asamblea general de las Naciones Unidas entre 1971 y 1973.

Los azules más dinámicos de la Transición tampoco simpatizaban con Israel. En septiembre de 1979, Adolfo Suárez recibió en el palacio de la Moncloa a Yassir Arafat, presidente de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), que había abierto oficina en Madrid dos años antes. En aquella reunión, Arafat se congratuló de que España aún no mantuviese relaciones con Israel. Las imágenes de aquel cordial encuentro tuvieron impacto. Suárez acababa de ganar las segundas elecciones democráticas y parecía dispuesto a disputarle espacios de centroizquierda a Felipe González. En Tel Aviv tomaron nota. En aquella época, el pañuelo palestino formaba parte del vestuario de miles y miles de jóvenes españoles.

Leopoldo Calvo-Sotelo intentó una aproximación en 1981 para facilitar las negociaciones para el ingreso de España en la Comunidad Económica Europea, pero el establecimiento de relaciones diplomáticas tuvo que esperar a que el pragmático Felipe González se asentase en el poder. El 17 de enero de 1986, los gobiernos de España e Israel efectuaron un canje de notas en La Haya para intercambiar embajadores.

El primer Aznar no fue muy proisraelí. En la segunda mitad de los años noventa, el Gobierno de España daba apoyo a un movimiento del cardenal Antonio María Rouco Varela, arzobispo de Madrid, en busca de la beatificación de la reina Isabel de Castilla. Elevar a Isabel la Católica a los altares para santificar la unidad de España. Cuando el postulado ya estaba en marcha, el Vaticano lo frenó en seco. La Vanguardia informó de ello en exclusiva el 18 de marzo de 1998. La Santa Sede estaba elaborando un importante documento de autocrítica sobre las responsabilidades históricas del catolicismo en el antijudaísmo y juzgaba muy inconveniente beatificar a la reina que expulsó a cien mil judíos de España en 1492, mientras Roma se preparaba para pedir el perdón de Israel.

El documento sobre la Shoa fue publicado en 1999. Su argumento central es el siguiente: el antijudaísmo cristiano, que tantas veces presentó al pueblo judío como artífice de la muerte del hijo de Dios, alimentó el sustrato cultural sobre el que los nazis, corriente pagana, realizaron su terrible plan de aniquilación. Juan Pablo II pidió perdón en Jerusalén en marzo del año 2000. Ese documento apenas fue motivo de discusión intelectual en España. La Iglesia católica española, encabezada por Rouco Varela, ni se inmutó.

Aznar descubrió Israel después de los atentados del 11-S. Su férreo alineamiento con Estados Unidos en la estrategia que conduciría a la catastrófica invasión de Irak pasaba por Israel. Aznar se enamoró del Israel de Ariel Sharon. El Israel de los duros del Likud. El Israel que, después del asesinato de Isaac Rabin, ve en el pacto una debilidad. A partir de aquel momento, la derecha española, acunada en el mito de la conspiración judeo-masónica, se hizo proisraelí. Con el nuevo siglo, todos los flojos serían susceptibles de ser acusados de complicidad con el terrorismo. Así en Madrid como en Tel Aviv.

Pese a esa buena sintonía, el Israel de Benjamin Netanyahu, duro y populista, se interesó unos años más tarde por el independentismo catalán. De la mano de Jordi Pujol, admirador del pueblo judío desde su juventud, los nacionalistas catalanes llevaban mucho tiempo sembrando a orillas del lago Tiberíades. Después de los hechos de octubre de 2017, el gobierno de Israel fue el que más tardó en respaldar públicamente la unidad de España. Pasaron cinco semanas.

(Sirvan estas notas para contextualizar mejor la polarización política y emocional de estos días sobre Israel y Gaza).

SIEMPRE ES 26 DE OCTUBRE

3 de noviembre, 2023

La historia, la pequeña y la grande, dibuja círculos y escribe paradojas. En ocasiones escribe guiones para el Festival de Cine de Sitges, donde cada año se proyectan películas de fantasía, terror y ciencia ficción. En una de esas películas cada día es 26 de octubre. Se pone el sol, llega la noche, amanece, y sigue siendo el 26 de octubre de 2017. Las hojas del calendario no se mueven. Los relojes no cambian sus dígitos. Siempre es 26 de octubre. Así durante seis años.

Por las noches de ese 26 de octubre perpetuo, 155 monedas de plata rebotan por la escalinata gótica del Palau de la Generalitat. Cuando las campanas de la catedral dan las doce — Eulàlia marca las horas y Honorata los cuartos —, las monedas que Gabriel Rufián arrojó a la cara de Carles Puigdemont para tratarle de traidor, caen por los viejos escalones del Palau, cling, cling, cling, y el día 26 de octubre vuelve a empezar.

Sigue la película. Al mediodía, los funcionarios del Palau colocan un atril en la galería gótica, para que Puigdemont anuncie si convoca elecciones catalanas o proclama la independencia. Pasan las horas y no comparece. Pasan las horas y se lo sigue pensando, ofendido por las 155 monedas de plata. Por la tarde retiran el atril, hasta el día siguiente. Franz Kafka.

Los negociadores del PSOE es posible que no hayan leído a Kafka. Mal hecho. En 1915, el escritor judío nacido en Praga publicó un breve cuento titulado Ante la ley. Un hombre de campo acude al palacio en busca de justicia. Se dirige a una puerta y un guardián le niega la entrada. El hombre pregunta si en algún momento podrá entrar en busca de la ley, y el guardián le responde que es posible, pero que no ahora. El hombre decide esperar.

Pasan los años y la respuesta siempre es la misma: «No ahora». El hombre envejece, enferma y cuando está a punto de morir le pregunta al guardián por qué ninguna otra persona se ha acercado a esa puerta en busca de la ley. El guardián le responde: «Nadie podía pretenderlo porque esa puerta era solo para ti. Ahora voy a cerrarla».

La política catalana lleva seis años jugando con las 155 monedas de plata y con el cuento de Kafka. Rivalidad insomne entre los dos partidos que se llaman independentistas y dificultad para traspasar una puerta que parece abierta desde que el decisivo voto de 17 diputados catalanes cambió el rumbo de la política española en la moción de censura a Mariano Rajoy, a finales de mayo de 2018. Desde entonces, el voto catalán es determinante en el Congreso, pero las 155 monedas de plata resuenan cada noche en la escalinata gótica del Palau de la Generalitat y hay una puerta, teóricamente abierta, que no acaba de ser franqueada porque algo lo impide. Es una puerta que se puede cerrar.

Los negociadores del PSOE creyeron que podían alinear a ERC y Junts en la recta final del pacto, sin ventaja escénica para ninguno de los dos partidos. No ha podido ser porque Carles Puigdemont tiene atragantadas las 155 monedas de plata de ERC, y no le falta razón. Exige una narración distinta. La última palabra ha de ser la suya.

Hay un atril dispuesto para que tome la palabra para anunciar que atraviesa la puerta y se acaba el 26 de octubre perpetuo, o convoca elecciones, en esta ocasión unas nuevas elecciones generales españolas. Mientras tanto, José María Aznar llama a la rebelión general del aparato del Estado para cerrar esa puerta. Para siempre.

TODOS DENTRO

9 de noviembre, 2023

El pacto entre el Partido Socialista Obrero Español y Junts per Catalunya abre la puerta a la investidura de Pedro Sánchez como presidente del Gobierno y a una legislatura suficientemente estable, si nos ceñimos al texto del acuerdo y a las declaraciones efectuadas esta mañana por Santos Cerdán, secretario de organización del PSOE, desde Bruselas.

Hay algo más en ese pacto. El acuerdo abre la puerta a un escenario político que ha escaseado en la historia contemporánea de España: todos dentro. Todos los partidos, fuerzas y corrientes dentro del juego institucional, sin un pie en la clandestinidad, en la ilegalidad, en el exilio, en el extrañamiento o en el boicot. A partir de hoy todas las fuerzas políticas representadas en el Parlamento español son plenamente operativas para participar en la gobernación del país, mediante coaliciones, pactos, alianzas o acuerdos puntuales.

Nadie queda fuera. Puede parecer una obviedad, pero no lo es. A lo largo de la historia de España, si nos remontamos al siglo XIX —podríamos ir más atrás—, son escasos los momentos históricos en los que se ha podido afirmar: ¡todos dentro! Las guerras carlistas fueron un rotundo ejemplo de ello. Fracasó la audacia del general Joan Prim de instaurar una monarquía más liberal. Fracasó la Primera República. La restauración borbónica no absorbió todas las fuerzas en presencia. La dictadura del general Miguel Primo de Rivera, de la que ahora se cumplen cien años, volvió a expulsar gente al exilio y a llenar las cárceles. Los dirigentes obreros que molestaban demasiado al poder eran asesinados mediante la «ley de fugas». Cayó la Monarquía y la Segunda República intentó la integración de un país desgarrado. Estalló la Guerra Civil y vino una dictadura de casi cuarenta años, sostenida por el ejército y por los tirantes de la Guerra Fría. La difícil transición a la democracia fue integradora, pero no todos los partidos estaban legalizados cuando se celebraron las primeras elecciones democráticas. El Partido Comunista, primera fuerza de oposición a la dictadura durante décadas, pudo concurrir a aquellos comicios, no así los partidos que se proclamaban explícitamente republicanos, que fueron legalizados más tarde. Sin la existencia de ETA, en los años ochenta se habría logrado una plena integración. La conexión entre ETA y Herri Batasuna condujo, paulatinamente, a la ilegalización de esa rama política, en medio de intensas discusiones jurídicas. En el momento en el que ETA se

autodisuelve (20 de octubre de 2011), empieza a ganar amplitud el independentismo catalán y el denominado procés culmina seis años después (octubre de 2017) con una fuerza política con un pie dentro y un pie fuera.

El acuerdo de hoy vuelve a situar a todos dentro: desde la extrema derecha, que llama a rodear las sedes del PSOE esta noche, a todos los matices del independentismo catalán, hoy orientados a un mayor pragmatismo. Quienes hace seis años aseguraban haber proclamado la independencia de Catalunya (declaración meramente nominal que no tuvo ninguna consecuencia práctica) hoy se someten a la soberanía del pueblo español representada en el Parlamento para obtener la más completa medida de gracia: la amnistía.

En las próximas horas se pondrá a prueba el sentido de la responsabilidad de todas las fuerzas políticas y sociales.

Todos dentro.

EN ESPAÑA, EL QUE RESISTE, GANA

15 de noviembre, 2023

Después de dos meses de silencio político, obligado por una negociación muy compleja, Pedro Sánchez ha tomado la palabra esta mañana en el Congreso y podríamos decir que se ha quedado a gusto. Hoy ha dicho todo lo que ha callado durante dos meses. Esta mañana se ha visto en la tribuna del Congreso a un hombre seguro de su mismo, en absoluto asustado. Un diario digital castizo y poco amigo de lo que representa el presidente del Gobierno titulaba este mediodía: «Sánchez se viene arriba». Efectivamente, esta podría ser una lectura taurina del discurso del candidato a la presidencia del Gobierno.

Dos meses de presión política sin precedentes, insultos sin mesura en las redes sociales, en las tertulias telefónicas y en las columnas de la prensa capitalina, manifestaciones multitudinarias en algunas ciudades de España,

especialmente en Madrid, Sevilla, Málaga, Zaragoza y Valencia, convocadas por el Partido Popular, sin incidente alguno, y más de una semana de acoso de unos cuantos centenares de fascistas a la sede central del PSOE en la calle Ferraz de Madrid, no han hecho mella en el secretario general del Partido Socialista. El candidato ha expresado su respeto a los manifestantes y les ha recordado que la última palabra la tiene el Parlamento.

No se ha arrugado, no se ha achantado, no ha retrocedido. Esa actitud tiene importancia en el código de lectura de la España tradicional. «Se ha venido arriba», exclaman en el tendido 7 de la plaza de toros de Las Ventas. «En España, el que resiste vence», dijo en una ocasión muy señalada el escritor Camilo José Cela, al recibir el Premio Príncipe de Asturias en 1987. («En España —y os lo digo, Alteza, porque sois joven y español— el que resiste, gana», dijo literalmente el escritor). Medio siglo antes, el doctor Juan Negrín, el más valiente y lúcido de republicanos durante la Guerra Civil, lanzó una consigna que sería recordada durante décadas: «Resistir es vencer». Sánchez presenta hoy algunos rasgos de Negrín, cuya memoria fue rehabilitada por el PSOE en 2008 a iniciativa de José Luis Zapatero.

La voluntad de resistencia no siempre es garantía de victoria (la historia así lo certifica), pero moldea el carácter y transmite un mensaje de fortaleza. Esta mañana, Sánchez ha querido infundir seguridad a los más de doce millones de españoles que el pasado mes de julio acudieron a los colegios electorales con distintas ideas políticas pero con un propósito común: evitar un gobierno condicionado o influido por la extrema derecha. Esos ciudadanos, que son mayoría en el cuerpo electoral, han vivido las últimas semanas con angustia.

El propósito es claro. Sánchez quiere resistir y ganar en España las elecciones europeas de junio, para estabilizar la situación y darle velocidad de crucero a la legislatura. El Partido Popular también quiere ganar esas elecciones, para colocar a Sánchez a dos movimientos del jaque mate: débil en Europa y con una mayoría parlamentaria de difícil cohesión, una mayoría muy compleja en la que Podemos, con cinco diputados, pronto se situará al margen de Sumar.

El escenario europeo será la clave a partir de mañana, cuando Sánchez consiga la investidura, si no hay sorpresas. El nuevo gobierno tendrá un fuerte perfil político. Y se batallará en Bruselas, en los despachos y en los pasillos. No deja de ser significativo que Joaquín Almunia, ex secretario general del PSOE y antiguo vicepresidente de la Comisión Europea, el más prudente de los veteranos dirigentes del partido, haya manifestado hoy su apoyo a la ley de amnistía, afirmando que es muy difícil que Bruselas la rechace. El comisario de Justicia europeo, Didier Reynders, ha matizado hoy que no está «preocupado» por esa ley, que solo ha pedido información. Se va a luchar en cada despacho y en cada pasillo, y el estratega de la batalla del PP en Europa Esteban González Pons, que esta mañana ha tenido momentos muy teatrales durante la intervención de Sánchez. El PP debe alejarse de la estrategia trampista de Vox y solo tiene un camino: intentar llevar la batalla a Europa. Emplazar al PSOE a las elecciones europeas de junio.

Sánchez ha subido hoy a la tribuna para dibujar una disyuntiva, con tonos electorales: progresismo o barbarie. La España de los pactos con las fuerzas periféricas o el espectro de Milei.

Muy posiblemente su discurso no haya gustado mucho a los independentistas, al presentar la amnistía como un triunfo político y moral de la Constitución y de la España abierta.

EPÍLOGO

VEINTE AÑOS Y UN DÍA

La danza entre el pacto y la furia van a determinar los próximos años en España.

Puesto que no poseo una bola de cristal no me atrevo a concluir este libro con un juego de adivinanzas. La prospectiva no es mi especialidad. Solo tengo una certeza: la política exterior va a moldear de una manera decisiva la política española en los próximos tiempos. La dialéctica entre política interior y política exterior será muy intensa. Me refiero al rumbo que pueda tomar la Unión Europea a partir del verano de 2024 y a la deriva de Estados Unidos después de las elecciones presidenciales de noviembre. Es posible un regreso de Donald Trump a la Casa Blanca y también es posible una mayor inclinación conservadora de la política europea después de las elecciones al Europarlamento que se celebrarán durante la primera semana de junio de este año. Cabe la posibilidad de una mayor acentuación conservadora a ambos lados del Atlántico. Esa constelación podría colocar al actual Gobierno español en una posición claramente defensiva. Cabe la posibilidad de que la península Ibérica se acabe convirtiendo en uno de los últimos reductos de la izquierda reformista en Europa. El PSOE y el Partido Socialista de Portugal, junto con el Partido Socialdemócrata Sueco y el Partido Laborista de Malta, son las únicas formaciones socialdemócratas que han logrado superar el 30% de los votos en las últimas elecciones generales celebradas en sus respectivos países.

«El cadáver del autoritarismo todavía está tibio en España y Portugal, y por consiguiente hay cosas que todavía no se pueden hacer en la península Ibérica. De momento, claro». Ese fue el diagnóstico que me transmitió mi amigo portugués Gabriel Magalhães después de conocer los imprevistos resultados de las últimas elecciones generales españolas. En Italia, país que

recuperó las libertades democráticas en 1945, tras el hundimiento político y militar del régimen fascista, el cadáver de Benito Mussolini está mucho más frío y la vieja tradición transformista italiana ha comenzado a borrar las líneas divisoras que durante decenios trazó el antifascismo militante. Gracias al desgaste histórico de la cultura política dominante entre 1945 y 2000, gracias a la antipolítica tenazmente sembrada por Silvio Berlusconi y sus canales de televisión, y gracias a los estragos de la última crisis económica, los nietos de Mussolini que se han refugiado en la mitología del Señor de los Anillos han conseguido hacerse con el gobierno del tercer país más poblado de la Unión Europea. En Italia no gobiernan fascistas con la camisa negra. Gobiernan conservadores que admiran a Donald Trump, que juegan al despiste con J. R. Tolkien y que se niegan a proclamarse antifascistas. Cuando la memoria se enfría y la precariedad se instala en una sociedad que en los años ochenta del siglo pasado tocó con la punta de los dedos una prosperidad espumante, esos giros de guion son posibles. Ya veremos qué pasa en Francia dentro de un par de años.

En España esas piruetas se han empezado a ensayar en algunas comunidades autónomas, pero no pudieron triunfar en las últimas elecciones generales. Lo impidieron el voto de las mujeres, temerosas de una regresión de sus derechos si la extrema derecha llegaba al poder, y los catalanes, mayoritariamente hostiles o refractarios al nacionalismo español. En las próximas elecciones generales, el Partido Popular será especialmente cuidadoso con las mujeres y no se sabe muy bien qué hará con Catalunya.

Puede intentar desbordar el voto reactivo catalán con una movilización nacional española que agrupe a su alrededor a más de la mitad de los votantes de Vox, en la medida que esa formación parece haber entrado en una fase de debilidad orgánica. El principal dirigente de Vox, Santiago Abascal, tiene motivos más que suficientes para temer una investigación sobre el uso de los fondos cobrados del Estado por su formación y no sabe en qué momento se moverá esa espada de Damocles. El PP mejorará sus relaciones con el Partido Nacionalista Vasco y también podría ensanchar sus incipientes vías de comunicación con Junts per Catalunya, para evitar que la derecha independentista catalana vuelva a dar su voto al PSOE en el Congreso de los Diputados en una nueva legislatura, dentro de cuatro años o quizás antes según cual sea la evolución de los acontecimientos.

Probablemente la derecha española, no sabemos con qué liderazgo, intentará realizar los dos movimientos simultáneamente: atacar y buscar alianzas en el campo contrario. La furia y el pacto. Promoverá una ola nacionalista española capaz de desbordar el voto defensivo catalán y a la vez dibujará discretamente líneas de pacto con los herederos de Convergència, que pronto estarán más interesados en el endurecimiento de la política de inmigración que en una nueva y folclórica proclamación de independencia. Seguramente se les prometerá un progresivo y discreto perdón de los asuntos penales que puedan haber quedado fuera de la ley de amnistía y se les ofrecerá complicidad en las políticas económicas y sociales.

El pacto y la furia también saben bailar el vals cuando conviene. Por consiguiente, el resultado de las próximas elecciones al Parlament de Catalunya va a ser muy importante para el desenlace de la actual legislatura española. En Catalunya vuelve a estar la clave de bóveda del momento político español. Así ha ocurrido en varias ocasiones desde que en 1868 el general Joan Prim i Prats mandó al exilio a Isabel II y ofreció el trono a Amadeo de Saboya, previo cásting europeo. No me atrevo a efectuar pronósticos. Poco después de las últimas elecciones generales, le comenté lo siguiente a Pablo Iglesias, con el que sigo manteniendo una relación cordial pese a nuestras diferencias. Le dije: «Los momentos catalanes en la política española suelen ser interesantes. Suelen acabar mal, pero vale la pena vivirlos». La estresada Catalunya, como les decía, es hoy la clave de bóveda. El PSC se halla bien situado para volver a ser el partido más votado en las próximas elecciones al Parlament. La batalla se dirimirá en el terreno de las políticas concretas, puesto que los problemas ignorados durante diez años por el utopismo independentista aparecen ahora todos de golpe. No hemos de descartar la aparición, con cierta energía, de un partido de extrema derecha de habla catalana, que aúne una retórica independentista radical con una mirada agresiva hacia los inmigrantes, en definitiva, la Liga Norte, de la que algunos venimos hablando desde hace tiempo. El espíritu de la Liga Norte estaba implícito en el movimiento independentista bajo la capa de radicalidad democrática, con la intensa emoción que genera todo movimiento social que tenga como lema «empezar de nuevo».

Los líderes independentistas no tenían el propósito de romperlo todo para conseguir la secesión. Creo que los hechos demuestran esta afirmación. Competían de manera insomne entre ellos, se detestaban y creían que la realización del 1 de Octubre podría abrir paso a una negociación con el Estado. En la medida que esa negociación les fue negada, se sintieron obligados a efectuar una proclamación de independencia —la proclamación de independencia más triste de la historia de la humanidad—, y en las horas siguientes no hicieron nada para aplicarla. No quisieron arriesgarse más y no quisieron colocar a sus seguidores en una situación objetiva de peligro. En este punto fueron responsables. Ni arriaron banderas, ni publicaron la declaración de independencia en el boletín oficial de la Generalitat. Una parte de sus seguidores intuían cuál era el juego; otra parte, no. Esa otra parte, quizá la menos politizada antes de iniciarse el procés, ahora se siente profundamente engañada y desilusionada. De esa desilusión saldrán los votos para la Liga Norte catalana, que hablará como Vox en muchos temas. El surgimiento de esta nueva corriente puede volver a trastocar el sistema de partidos catalán. El futuro de Junts es la principal incógnita y de los siete diputados de Junts depende la estabilidad de la actual legislatura española. Será muy interesante observar cómo se combina la aparición de una ultraderecha independentista con los mensajes en morse que Junts y el Partido Popular se seguirán enviando. Las elecciones catalanas determinarán si el PSC podrá seguir ejerciendo de cojinete de la enrevesada situación política española.

La cuestión está en saber qué márgenes reales de maniobra tendrá el Gobierno PSOE-Sumar en los próximos dos años. Podría acabar siendo el único gobierno de izquierdas en toda la Unión Europea. Nada les será fácil. Eso lo sabe todo el país después de las tres primeras votaciones importantes de la nueva legislatura. España está empatada por abajo y puede quedar bloqueada por arriba, mientras Europa se mueve más hacia la derecha y el fenómeno Maga pugna por regresar a la presidencia de Estados Unidos.

Pese a la fragilidad de la mayoría parlamentaria, el Gobierno español puede estabilizar la legislatura si logra aprobar de manera definitiva la ley de amnistía. La economía resiste más de lo esperado en su dimensión macro. Muchos gobiernos europeos celebrarían alborozados un crecimiento del 2,5% del PIB en 2023. No ha habido recesión, ni parece que la vaya a haber

en los próximos tiempos. La coalición de izquierdas cuenta con fondos e ideas para proseguir con una política moderadamente socialdemócrata, a su vez respetuosa de la pluralidad cultural y lingüística del país, una política que en línea de máximos podríamos llamar plurinacional. Esa España es posible, pero tiene una significativa carencia de signos populares. Estamos ante una voluntariosa ideación que algunas mañanas nos remite a las efervescencias de la Primera República, tan interesantes como estigmatizadas. El discurso más convincente de los plurinacionales es el de intentar lograr una convivencia española más trabada por abajo que impuesta por arriba. Servicios públicos, derechos laborales, mayores cuotas de igualación social y una cierta tranquilidad civil, frente al griterío iracundo que la derecha no acaba de canalizar con acierto. El pacto que se sobrepone a la furia. Esta es la idea; una fantasía, quizás. Una fantasía que nada tiene que ver con la implantación de una futura República Confederal. Creer que España marcha en esa dirección es un auténtico desvarío.

No es fácil dibujar una perspectiva para los próximos años en un mundo en el que mandan los malos augurios. Más guerras, más gasto militar, más miedo, más nacionalismo, más desmantelamiento del estado social, más desigualdades, más debilidad de las democracias, más tentaciones autoritarias, más efectos del cambio climático, más luchas por el aprovisionamiento energético, más luchas por el agua, más luchas por los minerales estratégicos, más luchas por las localizaciones industriales, más enfrentamientos territoriales, más interrogantes sobre el vertiginoso despliegue de la Inteligencia Artificial, más oportunidades y más incertidumbre, más posibilidades de morir después de los cien años, más medicina sofisticada, pero también más pobreza. Dos mundos que se alejan, abriendo entre ellos un gran foso de desesperación y rencor.

Pese a vivir una de las etapas más pacíficas de la historia de España, mucha gente tiene hoy miedo al futuro y a las noticias. Es algo perfectamente comprensible. No son pocos los que deciden desconectar para vivir más tranquilos. La nueva normalidad consiste en un pesimismo difuso y constante, en el interior del cual una parte de la población vive muy bien, algunos mejor que nunca, y otra parte, cada vez más numerosa, vive en una creciente precariedad o en una deprimente sensación de fragilidad. Quizá tengamos una sorpresa y los países del sur de Europa, más acostumbrados a

las carencias y a la inestabilidad, resistan mejor que los del organizado norte. Quizá nuestro fundamento democrático sea más fuerte de lo que pensamos. Quizá nuestras capacidades sean más sólidas de lo que imaginamos.

El pacto y la furia bailarán muy agarrados en los próximos años. Las nuevas generaciones, educadas en la escuela democrática, marcarán el ritmo de ese baile. Suya es la época y no creo que a los mayores, los que hemos vivido y recibido los mejores beneficios de la posguerra europea, nos asista ahora el derecho a convertirnos en heraldos de la desgracia y en propagandistas del malestar. Por mi parte, seguiré tomando notas y ampliaré estudios de mi asignatura preferida, la que pone en danza a la Geografía y la Política. Me interesan los estrechos lejanos y me gustaría conocerlos. Intuyo que el mundo se decidirá en los estrechos y me atrae esa cartografía. Malaca me espera.

AGRADECIMIENTOS

Son muchas las personas que me han ayudado durante los intensos veinte años transcurridos en Madrid, dedicado a la crónica política. Puesto que nunca podré olvidar el apoyo de mis compañeros de redacción, serán los primeros en ser citados. La Vanguardia tiene redacción propia en Madrid desde 1935, cuando el periódico, impreso en la calle Tallers de Barcelona, llegaba cada mañana a la capital de España a bordo de una avioneta. Noventa años después, La Vanguardia es un notable punto de referencia en Madrid.

Las últimas dos décadas nos han puesto a prueba a todos y el periódico en el que escribo ha atravesado varias veces el estrecho de Escila y Caribdis, sin sucumbir. Hoy es más fuerte. Hoy es más leído. Hoy es más influyente. Durante esos veinte años he escrito con total libertad y en los momentos más difíciles nunca he visto peligrar el enfoque liberal del diario, un liberalismo antiguo, que no es dogma ni consigna. Nunca nadie me ha dicho qué debía escribir. He dispuesto de un generoso margen para desarrollar un enfoque y un estilo propios. Y ello debo agradecerlo muy especialmente al presidente-editor de La Vanguardia, Javier Godó Muntañola, y al consejero delegado, Carlos Godó Valls. Ese agradecimiento también va dirigido a todos los directores con los que he trabajado durante esos veinte años: Joan Tapia, José Antich, Màrius Carol y Jordi Juan. Tapia me propuso trabajar en La Vanguardia en 1991 y me abrió las puertas de la corresponsalía en Roma en 1997. Siempre se lo agradeceré. Antich me llamó a Roma para que volviese a Barcelona formando parte de su equipo y me propuso dar el salto a Madrid en 2004. Carol me renovó la confianza en 2013 cuando Escila y Caribdis estaban, de nuevo, muy cerca. Con Jordi Juan siempre he trabajado teniendo al lado a un amigo. He de mencionar a Alfredo Abián, entrañable compañero, que es quien tuvo la idea. Él me dijo un día: «Sería interesante que fueses a Madrid. Piénsatelo». Lo pensé y al día siguiente dije que sí. Marzo de 2004. En Madrid he aprendido mucho: sobre la ciudad, sobre España y algo sobre mí mismo. Quisiera por tanto expresar mi agradecimiento a Madrid y no se me ocurre mejor manera de hacerlo que expresando mi respeto por una ciudad verdaderamente poderosa. Madrid es

su gente. Madrid es una estructura de poder, que he criticado no pocas veces y que he bautizado como Madrid DF. Madrid es una conexión muy fuerte con Latinoamérica. No estoy seguro que disociar a los madrileños de la formidable estructura de poder que articula la capital de España sea del todo honesto. El «buen pueblo» y el «mal gobierno». No creo en esas dicotomías. Por lo tanto, mis respetos por Madrid, en todas sus dimensiones.

No puede faltar aquí mi agradecimiento paralelo a todas aquellas personas con las que he establecido una buena relación de amistad durante esos veinte años en casi toda España, buenos amigos que me han facilitado informaciones muy precisas y afinadas sobre lo que se cuece más allá de la M-30. La red de las Españas. Esa red, pacientemente tejida, ha sido imprescindible para elaborar otra visión del país. Les estoy muy agradecido. Están avisados: el «julianismo» tiene células durmientes —y no tan durmientes— repartidas por toda España, desde Cádiz a Finisterre, desde Bilbao a Alicante, incluidos los dos archipiélagos, con buenas antenas en Portugal e Italia. Gracias también a Emiliano López Atxurra por sus enseñanzas sobre política internacional y a aquellas otras personas, que con discreción y paciencia, me han transmitido durante estos últimos años algunas ideas básicas sobre geopolítica y energía, dos coordenadas clave para entender el mundo de hoy.

Mi agradecimiento al editor Joaquim Palau, por su confianza durante estos años. Todo empezó en 2005, cuando, todavía aturdido por el ciclón madrileño, le propuse un libro que acabó titulándose La España de los pingüinos. Desde entonces, Palau me pide buenos títulos. En esta ocasión se trataba de hallar un título claro y duradero. Y en esta ocasión Palau también me ha ayudado en la selección de los textos. El agradecimiento más personal figura en las páginas iniciales de este volumen. Sin ella, Escila o Caribdis ya me habrían dejado fuera de combate.